

FRAY LUIS DE GRANADA

MEMORIAL
DE LA VIDA CRISTIANA



La obra va introducida con una serie de indicaciones metodológicas, a las que sigue un interesante y breve tratado del propio Fr. Luis, titulado:

PRÓLOGO GALEATO

Indicaciones metodológicas

El Maestro dominico Fr. Luis de Granada fue hijo de una humilde familia de origen gallego (de Sarria, Lugo) que emigró a la Vega de la recién conquistada ciudad de Granada. Aquí nace Luis en el año 1504. Morirá en el convento de Santo Domingo, de Lisboa, en 1588. Por las fechas consignadas, vemos que se trata de un escritor clásico. Esto quiere decir que su lenguaje y manera de expresión (que se han procurado respetar fielmente en todos los textos aquí transcritos) pueden resultar un tanto insólitos a nuestros oídos actuales; aunque es, así lo dicen los críticos literarios, «modelo de castellano por su pureza, y lleno de imágenes felices». Más aún, uno de ellos dirá concretamente que Fr. Luis tiene «el habla sencilla, la palabra natural, que se viene sola a la pluma, el giro de elegante llaneza». No obstante, son palabras y giros que no dejan por eso de pertenecer a un castellano antiguo, como bien se refleja en la edición del año 1657, de la cual se ha realizado la presente transcripción. Por esta razón se ha de procurar leer de forma reposada, sin prisa alguna, a fin de que no perdamos nada de la riqueza de su doctrina y pensamiento, que es lo que en verdad aquí nos importa.

En la presente transcripción del *Memorial de la vida cristiana* se ha respetado íntegramente la estructura material del libro, consignándose todos sus capítulos y apartados, tal como se encuentran enunciados. En alguna ocasión sí se ha corregido la numeración, por estar equivocada, e incluso se ha dado título a algunos de los párrafos que carecían de él, siguiendo en esto a otras ediciones posteriores consultadas.

- **Texto base:** FR. LUIS DE GRANADA, *Doctrina cristiana*, en la cual se enseña todo lo que el cristiano debe hacer, desde el principio de su conversión hasta el fin de su perfección (Melchor Sánchez, Madrid 1657, 872 páginas *in folio*). La transcripción hecha intercala entre corchetes y en negrita la numeración original de sus páginas ¹.

- **Ortografía:** Se ha transcrito el texto con suma fidelidad, manteniendo las voces anticuadas que aún recoge el Diccionario actual y respetando incluso su doble grafía en el texto, como *ansí* o *así*, *mesmo* o *mismo*, etc. Cuando alguno de los términos es raro, se pone entre corchetes [] su significado actual, en letra *cursiva*, para que el lector lo diferencie con claridad. También están entre corchetes las citas que no tienen referencia marginal.

En dos o tres casos se ha cambiado la grafía antigua, como *lición* por *lección*, o *huiga* por *huya*. También se corrigieron las letras *uve*, *be*, *hache* y otras, cuando fue preciso.

Otras voces, que ya no figuran en el DRAE, pero que no ofrecen dificultad de lectura, como *mormurar*, *escurecer*, etc., se han dejado. Lo mismo que ciertas contracciones desusadas, respetando la doble grafía del texto, como *deste* y *de este*, *dello* y *de ello*, *dél* y *de él*.

El artículo *el* de algunos sustantivos masculinos —*el* ayuda, *el* araña, *el* alegría, *el* ausencia, *el* amistad, *el* avaricia, *el* aldaba, etc.— se ha cambiado por *la*. Sólo en el sustantivo ambiguo *orden* se ha procurado respetar el doble uso que hace el texto: *el orden* y *la orden*.

También se han dejado algunas modalidades de conjugación arcaica: *oístes*, *hicistes*, *dijistes*, *diríades*, *holgaríades*, *aborrecerte ha*, *serte hía*, *seguirle híamos*, etc.

En cuanto a los signos de puntuación, se han corregido aquellos que daban lugar a posibles ambigüedades o equívocos. Lo mismo, algunos signos de acentuación, o de interrogación. Tan sólo espero no haber errado.

¹ Otras ediciones, que han servido para cotejar, corregir o completar algún punto del texto base original: FR. LUIS DE GRANADA, *Obras*, Tomo II: «Libro de la oración y meditación» (Imprenta de Manuel Martín, Madrid 1768), 822 páginas. FR. LUIS DE GRANADA, *Obras*, Tomo II: «Libro de la oración y consideración, Memorial de la vida cristiana, Adiciones al Memorial de la vida cristiana, y Meditaciones muy devotas» (Rivadeneira, Madrid 1848), 615 páginas. FR. LUIS DE GRANADA *Obras*, Tomo I: «Vida del V. P. M. Fr. Luis de Granada, por el Ldo. Luis Muñoz, y Guía de pecadores» (Viuda de Ibarra, Madrid 1788), 234 y 347 páginas, respectivamente.

• **Citas:** A fin de destacar las citas bíblicas, se han transcrito en *letra cursiva*. En los casos que difiere notablemente de su lectura actual, se cita el texto latino a pie de página ².

Asimismo se ha puesto entre comillas angulares («») lo que corresponde a citas que hace Fr. Luis, sin que deba tomarse, por ello, como cita fiel y exacta. También se ponen entre comillas aquellas expresiones que parecen populares. Asimismo se han destacado en letra cursiva, o bien entre comillas, los vocablos o expresiones que así parecían exigirlo.

• **Otras indicaciones:** A veces se encontrará algún texto que irá precedido con el símbolo de un dedo índice (en la edición digital es una lambda: Λ). Aunque estos no se corresponden con los que trae el original, los he usado para resaltar aquellos textos que juzgo fundamentales, válidos en cualquier andadura espiritual. Sea cual fuere el método de andar —«son tan diversos como diversos son los maestros espirituales» (CEC 2707)—, siempre es bueno disponer de acertadas pautas de discernimiento, tanto para no errar el camino, como para evitarnos el peligro de no progresar. Más subjetivo ha sido el hecho de haber destacado con letra negrita algunas frases de los textos transcritos. En estos casos ha sido únicamente el criterio y el gusto personales... Que cada cual destaque los que bien le parezca. Disculpen que yo me haya adelantado... Algún privilegio tenía que tener mi ímproba tarea.

También alguno de los capítulos o párrafos recogen a pie de página algún texto del Catecismo actual de la Iglesia. Son citas que, a manera de hitos, pueden ser de gran utilidad y ayuda en relación con el tema que se está tratando. En tales casos, valga recordar que el *Catecismo de la Iglesia Católica* es una fuente de referencia segura, por «presentar fiel y orgánicamente la enseñanza de la Sagrada Escritura, de la Tradición viva en la Iglesia y del Magisterio auténtico, así como la herencia espiritual de los Padres, de los santos y las santas de la Iglesia, para permitir conocer mejor el misterio cristiano y reavivar la fe del pueblo de Dios»³.

• **Adviértase**, por último, lo que ya decía una antigua edición de las obras de Fray Luis de Granada:

«El prudente lector se hará cargo de que, no obstante que por nuestra parte no se ha omitido diligencia alguna, ni se han ahorrado gastos para que en todas sus partes saliese perfecta, son hombres, y no ángeles los que han concurrido a formarla; consiguientemente, si se hallasen algunos defectos, que será solamente de pura fragilidad, tendrá la bondad de disimularlos, atendiendo a nuestro buen deseo».

Concluyendo estas indicaciones y observaciones, nada mejor que poner aquí lo que la propia santa Teresa de Jesús escribió en una esquela dirigida al venerable Maestro Fr. Luis de Granada, en Lisboa:

«La gracia del Espíritu Santo sea siempre con vuestra paternidad. Amén. De las muchas personas que aman en el Señor a vuestra paternidad, por haber escrito tan santa y provechosa doctrina, y dan gracias a su Majestad, y por haberle dado a vuestra paternidad para tan grande y universal bien de las almas, soy yo una. Y entiendo de mí, que por ningún trabajo

² Corresponden a la *Vulgata sancti Hieronymi operata*; entendiendo que es la que Fr. Luis cita y traduce. El Concilio de Trento estableció «ut hæc ipsa vetus et vulgata editio [...] in publicis lectionibus, disputationibus, prædicationibus et expositionibus pro authentica habeatur» (Dz 785). Llamada *Vulgata* (del latín *vulgata*: divulgada, dada al público), no siempre se corresponde con las numeraciones o con las traducciones actuales. A modo de ejemplo, Fr. Luis cita Is 24,16. Según la Vulgata: *Mi secreto para mí, mi secreto para mí*; según la Biblia de la CEE: *¡Estoy perdido, estoy perdido, ay de mí!* La traducción que Fr. Luis suele hacer es a veces amplia, o perifrástica. ¿Hizo él alguna traducción completa de la Biblia? He hallado una noticia curiosa: «[...] esas versiones manuscritas de la Biblia, hechas en nuestra lengua, del hebreo, del griego, y del latín, y hallarán que todas, todas sin excepción, están trabajadas tal vez servilmente sobre la letra de los textos. Revuelvan, y mediten bien las de Ferrara, de Casiodoro Reyna, de Cipriano de Valera, de **Fray Luis de Granada**, de Fray Luis de León, de Montesinos, y de otros muchos [...]» («Disertación Segunda» § IV, en FELIPE SCIO, *La Santa Biblia*, Tomo I [Librería Religiosa, Barcelona 1852] 39).

³ JUAN PABLO II, *Fidei depositum*, 3.

hubiera dejado de ver a quien tanto me consuela oír sus palabras, si se sufriera conforme a mi estado, y ser mujer»⁴.

Fr. José María

⁴ SANTA TERESA DE JESÚS, «Epistolario», 89 (Sevilla, diciembre de 1575), en *Obras Completas* (M. Aguilar, Madrid 1942) 758. Al comentar D. Juan de Palafox esta carta, dice: «En el número primero dice lo que deseara verle; y no me admiro, ¿pues quién no deseara ver la persona, y oír en lo hablado a quien alegra el leerle el alma en lo escrito? Pues no hay quien no desee oír al que consuela, y aprovecha al leer. Y si hacían grandes jornadas los Oradores para oír a los que leían, ¿cuánto más los grandes Santos, para oír de sus labios lo que tanto mueve por sus Escritos? Siendo así, que en el Orador hallaban una lengua elocuente, pero una vida las más veces relajada; pero en el Santo Orador hallan lo santo, y lo orado».

PRÓLOGO GALEATO

O BREVE TRATADO DEL FRUTO DE LA BUENA DOCTRINA,
PARA QUE CON MÁS GUSTO Y APROVECHAMIENTO
SE LEA ESTE LIBRO, CON LOS DEMÁS ¹

Compuesto por el V. P. Fr. Luis de Granada

Una de las cosas más para sentir que hay hoy en la Iglesia cristiana es la ignorancia que los cristianos tienen de las leyes y fundamentos de su religión. Porque apenas hay moro ni judío que, si le preguntáis por los principales artículos y partes de su ley, no sepa dar alguna razón della. Mas entre los cristianos (que, por haber recibido la doctrina del cielo, la habían de traer más impresa en lo íntimo de su corazón) hay tanto descuido y negligencia, que, no solamente los niños, mas aun los hombres de edad apenas saben los primeros elementos deste celestial filosofía. Y, si es verdad que «de decir a hacer hay mucha distancia», ¿cuán lejos estarán de hacer lo que Dios manda, pues aun no saben, ni les pasa por el pensamiento, lo que manda? ¿Qué pueden esperar estos, sino aquella maldición del Profeta que dice que el niño de cien años será maldito? (cf. Is 65,20) ². Esto es, el que después de tener edad y juicio perfecto todavía es niño en la ignorancia y en el juicio y sentimiento de las cosas de Dios. ¿Qué pueden esperar, sino el fin de aquellos de quien dice el mismo profeta: *Por tanto fue llevado cautivo mi pueblo, porque no tuvo ciencia, y los nobles dél murieron de hambre, y la muchedumbre dellos pereció de sed?* (Is 5,13) ³. Porque, como la primera puerta por donde han de entrar todos los bienes a nuestra ánima sea el entendimiento, tomada esta primera puerta con la ignorancia, ¿qué bienes pueden entrar en ella? Si la primera rueda del reloj (que trae las otras) está parada, necesariamente han de parar todas las otras. Pues, si la primera rueda deste espiritual reloj (que es el conocimiento de Dios) nos falta, claro está que ha de faltar todo lo demás. Por lo cual todo el estudio de nuestro capital enemigo es quitarnos esta luz. La primera cosa que hicieron los filisteos cuando tuvieron a Sansón en su poder fue sacarle los ojos; y, hecho esto, no hubo dificultad en todo lo demás que quisieron; hasta hacerle moler como bestia en una atahona (cf. Jue 16,21). Dellos mismos se escribe que ponían grandísimo recaudo en que no hubiese herrerías en el pueblo de Israel, sino que fuese necesario para cualquier cosa deste menester ir a la tierra dellos y servirse de sus oficinas (cf. 1 Sam 13,19-22); para que estando el pueblo desproveído y desarmado fácilmente se apoderasen dél. Pues ¿cuáles son las armas de la caballería cristiana? ¿Cuál la espada espiritual que corta los vicios, sino la palabra de Dios y la buena doctrina? (cf. Heb 4,12; Ef 6,17). ¿Con qué otras armas peleó nuestro Capitán en el desierto con el enemigo, sino repitiendo a cada tentación una palabra de la Escritura divina? (cf. Mt 4,4ss). Pues estas armas nos tienen robadas hoy en muchas partes del pueblo cristiano nuestros enemigos, y dejado en lugar dellas las armas de su milicia, que son los libros torpes y profanos, atizadores de vicios.

Y, demás de lo dicho, es gran lástima y grande culpa no querer aprovecharse los cristianos de uno de los grandes beneficios que de la divina bondad y misericordia habemos recibido, que fue declararnos por palabra su santísima voluntad, que es lo que le agrada y le ofende; para que, siguiendo lo uno y huyendo de lo otro, vivamos en su amistad y gracia, y por este medio vengamos a ser participantes de su gloria. Pues, cuán grande haya sido este beneficio y esta honra, decláralo Moisés al pueblo, diciendo: *¿Qué gente hay tan noble, que tenga las ceremonias y juicios y las leyes de Dios, que yo os pondré hoy delante de vuestros ojos?* (Dt 4,8) ⁴. Y en el salmo 147 alaba a Dios el Profeta

¹ En *Obras del venerable Padre Maestro Fray Luis de Granada*, Tomo I (Viuda de Ibarra, hijos y compañía, Madrid 1788).

² «Quoniam puer centum annorum morietur».

³ «Propterea captivus ductus est populus meus, quia non habuit scientiam, et nobiles eius interierunt fame, et multitudo eius siti exaruit». Cita traducida ligeramente distinta en el *Libro de la oración*.

⁴ «Quæ est enim alia gens sic inclita, ut habeat cærimonias, iustaque iudicia, et universam legem, quam ego proponam hodie ante oculos vestros?»

real, diciendo que había denunciado *su palabra a Jacob, y sus juicios a Israel* (cf. Sal 147,19-20); la cual merced a ninguno otro pueblo del mundo había sido concedida. Pues, si esta es tan alta y tan grande gloria, ¿de qué me sirve que ella sea tal, si yo no me aprovecho della, si no la leo, si no la platico, si no la traigo en el corazón y las manos, si no clarifico con ella mis ignorancias, si no castigo con ella mis culpas, si no enfreno con ella mis apetitos, si no aficiono con ella mi corazón y mis deseos al cielo? Que la medicina sea efficacísima y de maravillosa virtud, ¿qué provecho me trae, si yo no quiero usar della? Porque no está el bien del hombre en la excelencia de las cosas, sino en el uso dellas; para que con la participación y uso del bien se haga bueno el que no lo es.

Cosa es, por cierto, maravillosa cómo pudo caer en los hombres tan grande descuido de cosa que Dios tanto les encomendó, y de que tanto caso hizo para su provecho. Él mismo escribió las leyes en que habíamos de vivir (cf. Éx 31,18). El mandó hacer un tabernáculo y, dentro dél, mandó que se pusiese un arca dorada, hecha con grandísimo primor y artificio, y allí quiso que estuviese guardada y depositada esta ley, para mayor veneración della (cf. Éx 25,16). El mandó a Josué que nunca apartase el libro desta ley de su boca, para leer siempre en él, y enseñarlo a los otros (cf. Jos 1,8). Él mandó a quien hubiese de ser rey de Israel que tuviese a par de sí este libro, escrito de su propia mano, si quisiese reinar prósperamente y vivir largos días sobre la tierra (cf. Dt 17,18-20). Sobre el cual mandamiento dice Filón, nobilísimo escritor entre los judíos, que no se contentó Dios con que el rey tuviese este libro escrito por mano ajena, sino quiso que él mismo lo escribiese por la suya propia⁵; para que con esto quedasen más impresadas en la memoria las sentencias dél, escribiéndolas palabra por palabra, de espacio; y para que más estimase lo que él, por su propia mano, siendo rey, hubiese escrito —teniendo muchos escribanos y oficiales a quien pudiera encomendar este trabajo—, y por aquí creciese en él la estima de la ley de Dios, viendo que la primera vez se había escrito ella con el dedo de Dios, y después se escribía, no por la mano de cualesquier vulgares hombres, sino de los mismos reyes. Y, porque no pudiese haber olvido de cosa tan necesaria, mandó Moisés que, cuando los hijos de Israel entrasen en la tierra de promisión, levantasen unas grandes piedras, y escribiesen en ellas las palabras desta ley, para que los que fuesen y viniesen por aquel camino viesesen aquellas letras y oyesen la voz de aquel mudo predicador (cf. Dt 27,2-3). Y conforme a este tenor aconseja Salomón a aquel espiritual hijo que instruye en el libro de los *Proverbios*, diciendo: *Guarda, hijo mío, los mandamientos de tu padre, y no desampares la ley de tu madre. Trabaja por traerla siempre atada a tu corazón, y colgada como una joya a tu cuello. Cuando anduvieres, ande contigo; y cuando durmieres, esté a tu cabecera; y cuando despertares, platica con ella. Porque el mandamiento de Dios es una candela, y su ley es luz, y el castigo de la doctrina es camino para la vida* (Prov 6,20-23). Mil lugares éstos se pudieran traer aquí, tomados así destes libros, como de todos los otros que llaman *Sapienciales*; en los cuales son los hombres por mil maneras exhortados al amor y estudio de la divina sabiduría, que no es otra cosa, sino día y noche leer, oír, pensar y meditar la ley de Dios; que es aquella buena parte que escogió María, la cual, asentada a los pies de Cristo, oía con silencio su palabra (cf. Lc 10,39-42). Pues ¿qué diré de las virtudes y afectos (*sic*) maravillosos desta palabra? Cuando Dios quiso revocar [*disuadir*] su pueblo de sus pecados, mandó a Jeremías que escribiese todas las profecías que contra él le había revelado, y que las leyese públicamente. La cual lección dejó tan atónitos y pasmados a los oyentes, que se miraban a las caras unos a otros, llenos de espanto y confusión (cf. Jer 36,1ss). Pues, cuando el rey Josafat quiso reducir su reino al culto y obediencia de Dios, ¿qué otro medio tomó para esto, sino enviar sacerdotes y levitas por todas las ciudades de su reino, llevando el libro de la ley de Dios consigo, y leyéndolo al pueblo y declarando la doctrina dél? Y, para dar Dios a entender el fruto que desta maravillosa invención había resultado, añade luego estas palabras: *Por lo cual puso Dios un tan grande temor en todos los reinos de la tierra, que no osaron tomar armas contra el rey Josafat; y así creció su gloria hasta el cielo, y fueron grandes sus riquezas y señorío* (2 Crón 17,10.5). Todo esto se escribe en el capítulo 17 del 2 libro del Paralipómenos; el cual capítulo deseo yo que tuviesen escrito en su corazón todos los prelados de la Iglesia cristiana, para que imitasen el ejemplo deste santo rey. Porque, si ellos hiciesen lo que este hizo, sin duda no florecería menos agora el imperio de los cristianos, que entonces floreció este reino; pues es agora el mismo Dios que entonces, para hacer las mismas mercedes, si le hiciésemos los mismos servicios.

⁵ «Describet sibi Deuteronomium legis huius in volumine». Filón, en el libro *De la creación del príncipe*, dice que el rey debía hacer esta copia por su propia mano. El Hebreo: *Y se escribirá una mischnáh de esta ley*.

I. De otros ejemplos que declaran el fruto de la buena lección

Mas, sobre todos estos ejemplos que se pueden traer para declarar el fruto de la buena doctrina, es digno de perpetua recordación el del santísimo rey Josías; el cual me pareció enjerir aquí de la manera que está escrito en los libros de los Reyes. Pues este buen rey comenzó a reinar de edad de ocho años, hallando el reino perdido por culpa de su padre Amón y de su abuelo Manasés, que fueron perversísimos hombres y derramadores de sangre de profetas. Mas a los doce años de su reinado le fue enviado por mandado del sumo sacerdote Helquías [*Jilquías*] el libro de la ley de Dios, que halló en el Templo; el cual no sólo contenía lo que Dios mandaba, sino también los grandes galardones que prometía a los fieles guardadores de su ley, y los terribles y espantosos castigos y calamidades que amenazaban a los quebrantadores della. Pues, como este libro se leyese en presencia del rey, fue tan grande el temor y el espanto que cayó sobre él, que rasgó sus vestiduras, y envió al sumo sacerdote susodicho, con otros hombres principales, a una santa mujer profetisa que moraba en Jerusalén, para que hiciese oración a Dios por ellos, y supiese su determinación y voluntad acerca de lo contenido en aquel libro. La cual les respondió desta manera: *Esto dice el Señor: «Yo enviaré sobre este lugar y sobre todos los moradores dél todas las plagas contenidas en ese libro que se leyó delante del rey; porque ellos me desampararon y sacrificaron a dioses ajenos [...]».* Y, al rey que os envió a mí para que rogase a Dios por esta necesidad, diréis: *«Por cuanto oíste las palabras dese libro y se enterneció tu corazón con ellas, y te humillaste delante de mi acatamiento, y con el temor y reverencia que de mí concebiste rasgaste tus vestiduras y derramaste lágrimas delante de mí, yo también oí tu oración, y recogerte he con tus padres, y serás sepultado pacíficamente en tu sepulcro, y no verán tus ojos las plagas y calamidades con que yo tengo de castigar este lugar con los moradores dél»* (2 Crón 34,24-28; 2 Re 22,16-20). Dieron, pues, los embajadores esta respuesta al rey, el cual mandó convocar todos los hombres principales del reino, con todos los sacerdotes y levitas, y con todo el pueblo, desde el menor hasta el mayor, y mandó leer aquel libro delante de todos. Y él, juntamente con ellos, se ofrecieron al servicio y culto de Dios; sobre lo cual el rey pidió juramento a todos. Y, no contento con esto, limpió la tierra de infinitas abominaciones que en ella había, derribando todos los altares de los ídolos, y desenterrando los huesos de los sacerdotes que les sacrificaban y quemándolos sobre sus altares. Y este rey fue tan santo, que, según dice la Escritura, ni antes ni después dél hubo otro mayor (cf. 2 Crón 34,29ss; 2 Re 23,1ss). Pues ¿qué más grave argumento se puede traer para declarar el fruto de la buena doctrina, que este, del cual tantos y tan admirables frutos se siguieron? Y ¿qué persona habrá tan enemiga de sí misma que, viendo tales frutos, no se ofrezca a gastar un pedazo de tiempo en leer libros de católica y sana doctrina, para gozar de tan grandes bienes?

Pues con este memorable ejemplo se juntan otros muchos. Porque, cuando el profeta Baruc quiso provocar a penitencia al pueblo que fue llevado cautivo a Babilonia, deste mismo medio se aprovechó, juntando en un lugar todos los cautivos y leyéndoles un pedazo desta doctrina. La cual lección, dice la Escritura divina que les hizo llorar, y orar, y ayunar, y hacer penitencia de sus pecados; y juntar todos en común sus limosnas y enviarlas a Jerusalén para ofrecer sacrificios en el Templo por sus pecados; con las cuales también enviaron el libro que se les había leído, para que también ellos le leyesen, creyendo que aquella lectura obraría en aquellos que la leyesen lo que en ellos había obrado (cf. Bar 1,1-15).

Pues, acabado este cautiverio, después de los setenta años, ¿con qué se comenzó a fundar otra vez la ciudad, el Templo y la religión, sino con esta misma lección de la ley de Dios? Y así se escribe en el 2 libro de Esdras que en el séptimo mes concurrió todo el pueblo, de sus ciudades a Jerusalén, con un ánimo y un corazón. Y, ayuntados en una grande plaza, leyó Esdras siete días arreo [*sin interrupción*] clara y distintamente el libro de la ley y mandamientos de Dios; y el pueblo derramaba muchas lágrimas cuando esto se leía. Y a los veinticuatro días de aquel mes tornaron a continuar su lección cuatro veces al día; en los cuales también oraban y loaban a Dios (cf. Neh 8,1-18). Y con estos dos ejercicios se movieron a penitencia, y renovaron la religión que estaba caída, y acabaron con sus corazones una de las mayores hazañas que se hicieron en el mundo, que fue despedir las mujeres extranjeras con que se habían casado, para que no quedase el pueblo de Dios mezclado con el linaje de los gentiles.

Finalmente, la palabra de Dios todas las cosas obra y puede, como el mismo Dios, pues es instrumento suyo; y así con mucha razón se le atribuyen en su manera todos los efectos de la causa principal. Y así la palabra de Dios resucita los muertos, reengendra los vivos, cura los enfermos, conserva los sanos, alumbra los ciegos, enciende los tibios, harta los hambrientos, esfuerza los flacos y anima los desconfiados. Finalmente, ella es aquel maná celestial que tenía los sabores de todos los manjares [cf. *Sab 16,20*]; porque no hay gusto ni afecto que un ánima desee tener, que no le halle en las palabras de Dios. Con ellas se consuela el triste, y se enciende el indevoto, y se alegra el atribulado, y se mueve a penitencia el duro, y se derrite más el que está blando. Muchos destes efectos explicó en pocas palabras el profeta, cuando dijo: *La ley del Señor es limpia y sin mácula, la cual convierte las ánimas; el testimonio del Señor es fiel y verdadero, el cual da sabiduría a los pequeñuelos. Las justicias del Señor son derechas, las cuales alegran los corazones; el mandamiento del Señor es claro y resplandeciente, y alumbra los ojos del ánima. El temor del Señor permanece santo en los siglos de los siglos, y los juicios de Dios (que son los decretos de sus leyes) son verdaderos y justificados en sí mismos; los cuales son más para desear que el oro y las piedras preciosas, y más dulces que el panal y la miel (Sal 18,8-11)*. En la cuales palabras el Profeta explicó muchos efectos y virtudes de la ley y de las palabras de Dios; y en cabo declaró, no sólo el precio y dignidad dellas, sino también la grande suavidad que el ánima religiosa y pura recibe con ellas. De lo cual dice en otro salmo: *¡Cuán dulces son, Señor, para el paladar de mi ánima vuestras palabras! Más dulces son para mí, que la miel (Sal 118,103)*. Y, no contento con estas alabanzas, declara también en el mismo salmo el amor, el estudio, la luz y sabiduría que alcanzan los que en esta divina lección se ejercitan, diciendo así: *¡Cuán enamorado estoy, Señor, de vuestra ley! Todo el día se me pasa en meditar en ella. Ella me hizo más prudente que todos mis enemigos; ella me hizo más sabio que todos mis maestros, por estar yo siempre ocupado en el estudio y consideración della; ella me hizo más discreto que los viejos experimentados, por estar yo ocupado en guardalla (Sal 118,97-100)*.

II. Llórase el olvido que en esta parte hay entre cristianos, y declárase esta necesidad con doctrina de los santos doctores

Pues, si tan grandes y maravillosos efectos obra en las ánimas esta luz, ¿qué cosa hay más para llorar, como al principio dijimos, que ver tan desterrada esta luz del mundo, que ver tantas y tan palpables tinieblas, tanta ignorancia en los hijos, tanto descuido en los padres, y tanta rudeza y ceguera en la mayor parte de los cristianos? ¿Qué cosa hay en el mundo más digna de ser sabida, que la ley de Dios, y qué cosa más olvidada? ¿Qué cosa más preciosa, y qué más despreciada? ¿Quién entiende la grandeza de la obligación que tenemos al amor y servicio de nuestro Criador? ¿Quién entiende la eficacia que tienen los misterios de nuestra religión para movernos a este amor? ¿Quién comprende la fealdad y malicia de un pecado, para aborrecerlo sobre todo lo que se puede aborrecer? ¿Quién asiste a la misa y a los divinos oficios con la reverencia que merecen? ¿Quién santifica las fiestas con la devoción y recogimiento que debe? Vivimos como hombres encantados, ciegos entre tantas lumbres, insensibles entre tantos misterios, ingratos entre tantos beneficios, endurecidos y sordos entre tantos azotes y clamores, fríos y congelados entre tantos ardores y resplandores de Dios. Si sabemos alguna cosa de los mandamientos y doctrina cristiana, sabémoslo como picazas [*urracas*], sin gusto, sin sentimiento ni consideración alguna dellos. De manera que más se puede decir que sabemos los nombres de las cosas y los títulos de los misterios, que los mismos misterios.

Entre los remedios que para desterrar esta ignorancia hay, uno dellos —y no poco principal— es la lección de los libros de católica y sana doctrina, que no se entremeten en tratar cosas sutiles y curiosas, sino doctrinas saludables y provechosas. Y por esta causa los santos Padres nos encomiendan mucho el ejercicio y estudio desta lección. San Jerónimo, escribiendo a una virgen nobilísima, por nombre Demetria (la cual gastaba todo su patrimonio con los pobres), la primera cosa que le encomienda es la lección de la buena doctrina, aconsejándola que sembrase en la buena tierra de su corazón la semilla de la palabra de Dios, para que el fruto de la vida fuese conforme a ella. Y, después de otros muchos documentos que allí le da, al cabo dice que quiere juntar el fin de la carta con el principio, volviendo a exhortarla a la misma lección (*Carta 130,7.20*). Y a santa Paula, porque era muy continua en derramar lágrimas de devoción, aconseja que temple este ejercicio, por guardar la vista para la lección de la

buena doctrina (*Carta* 108,15). A un amigo (*Florentino*) escribe pidiéndole ciertos libros santos, dando por razón que el verdadero pasto del ánimo es pensar en la ley del Señor día y noche (*Carta* 5,2). San Bernardo, escribiendo a una hermana suya (*Umbelina*), la aconseja este mismo estudio, declarándole muy por menudo los frutos y afectos de la buena lección (*De modo bene vivendo*, 50). Y, lo que es más, el apóstol san Pablo aconseja a su discípulo Timoteo, que estaba lleno de Espíritu Santo, que, entretanto que él venía, se ocupase en la lección de las Santas Escrituras, las cuales desde niño había Timoteo aprendido (cf. 1 Tim 4,13). Mas, sobre todos estos testimonios, es ilustrísimo y eficacísimo para rendir todos los entendimientos, el de Moisés, el cual, después de propuesta y declarada la ley de Dios, dice así: *Estarán estas palabras, que yo agora te propongo, en tu corazón, y enseñarlas has a tus hijos; y pensarás en ellas, estando en tu casa y andando camino, y cuando te acostares y te levatares de dormir. Y atarlas has como una señal en tu mano; y estarán y moverse han delante de tus ojos; y escribirlas has en los umbrales y en las puertas de tu casa* (Dt 6,6-9). No sé con qué otras palabras se pudiera más encarecer la consideración y estudio de la ley y mandamientos de Dios, que con estas. Y, como si todo esto fuera poco, vuelve luego en el capítulo 11 del mismo libro a repetir otra vez la misma encomienda con las mismas palabras (cf. Dt 11,18-20); que es cosa que pocas veces se hace en la Escritura. ¡Tan grande era el cuidado que este divino hombre, que hablaba con Dios cara a cara, quería que tuviésemos de pensar siempre en la ley de Dios!; como quien tan bien conocía la obligación que a esto tenemos, y los inestimables frutos y provechos que desto se siguen. Pues ¿quién no ve cuánto ayudará para esta consideración tan continua, que este profeta nos pide, la lección de los libros de buena doctrina, que, aunque por diversos medios, siempre tratan de la hermosura y excelencia de la ley de Dios, y de la obligación que tenemos a cumplirla? Porque, sin la lección de la doctrina, ¿en qué se podrá fundar y sustentar la meditación, siendo tan conjuntas y hermanas estas dos cosas entre sí (que son lección y meditación), pues la una presenta el manjar, y la otra lo mastiga y digiere y traspasa en los senos del ánimo?

Pudiera, junto con lo dicho, probar esta verdad con ejemplos de muchas personas que yo he sabido haber mudado la vida, movidos por la lección de buenos libros; y de otras que he oído, y de otras también que he leído; de las cuales, algunas crecieron tanto en santidad y pureza de vida, tomando ocasión deste principio, que vinieron a ser fundadores de Religiones y Órdenes en que otros se salvaron también, como ellos. Entendió esto muy bien Enrique Octavo, rey de Inglaterra, el cual, pretendiendo traer a su error ciertos padres de la Cartuja, y viendo que con muchas vejaciones que para esto les hacía no los podía inducir a su error, al cabo mandó que les quitasen todos los libros de buena y católica doctrina, pareciéndole que, quitadas estas espirituales armas con que se defendían, fácilmente los podría rendir. En lo cual se ve la fuerza que estas armas tienen para defendernos de los engaños de los herejes, pues las quería quitar quien pretendía engañar. Pues, si tal es la virtud destas armas, ¿por qué no trabajaremos de armar con ellas el pueblo cristiano? Vemos que uno de los grandes artificios que han tenido los herejes de nuestros tiempos para pervertir los hombres ha sido derramar por todas partes libros de sus blasfemias. Pues, si tanta parte es la mentira pintada con los colores de las palabras para engañar, ¿cuánto más lo será la verdad bien explicada y declarada con sana doctrina para aprovechar, pues tiene mayor fuerza que la falsedad? Y, si los herejes son tan cuidadosos y diligentes para destruir por este medio las ánimas, ¿por qué no seremos nosotros más diligentes en usar destes y otros semejantes medios para salvarlas?

III. Declárase en particular la necesidad de la doctrina

Y, dado caso que bastaba y aun sobraba lo dicho para probar nuestro intento, pero todavía quiero pasar adelante y probar con la necesidad de las obligaciones de la vida cristiana la necesidad que tenemos de la doctrina della. El cual trabajo me pareció necesario, por haber algunas personas graves que condenan los libros de buena doctrina escritos en lengua vulgar para el uso de los que no aprendieron latín. Los cuales, en una materia tienen razón, mas en otra no la alcanzamos. Porque razón tienen si entienden que no se han de escribir en lengua vulgar ni cosas altas y oscuras, ni tampoco se han de referir los errores de los herejes —aunque sea para confundirlos— ni otras cosas semejantes, ni cuestiones de teología; las cuales, ni aun en los sermones populares consiente san Agustín que se traten (*De doct. christ.*, 4). Pues ¿cuánto menos se debe en esta lengua escribir lo que no conviene predicar? Con lo cual contesta el dicho del Apóstol, pues no quiere que se prediquen cuestiones, sino

doctrina que edifique (cf. 2 Tim 2,14; Tit 3,9). Asimismo, libros de la Sagrada Escritura no conviene andar en lengua común, porque hay en ellos muchas cosas oscuras que tienen necesidad de declaración. Así que, cuanto a esto, razón tienen los que no quieren que haya estos libros. Mas querer que no haya libros en esta común lengua, que nos enseñen a vivir conforme a la religión cristiana que en el santo Bautismo profesamos, téngolo por tan grande inconveniente, como obligar a un hombre a la vida monástica, y no querer que lea y sepa las constituciones y estatutos della; pues no menos obliga al cristiano esta primera profesión, que al religioso la segunda. Y cuan culpado sería el religioso si se descuidase en aprender las leyes de su religión, tanto lo será el cristiano en no querer aprender las leyes de la suya. Mas, aunque los ejemplos y autoridades de la Santa Escritura que aquí habemos alegado sean suficientísima prueba de lo dicho, pero todavía me pareció mostrar esto por tal medio que las mismas cosas prueben y declaren la necesidad que dello hay.

Porque, primeramente, si un hombre desea de verdad y de todo corazón ser cristiano, no por sola fe, sino por vida y costumbres conformes a esta fe, ha de saber ante todas las cosas los artículos de la fe que profesa, no sólo en la fe de los mayores, sino explícita y distintamente. De modo que no basta pronunciar las palabras del *Credo* como las diría un papagayo, sino ha de entender lo que pronuncia, porque no venga a formar conceptos y sentidos extraños de lo que cree. Como escribe san Agustín de Alipio, su familiar amigo, del cual dice que, antes que le fuese declarado el misterio de la encarnación, tenía para sí que nuestro Salvador no había tomado de nuestra humanidad más que solo el cuerpo, y que la persona divina que dentro dél estaba hacía el oficio del ánima (*Confess.* 7,19.2). Asimismo, en el misterio de la Santísima Trinidad conviene que, cuando el cristiano oye los nombres de *Padre* y de *Hijo*, sepa que no ha de entender aquí cosa corporal, pues aquella divina generación es toda espiritual, aunque natural. Y asimismo entienda que este misterio ha de ser creído y adorado, y no escudriñado, considerando en esto, por una parte, la majestad de aquella altísima substancia, que es inefable y incomprehensible; y por otra, la cortedad y bajeza de su entendimiento, el cual, para entender la alteza de las cosas divinas, es —según dicen los filósofos— como los ojos de la lechuga para ver la claridad del sol. Esto conviene que presuponga el cristiano, para no hacer argumento de su no entender, para no creer. Asimismo ha de entender que este misterio, aunque sea sobre toda razón, no por eso implica contradicción, como algunos simples y ignorantes imaginaron. Pues, siendo esto así, necesario es que haya doctrina que excluya todas estas ignorancias en materias tan graves.

Demás desto, también está obligado a saber los mandamientos, así de Dios como de la Iglesia, que es la ley en que ha de vivir; y entender que no sólo se quebrantan por sola obra, sino también por pensamiento, que es por consentimiento en la mala obra. Y aun más debe entender: que no sólo con el mal propósito de la voluntad, sino también con el deleite del mal pensamiento, aunque no quiera ejecutarlo (que es lo que los teólogos llaman *delectación morosa*), se comete pecado mortal en materia de pecado mortal. Allende desto, el buen cristiano está obligado a confesarse por lo menos una vez al año; lo cual debería hacer otras muchas veces, si quiere vivir más religiosamente. Pues para esto ha de saber examinar su conciencia, discurriendo por los mandamientos y pecados mortales, para ver en lo que ha desfallecido por obra, o palabra, o pensamiento; porque no sea como algunos brutos, que, puestos a los pies del confesor, apenas saben decir una culpa a cabo de un año, donde han cometido tantas, sino dicen: «Padre, preguntadme vos». Y no basta confesar los pecados, si no tenemos arrepentimiento y pesar dellos. Para lo cual es menester conocer la fealdad del pecado, y lo mucho que por él se pierde, y el estado en que deja al ánima miserable, y, sobre todo, cuán ofensivo sea de la majestad de Dios, de quien tantos beneficios habemos recibido, con los cuales muchas veces le ofendemos. Porque, dado caso que la contrición sea un muy especial don de Dios, pero este suele él dar a los que de su parte se disponen y hacen lo que pueden por alcanzarlo. Y, porque a esta contrición pertenece que esté con ella un muy firme propósito de no volver más a pecar, y sea señal de poco arrepentimiento si luego se repiten los pecados, conviene que se sepan los remedios y medicinas que hay para esto, cuales son evitar todas las ocasiones dellos, y el ejercicio de la oración, y la frecuencia de los sacramentos, y la lección de los buenos libros, y la templanza en el comer y beber, y la guarda de los sentidos, mayormente de la lengua, por la cual se cometen tantas culpas; y no menos es necesaria la guarda de los ojos, por donde muchas veces entra la muerte en nuestras ánimas; y, sobre todo esto, es necesario resistir apresuradamente al principio de los malos pensamientos y movimientos, con la memoria de la pasión de Cristo, &c. Porque querer vivir virtuosamente en un mundo tan malo (donde tantas ocasiones hay para pecar), y estando cercados, por una parte, de una carne tan mal inclinada, y por otra, de tantos demonios y de algunos hombres perversos (que a veces

nos hacen más cruda guerra que los demonios), sin ayudarnos de todos estos pertrechos y armas espirituales, es querer subir al cielo sin escalera. Y por falta desto vemos cuán pocos sean los hombres que vivan sin pecados mortales. Pues ¿cuánto aprovechará para saber todas estas cosas leerlas en los libros que las enseñan?

Pues, cuando el cristiano se llega a comulgar, ¿quién le declarará la alteza de aquel Sacramento, la grandeza de aquel beneficio y la soberanía de la Majestad que allí está encerrada, para que por aquí entienda con cuánto temor y reverencia, y con cuánta pureza de conciencia, y cuánta humildad y encogimiento se debe aparejar para recibir en su pobre chozuela al Señor de todo lo criado, para que así se haga participante de la gracia de aquel Sacramento, y de las riquezas y consolaciones que él trae consigo? Porque comulgar sin el aparejo debido es, como dice el Apóstol, comer y beber juicio para quien así lo recibe (cf. 1 Cor 11,29); como parece que comulgan el día de hoy muchas personas, pues ninguna enmienda vemos en sus vidas.

Es también oficio propio del cristiano hacer oración (que es cosa grandemente encomendada en las Santas Escrituras), en la cual pida a nuestro Señor remedio para todas sus necesidades, así corporales como espirituales, que son innumerables. Pues, para que su oración sea eficaz, ha de saber las virtudes con que la ha de acompañar, las cuales, contándolas brevemente, son: atención, devoción, humildad y perseverancia, y, sobre todas, fe y confianza, según aquello del Salvador, que dice: *Cualquiera cosa que pidiéredes, creed que la recibiréis, y darse os ha* (Mc 11,24). Con la oración, quiere el Apóstol que se junte el hacimiento de gracias por los beneficios recibidos (cf. Ef 5,20; Col 4,2; Flp 4,6), que es el sacrificio de las alabanzas divinas que Dios tan encarecidamente pide en el salmo 49. Pues ¿cómo podrá un cristiano hacer este oficio con la devoción y sentimiento que conviene, si no supiere cuántos y cuán grandes sean estos beneficios?

Demás de lo dicho, tentaciones en esta vida no pueden faltar, pues, como dice el santo Job, toda la vida es una tentación prolija ⁶ (cf. Job 7,1). Y san Pedro dice que nuestro *adversario, como león rabioso, nos cerca por todas partes, buscando a quién trague* (1 Pe 5,8). Y el apóstol san Pablo encarece la fuerza y poder grande deste enemigo, y nos provee de diversos géneros de armas espirituales para contrastarlo [*resistirlo*] (cf. Ef 6,11ss); el cual tiene mil artes y mil maneras para acometernos, unas veces con pensamientos de blasfemia, otras con tentaciones de la fe, otras con iras, odios y deseos de venganza, y otras con apetitos sensuales, y otras veces más disimuladamente, dándonos a beber la ponzoña azucarada, que es representándonos el vicio con máscara de virtud. Pues, si el cristiano no estuviere advertido de todos estos bajos (donde suele peligrar la navecica de la inocencia), y no supiere siquiera medianamente los remedios destes peligros, ¿qué puede esperar, sino dar al través a cada paso y caer en el abismo de los pecados? Navegamos también en esta vida mortal con diversos vientos, unas veces con tormenta, y otras con bonanza; quiero decir, unas veces con prosperidades, y otras con adversidades. De las cuales, las unas vanamente nos ensoberbecen y levantan y hacen olvidar de Dios; mas las otras, como son de diversas maneras, así nos mueven unas veces a impaciencia, otras a desconfianza, otras a tristeza desordenada, otras a quejarnos de la divina providencia, y otras a deseos de venganza. Pues, si el que procura ser buen cristiano, no estuviere advertido y prevenido en tiempo de paz para los peligros de la guerra, ¿cómo podrá escapar destes dos tan ordinarios peligros? Y ¿quién le proveerá más fácilmente para esto de saludables remedios, sino la doctrina y avisos de los buenos libros?

Son también para andar esta carrera del cielo cuatro virtudes grandemente necesarias, que son: amor de Dios, aborrecimiento del pecado, esperanza en la divina misericordia y temor de su justicia; en las cuales virtudes consiste la suma de toda nuestra salvación. Y llámense estas virtudes *afectivas*, porque consisten en los movimientos y sentimientos de la voluntad. Pues, como esta sea una potencia ciega (que no se mueve a ninguno destes afectos, sino representándole el entendimiento los motivos y causas que tiene para ello), de aquí es que ha menester el buen cristiano saber lo que a cada cosa destas le puede mover. Porque, aunque estas virtudes infunda Dios en las ánimas de los justos, mas debe el hombre ayudarse por su parte, y no librarlo todo en Dios, ayudándose de muchas consideraciones que para esto le puedan mover. Y, pues esta materia es muy copiosa, ¿cuánto

⁶ Según Vulgata, *militia est vita*, una *milicia o guerra* continuada; según los LXX, *πειρατήριον ἔστιν ὁ βίος*, una *tentación o lugar de tentación*, donde el hombre siempre está en peligro de pecar.

aprovechará a un buen cristiano saber algunas consideraciones que a cada una destas virtudes lo puedan mover? Lo cual todo nos enseñan los libros de buena doctrina.

Mas dirá alguno que pido mucho en tantas cosas como aquí he tocado. A lo cual respondo que a quien parece que basta ser cristiano con sola fe, y sin tener cuenta con la vida, todo esto parecerá mucho; mas a quien lo quiere ser en la pureza de la conciencia, apartándose de todo género de pecado mortal, no sólo esto no parecerá mucho, mas antes la experiencia de los peligros y tentaciones y ocasiones del mundo le enseñarán que todo esto, y más, le es necesario; pues no es pequeño el camino que hay de la tierra al cielo. Y por eso todas las cosas susodichas son menester para este tan grande vuelo.

IV. Respóndese a algunas objeciones

Mas alguno, por ventura, concediendo ser todo esto necesario, dirá que bastan los sermones ordinarios de la Iglesia para lo dicho, sin que haya lección de buenos libros. A lo cual primeramente respondemos que en muchos lugares hay falta de sermones; y, según dice san Gregorio, así como los sermones cuando son muchos se desestiman, así cuando son muy pocos aprovechan poco (*Moral.*, 8,24; 30,35). Y, demás desto, los predicadores comúnmente no descienden a estas particularidades susodichas, sino, cuando mucho, tratan en común de las virtudes; y la doctrina moral es poco provechosa cuando es común y general. Y, allende desto, muchos sermones hay que más son para ejercitar la paciencia de los oyentes, que para edificarlos.

Dirá otro que, de leer buenos libros, toman motivo algunos para desestimar los sermones, o para no oírlos. A esto se responde que la buena doctrina no es causa de despreciar la palabra de Dios, sino de estimarla. Y, si algunos hacen eso, más será culpa de su soberbia, que de la buena doctrina; y, por la culpa de unos pocos soberbios, no es razón que sean defraudados de la buena lección los muchos. Otros dicen que algunos toman motivo de la tal lección para entregarse tanto a los ejercicios espirituales, que vienen a descuidarse de la gobernación de sus casas y familias, y del servicio que deben a sus padres o maridos. A esto se responde que ninguna cosa condena más la buena doctrina, que este desorden; porque siempre aconseja que se antepongan las cosas de obligación a las de devoción, y las de precepto a las de consejo, y las necesarias a las voluntarias, y las que Dios manda a las que el hombre por su devoción propone. De manera que este desorden más procede de la persona, que de la doctrina.

Otros dicen que de la buena lección toman muchos ocasión para algunos errores. A esto se responde que ninguna cosa hay tan buena y tan perfecta, de que no pueda usar mal la malicia humana. ¿Qué doctrina más perfecta que la de los evangelios y epístolas de san Pablo? Pues todos cuantos herejes ha habido, presentes y pasados, pretenden fundar sus herejías en esta tan excelente doctrina. Por donde el apóstol san Pedro, haciendo mención de las epístolas de san Pablo, dice que *hay en ellas algunas cosas dificultosas de entender*, de que tomaron ocasión algunos malos hombres para fundar sus errores (2 Pe 3,16). Y añade más: que de todas las Santas Escrituras pretenden ayudarse los herejes, torciéndolas y falsificándolas para dar color a sus errores. Y, allende desto, ¿qué cosa hay en la vida humana tan necesaria y tan provechosa, que si hiciéramos mucho caso de los inconvenientes que trae consigo, no la hayamos de desechar? No casen los padres sus hijas, pues muchas mujeres mueren de parto, y otras, a manos de sus maridos. No haya médicos ni medicinas, pues muchas veces ellos y ellas matan. No haya espadas ni armas, porque cada día se matan los hombres con ellas. No se navegue la mar, pues tantos naufragios de vidas y haciendas se padecen en ella. No haya estudios de teología, pues todos los herejes, usando mal della, tomaron de ahí motivos para sus herejías. Mas ¿qué diré de las cosas de la tierra, pues aun las del cielo no carecen de inconvenientes? ¿Qué cosa más necesaria para el gobierno deste mundo, que el sol? Pues ¿cuántos hombres han enfermado y muerto con sus grandes calores? Y ¿qué digo destas cosas, pues de la bondad y misericordia, y de la pasión de Cristo, nuestro Salvador —que son las causas principales de todo nuestro bien—, toman ocasión los malos para perseverar en sus pecados, ateniéndose a estas prendas? A todo esto añado una cosa de mucha consideración. Pregunto: ¿Qué cosa más poderosa para convencer todos los entendimientos y traerlos a la fe, que la resurrección de Lázaro, de cuatro días enterrado y hediondo, al cual resucitó el Salvador con estas palabras: *Lázaro, sal fuera?* (Jn 11,43). Y esto bastó para que ni las fuerzas de la

muerte, ni las ataduras de pies y manos con que estaba preso, le detuviesen en el sepulcro. Pues ¿qué corazón pudiera haber tan obstinado que, con esta tan grande maravilla, no quedara asombrado y rendido a la fe de aquel Señor? Mas, ¡oh increíble malicia del corazón humano!, esta tan espantosa maravilla no sólo no bastó para convencer el corazón de los pontífices y fariseos, mas antes de aquí tomaron ocasión para condenar a muerte al obrador de tan grande milagro; y, no contentos con esto, trataban de matar a Lázaro, porque muchos, por esto, venían a creer en el Salvador. Pues, si la malicia humana es tan grande que de aquí sacó motivo para tan gran mal, ¿quién ha de hacer argumento del abuso con que los malos pervierten las cosas buenas, y las tuercen y aplican a sus dañadas voluntades, para que por eso se impida lo bueno?

Todo esto se ha dicho para que se entienda que ninguna cosa hay tan buena, que carezca de inconvenientes, más ocasionados por el abuso de los hombres, que por la naturaleza de las cosas. Mas no por eso es razón que, por el desorden y abuso de los pocos, pierdan los buenos y los muchos el fruto de la buena doctrina. Lo cual abiertamente nos enseñó el Salvador en *la parábola de la cizaña*, donde dice que, preguntando los criados al padre de familia si arrancarían aquella mala yerba, porque no hiciese daño a la sementera, respondió que la dejasen estar, porque podría ser que, arrancando la mala yerba, a vueltas della arrancasen la buena (cf. Mt 13,24-30). En la cual parábola nos enseña que **ha de ser tan privilegiada la condición de los buenos, que muchos inconvenientes se han de tragar a cuenta de no ser ellos agraviados.**

A todo esto añadido que la doctrina sana no sólo no da motivos para errores, mas antes ella es la que más nos ayuda a la firmeza y confirmación de la fe. Para lo cual me pareció referir aquí una cosa que me contó un señor del Consejo General de la Santa Inquisición destes reinos de Portugal, la cual sirve grandemente para conocer el fruto de la buena lección, y el daño de la mala. Contó, pues, este señor, que vino a pedir misericordia al Santo Oficio, por su propia voluntad, sin ser acusado, un hombre, el cual confesó que, dándose a leer malos libros, vino a perder de tal manera la fe, que tenía para sí que no había más que nacer y morir; mas que, después, por cierta ocasión que se ofreció, o porque la divina providencia lo ordenó, comenzó a leer por libros de buena doctrina, y, dándose mucho a esta lección, vino a salir de aquella ceguedad en que estaba, y pidió perdón della, y lo alcanzó. Esto quiselo escribir aquí en favor y testimonio del fruto de la buena lección. Otra cosa no menos verdadera, ni menos digna de ser notada, me contó Don Fernando Carrillo, siendo embajador en este reino. El cual me dijo que un moro cautivo, por nombre creo que Hamete, tenía el *Libro de la oración y meditación*, y leía muchas veces por él; de lo cual se reían los criados de casa, y le preguntaban: «Hamete, ¿qué lees tú ahí?»; y él respondía: «Dejar a mí». Finalmente, continuando la lección, aquel Señor que alumbró al eunuco de la reina de Etiopía, leyendo por Isafías (cf. Hch 8,26ss), alumbró también a este, y él mismo, finalmente, vino a pedir el santo Bautismo y hacerse cristiano. Pues estos dos ejemplos, y lo demás que está dicho, claramente nos dan a entender cuánto ayuda la buena doctrina, no menos a la confirmación de la fe, que a toda otra virtud.

La conclusión de todo este discurso es que las leyes y el buen juicio no miran lo particular, sino lo común y general; conviene saber, no lo que acaece a personas particulares, sino lo que toca generalmente al común de todos, los cuales no es razón que pierdan por el abuso y desorden de los pocos. Ni tampoco mira a los particulares daños que traen las cosas, si son mayores los provechos que los daños; como se ve en la navegación de la mar, porque, si son grandes los daños de los naufragios, son mucho mayores los provechos de la navegación.

Mas pido aquí perdón al cristiano lector de haber extendídomelo tanto en esta materia. Porque esto hice para que se viese claramente la necesidad que tenemos de buena lección, y no nos desquiciase deste juicio el parecer de algunos, que sienten lo contrario. Y, allende desto, poco nos podía aprovechar esto que aquí agora determino escribir, si se tuviese por inútil o dañosa la lección de la doctrina escrita en lengua común. Servirá este nuestro *Preámbulo*, como el *Prólogo* de san Jerónimo, que llaman *Galeato* (en el cual aprueba su traslación de las Santas Escrituras), para defensión, no sólo del libro presente, sino también de los que nos y otros autores han escrito en lengua vulgar.

MEMORIAL DE LA VIDA CRISTIANA

[428] MEMORIAL DE LA VIDA CRISTIANA,
EN EL CUAL SE ENSEÑA TODO LO QUE UN CRISTIANO DEBE HACER
DENDE EL PRINCIPIO DE SU CONVERSIÓN, HASTA EL FIN DE LA PERFECCIÓN,
REPARTIDO EN SIETE TRATADOS

Lo contenido en este Memorial. Primer volumen: de lo que pertenece a la doctrina. ¶ *Tratado Primero, en el cual se contiene una exhortación a la virtud y mudanza de la vida.* ¶ *Tratado Segundo, de la Penitencia.* ¶ *Tratado Tercero, de la Sagrada Comunión.* ¶ *Tratado Cuarto, que contiene dos principales reglas de bien vivir.* Segundo volumen: de lo que pertenece a los ejercicios de la devoción y amor de Dios. ¶ *Tratado Quinto, de la oración vocal.* ¶ *Tratado Sexto, de la materia de la oración mental, donde se pone un Vita Christi.* ¶ *Tratado Séptimo, del amor de Dios, en el cual consiste la perfección de la vida cristiana.* Va todo sujeto a la corrección de la Santa Madre Iglesia de Roma.

Fray Luis de Granada, al cristiano lector: Advierta el lector, para que no se confunda, que hay otro *Memorial de la vida cristiana* pequeñito, el cual se acrecentó y mudó en éste, por ir allí las materias tratadas con demasiada brevedad. En aquel pequeño no hay más que tres tratadillos, un Vita Christi y una breve regla de la vida cristiana, y unas oraciones para diversos propósitos y para pedir el amor de nuestro Señor. Mas en este grande hay dos volúmenes de libros, en los cuales hay siete tratados, como parece por la tabla que al fin deste libro se pone. Dase este aviso, porque no se tome lo uno por lo otro.

ÍNDICE GENERAL

Prólogo

COMIENZA EL PRIMER TRATADO DEL MEMORIAL.

EN EL CUAL SE CONTIENE UNA EXHORTACIÓN A BIEN VIVIR

Capítulo I. De las penas que nuestro Señor tiene amenazadas a los que viven mal

I. [De cuán terribles son las penas del infierno, por ser males universales, no haber esperanza de alivio, y ser eternos]

II. [De cuán terribles sean las penas del infierno, por estar siempre en un mismo ser]

III. [De cuán terribles sean las penas del infierno, por el gusano de la conciencia que perpetuamente les atormenta]

IV. [De cuán terribles serán las penas del infierno que cada uno padecerá según sus culpas]

Capítulo II. De la gloria de los bienaventurados

Capítulo III. De los bienes que de presente promete nuestro Señor a los buenos

Capítulo IV. Que no debe el hombre dilatar para adelante su conversión, pues tiene tantas deudas que descargar, por razón de las culpas de la vida pasada

Capítulo V. Conclusión de todo lo susodicho

TRATADO SEGUNDO. DE LA PENITENCIA Y CONFESIÓN

Prólogo

[DE LA PRIMERA PARTE DE LA PENITENCIA, QUE ES LA CONTRICIÓN]

Capítulo I. De la primera parte de la Penitencia, que es la contrición, y de los medios por do se alcanza

Capítulo II. De los principales medios por do se alcanza contrición, y especialmente el dolor de los pecados

Capítulo III. De las consideraciones que pueden ayudar a tener dolor y aborrecimiento de los pecados.

[I.] Y primero, de la muchedumbre dellos

II. Segunda consideración: De lo que se pierde por el pecado

III. Tercera consideración: De la majestad y bondad de Dios, contra quien pecamos

IV. Cuarta consideración: De la injuria que se hace a Dios en el pecado

V. Quinta consideración: Del odio que Dios tiene contra el pecado

VI. Sexta consideración: De la muerte, y de lo que después della se sigue

VII. Séptima consideración, que procede de los beneficios divinos

Capítulo IV. Oración para despertar en el ánima compunción y dolor de los pecados

Capítulo V. Síguese otra oración para pedir perdón de los pecados

Otra oración para pedir perdón de los pecados

Capítulo VI. De los frutos y provechos grandes que se siguen de la verdadera contrición

DE LA SEGUNDA PARTE DE LA PENITENCIA, QUE ES LA CONFESIÓN

Capítulo VII. De siete cosas que se deben guardar en la confesión

II. Segundo aviso: De confesar el número de los pecados

III. Tercero aviso: De la confesión y de las circunstancias

IV. Cuarto aviso: De cómo no se ha de confesar más que la especie del pecado

V. Quinto aviso: De la manera de confesar los pecados de pensamiento

VI. Sexto aviso: De guardar la fama del prójimo

Capítulo VIII. De los casos en que la confesión es ninguna, y se debe iterar

[I] Memorial de los pecados

[II.] De los siete pecados capitales

[III.] De las obras de misericordia

[IV.] De otras acusaciones más particulares

[V.] Avisos generales para conocer cuál sea pecado mortal y cuál venial

DE LA TERCERA PARTE DE LA PENITENCIA, QUE ES LA SATISFACCIÓN

Capítulo IX. [Después de la contrición y confesión, síguese la *satisfacción*]

Capítulo X. Del origen y causa de la satisfacción

Capítulo XI. De las tres principales obras con que satisfacemos a Dios

I. De la primera obra satisfactoria, que es el ayuno

II. De la segunda obra satisfactoria, que es la limosna

III. De la tercera obra satisfactoria, que es la oración

Capítulo XII. Síguese una breve manera de confesar, para las personas que se confiesan a menudo

TRATADO TERCERO.

DE CÓMO NOS HABEMOS DE APAREJAR PARA LA SAGRADA COMUNIÓN

Capítulo I. Del aparejo que se requiere para la Sagrada Comunión

Capítulo II. De la primera cosa que se requiere para comulgar, que es pureza de conciencia

Capítulo III. De la segunda cosa que se requiere para comulgar, que es pureza de intención

Capítulo IV. De la tercera cosa que se requiere para recibir este Sacramento, que es actual devoción

I. [Del temor y reverencia con que se ha de llegar a este Sacramento]

II. [Del amor y confianza con que se ha de llegar a este Sacramento]

III. [De la hambre y deseo del celestial pan deste Sacramento]

Capítulo V. Que se debe tomar tiempo para entender en este aparejo susodicho

Capítulo VI. Lo que se ha de hacer antes de la Comunión

Capítulo VII. De lo que se debe hacer al tiempo de la Comunión y después della

Capítulo VIII. Del uso de los Sacramentos, y del provecho que se recibe con la frecuencia dellos

I. De los efectos del sacramento de la Comunión

II. Responde a algunas objeciones de algunos negligentes

Capítulo IX. Cuál sea la causa del poco gusto y devoción que algunos tienen cuando celebran o comulgan

Capítulo X. Si es bueno comulgar muy a menudo

[I.] Síguese una devota meditación para antes de la sagrada Comunión, para despertar en el ánimo el temor y amor deste santísimo Sacramento

[II.] Segunda parte de esta meditación

[III.] Preámbulo para las oraciones siguientes, que sirven para antes de la sagrada Comunión

[IV.] Oración para antes de la Comunión, de santo Tomás de Aquino

[V.] Síguese otra oración para antes de la sagrada Comunión

[VI.] Oración para después de la Comunión, de santo Tomás de Aquino

[VII.] Síguese otra meditación para después de haber comulgado

[VIII.] Síguese otra meditación, muy devota, para ejercitarse en ella el día de la sagrada Comunión, pensando en la grandeza del beneficio recibido, y dando gracias a nuestro Señor por él

[IX.] Segunda parte desta meditación

TRATADO CUARTO.

EL CUAL CONTIENE DOS REGLAS PRINCIPALES DE VIDA CRISTIANA

Prólogo

Capítulo I. Comienza la primera regla de la vida cristiana, en la cual se trata de la vitoria del pecado y de los remedios generales que hay contra él

I. [De la deformidad y malicia del pecado mortal]

II. [De las ocasiones de los pecados, y cómo se deben huir]

III. [De cuánto importa resistir al principio de la tentación]

IV. [Del examen de la conciencia, y cómo se debe hacer]

V. [De la necesidad de evitar los pecados veniales]

VI. [De la aspereza y maltratamiento de la carne]

VII. [Del gran cuidado que se ha de tener con la lengua]

VIII. [Del cuidado que se ha de tener en no dejar pegar el corazón a las cosas visibles]

IX. [De la lección de buenos libros, y sus efectos]

X. [De la presencia de Dios]

- XI. [De los males que causa la ociosidad]
- XII. [De la soledad]
- XIII. [De cómo el verdadero cristiano debe apartarse del mundo]
- XIV. [Del uso de los sacramentos, oración y limosna]
- XV. [De cuatro cosas de que debe cuidar el cristiano]

Capítulo II. De las más comunes tentaciones de los que comienzan a servir a Dios, mayormente en las religiones

Capítulo III. Síguese otra regla de bien vivir, para personas algo más aprovechadas en la vida cristiana. Del fin desta doctrina, que es la imitación de Cristo

Capítulo IV. Del ejercicio y uso de diversas virtudes

- I. [De la esperanza]
- II. [De la humildad interior y exterior]
- III. [De la castidad]
- IV. [De la templanza en el comer y beber]
- V. [Del silencio]
- VI. [De la mortificación de la propia voluntad]
- VII. [De la paciencia en los trabajos]
- VIII. [De la verdadera devoción]
- IX. [De lo que se ha de hacer por la noche y mañana]
- X. [De los remedios para alcanzar la verdadera paz]

Capítulo V. De lo que debe el hombre hacer para con Dios, para consigo y para con sus prójimos

- I. [De lo que el hombre debe hacer para con Dios]
- II. [De lo que debe el hombre hacer para consigo mismo]
- III. [De lo que el hombre debe hacer para con los prójimos]

Capítulo VI. De doce cosas muy principales que el siervo de Dios debe hacer

Capítulo VII. De doce maneras de defectos que se deben mucho evitar en la vida espiritual

SEGUNDO VOLUMEN DEL MEMORIAL DE LA VIDA CRISTIANA, EN EL CUAL SE CONTIENEN
LOS TRES TRATADOS POSTREROS QUE PERTENECEN A LOS EJERCICIOS DE LA DEVOCIÓN Y
DEL AMOR DE DIOS

Prólogo

[TRATADO QUINTO.] DE LA ORACIÓN VOCAL

Capítulo I. De la dificultad que hay en guardar la ley de Dios, y de cómo el remedio desta dificultad es la gracia, y cómo ésta se alcanza por la oración

- I. [De la causa porque la virtud, siendo natural al hombre, le ha de ser tan dificultosa]
- II. De cómo la gracia nos da fuerza para guardar la ley de Dios
- III. De cómo la oración es medio para alcanzar la gracia, la caridad y la devoción
- IV. Conclusión de todo lo dicho, con ejemplos de santos

Capítulo II. De seis condiciones que ha de tener la buena oración

- I. [De la primera condición de la oración perfecta, que es hacerse con espíritu y atención]
- II. [De la segunda condición de la oración, que es ser humilde]
- III. [De la tercera condición de la oración, que es hacerse con fe y confianza]
- IV. [De la cuarta condición de la perfecta oración, que es ser acompañada la fe con obras y buena vida]
- V. [De la quinta condición de la perfecta oración, que es lo que en ella se ha de pedir]

VI. [De la sexta condición de la oración perfecta, y de la paciencia y perseverancia que en ella hay se ha tener]

Capítulo III. Del tiempo que ha de durar la oración

I. [Del tiempo que debe tomar para la oración todo buen cristiano]

II. [De las horas mejores para la oración]

Capítulo IV. De dos maneras de oración: vocal y mental

Capítulo V. Síguense unas siete muy devotas oraciones

[I.] Oración primera de la vida de Cristo

[II.] Segunda oración a Jesús

[III.] Tercera oración a Jesús

[IV.] Cuarta oración a Jesús

[V.] Quinta oración a Jesús

[VI.] Sexta oración a Jesús

[VII.] Séptima oración a Jesús

Capítulo VI. Síguense otras siete oraciones

[A.] Preámbulo para entender el intento y manera de estas oraciones

[I.] Oración primera, en la cual la criatura adora humildemente a su Criador, considerando la grandeza de su majestad, por la cual merece ser adorado como Dios, diciendo así

[II.] Segunda oración, en la cual el hombre se humilla y estremece considerando la grandeza de Dios y su justicia

[III.] Tercera oración, que trata de las alabanzas divinas, en la cual se cuentan muchas perfecciones de nuestro Señor Dios

[IV.] Cuarta oración, en la cual se dan gracias al Señor por los beneficios recibidos

[V.] Quinta oración, para pedir a nuestro Señor Dios su amor

[VI.] Sexta oración, en la cual la criatura se ofrece y resigna en las manos de su Criador, poniendo en él todas su esperanza y dándole su obediencia

[VII.] Séptima oración, para pedir a nuestro Señor todo lo que pertenece a nuestra salvación

[B.] Síguese una muy devota oración para decir luego por la mañana

[I.] Desta manera se puede acabar todo este Cántico

[II.] Aviso acerca desta oración

[III.] Oración para pedir al Señor perdón de los pecados

[IV.] Oración para dar al Señor gracias por los beneficios recibidos

[V.] Oración en la cual ofrece el hombre los trabajos y méritos de Cristo, nuestro Salvador, para pedir mercedes por ellos

[VI.] Oración a Dios y a todos los santos para pedir todo lo que es necesario, así para nos como para nuestros prójimos

[VII.] Oración de santo Tomás de Aquino para pedir todas las virtudes

[VIII.] Oración al Espíritu Santo

[IX.] Oración para mientras se dice la misa

[X.] Síguese otra oración, que también se puede decir en el mismo tiempo de la misa, o en cualquier otro

Capítulo VII. Síguense siete muy devotas oraciones a la sacratísima Nuestra Señora

[I.] Oración primera de la vida de nuestra Señora

[II.] Segunda oración de la vida de nuestra Señora

[III.] Tercera oración de la vida de nuestra Señora

[IV.] Cuarta oración a nuestra Señora

[V.] Quinta oración a nuestra Señora

- [VI.] Sexta oración a nuestra Señora
 [VII.] Séptima oración a nuestra Señora

TRATADO SEXTO. DE LA MATERIA DE LA ORACIÓN MENTAL

Prólogo

Capítulo I. Del fruto de la oración mental

Capítulo II. De la manera de la oración mental

Conclusión de todo lo dicho

Capítulo III. De cinco partes que pueden entreenir en este santo ejercicio

- I. De la preparación
- II. De la meditación
- III. Del hacimiento de gracias
- IV. Del ofrecimiento
- V. De la petición

Capítulo IV. Síguese un devoto Memorial de los principales misterios de la vida de nuestro Salvador

Capítulo V. Comienzan los principales misterios de la sacratísima vida y dolorosa muerte y gloriosa resurrección de nuestro Salvador

- I. De la anunciación del ángel a nuestra Señora
- II. La visitación a santa Isabel
- III. La revelación de la virginidad y parto de nuestra Señora al santo José
- IV. Del nacimiento del Salvador
- V. La circuncisión del Señor
- VI. La adoración de los Magos
- VII. La purificación de nuestra Señora
- VIII. La huida a Egipto
- IX. De cómo se perdió el Niño Jesús, de doce años
- X. Del bautismo del Señor
- XI. Del ayuno y tentación
- XII. De la predicación, doctrina y obras admirables de Cristo
- XIII. De la Samaritana, Cananea, Magdalena, y mujer adúltera
- XIV. De la Samaritana
- XV. De la Cananea
- XVI. De la Magdalena
- XVII. De la mujer adúltera
- XVIII. De la transfiguración del Señor

Capítulo VI. Preámbulo de la sagrada Pasión, en el cual se trata de la manera que debemos tener en considerarla

- I. De la grandeza de los dolores de Cristo
- II. De la entrada en Jerusalén con los ramos
- III. Del lavatorio de los pies
- IV. De la institución del Santísimo Sacramento
- V. La oración del huerto
- VI. La prisión del Salvador
- VII. De la presentación del Salvador ante los pontífices Anás y Caifás, y de los trabajos que pasó la noche de su pasión
- VIII. La presentación ante Pilato y Herodes, y los azotes a la columna
- IX. La coronación de espinas, y el *Ecce Homo*

- X. De la comparación de Cristo con Barrabás
- XI. De cómo el Salvador llevó la cruz a costas
- XII. De cómo fue crucificado el Salvador
- XIII. La lanzada de el Señor, y la sepultura
- XIV. La resurrección del Señor
- XV. La subida a los cielos
- XVI. La venida a juicio
- XVII. De las penas del infierno
- XVIII. De la gloria del paraíso

Versos del Maestro Marulo

Habla del crucifijo, que está a la entrada de la iglesia, compuesto en verso por Lactancio Firmiano

Himno en alabanza de Cristo

Capítulo VII. Preámbulo para tratar del conocimiento de sí mismo

[A.] Primera parte deste ejercicio

I. De los males del cuerpo

II. De los males del ánima, y primero, de los que son comunes a todos los hombres

III. De los males propios de la persona, así de la vida presente como de la pasada

[B.] Segunda parte deste ejercicio. De cómo todos los bienes que tenemos son de Dios

[I.] Hacimiento de gracias

TRATADO SÉPTIMO. DEL AMOR DE DIOS,

EN EL CUAL CONSISTE LA PERFECCIÓN DE LA VIDA CRISTIANA

Capítulo I. Qué cosa sea caridad, y de los frutos y excelencia della

I. [De cómo el alma no debe descansar hasta hallar el divino amor en su perfección; y de los efectos que en ella causa]

II. [De ocho grados del amor de Dios]

III. [De cómo es mucho para sentir que no trabaje el hombre para alcanzar el amor de Dios]

Capítulo II. De cómo la perfección de la vida cristiana consiste en la perfección de la caridad, y cuál sea la perfección de esa caridad

PRIMERA PARTE DE ESTE TRATADO: DE LAS COSAS QUE AYUDAN, Y DE LAS QUE IMPIDEN EL AMOR DE DIOS

Capítulo III. Del principal medio por do se alcanza el amor de Dios, que es un ardentísimo deseo dél

I. [Del deseo del divino amor, y cuál deba ser para alcanzarle]

Capítulo IV. De otros medios más particulares que sirven para alcanzar el amor de Dios

I. De las oraciones y aspiraciones continuas al amor de Dios

II. Del recogimiento de los sentidos, y muchedumbre de los negocios

III. De los ayunos, disciplinas y otras asperezas

IV. De las obras de misericordia

V. Del amor de la pobreza, y de las persecuciones y menosprecios por Dios

VI. De la paz del corazón y confianza en Dios

Capítulo V. De los principales impedimentos del amor de Dios, y primero, del amor propio

I. De la mortificación de la propia voluntad

II. De evitar todo género de pecado

III. Recapitulación de todo lo dicho

Capítulo VI. De algunos avisos necesarios para los que buscan el amor de Dios; y primero, del humilde conocimiento de sí mismo

- I. Del temor de Dios
- II. De la pureza de intención en sus ejercicios
- III. De la discreción en estos ejercicios
- IV. De la perseverancia y continuación en los buenos ejercicios

Capítulo VII. De las principales señales de nuestro aprovechamiento

SEGUNDA PARTE DE ESTE TRATADO: EN EL CUAL SE PONEN ALGUNAS ORACIONES Y CONSIDERACIONES, QUE SIRVEN PARA ENCENDER EN NUESTROS CORAZONES EL AMOR DE DIOS

[A.] Preámbulo desta segunda parte

[B.] Síguese una devota consideración de los beneficios divinos

- I. [Del beneficio de la creación]
- II. [De beneficio de la conservación]
- III. [Del beneficio de la redención]
- IV. [Del beneficio del bautismo]
- V. [Del beneficio del llamamiento]
- VI. [Del beneficio de las inspiraciones divinas]
- VII. [Del beneficio de la preservación de males]
- VIII. [Del beneficio de los sacramentos]
- IX. [De los beneficios particulares]
- X. [Del beneficio de la bienaventuranza de la gloria]
- XI. [Del modo como se han de dar gracias a Dios por sus beneficios]

[C.] Síguense unas siete oraciones muy devotas para pedir y procurar el amor de Dios

- [I.] Primera oración de las perfecciones divinas
- [II.] Segunda oración de las mismas perfecciones divinas
- [III.] Tercera oración de las mismas perfecciones divinas
- [IV.] Oración primera sobre la oración del *Pater noster*
- [V.] Segunda meditación, en la cual se prosigue la declaración del *Pater noster*
- [VI.] Tercera meditación sobre la oración del *Pater noster*
- [VII.] Séptima oración para pedir el amor de N. Señor

[429] Al cristiano lector

Prólogo

Así como fueron diversos los gustos y juicios de los autores que escribieron, cristiano lector, así fueron diversas las materias y argumentos que trataron. Porque unos hubo que aficionados a la hermosura de la elocuencia procuraron criar un *orador* perfecto, tomándole dende la cuna y llevándolo por todos los pasos y escalones desta facultad hasta ponerlo en la cumbre della. Otros procuraron formar desta misma manera un *príncipe* acabado, otros un grande *capitán*, otros un *cortesano*; y así cada uno procuró esclarecer y levantar con su pluma aquello que en más precio tenía. Pues cierto es que entre todas las cosas humanas ninguna hay de más precio ni más divina, que un *perfecto cristiano*, el cual, así como se ordena para un fin sobrenatural, así también la vida que vive es sobrenatural, por lo cual es llamado de los santos *hombre celestial* o *ángel terreno*. Pues, si las otras facultades (que son tanto menores que esta, quanto su fin es menor) tuvieron autores que con tanta diligencia enseñaron todo lo que para cumplimiento dellas se requería, dende el primer principio hasta el último fin, ¿cuánto más debida cosa será no faltar esto mismo en esta profesión celestial, que, quanto es más alta que las otras, tanto es más dificultosa de acertar y tanto más necesidad tiene de ser enseñada?

Pues esto es, cristiano lector, lo que muchos años ha tengo deseado: ver algún particular libro que tratase de formar un perfecto cristiano, y que fuese una suma de todo lo que pertenece a la profesión desta vida celestial. Porque, así como los buenos oficiales procuran tener los instrumentos que pertenecen a su oficio, y los que estudian algún arte o ciencia trabajan por tener algún libro en que está recopilado todo lo que pertenezca a aquella ciencia, para tener en un solo lugar más recogida la *memoria*¹, así también parece que convenía hacer esto mismo en esta, que es arte de las artes y ciencia de las ciencias. Y, habiendo este recaudo, hallarían fácilmente los que de veras desean servir a Dios doctrina y luz para su vida, y los confesores y predicadores celosos del bien común tendrían adonde sin mucha costa pudiesen remitir a sus oyentes para saber lo que cumple a su profesión.

Y bien veo yo que para esto no faltan hoy día libros de muy sana y católica doctrina, mas por la mayor parte todos ellos prosiguen un intento particular, y no quieren en poco espacio obligarse a tratar de todo. Y, aunque los *Catecismos*, que son suma de la vida cristiana, tratan de todo lo que a ella pertenece, pero estos, como tienen respeto [*miran*] a declarar la sustancia de las cosas y lo que toca a la inteligencia dellas, es la doctrina dellos más especulativa, que práctica; quiero decir, más inclinada a alumbrar el entendimiento, que a mover la voluntad al ejercicio y uso de las virtudes.

Pues por esta causa me determiné, con el favor de nuestro Señor y con la ayuda de las escrituras de los santos, que en diversas partes trataron todos estos argumentos, a recopilar de todos ellos este libro, donde se tocasen todas estas materias; en el cual pretendo formar un *perfecto cristiano*, llevándolo por todos los pasos y ejercicios desta vida, desde el principio de su conversión hasta el fin de la perfección. Y para esto hago cuenta que lo tomo entre las manos así, tosco y rudo, como quien lo corta de un monte con sus ramas y con su corteza, y comienzo a labrar en él poco a poco, hasta llevarlo a su debida perfección. Para lo cual, en el primer tratado se le pone delante el paraíso y el infierno, y los bienes grandes que acompañan la virtud, y las obligaciones que a ellas tenemos, para inducirle a que se determine de dejar los vicios y volverse al servicio de su Criador y Señor. Y, presupuesta ya esta determinación, porque la entrada de este camino es la penitencia, enséñasele luego en el segundo tratado cómo la haya de hacer; donde se le ponen muchas consideraciones y oraciones que sirven para moverle a dolor y aborrecimiento de las culpas de la vida pasada; y así también se le da doctrina para saberse confesar dellas y satisfacer a nuestro Señor con debida satisfacción. Después de la Confesión síguese la Comunión, y así se sigue luego el tercer tratado, donde se enseña de la manera que se ha de aparejar para comulgar dignamente, y las cosas que para esto se requieren, con sus oraciones para antes y después de la Comunión. Recibidos estos sacramentos, síguese luego la encomienda de la vida; y para esto se añade el cuarto tratado, que desto habla. Y, porque hay unos que se contentan con hacer solamente lo que es necesario para su salvación, y otros que quieren pasar más adelante y caminan a la

¹ De ahí el llamarse *Memorial*. Así lo dirá luego de forma explícita.

perfección (los cuales, no contentos con la carga de los mandamientos, ponen también los hombros a la sobrecarga de los consejos), por esto se ponen aquí dos reglas de bien vivir: una común para los unos, y otra más estrecha y más espiritual para los otros. Y, porque nadie puede comenzar ni perseverar en la buena vida sin el socorro de la divina gracia —el cual se alcanza por la oración—, por eso, después de los documentos y reglas de bien vivir, se trata luego de la oración. Y, porque hay dos maneras de oración: una vocal y otra también mental, de la primera se trata en el quinto tratado, donde se ponen muchas oraciones vocales para diversos propósitos y usos de la vida cristiana, y se declaran las condiciones de la buena oración; mas de la segunda se escribe en el sexto tra- [430] tado, donde solamente se trata de la materia desta oración, que es la consideración de los principales misterios de la vida de Cristo, y de los beneficios divinos; porque lo demás que a este argumento pertenece tratamos ya en el libro *De la Oración y Meditación*. Después de todo esto no falta más que llegar a la perfección, la cual consiste en el amor de Dios; y desta se escribe en el séptimo y último tratado, donde se declaran las cosas que sirven para alcanzar esta soberana virtud, y las que la impiden, y las consideraciones y oraciones en que el hombre se ha de ejercitar para alcanzarla.

Este es, pues, cristiano lector, el curso de toda la vida cristiana, repartido en estas siete jornadas, a las que se ordena y reduce todo lo que nos enseña esta filosofía celestial.

Y, porque los cuatro primeros tratados pertenecen a la doctrina de lo que se debe hacer, y los otros tres siguientes sirven más para ejercicios de oración y de amor de Dios (que son cosas que han de andar siempre entre las manos), por esto pareció que se debía repartir todo este libro en dos volúmenes, para que el que quisiese pudiese traer siempre este segundo volumen en el seno, sin mucho peso, por ser para todos los tiempos y lugares tan necesario.

Y, porque todas estas materias se tratan aquí brevemente, por eso pareció el libro tuviese nombre de *Memorial*, donde los hombres suelen escribir todo lo que han de hacer; pero con brevedad. Aunque no es tanta la deste libro, que no se ponga todo lo que parecía necesario para el argumento dél. Verdad es que la materia es muy copiosa y rica, donde hay muchas cosas que decir y muy dignas de ser dichas; mas esto quedará para otros ingenios. Y, si el Señor alargase un poco los plazos de la vida —que tan apresuradamente corre por la posta—, podíanse tratar algunas partes desta doctrina más copiosamente, en especial la exhortación a bien vivir, y la reglas de bien vivir, y el tratado del amor de Dios, con el de la vida de Cristo.

I.

Y, dado caso que lo que aquí pretendemos, que es formar un perfecto cristiano, sea propiamente obra del Espíritu Santo, mas todavía, así como la gracia no excluye nuestra industria, antes necesariamente ha de concurrir con ella, así tampoco la enseñanza interior de Dios excluye la exterior de los hombres, mas necesariamente la requiere. El cual oficio señaladamente pertenece a los sacerdotes y ministros de la Iglesia, a los cuales nos remite Dios para que nos enseñen e informen de su ley [cf. *Mal* 2,7]. Y, por esto, entre las vestiduras sacerdotales del Sumo Sacerdote estaba una pieza que se llamaba *Racional* [*Pectoral*], que se ponía en los pechos, donde estaban escritas estas palabras: *Doctrina y Verdad* (cf. *Éx* 28,30)²; las cuales dos cosas habían de estar en el pecho de Aarón, para que de allí, como de una fuente caudalosa, se derivasen en todos los otros. Y es este un tan principal oficio, que solo él reservó Moisés para sí, por consejo de su suegro Jetró, el cual dijo que cometiese [*encomendase*] las otras causas y negocios temporales a otros jueces, y que él tomase para sí las cosas que tocaban a la religión y culto divino, y el enseñar al pueblo las ceremonias de su ley, y la manera en que había de servir y honrar a Dios (cf. *Éx* 18,19-20). Y, porque algunos sacerdotes se descuidaron en este oficio, les mandó Dios decir por un profeta: *Porque tú desechaste la esciencia y conocimiento de mi ley, yo también te desecharé, para que no me sirvas más en el oficio sacerdotal* (*Os* 4,6). Y por grandísimo castigo los amenaza Dios por Isaías con esta manera de azote, diciendo que por amor de [*por mor de*] sus grandes pecado los castigará él con un castigo miraculoso y espantable, que sería perder los sabios la sabiduría y escurecerse el entendimiento de los prudentes del pueblo (cf. *Is* 29,14).

² Versión latina del hebreo *urim* y *tumim*: «Pones autem in rationali iudicii *Doctrinam* et *Veritatem*, quæ erunt in pectore Aaron, quando ingredietur coram Domino; et gestabit iudicium filiorum Israel in pectore suo, in conspectu Domini semper».

Pues, así como se pone aquí por uno de los grandes y espantables castigos de Dios faltar esta sabiduría a los mayores, así también lo es faltar a los menores, porque, quitada la luz del entendimiento que guía toda esta danza, y que es como la primera rueda deste reloj que rige y mueve toda la vida cristiana, ¿qué se puede esperar, sino ceguedades y desatinos y otros grandes males? Y que esta sea la causa de ellos, claramente nos lo manifiestan todas las Escrituras divinas. Por Isaías dice Dios: *No es este pueblo sabio, y por esto no habrá misericordia dél el que lo crió, ni le perdonará el que lo formó* (Is 27,11). Y en otro lugar: *Por eso —dice él— fue llevado cautivo mi pueblo, porque no tuvo esciencia, y los nobles dél murieron de hambre, y la muchedumbre dellos pereció de sed* (Is 5,13). Y esto confirma el profeta Baruc, diciendo que la causa del cautiverio de los hijos de Israel, y el andar perdidos por tierras de enemigos, era por haber desamparado la fuente de la sabiduría (cf. Bar 3,10-12); y a esta causa atribuye la condenación de los gigantes, diciendo que, porque no tuvieron sabiduría, perecieron por su ignorancia (cf. Bar 3,26-28). Para lo cual escribe el Apóstol a los Colosenses que la palabra y doctrina de Cristo copiosamente se predique entre ellos, y que unos a otros se enseñen y amonesten en lo que deben hacer (cf. Col 3,16). Porque, si ningún oficio hay, por bajo que sea, que no tenga necesidad de reglas y avisos para hacerse bien hecho, ¿cuánto más **el mayor de los oficios, que es saber servir y agradar a Dios, y conquistar el Reino del cielo, y prevalecer las fuerzas y engaños del enemigo?** ¿Cómo sabrá un hombre rudo lo que importa este negocio, si no le ponen delante las promesas y amenazas de Dios, y las obligaciones grandes que tiene para servirle? ¿Cómo se sabrá confesar perfectamente, si no le enseñan las partes que tiene el sacramento de la Confesión y cómo se haya de haber en cada una dellas? ¿Cómo tendrá dolor y arrepentimiento de sus pecados, si no le ponéis delante las razones y motivos que hay para dolerse dellos? ¿Cómo comulgará digna y provechosamente, si no le enseñan las cosas que para esto se requieren? ¿Cómo sabrá ordenar su vida, alcanzar las virtudes y huir los vicios, si no sabe los medios por do ha de buscar lo uno y resistir a lo otro, y entender las tentaciones y lazos del enemigo? [431] ¿Cómo hará oración que sea fructuosa, y la acompañará con las condiciones y virtudes que se requieren, si no tiene doctrina para esto? ¿Cómo alcanzará amor de Dios, si no sabe los medios por do se alcanza y las cosas por do se impide, y los ejercicios en que para esto se ha de ejercitar? De toda esta luz tenemos necesidad para todas estas cosas, pues no la sacamos del vientre de nuestras madres; antes nacimos tales, que con razón somos figurados por aquel hombre que nació del vientre de su madre ciego, en el Evangelio (cf. Jn 9,1ss).

Y, dado caso que el oficio de los predicadores sea curar esta ceguedad con la lumbré de la palabra de Dios, pero ni estos hay en todas partes, ni todos tratan destas materias tan necesarias, ni aun pueden fácilmente, hablando en general, descender a las particularidades que requiere esta doctrina moral; que, como se ejercita en obras particulares, así requiere doctrinas particulares que en el púlpito no se suelen dar. Por las cuales causas es en gran manera provechosa la lección de los buenos libros, que son como predicadores mudos, que ni os empalagan por largos, porque los podéis luego dejar, ni os dejan con hambre por cortos, porque está en vuestra mano continuar la lección dellos cuando os queréis aprovechar.

▲ Pues **los frutos de la palabra de Dios y santa doctrina de la Iglesia**, ¿quién los explicará? Porque ella es lumbré que esclarece nuestro entendimiento, y fuego que inflama nuestra voluntad, y martillo que ablanda la dureza de nuestro corazón, y cuchillo que corta las demasías de nuestras pasiones, y candela que nos alumbrá en todos los pasos de nuestra vida, y simiente que da frutos de vida eterna, y, finalmente, pasto y mantenimiento que sustenta, deleita, engorda y esfuerza nuestras ánimas en Dios. De los cuales frutos goza quienquiera que lee libros de buena doctrina.

Finalmente, es tan grande la luz y el fruto de la lección, que por experiencia hemos visto muchas personas que mudaron las vidas por este medio. Porque, siendo preguntadas por el principio y causa desta mudanza, claramente respondieron que leyendo tal o tal libro se determinaron de hacerle. A lo menos aquel tesorero de la reina de Etiopía leyendo iba en su carro por Isaías, cuando Dios le convirtió por medio de san Felipe, tomando motivo de aquella lección (cf. Hch 8,27ss). Y las obras otrosí tan señaladas y heroicas que el rey Josías hizo en todo su rino, ¿de dónde procedieron, sino de la lección de un libro sagrado, que le fue enviado por el sacerdote Helcías, como se escribe largo en los libros de los Reyes? (cf. 2 Re 22,8). Pues la conversión admirable del bienaventurado san Agustín, ¿no tomó también principio de la lección de un libro santo? Escribe él en el octavo libro de sus *Confesiones* una cosa digna de memoria, que, por ser tal, la refiero aquí.

Dice él que un caballero de África, llamado Ponticiano, viniéndole a visitar un día, le dio nuevas de las maravillas que por el mundo se decían del bienaventurado san Antonio. Y añadió más: Que una tarde, estando el emperador en la ciudad de Tréveris ocupado en ver ciertos juegos públicos que allí se hacían, él, con otros tres cortesanos amigos suyos, se salieron a pasear por el campo, y los dos dellos se apartaron a una celda de un monje; y, hallando allí un libro en que estaba escrita la vida de san Antonio, comenzó el uno dellos a leer por ella, «y súbitamente encendido su corazón con un amor santo y movido con una religiosa vergüenza, enojado consigo mismo, dijo al amigo: “Dime, ruégote, amigo: ¿Qué es lo que pretendemos alcanzar con todos nuestros trabajos?; ¿qué buscamos?; ¿en qué andamos tantos años ha peleando en tantas guerras?; ¿por ventura podemos venir a mejor fortuna en palacio, que ser privados [*amigos*] del emperador? Pues, en ese estado, ¿qué cosa hay que no sea quebradiza y de gran peligro?; y a este tan gran peligro, ¿por cuántos otros peligros caminamos? Mas, si quiero ser amigo de Dios, luego lo puedo ser”. Diciendo estas palabras, turbado con el parto de la nueva vida, volvía los ojos al libro, y leía, y mudábase de dentro, y despedíase de las cosas mundanas, según que luego apareció. Porque, después que acabó de leer, y se levantaron muchas olas en su corazón, con un gran gemido dijo a su amigo: “Ya yo estoy quieto y descansado y he dado de mano a nuestras esperanzas, y tengo determinado de servir a Dios, y dende esta hora me quedo en este lugar. Tú, si no quieres imitarme, no quieras estorbarme”. Respondió el otro que él no podía apartarse dél, ni dejar de tenerle compañía con la esperanza de tan grande paga. Y así comenzaron ambos a levantar el edificio espiritual con suficientes expensas, que era con dejar todas las cosas y seguir a Cristo. Y lo que no es menos de maravillar: ambos tenían sus esposas, las cuales, cuando esto supieron, se consagraron a Dios e hicieron voto de virginidad» (*Confes.*, VIII,6) ³.

Esto cuenta san Agustín. Y este ejemplo fue para él de tan grande eficacia, que dio luego voces a un amigo suyo [*Alipio*], con mucha turbación, diciendo: «¿Qué hacemos?, ¿qué es esto que has oído? Levántanse los ignorantes y róbannos el cielo, y nosotros, con nuestras doctrinas, ¿andamos sumidos en la carne y en la sangre?». Y, con esta alteración y sentimiento, dice el santo que se entró en un huerto que allí tenía, y se dejó caer debajo de una higuera, y aflojando las riendas a las lágrimas, con grande angustia y turbación de su corazón comenzó a decir: «Y tú, Señor, ¿hasta cuándo?, ¿hasta cuándo estarás enojado? ¿No ha de tener fin tu ira? No te acuerdes, Señor, de nuestras maldades antiguas». Y tornaba a repetir estas palabras: «¿Hasta cuándo?, ¿hasta cuándo mañana, mañana? ¿Por qué no ahora? ¿Por qué no se dará hoy fin a mis torpezas?» Y, diciendo esto con un grande sentimiento, oyó una voz que le dijo: «Toma, lee; toma, lee». Entonces dice que se levantó para tomar un libro sagrado que cerca de sí tenía, para leer por él, porque había él oído del mismo Antonio que, de una lección del Evangelio que acaso oyera, la cual decía: *Ve, y vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y ven y sígueme; y tendrás un tesoro en el cielo* (Mt 19,21), se había determinado de dejar todas las co- [432] sas y seguir a Cristo. Pues movido él con este ejemplo, y más con la voz que había oído, dice que tomó el libro y comenzó a leer por él, y allí le infundió Dios una tan grande luz, que, dejadas las cosas del mundo, se entregó del todo a su servicio ⁴.

Todo esto escribe Agustín en el libro susodicho. Donde verás cuántas conversiones señaladas tomaron principio de la sagrada lección, conviene a saber: la de los amigos de Ponticiano, y la del

³ «Dic, quæso te, omnibus istis laboribus nostris [ambos eran *Agentes in rebus* del emperador], quo ambimus pervenire? quid quærimus? cuius rei causa militamus? Maiorne esse poterit spes nostra in palatio, quam ut amici Imperatoris simus? Et ibi quid non fragile, plenumque periculis? Et per quot pericula pervenitur ad grandius periculum? Et quando istud erit? Amicus autem Dei si voluero, ecce nunc fio». «Ego iam abrui me ab illa spe nostra, & Deo servire statui, & hoc ex hora hac in hoc loco aggredior; te si piget imitari, noli adversari». «Respondit ille, adhærere se socium tantæ mercedis tantæque militiæ. Et ambo iam tui ædificabunt turrim sumptu idoneo relinquendi omnia sua & sequendi te». [Los otros dos amigos «comendaverunt se orationibus eorum, & trahentes cor in terram abierunt in palatium, illi autem affigentes cor cælo, mansuerunt in casa.»] «Et ambo habebant sponsas. Quæ posteaquam hoc audierunt, dedicaverunt etiam ipsæ virginitatem tibi» (VIII,6).

⁴ «Quid patimur? Quid est hoc? Quid audisti? Surgunt indocti & cælum rapiunt, & nos cum doctrinis nostris sine corde, ecce ubi volutamur in carne & sanguine?» (VIII,8). «“Et tu, Domine, usquequo? [cf. *Sal 6,4*]. Usquequo, Domine, irasceris in finem? [cf. *Sal 12,1: oblivisceris*]. Ne memor fueris iniquitatum nostrarum antiquarum”. Sentiebam enim eis me teneri, iactabam voces miserabiles: “Quamdiu? Quamdiu, cras & cras? Quare non modo? Quare non hac hora finis turpitudinis meæ?” Dicebam hæc & flebam amarissima contritione cordis mei. Et ecce audio vocem de vicina domo cum cantu dicentis & crebro repetentis, quasi pueri an puellæ, nescio: TOLLE LEGE, TOLLE LEGE» (VIII,12). Agustín había dejado el código del Apóstol donde Alipio: «Arripui, aperi, & legi in silentio capitulum [*Rom 13,13*], quo primum coniecti sunt oculi mei. Nec ultra volui legere, nec opus erat». Alipio lee esto, fijándose en el versículo siguiente, que se lo aplica a sí mismo (VIII,12).

bienaventurado san Agustín, y la del mismo san Antonio. A las cuales podría juntar otras muchas, así pasadas como también presentes, que por este mismo principio se comenzaron. Mas dejo esto por la brevedad, porque, sin duda, tales son y tan soberanos los misterios que la religión cristiana propone a los hombres, y tan poderosos para mover sus corazones, que no me espanto hacer esta grande mudanza en quienquiera que atentamente pusiere los ojos en ellos. Y no sólo para despertar a los dormidos, como aquí has visto, sino para conservar a los ya despiertos ayuda grandemente esta santa lección; porque eso se llama la palabra de Dios en todas las Escrituras *pan o mantenimiento*, porque sustenta y conserva las ánimas en la vida espiritual, así como el pan material sustenta a los cuerpos en la vida corporal.

Y, aunque esto en todos los tiempos fue necesario, como lo es el pan para la vida, pero más ahora en los presentes. Porque antiguamente, en la primitiva Iglesia, los curas y sacerdotes eran tan fervientes y solícitos en el ministerio de la palabra de Dios, que esto pudiera bastar para conservar y adelantar los fieles en la virtud, sin más lección; mas, ahora, no piensan los curas que les pertenece más que el ministerio de los Sacramentos, y el decir una misa a sus tiempos; y con esto, en la mayor parte de las villas y lugares, y aun de las ciudades insignes, se dan por contentos. Por lo cual, cuanto es mayor la falta que en esto hay, tanto es mayor la necesidad que tenemos de suplir la falta de los buenos ministros con los buenos libros.

Recibe, pues, cristiano lector, este pequeño presente, el cual, en poco espacio y a poca costa, podrá en alguna manera suplir esta falta; porque él te podrá servir de *predicador* que te exhorte a bien vivir, y de *doctrina* que te enseñe a bien vivir, y de *confesional* que te declare cómo te has de confesar, y de *aparejo* para cuando hayas de comulgar, y de *devocionario* en que puedas rezar, y de *materia* copiosa para meditar; en las cuales cosas se comprehende la suma de toda la filosofía cristiana. Y, si alguna cosa merece [*logra*] esta doctrina, es por ser tan universal, que trata de todo lo que a todos los cristianos, así principiantes como más aprovechados, pertenece. Y, si cuanto ha sido la diligencia y trabajo de recopilar todas estas materias, y ponerlas en estilo fácil y suave (para despertar el apetito aun de los enfermos, con quien a veces hablamos), tanto fuere el fruto que de aquí se sacare, todo él se tendrá por muy bien empleado; pues **ningún trabajo corporal puede ser tan grande, que iguale con el menor provecho espiritual.**

[433] **COMIENZA**

EL PRIMER TRATADO DEL MEMORIAL

EN EL CUAL SE CONTIENE UNA

EXHORTACIÓN A BIEN VIVIR

Capítulo I. De las penas que nuestro Señor tiene amenazadas
a los que viven mal

Uno de los principales medios de que nuestro Señor ha usado muchas veces para enfrenar los corazones de los hombres y traerlos a la obediencia de sus mandamientos ha sido ponerles delante los castigos y penas horribles que están aparejadas para los rebeldes y quebrantadores de su ley. Porque, dado caso que también mueve mucho a esto la esperanza de los bienes que en la otra vida se prometen a los buenos, pero comúnmente más nos suelen mover las cosas tristes, que las alegres; como vemos por experiencia que más nos escuece la injuria, que nos deleita la honra, y nos aflige la enfermedad, que nos alegra la salud; por donde, por el mal de la enfermedad, conocemos el bien de la salud, como por cosa tanto más conocida, cuanto más sentida. Pues por esta causa en los tiempos pasados usó nuestro Señor más de este remedio que de otros, como parece claro por las escrituras de los profetas, que están por todas partes llenas de temores y amenazas, con las cuales pretendía el Señor espantar y enfrenar los corazones de los hombres y sujetarlos a su ley. Y conforme a esto mandó al profeta Jeremías que tomase un libro blanco y escribiese en él todas las amenazas y calamidades que él le había revelado, dende el primer día que había comenzado a hablar con él hasta aquel presente, y que leyese todo esto en presencia del pueblo, para ver si, por ventura, con esto se moverían a penitencia y mudarían la vida, para que él también mudase la determinación que tenía de ejecutar en ellos su ira. Y dice la Escritura que como el profeta pusiese por obra lo que Dios le había mandado y leyese todas aquellas amenazas en presencia del pueblo y de los principales dél, que cayó tan grande espanto sobre ellos, que quedaron como atónitos y pasmados, mirándose a las caras unos a otros, por el gran temor que de aquellas palabras habían concebido (cf. Jer 36,2ss).

Este, pues, era uno de los principales medios de que Dios usaba con los hombres en tiempo de la ley de escritura, y no menos en la ley de gracia; en la cual dice el Apóstol que, así como se revela la justicia con que Dios hace justos a los hombres, así también se revela la indignación y ira con que castiga los malos (cf. Rom 1,17-18). Y de aquí es que con esta declaración y embajada fue enviado el glorioso precursor de Cristo a predicar al mundo, diciendo que ya estaba el cuchillo puesto a la raíz del árbol y que todo árbol que no diese buen fruto había de ser cortado y echado en el fuego (cf. Lc 3,9); y asimismo que ya era venido otro más poderoso que él al mundo, el cual traía en la mano una pala para aventar y limpiar con ella su era, y que el trigo encerraría en su granero, mas que las pajas quemaría en un fuego que nunca se hubiese de apagar (cf. Lc 3,16-17). Esta fue la predicación y embajada que el santo precursor trajo al mundo. Y fue tan grande el trueno destas palabras y el espanto que causaron en los corazones de los hombres, que acudieron a él de todos los estados y suertes de gentes, hasta los publicanos, y soldados —que suele ser gente más desalmada—, y todos preguntaban al santo varón, cada uno por su parte, qué había de hacer para salvarse y escapar de aquellas tan terribles amenazas que predicaba (cf. Lc 3,10ss). Tan grande era el temor que dellas habían concebido. Pues esto es ahora, hermano mío, lo que también aquí de parte de Dios te denunciemos, aunque no con tanto espíritu y santidad de vida; pero, lo que hace más al caso, con la misma verdad y certidumbre, pues no es otra la fe ni el evangelio que san Juan entonces predicaba, que el que nosotros ahora predicamos.

[434] I. [*De cuán terribles son las penas del infierno, por ser males universales, no haber esperanza de alivio, y ser eternos*]

Pues, si quieres saber en pocas palabras qué tan grande sea la pena que Dios tiene en sus Escrituras amenazada a los malos, lo que más propia y brevemente se puede para esto decir es que, así como el galardón de los buenos es un bien universal, así el castigo de los malos es un mal universal, en quien se hallan en su manera todos los males. Para cuyo entendimiento es de saber que todos los males desta vida son males particulares, y por esto no atormentan generalmente todos nuestros sentidos, sino uno solo o algunos. Y, poniendo ahora ejemplo en las enfermedades corporales, vemos que hay un mal de ojos, otro de oídos, otro de corazón, otro de estómago, otro de la cabeza, y así otros desta calidad. Ninguno destes males es universal de todos los miembros, sino particular de alguno de ellos. Y, con todo esto, vemos la pena que da un solo mal de estos y la mala noche que pasa un doliente con cualquiera de ellos, aunque no sea más que un dolor de una muela. Pues pongamos ahora caso que algún hombre estuviese padeciendo un mal tan universal, que no le dejase miembro ni sentido ni coyuntura sin propio tormento, sino que en un mismo tiempo estuviese padeciendo agudísimos dolores en la cabeza y en los ojos y en los oídos y en los dientes y en el estómago y en el hígado y en el corazón y, por abreviar, en todos los otros miembros y coyunturas de su cuerpo, y que así estuviese tendido en una cama, cociéndose en estos dolores y teniendo para cada uno de los miembros su propio verdugo. El que de esta manera estuviese penando, ¿qué tan gran trabajo te parece que pasaría? ¿O qué cosa podría ser más miserable y más para haber piedad? A un perro de la calle que vieses de esta manera penar, te pondría lástima y compasión. Pues esto es, hermano mío, si alguna comparación se puede hacer, lo que no por una noche, sino eternalmente se padece en aquel malaventurado lugar. Porque, así como los malos con todos sus miembros y sentidos ofendieron a Dios, y de todos hicieron armas para servir al pecado, así ordenará él que todos sean allí atormentados, cada uno con su propio tormento [*cf. Sab 11,17*]. Allí, pues, los ojos deshonestos y carnales serán atormentados con la visión horrible de los demonios; los oídos, con la confusión de las voces y gemidos que allí sonarán; las narices, con el hedor intolerable de aquel sucio lugar; el gusto, con rabiosísima hambre y sed; el tacto y todos los miembros del cuerpo, con frío y fuego incomportable; la imaginación padecerá con la aprehensión de los dolores presentes; la memoria, con la recordación de los placeres pasados; el entendimiento, con la consideración de los bienes perdidos y de los males advenideros.

Esta muchedumbre de penas nos significa la Escritura divina cuando dice que en el infierno habrá hambre, sed, llanto y crujir de dientes (*cf. Lc 13,28*), y cuchillo dos veces agudo, y espíritus criados para venganza, y serpientes y gusanos y escorpiones (*cf. Eclo 7,17; 39,30*), y martillos, y ajenjos, y aguas de hiel, y espíritu de tempestad, y otras cosas semejantes; por las cuales se nos figura la muchedumbre y terribleza espantosa de los tormentos de aquel lugar. Allí también habrá aquellas tinieblas interiores y exteriores, para cuerpos y ánimas, muy más oscuras que las de Egipto que se podían palpar con las manos (*cf. Éx 10,21*)⁵. Allí habrá fuego; y no como el de acá, que atormenta poco y acaba presto, sino como conviene para aquel lugar: que atormente mucho y nunca acaba de atormentar. Pues, si esto es verdad, ¿qué mayor monstruosidad, que, los que esto creen y confiesan, vivan con tan extraño descuido? ¿A qué trabajos no se pondría un hombre por excusar un solo día, y una hora que fuese, del menor destes tormentos? Pues ¿cómo por evitar una eternidad de males, y tan grandes males, no se ponen a un tan pequeño trabajo, como es el de la virtud? Cosa es esta para sacar de juicio a quien profundamente la considerase.

Y, si entre tanta muchedumbre de penas hubiese alguna esperanza de término o de alivio, aún sería esto alguna manera de consuelo; mas no es así, sino que, de todo en todo, están allí cerradas las puertas a todo género de alivio y de esperanza. En todas cuantas maneras de trabajo hay en esta vida siempre queda algún resquicio por donde pueda recibir el que padece algún linaje de consuelo. Unas veces la razón, otras el tiempo, otras los amigos, otras la compañía del mal de muchos, otras a lo menos la esperanza del fin, consuelan al que padece. Mas en solo este mal están de tal manera cerrados todos los caminos y tomados todos los puertos de consolación, que de ninguna parte pueden los miserables esperar remedio: ni del cielo, ni de la tierra, ni de lo pasado, ni de lo presente, ni de lo venidero, ni de otra alguna parte; sino parece que de todas partes les tiran saetas, y que todas las

⁵ «Et sint tenebræ super terram Ægypti tam densæ, ut palpari queant».

criaturas han conjurado contra ellos, y ellos mismos son crueles contra sí. Este es aquel aprieto de que se quejan los malvados, por el Profeta, diciendo: *Cercado me han dolores de muerte, y dolores del infierno me han cercado* (Sal 114,3); porque a cualquier parte que vuelvan y revuelvan los ojos siempre ven causas de dolores, y ninguna de consolación. Entraron, dice el evangelista, las vírgenes que estaban apercebidas al palacio del esposo, y luego se cerró la puerta (cf. Mt 25,10). ¡Oh cerradura perpetua!, ¡oh clausura inmortal!, ¡oh puerta de todos los bienes, que nunca te abrirás jamás! Como si más claramente dijera: «Cerrada está la puerta del perdón, de la misericordia, del consuelo, de la intercesión, de la esperanza, de la gracia, del merecimiento y de todos los bienes». Seis día no más se coge el maná, y al séptimo día, que es el Sábado, no se halla (cf. Éx 16,27); y por eso ayunará para siempre quien [435] con tiempo no se proveyó. *Por temor del frío* —dice el Sabio— *no quiso arar el perezoso; y por esto andará a mendigar en el verano* (Prov 20,4)⁶. Y en otro lugar: *El que allega en el verano es hijo discreto; y el que entonces se echa a dormir, hijo de confusión* (Prov 10,5)⁷. ¿Qué mayor confusión que la que padece aquel miserable rico avariento, el cual con las migajuelas de pan que se le caían de la mesa pudiera comprar la hartura del cielo, y que por no haber querido dar esta poquedad viniese a tal extremo de pobreza, que pidiese, y pida para siempre, una sola gota de agua, y no se la den? (cf. Lc 16,19ss). ¿A quién no mueve aquella petición del malaventurado, que dice: *Padre Abrahán, ten compasión de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de el dedo en agua y me toque en la lengua, porque me atormenta esta llama?* ¿Qué más escasa petición se pudiera proponer, que esta? No se atrevió a pedir un solo jarro de agua, ni aun siquiera que mojase toda la mano en agua, —y lo que es más de maravillar— ni aun todo el dedo, sino sola la punta del dedo para tocarle la lengua; y aun esto solo no se le concedió. Por donde verás cuán cerrada está la puerta de todo consuelo, y cuán universal es aquel entredicho y descomuniación que está puesta a los malos, pues aun esto no se alcanza. De suerte que adquiera que volvieren los ojos, adquiera que extendieren las manos, ningún consuelo hallarán, por pequeño que sea. Y, así como el que se está ahogando en la mar, sumido ya debajo de las aguas, sin hallar sobre qué hacer pie, tiende muchas veces las manos a todas partes en vano, porque todo lo que le aprieta es agua líquida y deleznable, que le burla y engaña, así acaecerá allí a los malaventurados cuando estén ahogándose en aquel piélagos de tantas miserias, agonizando y batallando siempre con la muerte, sin tener arrimo ni consuelo sobre que puedan estribar.

Esta es, pues, una de las mayores penas que en aquel malaventurado lugar se padecen. Porque, si estas penas hubieran de durar por algún tiempo limitado, aunque fueran mil años, o cien mil millones de años, aun esto fuera algún linaje de consuelo, porque ninguna cosa es cumplidamente grande, si tiene fin; mas no es así, sino que sus penas compiten con la eternidad de Dios, y la duración de su miseria, con la duración de la divina gloria. En cuanto Dios viviere, ellos morirán; y, cuando Dios dejare de ser el que es, dejarán ellos de ser lo que son. ¡Oh vida mortífera!, ¡oh muerte inmortal! No sé cómo te llame: si vida, si muerte. Si eres vida, ¿cómo matas? Y si eres muerte, ¿cómo duras? Ni te llamaré lo uno ni lo otro, porque en lo uno y en lo otro hay algo de bien. En la vida hay descanso, y en la muerte, término, que es grande alivio de los trabajos. Tú, ni tienes descanso ni término. Pues ¿qué eres? Eres lo malo de la vida y lo malo de la muerte. Porque de la muerte tienes el tormento sin el término, y de la vida, la duración sin el descanso. Despojó Dios a la vida y a la muerte de lo bueno que tenían, y puso en ti lo que restaba, para castigo de los malos. ¡Oh amarga composición!, ¡oh purga desabrida del cáliz del Señor, del cual beberán todos los pecadores de la tierra! (cf. Sal 74,9).

Pues en esta duración y en esta eternidad querría yo, hermano mío, que hincases un poco los ojos de la consideración, y que como animal limpio (cf. Lev 11,3) rumiases ahora este paso dentro de ti. Y, para que mejor esto hagas, ponte a considerar el trabajo que pasa un enfermo en una mala noche, especialmente si le aqueja algún grande dolor o alguna enfermedad aguda. Mira qué de vuelcos da en aquella cama, qué desasosiego tiene consigo, qué tan larga le parece aquella noche, qué hace de contar las horas del reloj y cuán grande le parece cada una; y todo se le va en desear la luz de la mañana, que tan poca parte ha de ser para curar su mal. Pues, si este se tiene por tan grande trabajo, ¿cuál será el de aquella noche eterna, que no tiene mañana ni espera el alba del día? ¡Oh oscuridad profunda!, ¡oh noche perpetua!, ¡oh noche maldita por la boca de Dios y de sus santos (cf. Job 3,7-8), que deseas la luz, y no la verás, ni el resplandor de la mañana que se levanta! Pues mira ahora qué linaje de tormento

⁶ «Propter frigus piger arare noluit; mendicabit ergo æstate, et non dabitur illi».

⁷ «Qui congregat in messe, filius sapiens est; qui autem stertit æstate, filius confusionis».

será vivir para siempre en tal noche como esta, acostado, no en cama blanda, como lo está un doliente, sino en un horno de llamas tan terribles. ¿Qué espaldas bastarán para sufrir estos ardores? ¡Oh cosa para temblar! Si sólo poner la punta del dedo sobre una ascua por espacio de un avemaría parece cosa intolerable, ¿qué será estar en cuerpo y en ánima ardiendo en medio de aquellos fuegos, tan vivos, que los desta vida en comparación dellos son como pintados? ¿Hay juicio en la tierra? ¿Tienen seso los hombres? ¿Entienden lo que quieren decir estas palabras? ¿Creen que esto es fábula de poetas? ¿Piensan que esto les toca a ellos, o que se dice por otros? Nada desto ha lugar que se diga, pues de todo esto nos desengaña la fe.

II. *[De cuán terribles sean las penas del infierno, por estar siempre en un mismo ser]*

De este mal se sigue otro no menor, que es estar siempre las penas en un mismo son y en un mismo punto, sin que haya en ellas ningún alivio ni declinación. Todas cuantas cosas hay debajo del cielo ruedan con el mismo cielo y nunca están en un mismo ser, sino siempre suben o descienden. La mar y los ríos tienen sus crecientes y menguantes. Los tiempos, y las heladas, y las fortunas de los hombres y de los reinos siempre están en continuo movimiento. No hay calentura tan recia, que no tenga su declinación, ni dolor tan agudo, que, después que ha crecido mucho, no esté muy cerca de decrecer. Finalmente, todas las tribulaciones y males poco a poco los disminuye el tiempo, y, como dice el proverbio, «no hay cosa que más presto se enjugue, que las lágrimas». Sola aquella pena está siempre verde, sola aquella calentura no tiene declinación, sólo aquel resistero [436] de calor no sabe qué cosa es tarde ni mañana. Cuarenta días y cuarenta noches llovió Dios a un peso [*por igual*] en el tiempo del diluvio sobre la tierra, sin escampar, y esto bastó para anegar el mundo (cf. Gén 7,11ss); mas aquí eternalmente lloverá lanzas y rayos de furor sobre aquella malaventurada tierra, sin escampar un solo punto.

En tanta manera es esto verdad, que aun, según sentencia de santo Tomás, la pena que allí se dará por los pecados veniales también será eterna, como la que se diere por los mortales. Porque, aunque al pecado venial no se deba pena infinita, mas porque en aquel estado no se sufre suelta [*remisión*] ni descargo de ninguna deuda, porque ya pasó el tiempo de pagar y satisfacer, por eso se estará en aquella pena en un mismo ser, y para siempre durará (cf. *Sth.* I-II q.87 a.5 ad 3). Pues ¿qué cosa puede ser de mayor tormento y hastío, que padecer siempre de una manera, sin ningún linaje de mudanza? Por muy precioso que fuese un manjar, si se comiese toda la vida, daría en rostro. Porque no pudo ser manjar más precioso que aquel maná que envió Dios a los hijos de Israel en el desierto; y, con todo esto, por comer siempre dél, vino a causarles hastío y vómito (cf. Núm 11,6; 21,5). El camino que es todo llano dicen que cansa más que el que no lo es; porque siempre la variedad, aun en las penas, es linaje de consuelo. Pues, dime: Si aun las cosas sabrosas, cuando son siempre de una manera, son causa de hastío y pena, ¿qué linaje de hastío será aquel que de tan horribles penas se causará, siendo siempre de una manera? ¿Qué sentirán los malaventurados cuando allí se vean tan aborrecidos de Dios, que ni aun con la suelta [*remisión*] de un pecado venial quiera dar alivio a sus tormentos? Será tan grandísima la furia y rabia que contra él concebirán, que perpetuamente nunca cesarán de maldecir y blasfemar su santo nombre.

III. *[De cuán terribles sean las penas del infierno, por el gusano de la conciencia que perpetuamente les atormenta]*

A todas estas penas se añade la de aquel perpetuo gastador que es el gusano de la conciencia, de quien tantas veces hace mención la Escritura, diciendo: *El gusano dellos no morirá, y el fuego dellos nunca se apagará* (Is 66,24; cf. Eclo 7,17). Este gusano es un despecho rabioso y un arrepentimiento infructuoso que los malos allí siempre tienen, acordándose del aparejo y tiempo que aquí tuvieron para escapar de aquellos tan grandes tormentos y cómo no quisieron aprovecharse dél. Pues, cuando el miserable pecador se vea así por todas partes arrinconado y desahuciado, y se acuerde de cuántos días y años dejó pasar en vano, y de cuántas veces fue avisado deste peligro, y cómo de nada hizo caso, ¿qué sentirá?, ¿qué olas y qué desmayos serán los de su corazón? ¿No has leído en el Evangelio: *Allí*

será llanto y crujir de dientes? (Mt 8,12; 13,42; 13,50; 22,13; 24,51; 25,30). Pues estas y otras tales serán las causas de este tan extraño dolor.

Y, para que mejor entiendas esto en que tanto va, quiérote poner un ejemplo semejante. Traigamos a la memoria la historia de José y aquella grande hambre de los siete años de Egipto (cf. Gén 41,47ss), antes de la cual dice la Escritura que fue tan grande la abundancia de trigo que hubo en los otros primeros siete años que precedieron a estos, que igualaba con las arenas del mar y sobrepujaba toda medida. Pero, acabados estos siete años, sucedieron los otros siete, de tanta esterilidad, que el primero dellos vino todo Egipto ante el rey Faraón dando voces, diciendo: «Danos de comer». Y, como el rey los enviase a José, pídielos José todo cuanto dinero tenían, y dioles aquel año trigo por él. Gastado ya esto, vuelven el año siguiente a José, diciendo: *Danos de comer. ¿Por qué consentirás que muramos de hambre en tu presencia, pues ya no tenemos dineros que dar? A los cuales respondió: Traedme todos vuestros ganados, y daros he por ellos trigo, pues os ha faltado ya el dinero* (Gén 47,15-16). Y, como ellos le ofreciesen todos sus ganados, acabada ya aquella provisión, vuelven otro año, diciendo: *Bien sabes, Señor, que ya ni tenemos dineros ni ganado que dar, y que no nos queda otra cosa, más que los cuerpos y las tierras. Pues ¿cómo sufrirás que perezcamos aquí de hambre delante de ti? Nuestras personas y tierras, que solas han quedado de tantos bienes, tuyas son. Cómpranos por esclavos del rey, y danos siquiera para poder sembrar, porque no venga a quedar la tierra yerma y solitaria, pereciendo los que habían de poblar y labrar. Desta manera compró José toda la tierra de Egipto, porque todos vendieron sus posesiones por la grandeza de la hambre que padecían* (Gén 47,18-20). Esta es la historia. Tomemos de aquí ahora lo que hace a nuestro caso. Ruégote me digas qué sentirían estos hombres miserables cuando se acordasen de aquellos primeros años de la fertilidad pasada y viesen a cuán poca costa se pudieran proveer para adelante, y aun allegar tesoros para toda la vida. Con cuánta razón se congojarían y reprehenderían, diciendo: «Malaventurados de nosotros, que con tanta facilidad nos pudiéramos remediar y proveer para toda la vida, y no quisimos. Y, si no fuéramos avisados desto, por ventura tuviera alguna defensa nuestro descuido; pero, siendo dello avisados tanto antes, y conociendo que diría verdad en lo venidero quien así había acertado en lo presente, y viendo, sobre todo esto, la priesa que se daban los mayordomos del rey a recoger y encerrar todo cuanto pan podían (lo cual nos debiera bastar para entender cuán de veras iba aquel negocio), y que, con todo esto, fuésemos tan descuidados y desproveídos, ¿qué disculpa podemos tener? ¡Oh, cuánto nos valiera para este tiempo lo que entonces desperdiciamos! ¡Y qué riquezas pudiéramos ahora juntar con lo que allí derramamos! ¿Dónde estaba nuestro juicio, dónde nuestro seso, pues no supimos aprovecharnos de tal oportunidad?» Estas y otras aún más graves acusaciones dirían contra sí aquellos miserables; y todo aquel tiempo me parece que estarían como desesperados [437] y despechados, pensando en tan extraño descuido.

Pues dime ahora, hermano: ¿Qué es todo esto, en comparación de lo que aquí tratamos, sino una sombra comparada con la verdad? Aquella fue hambre de siete años, mas la del infierno será eterna. Aquello tuvo remedio, aunque dificultoso y caro; esta para siempre nunca lo tendrá. Aquella pudo redimirse con dineros y hacienda; esta nunca jamás será redimida ni permutada por otra cosa. Irremisible es aquel castigo, irremisible aquel sambenito, irrevocable aquella sentencia. Finalmente, aquellos, pasados los siete años, volvieron a levantar cabeza y salir de laceria; mas, allí, el que una vez entrare a padecer, nunca jamás volverá a saber qué cosa es descanso. Pues, si aquellos, con todo esto, estarían todo aquel tiempo tan afligidos y congojados, ¿cuánto más lo estará el que allí se viere tan sin remedio? ¡Oh!, si supieses considerar cómo estará allí cada uno despedazándose y carcomiéndose entre sí mismo y diciendo: «¡Oh, miserable de mí!, ¡y qué tiempo y qué oportunidades dejé pasar en vano! Tiempo hubo que con un jarro de agua fría pudiera ganar una corona de gloria, y donde aun con las mismas obras necesarias para sustentar la vida pudiera merecer la vida eterna. Pues ¿cómo no eché los ojos adelante?, ¿cómo me cegué con lo presente?, ¿cómo dejé pasar en vano aquellos años de tanta fertilidad y aparejo para enriquecer? Y, si yo viviera entre gentiles y no creyera que había más que nacer y morir, alguna manera de excusa tuviera con decir: “No supe lo que me estaba guardado”. Mas, viviendo entre cristianos, y siendo yo uno dellos, y teniendo por fe que había de llegar esta hora, y avisándome cada día las voces de la Iglesia deste día, y viendo muchos que por este aviso se apercebían con tiempo y se daban priesa a hacer provisión de buenas obras (cuya vida era aún mayor prueba de lo que se predicaba), y que a todas estas voces y ejemplos me hiciese sordo, y ni aun de balde quisiese recibir el cielo, ¿qué merece quien tal hizo? ¡Oh, furias infernales, despedazad y comed mis entrañas, que yo lo tengo merecido! Merezco rabiar de hambre para siempre, pues con tanto tiempo

que tuve no me proveí. Merezco no coger, pues no sembré; y no tener, pues no guardé; y que no me den ahora lo que pido, pues, cuando me rogaban con ello, lo deseché. Merezco gemir y llorar en vano mientras Dios fuere Dios. Y merezco que este gusano me esté siempre carcomiendo las entrañas, representándome lo poco que gocé, y lo mucho que perdí, y lo mucho más que pudiera ganar con lo poco que no quise perder». Este es, pues, el gusano inmortal que allí ha de estar siempre carcomiendo las entrañas de los malos, que es una de las más terribles penas que allí habrá.

IV. [De cuán terribles serán las penas del infierno que cada uno padecerá según sus culpas]

Espantado estarás, por ventura, cristiano lector, de leer tantas maneras de penas como aquí están escritas, y parecerte ha que ya no hay más que añadir a lo dicho. Mas al brazo de Dios no faltan fuerzas para castigar más y más a sus enemigos; porque todas estas penas que hasta aquí hemos contado son penas que generalmente competen a todos los condenados, mas, allende de estas generales, hay otras particulares que allí padece cada uno, según la calidad de su delito. Y, conforme a esto, los soberbios serán allí abatidos, y humillados, y llenos de confusión; los avarientos padecerán miserable necesidad; los glotones rabiarán con perpetua hambre y sed; los lujuriosos arderán en las llamas que ellos mismos encendieron; y los que toda la vida anduvieron a caza de placeres y deleites vivirán en continuo llanto y dolor. Y, porque los ejemplos son muy poderosos para mover los corazones, no dejaré de traer a este propósito uno solo, por el cual se entienda algo desto ⁸. [...] De esta manera, pues, como dice el Profeta, se da allí *medida contra medida* (Is 27,8) ⁹, cuando el malo sea castigado, para que en esta tan grande variedad y proporción de pena resplandezca la orden y sabiduría de la divina justicia. Esto mostró Dios en espíritu a este santo varón, para nuestro castigo y aviso; no porque en el infierno haya estas cosas materialmente, sino para que por ellas entendiésemos en alguna manera algo de la variedad y muchedumbre de las penas que allí hay. De lo cual, no sé cómo algunos gentiles tuvieron alguna noticia; pues, hablando un poeta desta muchedumbre de penas, atinó a decir que, aunque tuviera [438] cien bocas y otras tantas lenguas, y una voz de hierro, no fuera poderoso para contar solos los nombres dellas. Poeta era el que dijo esto, mas en ello no habló como poeta, sino como profeta y evangelista.

Pues, si todo esto ha de pasar así, ¿cuál es el hombre que, viéndolo dende ahora tan cierto con ojos de fe, no vuelve la hoja y comienza a proveerse para este tiempo? ¿Dónde está aquí el juicio?, ¿dónde la razón?, ¿dónde, siquiera, el amor propio, que siempre busca su provecho y se teme de su daño? ¿Hase, por ventura, el hombre hecho bestia, pues no ve más de lo presente?, ¿ha perdido los ojos para mirar adelante? *Sordos* —dice Isaías—, *oíd*; y *ciegos, abrid los ojos para ver*. ¿Quién es el ciego, sino mi siervo? ¿Y quién es el sordo, sino aquel a quien envié mis mensajeros? ¿Y quién es ciego, sino el que se dejó vender por esclavo? (Is 42,18-19) ¹⁰. Tú, que ves muchas cosas, ¿no verás esta? Tú, que tienes las orejas abiertas, ¿no entenderás este negocio? Si esto no crees, ¿cómo eres cristiano? Y si lo crees y no lo provees, ¿cómo eres hombre de razón? Dice Aristóteles que esta diferencia hay entre la opinión y la imaginación: que la imaginación sola no basta para causar temor, mas la opinión sí. Porque imaginar yo que una casa se quiere caer sobre mí no basta para causarme temor, si no tuviese crédito o opinión que ello es así, porque ya esto bastante causa era para hacerme temer. Y de aquí nace el temor con que andan siempre los homicianos [*homicidas*] por la sospecha que tienen de las asechanzas de sus enemigos. Pues, si la opinión y sospecha sola del peligro basta para hacer temer aun a los muy esforzados, ¿cómo la certidumbre y fe de tan grandes males, que es sobre toda opinión y ciencia, no te hace temer? Si tú ves que ha tantos años que vives mal, y que a lo menos, según la presente justicia, estás condenado a esta pena (y adelante no tengo más crédito que te enmendarás, que lo has hecho hasta aquí a cabo de tantos años), ¿cómo, andando en este peligro, no te toma algún sobresalto, viendo el estado en que vives, y las penas que te aguardan, y el tiempo que pierdes, y el arrepentimiento inmortal que desto has de tener? No hay seso que baste a sentir tan espantable ceguedad.

⁸ Y sigue: «Escríbese de un santo varón que vio en espíritu la pena de un hombre carnal y mundano, de esta manera», etc.

⁹ «In mensura contra mensuram, cum abiecta fuerit, iudicabis eam».

¹⁰ «Surdi, audite, et cæci intuemini ad videndum. Quis cæcus, nisi servus meus?, et surdus, nisi ad quem nuntios meos misi? Quis cæcus, nisi qui venundatus est?, et quis cæcus, nisi servus Domini?».

Capítulo II. De la gloria de los bienaventurados

Para que ninguna cosa faltase a nuestro corazón que le moviese a la virtud, después de la pena de los malos con que Dios nos amenaza, proponemos también delante el galardón de los buenos, que es aquella gloria y vida inmortal de que gozan los bienaventurados, con que muy poderosamente nos convida al amor della. Pero, qué tal sea este galardón y esta vida, no hay lengua de ángeles ni de hombres que basten para explicarlo. Mas, para tener algún olor y noticia de ella, quiero referir aquí a la letra lo que san Agustín dice en una de sus meditaciones, hablando desta vida:

«¡Oh vida —dice él— aparejada por Dios para sus amigos, vida bienaventurada, vida segura, vida sosegada, vida hermosa, vida limpia, vida casta, vida santa, vida no sabidora de muerte, vida sin tristeza, sin trabajo, sin dolor, sin congoja, sin corrupción, sin sobresalto, sin variedad, sin mudanza! Vida llena de toda hermosura y dignidad, donde ni hay enemigo que ofenda, ni deleite que inficione; donde el amor es perfecto, y el temor, ninguno; donde el día es eterno, y el espíritu de todos, uno; donde Dios se ve cara a cara, y sólo este manjar se come en ella sin hastío. Deléitame considerar tu claridad, y agradan tus bienes a mi deseoso corazón. Cuanto más te considero, más me hiere tu amor. Grandemente me deleita el deseo grande de ti, y no menos me es dulce tu memoria. ¡Oh vida felicísima!, ¡oh reino verdaderamente bienaventurado!, que careces de muerte, que no tienes fin, a quien ningunos tiempos suceden; donde el día sin noche, continuado, no sabe qué cosa es mudanza; donde el caballero vencedor, ayuntado a aquellos perpetuos coros de ángeles y coronada la cabeza con guirnalda de gloria, canta a Dios un cantar de los cantares de Sión (cf. Sal 136,3). Dichosa, y muy dichosa sería mi ánima, si acabado el curso de mi peregrinación mereciese yo ver tu gloria, tu bienaventuranza, tu hermosura, los muros y puertas de tu ciudad, tus plazas, tus aposentos, tus generosos ciudadanos, y tu Rey omnipotente en su hermosa majestad. Las piedras de tus muros son preciosas, las puertas están sembradas de perlas resplandecientes, tus plazas son de oro muy subido, en las cuales nunca faltan perpetuas alabanzas. Las casas son de sillería, los sillares son zafiros, los maderamientos son racimos de oro; donde ninguno entra, sino limpio, y ninguno mora que sea sucio. Hermosa y suave eres en tus deleites, madre nuestra Jerusalén. Ninguna cosa en ti se padece de las que aquí se padecen. Muy diferentes son tus cosas de las que en esta vida miserable siempre vemos. En ti nunca se ven tinieblas, ni noche, ni mudanza de tiempos. La luz que te alumbrá, ni es de lámparas, ni de luna, ni de lucidas estrellas; sino Dios que procede de Dios, y luz que mana de luz, es el que te da claridad. El mismo Rey de los reyes reside siempre en medio de ti, cercado de sus ministros. Allí los ángeles, a coros, le dan música muy suave. Allí se celebra una perpetua solemnidad y fiesta con cada uno de los que entran desta peregrinación. Allí está la orden de los profetas. Allí el señalado coro de los apóstoles. Allí el ejército nunca vencido de los mártires. Allí el reverendísimo convento de los confesores. Allí los verdaderos y perfectos religiosos. Allí las santas mujeres que juntamente vencieron los mundanos deleites con la flaqueza femenil. Allí los mancebos y doncellas, más ancianos en virtudes que en edad. Allí las ovejas y corderos que escaparon de los lobos, y de los lazos engañosos desta vida, tienen perpetua fiesta, cada cual en su ventana; todos semejantes en el gozo, aunque en el grado diferentes. Allí reina la caridad en toda su perfección, porque Dios lo es todo en todas las cosas, a quien contemplan sin fin, en cuyo amor siempre arden, a quien siempre aman; y, amando, alaban; y, alabando, aman; y todo su ejercicio es alabanza, sin cansancio y sin trabajo. ¡Oh, dichoso yo, y verdaderamente dichoso!, cuando, suelto de las prisiones deste corpezuelo, mereciere oír aquellos cantares de la música celestial, entonados en alabanza del Rey eterno por todos los ciudadanos de aquella noble Ciudad. ¡Dichoso yo, y muy dichoso!, cuando me hallare entre los capellanes de aquella capilla y me cupiere la vez de entonar yo también mi *Aleluya*, y asistir a mi Rey, a mi Dios, y a mi Señor, y verle en su gloria, así como él me lo prometió, cuando dijo: *Padre*, esta es mi última y determinada voluntad: *Que todos los que tú me diste se hallen conmigo y vean la claridad que tuve contigo antes que el mundo fuese criado* (Jn 17,24)». Hasta aquí son palabras de san Agustín.

Pues dime ahora: ¿Qué día será aquel que amanecerá por tu casa, si hubieres vivido en temor de Dios, cuando acabado el curso desta peregrinación pases de la muerte a la inmortalidad, y, en el paso que los otros comienzan a temer, comiences tú a levantar la cabeza, porque se llega el día de tu redención? [cf. *Lc 21,18*]. «Sal un poco —dice san Jerónimo a la virgen Eustoquio— de la cárcel de ese cuerpo, y puesta a la puerta de ese tabernáculo, pon delante tus ojos el galardón que esperas de los

trabajos presentes. Dime: ¿Qué día será aquel, cuando la sagrada Virgen María, acompañada de coros de vírgenes, te venga a recibir, y cuando, el mismo Señor y Esposo tuyo, con todos los santos te salga al camino, diciendo: *Levántate, y date priesa, querida mía, hermosa mía, paloma mía, que el invierno es ya pasado, y el torbellino de las aguas ha cesado, y las flores han aparecido en nuestra tierra?* (Cant 2,10-11)»¹¹.

Pues ¿qué tan grande será el gozo que tu ánima recibirá, cuando en esta hora sea presentada ante el trono de aquella beatísima Trinidad por mano de los santos ángeles y, especialmente, de aquel a quien fuiste como a fiel depositario encomendada¹²; cuando este con los demás prediquen tus buenas obras, las cruces y trabajos que padeciste por Dios? Escribe san Lucas que cuando murió aquella santa limosnera Tabita, todas las viudas y pobres cercaron al apóstol san Pedro mostrándole las vestiduras que les hacía; por las cuales cosas movido el Apóstol, rogó a Dios por aquella tan piadosa mujer, y por sus oraciones la resucitó (cf. Hch 9,36ss). Pues ¿qué gozo sentirá tu ánima cuando aquellos bienaventurados espíritus te tomen en medio y, puestos ante el divino consistorio, prediquen tus buenas obras y cuenten por su orden tus limosnas, tus oraciones, tus ayunos y la inocencia de tu vida, el sufrimiento en las injurias, la paciencia en los trabajos, la templanza en los regalos, con todas las otras virtudes y buenas obras que hiciste? ¡Oh, cuánta alegría recibirás en aquella hora por todo el bien que hubieres hecho! ¡Y cómo conocerás allí el valor y excelencia de la virtud! Allí *el varón obediente hablará vitorias* (Prov 21,28)¹³, allí la virtud recibirá su premio y el bueno será honrado según su merecimiento.

Demás desto, ¿qué gozo será aquel que recibirás cuando, viéndote en aquel puerto de tanta seguridad, vuelvas los ojos al curso de la navegación pasada, y veas las tormentas en que te viste, y los estrechos por do pasaste, y los peligros de ladrones y corsarios de que escapaste? Allí es donde se canta aquel cantar del profeta, que dice: *Si no fuera porque el Señor me ayudó, poco faltó para que mi ánima fuera a parar a los infiernos* (Sal 93,17)¹⁴. Especialmente cuando desde allí veas tantos pecados como cada hora se hacen en el mundo, tantas ánimas como cada día descienden al infierno, y cómo, entre tanta muchedumbre de perdidos, quiso Dios que tú fueses del número de los ganados y de aquellos a quien hubiese de caber tan dichosa suerte.

¿Qué será, sobre todo eso, ver las fiestas y triunfos que cada día se celebran con los nuevos hermanos que, vencido ya el mundo y acabado el curso de su peregrinación, entran a ser coronados con ellos? ¡Oh, qué gozo se recibe de ver restaurarse aquellas sillas y edificarse aquella ciudad y repararse los muros de aquella noble Jerusalén! (cf. Sal 146,2). ¡Con cuán alegres brazos los recibe toda aquella corte del Cielo, viéndolos venir cargados de los despojos del enemigo vencido! Allí entran con los varones triunfantes también las mujeres vencedoras, que juntamente con el siglo vencieron la flaqueza de su condición. Allí entrarán las vírgenes inocentes martirizadas por Cristo, con doblado triunfo de la carne y del mundo, con guiraldas de azucenas y rosas en sus cabezas. Allí también muchos mozos y niños, que sobrepujaron la ternura de sus años con discreción y virtudes, entran cada día a recibir el premio de su pureza virginal. Allí hallan a sus amigos, conocen a sus maestros, reconocen a sus padres, abrázanse y danse dulce paz y reciben la norabuena de tal entrada y tal gloria. ¡Oh, cuán dulcemente sabe entonces el fruto de la virtud, aunque un tiempo parecían amargas sus raíces! Dulce es la sombra después del resistero del mediodía, dulce la fuente al caminante cansado, dulce el sueño y reposo al siervo trabajador; pero muy más dulce es a los santos la paz después de la guerra, la seguridad después del peligro y el descanso perdurable después de la fatiga de los trabajos pasados.

¹¹ Al margen: *Libr. de custodia virginit.* Carta «A Eustoquia», 22,41, en o.c., que concluye diciendo: «*Quotiescumque te vana sæculi delectarit ambitio, quoties in mundo aliquid videris gloriosum, ad paradisum mente transgredere; esse incipe quod futura es, et audies ab sponso tuo: pone me sicut signaculum in corde tuo, sicut signaculum in brachio tuo* [Cant 8,6], et opere pariter ac mente munita clamabis: *aqua multa non poterit extinguere caritatem et flumina non cooperient eam* [Cant 8,7]».

¹² El santo o santa cuyo nombre se le impuso en el Bautismo: «Últimamente se pone nombre al bautizado, el cual se ha de tomar de alguno que por su heroica virtud y religión esté colocado en el catálogo de los Santos. Pues de esta manera se facilita que por la semejanza del nombre se mueva a la imitación de su virtud y santidad, y para que al mismo a quien procura imitar, ruegue también y se encomiende, esperando experimentar en él un fiel ahogado en defensa de su salud así espiritual como corporal» (*Catecismo Romano*, 364).

¹³ «Vir obædiens loquetur vitoriam».

¹⁴ «Nisi quia Dominus adiuvit me, paulo minus habitasset in inferno anima mea».

Ya son acabadas las guerras, ya no hay más por qué andar armados a la diestra y a la siniestra. Armados subieron los hijos de Israel a la Tierra de promisión; mas, después de conquistada [440] la tierra, arrimaron sus lanzas y dejaron las armas, y, olvidados ya todos los temores y alborotos de guerra, cada uno a la sombra de su parra y de su higuera, gozaban del ocio y de los frutos de la dulce paz (cf. Miq 4,4). Ya pueden allí dormir los ojos cansados de las continuas vigili­as, ya puede descender de su estancia el profeta velador, que fijaba sus pies sobre el lugar de la guarnición (cf. Hab 2,1). Ya puede reposar el bienaventurado padre san Jerónimo, que juntaba las noches con los días hiriendo sus pechos en la oración, peleando animosamente contra las fuerzas importunas de la antigua serpiente. No suenan allí ya más las armas temerosas del enemigo sangriento; no tienen allí lugar las astucias de la culebra enroscada; no llega aquí la vista del ponzoñoso basilisco ni se oirá allí el silbo de la antigua serpiente, sino el silbo del Espíritu Santo, donde se vea la gloria de Dios (cf. 1 Re 19,12). Esa es la región de paz y seguridad, puesta sobre todos los elementos, donde no llegan los nublados y torbellinos del aire tenebroso. ¡Oh *cuán gloriosas cosas nos han dicho de ti, ciudad de Dios!* (Sal 86,3). *Bienaventurados* —dice el santo Tobías— *los que aman y gozan de tu paz. Anima mía, bendice al Señor, porque libró a Jerusalén, su ciudad, de todas sus tribulaciones. Bienaventurado seré yo si llegaren las reliquias de mi generación a ver la claridad de Jerusalén. Las puertas de Jerusalén, de zafiros y esmeraldas serán labradas, y de piedras preciosas se edificará todo el cerco de sus muros. De piedras blancas y limpias serán soladas sus plazas, y por todos los barrios della se cantará: Aleluya* (Tob 13,14-17). ¡Oh alegre patria!, ¡oh dulce gloria!, ¡oh compañía bienaventurada! ¿Quién[es] serán aquellos tan dichosos que están escogidos para ti? Atrevimiento parece desearte, mas no quiero yo vivir sin tu deseo. Hijos de Adán, linaje de hombres miserablemente ciegos y engañados, ovejas descarriadas y perdidas: si esta es vuestra majada, ¿tras qué andáis?, ¿qué hacéis?, ¿cómo dejáis perder un tan grande bien, por tan pequeño trabajo? Si para esto son menester trabajos del mundo, dende aquí os llamo a todos los trabajos del mundo que vengáis a dar sobre mí (*Ex. Aug. in Manu.*, c.15). Luevan sobre mí dolores, fatíguenme enfermedades, aflíjanme tribulaciones, persígame uno, inquieteme otro, conjuren contra mí todas las criaturas, sea yo hecho oprobio de los hombres y desecho del mundo, desfallezca en dolores mi vida, y mis años con gemidos; con tanto que después desto venga yo a descansar en el día de la tribulación y merezca subir a aquel pueblo guarnecido y hermo­seado con tanta gloria.

Anda, pues, ahora, loco amador del mundo, busca títulos y honras, edifica recámaras y palacios, ensancha términos y heredades, manda, si quieres, a reinos y mundos: que nunca por eso serás tan grande, como el menor de los siervos de Dios, que recibirá lo que el mundo no puede dar, y gozará de lo que para siempre ha de durar. Tú, con tus pompas y riquezas, serás como el rico glotón sepultado en el infierno; mas este, con el pobre Lázaro, será por los ángeles llevado al seno de Abrahán (cf. Lc 16,19ss).

Capítulo III. De los bienes que de presente promete nuestro Señor a los buenos

Y, si por ventura dijeres que todas estas cosas susodichas son bienes y males que para adelante se prometen, y que deseas ver algo de presente (pues tanto suele mover el corazón la vista de los objetos presentes), también te daremos aquí las manos llenas de esto que deseas. Porque, dado caso que nuestro Señor tenga el mejor vino y los mejores bocados guardados para el fin del convite, mas no por eso deja a los suyos ayunos y boquisecos en este camino, porque sabe él bien que desta manera no podrían durar en él. Por donde, cuando dijo él a Abrahán: *No temas, Abrahán, porque yo soy tu defensor, y tu galardón será muy grande* (Gén 15,1), dos cosas le prometió en estas palabras: una de presente, que era su tutela y amparo para todas las cosas desta vida, y otra de futuro, que es el galardón de la gloria que se guardaba para la otra. Mas, qué tan grande sea la primera promesa y cuántas maneras de bienes y favores encierra en sí, no lo podrá entender sino quien hubiere diligentemente leído las Escrituras Sagradas, las cuales ninguna cosa más a menudo repiten y encarecen, que la grandeza de los favores, regalos y beneficios que nuestro Señor promete a los suyos en esta vida.

Oye lo que dice Salomón en sus Proverbios sobre este caso: *Bienaventurado el varón que halló la sabiduría. Porque más vale la posesión de ella, que todos los tesoros de plata y oro, por muy subido y precioso que sea. Más vale que todas las riquezas del mundo, y todo cuanto el corazón humano puede desear no se puede comparar con ella. La longura de días está en su diestra, y en su siniestra riquezas y gloria. Sus caminos son caminos hermosos, y todas sus sendas son pacíficas. Árbol de vida es para todos aquellos que la han alcanzado, y el que perseverantemente la poseyere será bienaventurado. Guarda, pues, hijo mío la ley de Dios y sus consejos, porque esto será vida para tu ánima y dulzura para tu garganta. Entonces andarás seguro en tus caminos y tus pies no hallarán en qué tropezar. Si tú durmieres, no tendrás por qué temer; y si reposares, serte ha tu sueño reposado* (Prov 3,13-18.21-24). Esta es, pues, hermano, la suavidad y descanso del camino de los buenos; mas, del que los malos llevan, mira cuán diferentes nuevas nos da la Escritura: *El camino de los malos —dice el Eclesiástico— está lleno de barrancos, y al cabo de la jornada le están aparejados infierno, tinieblas y pena* (Eclo 21,10)¹⁵. ¿Parécete, pues, que es buen trueque dejar el camino de Dios por el del mundo, habiendo tanta diferencia del uno al otro, no sólo en el fin del camino, sino tam- [441] bién en todos los pasos dél? Pues ¿qué mayor desatino que querer más con un tormento ganar otro tormento, que con un descanso otro descanso?

Y, para que aún más claro veas la grandeza deste descanso y la muchedumbre de bienes que de presente acompañan este bien, ruégote que oigas atentamente lo que el mismo Dios y Señor nuestro promete por Isaías a los guardadores de su ley, casi por estas palabras, según que las declaran diversos intérpretes: «Cuando hicieres —dice él—, tales y tales cosas que yo mando, luego te amanecerá el alba del día claro (que es el Sol de justicia) que deshaga todas las tinieblas de tus errores y tristezas; y luego comenzarás a tener entera y verdadera salud; y la justicia de tus buenas obras irá como una candela delante de ti, y la gloria del Señor por todas partes te cercará. Entonces invocarás el nombre del Señor, y oírte ha; clamarás, y dirá: “Vesme aquí presente para todo lo que te cumpliere”. Entonces, en medio de las tinieblas de las tribulaciones y angustias desta vida, te resplandecerá la luz del favor divino que te consuele, y tus tinieblas serán como el mediodía (porque las mismas calamidades, y aun las caídas de los pecados pasados, ordenará el Señor que te vengan a ser ocasión de mayor felicidad), y darte ha él siempre verdadera paz y descanso en el ánima; y en el tiempo de la hambre y esterilidad, te dará hartura y abundancia, y tus huesos serán librados de la muerte y de los fuegos eternos. Y serás como un jardín de regadío, y como una fuente de agua que nunca deje de correr; y edificarse ha en ti lo que de muchos años estaba desierto, para que permanezca con sólidos fundamentos de generación en generación. Y, si trabajares por santificar mis fiestas, no gastándolas en malos pasos ni en hacer tu voluntad contra la mía, guardando muy delicadamente y con toda solicitud lo que yo mando en este día, entonces te deleitarás en el Señor (cuyos deleites sobrepujan a todos los deleites del mundo), y levantarte he sobre todas las alturas de la tierra (que es a un estado de vida felicísima, donde no puede llegar toda la facultad de la fortuna ni de la naturaleza humana); y, finalmente, darte he después la hartura y abundancia de aquella preciosa heredad que prometí yo a Jacob, tu padre, que es la bienaventuranza de la gloria; porque la boca del Señor ha hablado» (cf. Is 58,8-14). Casi todas estas son palabras de Dios por Isaías.

Estos, pues, son los bienes que promete Dios a los suyos; de los cuales, aunque algunos sean de futuro, los más dellos son de presente, como es aquella nueva luz y resplandores del cielo, aquella hartura y abundancia de todos los verdaderos bienes, aquel arrimo y confianza en Dios, aquella asistencia divina a todas las oraciones y peticiones de ellos, aquella paz y tranquilidad de la conciencia, aquella tutela y providencia divina, aquel jardín de regadío —que es el verdor y la hermosura de la gracia—, aquella fuente donde nunca faltan aguas —que es la provisión de todas las cosas—, aquellos deleites divinos que sobrepujan a todos los humanos, y aquel levantamiento de espíritu, a cuya pureza no puede llegar toda la facultad de la naturaleza criada. Todos estos son favores que Dios promete a los suyos, todas son obras de misericordia, efectos de su gracia, testimonio de su amor y regalos de la providencia paternal que tiene de ellos. Sobre cada uno de los cuales había tanto que decir, que no sufre la brevedad deste volumen que cada cosa de estas se trate en particular. Pues de todos estos bienes gozan los buenos en esta vida y en la otra; y de todos ellos carecen los malos, en la una y en la otra. Para que por aquí veas la distancia que hay de unos a otros, pues tan ricos están los unos, y tan pobres y necesitados los otros. Porque, si miras atentamente todas estas palabras

¹⁵ «Via peccantium complanata lapidibus, et in fine illorum inferi, et tenebræ, et pœna» (21,11). ¿De dónde barrancos?

susodichas, y miras también la condición y estado de los buenos y de los malos, hallarás que los unos están en gracia de Dios, y los otros en desgracia; los unos son amigos, los otros enemigos; los unos están en luz, los otros en tinieblas; los unos gozan de consolaciones de ángeles, los otros de deleites de puercos; los unos son verdaderamente libres y señores de sí mismos, los otros esclavos de Satanás y de sus apetitos; a los unos alegra el testimonio de la buena conciencia, a los otros —si no están del todo ciegos— remuerde siempre el gusano de la suya; los unos en la tribulación permanecen en su mismo lugar, los otros, como paja liviana, son arrebatados del viento; los unos están amarrados y seguros con el áncora de la esperanza, los otros desamarrados y expuestos a los ímpetus de la fortuna; las oraciones de los unos son aceptas y agradables a Dios, las de los otros no lo son; la muerte de los unos es quieta, pacífica y preciosa en el acatamiento divino, la de los otros inquieta, congojosa y llena de mil temores; finalmente, los unos viven como hijos debajo de la tutela y amparo de Dios, y duermen dulcemente debajo la sombra de su providencia pastoral, los otros, excluidos desta manera de providencia, andan como ovejas descarriadas sin pastor y sin dueño, expuestas a todos los peligros y encuentros del mundo.

Pues, si todos estos bienes acompañan a la virtud, dime: ¿Qué es lo que te detiene para que no abras un tan grande bien? ¿Qué puedes alegar en descargo de tu negligencia? Decir que *esto no es verdad*, no ha lugar, pues ves todo fundado en palabras de Dios y testimonios de su Escritura. Decir que *estos sean pequeños bienes*, no ha lugar, pues exceden, como ya dijimos, todo lo que el corazón humano puede desear. Decir que *eres enemigo de ti mismo* y que no codicias estos bienes, tampoco esto osarás decir, pues el hombre naturalmente es amigo de sí mismo, y la voluntad humana tiene por objeto el bien, que es [442] el blanco y paradero de su deseo. Decir que *no entiendes ni gustas estos bienes*, no basta para descargarte de culpa, pues tienes la fe dellos, aunque no tengas el gusto, porque **el gusto piérdese por el pecado, mas no la fe, y la fe es testigo más cierto, más seguro y más abonado, que todas las otras experiencias y testigos del mundo**. Pues ¿por qué no desmentirás con este testigo a todos los otros? ¿por qué no crearás más a la fe, que a tu propio parecer y juicio? ¡Oh, si quisieses acabar de determinarte y arrojarte a los brazos de Dios y fiarte dél, cómo barruntarías luego en ti el cumplimiento destas profecías! Verías la grandeza destes divinos tesoros, verías cuán ciegos andan todos los amadores del siglo, pues no buscan este bien, y verías, finalmente, con cuánta razón nos convidó el Salvador a esta manera de vida, diciendo: *Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os daré refrigerio. Tomad mi yugo sobre vosotros, y hallaréis descanso para vuestras ánimas; porque este mi yugo es muy suave, y mi carga liviana* (Mt 11,28-30). No es Dios engañador, ni falso prometedor, ni grande encarecedor de las cosas que promete. Pues ¿por qué huyes?, ¿por qué desechas la paz y la suavidad?, ¿por qué desprecias el halago y la dulce voz de tu Pastor? ¿Cómo osas despedir de ti la virtud, teniendo tal sobrescrito como este, firmado de la mano de Dios? Menores cosas oyó la reina Sabá de Salomón, y vino de los últimos fines de la tierra a probar lo que había oído (cf. 1 Re 10,1). Pues ¿por qué, oyendo tú tales y tan ciertas nuevas de la virtud, no te aventuras a un poco de trabajo, siquiera por averiguar la verdad deste negocio? Fíate, hermano, de Dios y de su palabra, y arrójate confiadamente en sus brazos, y suelta de las manos esa nonada que te detiene, y verás cómo queda vencida la fama de la virtud con sus merecimientos, y cómo es nada todo lo que se dice, en comparación de lo que en ella hay.

Capítulo IV. Que no debe el hombre dilatar para adelante su conversión, pues tiene tantas deudas que descargar, por razón de las culpas de la vida pasada

Pues, si por una parte son tantas y tan grandes las cosas que nos obligan a mudar la vida, y por otra no tenemos excusa alguna suficiente para no hacer esta mudanza, ruégote que me digas para cuándo aguardas a hacerla. Vuelve ahora, hermano, un poco los ojos a la vida pasada, y mira, en cualquier edad que ahora estés, que ya es tiempo, y pasa de tiempo, para comenzar a descargar algo de las deudas pasadas. Mira que, siendo cristiano reengendrado con el agua del santo Bautismo, teniendo a Dios por padre y a la Iglesia por madre, y habiéndote criado con la leche del Evangelio (que es con la doctrina de los apóstoles y evangelistas) y, lo que es más, con el mismo Pan de los ángeles (que es el

Sacramento del altar), con todo esto, has vivido con tanta licencia, como si fueras un puro gentil que ningún conocimiento tuviera de Dios. Si no, dime: ¿Qué linaje de pecado hay que no hayas cometido?; ¿qué árbol vedado hay en que no hayas puesto los ojos?; ¿qué prado verde hay donde, a lo menos con el deseo, no hayas hecho fiesta a tu lujuria?; ¿qué se ha ofrecido a estos ojos, que no lo hayas deseado? (cf. Sab 2,6ss). ¿Qué apetito dejaste de cumplir, acordándote que tenías Dios y que eras cristiano? ¿Qué más hicieras, si no tuvieras fe, si no esperaras otra vida, si no temieras juicio? ¿Qué ha sido toda tu vida, sino una tela de pecados, un muladar de vicios, un camino de abrojos y una desobediencia de Dios? ¿Con quién has vivido hasta aquí, sino con tu apetito, y con tu honra, y con el mundo?. Esos han sido tus dioses, esos los ídolos a quien has servido y cuyas leyes has guardado. Cuenta con Dios, con su ley y con su obediencia, por ventura no la has tenido, más que si fuera un dios de palo. Porque es cierto que muchos cristianos hay que, con la misma facilidad que pecarían si creyesen que no hay Dios, con esa misma pecan creyendo que lo hay; y ninguna cosa menos hacen creyendo lo uno, que harían creyendo lo otro. Pues ¿qué mayor injuria, que mayor desprecio puede ser de tan alta majestad? Finalmente, creyendo todo lo que la religión cristiana cree, de tal manera has vivido, como si creyeras ser la mayor fábula o mentira del mundo.

Y, si no te espanta la muchedumbre de los pecados pasados y la facilidad con que los hiciste, ¿cómo no te espanta siquiera la majestad y grandeza de aquel contra quien pecaste? Alza los ojos y mira la inmensidad y grandeza de aquel Señor a quien adoran los poderes del cielo, ante cuyo acatamiento está postrada la redondez del mundo, en cuya presencia todo lo criado no es más que una paja que se lleva el viento, y mira cuán grande mal sea que un vilísimo gusanillo como tú se haya tantas veces atrevido a ofender y provocar a ira los ojos de tan grande majestad.

Mira la grandeza espantosa de su justicia y los castigos tan horribles que hasta hoy tiene hechos en el mundo contra el pecado, no sólo en particulares personas, sino también en ciudades, gentes, reinos y provincias, y en todo el universo mundo; y no sólo en extraños y pecadores, sino en su mismo Hijo inocentísimo, porque se puso a pagar por ellos. Pues, si esto se hace en el madero verde y por pecados ajenos, en el seco y cargado de pecados propios, ¿qué se hará? [cf. Lc 23,31]. Pues ¿qué cosa puede ser más desatinada que ponerse a burlar un tan vil hombrecillo con un Señor que tiene la mano tan pesada, que, si la carga sobre ti, de un golpe te arrojará en el profundo de los infiernos sin remedio?

Mira otrosí la paciencia deste Señor, el cual ha tanto tiempo que te aguarda, cuanto ha que le ofende; y que, si después de tantas riquezas de longanimidad y paciencia, con que te ha esperado, todavía perseveras en usar mal de su misericordia, para provocar su ira (cf. Rom 2,4ss), desarmará su arco y sacudirá con su aljaba y lloverá sobre ti saetas de muerte.

Mira la profundidad de sus juicios tan altos, de los cuales leemos y vemos cada día tan grandes maravillas. Vemos un Salomón, después de aquella sabiduría tan grande, y de aquellas tres mil parábolas y misterios profundísimos del libro de los Cantares, desamparado de Dios y derribado ante las estatuas de los ídolos (cf. 1 Re 11,4ss). Vemos uno de aquellos siete primeros diáconos de la Iglesia, que estaba lleno del Espíritu Santo, hecho no sólo hereje, sino heresiarca y padre de herejías¹⁶. Vemos cada día muchas estrellas caer del cielo en la tierra con miserables caídas, y venir a revolcarse en el cieno, y comer manjares de puercos los que, asentados a la mesa de Dios, se mantenían del Pan de los ángeles. Pues, si los justos, por alguna secreta soberbia o negligencia o desagradecimiento que tuvieron, son así desamparados de Dios, ¿qué esperas tú, que casi ninguna otra cosa has hecho en toda la vida, sino multiplicar ofensas contra Dios?

Pues, veamos: Quien desta manera ha vivido, ¿no sería razón que cesase de añadir pecados a pecados y deudas a deudas, y que comenzase a aplacar a Dios y descargar su ánima? ¿No sería razón que bastase lo que hasta aquí se ha dado al mundo y a la carne y al demonio, y que se diese algo de lo que queda al que todo lo dio? ¿No sería razón temer —a cabo de tanto tiempo y tantas injurias— la justicia divina, que, cuanto sufre los malos con mayor paciencia, tanto los castiga después con mayor justicia? ¿No sería justo temer estar tanto tiempo en pecado y en desgracia de Dios, y tener contra sí un tan poderoso contrario como él, y de padre piadoso hacerlo juez y enemigo? ¿No sería razón temer

¹⁶ En Ap 2,6.15 se mencionan los *nicolaitas*, que tomaron su nombre seguramente de un *Nicolás*, para nosotros desconocido, pero que varios escritores eclesiásticos, siguiendo a san Ireneo, identificaron con el diácono Nicolás, de Hch 6,5, a quien otros Padres, sin embargo, justifican, acusando a los *nicolaitas* de haber querido autorizar su herejía con el nombre de este antiguo diácono.

la fuerza de la mala costumbre, no venga a convertirse en naturaleza y hacer del vicio necesidad, o poco menos? ¿Cómo no temes de venir poco a poco a dar contigo en aquel despeñadero del *sentido reprobado* (Rom 1,28)¹⁷, al cual después que viene el hombre, ya no hace caso de nada?

Dijo el patriarca Jacob a su suegro Labán: «Catorce años ha que te sirvo y que miro por tu hacienda; tiempo es ya que yo también mire por la mía y comience a entender en las cosas de mi casa» (cf. Gén 30,29-30). Pues, si tú tantos años ha que te has empleado en servicio deste mundo y desta vida, ¿no será razón comenzar ya a ganar algo para tu ánima y para la vida advenidera? No hay cosa más breve ni más frágil que la vida del hombre. Pues ¿por qué, proveyendo con tanto cuidado lo necesario para esta vida, no provees algo para aquella que durará para siempre?

Capítulo V. Conclusión de todo lo susodicho

Pues, si todo esto es así, ruégote ahora, hermano, por la sangre de Cristo, que te acuerdes de ti mismo, y mires que eres cristiano, y que tienes por suma verdad todo lo que predica la fe. Pues esta fe te dice que tienes sobre ti un juez, ante cuyos ojos están presentes todos los pasos y momentos de tu vida, y que es cierto que ha de venir día en que te pida cuenta hasta de una palabra ociosa (cf. Mt 12,36). Esa fe te dice que no se acaba del todo el hombre cuando muere, sino que después desta vida temporal queda otra vida perdurable; y que no mueren las ánimas con los cuerpos, sino que, quedándose el cuerpo en la sepultura, el ánima entrará en otra nueva región y nuevo mundo, donde tal tendrá la suerte y compañía, cuales tuvo aquí las costumbres y la vida. Esa fe te dice que así el galardón de la virtud como el castigo del vicio es una cosa tan grande, que, aunque todo el mundo estuviese lleno de libros, y todas las criaturas fuesen escritores, antes se cansarían los escritores y se agotaría todo el mundo, que se acabase de declarar lo que cada cosa destas comprende. Esa misma fe te dice que son tan grandes las deudas y beneficios que debemos a Dios, que, aunque el hombre tuviese más vidas que arenas hay en la mar, era poco emplearlas todas en su servicio.

Pues, si tantas y tan grandes cosas nos convidan a la virtud, ¿cómo son tan pocos los amadores y seguidores della? Si los hombres se mueven por interese, ¿qué mayor interese que vida perdurable? Si por temor de castigo, ¿qué mayor castigo que pena para siempre? Si por obligaciones de deudas y beneficios, ¿qué mayores deudas que las que se deben a Dios, así por ser él quien es, como por lo que dél tenemos recibido? Si nos mueve el temor de los peligros, ¿qué mayor peligro que el de la muerte, cuya hora es tan incierta y cuya cuenta es tan estrecha? Si la paz, y la libertad, y el sosiego del espíritu, y la suavidad de la vida son cosas que todo el mundo desea, claro está que hallará mejor todo esto en la vida que se rige por virtud y razón, que en la que se rige por antojo y pasión; pues el hombre es criatura racional, y no bestial. Y, si todo esto es poco para tener en algo este negocio, ¿no bastará ver que por él bajó Dios del cielo a la tierra, y se hizo hombre, y, habiendo criado en seis días el mundo, gastó treinta y tres años en esta obra, y, sobre ella, perdió la vida? Dios muere porque el pecado muera, ¿y, con todo esto, queremos dar vida en nuestros corazones a quien Dios la quiso quitar con su muerte? ¿Qué más diré? Sobran ya razones, sobran, si por razón se hubiese de llevar este negocio. Porque no digo yo mirando a Dios en una cruz, mas adquiera que volviésemos los ojos hallaremos que todas las cosas [444] nos dan voces y nos llaman a este bien, pues no hay criatura en el mundo, si bien se mira, que no nos llame al amor y servicio del común Señor; de manera que, cuantas son las criaturas del mundo, tantos son los predicadores, tantos los libros y tantas las voces y tantas las razones que nos llaman a Dios.

Pues ¿cómo es posible que tantas voces como estas, y tantas promesas y amenazas, no sean parte para llevarnos a él? ¿Qué más había de hacer Dios de lo que hizo, ni prometer de lo que prometió, ni amenazar de lo que amenazó, para traernos a sí y apartarnos de pecado? Y, con todo esto, ¿que sea tan grande, no digo yo el atrevimiento, sino el encantamiento de los hombres que tienen esto por fe, que no recelen estar todos los días de su vida en pecado, y acostarse en pecado, y levantarse en pecado, y derramarse por todo género de pecados, y esto, tan sin temor y tan sin escrúpulo, y tan sin perder por

¹⁷ «Et sicut non probaverunt Deum habere in notitia, tradidit eos Deus in reprobum sensum, ut faciant ea, quæ non conveniunt».

eso el sueño ni la comida, como si todo lo que creen fuese sueño, y todo lo que dicen los evangelios mentira! Dí, pues, traidor, dí, tizón aparejado para arder en aquellas eternas y vengadoras llamas: ¿Qué más harías de lo que haces, si tuvieras por mentira todo lo que crees? Porque veo que, aunque por temor de la justicia del mundo refrenas algo de tus apetitos, mas por temor de Dios no veo que dejas de hacer lo que quieres, ni tomar venganza de quien quieres, ni cumplir todo lo que desees, si puedes. Dime, ciego y desatinado entre tanta seguridad y confianza: ¿Qué hace el gusano de la conciencia?, ¿dónde está el seso y el juicio y la razón que tienes de hombre?, ¿cómo no temes tan grandes, tan ciertos y tan verdaderos peligros? Si te pusiesen un manjar delante y algún hombre, aunque fuese mentiroso, te dijese que tenía ponzoña, ¿osarías, por ventura, tocar en él, por sabroso que fuese el manjar, y mentiroso el denunciador? Pues, si los profetas, si los apóstoles, si los evangelistas, si el mismo Dios te da voces y dice: «La muerte está en esa olla, hombre miserable; la muerte está en esa golosina que el diablo te pone delante» (cf. 2 Re 4,40), ¿cómo osas tomar la muerte con tus manos y beber tu perdición? ¿Qué hace ahí el seso y el juicio y la razón que tienes de hombre? ¿Dónde está su luz, dónde sus aceros y sus filos, pues ninguna cosa corta de tus vicios? ¡Oh, miserable frenético, embaucado por el enemigo, sentenciado a perpetuas tinieblas interiores y exteriores, para que de las unas vayas a las otras; ciego para ver tu miseria, insensible para entender tu daño, y duro más que el diamante para no sentir el martillo de las palabras divinas! ¡Oh, mil veces miserable, digno de ser llorado, no con otras lágrimas que con aquellas que lloraban tu perdición, diciendo: «Si conocieses en este día la paz y el descanso, y las riquezas que Dios te ofrece, las cuales están ahora escondidas de tus ojos»! (cf. Lc 19,42). ¡Oh, miserable el día de tu nacimiento, y mucho más el de tu muerte, porque será el principio de tu condenación! ¡Cuánto mejor te fuera nunca haber nacido, si has de ser para siempre condenado! ¡Cuánto mejor te fuera no haber sido bautizado ni recibido la fe, si por usar mal desta ha de ser mayor tu condenación! Porque, si la lumbre sola de la razón bastó para hacer inexcusables a los filósofos, porque, *conociendo a Dios, no le glorificaron* ni sirvieron, como dice el Apóstol (Rom 1,21), ¿cuánta menos excusa tendrá quien recibió lumbre de fe y agua de Bautismo, y cada año abre su boca para recibir a Dios, y cada día oye su doctrina, si ninguna cosa hace más que ellos?

Pues ¿qué podemos inferir de todo lo susodicho, sino concluir en breve que no hay otro seso, ni otra sabiduría, ni otro consejo en el mundo, sino que, dejados a parte todos los embarazos y marañas desta vida, sigamos aquel único y verdadero camino por do se alcanza la verdadera paz y la vida perdurable? A esto nos llama la razón, y la prudencia, y la ley, y el cielo, y la tierra, y el infierno, y la vida, y la muerte, y la justicia, y la misericordia de Dios. A esto señaladamente nos convida el Espíritu Santo por boca del Eclesiástico, diciendo así: *Hijo, dende los primeros años de tu mocedad oye la doctrina, y en tus postrimerías gozarás del dulce fruto de la sabiduría. Así como el que ara y siembra, te llega a ella, y espera con paciencia los frutos que te dará. Poco será lo que trabajarás, y presto gozarás de grandes bienes. Oye, hijo mío, mis palabras, y no tengas en poco este consejo que te daré. Pon de buena gana tus pies en los grillos della, y tu cuello en sus cadenas. Abaja los hombros, y llévala sobre ti, y no te entristezcas con las ataduras della. Allégate a ella con todo corazón, y con todas tus fuerzas sigue sus caminos; búscala con toda diligencia, y descubrírsete ha. Y, después que la hubieres hallado, no la desampares, porque por ella vendrás a hallar descanso en tus postrimerías; y, lo que antes te parecía trabajo, después se te hará deleitable, y serte han sus grillos defensión de fortaleza y fundamentos de virtud, y sus cadenas, vestidura de gloria; porque en ella hay hermosura de vida, y sus vínculos son atadura de salud* (Eclo 6,18-30). Hasta aquí son palabras del Eclesiástico, por las cuales en alguna manera entenderás qué tan grande sea la hermosura, los deleites, la libertad y la riqueza de la verdadera sabiduría; que es la misma virtud y conocimiento de Dios, de que hablamos. Y, si aún todo esto no bastare para vencer tu corazón, alza los ojos a lo alto, y no mires a las aguas del mundo, que desvanecen, sino mira a aquel Señor que está en la cruz muriendo y satisfaciendo por tus pecados. Allí está en aquella figura que ves, clavados los pies para esperarte, y abiertos los brazos para recibirte, e inclinada la cabeza para darte como a otro hijo pródigo nuevos besos de paz. Dende ahí te está llamando —si le sabes oír— con tantas voces y clamores, cuantas llagas tiene en todo su cuerpo. A estas voces, pues, hermano mío, inclina tus [445] oídos, y mira bien que, si no es oída la oración del que no oyó los clamores del pobre (cf. Prov 21,13), ¡cuánto menos lo será la del que a tales clamores como estos está sordo! Pues, si determinado ya de oír esta voz asentares de mudar la vida y hacer penitencia verdadera, cómo esto se haya de hacer, el tratado siguiente lo declara.

TRATADO SEGUNDO

DE LA PENITENCIA Y CONFESIÓN

Prólogo

Entre todos los males que ahora hay en el mundo, ninguno hay que más merezca ser llorado, que el modo que tienen algunos cristianos de confesarse cuando lo manda la Iglesia. Porque, sacados aquellos que viven en temor de Dios y tienen cuenta de sus ánimas, vemos cuán mal se aparejan muchos otros para este Sacramento, y cuán sin arrepentimiento y sin examen de su conciencia se llegan a él. De donde nace que, acabando de confesar y comulgar, luego se vuelven a lo pasado; y que apenas es acabada aquella semana de la penitencia, cuando luego tornan a aquel mismo cieno en que antes se revolcaban, y vuelven como perros a tragar lo que ya habían revesado (cf. Prov 26,11; 2 Pe 2,22). Este es un gran desprecio de Dios, y de su Iglesia, y de sus ministros y Sacramentos; y parece que es andar cada año jugando con Dios, pidiéndole perdón de las injurias hechas y protestando la enmienda dellas, y, a vuelta de cabeza, tornando a hacer otras mayores [cf. Gál 6,7].

El castigo que merecen estos es el que Dios les da (que es el mayor que se puede dar), que es dejarlos andar en este juego toda la vida, hasta que llegue la muerte¹⁸, donde les acaezca lo que suele acaecer a los que nunca hicieron penitencia verdadera hasta aquella hora, *cuyo fin*, regularmente hablando, como dice el Apóstol, *será conforme a sus obras* (2 Cor 11,15); de las cuales nunca hicieron penitencia verdadera, sino falsa, como el mismo Señor se queja por un profeta, diciendo: *No se volvieron a mí con todo su corazón, sino con mentira* (Jer 3,10)¹⁹. Y llama aquí *mentira* aquella penitencia falsa y aparente que hacen los tales, con la cual no engañan a Dios, mas engañan a sí mismos, pues les parece que han hecho penitencia verdadera, como quiera que todo lo hecho sea sin fruto.

Pues, si alguno desea convertirse a Dios de verdad y hacer penitencia de verdad, aquí le declararemos en pocas palabras lo que para esto debe hacer, poniendo delante los más comunes avisos que los doctores para esto dan; los cuales, aunque entre los teólogos sean muy claros, a los simples (para cuya edificación esta escritura se ordena) son muy ocultos, y por esto conviene que sean advertidos dellos. Y, porque este Sacramento tiene tres partes principales, que son contrición, confesión y satisfacción, en cada una destas declararemos sumariamente lo que se debe hacer, para que la penitencia sea perfecta.

[DE LA PRIMERA PARTE DE LA PENITENCIA, QUE ES LA CONTRICIÓN]

Capítulo I. De la primera parte de la Penitencia, que es la *contrición*, y de los medios por do se alcanza

Pues el que de veras y de todo corazón desea volver a Dios, el que entendida la vanidad del mundo y la obligación que tiene a nuestro Señor se quiere tornar a él y, a manera del hijo pródigo, desea volver a casa de su padre (cf. Lc 15,18), sepa que la primera puerta por do ha de entrar es la

¹⁸ Al margen: *Isai. 1,?*; *Rom 1,24*: «Por eso Dios los entregó a las apetencias de su corazón»; *Sal 80,13*: «Los abandoné a su corazón obstinado, para que caminaran según sus caprichos».

¹⁹ Texto referido en singular a Judá: «Et in omnibus his non est reversa ad me prævaricatrix soror eius Iuda in todo corde suo».

contrición; porque este es uno de los más preciosos sacrificios que podemos ofrecer a Dios, según aquello del salmo, que dice: *Sacrificio es a Dios el espíritu quebrantado; el corazón contrito y humillado, Señor, no despreciarás* (Sal 50,19).

Esta contrición tiene dos partes principales: la una es arrepentimiento de los pecados pasados, y la otra, propósito de enmendar los venideros. La razón desto es porque la contrición, propiamente hablando, es una detestación y aborrecimiento del pecado sobre todo lo que se puede aborrecer, en cuanto es ofensivo de la divina Majestad. Por donde el que este aborrecimiento tiene, así aborrece los pecados pasados como los venideros, porque así los unos como los otros son ofensivos desta majestad. Mas los pasados, como ya nos los puede excusar, pésale por haberlos cometido, y los venideros, que están en su mano, propone firmísimamente de evitarlos. Por donde se ve claro que, como dice san Agustín en el libro *De la medicina de la penitencia*, no basta al hombre para aplacar a Dios mudar la vida y apartarse de los pecados pasados, sino es menester también satisfacer por ellos por el dolor de la penitencia, y con el gemido de la humildad, y con sacrificio del corazón contrito y humillado, y con obras de misericordia.

Pues, conforme a esto, la primera cosa que debe procurar el verdadero penitente es el dolor y arrepentimiento de sus pecados, haciendo lo que hacía aquel santo penitente, que decía: *Revolveré, Señor, en mi memoria delante de ti todos los años de mi vida con amargura de mi corazón [Is 38,15]*²⁰. Y este dolor y amargura no ha de ser principalmente porque por sus pecados mereció el infierno y perdió el cielo con todos los otros bienes que por esto se pierde, aunque esto sea bueno, sino porque por ellos perdió a Dios y le ofendió. Y, así como Dios merece ser amado y apreciado sobre todas las cosas, así es razón que sintamos haberle perdido y ofendido sobre todas las cosas; porque la mayor de las ofensas pide el mayor de los sentimientos, y la mayor de las pérdidas, el mayor de los dolores. Verdad es que la piedad de nuestro Señor y el deseo que tiene de nuestra salvación es tan grande, que, aunque el dolor no sea tan calificado como este, [446] juntándose con él la virtud del Sacramento, que da gracia a quien no pone algún impedimento para recibirla, bastará para dar salud. Y esto es lo que comúnmente suelen los teólogos decir, que los sacramentos de la ley de gracia hacen al hombre de atrito contrito. Porque, así como una candela recién muerta y que aún esta humeando, con un pequeño soplo se enciende, y se hace de muerta viva, así el ánima que con la virtud de la atrición está como humeando, aunque no encendida, sobreviniendo el soplo y la virtud del Sacramento viene a encenderse del todo, y hacerse de muerta viva. Mas cuál sea la atrición que aquí llegue, no es dado saber a los hombres, sino sólo a aquel Señor a quien ninguna cosa se esconde.

También es aquí de notar, para consuelo de los flacos, que este dolor que aquí pedimos no es necesario que sea siempre como los otros dolores sensibles, que están en la parte sensitiva de nuestra ánima y que revientan en lágrimas, porque sin esto puede ser éste verdadero arrepentimiento y dolor, cuando nuestra voluntad aborrece el pecado sobre todo lo que se puede detestar y aborrecer; lo cual muchas veces se hace sin lágrimas y sin esta manera de dolor. Mas, cómo y por qué medios se debe procurar esta manera de arrepentimiento y dolor, adelante se tratará en su propio lugar.

La segunda parte, y también muy principal, que para esta contrición se requiere es el firme propósito de nunca más ofender a Dios en cosa de pecado mortal. Y esto también, como el dolor, no ha de ser principalmente por cielo, ni por infierno, ni por algún otro interés propio, sino por amor de Dios; como vemos que la buena mujer tiene asentado en su corazón de morir, antes que quebrantar la fe que debe a su marido, no tanto por temor o interés que dél espera, cuanto por el amor que le tiene. Puesto caso que [*aunque*] temer y desear tales cosas no sea cosa reprobada, sino provechosa y loable, y aun don de Dios.

Y, así como está obligado a tener propósito de evitar los pecados venideros, así también es necesario apartarse de los presentes en que está, si son mortales, porque de otra manera la confesión no sería confesión, sino sacrilegio e injuria del Sacramento; y, por consiguiente, así el que confesase como el que absolviese serían sacrílegos y deshonoradores del Sacramento, y así la tal confesión no sería remisión de los pecados viejos, sino acrecentamiento de otros nuevos. Y, por tanto, el que no quiere hacer de la medicina ponzoña, ni usar para su condenación de lo que Dios instituyó para su remedio, trabaje ante todas las cosas por apartarse de cualquier pecado mortal, si por ventura está en él. Y, por tanto, el que tiene odio y enemistad formada contra su prójimo debe salir desta mala

²⁰ «Recogitabo tibi omnes annos meos in amaritudine animæ meæ». Del *Cántico de Ezequías*.

voluntad, y reconciliarse con él, y restituirle la habla, si la tiene quitada; en caso donde, de no hacerlo así, se siguiese algún escándalo notable a juicio del prudente confesor, como es cuando el que contra vos erró os pide perdón en el foro que llaman de la conciencia, y vos se lo negáis, porque con esto le escandalizáis y provocáis odio contra vos.

Asimismo, el que tiene lo ajeno contra voluntad de su dueño es obligado a luego restituirlo. Y digo *luego*, porque, si luego puedo pagar, luego es obligado a ello. Y no basta que tenga propósito de restituir adelante, o en el testamento, si luego lo puede hacer, aunque sea poniéndose en necesidad; mayormente cuando aquel a quien se debe está puesto en otra tal.

▲ Y, porque acerca desta obligación de luego pagar hay mucho que decir, y también mucho engaño en los malos pagadores, **quien quisiere tener segura su conciencia aconséjese con quien le sepa desengañar.**

Y tenga aviso que no sólo es obligado a restituir el que tomó o hizo algún daño, sino también el que fue causa que se hiciese, o acompañando, o aconsejando, o consintiendo, o recibiendo en su casa al malhechor como a malhechor, o comprando con sospecha, o encubriéndolo en su casa, o no atajando el mal que se hacía, si era persona que lo debía y podía hacer; porque todos estos, y cada cual de ellos *in solidum* [por el total], son obligados a restituir al agraviado cuando realmente el daño por alguna de estas vías se siguió; y, restituyendo él, los otros quedan obligados a restituir a este que pagó por todos.

Y como hay restitución de hacienda, así también hay restitución de fama, si yo eché en la plaza algún delito grave y secreto de mi prójimo; y así también hay de honra, si le hice alguna injuria de palabra o de obra. Y, en lo primero, es obligado a restituirle su fama, volviendo a dorar con buenas palabras lo que antes desdoro (cuando desto espera provecho); y en lo segundo, es necesario satisfacer al ofendido, o enviándole a pedir perdón, o recompensando la injuria, o con lo uno y otro junto cuando el caso lo requiere, según el juicio del confesor.

Así que tenemos aquí tres maneras de restitución: una de hacienda, otra de fama y otra de honra; en cada una de las cuales conviene mirarse mucho la obligación que el hombre tiene para descargo de su conciencia.

Asimismo, los que tienen comunicación deshonesto, o propósito y afición dañada, están obligados a despedir de sí esta pestilencia para gozar de la gracia deste Sacramento; y **no basta apartar el corazón del pecado, si no se aparta la ocasión dél**, porque de otra manera mal se puede evitar este pecado. En lo cual se engañan muchos, que, justificados a su parecer el propósito y la intención, creen que está ya todo seguro, y no miran que la simiente del mal se les queda en casa, la cual al mejor tiempo tornará a brotar. Por lo cual dice san Bernardo: «¿Cada día quieres conversar con una mujer, y ser tenido por continente? Ya que lo fueses, no puedes excusar a lo menos la mancha de la mala sospecha. Si eso haces, dígotte que me eres escándalo. Por eso, quita la materia y la causa dél, porque escrito está: *¡Ay de aquel por quien viene el escándalo!* [Mt 18,7]». Pero mucho más para temer es lo que el mismo santo dice en un sermón *Sobre los Cantares*, desta manera: «¿Por ventura no es mayor [447] maravilla morar con una mujer y no perder la castidad, que resucitar un muerto? Luego, si no puedes lo que es menos, ¿cómo quieres que te crea lo que es más?» (*super Cantica*, LXV,4).

Pues por esta causa conviene quitar de por medio todas las ocasiones de pecados, especialmente cuando ya una vez se rompió el velo de la vergüenza y se abrió camino para el mal. Porque, abierta esta puerta, imposible es, moralmente hablando, dejar de pasar el mal adelante. Y, si dices que te es muy dificultoso apartar esa ocasión, porque para eso es menester echar fuera de casa tal y tal persona, a quien tienes grande obligación, o de que tienes grande necesidad, a eso no sé qué te responda, sino aquello del Salvador, que dice: *Si tu pie o mano fuere ocasión de mal, corta el pie y la mano* que esta ocasión te da; *porque más vale que cojo y manco vayas al cielo, que con dos pies y manos al infierno* (Mt 18,8). Bien veo que es recia cura esta; mas, así como hay algunas enfermedades corporales que no se pueden curar sino con hierro y fuego, cortando a veces un miembro por guardar todo el cuerpo, así te confieso que hay algunas enfermedades espirituales que no sufren más blandos remedios que estos; y desto no tiene culpa la ley de Dios, que es rectísima y suavísima, sino tú, que rompiste el velo de la vergüenza y abriste camino para el mal, y te pusiste a provocar y ensañar una fiera, estando dentro de su misma jaula, donde ni había pies para huir ni guarida para te acoger. Y por esto no es mucho que pagues ahora tu merecido y cojas el fruto de lo que sembraste, y pases mucho trabajo en echar el enemigo de casa, pues tú le abriste la puerta.

Esto, por lo que toca a las dos principales partes de la contrición. Ahora tratemos de los medios por donde esta virtud se alcanza, y especialmente la primera parte della, que es el dolor y arrepentimiento de lo pasado.

Capítulo II. De los principales medios por do se alcanza la contrición, y especialmente el dolor de los pecados

Pues el que de veras y de todo corazón desea alcanzar esta piedra preciosísima de la contrición sepa que el primer medio que para esto hay es **pedirla a Dios con toda la humildad y instancia posible**. Porque arrepentirse el hombre de los pecados, como debe, es una especialísima gracia y dádiva suya, y una obra que excede toda virtud y facultad de la naturaleza humana; porque esta naturaleza quedó por el pecado original fuera de la rectitud y orden natural en que Dios la crió; porque él la crió derecha y levantada hacia Dios por amor, mas el pecado la torció y inclinó a sí mismo, que es el amor de los bienes visibles, los cuales ama y precia más que a Dios. Por lo cual, así como un hombre que nace torcido y corcovado del vientre de su madre no hay medicina de virtud natural que baste para restituirlo a su natural rectitud, así también, naciendo nuestra voluntad con esta manera de corcova y torcimiento espiritual, nadie es poderoso para rectificarla y enderezarla a Dios, haciendo que le ame sobre todas las cosas, sino el mismo Señor que la crió. Pues, así como no puede el hombre tener este amor sobre todas las cosas, sin Dios, así tampoco puede dolerse del pecado sobre todas las cosas por él, sin especial ayuda del mismo Dios; porque de lo uno se sigue lo otro. Y por esto dice el Señor en su Evangelio: *Nadie puede venir a mí, si mi Padre no le trajere* (Jn 6,44). Porque venir a Cristo es amarle sobre todas las cosas, y dolerse del pecado sobre todas ellas; y este tal amor y dolor nadie lo puede tener de sí, como conviene tenerse, si el mismo Dios no se lo da.

Pues hacer él esto con un pecador es la mayor gracia y el mayor bien que se le puede hacer, porque, aunque sea mayor bien dar gloria, que gracia, pero mayor cosa es sacar un hombre de pecado y ponerlo en gracia, que después de puesto en gracia darle la gloria; pues mayor distancia hay del pecado a la gracia, que de la gracia a la gloria. Y aun dice santo Tomás, tratando de las obras de Dios, que es mayor obra la justificación de un pecador, que la creación del mundo (cf. *Sth.* I-II q.113 a.9). Porque todo el ser del mundo no es más que un bien limitado, como lo son todas las cosas criadas; mas la justificación del hombre es una participación de la dignidad y gloria de Dios, que es bien infinito.

Pues, si esta es obra de Dios, y tan grande obra y misericordia suya, síguese que a él se ha de pedir con toda humildad y instancia posible, perseverando en esta demanda con aquella piadosa cananea y diciendo: *Ten misericordia de mí, Señor, hijo de David, porque mi hija, que es mi ánima, es malamente atormentada del enemigo* (Mt 15,22). Y, aunque el Señor al principio se nos muestre áspero y riguroso, como a ella se le mostró, no por eso aflojemos ni desmayemos en este requerimiento, porque por eso se mostró él tal a esta mujer, porque en ella aprendiésemos a no desconfiar cuando así le viésemos, sino antes perseverásemos como ella perseveró. Porque, como dice el Apóstol, *fiel es Dios, y no se puede negar a nadie* (2 Tim 2,13). Y para ayudar a hacer esto más fácilmente se ponen adelante algunas devotas oraciones y consideraciones, para que los que no saben por sí hablar con Dios y manifestarle sus necesidades, por aquí se las puedan mejor manifestar y pedirle esta misericordia.

El segundo medio que para esto hay es recogerse el hombre dentro de sí mismo en tiempo y lugar conveniente y considerar todas aquellas cosas que le pueden inclinar a tener este arrepentimiento y dolor. Porque, cuanto más con- [448] siderare las causas que para esto tiene, tanto más claramente verá cuánta razón tiene para llorar y sentir su mal. Porque no sin causa ordenó la naturaleza que el mismo sentido que sirve para ver sirviese para llorar, pues de lo uno se sigue lo otro. Porque el que bien ve, bien llora, esto es, el que sabe mirar los males como deben ser mirados, ese los sabe llorar como merecen ser llorados. Abra, pues, el hombre los ojos y póngalos primeramente en la muchedumbre de sus pecados, y después en Dios contra quien pecó; porque cada cosa destas le dirá cuánta razón tiene para dolerse dellos.

Capítulo III. De las consideraciones que pueden ayudar a tener dolor y aborrecimiento de los pecados.

[I.] Y primero, de la muchedumbre dellos

Pues para provocar a tu ánima a este dolor debes primeramente poner ante los ojos todo el curso de tu vida pasada, que son todos los pecados que en ella cometiste, juntamente con el abuso de todos los beneficios y mercedes que recibiste de Dios. Y, porque el **pecado es un desvío del sumo bien y del fin para que el hombre fue criado**, considere primero este fin, y verá más claro cuán desviado anduvo dél. El fin para que Dios en este mundo crió al hombre no fue, cierto, para plantar viñas, ni edificar casas, ni amontonar riquezas y vivir en deleites, como las obras de algunos dan a entender, sino para que conociese a Dios, y le amase, y guardase sus mandamientos; y por este medio alcanzase el sumo bien para que fue criado. Para esto le dio ley en que viviese, y gracia con que la guardase, y Sacramentos que se la administrasen, y maestros que se la enseñasen, e inspiraciones que a esto le provocasen; y, sobre todo esto, se dio a sí mismo en precio y remedio de todos sus males. Para esto también le dio los bienes de naturaleza, que son la vida, la salud, las fuerzas, las potencias del ánima, los sentidos y miembros del cuerpo; para que todo esto emplease en servicio de quien se lo había dado. Y para esto mismo le proveyó también de los bienes que llaman de fortuna, para que con ellos conservase la vida, y ayudase a la necesidad ajena, y dellos, finalmente, se ayudase también para merecer la gloria.

Estos y otros tales son los bienes y ayudas que Dios te dio para que por ellos le amases y conocieses, y con ellos le sirvieses. Mira, pues, ahora tú cómo has usado de todos estos beneficios, cómo has cumplido con todas estas leyes y obligaciones. Primeramente, si miras el fin para que Dios te crió, y consideras el que tú has llevado, verás claramente cuán descaminado has andado y cuánto te has desviado dél. Porque él te crió para sí, esto es, para que en él empleases todo tu entendimiento, tu memoria, tu voluntad, y en él tuvieses todo tu amor, tu fe, tu esperanza; y tú, olvidado de todo esto, empleaste todo en la bajeza de las criaturas, menospreciando al Criador, aplicando y atribuyendo a ellas lo que se debía sólo a él. A ellas amaste y adoraste, y en ellas pusiste tu fe, tu esperanza, tu descanso y todo tu contentamiento; que fue dar a las criaturas lo que era propio del Criador, y poner en las cosas de la tierra lo que hubieras de poner en los bienes del cielo. Por aquí también verás cuán mal has cumplido con la primera de tus obligaciones, que es con el primero de los mandamientos de Dios, que a este fin pertenece. Si no, mira cuán olvidado has vivido deste Señor, pues casi toda la vida se te ha pasado sin acordarte dél; cuán ingrato has sido a sus beneficios, pues tan pocas gracias le has dado por ellos; cuán poco caso has hecho de sus mandamientos, pues tantas veces los has quebrantado; cuán poco amor tuviste a quien tanto merecía ser amado, teniendo tan grande a las poquedades y niñerías deste siglo; y, finalmente, cuán poco temor has tenido a aquella tan grande majestad, temiendo tanto a los viles gusanos de la tierra.

Y, demás desto, ¿cuántas veces juraste y perjuraste su nombre en vano, trayéndolo arrastrado en tu boca sucia, para testigo de tus porfías y mentiras? ¿Cómo santificaste las fiestas ordenadas para glorificarle y alabarle, y para llorar los pecados pasados, pues estabas aguardando estos días para añadir pecados a pecados y hacer fiesta a los demonios?

¿Qué honra cataste [*guardaste*] a tus padres naturales y espirituales, que son tus prelados y superiores, pues tan poco caso hiciste de todas sus leyes y mandamientos? ¿Qué amor y hermandad tuviste para con el prójimo, pues tantas veces por tus pundonores y nonadas le hollaste y despreciaste y maltrataste y deseaste la muerte? ¿Cómo guardaste tu cuerpo y ánima del vicio carnal, pues tantas veces por obras, por palabras, por pensamientos, por deseos y por deleites voluntarios te enlodaste en este cieno y profanaste el templo que Dios tenía para sí santificado? ¿Quién explicará aquí la soltura de tus ojos, la torpeza de tus pensamientos, la deshonestidad de tus palabras, tus galas, tus paseos, tus tratos y conversaciones, y invenciones de maldades? Pues ¿qué diré de los hurtos de tu avaricia, pues ninguna otra cosa más preciabas ni adorabas, que el dinero, haciendo dél último fin, sirviéndolo, amándolo y haciendo por él lo que por solo Dios se debía hacer? Pues la soltura de tu lengua, tus

mormuraciones, detracciones, infamias, injurias, lisonjas, maldiciones y mentiras, ¿quién las podrá explicar, pues casi todas tus pláticas y conversaciones se gastaban en esto?

Después de los divinos mandamientos, discurre también por aquellos siete pecados que llaman capitales, y verás cuánta parte te cabe dellos. ¿Cuánta ha sido la ambición, la presunción, la vanagloria y soberbia de tu corazón, la jactancia de tus palabras y la vanidad de tus obras? ¿Cuántas han sido tus iras, tus envidias, tu glotonería y los regalos de tu cuerpo, tu pereza y pesadumbre [449] para todo lo bueno, y la ligereza y prontitud para todo lo malo? Mira también por las obras de misericordia, así corporales como espirituales, cuán poca cuenta tuviste con ellas y cuán poco caso hiciste de las necesidades y miserias ajenas, siendo tan piadoso para las tuyas.

Pues, entrando por los beneficios divinos, dime, ruégote: ¿De qué manera has usado dellos? La vida que él te dio, ¿en qué la ocupaste?; el ingenio, las fuerzas y habilidades naturales, ¿en qué las empleaste?; la hacienda y los otros bienes temporales, ¿en qué los gastaste? Porque, si quieres decir verdad, todo esto gastaste en vanidades y ofensas tuyas. De manera que de los bienes que recibiste dél hiciste armas contra él, y, por donde estabas más obligado a hacerle mayores servicios, hiciste mayores pecados, tomando motivo para más ofenderle de donde lo habías de tomar para más amarle. Finalmente, de tal manera has vivido, como si nunca obligación tuvieras a Dios, como si nada hubieras recibido dél, o como si tú mismo te hubieras criado y no dependieras dél.

Pues quien tiene ojos para ver todas estas lástimas, y entender cuán perdidos y descarriados han sido sus caminos, y cuán mal ha cumplido con todas estas obligaciones y mandamientos, ¿no será razón que llore y se resuelva todo en lágrimas con la consideración de males tan grandes? ¿Qué siente quien esto no siente? ¿Qué llora quien esto no llora, sino quien no tiene ojos para ver tan grande estrago como él mismo ha hecho en todos los bienes de su ánima?

II. Segunda consideración: De lo que se pierde por el pecado

Considerada la muchedumbre de tus pecados, considera luego lo que se pierde por ellos, para que por aquí veas lo mucho que perdiste y cuántas veces lo perdiste. Para que esto, siquiera, te despierte a dolor y penitencia, pues en ninguna otra materia es más bien empleado el dolor, que en esta; porque, como dice san Crisóstomo, «ninguna pérdida hay en el mundo que se restaure con el dolor, sino sola la del pecado; por lo cual, en todas las otras materias es mal empleado, si no es en sola esta». Pues el que quisiere alcanzar este tan saludable dolor piense con toda humildad y atención **lo que por un pecado mortal se pierde**, y por aquí verá la razón que tiene para dolerse dél.

▲ Porque, primeramente, por el pecado se pierde *la gracia del Espíritu Santo*, que es una de las mayores dádivas que Dios puede dar a una pura criatura en esta vida. Piérdese también *la caridad y amor de Dios*, que anda siempre en compañía de esa misma gracia. Piérdense también *las virtudes infusas y dones del Espíritu Santo* —aunque no se pierda la fe ni la esperanza—, con las cuales el ánima estaba hermosa y ataviada a los ojos de Dios, y armada y fortalecida contra todo el poder y fuerzas del enemigo. Piérdese *el derecho de el Reino de los Cielos*, que también procede desta misma gracia, pues por la gracia se da la gloria. Piérdese también *el espíritu de adopción* que nos hace hijos de Dios y así nos da espíritu y corazón de hijos para con él; y junto con este espíritu, se pierde *el tratamiento de hijo y la providencia paternal* que Dios tiene de aquellos que recibe por hijos; que es uno de los grandes bienes que en este mundo se pueden poseer. Piérdese también por aquí *la paz y serenidad de la buena conciencia*; y piérdense *los regalos y consolaciones del Espíritu Santo*; y piérdese *el fruto y mérito de todos cuantos bienes se ha hecho* en toda la vida hasta aquella hora. Piérdese también *la participación de los bienes de toda la Iglesia*, de los cuales no goza el hombre de la manera que gozaba cuando estaba en gracia. Todo esto se pierde por un pecado mortal. Y **lo que por él se gana** es *quedar el hombre condenado* a las penas del infierno para siempre; quedar por entonces *borrado del libro de la Vida*; quedar hecho, en lugar de hijo de Dios, *esclavo del demonio*, y en lugar de templo y morada de la Santísima Trinidad, *cueva de ladrones y nido de basiliscos*.

Entre las cuales pérdidas, la mayor y más digna de ser llorada es haber perdido a Dios, porque esta es raíz y causa de todas las otras pérdidas. Porque perder a Dios es dejar de tener a Dios por especial

padre suyo, por tutor, por pastor, por defensor y por todas las cosas; y, de Padre piadosísimo, hacerle enemigo y severo Juez. Pues quien tan grande bien como este ha perdido, ¿no será razón que llore y que sienta tan gran mal? *No te alegres, oh Israel* —dice el Profeta—, *no te goces como los otros pueblos, pues fornicaste contra tu Dios* (Os 9,1). Caminando una vez el ejército de la tribu de Dan a conquistar una ciudad, entró en una casa que estaba en el camino y hurtó un ídolo de plata que en ella había, y, yendo en pos dél su dueño llorando, preguntáronle los ladrones por qué lloraba. *Respondió: Pues ¡cómo! Habéisme llevado a mi dios, ¿y preguntáisme por qué lloro?* (Jue 18,24). Pues, si este malaventurado lloraba tanto por haberle quitado un dios de metal que él mismo se había fabricado, teniendo por tan justas y debidas las lágrimas por esta pérdida, ¿qué será razón que sienta un cristiano, pues sabe cierto que todas cuantas veces pecó perdió, no al falso dios que él mismo hizo, sino al verdadero Dios que hizo todas las cosas?

Pues este tan grande bien, con todos los demás, se pierden por el pecado. Para que veas si tiene razón para gemir de corazón quien tantos bienes perdió y quien, de tan grandes riquezas y tanta gloria, en tan grande piélagos de miserias ca- [450] yó. Pues ¿cómo no se llorará, cómo no se confundirá, quien así se despeñó en tantos males? «Abre, oh ánima miserable, los ojos —dice un santo doctor—, y mira lo que eras, y lo que eres, dónde estabas, y dónde estás. Eras esposa del muy Alto, eras templo de Dios vivo, eras vaso de escogimiento, eras tálamo del Rey eterno, eras trono del verdadero Salomón, eras silla de Sabiduría, eras hermana de los ángeles y heredera de los cielos. Todo esto eras; y, cada vez que digo «eras», «eras», es necesario que gimas. Pues ¿qué mudanza ha sido esta tan grande? La esposa de Dios ¿se ha hecho adúltera de Satanás? El templo del Espíritu Santo ¿se ha mudado en cueva de ladrones? El vaso de escogimiento, ¿en vaso de corrupción? El tálamo de Cristo, ¿en revolcadero de puercos? La silla de Dios, ¿en cátedra de pestilencia? La hermana de los ángeles, ¿en compañera de los demonios? Y la que volaba como paloma por el cielo, ¿rastrea ahora como serpiente sobre la tierra?»²¹ Llórate, pues, oh ánima miserable; llórate, pues te lloran los cielos, pues te llora la Iglesia, pues te lloran todos los Santos. A ti lloran las lágrimas de san Pablo, porque pecaste y no hiciste penitencia de los males que hiciste (cf. 2 Cor 2,4). A ti lloran las lágrimas de los profetas, porque ven ya venir sobre ti el furor de la divina justicia. A ti lloran, mucho más que a las almenas caídas de Jerusalén, las lágrimas de Jeremías, por ver derribada del cielo a la noble Israel, por ver a la hija de Sión perdida toda su hermosura (cf. Jer 8,23; 9,17; 13,17; 14,17; Lam 3,48-51)».

III. Tercera consideración: De la majestad y bondad de Dios, contra quien pecamos

Pues, si pasas más adelante y consideras la grandeza de la majestad y bondad de Dios contra quien pecastes, aquí aún hallarás mucha mayor materia de dolor. Porque cierto es que, cuanto la persona ofendida es mayor, tanto es la ofensa mayor. De donde nace que, si la persona es de infinita dignidad, también la ofensa hecha contra ella será de infinita gravedad; como realmente lo es. Por donde, cuanto el hombre penetrare más la inmensidad de la divina Majestad, tanto penetrará la gravedad y malicia de su pecado. Levanta, pues, los ojos a lo alto y mira, si puedes, cuán grande sea la nobleza, la riqueza, la dignidad, la sabiduría, la hermosura, la gloria, la bondad, la majestad, la benignidad y el poder deste Señor, y cuán grandes sean las obligaciones que todas las criaturas le tienen; y por aquí entenderás en alguna manera la gravedad de las culpas que cometiste contra él.

Mas, entre todas las grandezas y perfecciones, la que más suele mover los corazones de los verdaderos penitentes es la de la divina bondad; especialmente, a quien tiene ya alguna experiencia y conocimiento della. La cual bondad, aunque se conozca por muchos otros medios, pero principalmente se conoce por el beneficio inestimable de la encarnación y pasión del Hijo de Dios, y por la institución del Santísimo Sacramento del Altar, en que cada día se ofrece por nos, y se nos comunica y mora en nuestra compañía. Más en particular, se podrá conocer algo desto por la manera del tratamiento que este Señor hace a sus escogidos y amigos, a los cuales muchas veces visita con tantas y tan grandes consolaciones, con tantos y tan grandes favores, con tan grande luz y con tanta abundancia de paz y de alegría espiritual, que muchas veces no puede la flaqueza del sujeto humano sufrir el ímpetu de tan grandes consolaciones. Y así se escribe de uno de aquellos santos Padres del yermo que, estando

²¹ Escueta confesión manuscrita por algún lector al margen de todo este pasaje: *Como yo*. Ciertamente es lo dicho por el propio Fr. Luis: que «es en gran manera provechosa la lección de los buenos libros, que son como predicadores mudos».

algunas veces en oración, decía: «Señor, detened un poco las ondas de vuestra consolación». Y aun otra vez decía: «Señor, apartaos de mí, porque no puedo sufrir la grandeza de vuestra suavidad»²². Este es, pues, Dios, y estos los favores, los regalos y beneficios que los buenos suelen recibir de tal nobleza, de tal bondad, de tal suavidad y de tal misericordia. Porque no es mucho que les dé a beber del cáliz de sus deleites quien por ellos bebió el cáliz de la Pasión.

Pues quien poniendo ante los ojos esta tal bondad se acuerda cuántas veces la ofendió, ¿no será razón que lllore, y aun que desee hacerse todo ojos para llorar tan grande mal? De uno de aquellos monjes antiguos escribe san Juan Clímaco que, por razón de una culpa en que había caído, pidió licencia al Padre del monasterio para irse a la casa de los penitentes —que se llamaba *cárcel*— a hacer penitencia de aquel pecado. Y habida esta licencia —aunque contra la voluntad de el padre, porque su culpa era merecedora de misericordia—, fue tan grande el dolor que allí su ánima recibió por haber ofendido a un tal Señor, que dentro de ocho días, traspasado su corazón con el cuchillo del dolor, que había aguzado la caridad, dio el alma a Dios. Mira ahora tú qué tan grande sería el dolor, que en tan breve espacio bastó para acabar la vida. Desta manera, pues, sienten el pecado aquellos cuyos ojos abre Dios para ver la grandeza de la malicia que hay en él. Pues, si este santo penitente tanto sintió un solo pecado que había cometido, ¿qué será razón que sienta quien la mayor parte de la vida gastó en añadir pecados a pecados y multiplicar siempre ofensas contra Dios?

IV. Cuarta consideración: De la injuria que se hace a Dios en el pecado

Considera otrosí, demás de lo dicho, la injuria grande que se hace a Dios en el pecado, para que por aquí veas cuánto lo debes sentir. Porque, todas las veces que pecamos, pasa este [451] juicio práctico en nuestro corazón, aunque nosotros no le sintamos: pónesenos por una parte delante el provecho del pecado, que es el deleite o el interese porque pecamos, y por otra, la ofensa que hacemos a Dios, cuya amistad perdemos por aquel pecado. De manera que en una balanza se pone Dios y en otra el interese susodicho, y, puesto el hombre en medio, determínase de perder la amistad de Dios por no perder aquel interese.

Pues ¿qué cosa puede ser más horrible que esta? ¿Qué cosa más indigna de aquella tan grande majestad, que anteponerle una cosa tan baja? ¿Qué cosa más semejante a aquella que hicieron los judíos cuando, puestos ante los ojos Cristo y Barrabás para que escogiesen uno de los dos, dijeron que querían más a Barrabás, que a Cristo? (cf. Jn 18,40). ¿Qué es esto, sino, cuanto es de parte de nuestra mala obra, quitar a Dios la corona y la gloria que se le debe, como a último fin, y atribuirle al interese o al deleite? Porque quien estima el deleite en más que a Dios, y lo antepone a Dios, cuanto es de su parte ya quita la dignidad de último fin a Dios y la da al deleite; que es como quitar la corona al Criador y ponerla a su criatura. Pues ¿qué cosa más horrible que esta? A los mismos cielos manda Dios que se espanten de esto, diciendo por Jeremías: *Espantaos, cielos, sobre este caso, y vuestras puertas se caigan de espanto, porque dos males ha hecho mi pueblo: a mí desampararon, que soy fuente de agua viva, y fuéronse a beber de unos aljibes rotos, que no pueden retener las aguas* (Jer 2,12-13)²³. Pues quien considera cuántas millares de veces ha hecho a Dios esta injuria, ¿cómo no temblará?, ¿cómo no deseará que sus ojos se hagan fuentes de lágrimas para llorar día y noche tan grande mal? Mira, pues, oh miserable de ti, contra quién pecaste y por qué pecaste, qué dejaste y qué tomaste, qué perdiste y qué ganaste, y avergüénzate ahora, que es tiempo, porque no seas después confundido eternalmente en el juicio divino.

V. Quinta consideración: Del odio que Dios tiene contra el pecado

Ayudarte ha también a alcanzar este santo dolor y odio del pecado considerar profundamente la grandeza del odio que Dios le tiene. El cual es tan grande, que no hay entendimiento humano que lo pueda comprender. Y aun es cierto que si todos los entendimientos criados se hiciesen un

²² Al margen: *S. Juan Clímaco, cap.29, del Abad Efrén.*

²³ «Obstupescite cæli super hoc, et portæ eius desolamini vehementer, dicit Dominus. Duo enim mala fecit populus meus: me dereliquerunt fontem aquæ vivæ, et foderunt sibi cisternas, cisternas dissipatas, quæ continere non valent aquas».

entendimiento, y de todas las lenguas una lengua, que todo esto no bastaría a declarar y entender la grandeza deste odio. Y está clara la razón, porque cierto es que, cuanto uno es más bueno, tanto ama más la bondad y aborrece la maldad; por donde, como Dios sea bueno, y no como quiera bueno, sino infinitamente bueno, de aquí nace tener él infinito amor a la bondad y infinito odio a la maldad; y así galardona lo uno con eterna gloria, y lo otro castiga con eterno tormento y con privación de bien infinito. Y, allende desto, es cierto que Dios aborrece el pecado tanto, cuanto él merece ser aborrecido, que es conforme a la malicia y deformidad que hay en él; y, pues esta malicia es infinita, por ser contra Dios, cuya majestad es infinita, síguese que es infinito el odio y aborrecimiento que tiene contra él.

Mas, para entender la grandeza deste odio, hará mucho al caso considerar profundamente algunos de los más espantosos castigos que Dios tiene hechos en este mundo contra el pecado, porque, pues por las obras se conoce el corazón, por estos castigos de Dios conoceremos algo de la grandeza del odio que tiene contra él. Pues dime ahora: ¿Qué tan grande fue el castigo de aquel hermosísimo ángel, con todos sus secuaces, pues, por un solo pecado, siendo tan alta criatura, fue hecha la más abominable del infierno, y siendo tan grande amigo de Dios, fue hecho el mayor de sus enemigos? (cf. Is 14,12ss); ¿qué castigo fue también el del primer hombre con toda su posteridad? (cf. Gén 3,17-19); ¿y el de todo el universo mundo, con las aguas del diluvio? (cf. Gén 7,4); ¿y el de aquellas cinco ciudades, que ardieron con llamas del cielo? (cf. Gén 19,24-25); ¿y el de David, por su adulterio? (cf. 2 Sam 12,10ss); ¿y el de Saúl, por su desobediencia? (cf. 1 Sam 13,13; 15,23); ¿y el de Elí, por la negligencia en castigar a sus hijos? (cf. 1 Sam 2,31ss); ¿y el de Ananías y Safira, por su avaricia? (cf. Hch 5,1ss); ¿y el de Nabucodonosor, por su soberbia? (cf. Dan 4,22); y, finalmente, ¿el de las penas del infierno, que durarán para siempre, que es el castigo propio del pecado? Mas, sobre todo esto, ¿qué tan grande fue el castigo y satisfacción que Dios tomó en las espaldas de su Hijo por los pecados del mundo? (cf. Is 53,1ss). Este es aún muy más espantable que todos los pasados, por la dignidad infinita de la persona en quien fue ejecutado. Cada uno destes castigos, si atentamente se considerare con todas sus partes y circunstancias, nos aprovechará grandemente para entender el rigor espantable de la justicia divina y el grande odio que tiene contra el pecado; con lo cual se despertará en nuestros corazones temor del mismo Dios, y dolor y aborrecimiento de los pecados, pues, en hecho de verdad, tanto merecen ellos ser aborrecidos, cuanto él los aborrece. Mas, ya que tú ni nadie les pueda tener este tan grande aborrecimiento, a lo menos aborrecélos cuanto sea posible, y pide siempre al Señor acreciente en ti este aborrecimiento, porque en él está muy grande parte de la verdadera penitencia y de la justicia cristiana.

VI. Sexta consideración: De la muerte, y de lo que después della se sigue

También la memoria de las penas del infierno, que son tan horribles, y la de aquel jui- [452] cio universal, que será tan riguroso, y la del particular de nuestra muerte, que a cada hora nos guarda, es razón que nos mueva a dolor y temor de nuestros pecados; pues cada cosa de estas por su parte amenaza tan grandes males a quien fuere culpado, y tanto más de cerca, cuanto menos le puede quedar de vida. Porque, cuando este plazo llegare —y cada uno debe pensar que lo tiene muy cerca—, ¿qué hará?, ¿qué dirá?, ¿qué sentirá? Porque allí es donde cada uno de los malos podrá con verdad decir: «¡Oh, ánima mía, ya es llegado el término de tu soberbia, y de tus vanidades, y de tus locuras, y de los deleites de tu carne, a los cuales amaste más que a Dios y obedeciste más que a Dios, pues por ellos tantas veces le ofendiste! ¿Dónde estás, pues, ahora, vanidad y soberbia mía? ¿Adónde os fuisteis, deleites y regalos míos? ¿Qué me distes, qué me dejastes en las manos por tantos años de servicio que os serví? Por vosotros troqué la vida eterna, perdí el cielo y gané el infierno, perdí bienes infinitos y merecí ser compañero perpetuo de los demonios. Pues ¿qué es lo que me habéis dejado en recompensa de tanto mal?» Pues, si esto ha de pasar así, si todas estas espinas y remordimientos de conciencia han de remorder entonces tu corazón —y por ventura en vano—, ¿cuánto mejor será que los padezcas y sientas ahora con gran provecho, y entres en juicio contigo, para que no seas allí de Dios juzgado?

VII. Séptima consideración, que procede de los beneficios divinos

Mas, sobre todas estas cosas, acrecentará este aborrecimiento y dolor considerar la muchedumbre de los beneficios divinos; porque, mientras más profundamente considerares cuán bueno ha sido Dios para ti, mayor confusión recibirás de ver cuán malo has sido tú para con él. Porque por aquí pretendían muchas veces los profetas inducir el pueblo de Dios a dolor de sus culpas, y por aquí comenzó Natán, profeta, a encarecerle el pecado a David, cuando, primero que le reprehendiese del adulterio en que había caído, le puso delante las mercedes y beneficios que de Dios había recibido (cf. 2 Sam 12,7-8).

Pues, conforme a esto, puedes traer a la memoria la muchedumbre destes beneficios divinos, especialmente el beneficio de la creación, de la conservación, de la redención, del bautismo, del llamamiento, de las inspiraciones divinas, de las preservaciones de los males, con otros innumerables beneficios que nuestro Señor te habrá hecho. Porque, si sabes bien echar la cuenta, hallarás que cuantas cosas hay en el cielo y en la tierra son beneficios suyos, y que cuantos miembros y sentidos hay en tu cuerpo son beneficios suyos, y que cuantos momentos vives de vida son beneficios suyos, y, finalmente, el pan que comes y la tierra que huellas y el sol que te calienta y el cielo que te alumbraba, con todo lo demás, son beneficios suyos. Y para decirlo todo en una palabra: todos los bienes y males del mundo son beneficios suyos; porque todos esos bienes crió para ti, y de todos esos males te ha librado, o de la mayor parte dellos; pues está claro que no hay mal que padezca un hombre, que no lo pueda padecer otro hombre. Pues ¿qué cosa más digna de sentirse que haber vivido con tan grande olvido y desconocimiento de un Señor en cuyos brazos andabas, de cuyos pechos te mantenías, con cuyo espíritu vivías, cuyo sol te calentaba, cuya providencia te regía, y en quien, finalmente, te movías y vivías y eras? [cf. Hch 17,28]. ¿Qué mayor maldad que haber perseverado tanto tiempo en ofender a quien siempre perseveraba en hacerte bien, y haber hecho tantos maleficios contra quien te hacía tantos beneficios?

Mas, sobre todo esto, ¿qué mayor maldad que ofender a quien por ti anduvo tantos caminos, ayunó tantos ayunos, derramó tantas lágrimas, hizo tantas oraciones, sufrió tantas injurias, padeció tantos trabajos, tantas deshonras, tantas infamias, tantos y tan grandes dolores? Porque cierto es que todo esto padeció él por los pecados, así por satisfacer él por ellos, como para darnos a entender el odio que tiene contra ellos, pues tanto hizo por destruirlos. Pues mira tú ahora cuánta razón tienes para deshacerte en lágrimas, viendo cuántas veces, con tus pecados, de nuevo abofeteaste, azotaste y crucificaste un tal Señor, que todo esto padeció por ti [cf. Heb 6,6].

Pues, considerando el hombre, por una parte, esta tan maravillosa piedad y largueza de Dios para consigo, y por otra, esta tan grande ingratitud y rebeldía suya para con él, vuélvase a él con un corazón contrito y humillado, y diga así:

Capítulo IV. Oración para despertar en el ánimo compunción y dolor de los pecados

¡Oh unigénito Hijo de Dios!, grandes e inefables son, Señor, los beneficios que de vos he recibido. Levantásteosme del cieno y del polvo de la tierra, y criastes mi ánimo de nada a vuestra imagen y semejanza, y hicístela capaz de vuestra gloria. Dístesme entendimiento, memoria, voluntad, libre albedrío, con todos los miembros y sentidos, para que con ellos os conociese y amase. Guardásteosme en la estrechura de las entrañas de mi madre, para que no muriese allí sin agua de Bautismo. Sufrísteosme tanto tiempo, después de tantos pecados, hasta la hora presente, habiendo muchos menos culpados que yo, que, por no haberlos aguardado tanto tiempo, estarán ahora por ventura penando en el infierno. Y, sobre todo esto, tuvistes [453] por bien haceros hombre y conversar entre los hombres por mí; y ser, por mí, angustiado, afligido, entristecido, cubierto de sudor de sangre, preso, atado, abofeteado, escupido, menospreciado, blasfemado, escarnecido, y vestido por escarnio de vestiduras blancas y coloradas, por mí. Por mí, quisistes ser despedazado con azotes, coronado con espinas, herido con una caña, cubierto los ojos con un velo, sentenciado a muerte y llevado al lugar de la

muerte con la cruz auestas; en la cual fuistes con duros clavos traspasado, y puesto entre ladrones, y reputado con los malos, y jaropeado con hiel y vinagre, y muerto con cruelísima muerte. Desta manera, Señor, con tantos trabajos me redimistes, y yo, vilísimo y perversísimo pecador, siendo a todos estos beneficios ingrato, tantas otras veces os abofeteé y crucifiqué con mis pecados; por donde merecía que todas las criaturas se levantasen contra mí y tomasen venganza de vuestras injurias.

Pues, ¿qué diré, sobre todo esto, del abuso de vuestros Sacramentos y de las medicinas que con esta preciosa sangre ordenastes para mí? Lavásteosme y recibísteosme por vuestro en el santo Bautismo. Allí fui adoptado por hijo, y consagrado como templo vuestro, y ungido como sacerdote, como rey y como luchador que había siempre de luchar con el enemigo. Allí desposastes mi ánima con vos, y me distes todos los atavíos que para esa dignidad se requerían. Pues, ¿qué hice de todas estas joyas que me distes?; ¿qué cobro puse en esta hacienda? Tomásteosme por hijo, y híceme esclavo del pecado; consagrásteosme por templo, y híceme morada del demonio; armásteosme caballero, y paseme al bando de vuestro enemigo; hicísteosme rey, y alceme con el reino que me distes; desposaste mi ánima con vos en perpetua caridad, y yo amé más la vanidad que la verdad, y la criatura que el Criador. Razón fuera, Señor mío, que hubiera comenzado a llorar quien todo esto hizo. Esto es lo que ha tanto tiempo que esperáis de mí, cuanto ha que me dais vida. Para esto tantas veces me llamastes, y me susfristes, y me azotastes, y me halagastes, y por todas las vías me quisistes traer a vos. Esperásteosme, y usé mal de vuestra paciencia; llamásteosme, y híceme sordo a vuestro llamamiento; dísteosme tiempo de penitencia, y yo aprovecheme dél para mi soberbia; herísteosme, y no lo sentí; afligísteosme, y no quise recibir disciplina. Sudastes y trabajastes por alimpiarme, y con todo eso no salió de mí el orín de mis vicios, ni con fuego. Endurecime con los castigos y endurecime con los halagos, ingrato para lo uno y rebelde para lo otro. Mas, con todo esto, Señor, pues vos tantas cosas por mí pasastes, y mandastes que no desconfiase, vuélvome todo a vuestra misericordia y suplicoos por la gracia de la enmienda, para que de aquí adelante de tal manera os agrade y sirva, que nunca jamás me aparte de vos, en los siglos de los siglos. Amén.

Capítulo V. Síguese otra oración para pedir perdón de los pecados

Soberano Hacedor de todas las cosas, pensando conmigo mismo cuánto he ofendido con mis pecados a vuestra infinita Majestad, espántome de mi locura, considerando cuán benigno y magnífico Padre he desamparado. Maldigo mi desagradecimiento, viendo de cuán noble libertad caí en tan miserable servidumbre. Condono mi desatino, y no sé qué pueda poner delante de mis ojos, sino infierno y juicio, porque vuestra justicia, de quien no puedo huir, espanta mi conciencia. Mas, por el contrario, cuando considero aquella vuestra gran misericordia que, según el testimonio de vuestro profeta, va delante de todas vuestras obras (cf. Sal 144,9), luego un frescor alegre de esperanza recrea y esfuerza mi ánima entristecida. Porque ¿cómo desesperaré yo de hallar perdón en aquel que, por la escritura de sus profetas, tantas veces convida los pecadores a penitencia, diciendo que no quiere *la muerte del pecador, sino que se convierta, y viva?* (Ez 33,11). Y, allende desto, vuestro unigénito Hijo nos manifestó por muchas comparaciones cuán aparejado está vuestro perdón a todos los arrepentidos. Esto nos significó por la joya perdida y hallada (cf. Lc 15,8-10), por la oveja descarriada y traída sobre los hombros de su pastor (cf. Lc 15,4-7), y mucho más por la comparación del hijo pródigo, cuya imagen en mí conozco (cf. Lc 15,11-32). Porque yo soy el que injustamente desamparé a vos, mi amantísimo Padre, y desperdicié malamente mi hacienda, y, obedeciendo a los apetitos de mi carne, huí de la sujeción de vuestros mandamientos, y caí en el torpísimo cautiverio de los pecados, y quedé puesto en extrema miseria; de la cual no sé otro que me pueda sacar, sino sólo aquel que desamparé.

Reciba, pues, Señor, vuestra misericordia al humilde que os pide perdón, a quien hasta ahora habéis esperado tan blandamente. No merezco levantar a vos los ojos, o llamaros Padre; mas vos, que verdaderamente sois Padre, tened por bien mirarme con tales ojos, porque vuestra vista sola resucita los muertos y ella es la que hace volver en sí a los perdidos; pues aun hasta el mismo pesar que de mí tengo no lo pudiera tener, si vos no me hubiéades mirado. Cuando andaba lejos de vos perdido, mirásteosme dende el cielo, y abristes mis ojos para que yo me mirase y me hallase lleno de tantos

males; y ahora me salís a recibir, dándome el conocimiento y memoria de la inocencia perdida. No pido vuestros abrazos ni besos, no demando la vestidura rica que solía vestirme, ni el anillo de mi antigua dignidad, ni os suplico me recibáis a la honra de vuestros hijos: asaz me irá bien si me contáredes entre vuestros esclavos herrados con vuestra señal [454] y atados con vuestras cadenas, para que no pueda ya más huir de vos. No me pesará ser en esta vida uno de los más desechados esclavos de vuestra casa, con tanto que para siempre no me vea yo apartado de vos. Oídmeme, pues, Padre piadoso, y dadme el favor de vuestro unigénito Hijo y el remedio de su muerte. Dadme vuestro Espíritu, que purifique mi corazón y le conforme en vuestra gracia, porque no torne a volver por mi ignorancia al destierro de donde me revocó vuestra clemencia. Vos, que vives y reinas en los siglos de los siglos. Amén.

Otra oración para pedir perdón de los pecados

Esta oración, cristiano lector, debe rezar algunos días con todo el sosiego y devoción que pudiere el que desea alcanzar contrición y perdón de sus pecados; porque en ella verá claramente lo mucho que debe a Dios y cuánto se debe arrepentir por haber ofendido a tal Señor.

¿Quién dará agua a mi cabeza y a mis ojos fuentes de lágrimas, y llore día y noche mis pecados y el desagradecimiento mío contra Dios, mi Criador? (cf. Jer 8,23. *Vulgata* 9,1). Muchas cosas hay, Señor, muy poderosas, para compungir los corazones de los hombres y traerlos a conocimiento de su pecado; mas ninguna tanto, como considerar la grandeza de vuestra bondad y muchedumbre de vuestros beneficios, aun para con los mismos pecadores. Pues, porque la miserable de mi ánima desta manera se confunda, comenzaré, Señor, a contar algo de vuestros bienes y de mis males, para que por aquí se vea más claro quién sois vos y quién soy yo, y quién habéis sido vos para mí y quién he sido yo para vos²⁴.

Tiempo hubo, Señor mío, cuando yo no era. Dístesme ser y levantásteis de la tierra y hicísteisme a vuestra imagen y semejanza. *Dende el vientre de mi madre vos sois mi Dios* (Sal 21,11), porque dende el primer principio de mi ser hasta hoy vos habéis sido mi Padre, mi Salvador, mi defensor y todo mi bien. Vos allí formastes mi cuerpo con todos mis sentidos y criastes mi ánima con todas sus potencias, y hasta ahora habéis conservado mi vida con los beneficios y regalos de vuestra providencia. Todo esto era poco para vuestra grandeza, porque aunque ello en sí era mucho, porque era *todo*, mas, como todo ello no os costaba nada, quisistes darme algo que os costase mucho, para tenerme más obligado. Descendistes del cielo a la tierra para buscarme por todos los caminos por donde yo me había perdido. Ennoblecistes mi naturaleza con vuestra humanidad, librásteisme de cautiverio con vuestras prisiones, sacásteisme del poder del demonio poniéndoos en manos de pecadores, y destruistes mi pecado tomando imagen de pecador. Quisistes obligarme con esta gracia, enamorarme con este beneficio, fortalecer mi esperanza con estos merecimientos y hacerme aborrecer el pecado mostrándome lo que hicistes contra él. Echastes brasas de fuego sobre los carbones muertos de mi corazón, para que, con tanta muchedumbre de beneficios como se encierran en este beneficio, amase yo a quien tanto hizo por mí y tanto amor me descubrió.

Vesme aquí, Señor, redimido. ¿Qué me aprovechara ser redimido, si no fuera bautizado? Entre tanta muchedumbre de infieles como están derramados por todo el mundo, quisistes que yo fuese del número de los fieles y de aquellos a quien cupo tan dichosa suerte, como es ser hijos vuestros reengendrados por el agua de el santo Bautismo. Allí fui recibido por vuestro, y allí se celebró y asentó aquel maravilloso concierto: que vos fuédes mi Dios y yo vuestro siervo, vos mi Padre y yo vuestro hijo, y así contendiésemos a porfía, vos a hacerme obras de Padre y yo a hacer servicios de hijo. ¿Qué diré de los otros Sacramentos que ordenastes para mi remedio, haciendo medicina para mis llagas con la sangre de las vuestras?

Con todas estas maneras de socorro fue tan grande mi malicia, que perdí esta primera gracia de inocencia, y ha sido tan grande vuestra misericordia, que me habéis sufrido hasta ahora. ¡Oh esperanza mía y remedio!, ¿cómo puedo yo sin lágrimas acordarme de cuántas veces me pudiera haber llevado la muerte en todos aquellos tiempos tan mal gastados, y no me llevó? ¿Cuántos millares de ánimas por

²⁴ El viejo refrán: «Más luce lo blanco par de lo negro» o, según Fr. Luis, «lo prieto par de lo blanco» (*Libro de la oración*).

ventura arden ahora en el infierno por menores culpas que las que yo entonces cometí, y no ardo yo? ¿Qué fuera de mí, si me llevárades en aquel tiempo, como llevastes a otros? ¿Qué juicio se me aparejara tan recio, si me tomara la muerte con el hurto en las manos, si me hallara la justicia en el fragante delito? Pues ¿quién ató las manos a vuestra justicia en aquella hora? ¿Quién os rogó por mí, cuando yo dormía? ¿Quién detuvo el castigo de vuestro furor, al tiempo que yo con mis males los provocaba? ¿Qué vistes en mí, porque quisistes que yo fuese de mejor condición, que aquellos a quien arrebató la muerte en medio de los fuegos y peligros de la mocedad? Mis pecados daban voces contra mí, y vos os hacíades sordo para ellos. Mi malicia se alargaba cada día contra vos, y alargábase el plazo de vuestra misericordia para conmigo. Yo a pecar, y vos a esperarme; yo a huir, y vos a buscarme; yo cansado de ofenderos, y vos no cansado de aguardarme. Y, como si mis pecados fueran servicios, y no ofensas, así aun en medio dellos recibía de vos muchas buenas inspiraciones y muchas piadosas sofrenadas que reprehendían y condenaban mis solturas. Cuántas veces me llamastes y distes voces dentro de mí, diciendo: *Tú has fornicado con cuantos amadores has que- [455] rido; mas vuélvete a mí*, que yo te recibiré (Jer 3,1)²⁵. ¿Cuántas veces con estas y otras palabras amorosas me llamábades, y otras, con temores y amenazas me espantábades, trayéndome a la memoria el peligro de la muerte y el rigor de vuestra justicia? ¿Cuántas maneras de predicadores y de confesores ordenastes para que con sus palabras y consejos me avisasen y despertasen? ¿Cuántas veces, no ya con palabras, sino con obras, me seguíades, convidándome con beneficios y castigándome con azotes, tomándome todos los caminos —como hacen los cazadores cuando siguen la caza— para que no pudiese huir de vos? [cf. Os 2,8].

Pues ¿qué os podré yo, Señor mío, dar por todos estos beneficios? Porque me criastes, os debo todo lo que soy, pues todo lo hicistes. Porque me conserváis, os debo todo lo que soy y vivo, pues todo lo sustentáis. Pues, porque vos mismo os me distes en precio, ¿qué me queda para daros? Si todas las vidas de los ángeles y de los hombres fuesen mías, y todas las ofreciese en sacrificio, ¿qué era todo, para una de las gotas de sangre que derramastes por mí?

Pues ¿quién dará ahora lágrimas a mis ojos, para que pueda yo llorar la mala paga de tantos beneficios? Ayudadme, Señor, en esta hora, y dadme gracia para que sepa yo confesar mis injusticias contra mí. Yo soy aquel malaventurado que, aunque no lo parezco, soy criatura vuestra, hecha a vuestra imagen y semejanza. Quitad delante lo que yo hice, y hallaréis lo que vos hicistes con vuestra mano piadosa. Yo empleé todas mis fuerzas en vuestras injurias, y con las mismas obras de vuestras manos os ofendí. Mis pies corrieron a la maldad, mis manos se extendieron a la avaricia, mis ojos se soltaron por toda la vanidad y mis oídos estuvieron siempre atentos a la mentira. Aquella nobilísima parte de mi ánima, que tenía ojos para veros, quitólos de vuestra hermosura y púsolos en la flor desta vida miserable. La que había de escudriñar vuestros mandamientos, escudriñaba noche y día cómo quebrantarlos a su salvo. Pues, estando tal mi entendimiento, ¿qué tal había de estar la voluntad? Ofrecíadesle vos, Dios mío, los deleites del cielo, y ella trocó el cielo por la tierra, y abrió los brazos, que vos habíades consagrado para vos, al amor de las criaturas. Esta es, Señor, la paga de vuestros beneficios, y este es el fruto que llevaron los sentidos que criastes. Pues ¿qué os podré yo responder cuando entréis en juicio conmigo, y me digáis?: *Yo te planté como a una viña escogida, de muy buenas plantas. ¿Cómo te me has pervertido y hecho tan extraña?* (Jer 2,21; cf. Is 5,2).

Y, si a esta primera pregunta no podré responder, ¿qué responderé a la segunda, sobre el beneficio de la conservación? Conservábades vos, Señor, con vuestra providencia, al que entendía en quebrantar vuestra ley y en perseguir vuestros siervos, en escandalizar vuestra Iglesia y en fortalecer el reino del pecado contra vos. Movíades la lengua que os blasfemaba, regíades los miembros que os ofendían, y dábades de comer a quien servía a vuestros enemigos a costa vuestra. De manera que no sólo fui ingrato a vuestros beneficios, sino aun de esos mismos beneficios hice armas contra vos. Diputastes todas las criaturas para mi servicio, y enamoreme de todas ellas, y con todas ellas adulteré, pues tantas veces por ellas os ofendí. Quise más a los dones que al Dador, y, de donde había de tomar ocasión para conocer vuestra hermosura, cegueme con lo que vi y no alcé los ojos a ver cuánto más hermoso sería el Hacedor, que su hechura. Todas las cosas me distes porque yo os me diese, y aprovecheme de todas ellas, y nunca os di ni la gloria ni el tributo que os debía. Ellas os fueron obedientes en servirme siempre, porque vos se lo mandastes; y yo entendí en ofender siempre a aquel por quien todo me servía. Vos me dábades salud, y el demonio se llevaba el fruto della. Vos me dábades las fuerzas, y yo

²⁵ «Tu autem fornicata es cum amatoribus multis; tamen revertere ad me, dicit Dominus, et ego suscipiam te».

las empleaba en servicio de vuestro enemigo. ¿Qué diré? ¿Cómo no bastaron tantas maneras de trabajos y miserias como vi en los otros hombres, para entender que todos aquellos males ajenos eran beneficios míos, pues de todos ellos me librábades? ¿A vos solo es lícito no agradecer el beneficio recibido? ¿Quién a quién no debe agradecimiento por el beneficio recibido? Si la fiereza de los leones y serpientes se doma con beneficios, ¿cómo no bastaron los vuestros para domarme, para que alguna vez siquiera dijese con el Profeta: *Temamos al Señor, que nos envía agua del cielo, la temprana y la tardía en sus tiempos, y nos da hartura de todos los bienes cada un año?* (Jer 5,24). Bastaba, por cierto, Señor, para argumento de quien vos sois, haber sufrido lo que yo soy, sin que hubiera otras muestras y testimonios de vuestra bondad. Y, si tan rigurosa ha de ser la cuenta que me habéis de pedir destas cosas, que os costaron tan poco, ¿qué será la que me pediréis de las que os costaron vuestra sangre? ¿Cómo pervertí todos vuestros consejos? ¿Cómo, cuanto fue de mi parte, deshice todo el misterio de vuestra Encarnación? Hicisteos hombre para hacerme Dios, y yo, amigo de mi vileza, híceme bestia e hijo de Satanás. Bajastes a la tierra por llevarme al cielo, y yo, indigno de tal llamamiento, como no lo merecía, no lo conocí, y quedeme sumido en el cieno de mis vilezas. Librástesme, y torneme a mi cautiverio; resucitástesme, y volví a abrazar la muerte; incorporástesme con vos, y torné otra vez a juntarme con el demonio. Ni bastaron tales beneficios para conoceros, ni tal muestra de amor para amaros, ni tales merecimientos para esperar en vos, ni tal justicia como en vos fue ejecutada para teneros temor. Vos os humillastes hasta el polvo de la tierra, y yo me quedé le-[456] vantado en mi soberbia; vos estuvistes en la cruz desnudo, y a mi avaricia no basta el mundo; a vos os dieron de bofetadas, siendo Dios, y a mí no han de tocar en la ropa, siendo un vilísimo gusano.

¿Qué diré, Salvador mío, sino que fue tan grande la misericordia y amor que conmigo usastes, que os pusistes a morir por matar mi pecado, y yo, confiado en esa misma bondad y amor, me atrevía a pecar contra vos? Pues ¿qué mayor blasfemia que esta? Tomé ocasión de vuestra bondad para perseverar en mi maldad, tomé motivo para pecar del mismo medio que vos tomastes para matar el pecado. Desta manera pervertí vuestros consejos, e hice invenciones de mi malicia las invenciones de vuestra misericordia. Por ser vos tan bueno, hallé yo que podía ser malo, y por haberme hecho tan grandes beneficios, concluí yo que podía hacerlos tan grandes ofensas. De manera que la misma medicina que vos ordenastes contra el pecado, hice yo incentivo de pecar, y la espada que vos me distes para hacerle guerra, le puse yo en las manos para que me quitase la vida.

Finalmente, vos tomastes por medio el morir, para enseñorearos de vivos y muertos [cf. *Rom 14,9*], para que —como dice el Apóstol— *los que viven, ya no vivan para sí, sino para vos, que moristes por ellos* (2 Cor 5,15). Mas yo, como hijo de Jezabel, tomé por medio vuestra misma muerte para despojaros de vuestra hacienda (cf. 1 Re 21,14-15), hartándome de vuestro servicio y haciéndome esclavo del enemigo. Pues ¿qué merece quien tal hizo? Si los perros comieron las carnes de Jezabel, por este pecado (cf. 2 Re 9,35-36), ¿cómo están enteras las mías, pues hice lo mismo? Y, si el Apóstol tanto encarece la malicia del corazón humano, por haber tomado ocasión de la misma ley para quebrantar la ley (cf. *Rom 7,8*), ¿cuánto mayor malicia será tomar ocasión de la gracia para afrentar la misma gracia? ¡Oh pacientísimo Señor para sufrir bofetadas por los pecadores, y mucho más para sufrir pecadores! Mas ¿por ventura durará mucho esta paciencia? Veo que dices por vuestro Profeta: *Callé, tuve siempre silencio, y sufrí mucho; mas ahora hablaré, como quien tiene dolores de parto* (Is 42,14).

Veo que la tierra que después de llovida no da fruto es descomulgada y maldita (cf. Heb 6,7-8), y que la viña que después de labrada y cultivada, en lugar de uvas, da agraces, es por vuestro mandamiento destruida y desamparada [cf. *Is 5,4-5*]. Pues, ¡oh sarmiento seco e infructuoso!, ¿cómo no temiste la voz de aquel tan sabio podador, que corta de la vid el sarmiento estéril y lo echa en el fuego? (cf. *Jn 15,2ss*). ¿Dónde tenía el juicio quien tales juicios no temía? ¿Qué tanto había ensordecido quien a tales voces no acudía? ¿Qué tan profundo sueño dormía quien no despertaba con el trueno de tan grandes amenazas? Contentábame esta morada terrena, tan indigna de mi ánima, y tenía por deleites estar entre las espinas. Quemábame el fuego de mis pasiones, pungíanme las espinas de mis codicias, despedazábame el distraimiento de mis cuidados, remordíame el gusano de mi conciencia, y todo esto soñaba yo que era libertad y descanso, y tales y tan grandes males llamaba paz. ¡Oh, tan engañado para conocerme, cuan rebelde para serviros!

Pues ¿qué haré, Dios mío, qué haré? Conozco verdaderamente que no merezco parecer delante de vos ni alzar los ojos a miraros. Mas ¿adónde iré?, ¿adónde me esconderé de vos? ¿Por ventura no sois

vos mi Padre, y Padre de misericordias, las cuales no tienen tasa ni medida? Porque, **aunque yo he dejado de ser hijo, vos no habéis dejado hasta ahora de ser Padre**, y, **aunque yo he hecho por donde me podáis condenar, vos no habéis perdido por donde me podáis salvar**. Pues ¿qué otra cosa puedo hacer, sino echarme a vuestros pies y pedir os misericordia? ¿A quién llamaré?, ¿a quién me socorreré, sino a vos? ¿Por ventura no sois vos mi Criador, mi Hacedor, mi Gobernador, mi Redentor, mi Librador, mi Rey, mi Pastor, mi Sacerdote y mi Sacrificio? Pues ¿a quién iré, o adónde huiré, sino a vos? Si vos me desecháis, ¿quién me recibirá? Si vos me desamparáis, ¿quién me amparará? Recoged, Señor mío, esta oveja descarriada, que se vuelve a vos (cf. Mt 15,24). Si vengo llagado, vos me podéis sanar; si ciego, vos me podéis alumbrar; si muerto, vos me podéis resucitar; si sucio, vos me podéis alimpiar. *Rociarme heis, Señor, con hisopo, y seré limpio; lavarme heis, y pararme he más blanco que la nieve* (Sal 50,9). Mayor es vuestra misericordia, que mi culpa; mayor vuestra piedad, que mi maldad; y más podéis vos perdonar, que yo pecar. Pues no me despreciéis, Señor, ni miréis a la muchedumbre de mis pecados, sino a la de vuestras misericordias. Vos, que vivís y reináis en los siglos de los siglos. Amén.

Capítulo VI. De los frutos y provechos grandes que se siguen de la verdadera contrición

Estas son, cristiano lector, las oraciones y consideraciones que nos pueden ayudar para esta tan grande gracia de la contrición. Y heme detenido tanto en esta parte por ser esta la llave y el fundamento de todas las otras partes de la penitencia y de todo nuestro bien. Por tanto, estas debe el hombre leer con la mayor devoción, recogimiento y aparejo que le sea posible, en tiempo conveniente y en lugar apartado; porque muchas veces acaecerá que, así como entrando uno en la oración sin devoción, después la viene a hallar, así comenzando a leer alguna oración o consideración destas sin contrición, que en medio de la oración se la den. Porque, así como leemos que el Señor se transfiguró, co- [457] mo escribe san Marcos (cf. Mc 9,2), estando en oración (cf. Lc 9,29), así muchas veces en la oración se hacen grandes mudanzas en las ánimas, dando al fin de la oración lo que al principio no se dio. Por lo cual se dice que *es mejor el fin de la oración, que el principio* (Ecl 7,8)²⁶.

▲ Pues, como [*así que*] el penitente, por estos o por otros cualesquier medios, llega a tener espíritu de verdadera contrición, luego en este punto le es *restituída la gracia del Espíritu Santo*, y el mismo Espíritu le es dado por huésped y por ayo y por gobernador de su vida, para que, como un muy sabio y fiel piloto, le guíe seguramente por medio de las ondas del mar tempestuoso desta vida. En esta misma hora es luego *unido por caridad con Cristo*, como miembro vivo con su Cabeza, para que, estando incorporado con él, se haga participante de las influencias de su gracia y de los méritos y trabajos de su muerte y de su vida santísima. Luego también es *recibido y adoptado por hijo de Dios*, y nombrado por heredero de su reino, y tratado como hijo, tomando Dios dél aquel cuidado y providencia que suele tener de los que así recibe por hijos. Aquí, el Padre piadoso acoge en su casa al hijo desperdiciado, y le manda vestir la primera vestidura de la gracia y darle el anillo de los secretos de la divina sabiduría (cf. Lc 15,22), que es el nuevo conocimiento que se le da de las cosas de Dios, encubiertas a los ojos mundanos.

En esta hora se alegran los cielos y cantan los ángeles alabanzas a Dios, y se hace fiesta en aquella corte soberana por la vuelta del nuevo hermano, y todas las criaturas que se entristecieron por la ofensa del Criador y por la pérdida de su criatura, ahora se alegran y cantan dulcemente *Aleluya* por su nueva reparación. Y, entre todas ellas, el Buen Pastor, que con tanto trabajo buscó su oveja perdida y la trajo sobre sus hombros a la manada, ahora *junta todos sus amigos y vecinos, y les dice: «Gozaos todos conmigo, porque ya hallé la oveja que había perdido»* (Lc 15,6).

Y aquí es de notar que, cuanto es mayor la contrición y humildad del penitente, tanto es disposición para más alta gracia y tanto suele ser víspera de mayor misericordia. Porque, así como en los edificios,

²⁶ «Melior est finis orationis, quam principium» (7,9).

cuando se hacen muy hondos los cimientos, entendemos que la obra ha de ser muy alta, y el árbol que echa más hondas las raíces suele crecer más que los otros, así también, cuando aquel soberano Señor previene al hombre con mayor humildad y arrepentimiento de su mala vida, es señal que lo dispone para más alta gracia.

El juicio y la justicia dice el Profeta que *son aparejo para la silla de Dios* (Sal 88,15)²⁷. Al juicio pertenece examinar la causa, y a la justicia, ejecutar la sentencia. Pues el ánima que hace lo uno y lo otro, que, entrando en juicio consigo misma, reconoce luego humildemente lo que hizo, que fue menospreciar al Criador por el deleite de la criatura; que conforme a esto ejecuta la sentencia, la cual es que quien así deshonoró a Dios se humille y deshonre a sí mismo y se abaje hasta el polvo de la tierra, y el que se deleitó desordenadamente en la criatura se duela y castigue ásperamente por este deleite; este tal se apareja para ser silla de Dios, nuestro Señor, y casa de aquella divina Sabiduría, que quiere hacer en ella su morada.

Dos pies dice san Bernardo que tiene Dios: el uno de temor y el otro de amor²⁸. Y, cuando él quiere entrar en un ánima, primero suele poner el pie del temor, y después, el del amor; y, cuanto es mayor el temor que precede, tanto suele ser mayor el amor que después se sigue. *El Señor* —dice el Profeta— *mortifica y da vida, sepulta en los infiernos y saca dellos* (1 Sam 2,6)²⁹. Porque esta es la condición y estilo común deste Señor: que después que los hombres han llegado a tener tan grande temor y dolor de sus pecados, que les parece estar ya en los infiernos por ellos, los saca misericordiosamente de ahí y los resucita, y les envía tan grande consolación, cuan grande fue la muchedumbre de los dolores en que se vieron.

Por tanto, hermano mío, cuando así te vieres turbado con estas desconfianzas, no por eso desmayes, sino entonces reconoce que te dan una recia purga para que con ella quedes más sano, y que te lavan con una agua fuerte para que quedes más limpio, y que te meten en una fragua muy encendida para que despidas de ti todo el orín de los vicios que se te había pegado. Entonces debes llamar a Dios, con el Profeta, diciendo: *Conmoviste, Señor, la tierra, y conturbástela; sana sus quebrantamientos, pues así fue conmovida* (Sal 59,4)³⁰. Y luego verás en ti lo que el mismo profeta dijo: *La tierra tembló, y sosegoose cuando Dios se levantaba a juicio* (Sal 75,9-10)³¹. Porque, cuando tú mismo, movido por Dios, comenzares a hacer en ti aquel juicio que arriba dijimos, entonces temblará la tierra de tu ánima con el temor y espanto de la justicia divina; pero sosegarse ha después con la paz y confianza que el Señor te enviará de su misericordia. El cual lava las mancillas de las hijas de Sión y quita la sangre de en medio dellas con espíritu de juicio y con espíritu de ardor (cf. Is 4,4); esto es, atemorizando primero el ánima con espíritu de juicio y con el temor de la divina justicia, y consolándola después con espíritu de amor y con la confianza de su divina misericordia. Primero sintió Elías el estruendo y el temblor de tierra, y el torbellino que trastornaba los montes; y después desta tempestad siguióse aquel aire delgado en que venía Dios (cf. 1 Re 19,11-12).

Esta es la orden que comúnmente suele haber en la conversión de las ánimas, que es la misma que nuestro Señor guardó en la santificación del mundo, el cual, primero recibió la ley, y después el Evangelio; conforme a lo [458] cual, primero ha de sentir en sí el ánima la obra y rigor de la ley; después la paz y consolación del Evangelio. La obra de la ley es atemorizar y espantar, como se significó en los temores con que ella se dio en el monte Sinaí; mas la obra del Evangelio es consolar y esforzar, como se hizo cuando ella se dio el día de Pentecostés en el monte de Sión. Pues quien quisiere llegar a este monte ha de pasar por el otro monte; quiero decir, que el que quisiere recibir el espíritu de amor, primero ha de sentir el del temor, y quien quisiere sentir en su ánima la obra y consolación del Evangelio, primero ha de pasar por la obra y temor de la ley. Y al ánima que así está dispuesta se prometen y ofrecen todas las gracias y tesoros del Evangelio, como lo significa el Profeta cuando, hablando en persona del Salvador, dijo: *El espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ungió con su gracia y envió a predicar a los mansos, para que curase a los que tenían quebrantado el corazón, y denunciase a los cautivos redención, y a los encarcelados libertad; para que consolase a*

²⁷ «Iustitia et iudicium præparatio sedis tuæ».

²⁸ Propiamente, «misericordia y juicio» (*super Cantica*, VI,6; *Sermón* 90), o bien, «misericordia y verdad» (*Sermón* 87).

²⁹ «Dominus mortificat et vivificat, deducit ad infernum [o ad inferos] et reducit» (*Cántico de Ana*).

³⁰ «Commovisti terram, et conturbasti eam; sana contritiones eius, quia commota est».

³¹ «Terra tremuit, et quievit. Cum exsurgeret in iudicium Deus, ut salvos faceret omnes mansuetos terræ».

los tristes y diese fortaleza a los que lloran en Sión, y les diese corona por ceniza, y olio de alegría por llanto, y palio de alabanza por el espíritu de su tristeza (Is 61,1.2b-3). Mira aquí por cuántas maneras de metáforas se significan, por una parte, las obras de la ley y de la penitencia, y por otra, las del Evangelio y de la gracia, y cómo las unas se prometen por las otras. Y, por tanto, quien quisiere entrar en el palacio de Cristo y en la celda de los vinos preciosos del verdadero Salomón (cf. Cant 2,4), sepa que la puerta es la amargura de la penitencia y la aflicción de los trabajos; y que, si por otra quisiere entrar, será salteador y ladrón. Sube, pues, hermano, primero con la esposa al monte de la mirra, que es a la amargura del dolor y mortificación, y oirás aquellas palabras que se siguen luego: *Toda eres hermosa, querida mía, y no hay mácula en ti* (Cant 4,7).

Verdad es que algunas veces acaece mudar el Señor esta orden, y prevenir primero a los que quiere traer a sí con bendiciones de dulcedumbre, porque no se retiren afuera y resurtan [*retrocedan*] con los golpes de la desconfianza y con los temores de la penitencia. Mas, después de confirmados y esforzados ya con estas prendas de su misericordia, luego les envía un espíritu de gran dolor, tras del cual se sigue la gracia de la paz y consolación de que arriba tratamos. Esto significó el mismo Señor hablando por el profeta Oseas, diciendo así: *Yo le daré leche a mis pechos, y la llevaré a la soledad, y hablaré a su corazón; y darle he el valle de Acor* —que quiere decir conturbación—, *para abrirle los caminos de la esperanza, y allí cantará de la manera que cantaba en los días de su mocedad* (Os 2,16-17)³². De manera que, primero, se da aquí la leche de la dulcedumbre espiritual, y después el valle de Acor, que es la turbación y amargura de la contrición; y, esto hecho, luego se siguen los cantares de la mocedad, que son las alegrías y alabanzas del ánima que recibe en sí las prendas del nuevo amor y gracia que nuestro Señor le envía como arras de casamiento y primicias de su gloria.

▲ Y es mucho de notar que esta misma orden que aquí habemos declarado, que comúnmente se guarda para hacer mudanza de la vida y subir del pecado a la gracia, esa misma, por la mayor parte, se guarda para subir de una gracia menor a otra mayor; porque, cuando nuestro Señor quiere levantar un ánima a cosas mayores, primero la dispone con gemidos y deseos, temores y dolores, y con aflicciones de espíritu y trabajos de cuerpo, para darle sus dones, queriendo que siempre preceda este invierno lluvioso y tempestuoso al verano florido y fructuoso de sus dones y gracias (cf. Cant 2,11-13); y, cuanto mayores han de ser las gracias, tanto suelen ser mayores las aflicciones y deseos que para esto han de preceder. Por tanto, nadie desmaye ni se desconsuele cuando así se viere; antes esto tome por señal y prenda de las mercedes nuevas que nuestro Señor le quiere hacer.

DE LA SEGUNDA PARTE DE LA PENITENCIA, QUE ES LA CONFESIÓN

Capítulo VII. De siete cosas que se deben guardar en la confesión

Dicho ya de la primera parte de la Penitencia, que es la contrición, digamos ahora de la segunda, que es la *confesión*. Pues el que quisiere acertar a confesarse como debe, cosa que muy pocos saben hacer, después que hubiere proveído lo que está dicho acerca de la contrición, debe guardar las siguientes cosas.

Lo primero, que tome tiempo antes que se confiese para *examinar su conciencia* y traer a la memoria todos los pecados pasados; mayormente, si ha días que no se confesó. En lo cual, como dice un doctor, debe entender con aquel cuidado y diligencia que entendería en un negocio grave y de mucha importancia; pues, a la verdad, este es el más grave e importante de los negocios. Y es esta diligencia tan necesaria, que, faltando ella, si el confesor no supliere esta falta, la confesión sería ninguna; como lo sería aquella donde, a sabiendas, se dejase de confesar algún pecado. Porque, como dicen muchos doctores, todo viene a ser una misma cuenta: o callar de propósito algún pecado en la confesión, o confesarse tan negligentemente y tan sin aparejo, que, por fuerza, se haya de quedar

³² «Propter hoc, ecce ego lactabo eam, et ducam eam in solitudinem; et loquar ad cor eius. Et dabo ei vinitores eius ex eodem loco, et vallem Achor ad aperendam spem; et canet ibi iuxta dies iuventutis suæ» (2,14-15).

alguno. Esta es una cosa que se había de predicar a voces por las plazas, por estar tantas personas en esto tan engañadas, [459] que sin ninguna manera de examen ni aparejo se van a los pies del confesor. Las cuales, demás del sacrilegio que cometen, son obligadas otra vez a confesarse, como si de propósito callaran algún pecado, por la razón susodicha. Porque el olvido en esta parte no excusa, sino acusa, pues no viene por defecto de naturaleza, sino por negligencia notable de la misma persona.

Pues, para no incurrir en estos inconvenientes, debe el hombre, como ya dijimos, aparejarse primero y examinar su conciencia. Y la manera y orden del examen puede ser procediendo por los mandamientos y pecados mortales, mirando en cada uno cuántas veces pecó en él por pensamiento, por palabra o por obra; con todas las circunstancias que en el pecado entrevinieron, cuando son tales, que de necesidad se deban confesar. De lo cual trataremos adelante.

II. Segundo aviso: De confesar el número de los pecados

Lo segundo, tenga aviso, cuando se confesare, de declarar el número de los pecados, conviene saber: cuántas veces cometió tal o tal pecado; porque, si este número no se declarase, no sería la confesión entera. Y, si no se acordare distintamente deste número, a lo menos declárelo en la manera que sea posible, poco más o menos, según que se acordare. Y, si aun desto no puede tener memoria, y es pecado que va a la larga (como una enemistad, o un pecado de carne), declare cuánto tiempo perseveró en él, porque por ahí se puede conjeturar más o menos el número de los pecados que pudo hacer en tanto tiempo. Mas, si es pecado que no tiene esta continuación, sino que se repite muchas veces, como es perjurar, decir mal de los prójimos, o echar maldiciones, y cosas tales, y no se puede acordar de las veces que en esto pecó, a lo menos diga si tenía por costumbre caer en este género de culpas cada vez que se le ofrecía ocasión para ello, o si alguna vez volvía sobre sí y resistía. Porque, ya siquiera por esta vía, entienda el médico la disposición del enfermo, para que le sepa curar.

III. Tercero aviso: De la confesión y de las circunstancias

Y no basta confesar la especie y número de los pecados, sino es también necesario confesar las circunstancias dellos, cuando son tales, que tienen especial repugnancia contra algún mandamiento de Dios o de su Iglesia, o cuando muy notablemente agravan el pecado, aunque no muden la especie dél. Porque, aunque la obra del pecado mortal sea una, puede ir acompañada de algunas fealdades de tal calidad, que de necesidad se hayan de confesar, como si uno hurtase armas para matar a fulano por tomar su mujer. Bien se ve que, aunque esta sea una sola obra, que es hurtar, y, por consiguiente, un solo pecado, porque no es más de una obra, pero esa obra tiene otras dos fealdades anejas, que son querer matar y adulterar, las cuales contradicen a aquellos dos mandamientos: «No matarás», y «No codiciarás la mujer ajena». Y, por tanto, esta manera de circunstancias que así agravan el pecado es necesario que se confiesen.

Mas otra manera de circunstancias, que no son de esta calidad, como es murmurar en la iglesia, o hacer tal pecado en día de ayuno o de fiesta, no es necesario que se confiesen; aunque, de consejo, es muy bien confesarlas, como se confiesan los pecados veniales. Y, porque saber hacer diferencia de las unas circunstancias a las otras es algo dificultoso, por esto pondré aquí las circunstancias que más comúnmente somos obligados a declarar en la confesión.

Primeramente, en los pecados carnales es necesario declarar las circunstancias de la persona con quien pecaste, porque, según son diversas las calidades de las personas, así son diversos los pecados. Porque pecar con soltera es simple fornicación; con casada, adulterio; con doncella virgen, estupro; con parienta, incesto; y con persona religiosa y dedicada a Dios, sacrilegio o adulterio espiritual. Y por esto siempre se ha de declarar la tal circunstancia en este pecado, no sólo cuando se comete por obra, sino también por solo pensamiento y deseo, pues, para con Dios, todo es una manera de pecado.

También en este mismo género de pecados, y en cualquier otro, se ha de declarar la circunstancia del escándalo. Y por escándalo entendemos aquí haber dado ocasión con alguna mala obra o palabra a que otro pecase, como el que solicita a una mujer para que peque, o a un hombre para que juegue, o a otro para que se vengue de su contrario, etc. Y por esto en todos los pecados carnales, demás de lo

dicho, se ha también de declarar si trabajó él por inducir la parte a que pecase, o si la misma parte voluntariamente se ofreció al pecado; porque en lo primero hay escándalo, que es un pecado grave, y en lo segundo, no. Asimismo se debe mirar si, cuando cometió el pecado, lo cometió en tal lugar y delante de tales personas, que, con el mal ejemplo que dio, les fuese ocasión eficaz de hacer otro tanto; como si una persona de autoridad se pusiese a comer carne, sin necesidad, en día vedado, o hacer otro pecado delante de personas que de aquí podían tomar licencia para hacer otro tanto. Porque, en este caso, necesario sería confesar esta circunstancia del escándalo y mal ejemplo que dio. Y esto deberían mirar mucho [460] los señores que tienen tableros y juegos en sus casas, y los padres y madres cuyas obras y palabras son leyes de sus hijos; porque basta hacer los mayores una cosa, para que por el mismo caso los menores la tengan por lícita y honrosa. Matose el rey Saúl con su espada, y como esto vio el paje de la lanza que le seguía, desenvainó él también la suya e hizo otro tanto (cf. 1 Sam 31,4-5), pareciéndole que no hacía mal en hacer lo que hacía su rey, aunque fuese matarse.

La circunstancia también del lugar sagrado algunas veces es necesario declararse; y señaladamente en tres casos, que son: hurto del lugar sagrado, derramamiento de simiente humana, o de sangre humana (cuando lo uno o lo otro se hace con pecado); porque cada cosa destas, por razón del lugar, muda la especie del pecado y lo hace sacrilegio, que es pecado más grave.

También si alguno tuviese hecho voto o juramento de hacer o no hacer alguna cosa (a la cual por otra parte es obligado por especial mandamiento de Dios), como es de no jurar, o matar, o fornicar, etc.; si después hiciese lo contrario desto, sería obligado a declarar la circunstancia del juramento o voto que precedió, porque esta hace que lo que era pecado por una razón lo sea también por otra.

IV. Cuarto aviso: De cómo no se ha de confesar más que la especie del pecado

El cuarto aviso es que, cumplido lo que está dicho acerca del número y circunstancias de los pecados, en lo que resta no se ha de confesar más que la especie sola del pecado, que es el nombre que tiene de *hurto*, *odio*, *adulterio*, o cosa semejante. De lo cual se infiere, primeramente, que no hay necesidad, para declarar un pecado, de contar toda una historia, sino basta decir el nombre del pecado y cuántas veces lo cometió, sin contar la historia de cómo pasó. Lo cual, si entendiesen bien los penitentes, podrían muy limpia y brevemente confesarse de infinitos pecados, reduciéndolos todos a sus especies, y diciendo: «Mil veces hurté, o maté, o adulteré», etc. Y, para saber hacer esto, mire el hombre —cuando quiere contar una historia destas— la causa o causas porque la cuenta, que es para acusarse de algunas cosas malas que entrevinieron en ella, y entresaque éstas de todo el cuerpo de la historia y acúcese dellas, y así acertará a acusarse como conviene. Mas, si todo no supiere hacer, acúcese como supiere, porque **Dios no pide a nadie más de aquello que sabe y puede hacer**.

De aquí también se infiere que no es necesario explicar por menudo los modos y maneras en que se cometió el pecado, mayormente cuando es carnal, sino basta declarar, como dijimos, la especie sola dél. Y, aunque esta materia sea torpe, todavía para tratar del remedio de nuestras torpezas será necesario meternos un poco en este cieno y ofender algún tanto las orejas limpias, declarando esto más en particular. Para cuyo entendimiento es de saber que un pecado deshonesto se puede cometer, o por pensamiento, o por palabra, o por tocamiento, o por obra consumada. Si fue por obra consumada, basta decir el nombre de la obra, como es: «Cometí adulterio, o incesto, o simple fornicación, tantas veces», sin declarar aquellas particularidades que se entienden entendida la especie de la obra. Si fue por tocamiento, basta decir: «Toqué deshonestamente tantas veces a tal manera de persona», sin añadir otras particularidades, si del tocamiento no se siguió alguna cosa que mudase la especie deste pecado. Si fue por pensamiento, basta decir: «Tuve un pensamiento deshonesto, y consentí, o deleíteme, o detúveme en él», sin decir «pensé tal o tal cosa», como algunos hacen, con grande vergüenza suya y sin necesidad del Sacramento. Todas estas son cosas tan claras y manifiestas, que sería demasiado tratar dellas, si no viésemos que se hacía lo contrario. Mas hay algunos hombres tan rudos, que en medio del día claro han menester candela para ver. Ni los escrupulosos deben querer explicar de otra manera sus pecados, porque basta explicarlos de la manera que los doctores dicen que basta, y con esto se deben contentar, pues no son obligados a más.

V. Quinto aviso: De la manera de confesar los pecados de pensamiento

Y, porque hay especial dificultad en confesar los pecados del pensamiento, declararé también sumariamente cómo esto se haya de hacer. Para cuyo entendimiento es de saber que con un mal pensamiento se puede el hombre haber en una de cuatro maneras, conviene saber: o desechándolo de sí con presteza, o deteniéndose algún tanto en él, o determinando ponerlo por obra, o a lo menos queriendo de propósito estarse deleitando en él.

En lo primero, claro está que no hay culpa, sino merecimiento y corona; y por eso no hay que confesar. Y, aunque el combate del pensamiento durase todo el día, si todavía el hombre resiste fuertemente, no hay aquí pecado, sino corona y merecimiento.

En lo segundo hay pecado venial, más o menos grave, según fue mayor o menor el detenimiento. Y la manera de confesar este pecado es diciendo: «Acúsome que tuve un pensamiento deshonesto, o de ira, o de odio, etc., y no lo deseché de mí tan presto como debía, sino antes me detuve algún tanto en él».

[461] En el tercero, que es cuando tuvo consentimiento y determinación de poner el mal pensamiento por obra, aunque no lo pusiese, claro está que hay pecado mortal, y de la misma especie que sería la obra. Porque, como dicen los teólogos, la obra exterior ninguna cosa esencial añade a la interior.

En el cuarto, que es cuando uno se quiere estar o se deja estar pensando y deleitando en un mal pensamiento, como de una venganza o de una deshonestidad, aunque no tenga intención de ponerla por obra, también hay pecado mortal, el cual llaman los doctores *delectación morosa*, que es, como suelen decir: «Si no bebo en la taberna, huélgome en ella»; que es un linaje de pecado en que, por la mayor parte, suelen caer personas viciosas y desalmadas, y amigas de deleites sensuales. Porque, aunque esto no sea consentir en la obra del pecado, es consentir en el deleite della, y ponerse en manifiesto peligro de consentir en ella. Esto se entiende cuando el hombre ve lo que piensa, y no lo despide de sí. Porque, si cuando esto advierte, trabaja por sacudir de sí esta llama, ya esto no será pecado mortal, porque no advirtió lo que pensaba; mas será venial, porque debería estar más sobre aviso para advertirlo. Y esta manera de pecados puede acaecer en todo género de pecados mortales; aunque más ordinariamente acaece en pecados de carne, y de odio, y deseos de venganza, que comúnmente son más encendidos y pegajosos que los otros.

En este pecado suelen comúnmente caer las personas viciosas y deshonestas, las cuales, cuando no tienen aparejo para cumplir sus malos deseos, hacen eso que pueden, que es revolcarse con el pensamiento en el cieno de la delectación; mayormente cuando, o por su honra o por su encerramiento, tienen tomadas las puertas para obrar mal.

Asimismo están muy a peligro de caer en este pecado las personas tocadas de la afición deshonesto de otra persona, por la gran fuerza que tiene esta afición para tiranizar el corazón y llevarlo tras sí y tenerlo fijo en la cosa que ama. Y por esto no hay cosa más peligrosa, que dar entrada a una afición destas, porque es meter en casa un cruelísimo tirano, un destruidor de la inocencia y un despertador y causador de infinitos pecados. También están a peligro de caer en este vicio los que andan muy encendidos en tratos de casamientos, porque, aunque los deleites de los casados sean lícitos cuando son casados, mas no antes que lo sean; porque el deleite está presente, y el casamiento, por venir, el cual por muchas vías se puede impedir; y por esto no es lícito el deleite en aquel tiempo que se recibe.

Pues, entendidas estas cuatro diferencias de pensamientos, fácil cosa será saber acusarse de ellos, declarando el penitente si se detuvo, o si consintió, o si se deleitó morosamente en el mal pensamiento.

VI. Sexto aviso: De guardar la fama del prójimo

El sexto aviso sea que el penitente trabaje por guardar la fama del prójimo, confesando de tal manera sus pecados, que no descubra los ajenos, ni nombre a nadie por su nombre, sino diga: «Pequé con cierta persona casada, o soltera», etc. Y, si la circunstancia de la persona fuere tal, que por ella entenderá el confesor quién era, debe entonces buscar otro confesor que esto no entienda, por excusar

esto. Lo cual, si no le fuere posible, entonces (siendo el confesor persona tal) bien puede decir esta circunstancia; porque esto no es propiamente infamar, sino declarar el pecado.

Asimismo tenga aviso que ni excuse sus pecados, ni ponga más en ellos de lo que hay, ni lo dudoso diga por cierto, ni lo cierto por dudoso; sino cada cosa ponga en su lugar, sin desviarse de lo que es.

El último aviso sea que, para mayor cumplimiento de todo lo dicho, trabaje por tener tan buen médico para su ánima, como lo buscaría para su cuerpo, si estuviese enfermo, pues en esto va tanto más. Porque buscar confesor ignorante es buscar una guía cierta para el infierno; pues, como dice el Salvador, *si un ciego guía a otro ciego, ambos caen en el hoyo* (Mt 15,14)³³. Y los que esto no hacen, no carecen de grandísimo peligro, porque, como dice san Crisóstomo, «no se pueden excusar por ignorancia los que tuvieron aparejo para hallar si tuvieran gana de buscar»; porque, si la verdad es salud y vida de los que la conocen, no es razón que ella busque a nadie, sino que ella sea buscada de todos.

Capítulo VIII. De los casos en que la confesión es ninguna, y se debe iterar

Y, para que más claramente se vea lo que importa cada cosa de las susodichas, será bien contar aquí sumariamente los casos más comunes en que la confesión es ninguna, y así es muy necesario confesarse otra vez. Entre los cuales, el primero es cuando el penitente mintiese en la confesión en materia de pecado mortal. El segundo, si de propósito callase algún pecado mortal. Esto se entiende cuando la persona tenía lo que así calló por pecado mortal; porque, si no lo tenía por tal, y después entiende que lo es, basta que se acuse desto, sin que vuelva a repetir la confesión. Y, aunque la ignorancia fuese tal, que no excusase de cuando aquello se hizo, todavía bastará para excusar desta nueva obligación. El tercer caso es, si habiendo días que no se confesó, no examinó su conciencia para [462] haberse de confesar; porque en este caso el olvido no excusa, sino acusa más al penitente, como arriba se declaró. El cuarto es cuando el penitente no tiene propósito de salir del pecado en que está, como es el de la enemistad, o deshonestidad, o otro cualquier pecado en que vive; o cuando no quiere restituir lo que debe. El quinto es cuando está descomulgado y no procura primero la absolución de la excomunión. El sexto es cuando el confesor es ignorante, no siendo letrado el penitente y habiendo cosas graves que deslindar en la confesión; porque en este caso no puede dejar de haber yerros que tengan necesidad de otra cura mejor, como arriba se dijo.

Y es de notar que en cualquiera destes casos en que es necesario reiterar la confesión, si esto se hiciere con el mismo confesor, no es necesario volver a decir todos los pecados que ya dijimos, si él tiene memoria dellos, sino basta decir: «Acúsome de todos aquellos pecados que tal vez os confesé, y, allende desto, de tal o tal culpa, por donde ahora soy obligado a iterar esta confesión».

Y, porque muchos podrán con razón temer si por ventura habrá habido algún defecto de los sobredichos en sus confesiones pasadas, por esto me parece muy sano consejo que una vez en la vida haga el hombre una confesión general muy bien hecha, para barrer con ella todas estas negligencias, y de ahí adelante mirar por sí con mayor cuidado.

Ahora será bien, para socorro de la memoria, que pongamos aquí un breve *Memorial de los pecados*, para que por él más fácilmente pueda el penitente examinar su conciencia y aparejarse para este Sacramento; que es el primero de los avisos que arriba señalamos. Pero esto será no desenterrando infinitas maneras de pecados exquisitos, como algunos hacen, sino discurriendo por los más comunes y ordinarios que suelen acaecer.

³³ «Cæcus autem si cæco ducatum præstet, ambo in foveam cadunt».

Memorial de los pecados

Acusaciones para el principio de la confesión.

¶ Primeramente, acúcese de no venir tan aparejado a este sacramento de la Penitencia, como debiera, que es no traer aquel dolor y arrepentimiento de sus pecados, ni aquel propósito tan firme de apartarse dellos, como debiera traer. • De no traer tan examinada la conciencia y tan pensados sus pecados, como debiera. • De no haber tenido el día de la Comunión aquel recogimiento que debiera, así antes como después della. • De no haber cumplido tan presto con tanta devoción la penitencia que le dieron. • De no haber cumplido tan enteramente lo que el confesor le mandó. Y aquí será bien explicar si en particular le mandó restituir algo, o cumplir algún voto, o apartarse de algún pecado, o de alguna peligrosa ocasión, que no cumpliese. Esto se debe decir, porque el confesor sepa mejor cómo se deba haber en esta parte con el penitente. • Después desto, comience a acusarse de los pecados por la orden siguiente.

Primer mandamiento. *Honrarás a Dios sobre todas las cosas.*

¶ Por cuanto, como dice san Agustín, Dios es honrado con las tres virtudes teologales, que son fe, esperanza y caridad, aquí conviene tratar de las obras que contra estas tres virtudes hubiere hecho. Y, conforme a esto, se acuse el penitente, primero, acerca de la fe, si dudó en algún artículo de la fe; porque el que duda en la fe es infiel. • Y, ya que no dudase, a lo menos si vaciló o titubeó algún tanto en las cosas della. Esto es venial. • Si se puso a querer escudriñar con curiosidad las cosas de la fe. • Si cree en sueños, agüeros, suertes o hechicerías, o usó de alguna cosa destas. • Si da crédito, o trae consigo nóminas supersticiosas con figuras y nombres oscuros y no conocidos. • Si hizo algunas devociones para algún mal fin, o vano, como para que alguien muriese, etc.

¶ Acerca de la blasfemia, que toca a la fe, acúcese si blasfemó de Dios o de sus Santos. • Si se indignó contra Dios, o mormuró, o se quejó dél por los trabajos que le da; como si no fuese justo, o misericordioso, etc. • Si con esta indignación se deseó la muerte y la pidió, o dijo a Dios que no le agradecía la vida que le daba, etc.

¶ Acerca de la esperanza, mire si en los trabajos y adversidades que le vienen tiene aquella confianza en Dios nuestro Señor que debe tener, acompañada con aquel esfuerzo y consolación que la confianza viva ordinariamente trae consigo. • Si, por el contrario, puso toda su confianza en las criaturas y en los favores y valías del mundo. • Si desconfió de alcanzar perdón de sus pecados o enmienda de su vida. • Si, por el contrario, con la confianza del perdón dellos perseveró en mala vida, o dilató la penitencia para la vejez o para la hora de la muerte.

¶ Acerca de la caridad, acúcese si no amó a Dios sobre todas las cosas con todo su corazón y ánima, como es obligado. • Si todas las obras buenas que hace las hace por algunos intereses o por algunos respetos humanos, más que por amor de Dios. • Si tiene cuidado cada día de encomendarse a Dios. [463] • Si le da gracias por los beneficios que dél ha recibido. Y principalmente por lo haber criado y redimido y hecho cristiano, no moro ni hereje, etc. • Si sabe las oraciones de cristiano y doctrina cristiana. • Si persigue a los siervos de Dios, y a los que se confiesan o comulgan o rezan; y si escarnece o murmura dellos. • Si se puso en peligro de ofender a Dios, haciendo cosa que dudaba si era pecado mortal.

Segundo. *No jurarás el nombre de Dios en vano.*

¶ Si juró mentira, sabiendo que lo era, o dudando si lo era, o no mirando bien si era verdad lo que juraba. • Si juró prometiendo alguna cosa lícita, la cual no cumplió, o no tenía intención de cumplir cuando la juró. • Si juró amenazando a sus criados, sin intención de hacer lo que juraba, también esto es mortal; pero, si después le pareciese que era mejor perdonar y usar de misericordia, más que de rigor, no será obligado a cumplir. • Si juró, amenazando a los que no eran sus criados, de hacer cosa

que fuese pecado mortal, es mortal. • Si juró de no hacer algún bien, como emprestar, o fiar, o visitar, o predicar, etc., el cual juramento no obliga; como ni el siguiente. • Si, por el contrario, juró de hacer algún mal. • Aquí también se acuse de los juramentos de maldiciones, que son muy comunes, así como «tal o tal cosa me venga o me acontezca»; si por ventura ha caído en ellos. • Si fue causa de que alguno jurara falso o de no cumplir el juramento lícito que juró. • Si tiene por costumbre jurar a menudo; lo cual es cosa muy peligrosa, por el peligro en que vive de jurar algunas veces mentira. • Si deja de reprehender a sus hijos o criados cuando les ve jurar muchas veces.

¶ Acerca de los votos, si quebrantó algún voto o si dilató mucho el cumplimiento dél. • Si hizo voto de hacer algún mal o de no hacer algún bien; ninguno de los cuales votos obliga. • Y mire bien, si le conmutaren algún voto, que sea con gran prudencia.

Tercero. Santificarás las fiestas.

¶ Si quebrantó las fiestas, haciendo o mandando hacer obras serviles en ellas, si no fuese poca cosa. • Si dejó de oír misa entera en los tales días, sin causa legítima. • Si está en la misa y en los oficios y en los lugares sagrados con aquella devoción y reverencia que debe, o si está allí mirando, o hablando, o riendo, o mormurando, como no debe. • Si no procuró que sus esclavos, criados e hijos la oyesen. • Si gastó todo el día de la fiesta en juegos y vanidades. • Si fue negligente en oír los sermones. • Si estando descomulgado asistió a los oficios divinos o recibió algún Sacramento.

Cuarto. Honrará padre y madre.

¶ En este mandamiento se trata, lo primero, del cuidado que tienen los hijos de sus padres, y los padres, de sus hijos. Lo segundo, del que tienen los siervos de sus señores, y los señores, de sus siervos. Lo tercero, del que tienen los prelados de sus súbditos, y los súbditos, de sus prelados. Lo cuarto, del que tiene la mujer de su marido, y el marido, de su mujer. Lo quinto, del que tienen los yernos para con sus suegros, y los suegros para con sus yernos. Porque todo esto va casi por una misma regla. Y aquí también conviene examinar cómo se ha habido el hombre con los ancianos y con los bienhechores. • Pues conforme a esto, examine primeramente el hijo si despreció o desacató o maldijo a sus padres. • Si los desobedeció en cosas justas. • Si no los socorrió en sus necesidades. • Si se deshonoró o afrentó de sus parientes, por ser bajos o pobres. • Si no cumplió los testamentos de sus padres. • Si les deseó la muerte, por heredarlos.

¶ También miren los padres si tienen cuidado de sus hijos, conviene saber: de les enseñar las oraciones y doctrina cristiana. • Ítem, de los reprehender y castigar, cuando no hacen lo que deben, o andan en malas compañías. • Ítem, de los ocupar en alguna cosa, porque no anden ociosos y vagabundos. • Si los tratan con sobrado regalo y los crían en sus voluntades, dejándoles cumplir todos sus apetitos. • Lo mismo han de mirar los señores para con sus criados y esclavos, por la misma orden. • Y, allende desto, miren si los proveen competentemente de lo necesario. • Ítem, si tienen cuidado de los curar y sacramentar en sus enfermedades. • Ítem, si los dejan estar amancebados, o en otro pecado mortal, pudiéndolo remediar.

¶ Entre suegros y yernos o nueras, se mire si hay pasiones, o malas palabras, o desearse las muertes por herencias, etc.

¶ Entre casados, mire el marido si trata mal a su mujer, de palabra o de obra, o no la provee de lo que es necesario. • Ítem, si la mujer trata mal a su marido, desobedeciéndole, injuriándole o dándole motivo para perder la paciencia y poner la boca en Dios. [464] • Ítem, si es celoso, sin haber causa para serlo.

¶ El súbdito mire si desobedeció a sus mayores, o a las leyes o mandamientos puestos por ellos. • Si los despreció en su corazón. • Si mormuró y se quejó dellos. • Si juzgó temerariamente sus cosas a mal fin, diciendo que las hacen por pasión, o por interese, o por otros respetos humanos. • Si desacató por palabra o obra las personas constituidas en dignidad.

¶ Si despreció o no honró los viejos, o si escarneció o hizo burla dellos. • Si fue ingrato a sus bienhechores, olvidándose de sus beneficios, o lo que peor es, dándoles mal por bien.

Quinto. No matarás.

¶ Cuanto al ánima, mire primeramente si mató espiritualmente a su prójimo, incitándole o dándole consejo o ocasión para pecar mortalmente, que es pecado de escándalo. • Si le acompañó, o dio favor o ayuda para algún maleficio.

¶ Cuanto al cuerpo, si mató o procuró o deseó la muerte a su prójimo, o se la pidió a Dios. • Si tuvo odio formado contra alguno, o deseando tomar dél venganza; y cuánto duraría en este odio. • Si tiene quitada la habla a alguno, con escándalo de los prójimos. • Si anda en bandos, o los favorece. • Si amenazó a otro (que no fuese su criado) con malas palabras. • Si no quiso perdonar (a lo menos en el fuero de la conciencia) a quien humildemente le pidió perdón. • Si, habiendo ofendido a otro por palabra o por obra, no le quiso pedir perdón, por sí o por tercera persona, o no satisfizo bastantemente por la ofensa hecha.

Sexto. No fornicarás.

¶ Dado que en todos los pecados se pueda pecar por pensamiento, por palabra o por obra, pero en este más expresamente suele acaecer esto, que en cualquier otro. • Y de cualquier manera destas tres que se peque, se ha de declarar la calidad y circunstancia de la persona con quien pecamos, como arriba se declaró.

¶ Pues, según esta orden, acerca de los pensamientos, acútese si fue negligente en resistir con presteza a los pensamientos deshonestos. • Si consintió en ellos, deseando ponerlos por obra, si pudiera. • Si se deleitó morosamente en ellos, viendo lo que hacía.

¶ Acerca de las palabras, si habló palabras torpes y deshonestas, deleitándose en las tales pláticas. • Si por palabra o por escrito, o por tercera persona, solicitó a pecar.

¶ Acerca de las obras, si pecó en este pecado por obra consumada. • Si pecó por obras no consumadas, como son tocamientos deshonestos consigo o con segunda persona. • Si cayó o procuró alguna polución voluntaria, o si cayó en ella entre sueños. De lo cual se ha de juzgar según la causa precedente, y según el pesar o placer siguiente. • Si hizo cosas para provocar a otros a este pecado, como es afeitarse [*adornarse*], vestirse, ponerse en lugares o ventanas para ser vista, o cosa semejante. • Si, por dádivas o promesas, falsas o verdaderas, o por otros algunos medios, procuró violar la castidad ajena. • Si no se quiso apartar de las ocasiones, como son compañías o conversaciones peligrosas, o cohabitación de las puertas adentro, que es la mayor de todas las ocasiones. • Si lee por libros deshonestos, que le puedan provocar a mal. • Si no se armó con ayunos, o oraciones, o sacramentos, o otros remedios espirituales, cuando se vio muy tentado deste vicio.

Casados. ¶ Entre los casados, si pagan uno a otro el débito de la justicia matrimonial. • Si por alguna vía procuran impedir el fruto de la generación. • Si guardan la orden y uso natural. • Si hay alguna polución fuera dél. • Si conoció parienta de su mujer dentro de los grados prohibidos, es impedimento que dirime el matrimonio, si esto aconteciese antes; pero, si fue después, no puede pedir la deuda del matrimonio, sin dispensación del prelado.

Séptimo. No hurtarás.

¶ Si tomó alguna cosa ajena por engaño, rapiña, usura o simonía. • Si retiene alguna cosa ajena contra la voluntad de su dueño, y no se la restituye. Y no basta tener propósito de restituir adelante, si con efecto no restituye luego, aunque sea cortando por alguna cosa de las que pertenecen a la decencia de su estado; mayormente cuando el acreedor padece grave daño. • Si retiene la paga de sus criados o trabajadores o mercaderes, contra la voluntad dellos. • Si no restituye alguna cosa que hallase o viniese a sus manos sin saber cómo era.

[465] ¶ Si comprando o vendiendo hizo algún engaño, o en la mercancía, o en el precio, o en el peso, o medida. • Si compró de quien no podía vender, como son esclavos, o menores, etc. • Asimismo, si tomó dellos alguna cosa que no podían dar. • Si por sola razón de vender fiado, vendió la cosa por más del justo precio, no habiendo otra causa legítima para ello, a juicio del prudente confesor. • Si trata en compañía de otro a pérdida o ganancia; pero salvo siempre el principal. • Si en el juego hizo engaños, y ganó con ellos. • Si jugó cantidad excesiva a su estado. • Si jugó con menores lo que ellos no podían jugar. • Si en el juego juró o peleó o dijo malas palabras, etc. • Si hizo bien y fielmente el oficio de que tenía salario, ora sea trabajador, o depositario, o mayordomo, o guarda, o oficial de algún señor; porque este tal será obligado a los daños que nacieron de su descuido. • Si el que ha de distribuir oficios públicos, o beneficios, o algunas otras cosas, es aceptador de personas, dándoles por respetos humanos, y no conforme a las leyes de la justicia distributiva. • Si por su voto se dio algún oficio o beneficio a personas indignas. • Si no pagó los diezmos a la Iglesia.

Octavo. *No levantarás falso testimonio.*

¶ Este mandamiento tiene dos grandes ramos. En uno están los pecados que se hacen en los juicios, por parte del juez, y de los procuradores, y de los testigos, y del actor [*demandante*], y el reo [*demandado*]. En el otro ramo entran las infamias, detracciones, mormuraciones, sospechas, mentiras y lisonjas. • Cuanto a la primera parte, considere el penitente si es juez, o procurador, o testigo, etc., y conforme a esto se acuse de lo que toca a su oficio. • Cuanto al segundo ramo, primeramente mire si levantó algún falso testimonio. • Si la mujer, con celos o con ira, pone boca en otra diciendo que es mala mujer, o inducida para obras deshonestas, o hechicera; o ladrona, cuando le falta alguna cosa de su casa; porque esto también es falso testimonio cuando se dice con poco fundamento. • Si dijo mal de alguno con mala voluntad y con intención de le hacer mal, que se llama detracción. • Si dijo de alguno delito grave y secreto, con que la persona quedase infamada, aunque no lo diga con la intención de le hacer mal. Y, dado caso que sea verdad lo que dice, todavía está obligado a restituir la fama que quitó. • Si oyó de buena gana al que detraía de su prójimo, o le ayudó a eso. • Si dijo el mal que de otro había oído, con liviandad. • Si no defendió la fama del prójimo cuando le infamaban, sabiendo que era inocente. • Si mormuró de vidas ajenas. • Si escarneció o mofó de los defectos naturales o morales de sus prójimos. Si juzgó temerariamente los dichos o hechos del prójimo, echando a mala parte lo que se podía hacer a buena. • Y si, lo que peor es, dijo a otros por cosa cierta lo que él juzgó en su corazón. • Si es sospechoso, tomando ocasión de cualquier cosa liviana para sospechar mal. • Si sembró discordias entre los prójimos, revolviendo unos con otros, diciendo las culpas de los unos contra los otros; de donde se suelen seguir grandes odios. • Si dijo alguna mentira en perjuicio o en provecho del prójimo, o de otra alguna manera. • Si con información falsa alcanzó lo que por derecho no podía. • Si descubrió el secreto que le fue encomendado. • Si abrió cartas ajenas.

Nono y décimo mandamiento quedan preguntados en el sexto y séptimo mandamiento, arriba tratados.

De los siete pecados capitales

[Primero.] *De la soberbia.*

¶ Soberbia es apetito desordenado de la propia excelencia. Es pecado de que otros muchos proceden, entre los cuales son los principales vanagloria, ambición, presunción, jactancia y hipocresía. Pues conforme a esto se podrá acusar de cada una destas especies por la forma siguiente.

¶ Acerca de la vanagloria, mire si se glorió en cosas malas, como en se haber vengado, o apaleado a otro, o deshonrádolo, etc. • Si se glorió en cosas vanas e indignas de gloria, como la hermosura de rostro, gentileza de cuerpo, atavíos de la persona, acompañamientos de criados, riquezas, linaje, o otras cosas semejantes, que son de poca substancia. • Si se glorió vanamente en cosas buenas y dignas

de gloria, como son virtud, sabiduría, prudencia, habiendo de dar gloria destas cosas a Dios. • Si se glorió en lisonjas o loores humanos, tomando en ellos contentamiento demasiado, y no dando a Dios la gloria de todo.

¶ Acerca de la ambición, si es ambicioso y deseoso de honra y gloria demasiadamente, y hace lo que no debe por ella. • Si es tan temeroso de ignominia o infamia, o de ser mal quisto, que, por huir destes inconvenientes, hace lo que no debe, o deja de hacer lo que debe. • Si por miedo de lo que podrían decir, deja de hacer algunas cosas buenas, como es confesar, comulgar, ir a misa, tratar con los buenos, etc.

¶ Acerca de la presunción, si presume vanamente de lo que no es, teniéndose por más virtuoso, letrado, prudente y noble, de lo que es. • Si presume mucho de lo que es, y no dando de ello la gloria a Dios. • Si confía mucho en su propio parecer, saber y virtud. • Si por esta causa no recibe consejo, o corrección, o castigo de otro. • Si por la misma causa defiende sus culpas manifiestas, buscando excusas en los pecados. • Si, por no quedar vencido, porfía contra lo que entiende ser verdad y razón. • Si ha despreciado a otros y teníolos en poco, diciendo algunas palabras en desprecio dellos. • Si con esta presunción rió y escarneció de las ignorancias o faltas ajenas.

¶ Acerca de la hipocresía, si procuró de parecer lo que no es, o más santo de lo que es, para ganar vanamente honra de bueno entre los hombres.

¶ Acerca de la jactancia, si se jactó o alabó a sí o a sus cosas vanamente. • Si se loó del algún pecado que hiciese, como es haber deshonrado alguna mujer, o de haber injuriado y maltratado a otro. • Si se alabó de lo que no hizo, mayormente siendo pecado, por parecer hombre de valor o ser tenido en más.

Segundo. Avaricia.

¶ Si es avaro o escaso, o atesoró sin causa razonable. • Si, por el contrario, es pródigo y desperdiciador. • Si gasta más de lo que tiene, por lo cual viene a ponerse en necesidad y faltar en las obligaciones de su casa, y no proveer a sus criados y hijas, o meterlas monjas por fuerza. • Si tiene grande y desordenada afición al dinero, por donde se olvida de Dios y de las cosas de su ánima, por servir desordenadamente a las cosas de la hacienda. • Si deseó la muerte a alguno por alguna herencia o provecho que dél esperaba.

Tercero. Lujuria.

¶ De esta se dijo ya en el sexto mandamiento.

Cuarto. Ira.

¶ Acerca de la ira, mire primeramente si consigo mismo tuvo ira, deseándose o pidiéndose la muerte. • Si con ira o rabia puso las manos en sí mismo. • Si se ofreció al demonio, o echó maldiciones o plagas sobre sí.

¶ Para con su prójimo, si tuvo ira o indignación contra su prójimo, sin causa. • Si le dijo palabras de ira y desentonadas. • Si le dijo palabras injuriosas, como «ladrón, borracho, necio», etc.; no siendo su criado o esclavo, es mortal. • Si le dijo con ira las faltas o culpas en que había caído, por le afrentar. • Si con la misma ira dijo las mismas palabras o descubrió las mismas culpas en ausencia de la persona. • Si echó maldiciones o ofreció a los demonios las criaturas de Dios, o pidió peticiones contra ellas, ora sean sus criados, ora no; aunque sea diferente la una culpa de la otra. • Si es porfiado y colérico, rencilloso o desentonado en sus palabras y porfías. • Si puso por obra la ira del corazón, poniendo las manos en otro.

Quinto. *Gula.*

¶ Si quebró los ayunos de la Iglesia. • Si comió carne en días vedados, sin causa suficiente. • Si comió tan excesivamente, o tales majares, que hiciese daño a la salud. • Si come o bebe mucho, o muchas veces, con mucha golosina y apetito. • Si es muy amigo de manjares preciosos y curiosamente aparejados, y gasta en esto largo.

Sexto. *Envidia.*

¶ Si deliberadamente tuvo pesar del bien ajeno, o de que otro le llevase la ventaja; como, si es cortesano, de que otro prive más que él, o sea primero, o mejor despachado que él, etc. • Si se alegró del mal de su prójimo o de le ver caído de su honra. • Si dijo mal dél por deshacer en su persona y fama, y hacer la suya propia a costa ajena. • Si descubrió alguna falta encubierta dél, para que, publicados sus defectos, no sea tan estimado. • Si por esta causa le pesó cuando oyó decir bien dél.

Séptimo. *Acidia.*

¶ Si por pereza dejó de hacer buenas obras, como es oír misa, rezar; mayormente cuando eran cosas de obligación. • Si hace las obras de Dios fríamente, y con tibieza y negligencia. • Si es inconstante en desistir de los buenos propósitos que propone, y dejar sus devociones y santos ejercicios por cualquier ocasión. • Si los anda dilatando de día en día. [467] • Si duerme más de lo necesario. • Si gasta mal su tiempo en pensamientos derramados, palabras ociosas y obras infructuosas. • Si con las adversidades y trabajos se entristece demasiado. • Si, por el contrario, se levanta y ensoberbece demasadamente con las prosperidades, favores y buenos sucesos, no dando por eso la gloria a Dios.

De las obras de misericordia

¶ Acerca destas, se acuse primeramente si fue negligente en las obras de misericordia espirituales, especialmente, en dejar de aconsejar o avisar o reprehender a las personas a que pudiera aprovechar con algo de esto; mayormente a las que él tenía obligación. • Si, cuando esto hizo, lo hizo con tanta ira y tan poca moderación, que hiciese más daño que provecho. • Si se compadece de tantas calamidades y herejías y males como hay hoy en el mundo, y si ruega a Dios por ellos.

¶ Acerca de las obras de misericordia corporales, mire si ayuda a sus prójimos en sus trabajos y necesidades, y si hace limosna a los pobres, conforme a su posibilidad. • Si se enfada con ellos, o mormura dellos, o les da malas respuestas, como importunado dellos, o hace burla de ellos.

De otras acusaciones más particulares

¶ Después destas acusaciones, que son comunes a todo género de personas, hay otras especiales que pertenecen a tales o tales maneras de estados o personas, como son obispos, curas de almas, clérigos, religiosos, mercaderes, médicos, procuradores, jueces, testigos, señores de vasallos, padres de familias, y otras semejantes; las cuales se deben acusar, después de estas acusaciones generales, de lo que toca a las obligaciones de sus estados y oficios. Y así los prelados y curas de almas se deben acusar de la falta de residencia y cuidado que tienen de apacentar sus ovejas con doctrina, ejemplo y oración. • Lo clérigos, de su rezar y celebrar. • Los religiosos, de sus votos y de las obligaciones de su Orden. • Los jueces, si por respetos humanos o sobornos torcieron la justicia, o la dilataron, etc. • Los procuradores, si defendieron causas injustas, o procuraron dilatarlas, o no pusieron diligencia en estudiarlas. • Los reos, o actores, si traen demandas injustas, o procuran dilatarlas contra justicia, o esconden o rompen escrituras que la declaran, o pervierten los oficiales con sobornos, favores o adherencias. • Los testigos, si juran llanamente la verdad, y sin cautelas, y calumnias, etc. • Los

mercaderes se acusen de los tratos ilícitos en que tratan, y de las compras y ventas injustas, etc. Y así todos los demás, cada uno en su estado.

Avisos generales para conocer cuál sea pecado mortal y cuál venial

En todas estas maneras de pecados que aquí se han apuntado convenía declarar lo que era pecado mortal y lo que venial, pues nos consta que el pecado mortal somos obligados a confesar de necesidad, mas no el venial, sino por voluntad. Mas, porque esto no se puede bien declarar en pocas palabras, bastará por ahora dar algún aviso general para esto, remitiendo lo demás al juicio del prudente confesor.

Pues, para conocer cuál sea pecado mortal y cuál venial, se suelen poner las dos reglas siguientes. La primera, y muy general, es que todo aquello que es contra caridad es pecado mortal; y por caridad entendemos amor de Dios y del prójimo. Pues, según esto, todo lo que fuere contra la honra de Dios o bien del prójimo, en materia grave, será pecado mortal; como es hacerle daño en su honra o en su hacienda o en cosa semejante. Porque esto apaga la caridad, en la cual consiste la vida espiritual del ánima. Y, por esto, con razón se llama pecado *mortal*, porque quita la vida espiritual. Mas lo que no es contra caridad, sino fuera della, es pecado venial, como son palabras ociosas que a nadie hacen daño, o alguna vanagloria, o ira, o pereza, o gula —que es comer más de lo necesario—, o cosa semejante.

La segunda regla más especial es que todo lo que es contra alguno de los preceptos de Dios o de su Iglesia es pecado mortal. Como lo que se hace contra el precepto que dice: «No hurtarás», o «No fornicarás», etc.; o contra el mandamiento de la Iglesia que manda pagar diezmos, o confesarse una vez al año y comulgar por Pascua florida, etc.

Mas aquí es mucho de notar que, lo que de su naturaleza es pecado mortal, puede ser venial por una de dos vías: o por ser la cosa poca, como quien hurtase un racimo de uvas o cosa semejante, o por ser la obra imperfecta, por faltarle entero consentimiento y deliberación, como puede acontecer en los malos pensamientos no consentidos, pero mal resistidos, donde, lo que de suyo era pecado mortal, por la imperfección de la obra no es más que venial.

También aquí se ha de considerar que hay tres maneras de preceptos. Unos son *negativos*, como «No matarás», etc.; los cuales obligan siempre y por siempre, que es por todo tiempo. Otros hay *afirmativos*, como dar limosnas, tener contrición de los pecados, amar a Dios; y estos obligan [468] siempre, mas no por siempre, sino en tiempo de necesidad, porque entonces corre su obligación. Otros son *compuestos* de entrambos, esto es, afirmativos y negativos, como es el restituir lo ajeno, porque este manda restituir y manda no tener lo ajeno; y estos tales mandamientos obligan de ambas maneras: siempre y por siempre; y por esto no basta que el que debe tenga propósito de restituir adelante, sino es necesario que luego restituya, porque no tenga lo ajeno contra voluntad de su dueño, lo cual es mandamiento negativo, que obliga, como dijimos, siempre y por siempre; y el que desta manera tiene lo ajeno, mire por sí y restitúyalo, como está declarado.

DE LA TERCERA PARTE DE LA PENITENCIA, QUE ES LA SATISFACCIÓN

Capítulo IX

Después de la contrición y confesión, síguese la *satisfacción*, que es la tercera parte de la Penitencia, a la cual pertenece satisfacer a la honra de nuestro Señor, tomando justa venganza de quien así le ofendió. La razón desto tratamos en otra parte, hablando del ayuno, la cual repetimos aquí, pues este es también su propio lugar. Para cuyo entendimiento es de saber que, así como el que quebranta las leyes de la república está obligado a las penas puestas contra los quebrantadores dellas, así también el que quebranta las leyes de Dios está obligado a cierta manera de penas que tiene para esto tasadas y señaladas la justicia de Dios.

Estas penas forzosamente se han de pagar en esta vida o en la otra; esto es, o en el infierno o en el purgatorio, o en este mundo. En el infierno, páganse con pena eterna; en el purgatorio no se pagan con pena eterna, mas páganse con una pena tan recia y tan intensa, que, como dice san Agustín, «ninguna pena hay en este mundo que se pueda comparar con ella», aunque entren en esta cuenta todas las penas y tormentos de los mártires, que fueron los mayores del mundo. Pues de esta tan grande y tan temerosa pena nos redimen los ayunos y asperezas corporales, aunque sean sin comparación menores; porque, como Dios en estas cosas no mira tanto a la grandeza del trabajo, cuanto a la voluntad del sacrificio, porque lo que en este mundo se padece es voluntario, y lo otro necesario, de aquí es que, una pena voluntaria desta vida, sin comparación vale más y satisface más que muchas necesarias de la otra.

Mas diréis: «Padre, ¿pues el sacramento de la Penitencia no vale para eso como vale el Bautismo, que lo quita todo, absolviendo al hombre de culpa y pena?» A esto se responde que hay grande diferencia entre el uno sacramento y el otro. Porque el sacramento del Bautismo es una espiritual generación y nacimiento del hombre interior; por donde, así como una cosa que nace de nuevo deja luego de ser lo que era y recibe otro nuevo ser, sin quedar allí nada de lo que antes era —como cuando de una simiente nace un árbol, la simiente deja de ser y el árbol recibe nuevo ser—, así, cuando un hombre espiritualmente nace, luego deja de ser aquel hombre viejo que antes era, que era *hijo de perdición* y de ira [*Jn 17,12*], y comienza a ser otro hombre nuevo, que es hijo de gracia, y así, libre de culpa y de pena. Mas el sacramento de la Penitencia no libra de los pecados pasados como regeneración, sino como medicina, la cual unas veces sana perfectamente, y otras no, sino dejando algunas reliquias de la enfermedad pasada, que después, a la larga, con buen regimiento se han de gastar. Desta manera, la Penitencia, unas veces sana perfectamente librando al hombre de culpa y de pena, cuando en ella interviniere alguna perfectísima contrición, como fue la de la Magdalena y otras tales; mas otras veces, cuando la contrición no es tan perfecta, aunque quita toda la culpa, no quita toda la pena, y esta que queda se ha de purgar, o en esta vida o en la otra. Desto tenemos ejemplo aun en las cosas humanas; porque, si un caballero comete delito contra el rey, por el cual merecía pena de muerte, puede él hacerle después tan grandes servicios, que merezca la gracia del rey y perdón general de toda esta pena; y puédelos también hacer tales, que no merezca tanto, sino algo menos, conviene saber: la gracia del rey y conmutación de la pena de muerte en algún destierro temporal. Así leemos que lo hizo el rey David con su hijo Absalón, porque, habiendo este muerto a su hermano Amón, y estando tan justamente el padre indignado contra él, después de tres años de ausencia le perdonó la culpa pasada, mas con tal condición: que no entrase en su palacio real ni pareciese delante dél (cf. 2 Sam 14,24). Pues desta manera, cuando la contrición del penitente no es tan consumada y perfecta, perdona Dios al hombre por virtud del Sacramento la culpa y también la pena eterna que por ella merecía y parte de la temporal; pero no quiere que luego entre este tal en su palacio celestial y vea su cara, hasta que esté purgado, en esta vida o en la otra. Desta manera se hubo el mismo Dios con el mismo David, a quien, por razón de su confesión y arrepentimiento (cf. Sal 50), perdonó la culpa del adulterio en que había caído y restituyó en su amistad y gracia, la cual había perdido; mas después de esto le envió grandes azotes y calamidades por el pecado perdonado (cf. 2 Sam 12,13-14).

Mas ¿qué pecado hubo en el mundo más perdonado que el de Moisés y Aarón en las aguas de la contradicción? Y, con todo esto, perdonado el pecado, quedó siempre viva la pena que la divina justicia sentenció contra él, que fue privar a aquellos dos tan santos varones de la entrada en la Tierra de promisión (cf. Núm 20,12).

[469] Pues así acaece por la mayor parte en este sacramento, donde, por virtud de la pasión de Cristo que en él obra, se perdona la culpa y se alcanza la divina gracia; pero queda el hombre obligado, por la imperfección de su contrición, a ciertos grados de pena, según las tasas de la divina justicia.

Y, como haya muchas maneras de obras virtuosas que ayuden al descargo desta pena, señaladamente sirven para esto las que son más penosas y trabajosas a nuestra carne. Porque, como dice san Gregorio, «pues la carne con sus apetitos y deleites nos trajo a la culpa, ella misma, afligida y azotada, es razón que nos descargue de ella. Y, pues por dar contentamiento a ella descontentamos a Dios, la razón pide que descontentemos y aflijamos a ella para aplacar a Dios».

Capítulo X. Del origen y causa de la satisfacción

Vista ya la necesidad que tenemos de la satisfacción, veamos ahora el origen y principio de ella, para que por aquí entendamos mejor cuál deba ella de ser. Pues, para esto, debemos acordarnos de lo que al principio deste tratado dijimos, conviene saber: que la verdadera penitencia y la gracia de la conversión del pecador era la mayor gracia y misericordia que se podía hacer en esta vida. Porque, aunque sea mayor cosa la gloria que la gracia —pues la una es gracia comenzada, y la otra, gracia consumada—, pero mayor gracia es sacar Dios a un hombre de pecado y ponerlo en estado de gracia, que después de puesto en gracia darle la gloria.

Y, demás desto, como el Bautismo —que es la puerta de los Sacramentos y principio de la regeneración del hombre— trae consigo, cuanto es de su parte, todas las virtudes y dones del Espíritu Santo, juntamente con la gracia de quien todos estos bienes proceden, así también la verdadera penitencia —que es el principio de nuestra resurrección— trae también consigo todos estos dones y tesoros; y señaladamente trae una nueva luz y conocimiento de las cosas espirituales y divinas, para las cuales estaba el hombre antes casi ciego, como quien estaba en la región de las tinieblas y sombra de muerte [cf. Lc 1,79]; y trae una nueva caridad y amor de Dios, que es la forma de la verdadera penitencia y de todas las virtudes, y la que causa en nuestra ánima admirables efectos y sentimientos pertenecientes a esta virtud. Porque, como el amor natural es principio de todos los otros afectos y pasiones naturales, así el amor sobrenatural de Dios lo es de todos los afectos y sentimientos espirituales; y tanto más, cuanto él fuere mayor. Y, así como son diferentes las gracias de las conversiones —en unos mayores, como fue la de san Agustín, y san Pablo, y otros muchos; y en otros, menores, como suelen ser por la mayor parte las ordinarias y cotidianas—, así también son mayores o menores los efectos y movimientos interiores que causa esta virtud.

Pues esta virtud causa en el ánima un tan grande arrepentimiento y descontentamiento por haber ofendido a Dios, que quisiera el hombre haber antes padecido mil maneras de tormentos, que haber ofendido a tal Señor. Causa también un grande temor de la divina Majestad, a la cual ve que desató y provocó a ira con tantas ofensas, por las cuales conoce haber incurrido en la indignación de su furor. Causa también una grandísima vergüenza de parecer ante su divina presencia, como la que tendría una mujer que hubiese errado a su marido, cuando después de perdonada la recibiese en su casa; cual era la que tenía el publicano del Evangelio, que no osaba levantar los ojos al cielo por pura vergüenza y confusión (cf. Lc 18,13). Causa también un grandísimo deseo de satisfacer a Dios con debida penitencia por la ofensa que le hizo, y grandísimo deseo de tomar venganza de quien le fue ocasión desta ofensa, que fue su propia carne; porque, cuando considera que esta fue la que con sus apetitos y halagos le hizo extender los brazos al desordenado amor de las criaturas, y apartarse del amor y obediencia a su legítimo Esposo y Señor, embravécese en tanta manera contra ella, que la querría despedazar y martirizar, como a causadora de todo su mal.

Y, para mejor entenderse todo esto, imagina lo que haría una doncella castísima si, después de desposada en ausencia con un hombre noble y principal, alguna mala hembra la engañase haciéndole creer que otro que aquel era su esposo, y así ella, creyendo todo esto, se entregase a él y lo tratase como a tal. Dime, pues: La que este engaño hubiese padecido, y viese que aquella mala hembra fue la que así la engañó y deshonoró, ¿qué haría?, ¿qué diría?, ¿y qué coraje tomaría contra ella? Sin duda le parecería poco beber la sangre de quien así la hubiese deshonrado (puesto caso que [*aunque*] esto no deje de ser pecado). Pues el ánima a quien Dios ha abierto los ojos y dado una particular y nueva luz, con la cual tan perfectamente conoce que él era su verdadero y legítimo esposo, y el último fin para quien había sido criada, y por otra parte ve que por engaño de esta tan mala hembra, que es su propia carne, vino a extender los brazos de su amor a las criaturas, abrazándolas con aquel amor que a solo él se debe, cuando ve que la causa deste adulterio fue su carne, ¿cómo ha de tener paciencia con ella?, ¿cómo no la ha de afligir y maltratar, y tomar venganza de quien tanto mal le hizo? Pues de aquí nacen los excesos que suelen hacer algunos penitentes al principio de su conversión, a los cuales no podéis quitar de las manos la disciplina, ni el cilicio, ni el ayuno, ni otras semejan- [470] tes asperezas; con que muchas veces vienen a hacer grandes excesos y estragar la salud, si no procuran tener en esto mucha cuenta y discreción.

Tal era el espíritu de penitencia que declara el santo Job en aquellas palabras que dice: *Pequé, ¿qué quieres que te haga, oh guardador de los hombres?* (Job 7,20) ³⁴. Como si más claramente dijera, según expone san Agustín: «Yo confieso, Señor, mi pecado, y es tan grande la pena que por esto tengo, que ninguna pena rehusaré de padecer por él. Mira tú, Señor, qué quieres que haga, que aparejado estoy para todo lo que quisieres hacer de mí. No tengo otra cosa que ofrecer, sino un corazón dispuesto para todo lo que tú mandares hacer. Si mandares que arda en vivas llamas, o que este mi cuerpo sea despedazado, o que padezca otro cualquier tormento, por grande que sea, corazón tengo aparejado para ello. Aquí me ofrezco atado de pies y manos, y derribado a tus pies no huyo, no apelo de tu sentencia, no declino jurisdicción, no pongo excusas ni suplico que me descargues de las penas, sino que me sentencies a tu voluntad. Sé tú el cuchillo, yo seré la carne: corta, Señor mío, por donde quisieres, con tal que me perdones las culpas que cometí».

Destá manera también se afligía el santo rey David, cuando, en un salmo, de su penitencia decía: *Afligido estoy, y humillado, y doy bramidos de lo íntimo de mi corazón. Señor, delante de vos está mi deseo, y mi gemido no es a vos escondido. Mi corazón se ha turbado, y mis fuerzas han desfallecido, y ya me falta la lumbre de los ojos* (Sal 37,9-11) ³⁵. Destá manera se afligía este santo penitente; y así se habían también de afligir y humillar y castigar los que a tal Señor ofendieron. Porque, como dice un doctor, «el ánima que contra la voluntad de Dios, desamparado el Criador, se deleitó desordenadamente en la criatura, justo es que purgue y pague con trabajos voluntarios el deleite voluntario con que se cegó». Y, pues a la culpa naturalmente se debe pena (con la cual se corrige y ordena la culpa), justo es que abrace y procure las penas quien osó cometer tantas culpas. Y, pues el hombre, pecando, desamparó el sumo Bien y lo trocó por una vilísima criatura —que es grandísima injuria y menosprecio de aquella soberana majestad—, justo es que se humille, y desprecie, y abaje voluntariamente hasta el polvo de la tierra quien así menospreció tan gran Señor.

Destá manera, pues, trabajan por satisfacer a Dios aquellos a quien él abrió los ojos con esta lumbre del cielo; con la cual, conociendo la inmensidad y grandeza de la divina bondad, en ella conocen la grandeza de su humildad, y conforme a esto le desean satisfacer. Para cuya confirmación, y juntamente para ejemplo y confusión de la tibieza de nuestros tiempos, me pareció poner aquí un pedazo de historia del rigor y aspereza admirable de unos santos penitentes que san Juan Clímaco vio en un monasterio, la cual refiere este santo varón como testigo de vista, casi por estas palabras:

«Como yo viniese a este monasterio, vi en él cosas que ni el ojo del perezoso vio, ni la oreja del negligente oyó, ni en el corazón del tibio y descuidado pudieron caber. Vi palabras y obras poderosas para hacer fuerza, si decirse puede, al Omnipotente, e inclinarlo a misericordia. Vi muchos de aquellos santos penitentes que se estaban toda la noche al sereno, velando, sin moverse de un lugar; y, cuando ya el sueño los vencía, peleaban consigo mismos, y deshonorándose con palabras injuriosas, quitaban el sueño de los ojos a fuerza de brazos, por no dar a sus cuerpos aquel poco de reposo. Otros vi los ojos puestos en el cielo, pidiendo siempre con lágrimas y suspiros perdón y misericordia; y otros, por el contrario, decían con el publicano que no eran dignos de levantar los ojos al cielo ni hablar con Dios (cf. Lc 18,13), y así tenían sus rostros inclinados a la tierra, ofreciéndole sus ánimas calladas y enmudecidas, llenas de temor y de confusión. Otros estaban vestidos de sacos y cilicios, derribados los rostros sobre sus rodillas, hiriendo muchas veces la frente en la tierra con amargura de corazón. Entre estos había algunos que tenían el suelo bañado con muchas lágrimas, y otros que, porque les faltaban estas lágrimas, dolorosamente se quejaban. Muchos dellos, como se suele hacer sobre los muertos, hacían llanto sobre sus ánimas, llorando y lamentando la caída y la muerte dellas. Otros, a manera de leones, bramaban y gritaban en lo íntimo de sus corazones, reprimiendo dentro de sí los gemidos; y a veces, cuando ya no se podían contener, prorrumpían súbitamente en grandes voces y alaridos. Vi algunos dellos en el parecer [*aspecto*], y en las obras y pensamientos, tan enajenados de sí mismos, como si fueran unas estatuas de piedra; porque la grandeza de la tristeza los había hecho casi insensibles a todas las cosas, los cuales tenían sus ánimas como sumidas en el abismo de la humildad, y con el continuo fuego de la tristeza habían secado ya las fuentes de las lágrimas».

Y un poco más abajo prosigue el santo varón ³⁶ [...] [471] [...]

³⁴ «Peccavi, quid faciam tibi, o custos hominum?»

³⁵ «Adflictus sum, et humiliatus sum nimis; rugiebam a gemitu cordis mei. Domine, ante te omne desiderium meum; et gemitus meus a te non est absconditus. Cor meum conturbatum est, dereliquit me virtus mea, et lumen oculorum meorum».

³⁶ Pone otros muchos más relatos de aquella vida penitencial, concluidos con las líneas que siguen.

«Pues, como yo hubiese visto y oído las cosas susodichas, quedé tan atónito y espantado, que poco faltó para no caer en un abismo de tristeza, considerando la negligencia de mi vida y la tibieza de mi penitencia, comparándola con la de estos santos. Pues ¿qué diré, sobre todo esto, del aposento y de la casa en que moraban? Era tan disforme, y tan oscura y hedionda, y estaba tan llena de horror, que verdaderamente, como se llamaba, así lo era: *cárcel*; y sola la vista y la figura della bastaba para maestra de penitencia.

»Todo esto, por ventura, parecerá increíble o imposible a los negligentes; mas a los verdaderos penitentes, y a aquellos que saben sentir el bien que por el pecado perdieron, otra cosa parecerá. Porque el ánimo que, perdida aquella primera paz y amistad que tenía con Dios, quebrantó aquellos asientos y contratos que con él tenía capitulados, y perdió el tesoro inestimable de la gracia, y las consolaciones del Espíritu Santo, y apagó el fuego de la caridad —de donde las [472] dulces lágrimas procedían—, cuando de todo esto se acuerda, es tan fuertemente traspasada de dolor, que no sólo lleva todos estos trabajos con paciencia, mas aun se querría despedazar y crucificar, si le fuese permitido. Pues desta manera, acordándose estos bienaventurados padres de la felicidad del estado en que habían vivido, de aquellos tan santos y tan dulces ejercicios en que se habían criado, decían con el santo Job: *¿Quién me hiciese tan dichoso, que estuviese yo ahora como en aquellos primeros días, en los cuales me guardaba Dios; como estuve en los días de mi mocedad, cuando secretamente estaba Dios en mi morada, cuando resplandecía su candela sobre mi cabeza, y con su lumbre andaba yo en las tinieblas; cuando lavaba yo mis pies con leche y la piedra me manaba ríos de aceite!* (Job 29,2-6).

»De esta manera, pues, acordándose en particular de cada uno de sus ejercicios pasados, y de los favores y consolaciones que de Dios habían recibido, lloraban amargamente y decían entre sí: «¿Dónde está aquella antigua pureza de nuestra oración? ¿Dónde aquella tan grande confianza con que orábamos? ¿Dónde las dulces lágrimas en medio de nuestras amarguras? ¿Dónde la gloria de aquella purísima castidad? ¿Dónde aquella fe y lealtad para con nuestro prelado? ¿Dónde aquella virtud y eficacia de nuestras oraciones? Perekieron todas estas cosas, y así como humo desaparecieron». Y, diciendo estas palabras, era tan grande el dolor que de estas pérdidas tenían, junto con el aborrecimiento de sí mismos, que pedían a Dios les diese todo género de tormentos en esta vida para tomar venganza de sus cuerpos, porque les fueron ocasión de tanto mal. Unos le pedían que les diese aquí alguna gravísima enfermedad; otros, que perdiesen los ojos y la vista, y que quedasen hechos un espectáculo de miserias al mundo; otros, que los hiciese contrahechos y lisiados de pies y manos, para que con estos males presentes mereciesen escapar de los advenideros.

»Mas yo, hermanos míos, no sé cómo pude tanto tiempo perseverar entre tantas lágrimas; porque treinta días estuve con ellos, los cuales acabados, volvíme a aquel santo Padre que presidía en el monasterio. Y, como él me viese tan espantado y demudado, entendiendo la causa de mi turbación: «¿Qué es eso —dijo—, padre Juan? ¿Viste las batallas de los que pelean?» «Vi —dije—, Padre; vi, y estoy maravillado. Y tengo por más dichosos a los que después de la caída lloran desta manera, que a otros que nunca cayeron ni se lloran como estos; porque a los tales me parece que su caída —obrándolo así la divina gracia— les fue ocasión de tan maravilloso levantamiento».

Casi todas estas son palabras de san Juan Clímaco (*Scala spirit., c.5: De pœnitentia*), que da testimonio de todas estas cosas y de otras aún más admirables y espantosas, como persona que las vio con sus propios ojos. Quise escribir estas aquí para muchos efectos. Lo primero, para que nos confundamos y humillemos, vista la tibieza de las penitencias de nuestros tiempos, comparándolas con el fervor y rigor de aquellos padres pasados. Lo segundo, para que veamos hasta dónde llega la virtud de la caridad y de la lumbre del Espíritu Santo, la cual está siempre aparejada para todos los fieles, así para los que entonces fueron, como para los que agora son y serán, si se esforzaren a trabajar como aquellos. Lo tercero, para que con esta esperanza y ejemplo nos despertemos a hacer algo más de lo que hacemos, visto lo mucho que estos santos hacían, pues ni tenían otros cuerpos que nosotros, ni menos otro Señor o ayudador de sus trabajos. Porque por eso se ponen los ejemplos de cosas mayores: para que no extrañemos siquiera las menores.

Verdad es que no por esto debe luego nadie desmayar si no hiciere lo que estos santos hicieron; porque, así como en el cuerpo humano hay muchos miembros, unos más nobles y otros menos nobles, y en el cielo muchas sillas, unas más altas y otras más bajas, así también en la Iglesia hay diversos grados de merecimientos, diversas vidas y diversas penitencias que disponen para ellas; y **lo que es necesario para una vida no es necesario para otra.**

Ni tampoco debemos luego querer hacer todo lo que los santos hicieron; porque muchas cosas tuyas se nos proponen más para admiración, que para imitación; porque **lo que viene bien para un gigante, no viene para un enano**, y lo que se compadece con un espíritu muy alto, no conviene para el bajo.

Capítulo XI. De las tres principales obras con que satisfacemos a Dios

Pues, como sea más propio de las obras penales y trabajosas ser satisfactorias, de aquí es que, según la doctrina de los santos y de la Iglesia, ponemos tres maneras de obras satisfactorias, que son ayunos, limosnas y oraciones. Porque todas estas obras, demás de ser santas y virtuosas, son también penosas a nuestra carne, y así con el dolor de la pena satisfacen por el deleite de la culpa. Y, demás desto, como en el hombre haya tres cosas principales con las cuales muchas veces ofendemos a Dios, que son hacienda, cuerpo y ánima, justo es que con todas ellas le satisfagamos y que de todas ellas le hagamos sacrificio; el cual se hace con estas tres virtudes, porque con la limosna le sacrificamos la hacienda, y con el ayuno el cuerpo, y el ánima con la oración.

Y, demás desto, como todos los pecados sean contra Dios, o contra nos, o contra nuestros prójimos, a todas estas maneras de personas tienen respeto [*miran*] estas tres virtudes, porque el ayu- [473] no sirve para nosotros, la hacienda para nuestros prójimos, y la oración para Dios.

I. De la primera obra satisfactoria, que es el ayuno

Por tanto, el que desea satisfacer a Dios de veras y de todo corazón, en estas tres virtudes principalmente se debe ejercitar. Y, primero, comience por el ayuno, el cual, como dijimos, con el dolor de la pena paga por el deleite de la culpa, y castiga la carne, que por la mayor parte fue la causa de todos nuestros pecados. Y, demás desto, como dice san Bernardo, «absteniéndonos por medio del ayuno de las cosas lícitas, alcanzamos perdón de las ilícitas, y desta manera con un breve ayuno redimimos el tormento de los eternos ayunos». Porque por el pecado merecimos el infierno, donde ningún manjar hay, ninguna consolación y ningún término; donde el rico avariento pide una sola gota de agua, y no la recibe tantos años ha (cf. Lc 16,24s). ¡Dichoso, pues, el ayuno con el cual se redimen tales ayunos y se excusan tales tormentos! Y, como dice el mismo santo, «no sólo es el ayuno lavatorio de pecados, sino también extirpación de vicios; no sólo alcanza perdón de la culpa, sino también merece gracia; no sólo quita los pecados pasados que cometimos, sino preserva de los venideros que podríamos cometer». Porque «el ayuno —como dice Pedro de Ravena— es alcázar de Dios, real [*campamento*] de Cristo, muro del Espíritu Santo, bandera de la fe, señal de castidad y estandarte de santidad». «El ayuno —dice san Agustín— purga el ánima, levanta los sentidos, sujeta la carne al espíritu, cría corazón contrito y humillado, deshace las tinieblas de la concupiscencia, apaga los ardores de la lujuria y enciende la lumbre de la castidad». El ayuno es freno de nuestros apetitos, mortificación de las pasiones, disciplina de la vida y templanza de la codicia. El ayuno es hermano de la pobreza, hijo de la penitencia, madre de la castidad, compañero de la oración, cuchillo del amor propio, guarda de nuestra salud y medio eficazísimo para aplacar a Dios y alcanzar mercedes dél. Con este le aplacaron los ninivitas (cf. Jon 3,5ss), con este se humillaban y socorrían siempre los hijos de Israel en sus trabajos [cf. 2 Mac 13,12; Esd 8,21; Est 4,3; etc.], con este se ampararon y defendieron aquellos tres mozos del furor del rey de Babilonia (cf. Dan 1,12ss), con este fue arrebatado Elías en el carro de fuego ³⁷, con este recibió Moisés la ley de Dios (cf. Éx 34,28), y con este se apercibió el hijo de Dios para la predicación de el Evangelio, no por necesidad suya, sino por ejemplo nuestro (cf. Mt 4,2).

Por tanto, el que de veras desea satisfacer a Dios y tomar venganza de sus enemigos, y gozar de todos estos privilegios, ármese con un santo y fuerte odio contra sí mismo, esto es, contra su propia

³⁷ Ni en los dos libros de Reyes ni en el Eclesiástico he encontrado referencia a *ayuno* alguno de Elías.

carne, haciendo justicia della y castigándola con ayunos, vigiliyas, disciplinas, cilicios, vestiduras ásperas y dura cama, y con todas las más asperezas que pudiere; porque con esto no sólo satisface a Dios, mas también triunfará del más poderoso de sus enemigos y hará su cuerpo y espíritu templo vivo del Espíritu Santo. Mas todo esto se ha de hacer con discreción y moderación, porque de tal manera castigemos el enemigo, que no matemos al hombre y destruyamos el sujeto de que tenemos necesidad para el servicio de Dios. Porque por esto mandaba Dios en la ley que en todos los sacrificios se ofreciese sal (cf. Lev 2,13), para significar la discreción y templanza que debemos tener en todos estos espirituales sacrificios. Y por falta desto muchas personas espirituales vinieron a estragar y destruir la complexión, y a faltar a medio camino; donde después, para recobrar la salud, fue necesario aflojar en todos los espirituales ejercicios y, lo que peor es, en la misma virtud que depende de ellos.

II. De la segunda obra satisfactoria, que es la limosna

Mas, para que este ayuno sea más provechoso, es necesario acompañarlo con obras de misericordia. Porque, como dice san Agustín, «tal es el ayuno sin caridad y sin limosna: cual es la lámpara sin el olio». Y en otro lugar dice el mismo santo: «Vosotros, hermanos, dad limosna, para que vuestras oraciones sean oídas, y para que Cristo os ayude a enmendar la vida, y os perdone los pecados pasados, y os libre de los males advenideros, y os dé los bienes perdurables». A este propósito también dice Pedro de Ravena que, «aunque el ayuno quita las enfermedades de los vicios y las pasiones de la carne y las causas de los pecados, mas no da perfecta salud sin el unguento de la misericordia y sin el río de la piedad y sin el socorro de la limosna. El ayuno —dice él— sana las heridas de los pecados, mas no quita las señales dellos sin el bálsamo de la misericordia». Esta, dice el santo Tobías, *libra del pecado y de la muerte, y no deja el ánima ir a las tinieblas* (Tob 4,10)³⁸. Y el Eclesiástico dice que, así como *el agua mata el fuego, así la limosna mata al pecado* (Eclo 3,30)³⁹. Sobre lo cual dice san Ambrosio: «Grande es, por cierto, la fuerza de la limosna, que con la fuente de su benevolencia apaga las llamas de los pecados y con el río de su largueza mata el encendimiento de los vicios; de tal manera que, aunque esté Dios ofendido y provocado a ira, perdona por virtud de las limosnas al que determinaba castigar por sus culpas». Y san Agustín dice: «Así como se apaga el fuego del infierno con el lavatorio del agua saludable del Bautismo, así también se apaga la llama de los pecados con las li- [474] mosnas y obras de justicia». De suerte que el perdón de los pecados que una vez le dio en el bautismo, nos lo da cada día el ejercicio de las limosnas, como otro segundo bautismo. Bien es verdad que no es en todo la comparación semejante; mas grande alabanza y gloria es de la limosna ser comparada con este lavatorio celestial, que es fuente y puerta de la vida. Por donde el profeta Daniel no halló otro medio para librar al rey Nabucodonosor de aquella tan rigurosa sentencia del cielo que contra él estaba fulminada, sino aconsejarle que se acogiese a esta sagrada áncora de la limosna, y así le dijo: *Toma, rey, mi consejo, y redime tus pecados con limosnas, y tus maldades con obras de misericordia hechas a pobres* (Dan 4,24). Porque sabía muy bien este profeta cuán grande parte era para hallar misericordia delante de Dios usar de misericordia con los hombres; pues es cierto que por la medida que midiéremos habemos de ser medidos [cf. Mt 7,2], y por esto el día del juicio se ha de hacer grande fiesta de las obras de misericordia, pues ellas han de ser allí el arancel por donde se han de juzgar nuestras vidas (cf. Mt 25,31ss). Sobre lo cual dice san Agustín: «Escrito está: *Redime tus pecados con limosnas*. Por esta razón principalmente hace caso el Señor de las limosnas, porque por ellas finalmente viene a galardonar a los suyos. Como si más claramente dijese. “Dificultosa cosa es de examinar diligentemente vuestras vidas y usar con vosotros de misericordia. Mas, con todo esto, id al reino eterno, *porque tuve hambre, y dístesme de comer*, etc.” De manera que no vais al reino porque no pecastes, sino porque redimistes vuestros pecados con limosnas. Mas a los malos, por el contrario, dirá: “*Id al fuego eterno*, no sólo porque pecastes, sino porque no redimistes vuestros pecados con limosnas; porque, si estas hubiéredes hecho, ellas os librarán ahora deste castigo». Hasta aquí son palabras de san Agustín. Pero más que esto añade aún Pedro de Ravena, diciendo: «Maravillosa cosa es ver cuán sabroso es a Dios el mantenimiento de el pobre, pues en el Reino del Cielo, y en presencia de los ángeles, y en aquella tan grande congregación de los resucitados, no se hace mención ni de la muerte que padeció Abel, ni del mundo que salvó Noé, ni de la fe que tuvo Abrahán, ni de la ley que

³⁸ «Quoniam eleemosyna ab omni peccato, et a morte liberat, et non patietur animam ire in tenebras» (4,11).

³⁹ «Ignem ardentem extinguit aqua, et eleemosyna resistit peccatis» (3,33).

dio a Moisés, ni de la cruz en que subió san Pedro, sino del pan que se dio al pobre». Por donde, maravillado san Crisóstomo de la eficacia y hermosura desta virtud, dice así en un sermón: «La limosna es amiga de Dios y siempre se halla cerca dél. Ella alcanza gracia para quien quiere, suelta las ataduras de los pecados, hace huir las tinieblas y apaga las llamas de nuestras pasiones. A ella están abiertas las puertas del cielo, y así, como a reina, ninguno de los porteros le osa preguntar: “¿Quién sois?”; ni: “¿Qué queréis?”; antes la salen todos a recibir benignamente. Virgen es, y alas tiene de oro, y los vestidos, de hermosura; su rostro es blanco y manso, y con las alas y ligereza que tiene siempre asiste ante la presencia de Dios».

Pues, como sea tan grande la eficacia de esta virtud, el que desea satisfacer a Dios y alcanzar la misericordia que desea, vaya vestido desta vestidura, ejercitándose en obras de misericordia, compadeciéndose de las miserias de los pobres y ayudándoles, si pudiere, con su hacienda; y si no pudiere, con su consejo, con su industria, con su oración y con su intercesión; y cuando más no pudiere, a lo menos con la compasión de sus trabajos, pues, como dice san Gregorio, «no menos da el que de corazón se compadece, que el que da lo que tiene, porque el uno da su hacienda, mas el otro da su ánima».

▲ Pero aquí es mucho de notar lo que san Agustín escribe a este propósito, diciendo que, «como haya muchas maneras de misericordia, con las cuales alcanzamos perdón de los pecados, **ninguna es mayor que perdonar de corazón** a quien contra nosotros pecó». Conforme a lo cual dice Pedro de Ravena: «¡Oh hombre!, mira que no puedes estar sin pecado, y quieres que siempre te perdonen tus pecados. Pues, para esto, perdona siempre, cuando quieres que perdonen a ti. Y, si así lo hicieras, entiende que, perdonando a otro, tú mismo diste perdón a ti». Casi lo mismo dice también Cesario por estas palabras: «El que no tiene con qué redimir cautivos ni vestir desnudos, trabaje por no tener en su corazón odio contra sus prójimos y de no dar mal por mal a sus enemigos, mas antes los ame y haga oración por ellos, y esté muy confiado en la misericordia y promesas de su Señor, diciéndole: “Dame, Señor, porque di, y perdóname, porque perdoné”».

III. De la tercera obra satisfactoria, que es la oración

Sobre todo esto ayuda la oración, no sólo a la tercera parte de la penitencia, que es la satisfacción, sino también a la primera, que es contrición, pues por ella infunde muchas veces el Señor este espíritu en las ánimas de los pecadores, y por ella también alcanzan el perdón de sus pecados, pues con esta lo alcanzó aquel publicano del Evangelio (cf. Lc 18,13), y con esta misma lo alcanzó también el hijo pródigo (cf. Lc 15,21). Por lo cual nos aconseja el Profeta que nos volvamos a Dios por este medio, diciendo: *Llevad con vosotros palabras, y volveos al Señor, y decidle: «Quita de nos, Señor, toda maldad, y recibe nuestros buenos corazones, y ofrecerte hemos los becerros de nuestros labios»* (Os 14,3). Pues con esta manera de palabras negocia con Dios la oración y amansa aquel divino pecho, más que de diamante para los soberbios, y más que de cera blanda para los peniten- [475] tes y humildes. Si no, dime: ¿Quién hasta hoy llamó al Señor con este corazón, que no sintiese luego en su ánima los indicios y mensajeros de su clemencia? Así lo tiene él prometido por el Profeta, diciendo: *Quienquiera que desta manera invocare el nombre del Señor será salvo* (Jl 3,5; cf. Hch 2,21; Rom 10,13).

Mas para que esta oración pueda mejor subir a lo alto es necesario ponerle las dos alas de que ya tratamos, que son ayuno y limosna, porque con estas vuela ella muy ligeramente y no para hasta llegar a Dios. La razón de esta combinación y hermandad es porque la misericordia hace que la oración no parezca ante Dios vacía ni se pueda llamar *ruegos secos*. Y, asimismo, haciendo misericordia con el prójimo, provoca a Dios a hacerla consigo, como lo dice san Juan Clímaco por estas palabras: «Si eres amigo de la oración, seraslo también de la misericordia, porque esta hará que seas misericordiosamente oído de Dios, pues también oíste al prójimo, por su amor». Mas el ayuno ayuda a la oración disponiendo al hombre para ella, porque, descargando el cuerpo del peso de los manjares, lo hace más ligero para volar a lo alto. Por donde la oración del que ayuna, demás de ser más satisfactoria, es también más espiritual y más pura. Por lo cual dice el mismo santo: «El ánima del que ayuna ora con sobriedad y atención; mas la del comedor y destemplado es llena de imaginaciones y torpes pensamientos».

Y, así como ayuda el ayuno a la oración, así también la oración al ayuno, porque, como dice san Bernardo, «la oración alcanza virtud para ayunar, y el ayuno merece la gracia del orar». De manera que la fortaleza que ha menester el hombre para castigar la carne, el gusto y espíritu de la oración la da; pues cada cual de estas virtudes toma a su cargo la parte que le cabe en la santificación del hombre. Porque, como dice san Jerónimo, «con el ayuno se curan los vicios de el cuerpo, y con esta oración, las dolencias de el ánima».

Hallamos, pues, según esto, que la oración, demás de ser obra satisfactoria (que es lo que hace al presente tratado), es también obra meritoria, impetratoria y causadora de devoción. Por la parte que es satisfactoria, descargamos con ella las deudas de nuestros pecados; por la que es meritoria, merecemos por ella aumento de gracia y de gloria; por la que es impetratoria, alcanzamos por ella lo que humildemente pedimos; y por la que es criadora y causadora de devoción, alcanzamos por ella nueva luz, gusto de Dios, renovación de buenos propósitos y deseos, paz y quietud del ánima, aliento y prontitud para bien obrar; que es lo que propiamente se llama devoción. Estos cuatro frutos tan principales trae consigo la virtud de la oración, y por esto en ella conviene que nos ejercitemos con toda la perseverancia y atención que sea posible. Mas, porque desta virtud se trata adelante más copiosamente, al presente no haré más que remitir al cristiano lector a las oraciones y consideraciones que arriba pusimos tratando de la contrición, ejercitándose en ellas algunos días antes y después de la confesión, para despertar con ellas dolor y arrepentimiento de sus pecados, y satisfacer por ellos a Dios; que es lo que aquí pretendemos. Y, porque una de las cosas que más para esto sirven es la consideración de los beneficios divinos y la de nuestros pecados, en esta principalmente se debe ejercitar, como allí está declarado. Y, después de gastados en esto algunos días, podrá pasar a las otras maneras de oraciones y consideraciones que adelante se ponen en el libro de la oración [*Tratados V y VI*], para que con la variedad de los ejercicios reciba más luz, más gusto y menos hastío en las cosas de Dios.

Capítulo XII. Síguese una breve manera de confesar, para las personas que se confiesan a menudo

Después de haber tratado de la confesión para las personas que se confiesan de tarde en tarde, síguese que digamos de la manera en que se deben aparejar y examinar para esto las que se confiesan a menudo. Muchas de las cuales padecen gran trabajo y escrúpulos, porque, examinando su conciencia, no hallan a veces de qué echar mano para haberse de confesar. Porque, como por una parte creen y saben cierto que no carecen de pecados, y por otra, al tiempo del confesar, no los hallan, congójanse por esto demasidamente y creen de sí que nunca jamás se confiesan a derechas.

Desto podríamos señalar dos causas. La una, que en hecho de verdad es dificultoso negocio conocer el hombre a sí mismo y entender muy bien todos los rincones de su conciencia, porque no en balde dijo el Profeta: *Los delitos, ¿quién los entiende? De mis pecados ocultos, líbrame, Señor* (Sal 18,13). La otra causa es porque los pecados de los justos, los cuales dice el Sabio que caen siete veces al día (cf. Prov 24,16), más son pecados de omisión que de comisión, los cuales son muy dificultosos de conocer. Para cuyo entendimiento es de saber que todos los pecados se cometen por una de dos vías, conviene saber: o por vía de *comisión*, que es haciendo algunas obras malas, como es hurtar, matar, deshorrar, etc., o por vía de *omisión*, que es dejando de hacer algunas buenas, como es dejando de amar a Dios, de ayunar, de rezar, etc. Pues, entre estas dos maneras de pecados, los primeros, como consisten en hacer, son muy sensibles y muy fáciles de conocer; mas los segundos, como no consisten en hacer, sino en dejar de hacer, son más dificultosos, porque lo que no es no tiene tomo para echarse de ver. Por donde no es de maravillar que las personas espirituales, mayormente cuando son simples, no hallen [476] a veces pecados de que acusarse; porque, como las tales personas no caen tantas veces en aquellos pecados de comisión, que dijimos, y los otros que son por vía de omisión no los entienden, de aquí nace no hallar de qué confesarse, y afligirse por esto.

Pues para remedio desto me pareció ordenar este Memorial para las tales personas, en el cual principalmente se trata deste género de pecados. Y, porque los tales pecados pueden ser o contra Dios,

o contra nos, o contra nuestros prójimos, por eso va el Memorial repartido en tres partes que destas tres maneras de negligencia tratan. Muchas de las cuales, a veces, no serán ni aun pecados veniales, mas todavía son imperfecciones y desfallecimientos; y muchas veces podrán ser pecados veniales, por donde los que caminan a la perfección no del todo deben dejar la acusación dellas. Aunque esto no conviene que se haga siempre, sino algunas veces, especialmente en las fiestas señaladas, porque no se cansen los confesores con nuestra demasiada prolijidad; mas las otras veces ordinarias podrá cada uno tomar de aquí lo que le pareciere que más hace para descargo de su conciencia.

Síguese el Memorial

Dicha la confesión general, antes que entre en la acusación particular de sus culpas, acúcese destas cuatro cosas siguientes. • Primeramente, de no venir tan aparejado a este Sacramento, ni haber puesto tanta diligencia en examinar su conciencia, como debiera. • Lo segundo, de no traer tanto dolor y arrepentimiento de sus culpas, ni tan firme y verdadero propósito de apartarse dellas, cuanto debiera. • Lo tercero, de no haberse llegado al santo sacramento de la Comunión con aquella pureza de conciencia y con aquella reverencia y devoción que convenía; y, después de haber comulgado, de no haber tenido aquel recogimiento que para tan alto Huésped se requería. • Lo cuarto, de no haber puesto tanta diligencia en la enmienda de su vida y procurado de aprovechar cada día más en el servicio de nuestro Señor, sino antes permanecido en una misma tibieza y negligencia, y aun vuelto atrás. Dicho esto, comience a acusarse por la orden siguiente.

Para con Dios.

¶ Para con Dios somos obligados a tener aquellas tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad; y de cada una destas se puede el hombre acusar en la forma siguiente. • De la *caridad*, se acuse de no haber amado a Dios con todo su corazón y ánima, como era obligado, sino antes puesto su amor desordenadamente en las criaturas y vanidades deste siglo, olvidándose de su Criador. • De la *fe*, se acuse si no ha tenido tan firme fe como debiera y no ha desechado de sí tan presto las fantasías y pensamientos que el demonio acerca desto le ha traído. • De la *esperanza*, se acuse si en los trabajos y necesidades que se han ofrecido no ha recurrido a nuestro Señor con aquella seguridad y confianza que debiera, y se ha desmayado y congojádose demasiadamente con ellos; porque esto nace de flaqueza de confianza. • De la *pureza de intención*, acúcese que las obras del servicio de nuestro Señor no las hace con aquella pureza de intención por solo Dios, como debía, sino algunas veces por cumplimiento, otras por sola costumbre, otras porque son conforme a su gusto y apetitos y otros semejantes intereses. • Acúcese también de haber sido muy flojo y negligente en responder a las inspiraciones de nuestro Señor y a sus llamamientos, resistiendo en esto muchas veces al Espíritu Santo, por no hacerse fuerza y ponerse a un poco de trabajo. Esta es una culpa muy espiritual y muy secreta, y muy digna de hacer siempre conciencia de ella. • Asimismo, de no haber sido tan agradecido a los beneficios divinos, como debiera, ni dado tantas gracias por ellos, ni aprovechádose dellos para amar y servir más al Dador de todo. • También se acuse del olvido de nuestro Señor, trayéndolo muchas veces como desterrado de su corazón, habiendo de andar en su presencia y traerlo ante los ojos⁴⁰. • De la paciencia en las adversidades, se acuse si por ventura no ha tenido aquel sufrimiento en los trabajos que Dios le envía, ni conocido que son enviados de su mano para su bien, ni dádole aquellas gracias que debe por ellos. Esto se puede especificar más, si particularmente nos remuerde la conciencia de algo. • Acúcese también de no haber asistido en la misa y los oficios divinos, y en los lugares sagrados en presencia del Santísimo Sacramento, con aquella devoción y reverencia que debiera.

⁴⁰ Cf. Gén 17,1: «Ego Deus omnipotens: ambula coram me, et esto perfectus»; y Heb 12,1-2: «Per patientiam curramus propositum nobis certamen; aspicientes in auctorem fidei, et consummatorem Iesum».

Para consigo mismo.

¶ El hombre tiene en sí muchas partes, porque tiene cuerpo con todos sus sentidos, y ánima con todos sus apetitos, y espíritu con todas sus potencias, que son entendimiento, memoria y voluntad; y así puede haber pecado contra la rectitud y orden que había de haber en cada cosa destas. • Acútese, pues, primeramente, de no tratar su cuerpo con aquel rigor y aspereza que debería, así en el comer y beber y vestir y dormir, como en todas las otras cosas; antes ser muy blando y piadoso para con él, y amigo de sí mismo. • De no traer, así la imaginación como los otros sentidos interiores, tan recogidos y guardados como debería, sino muy placeros y derramados, oyendo, viendo, hablando, imaginando muchas cosas ociosas y excusadas, que después impiden el recogimiento del corazón y la atención de la oración. • De no haber mortificado sus apetitos y quebrado su propia voluntad, como debía, antes seguídola y cumplídola casi en todas las cosas. De no ser tan humilde de corazón y obra, como debería, ni conocerse por tan vil y tan miserable como es, ni tratádose como a tal. • De haber sido tibio y perezoso en la oración, y cortado muchas veces el hilo della por livianas causas, y no haber estado en ella con tanto recogimiento y atención, como debería.

Para con el prójimo.

¶ Acútese de no haber amado a sus prójimos con aquel amor que él querría ser amado, como Dios lo manda. • De no les haber acudido en sus necesidades con el favor y socorro que debiera y pudiera. • De no haber compadecídose tanto de sus miserias, y rogado tanto a Dios por ellas, como era obligado. • De las calamidades públicas de la Iglesia (como son guerras, herejías, etc.), de no haber tenido aquel sentimiento que era razón, ni encomendádolas tanto a Dios, como pudiera y debiera hacer. • Los que tienen superiores, se acusen de no haberles obedecido y reverenciado como debieran. Y los que tienen súbditos, hijos y criados, de no haberlos enseñado, castigado, proveído de lo necesario y tenido dellos aquel cuidado que era razón.

De los pecados de comisión.

¶ Después que así se hubiere acusado de los pecados de omisión, puede luego acusarse de los que llaman de comisión, discurriendo por los diez mandamientos y siete pecados capitales, y acusándose de lo que la conciencia le remordiere en cada uno dellos. Y, si más brevemente quiere, puede discurrir por los pensamientos, palabras y obras en que puede haber pecado, y acusarse dellos. • Y, después de todo esto, se debe acusar de todas las culpas anejas al estado o oficio que tiene, declarando lo que ha hecho contra las leyes y obligaciones de su estado; como, si es religioso, de los tres votos y de las cosas de su religión; si es juez, o médico, o mercader, o abogado, etc., de las cosas de su oficio; si príncipe, del suyo.

Acabadas todas estas acusaciones, concluya, diciendo: «De todas estas culpas, y de todas las demás en que he caído por pensamiento, por palabra y por obra, me acuso gravemente y digo a Dios: “Mi culpa, mi culpa, mi muy grande culpa”; y pido a vos, padre, la absolución y penitencia dellas».

TRATADO TERCERO

DE CÓMO NOS HABEMOS DE APAREJAR PARA LA SAGRADA COMUNIÓN

Capítulo I. Del aparejo que se requiere para la Sagrada Comunión

Dicho ya del sacramento de la Confesión, será razón que tratemos ahora de la Sagrada Comunión, que después dél se suele seguir. Donde lo primero que se debiera tratar era de las virtudes y efectos admirables deste santísimo Sacramento; mas, porque desta materia hay mucho que decir y no sufre la brevedad de este *Memorial* proseguir materias tan largas, solamente trataré aquí del aparejo que se requiere para llegarnos a este Misterio; pues va tanto en esto, que, cual fuere el aparejo del que lo recibe, tal será la gracia que se le da. Porque este Sacramento es de infinita virtud, así porque contiene en sí a Cristo, que es fuente de gracia, como porque por él se nos comunica la virtud de su Pasión, que es de infinito valor; y por esto, cuanto mayor fuere el aparejo con que nos llegáremos a él, tanto mayor será la gracia que se nos dará. Vemos que el que va a coger agua de la mar, tanta agua coge cuan grande vaso lleva; porque por parte de la mar no puede faltar el agua, si no faltare por la estrechura del vaso. Pues lo mismo acaece a los que se llegan a este divino Sacramento, que es mar de todas las gracias. Y así viene a cumplirse aquello del salmo, que dice: *Ensancha la boca* de tu corazón, porque yo *llenaré* todo el lugar que me dieres en él (Sal 80,11).

Regla es también de filosofía que todas las causas obran conforme a la disposición que hallan en los sujetos; y por esto arde el fuego en la leña seca, y no en la verde, por estar la una dispuesta para esto, y la otra no. Pues, como en este Sacramento esté Cristo, que es la causa general de todas las gracias, claro está que conforme a la disposición que hallare en el ánima que lo recibe, así obrará en ella y le comunicará su gracia. Esto ven por experiencia los que a menudo celebran y comulgan, los cuales cada día experimentan que tal devoción y fruto sacan deste Sacramento, cual es el aparejo con que se llegan a él.

Y no sólo la esperanza deste fruto, mas tam- [478] bién el temor de nuestro daño nos debe hacer diligentes en este aparejo; porque general cosa es en todos los sacramentos de la ley de gracia que, así como son de grandísimo provecho al que dignamente los recibe, así pueden ser ocasión de grandísimo daño al que los recibe indignamente. Conforme a lo cual dice un doctor que, así como el sol y el agua y el aire ayudan a crecer y fructificar las plantas, cuando están vivas y arraigadas en la tierra, mas, si por el contrario no lo están, esas mismas causas e influencias las secan y pudren más presto, así también este santísimo Sacramento, que es causa de todas la gracias, hace crecer y medrar las ánimas que están vivas y arraigadas en caridad, mas, por el contrario, las que no lo están, mientras más a menudo lo reciben, más se ciegan y endurecen y empeoran; no por causa del Sacramento, sino por su mal aparejo.

Lo cual es aun muy conforme con la naturaleza deste Sacramento, que realmente es manjar espiritual de las ánimas. Porque, así como el manjar corporal sustenta y hace crecer los cuerpos de los sanos, mas hace gran daño a los mismos cuerpos cuando están enfermos y llenos de malos humores, por cuya causa los médicos en este tiempo mandan ayunar y tener dieta a los dolientes, así también lo hace este divino manjar, el cual, por esta causa, es vida verdadera de unos, y ocasionalmente muerte de otros, según la diversidad de sus buenos o malos aparejos.

Mas cuál haya de ser el aparejo que para este tan alto Misterio se requiere, la misma filosofía y orden natural nos lo dice. Porque vemos que las formas naturales, cuanto son más excelentes, tanto requieren más noble disposición. Como se ve claro en el mismo manjar corporal de que hablamos, el cual se cuece y apareja en el estómago para ir al hígado, y ahí se dispone con otra forma más noble, de sangre, para ir al corazón, y ahí, últimamente, se dispone con otra más notable para ir al cerebro,

donde recibe su última perfección. De manera que en cada uno de estos lugares se refina y perfecciona más para alcanzar otra más noble forma; y esto con tal orden, que la perfección de la forma que precede es disposición para la que se sigue, y lo que es término de la una es disposición para la otra. Pues así también habemos de presuponer que esa misma orden y proporción se requiere para las cosas espirituales, y señaladamente para los Sacramentos, los cuales, cuanto son más excelentes, tanto piden mayor aparejo y pureza para haberlos de recibir. Porque algunos sacramentos hay que para recibirse dignamente basta tener dolor y arrepentimiento verdadero de los pecados, sin ser necesario la Confesión; mas este Sacramento de que hablamos es de tanta pureza y excelencia, por estar en él encerrado el mismo Dios, que, demás de lo dicho, pide otro sacramento por aparejo, que es de la Confesión, cuando precedió algún pecado mortal. Y, aún demás de esto sobre la Confesión, pide actual devoción y reverencia para recibirse más dignamente, la cual devoción no puede estar sin actual atención y consideración de las cosas de Dios. Y para esto conviene despedir por entonces de nuestra ánima todas las imaginaciones y cuidados de las cosas de el mundo, para que así pueda ella libremente y sin impedimento fijar el corazón en Dios. Por do parece que en este tiempo no se debe contentar el hombre con ir limpio de todos los pecados, sino debe trabajar por ir también limpio de todos los pensamientos y cuidados que le puedan impedir esta atención y devoción. Lo cual nos representa muy a la clara aquella soledad con que Moisés subió al monte a hablar con Dios, a quien fue mandado que solo él subiese a lo alto (cf. Éx 24,2), y que por todo el monte no pareciese hombre ni bestia ni ganado, sino solo él (cf. Éx 19,12-13).

▲ Y aun a esta soledad añadió el Señor una grande niebla y escuridad, en la cual, entrando Moisés, había de hablar con él (cf. Éx 24,18), **para que así la niebla como la soledad le quitase la vista de todo lo que no era Dios, cuando había de tratar con Dios.** Porque de esta manera se ha de llegar a este Señor el que dignamente se quiere llegar a él, conviene saber: con un corazón tan solitario, tan recogido y tan olvidado de todas las cosas terrenas, y tan absorto en Dios, que por entonces le parezca que no hay en el mundo más que él y Dios. Y esto mismo también nos significa aquel descalzarse los zapatos el mismo profeta para poner los pies en la tierra donde se mostraba Dios (cf. Éx 3,5); porque de todas las cosas mortales y terrenas ha de ir descalzo y desnudo el que quisiere llegar a él.

Y, aunque esto parezca imposible a la naturaleza humana, no lo es a la caridad ni a la gracia divina, porque, como dice la esposa en los Cantares, *fuerte es el amor como la muerte* (Cant 8,6). Porque, así como la muerte corporal hace el cuerpo insensible a todas las cosas del mundo, así la perfecta caridad de tal manera ocupa el corazón del hombre y lo traslada en Dios, que le hace olvidar de todo lo que no es él.

Bien veo que esta muerte no es de todos, sino de sola esta esposa celestial, que es del ánima que esta dignidad y nombre merece; pero pídesse y propone a todos por la dignidad deste Sacramento, el cual, así como es Pan de ángeles, así pide pureza de ángeles para haberse de recibir. Mas, con todo esto, conténtase el Señor con que tengamos algo della, que es con hacer lo que es de nuestra parte para tener por entonces este olvido de todas las cosas y esta actual devoción y atención a él.

Y, descendiendo a tratar deste aparejo más en particular, digo que el que quisiere llegarse a ese santísimo Sacramento como conviene, debe trabajar por llevar consigo las cosas siguientes.

[479] Capítulo II. De la primera cosa que se requiere para comulgar, que es pureza de conciencia

Pues la primera cosa que para comulgar dignamente se requiere es reconocer el hombre con grande humildad que ninguna diligencia de hombres ni de ángeles es bastante para este aparejo, si no interviene la mano de Dios que para ello especialmente nos ayude. Porque, así como nadie se puede disponer para el aumento de la gracia sin gracia, así nadie se puede disponer para recibir dignamente a Dios sin el mismo Dios. Y por esto él ha de ser invocado y llamado con humildes y ardientes deseos, para que él por su mano limpie y aderece la casa en que ha de ser aposentado. Vemos que, cuando un rey va de camino a posar a una aldea, no espera que los aldeanos le aderecen el aposento como él

merece, porque no son ellos parte para esto, sino envía delante su recámara y sus aposentadores, que es el aderezo conveniente para su persona real. Y, pues esto así pasa, buen título tenemos para suplicar a este Señor que, pues él por la grandeza de su bondad y misericordia quiere venir a posar a nuestra aldea, sea servido por esta gracia hacernos otra gracia, que es enviar el Espíritu Santo con la recámara de todas sus virtudes y dones celestiales, para que desta manera, con la gracia y virtud omnipotente de Dios, se apareje la casa en que ha de morar Dios.

Pues, para que esto se haga como conviene, la primera cosa que se requiere es limpieza de conciencia, esto es, que va[ya]mos limpios de todo pecado mortal. Porque por esto dijo el Profeta: *Lavaré mis manos entre los inocentes, y cercaré, Señor, tu altar* [Sal 25,6]; donde primero dice que «lavará sus manos», que son las culpas de sus obras, y después que «se acercará al altar»⁴¹, que es la mesa de este Señor. Y por esto mismo nos amenazó tan espantosamente el Apóstol, cuando dijo: *Quienquiera que comiere el pan o bebiere el cáliz del Señor indignamente, será reo contra el cuerpo y sangre del Señor* (1 Cor 11,27). En las cuales palabras da a entender que los que se llegan en pecado mortal a este Misterio cometen una culpa semejante a la que cometieron aquellos que crucificaron a Cristo, pues los unos y los otros pecan contra el mismo cuerpo y sangre de Cristo; aunque sea en diferente manera.

Y, demás desto, ¿qué se puede seguir de juntarse en uno dos cosas tan contrarias, como son Cristo y el pecador, sino corrupción de la una y de la otra?⁴² Porque las cosas semejantes fácilmente se juntan unas con otras, como un hierro con otro hierro, y un agua con otra agua; mas las contrarias, como son el agua y el fuego, en ninguna manera se pueden juntar sin corromper la una a la otra. Pues, como por medio de este santísimo Sacramento se junte el hombre con Cristo, ¿qué se puede esperar desta junta, sino corrupción de la parte más flaca? ¿Cómo se juntará en uno el bueno con el malo, el limpio con el sucio, el humilde con el soberbio, el manso con el airado, y el misericordioso con el crudo? Pues por esto conviene que haya alguna manera de semejanza entre el cristiano y entre Cristo, para ajuntarse dignamente a él. Lo cual todo destruye el pecado, cuando no se ha purgado por penitencia.

Y, como quiera que todos los pecados mortales hagan esto, señaladamente lo hacen dos, que más particularmente repugnan a la condición de este Sacramento, que son odio y deshonestidad. Porque, cuanto a lo primero, este Sacramento es sacramento de amor y de unión, porque en él participan los fieles un mismo mantenimiento y un mismo Espíritu, el cual hace a todos los fieles una misma cosa por amor. Y para significar esto, dice san Agustín que nuestro Señor instituyó este Sacramento en tal género de cosas, que de muchas vienen a hacerse una, como son el vino y el pan; porque de muchos granos de trigo se hace el pan, y de muchos granos de uvas el vino; para dar a entender que el Sacramento que en estas dos especies se administraba obraba este mismo efecto en los que lo recibían, que es hacer de muchos corazones un corazón, comunicando a todos ellos un mismo Espíritu cuando lo reciben. Pues, siendo esto así, ¿qué cosa puede ser más contra razón que llegarse a recibir un Sacramento de unión con corazón dividido? ¿Qué es esto, sino pedir al cirujano que os cierre la herida, y trabajar vos por otra parte por tenerla siempre abierta? Pues no es menos contra razón llegarnos a recibir esta medicina espiritual, que tiene virtud de cerrar las llagas de los odios y malas voluntades y juntar en uno los corazones divididos, queriendo, por otra parte, resistir de propósito a este beneficio, y romper con particulares odios y disensiones la unión de la paz que esta medicina causa.

Pues el que quisiere evitar este inconveniente no se atreva a llegar a esta mesa sin determinarse de poner por obra aquello que el Salvador nos encomendó, diciendo: *Si ofrecieres tu ofrenda en el altar, y ahí se te acordare que tu hermano tiene alguna querrela contra ti, deja la ofrenda a los pies del altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano; y esto hecho, podrás volver a ofrecer tu don* (Mt 5,23-24). Pues con esta manera de satisfacción, o con la determinación firme della, según el juicio prudente del confesor, debe el hombre llegarse a esta mesa celestial; porque de otra manera está claro que le dirá el Señor del convite: *Amigo, ¿cómo entraste aquí sin tener ropa de bodas?* (Mt 22,12), que es la virtud de *la caridad*; la cual, como dice el Apóstol, *cubre la muchedumbre de los pecados* (1 Pe

⁴¹ Pequeño lapsus de Fr. Luis. Debido quizás a la paronomasia existente entre *cercaré* (circumdabo altare), del citado salmo veinticinco, y *acercaré* (introibo ad altare), que corresponde al salmo cuarenta y dos, versículo cuatro.

⁴² Otra edición: «corrupción de la una o de la otra». Fr. Luis precisa luego que aquí es *corrupción de la parte más flaca*.

4,8). Y debe con mucha razón temer que, [480] como no tenga qué responder a esto, mande el Señor lo que sigue, que es atarlo de pies y manos y echarlo en el fuego (cf. Mt 22,13).

El otro pecado contrario a este Sacramento es cualquiera torpeza y deshonestidad; porque este Sacramento, que en sí encierra aquella carne virginal, amasada de las purísimas y virginales entrañas de nuestra Señora, pide una tan grande limpieza de cuerpo y de ánima, que aun haber pasado por entre sueños alguna ilusión del demonio tienen los santos por impedimento para llegarse a este divino Sacramento, si no fuese cuando, o la obediencia o alguna fiesta señalada, a esto nos obligase; o cuando no menos devoto y aparejado se halla el hombre con esto, que sin esto. Y no sólo de comulgar, mas aun de ayudar a misa nos aconseja san Bernardo que nos abstengamos habiendo esto precedido. ¡Tan grande es la pureza que se requiere para este Misterio! Porque, si para solo vacar a la oración quiere el Apóstol que se abstengan los casados de la vida conyugal (cf. 1 Cor 7,5), ¿cuánto más para llegarse a este Sacramento, donde corporalmente se recibe Dios? Y, si en la ley Vieja un solo sueño deshonesto desterraba al hombre por todo aquel día de las tiendas y compañía del pueblo de Dios (cf. Dt 23,11), ¿cuánto más la comunión y participación del mismo Dios?

Y no sólo de los pecados mortales, mas también de los veniales conviene que va[ya]mos limpios para allegarnos a este Sacramento. Porque este género de pecados, aunque no apaga el fuego de la caridad, pero amortigua el fervor de la devoción, que es el más propio aparejo que para este divino Sacramento se requiere. Y para alcanzar limpieza deste género de pecados conviene que preceda la Confesión antes de la Comunión; a lo menos el arrepentimiento y dolor dellos, o algunos otros santos ejercicios de amor y devoción, para que con ellos se restituya el fervor y devoción actual que con los tales pecados se perdió. Y quien dejase de hacer algo desto no se excusaría a lo menos de pecado venial grave por esta negligencia, y perdería mucho de la suavidad y refección deste Sacramento, que es el propio efecto que él obra en las ánimas que con este aparejo se llegan a él. Mas el que hubiese caído en pecado mortal, demás del arrepentimiento susodicho, es necesario confesarse sacramentalmente, so pena de pecado mortal, como expresamente está mandado en el santo Concilio Tridentino [Dz 1647].

Capítulo III. De la segunda cosa que se requiere para comulgar, que es pureza de intención

Lo segundo que para comulgar dignamente se requiere es rectitud y pureza de intención, que es hacer esto por el fin que se debe hacer. Porque, como la intención sea la principal circunstancia de todas nuestras obras, esta es la que principalmente se debe mirar en todas ellas; y mucho más en esta, porque no pervirtamos las cosas de Dios usando para un fin lo que él instituyó para otro. Y, porque mejor se entienda esto, será bien poner aquí los fines de los que mal y bien comulgan, para que así se vea más claro lo que nos conviene seguir.

Porque algunos sacerdotes hay a los cuales principalmente mueve a celebrar el provecho temporal que esperan por el sacrificio. Estos parece que son como aquellos dos hijos de Aarón que ofrecieron a Dios sacrificio con fuego ajeno (cf. Lev 10,1), pues les mueve a celebrar, no el fuego del amor divino, sino el ardor y codicia del dinero. Por donde, así como salió fuego del Santuario y quemó aquellos dos en un momento, así debían temer estos no les acaeciese otro tanto.

Otros hay que comulgan a más no poder, por pura fuerza o por temor de la pena; como lo hacen algunos malos cristianos en la comunión de Pascua, los cuales van por los cabellos —y como quien va a la cruz— a la mesa del Señor. Estos deberían considerar que ni con ropa de sayal entraba nadie dentro del palacio del rey Asuero (cf. Est 4,2); ni con esta manera de ánimo y corazón debe nadie entrar en este sacro palacio y recibir este Sacramento. **Con amor se ha de recibir lo que con amor se instituyó, porque no es razón que se reciba con ánima puramente de siervo lo que Dios ordenó con amor de Padre.**

Otros hay también que van a comulgar tras el hilo de la gente, por hacer lo que otros hacen, sin tener aquella hambre ni procurar aquel aparejo ni aquella enmienda de vida que para esto se requiere.

Y no son muy diferentes destes los que comulgan por sola costumbre; como hacen algunos, que, por tener costumbre comulgar de tantos a tantos días, sin tener ni procurar aquella devoción que deberían, se allegan a este Misterio. Los cuales deberían mirar que, aunque esta costumbre sea buena, no es negocio este que se ha de hacer por sola costumbre, sino por el fruto que de aquí se espera, y con el aparejo que para gozar de este fruto se requiere.

Otros también se llegan con una golosina espiritual, que es con un apetito y deseo de sentir alguna suavidad y devoción sensible en este Sacramento, teniendo este como por último fin deste negocio, y no enderezando esta manera de devoción al fin que se debe enderezar, que es abrazar la mortificación y la cruz de Cristo, y servir al Señor con mayor prontitud y voluntad.

Todos estos fines son aviesos, y unas como puertas falsas para entrar a hurtar como ladrón y no recibir como fiel siervo las mercedes del Señor. Entremos, pues, por las puertas que entraron los santos, procurando de llevar la intención que ellos llevaron; la cual no es siempre de una manera, sino de muchas y diversas, como lo declara san Buenaventura por estas palabras:

[481] «Muchos son los afectos e intenciones de los que se llegan a celebrar o comulgar. A algunos mueve el amor de Dios, para que por medio de este Sacramento traigan más veces al Amado a la casa de su ánima, y allí dentro le abracen dulcemente y le tengan consigo, y con esta sagrada unión se enciendan más en su amor. A otros mueve el conocimiento de su propia enfermedad y flaqueza, para que con el favor y socorro deste médico celestial sean curados y librados de sus enfermedades. A otros lleva el conocimiento de sus deudas y pecados, para que mediante esta divina Hostia y sacrificio de salud sean purgados y perdonados. A otros lleva la priesa de alguna tribulación o tentación, para que por virtud de aquel que todo lo puede sean librados de sus adversidades y amparados del enemigo. A otros inclina más el deseo de alguna gracia particular, para que por medio de aquel a quien el Padre no puede negar nada alcancen lo que desean. A otros mueve el agradecimiento de los beneficios recibidos, considerando que no podemos de nuestra parte ofrecer al Padre cosa más agradable por lo que nos ha dado, que recibir *el cáliz de la salud* que el nos comunicó [cf. *Sal 115,3-4*]. A otros mueve el deseo de alabar a Dios y a sus santos, pues no podemos honrarlos con otra mayor honra, que con ofrecer de nuestra parte en memoria dellos este sacrificio de alabanza. A otros mueve el deseo de la salud de los prójimos y la compasión de sus trabajos, sabiendo que, por la salud de vivos y muertos, ninguna cosa aboga con mayor eficacia ante los ojos del Padre, que la sangre preciosa de su Hijo, que por los unos y por los otros se derramó». Hasta aquí son palabras de san Buenaventura.

Pues el que desea acertar en la pura y recta intención que para aquí se requiere, escoja cuál de estos fines le agrada más, y a ese enderece su intención. Y mucho mejor será considerar primero todos estos fines, que son los frutos admirables de este Sacramento, y ponerlos todos ante los ojos, y pretender por este divino Médico conseguirlos todos. Pero **el fin más primordial y más propio** es procurar por medio deste Sacramento, en el cual está Cristo, recibir en nuestras ánimas el Espíritu de Cristo, mediante el cual seamos transformados en él, y vivamos como vivió él, que es con aquella caridad, humildad, paciencia, obediencia, pobreza de espíritu, mortificación de cuerpo y menosprecio del mundo que el vivió, porque esto es espiritualmente **comer y beber a Cristo, transformándose en él y haciéndose una cosa con él por imitación de su vida**, como había dicho aquel que decía: *Vivo yo, ya no yo, mas vive en mí Cristo* (Gál 2,20). Y, por tanto, este ha de ser nuestro fin principal; y juntamente con esto, hacer lo que él nos encomendó, que es renovar en este Sacramento la memoria de su pasión, y darle gracias por el beneficio inestimable de nuestra redención.

Capítulo IV. De la tercera cosa que se requiere para recibir este Sacramento, que es actual devoción

Lo tercero que para este Sacramento se requiere es actual devoción. Para lo cual es de saber que este venerable Sacramento, así como todos los otros, tiene un efecto común y otro propio. El común es dar gracia, que es efecto también de todos los otros sacramentos de la ley de gracia; mas el propio es el que los teólogos llaman *refección espiritual*, que es un nuevo esfuerzo y aliento para bien obrar, y un gusto y suavidad de las cosas de Dios, que aquí se da. Porque, así como el manjar corporal no sólo

sustenta la vida de el que come, sino también le da esfuerzo y gusto con la comida, así este divino manjar no sólo conserva la vida espiritual con la gracia que da, sino también esfuerza el espíritu y deleita el gusto con su propia virtud. Y este deleite dice santo Tomás que es tan grande, a lo menos en aquellos que tienen purgado el paladar de su ánima, que con ningunas palabras se puede explicar, por gustarse aquí la dulzura espiritual en su misma fuente, que es Cristo nuestro Salvador, fuente de toda suavidad ⁴³.

Pues para gozar de este tan grande beneficio decimos que, señaladamente, se requiere actual devoción. Porque, como entre la forma y el aparejo para ella haya de haber alguna semejanza, no puede haber más conveniente aparejo para recibir acrecentamiento de devoción que ir con actual devoción. Como vemos por experiencia que el mejor aparejo que puede llevar un leño para hacerse fuego es estar caliente y seco, que son propiedades del mismo fuego.

Y, si me preguntares qué cosa sea esta actual devoción, no sé cómo podértelo mejor explicar que con decirte que es una como *agua de ángeles* ⁴⁴, la cual, así como se destila de diversas yerbas olorosas, así tiene diversos y muy suaves olores. Porque esta devoción es un afecto espiritual compuesto de otros espirituales y santos afectos y deseos, de los cuales ha de ir llena el ánima cuando se llega a este venerable Sacramento. Porque, como dice san Ambrosio, «¡con cuánta contrición y arrepentimiento, con qué fuentes de lágrimas, con qué temor y reverencia, con qué castidad de cuerpo y con qué pureza de espíritu se ha de celebrar, Dios mío, este divino Misterio, donde tu carne verdaderamente se come y tu sangre verdaderamente se bebe, donde las cosas más altas se juntan con las bajas y las divinas con las humanas, y donde está la presencia de los santos ángeles, y donde tú mismo eres el Sacerdote y el Sacrificio, por una manera inestimable!» ¿Quién, pues, podrá dignamente tratar este Misterio, si tú, Señor, no le hicieres digno?

Y, descendiendo más en particular a tratar [482] desta devoción que aquí pedimos, digo que, para corresponder de nuestra parte a lo que pide la condición y nobleza deste Sacramento, conviene que nos lleguemos a él, por un cabo, con grande humildad y reverencia, y por otro, con grandísimo amor y confianza, y por otro, con grandísima hambre y deseo deste pan celestial. Todas estas maneras de afectos piden las excelencias de este Sacramento; y cada uno destes afectos tiene sus consideraciones con que se despierte.

I. [Del temor y reverencia con que se ha de llegar a este Sacramento]

Porque, primeramente, para despertar el temor y reverencia debe el hombre levantar los ojos a considerar la inmensidad y grandeza del Señor que en este Sacramento se encierra. Porque realmente debajo de aquel sagrado velo y de aquellas especies de pan está encerrada aquella divina Majestad, criadora, conservadora y gobernadora del mundo, ante cuya presencia tiemblan las columnas del cielo (cf. Job 26,11), ante cuyo acatamiento está postrada toda la naturaleza criada, a quien alaban las estrellas de la mañana (cf. Job 38,7), de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan, ante cuyos ojos no están limpios los espíritus celestiales (cf. Job 4,18), en cuya comparación esta tan maravillosa fábrica del mundo no es más —como dice el Sabio— que una gota de rocío de la mañana o un grano de peso que se carga sobre la balanza (cf. Sab 11,22). Pues ¿cómo no temerá el que, con ojos de fe, tan cierto ve que se llega a recibir dentro de sí un Señor de tan grande majestad?

No trato yo ahora aquí de la grandeza de sus juicios y de su justicia, y del aborrecimiento que tiene con el malo y su maldad, sino solamente de lo que pide la grandeza de tan alta majestad, para que no sólo el pecador, sino también el justo vea cuánta razón tiene, cuando aquí se llega, para temer. Ni nadie debe asegurarse con la virtud deste Sacramento, que es vida de las ánimas, pues, como ya dijimos, puede también ocasionalmente ser castigo de las que estuvieren mal aparejadas. Enviaron los hijos de Israel por el arca del Testamento, para dar una batalla a los filisteos con el favor de la presencia della, pareciéndoles que con esto tendrían segura la vitoria. La cual no solamente no

⁴³ «Et inde est quod ex virtute huius sacramenti anima spiritualiter reficitur, per hoc quod anima delectatur, et quodammodo inebriatur dulcedine bonitatis divinæ» (*Sth.* III q.79 a.1). «Effectus huius sacramenti est non solum augmentum habitualis gratiæ, sed etiam actualis delectatio spiritualis dulcedinis» (Ibid., q.81 a.1). «Sacramentum habet omnem suavitatem, in quantum continet fontem omnis gratiæ» (*In IV Sententiarum* Dis.8 q.1 a.2).

⁴⁴ «Agua de ángeles. agua perfumada con el aroma de flores de varias clases» (DRAE).

alcanzaron, mas antes fueron en ella desbaratados y muertos, y presa la misma arca sagrada (cf. 1 Sam 4,10-11); de tal manera que muy mayor fue el daño que recibieron después de venida el arca, que el que habían recibido antes de su venida. Y, así, lo que imaginaron que sería para su remedio, considerada la virtud de el arca, fue para su destrucción, por culpa de su mala vida. Así también acaeció a aquel gran privado del rey Asuero, que se decía Amán, el cual, siendo convidado a un banquete real por la reina Ester, y tomando él esto por gran favor, se le volvió el sueño al revés, porque en el convite se le trató la muerte, y de aquella mesa real fue luego, por mandado de el rey, llevado a la horca (cf. Est 7,1-10). Pues por esto clama el Apóstol, diciendo: *Examine su conciencia el hombre, y desta manera coma de aquel sagrado pan y beba de aquel cáliz; porque el que lo come y bebe indignamente, juicio come y bebe para su ánima*, pues no trata como debe el Cuerpo del Señor (1 Cor 11,28-29). Porque, si aquel arca del Testamento, que no era más que figura de este Sacramento, tanta reverencia pedía, ¿qué se deberá al mismo Sacramento? Vemos que, por haber mirado con curiosidad este arca los bethsamitas, mató Dios cincuenta mil hombres dellos (cf. 1 Sam 6,19)⁴⁵. Pues ¿qué será recibir desacatadamente al que por esta misma era figurado? Cuando esta misma arca abrió camino a los hijos de Israel por las aguas del río Jordán, les mandó Josué que mirasen mucho no se acercasen a ella, sino que hubiese siempre por los menos dos mil codos de espacio entre ellos y ella (cf. Jos 3,4), porque no los matase Dios. Pues, si tan grande reverencia se debía a aquel arca, que no era más que sombra de este Misterio, ¿qué será menester para recibir dentro de sí al mismo Señor, que por aquella arca era figurado; especialmente quien vuelve los ojos hacia dentro y mira a sí mismo, y se acuerda que por parte de la naturaleza fue nada, y por parte de la culpa es menos que nada, pues el pecado es menos que nada? Pues ¿cuánto será razón que tema quien tantas veces se ha hecho nada, quien tantas culpas tiene cometidas, tantas falsedades, tantas torpezas y tantas abominaciones contra Dios? ¿Cómo no temerá recibir un tan gran Señor en un corazón que tantas veces ha sido cueva de dragones y nido de serpientes y basiliscos?

Pues con estas consideraciones humille el hombre su corazón cuanto pudiere, y venga como el hijo pródigo a la casa de su piadoso Padre, dando voces y diciendo: *Padre, pequé contra el cielo y contra vos: ya no merezco llamarme vuestro hijo; hacedme siquiera como uno de vuestros criados* (Lc 15,18-19). Venga con el corazón de aquel publicano del Evangelio, que ni osaba acercarse al altar ni alzar los ojos al cielo, sino hería sus pechos, diciendo: *Señor Dios, ¡apiádate de mí, pecador!* (Lc 18,13). Venga con el corazón con que vendría una mujer que hubiese errado a su marido, cuando él la perdonase y volviese a recibir en su casa, que, si tuviese vergüenza, no osaría levantar los ojos a mirarle, acordándose, por una parte, de la deslealtad en que cayó, y por otra, de la nobleza del marido, que después de tal caída la recibe. Porque realmente otro tanto, y mucho más, hace aquel Esposo celestial cuando en este Sacramento recibe a su mesa y a su casa y a sus brazos al ánima que por el pecado le erró y adulteró —haciendo la voluntad de el demonio— y después se vuelve a él. Pues con estas y otras semejantes consideraciones se despierta en nuestras ánimas la humildad y reverencia que para este divino Sacramento se requiere.

[483] II. [Del amor y confianza con que se ha de llegar a este Sacramento]

Mas el amor y confianza se atizará considerando, por otra parte, que este Señor, cuan grande es en la majestad y la justicia y en el aborrecimiento del pecado, tan grande es en la bondad y en la misericordia y en la piedad para con los pecadores. Porque esta le hizo bajar del cielo a la tierra y vestirse de nuestra carne, y dar por caminos y carreras en busca dellos (cf. Mt 18,12), y comer en compañía dellos (cf. Mt 9,10), y decir que el remedio de ellos era su comida y sus deleites⁴⁶. Por estos ayunó, caminó, sudó, trabajó, veló, madrugó y sufrió infinitas persecuciones y contradicciones del mundo; por estos caminaba y predicaba de día, y por estos velaba y oraba de noche; para estos tenía siempre abiertas las puertas de sus entrañas de tal manera, que a ninguno desechó ni despidió de sí, cuanto quiera que fuese miserable y desechado de todos; y, finalmente, tanto deseó la salud y remedio de estos, que, por verlos remediados, no paró hasta ponerse en una cruz entre dos ladrones y derramar

⁴⁵ «Percussit autem de viris bethsamitibus, eo quod vidissent arcam Domini; et percussit de populo septuaginta viros, et quinquaginta millia plebis. Luxitque populus, eo quod Dominus percussisset plebem plaga magna».

⁴⁶ Simple concatenación de ideas: si su «alimento es hacer la voluntad del que *le* ha enviado y llevar a cabo su obra» (Jn 4,34), y «no es voluntad de vuestro Padre celestial que se pierda uno solo de estos pequeños» (Mt 18,14), *luego...*

toda cuanta sangre tenía por ellos. Y, no contento con esto, porque acabado el curso desta vida mortal no faltase otro tal recibidor como él, dejó ordenado este divino Sacramento, en que se queda él mismo, para que todo este linaje de hombres necesitados de remedio tuviesen siempre la misma puerta y la misma botica abierta para su remedio. De manera que la misma causa que le obligó a morir, esa le hizo instituir este Sacramento. Porque, así como amor fue el que le trajo del cielo a la tierra y le hizo poner en manos de pecadores, así el amor es el que ahora le hace por esta vía venir otra vez al mundo y el que le pone en las mismas manos.

En lo cual parece que, de su parte, no fue otra la causa desta tan grande obra, sino su inmensa caridad, y de la nuestra, no otra más que nuestra grande necesidad; de la suya, sola misericordia, y de la nuestra, sola miseria. De donde nace que este divino Sacramento es común remedio de justos y pecadores, porque no sólo es manjar de sanos, sino también medicina de enfermos, no sólo es vida de vivos, sino también resurrección de muertos; porque, como dice san Agustín, este pan no sólo sustenta a los que halla vivos, sino también a veces resucita a los muertos⁴⁷.

Pues ¿por qué título me podrá nadie defender [*prohibir, impedir*] de la participación deste Misterio? Este es un hospital real, instituido por la divina misericordia y dotado con la sangre de Cristo para remedio universal de todos los enfermos y necesitados. Pues, porque por ser enfermo, ¿me tendré yo por excluido dél? Antes por el mismo caso que soy enfermo, si deseo sanar, tengo más obligación de llegarme a él; porque, si estoy enfermo, aquí me curarán; si flaco, aquí me esforzarán; si ciego, aquí me alumbrarán; si pobre, aquí me enriquecerán; si hambriento, aquí me hartarán; y si desnudo, aquí me vestirán y cubrirán mi desnudez.

Esto es lo que no acaban, o no quieren entender los que con semejantes excusas se apartan, y apartan a otros del uso deste Sacramento, no mirando que este divino Misterio fue instituido, no sólo por manjar de sanos, sino también para medicina de enfermos; no sólo para regalo y fortaleza de justos, sino también para remedio y esfuerzo de penitentes. Del cual, aquel tiene mayor necesidad: que se siente más flaco; y, por este título, mucho menos puede vivir sin él el flaco, que el fuerte, porque el fuerte puede por más tiempo perseverar sin este socorro, mas el que trae el ánima en la boca, y está tan flaco y tan sin fuerzas, que en desviándose un poco los ojos de Dios luego comienza a desfallecer, este tal ¿en qué parará, si no se aprovecha de este socorro? Y por esto señaladamente se compadecía el Salvador deste linaje de hombres, cuando, hablando en figura deste Misterio, decía: *Si los dejare caminar ayunos, desfallecerán en el camino; porque algunos de ellos vinieron de lejos* (Mc 8,3). Porque, sin duda, así como entonces padecían mayor peligro los que habían venido de lejos, que los que vinieron de cerca, porque tenían más larga la jornada, así también aquí lo padecen los que son más flacos y los que tienen más camino que andar hasta llegar a la perfección del amor de Dios. Y, pues para remedio destes se ordenó este pan celestial, no es atrevimiento, sino consejo muy saludable, que el deseoso de su remedio se llegue a su remediador y se aproveche de la medicina que él para esto, no con menor amor que a costa de sangre, le ordenó.

Antes una de las grandes culpas de los hombres, y de que mayor cargo se les ha de hacer el día de la cuenta, ha de ser de la sangre de Cristo, conviene saber: de no haber querido aprovecharse de los remedios que por medio de aquella preciosa Sangre nos fueron instituidos; el mayor de los cuales es este. Si un rey hubiese hecho un famoso hospital y proveídolo muy copiosamente de todas las cosas necesarias para la cura de los enfermos, si después de acabada la obra con mucho gasto y diligencia suya no hubiese enfermos que se quisiesen curar en él, ¿no tendría esto por mala dicha, viendo que le salían en blanco todos sus intentos y trabajos? Pues no menos se ofende aquel Rey del cielo, si, después de habernos aparejado con su misma sangre un tan grande y tan costoso remedio como este, no queremos aprovecharnos de él; pues por el mismo caso, cuanto es de nuestra parte, hacemos infructuosos todos sus intentos y trabajos. Y esta es aquella manera de ofensa que el mismo Señor significó en la parábola de la cena, cuando, aparejado ya todo lo necesario para el convite, envió a llamar a los convidados, y ellos no quisieron venir; contra los cuales fulminó él aquella tan terrible sentencia de excomuniación, dicien- [484] do: *Dígoos de verdad que ninguno de aquellos hombres que fueron llamados gustarán jamás desta cena* (Lc 14,24).

⁴⁷ Adviértase, sin embargo, que la Eucaristía alimenta vivos, no regenera muertos; por eso es «sacramento de vivos». Dar vida es propio del Bautismo; devolverla, de la Penitencia; purificarla, repararla, corroborarla, incrementarla y preservarla de la muerte, pertenece a la eficacia del Pan de vida.

Pues, siendo esto así, ¿qué razón tendrás tú para excusarte de este convite? Si dices que eres pecador, ya no es pecador el que desea ser justo y le pesa haber sido pecador; porque, como dice san Jerónimo, «los pecados pasados no te dañan, si no te agradan». Si dices que estás caído y derribado, ya no se puede llamar caído el que le pesa porque cayó, y extiende la mano para que lo levanten. Si dices que eres indigno de llegarte a tan alto Misterio, harto loco eres si piensas que hay en el mundo quien sea perfectamente digno de llegarse a él; porque por esto se quiso el Señor comunicar a los pequeñuelos: porque por ahí se declarase más la gloria de su bondad, que quiso comunicarse a los tales. Así que, todo esto bien considerado, claramente verás que no solamente no ofendes al Señor en llegarte a él, sino antes le ofenderías mucho más en no querer aprovecharte de el remedio que él instituyó para los tales como tú. Pues con estas y otras semejantes consideraciones se despierta el deseo con que debemos llegar a este Misterio.

III. [De la hambre y deseo del celestial pan deste Sacramento]

Mas la tercera cosa, que es la hambre y deseo de este pan celestial, se despierta considerando las influencias y virtudes de este nobilísimo Sacramento, y los efectos que obra en las ánimas que devotamente le reciben. Y para conocimiento de esto has de saber que, así como contra aquel primer hombre, que fue el origen y principio de todos nuestros males, proveyó Dios de otro segundo hombre, que es Cristo JESÚS, principio de todos nuestros bienes, así también contra la fruta ponzoñosa de aquel árbol, que fue la raíz de todo nuestro daño, proveyó el manjar de este santísimo Sacramento, que es la fuente de todo nuestro remedio. Por donde, así como todos los males que nos vinieron por la desobediencia de aquel primer hombre se remediaron por la obediencia del segundo, así todos los que nos vinieron por aquel manjar ponzoñoso se remedian por este santísimo Sacramento. Porque él es como una espiritual triaca ordenada por consejo de aquel sapientísimo médico del mundo para remedio de la naturaleza humana, inficionada con el veneno y silbo de aquella antigua serpiente. Pues, según esto, quien quisiere saber cuántos sean los bienes que se nos comunican por este manjar, póngase a contar cuántos sean los males que por el otro nos vinieron, porque todos los bienes contrarios a aquellos males nos vienen por él. Por donde, así como de aquel manjar se dijo: *En cualquier día que comieres dél, morirás* (Gén 2,17), así, por el contrario, se dice deste: *El que comiere deste pan vivirá para siempre* (Jn 6,51). ¿Ves, pues, cuán derechamente se contrapone este manjar a aquel manjar, como medicina ordenada contra aquella dolencia?

Este es un medio por donde se conoce algo de los efectos de este santísimo Sacramento. Otro medio es considerar lo que en él se contiene, porque en él realmente está la misma carne de Cristo, la cual, por estar unida con el Verbo divino, participa las virtudes e influencias dél; así como el hierro inflamado y unido con el fuego participa las mismas propiedades dél. Por lo cual dice san Juan Damasceno que aquel Verbo de Dios eterno, que da vida a todas las cosas, juntándose con la carne humana la hizo dadora de vida. De donde se sigue que este Sacramento tiene todas las virtudes y efectos de Cristo, pues en él se recibe la carne de Cristo, que unida con el Verbo divino participa todas las virtudes de él.

Pues por aquí puedes fácilmente conocer qué es lo que obra en ti este Señor cuando viene a ti. Porque viene a honrarte con su presencia, a ungirte con su gracia, a curarte con su misericordia, a lavarte con su sangre, a resucitarte con su muerte, a alumbrarte con su luz, a inflamarte con su amor, a regalarte con su infinita suavidad, a unirse y desposarse con tu ánima, y hacerte participante de su Espíritu y de todo cuanto para ti ganó en la cruz con esa misma carne que te da. Y así este divino Sacramento perdona los pecados pasados, esfuerza contra los venideros, enflaquece las pasiones, disminuye las tentaciones, despierta la devoción, alumbrada la fe, enciende la caridad, confirma la esperanza, fortalece nuestra flaqueza, repara nuestra virtud, alegra la conciencia, hace al hombre participante de los méritos de Cristo y dale prendas de la vida perdurable. Este es aquel *pan que confirma el corazón del hombre* (Sal 103,15), que sustenta los caminantes, levanta los caídos, esfuerza los flacos, arma a los fuertes, alegra los tristes, consuela los atribulados, alumbrada los ignorantes, enciende los tibios, despierta los perezosos, cura los enfermos y es común socorro de todos los necesitados. Pues, si tales y tan maravillosos son los efectos de este Sacramento, y tal la bondad y amor del que nos lo da, ¿quién no será codicioso de tales riquezas?, ¿quién no tendrá hambre de tan excelente manjar?

Y, puesto caso que [*aunque*] este Sacramento sea de tanta dignidad, no por eso debe el hombre apartarse de él considerando su indignidad y pobreza, porque, como arriba dijimos, para pobres se proveyó este tesoro y para enfermos se ordenó esta medicina y para necesitados se dio este socorro y para hambrientos se aderezó este manjar. Verdad es que él es pan de ángeles, mas también es pan de penitentes. Verdad es que es manjar de sanos, mas también es medicina de enfermos. Verdad es que es convite de reyes, mas también es pan de trabajadores. Verdad es que es manjar de robustos, [485] mas también es leche de niños. Así que para todos es todas las cosas, y ninguno, por imperfecto que sea, se debe abstener desta medicina, si de todo corazón desea sanar. *No tienen los sanos necesidad de médico, sino los enfermos* (Mt 9,12). Y, pues para estos señaladamente vino Cristo al mundo, para estos señaladamente viene ahora en este Sacramento. Pues ¿con qué hambre, con qué deseo, con qué alegría será razón que sea esperado y deseado el que te viene a hacer tales mercedes? Mira el deseo que tenían aquellos Padres antiguos de la venida deste Señor, cuando rompían el cielo con clamores, pidiéndole que viniese (cf. Is 45,8), por la cual causa le llamaban *el Deseado de las gentes* (Ag 2,7)⁴⁸. Pues, si este mismo Señor es el que ha de venir a tu ánima a hacer en ella lo que hizo en el mundo, porque —como dice santo Tomás— así como cuando vino al mundo dio al mundo vida de gracia, así cuando viene al ánima le da la misma vida (cf. *Sth.* III q.79 a.1), ¿cómo no será esperado y deseado con el mismo deseo?

Mira también el deseo que los apóstoles tenían de la venida del Espíritu Santo, y las oraciones y clamores con que pedían y suspiraban por ella (cf. Hch 1,13-14), y por aquí verás cuánto debes tú desear esta venida, pues en ella esperas recibir el mismo Espíritu; aunque sea por otra diferente manera.

Mira otrosí el deseo con que una mujer casada y cargada de hijos y necesidades desea la venida del marido que está en las Indias, con la cual espera recibir todo consuelo, amparo, compañía, honra y remedio de todos sus males. Pues ¿cómo no desearás tú con más ardientes deseos la venida de aquel Esposo dulcísimo de las ánimas, que viene de las Indias celestiales lleno de todos los bienes para darte mucho más que todo el mundo te pueda dar?

Estas y otras tales consideraciones sirven para despertar en el ánima la devoción actual que para este divino Sacramento dijimos se requería.

Capítulo V. Que se debe tomar tiempo para entender en este aparejo susodicho

Pues para aparejarse el hombre desta manera conviene tomar espacio de algunos días antes de la sagrada Comunión, para que en este tiempo se ocupe así en estas santas consideraciones, como en la purificación y limpieza de su conciencia mediante el examen y arrepentimiento de sus culpas, y la confesión sacramental de ellas. En lo cual es mucho de reprehender el atrevimiento de algunos sacerdotes que, sin haber precedido nada de esto, donde les toma la voz, de allí se levantan y se van a celebrar, ora estén parlando y riendo, ora estén ocupados en otros negocios temporales y distraídos. De manera que, con el mismo corazón y descuido que se llegarían a comer un pedazo de pan material, con este mismo van a sentarse a la mesa del Señor y a comer el Pan de los ángeles; que es un desacato muy grande. Y esta es una de las causas por donde, a cabo de tantos años que usan esta medicina, se hallan tan poco aprovechados con el uso della. Porque, de otra manera, si cada vez que dicen misa recibiesen acrecentamiento notable de gracia, claro está que a cabo de veinte años que celebran habrían de tener recogido ya un grande tesoro de gracia; lo cual no parece que vemos, pues siempre se son de una manera, a saber: tan sensuales y tan indevotos como siempre lo fueron; y muchas veces, peores. Pues ¿qué cosa más para temer, que llegarse cada día a la fuente de la gracia y a la mesa de los ángeles y a la botica de todas las medicinas, y a cabo de tantos años estarse tan seco y tan ayuno, y tan lleno de enfermedades y flaquezas, como siempre?

⁴⁸ «Et veniet Desideratus cunctis gentibus» (2,8). El texto Hebreo: *El deseo*. En los LXX: *Lo escogido de todas las gentes*.

Y no son menos dignos de reprehender algunos malos cristianos que, después de haber vivido en todo género de vicios, cuando al cabo del año vienen a confesarse, apenas han acabado de vomitar mil maneras de abominaciones y pecados, cuando luego, en levantándose de los pies del confesor, se van a sentar a la mesa del Señor y comer el Pan de los ángeles, para el cual era menester, si nos fuera posible, pureza de ángeles. Pues ¿no sería razón gastar primero algún día en aplacar a Dios, y lavar y regar con lágrimas la casa en que ha de ser aposentado? ¿No sería razón celebrar la vigilia antes de la fiesta, y aparejarse primero para tan grande solemnidad? Porque, si para recibir el pueblo de Israel la ley de Dios les mandó Moisés que se aparejasen tres días antes, y que lavasen sus vestiduras y no llegasen a sus mujeres (cf. Éx 19,10.14-15), ¿cuánto más que esto se debía hacer para recibir al mismo Dios, dador, no sólo de la ley, sino de la gracia, que es más que la ley? Sino que, ¡estando aún tan reciente la memoria de los pecados pasados, y estando aún tan fresco el hedor de tantas torpezas, quiera el hombre llegarse a un Misterio de tanta pureza y recibir un Señor de tan grande majestad!

Este es un grande abuso de muchas personas; el cual, quien quisiere estimar en lo que es, no pesando las cosas con el peso de Canaán, que es peso falso (cf. Os 12,8)⁴⁹, sino con el peso del santuario (cf. Éx 30,13), que es con el juicio de Dios y de sus santos, lea el sermón de Cipriano, *De lapsis*, y allí verá cuán reprehendida es esta manera de atrevimiento; donde, hablando de los cristianos que poco tiempo después de haber sacrificado a los ídolos se llegaban a comulgar, dice así: «Volviéndose de los mismos altares del diablo, y teniendo las manos inficionadas y sucias con el tocamiento de los profanos sacrificios, se llegan a este Sacramento. Y, estando aún regoldando los manjares mortíferos de los ídolos, y aun las gargantas hediendo a aquellas sucias y pestilenciales comidas, se [486] atreven a arrebatarse el Cuerpo del Señor, como quiera que está escrito: *Todo hombre que estuviere limpio comerá deste manjar, y el que lo no estuviere, morirá por ello* (Lev 7,19-20)⁵⁰. Sin hacer caso de nada desto, se llegan a hacer fuerza al Cuerpo y Sangre del Señor. Mayor es el pecado que ahora con las manos y con la boca hacen, que el que antes hicieron cuando le negaron». Hasta aquí son palabras de Cipriano. Mira si se pudiera decir cosa más para temer que esta. Bien veo que, en parte, es éste encarecimiento; pero todavía por aquí se entenderá lo que este santo sintiera deste nuestro atrevimiento, tan ordinario y tan cotidiano.

Y, si me dices que estás ya reconciliado con Dios por medio de la confesión precedente, aunque esto sea así, no es razón que luego, en esa misma hora que acabaste de revesar [vomitar] tantos pecados, le recibas, sin que des un poco de espacio a las lágrimas y al dolor y a la purificación de tu conciencia, para que así te allegues a él con mayor pureza. Siete días estuvo María, hermana de Moisés, sin entrar en los reales de Dios, aunque estaba ya arrepentida y perdonada de su pecado (cf. Núm 12,14-15). Y tres años estuvo Absalón sin entrar en el palacio del rey David, su padre, aunque estaba ya perdonado por la muerte de su hermano Amón (cf. 2 Sam 14,24.29). Y, pues a este, después de ya perdonado, se dilató la vista de el padre ofendido por tres años⁵¹, no es mucho dilatarse a ti siquiera por tres días, pues tanto más gravemente ofendiste al Padre celestial, habiéndole tantas veces crucificado su Hijo con tus pecados.

Y, si por otra parte dices que en este tiempo no te podrás contener de pecar, y que por eso es mejor llegar luego a comulgar antes que los nuevos pecados te vuelvan a hacer indigno de ese Misterio, a esto respondo que, si los pecados son veniales, no es ése inconveniente, porque *siete veces al día cae el justo* [Prov 24,16] y fácil es el remedio de este mal; mas, si temes, o crees que serán mortales, ¿qué mayor peligro, ni qué más mal aparejo puede ser que llegarte a comulgar con una conciencia tan resbaladiza y de tan poca firmeza, que no esperes pasar siquiera tres días sin pecado mortal? ¿Dónde está aquí el firme y verdadero propósito de nunca jamás ofender a Dios, aunque se pierda la vida? ¿Dónde está el amor de Dios sobre todas las cosas, que teme el pecado sobre todas ellas? No son tan flacas las fuerzas de la gracia, ni es tan fácil de hacer un pecado mortal, que, si el hombre pusiese de su parte una mediana diligencia, no pudiese por muchos días y años, y aun por toda la vida, vivir libre de este género de pecados, ayudado con la gracia divina, que nunca falta a quien la busca.

⁴⁹ «Chanaan, in manu eius statera dolosa» (12,7).

⁵⁰ «Qui fuerit mundus, vescetur ex ea. Anima polluta, quæ ederit de carnibus hostiæ pacificorum, quæ oblata est Domino, peribit de populis suis».

⁵¹ Pequeño trascurde: *tres años* estuvo en Guesur el huído Absalón; en Jerusalén, sin ver el rostro del rey, sólo *dos años*.

Mas obligar a esto los hombres carnales y sensuales, aunque sea por tan pequeño espacio, es como quien quisiese sacar un gran río de madre, que, como tiene tantos años ha abierta y ahondada la canal por donde corre, es dificultosísima cosa sacarlo de allí; y, si con todo eso, con fuerza y arte lo sacáis, luego, en viendo la suya, corre y rompe por do puede, y se vuelve a su primera canal. Y así estos: como ha tantos años que están acostumbrados a vivir con aquella miserable libertad de hacer y decir cuanto se les antoja, y dejar su corazón tras la corriente de sus apetitos, querer sacarlos de este hilo y obligarlos a resistir a estos movimientos apasionados, esles un tormento tan grande, que no ven la hora de salir de aquella obligación y volverse a la corriente de su antigua libertad. Y por eso se dan tanta priesa por salir de aquel cargo: por poder luego tornar a vivir con la soltura que solían. De manera que, averiguado bien el negocio, la causa desta aceleración es el tormento grande que padecen en obligarlos a ser buenos por espacio de tres días, según están habituados al mal. ¡Malaventurados de vosotros!, ¿cómo presumís, por otra parte, de salvaros y ser compañeros de aquellos que fielmente pelean, haciéndoseos tan pesada cosa traer a cuestras, siquiera por tres días, el escudo de la virtud y las armas de esta espiritual caballería, pues, como dice el Apóstol, no será coronado, sino el que legítimamente pelear? [cf. 2 Tim 2,15].

Y no piense nadie que contradice esto a lo que arriba dijimos de la confianza con que tenemos de llegar a este Misterio; porque aquello se dijo para esforzar los pusilánimes y flacos, que con demasiados e indiscretos temores se abstienen deste Sacramento, mas esto se dice para enfrenar los atrevidos; no para que se aparten deste remedio, sino para que con más pureza y aparejo se lleguen a él.

Mas cuál haya de ser este aparejo, demás de lo susodicho, el capítulo siguiente lo declara más en particular.

Capítulo VI. Lo que se ha de hacer antes de la Comunión

Pues, el que desea hacer en esta parte lo que debe, tome algún tiempo, como dijimos, para este aparejo. Y, hablando ahora más familiarmente con los que más a menudo frecuentan este Misterio, sería bien que, así como Moisés mandó a los hijos de Israel, como arriba dijimos, que se aparejasen tres días antes para salir a recibir a Dios cuando les venía a dar la ley, así nosotros tomemos este mismo espacio para disponernos a recibir al mismo Señor, que nos viene a dar la ley, no de muerte, sino de vida, no de letra, sino de espíritu, no de temor, sino de amor.

Cosa es, por cierto, de grande confusión ver lo que la Escritura divina cuenta que hacían las mujeres del rey Asuero para presentarse una sola vez en el año delante dél; porque, los seis [487] meses primeros, dice que gastaban en curar el rostro con un cierto olio, y los otros seis, con no sé qué otros unguentos y confecciones (cf. Est 2,12). Pues, si tanto se hacía por caer en gracia de los ojos de un hombre terreno, ¿qué se debería hacer por caer en gracia en los ojos de Dios? ¿No fue esta una de las principales alabanzas que el ángel dijo a la sacratísima Virgen: *Hallaste gracia en los ojos de Dios?* (Lc 1,30). Pues ¿qué mucho sería hacer tanto por esta dignidad, cuanto se hacía por aquella vanidad? ¿Qué mucho sería que toda nuestra vida fuese un continuo aparejo para caer en gracia en los ojos de Dios, pues toda la de aquellas miserables mujeres lo era para caer en gracia de los de un hombre?

Mas, ya que esto no se hace así, a lo menos en estos días susodichos será razón que comencemos a disponernos para este tan grande Misterio, haciendo de nuestra parte todo lo que buenamente pudiéremos. Y, si preguntares qué sea esto, digo que lo primero sea mirar en este tiempo más atentamente por ti y por tus obras y por otra manera de conversación, para no desmandarte en cosa que pueda ofender los ojos de este Señor; no sólo mortalmente, mas ni aun venialmente, en cuanto sea posible. Y no sólo nos debemos guardar de los pecados, mas también de todas las ocasiones dellos, como son risas, pláticas y vanas conversaciones, y todas aquellas cosas que pocas veces pasan sin pecado. De manera que, así como una mujer ataviada y limpia, cuando se viste de fiesta para salir de casa, se guarda cuanto puede de poner las manos en cosa que le pueda ensuciar, así deberíamos andar

más solícitos en este tiempo que en otro, donde nos solemos vestir de fiesta para ir a recibir al Señor de los ángeles y asentarnos a comer con él a su mesa.

Especialmente conviene guardar en este tiempo la boca y mirar con todo cuidado no nos desmandemos en palabras vanas o dañosas, para que así esté más limpia la puerta por donde ha de entrar en nuestra ánima aquella Hostia celestial. Y aún mucho más conviene guardar el corazón de todo pensamiento sucio, vano o inquieto, porque, pues este es el tálamo donde Dios ha de ser aposentado, no conviene que haya en él cosa de que se puedan ofender sus ojos divinos.

Y, porque la cosa más propia de el lugar en que este Señor mora es la paz, como el Salmista dice (cf. Sal 75,3) ⁵², será razón dar de mano en este tiempo a todos los negocios desasosegados y congojosos; porque, pues el lecho deste Esposo celestial es florido, como la esposa dice en los Cantares (cf. Cant 1,16), no lo tengamos por otra parte lleno de los abrojos y espinas de semejantes pensamientos. Y, si la necesidad nos obligare a tratar estos negocios, sea con tal tiento y discreción, que no se nos trabe el corazón dellos y así nos impidan la paz y sosiego del ánima.

Y en estos mismos días conviene que se dé más tiempo a todos los espirituales ejercicios de meditaciones y oraciones, porque este es el incienso con que ha de estar perfumada la casa en que se ha de aposentar este Huésped celestial. Y particularmente convendrá ocupar nuestro pensamiento estos tres días en aquellas tres maneras de consideraciones que arriba pusimos para despertar en nuestras ánimas temor, amor y hambre de este pan celestial. Y en estos mismos días podemos también hacer oración a la Santísima Trinidad, cada un día a una de las tres Personas divinas, para que nos den aquella pureza y gracia que para esta santísima Comunión se requiere. Y particularmente podemos recorrer [*recurrir*] a la sacratísima Virgen nuestra Señora, suplicándole que, por aquella devoción con que ella concibió en sus entrañas virginales al Hijo de Dios y lo recibió en sus brazos después que nació, nos alcance gracia para que dignamente le recibamos nosotros en nuestras ánimas. Y supliquémosle también que, por aquella devoción con que ella, después de la subida de su Hijo al cielo, comulgaba y recibía su sacratísimo Cuerpo, nos alcance amor y gracia con que nosotros también así le recibamos. Donde, pidiendo esto, será bien que consideremos la fe, la devoción, el amor, las lágrimas y la alegría con que esta sacratísima Virgen comulgaría y recibiría el cuerpo de un Hijo tan amado y tan deseado, cubierto con el velo de aquellas especies sacramentales, entretanto que se dilataba la vista clara de su hermosura. Porque quien considerare la alteza de la fe y amor desta Virgen, esto es, con cuán grande firmeza y certidumbre creía que en aquel pan consagrado estaba el preciosísimo cuerpo de su Hijo, y cuán grande era el amor que le tenía y el deseo de verlo y abrazarlo en sus entrañas, no podrá dejar de entender algo de la alegría, y de las grandes alegrías y sentimientos, que en aquel santísimo corazón habría al tiempo que comulgaba. Pues desta devoción le pidamos una centella, porque esta bastará para llegarnos como debemos a este convite.

La noche antes de la Comunión será bien excusar la cena, si fuere posible, o a lo menos procurar que sea muy templada, sin conversaciones sobremesa, porque así sea el sueño más quieto y más puro, y también para que haya más aparejo para gastar un pedazo de aquella noche en estos y otros semejantes ejercicios, con que el ánima se apareje para la fiesta de el día siguiente.

Y, cuando se fuere a acostar, sea con el mismo cuidado y pensamiento, suplicando al Señor le guarde aquella noche de las figuras y asechanzas de el enemigo, para que con mayor pureza de cuerpo y ánima se llegue a él. Y, cuantas veces despertare, sea con este mismo pensamiento y oraciones con que se acostó. Y a la mañana, apenas ha de haber abierto los ojos, cuando ya es- [488] té abrazado con la cruz de Cristo y con la memoria de su pasión, en la cual señaladamente nos habemos de ocupar en este día, considerando aquella inmensidad de amor con que el Hijo de Dios se ofreció por nosotros en la cruz y puso sus espaldas a recibir los azotes que nuestros hurtos merecían; y también la caridad con que en esta mesa se ofrece a todos para remedio común de nuestros males.

Porque, pues este Sacramento fue instituido en memorial de la pasión de Cristo (cf. Lc 22,19; 1 Cor 11,24-26), este es el principal pensamiento que debe haber de nuestra parte, para que así cumplamos en esto con la intención del testador.

⁵² «Et factus est in pace locus eius; et habitatio eius in Sion».

Capítulo VII. De lo que se debe hacer al tiempo de la Comunión y después della

Declarado, pues, ya lo que se debe hacer antes de la Comunión, digamos ahora en particular lo que se debe hacer al tiempo del comulgar y después de haber comulgado.

▲ Pues al tiempo del comulgar, cuando ya te quieres llegar al altar, haz cuenta que suena en tus oídos aquella voz del Evangelio, que dice: *¡Ya viene el esposo! ¡Salid a recibirlo!* (Mt 25,6). Porque verdaderamente en ninguno otro sacramento se muestra Dios tan a la clara ser Esposo de nuestra ánima, como en este, pues el efecto dél es unir la tal ánima consigo y hacer de ambos una misma cosa; que es un matrimonio espiritual. Pues, para salir a recibir a este Esposo, es necesario mirar atentamente de la manera que él viene, para que conforme a esa le salgas tú a recibir. Él, pues, viene a ti lleno de caridad, de suavidad, de bondad y de misericordia, diciendo que *con deseo ha deseado celebrar contigo esta Pascua*, en la cual se come el Cordero pascual (Lc 22,15). Tú, pues, por el contrario, estás obligado a salirle a **recibir con toda la devoción, amor, temor y alegría que te fuere posible**, pues vas a recibir **al verdadero Esposo de tu ánima, a tu Dios, tu Criador y tu Señor, y todo tu bien**. Para lo cual debes considerar la grandeza de la devoción y alegría con que aquel santo Simeón recibió al Niño Jesús en sus brazos, cuando la Virgen se lo ofreció, para cuya vista solamente deseaba la vida (cf. Lc 2,26-28); porque esa misma es razón que tenga el que se llega a recibir por medio deste Sacramento al mismo Señor.

Mira también la devoción y alegría con que la madre de el santo Bautista recibió a la de este Señor en su casa, cuando dijo aquellas palabras de tanta devoción: *¿De dónde a mí tan grande bien, que la Madre de mi Señor venga a mi casa?* (Lc 1,43); porque con esa misma es razón que recibas tú a este Señor, diciendo con esta santa mujer: «¿De dónde a mí tan grande bien, que vos, Señor de los ángeles y gloria del cielo, queráis venir a mí? ¡Oh Padre⁵³, oh Pastor, oh Señor, oh Dios mío, oh todas las cosas!, que, no contento con haberme criado a vuestra semejanza y redimido con vuestra sangre, ¿sobre todo eso queráis ahora venir a mí, y morar en mí, y transformarme en vos, y hacerme una cosa con vos, como si vos dependiésedes de mí, y no yo de vos? ¿De dónde esto, Señor, a mí? ¿Por ventura por mis merecimientos, o porque ganáis vos algo conmigo? No, por cierto, Señor, sino por vuestra sola bondad y misericordia, por la que os holgáis vos más de estar conmigo, que yo con vos. Porque yo deseo a vos como miserable, mas vos a mí como misericordioso; yo a vos, para tener quien me dé, y vos a mí, para tener a quien dar. Y, porque **más deseáis vos dar, que yo recibir**, porque sois vos más bueno, que yo necesitado, de aquí es que más holgáis vos de venir a mí, que yo a vos; y por esto dijistes que vuestros *deleites* eran *estar con los hijos de los hombres* (Prov 8,31); porque, así como el deleite natural del ave es volar, y del pece nadar, así el deleite natural del sumo Bien es hacer bien y comunicarse a todos».

En estos y otros tales pensamientos debe ocupar el hombre su corazón antes que reciba y después de haber recibido este Huésped celestial, para cebar con ellos la devoción que para esto se requiere. Mas, porque este Esposo es de grande dignidad y muy amigo de que su esposa sea vergonzosa [cf. *1 Tim 2,9; 3,11*], por tanto conviene que esta devoción y alegría vaya mezclada con grande reverencia y humildad, considerando la dignidad del que se recibe y la indignidad de quien lo recibe. Porque esto es cumplir lo que dice el salmo: *Servid al Señor con temor, y alegraos delante de él con temblor* (Sal 2,11-12). Para lo cual será bien acordarnos de aquellas tan grandes amenazas con que Dios mandó prevenir a su pueblo al tiempo que daba la ley, sobre que nadie fuese osado llegar al monte donde Dios hablaba —ni hombre, ni bestia, ni ganado—, so pena de que por ello fuese luego apedreado (cf. Éx 19,12-13). Al mismo Aarón, con ser Sumo Sacerdote escogido por Dios, y otros hombres de los más principales, a quien dio licencia que subiesen al monte, mandó que adorasen de lejos, y que no se acercasen a él, sino sólo Moisés (cf. Éx 24,1-2). Pues, considerando esto, encójase el hombre dentro de

⁵³ El nombre de *Padre* dado a Cristo le es propio por ser título mesiánico suyo: «Estará el señorío sobre su hombro, y se llamará su nombre “Maravilla de Consejero”, “Dios Fuerte”, “Siempre *Padre*” [*pater futuri saeculi*], “Príncipe de Paz”» (Is 9,5).

sí mismo y abájese en su corazón hasta el polvo de la tierra y hasta los abismos cuando llega a recibir dentro de su cuerpo y ánima un Señor de tan grande majestad.

II.

Después que hubiere recibido esta sagrada Hostia ⁵⁴, [...] [489] [...] aquel tiempo que se sigue después de la comunión es el mejor que hay para negociar con Dios y para abrazarle dentro en su corazón. Y así debe el hombre estar este tiempo en la iglesia, o donde comulgó, dando gracias al Señor por este beneficio, y ocupando su corazón en santos pensamientos y oraciones, que para esto se ponen adelante, en el fin de este tratado tercero.

Y en ninguna manera haga lo que hacen muchos, que es, acabando de comulgar, ir luego a hablar y reír con otros. Esto tengo por un grande desacato y digno de muy grave reprehensión, porque ¿qué más malacrianza puede ser, que, acabando de recibir un tal Huésped en vuestra casa, le volváis luego las espaldas y le dejéis con la palabra en la boca, y os va[yá]is a hablar con otros?

Y, demás desto, dice el Cardenal Cayetano que este Sacramento comunica su virtud al ánima que lo recibe, no sólo cuando actualmente lo recibe, sino por todo aquel tiempo que las especies sacramentales están enteras en el pecho del hombre, para que aquí se pueda también decir aquello que el Señor dijo: *Mientras estoy en el mundo, lumbre soy del mundo* (Jn 9,5). Y, si esto es así, como este doctor presupone (aunque haya quien lo contradiga), hay mucha razón para que, por todo este espacio, esté el hombre muy recogido y devoto, para que así se le comunique con mayor abundancia esta gracia celestial; pues, como arriba dijimos, este Sacramento obra conforme a la disposición que en las ánimas halla. Y, porque las principales puertas por donde muchas veces se nos entran las influencias del Espíritu Santo son el entendimiento y la voluntad, dando al entendimiento mayor luz y a la voluntad mayor sentimiento de las cosas de Dios, no es razón que estas dos tan principales puertas estén cerradas en este tiempo; lo cual hace quien de propósito se divierte entonces a otras cosas. Y, pues este es uno de los principales frutos de la sagrada Comunión y uno de los mejores bocados desta mesa, muy fuera de razón es que, estando ya hecha la costa y recibido este divino manjar, se despida el hombre al tiempo que había de estar abriendo los senos de su ánima y recibiendo el fruto de su aparejo y del Sacramento.

Y, si me preguntas en qué podrás mejor ocupar este tiempo, digo que en alabanzas y ejercicios de amor a Dios. Porque, como dice san Bernardo, aquí son los abrazos, aquí los besos de paz más dulces que todos los panales de miel, y aquí, finalmente, la dulce unión del ánima con el Esposo celestial. Por tanto, aquí principalmente ha lugar el ejercicio de aquellas santas aspiraciones, que no son otra cosa que actos de caridad y deseos entrañables de aquel sumo Bien; cuales eran los del Profeta, cuando decía: *Diligam te, Domine, fortitudo mea* etc. (Sal 18,2); y cuando decía: *Sicut cervus desiderat ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus* (Sal 41,2).

Aquí también conviene dar gracias al Señor por todos sus beneficios; señaladamente por este, en el cual se nos da el mismo Dador y Señor de todos los bienes. Y, porque mejor entiendas la obligación que a esto tienes, acuérdate de aquel mandamiento que mandó Dios a Moisés cuando, después de haber enviado el maná a los hijos de Israel, le dijo que tomase un vaso de oro y lo hinchese del maná y lo pusiese dentro del arca del Testamento, y que estuviese allí guardado perpetuamente, para que supiesen todas las generaciones advenideras con qué linaje de manjar había él sustentado a sus padres cuarenta años en el desierto (cf. Éx 16,32). Pues, dime ahora: ¿Qué comparación hay entre aquel maná, que era manjar corruptible, y este santísimo Sacramento, que es manjar de vida perdurable? Pues, si tal agradecimiento y memoria pedía Dios por aquel manjar corruptible, ¿qué pedirá por este, que es manjar de vida, y vida eterna? No se puede esto explicar con ningún género de palabras.

En este mismo día, también debe tener el hombre sobre sí la guarda que pide una tan solemne hospedería, como es haber recibido dentro de sí a Dios. Y, si el profeta David decía que tenía reverencia al lugar en que habían estado los pies de Dios (cf. Sal 131,7) ⁵⁵, razón será que este día tenga el hombre una manera de reverencia a sus pechos, en los cuales recibió al mismo Dios. Mas esta

⁵⁴ Da aquí brevemente tres avisos: tenerla un poco en la boca para mejor pasarla, no escupir y no comer de inmediato.

⁵⁵ «Introibimus in tabernaculum [o tabernacula] eius; adorabimus in loco, ubi steterunt pedes eius».

reverencia se ha de enderezar a que por aquel día no entre en ellos cosa que no sea de Dios, en cuanto nos sea posible. Y en este mismo día señaladamente conviene tapar la boca del horno, porque no se nos salga fuera el calor de la devoción que el fuego del amor de Dios hubiere dejado en él; pues sabemos cuán delicado es el espíritu de la devoción, el cual ligeramente se va, y no vuelve sino con mucha dificultad. Desta manera, este santo Sacramento nos será causa de andar todos estos días recogidos, así antes como después de la comunión. Por donde, así como el sol alumbra y esclarece el mundo, no sólo cuando sale, sino también una hora antes que salga y otra después de puesto, así el Sol de justicia que en este Sacramento se encierra, no sólo esclarecerá nuestras ánimas cuando lo recibiéremos, sino también antes y después de haberlo recibido; lo uno, con la esperanza del recibimiento, lo otro, con la memoria del beneficio recibido.

Para ayudar a todo esto, se ponen algunas oraciones y meditaciones en el tratado quinto deste Memorial, las cuales podrán ayudar mucho al hombre que las leyere con toda la devoción y recogimiento que le sea posible, sintiendo lo [490] que dice y deteniéndose en lo que mejor le supiere.

Capítulo VIII. Del uso de los Sacramentos, y del provecho que se recibe con la frecuencia dellos

Dicho ya de la manera en que nos habemos de aparejar para este santísimo Sacramento, digamos ahora brevemente del fruto que del uso de los sacramentos se nos puede seguir, si dignamente los frecuentamos.

Pues para esto es de saber que no son otra cosa los sacramentos de la ley de gracia, sino unas canales del cielo por donde corren las gracias del Espíritu Santo, las cuales originariamente nacen de la fuente del costado de Cristo.

Y, por tanto, el que se llega a comulgar, como dice san Crisóstomo, ha de hacer cuenta que pone la boca en la llaga deste precioso costado, y que de allí bebe agua de vida. Medicinas son y remedio de nuestra flaqueza; la cual conocía muy bien aquel que fue enviado al mundo para remedio della, y así supo muy bien ordenar lo que para esto le convenía. Porque no era razón que, habiendo tantas maneras de medicinas para curar nuestros cuerpos, no hubiese también medicinas para curar las ánimas, pues ni están menos sujetas a enfermedades que ellos, ni va menos en la cura dellas, sino tanto más, cuanto son de mayor precio que ellos. Pues para este fin fueron instituidos los sacramentos de la ley de gracia, que, como ley perfecta, era razón que proveyese enteramente de todo lo que era necesario para nuestra salud. Y por esta causa son muchos los sacramentos, porque son también muchas y diversas las dolencias de nuestras ánimas.

Y no sólo ayudan para esto los sacramentos por su parte, sino también lo que nosotros hacemos por la nuestra para dignamente recibirlos. Porque el que se va a confesar, primeramente se acusa de lo pasado, y se arrepiente de lo hecho, y se humilla ante los pies del vicario de Cristo, y pide perdón de sus yerros, y propone la enmienda dellos, y allí finalmente es recibido de Dios, y por mano de la Iglesia reconciliado con él. Lo cual todo nos ayuda grandemente a traer la vida concertada, porque trae el hombre cuenta con su conciencia, habiendo tan a menudo de darla; y, como quien camina por entre dos vallados —que no puede desviarse a una banda ni a otra—, anda con cuidado de sí mismo por razón de la confesión pasada y también de la venidera, y no se osa tan fácilmente desmandar en cosas malas.

Para esto, pues, ayuda mucho el sacramento de la Confesión, cuya necesidad verían claramente los hombres, si estimasen siquiera en tanto las cosas espirituales como estiman las corporales. Si no, dime: ¿Por qué es menester escardar continuamente la huerta, y barrer la casa cada día, y lavar la camisa cada semana, sino porque cada cosa destas ordinariamente se ensucia? Pues, si viviendo en este mundo tan malo, es tantas veces amancillada la pureza de nuestra ánima, ¿por qué no procuraremos que haya para esto ordinario remedio, pues es tan ordinario el peligro? ¿Por qué no se lavará cada semana el ánima, como se lava la camisa, pues va tanto más en la limpieza de lo uno que de lo otro, cuanto vale más nuestra ánima que nuestra vestidura?

Vemos otrosí qué ordinario es el cuidado que tienen los que navegan de acudir a la bomba del navío a vaciar el agua que siempre recoge, mayormente en tiempo de lluvia; porque, a no hacer esto así, tomaría el navío tanta agua, que se fuese a fondo y se perdiese. Pues, si son tan ordinarios los pecados veniales que cada día hacemos, los cuales son como gotas de agua que caen en el navío de nuestra ánima, y estos disponen para los mortales, con los cuales se hunde este navío, ¿no será razón acudir siempre al remedio destes pecados menores ⁵⁶, para no caer en los mayores, con que todo se pierda?

Vemos otrosí cómo muchas veces provee la naturaleza —en los cuerpos llenos de malos humores— de alguna fuente o de algún otro desagadero por do se purguen, con la cual pueden vivir sanos los que de otra manera apenas pudieran vivir. Y por esto los médicos no quieren cerrar estas fuentes, aunque puedan, por no quitarles este remedio. Pues lo que en este caso inventó la naturaleza para remedio de los cuerpos, inventó la divina gracia para el de las ánimas, porque, pues dentro dellas se crían tantos malos humores de pecados, hubiese este remedio para purgarlos, que es la fuente de la Confesión, por do purgan las ánimas todo cuanto mal se cría en ellas.

I. De los efectos del sacramento de la Comunión

Desta manera, pues, se purgan y cobran salud las ánimas por el sacramento de la Confesión; mas esta salud y vida conserva el de la Sagrada Comunión, el cual por eso fue instituido en especie de mantenimiento; porque, así como es propio del mantenimiento sustentar la vida corporal, así lo es de este Sacramento sustentar la espiritual, que consiste en caridad, para que no desfallezca esta virtud con las grandes contradicciones que en este mundo padece. Por lo cual dijo el Señor que su carne era verdadero manjar, y su sangre, verdadero beber (cf. Jn 6,55). Sobre las cuales palabras dicen comúnmente los doctores que todos los efectos que obra el mantenimiento corporal, obra espiritualmente este divino manjar en las ánimas ⁵⁷, porque él nos sus- [491] tenta en la vida espiritual, deleita el gusto interior, rehace las fuerzas sobrenaturales, repara la virtud enflaquecida, fortalece al hombre contra las tentaciones del enemigo y hácele crecer cada día hasta su debida perfección, si por su culpa no queda.

Y, si preguntares cómo es posible que una sustancia y comida corporal obre un efecto tan espiritual, como es conservar y acrecentar la caridad y sustentar al hombre en vida espiritual, a esto se responde que la causa desto es la virtud sobrenatural de los sacramentos, los cuales Dios instituyó para remedio de nuestra flaqueza, y quiso que, debajo de señales y formas corporales y visibles, obrasen efectos invisibles; como se ve claro en el agua del santo Bautismo, la cual, lavando exteriormente el cuerpo, lava interiormente el ánima y la pone en estado de gracia. Pues esto mismo hace este divino Sacramento en su manera, por la parte que es sacramento, y el mayor de los sacramentos. Mas, sobre todo esto, tiene aún dos ventajas muy grandes sobre todos ellos, por donde más altamente obra esto. La una es que, en él, juntamente con la carne de Cristo está el ánima de Cristo y el Verbo eterno de Dios vivo, y vida de todas las cosas; el cual, por medio deste Sacramento, entra en el ánima del que comulga, y en ella obra este efecto tan admirable, como es el de darle vida espiritual. Por donde, así como el médico que, cuando quiere curar el enfermo con algunos polvos medicinales, los junta con un poco de agua destilada y se los da a beber, para que el agua, que es líquida, lleve la medicina por todas las venas del cuerpo, donde ha de hacer su operación, así también ordenó aquel médico celestial de juntarse el Verbo divino con esta carne, para que, entrando él por este medio en los hombres que son de carne, obrase en ellos esta manera de salud y de vida. Y, demás desto, no sólo el Verbo divino por sí, mas también la misma carne que él ayuntó a sí participa esa misma virtud, y así ella también, por medio dél, como instrumento suyo, es causadora de vida; según que arriba largamente declaramos.

Y por esta causa el Salvador, acabando de resucitar la hija de aquel príncipe de la sinagoga, le mandó dar de comer, para que la vida que él había dado con su virtud se conservase con el

⁵⁶ En la *Guía de pecadores* se citará, al respecto, Eclo 19,1: «Et qui spernit modica, paulatim decidet».

⁵⁷ Al margen: *S. Tho[mas] III q.79 [a.1]*. «Et ideo omnem effectum, quem cibus et potus materialis facit quantum ad vitam corporalem, quod scilicet sustentat, auget, reparat et delectat, hoc totum facit hoc sacramentum quantum ad vitam spiritualem. Unde Ambrosius dicit, in libro *De sacramentis*: “Iste panis est vitæ æternæ, qui animæ nostræ substantiam fulcit”».

mantenimiento (cf. Mc 5,43; Lc 8,55); dándonos en esto a entender que así también conviene que a las ánimas que han resucitado ya por virtud de Dios, que obra en el sacramento de la Confesión, se administre este divino manjar, para que la vida que se recibe por el un sacramento se conserve por el otro. En lo cual se ve cuán necesarios sean estos dos sacramentos para la vida espiritual: el uno, para que la dé, y el otro, para que la conserve. Por lo cual debe, el que desea alcanzar esta vida, muchas veces confesar, y el que conservarla, comulgar.

Y, por ser tan pocos el día de hoy los que esto hacen, son tantos los que espiritualmente mueren; y por esto mismo está tan apagada la llama de la caridad en que esta vida consiste, por ser tantos los que no se aprovechan de estos defensivos y remedios que Dios para esto nos ordenó. Porque, como dijo muy bien el cardenal Cayetano, la caridad en este mundo está fuera de su lugar natural, que es el cielo, donde, teniendo el sumo Bien presente, arde sin cesar en el amor dél; mas, en este mundo, está como extranjera y peregrina y como fuera de su lugar natural, donde tiene mil cosas que le son contrarias, por lo cual tiene necesidad de grandes reparos y defensivos para haberse de conservar. Vemos que una gota de agua echada en la mar dura para siempre, porque está en su elemento, donde se conservará con toda la otra agua, que es como ella; mas, derramada en tierra, fácilmente se seca por la sequedad natural del elemento en que está, que le es contraria. La ciudad, otrosí, asentada en el corazón y medio de un reino, segura está de los enemigos y no tiene necesidad de gente de armas ni de guarnición para conservarse; mas la que está en la frontera della, si no estuviere muy pertrechada y guardada y velada, a la hora se perderá. Pues en este mismo peligro está la caridad en esta vida, donde está fuera de su lugar natural, y donde tiene muchos enemigos, contra los cuales proveyó aquel Soberano emperador —que tan bien entendía desto— del reparo deste santísimo Sacramento; del cual se pueden muy bien entender aquellas palabras del Salmista, que dicen: *Aparejaste, Señor, delante de mí una mesa*, la cual me da virtud y fortaleza *contra todos los que me persiguen* (Sal 22,5). Pues, si todos estamos sujetos a los combates de estos enemigos, ¿qué haremos sin el socorro desta mesa, que Dios para esto nos aparejó? «¡Ay de aquellos —dice san Bernardo— que son llamados para obras de fuertes, y no comen manjar de fuertes!» Pues ¿quién son los llamados para obras fuertes, sino los que el día que fueron bautizados se declararon por caballeros de Cristo y por enemigos de Satanás y de todas sus pompas? ¿Y cuál es el manjar que da fortaleza contra estos enemigos, sino este santísimo Sacramento, de quien dice san Crisóstomo que hace leones —que echan fuego por la boca— a los que se llegan a él? De aquí es que, donde según nuestra traslación dice David: *Pan de ángeles comió el hombre*, traslada san Jerónimo: *Pan de los fuertes comió el hombre* (Sal 77,25); porque tal es, por cierto, el Sacramento que por este manjar es figurado.

Pues, siendo esto así, con mucha razón llora este santo a los que, siendo llamados para esta cotidiana batalla, y no teniendo otras mejores armas que estas para ella, no quieren aprovecharse dellas. De lo cual, ¿qué se puede seguir, sino la caída y muerte de tantas ánimas, como vemos? Porque en los tiempos pasados, con la virtud [492] deste Sacramento, que tan continuamente se administraba, prevalecían los cristianos contra todas las furias y rabias de los tiranos, y daban de buena gana la vida por la justicia; mas ahora es tan grande nuestra flaqueza, que apenas damos un paso por ella. Pues el que en medio de tantas muertes y peligros desea remedio, lléguese a esta mesa celestial, susténtese con este *pan de fuertes*, y trabaje por seguir, no los errores de los presentes, sino los ejemplos de los pasados, si quiere pelear legítimamente y ser coronado con ellos (cf. 2 Tim 2,5).

II. Responde a algunas objeciones de algunos negligentes

Los hombres carnales y amigos de vivir a su voluntad dicen que para qué es tanta confesión y comunión; que basta confesar una vez en el año, como lo manda la Iglesia. Estos no tienen conocida ni la dolencia de la naturaleza humana, ni la virtud desta celestial medicina, ni la necesidad que della tenemos. Si el hombre una sola vez en el año enfermase, una sola vez bastaba usar de estos remedios. Mas, si toda la vida el hombre es una tela perpetua de enfermedades, si tantas veces nos fatiga el ardor y fuego de la codicia, y de la hinchazón de la soberbia, y las postemas de la envidia, y la comezón y lepra de la lujuria, y las llagas encrudecidas de nuestros odios, y el hastío de las cosas espirituales, y la hambre canina de los carnales, ¿cómo queremos acudir al cabo del año a males tan cotidianos con remedios tan tardos? Muy flacas suelen ser las medicinas cuando caen sobre llagas afistoladas. Porque, aunque el sacramento de la Confesión cure del todo los pecados, mas no quita del todo las raíces de

ellos, que son los malos hábitos en que estamos envejecidos y acostumbrados, que son dificultosísimos de curar.

¿Cuál es otrosí el hombre que, cuando la casa arde, o los enemigos baten el muro, espera por el fin del año para proveer de remedio? Pues, si la carne arde con tantas llamas de codicias cuantos apetitos tiene desordenados, y si los demonios, que son nuestros capitales enemigos, baten continuamente los muros de nuestro corazón, contra los cuales no hay otro más poderoso remedio que el de los sacramentos, ¿cómo aguardamos a usar deste remedio al cabo del año, siendo el peligro tan cotidiano? Sin duda, quien esto hace, ni sabe estimar la dignidad de su ánima, ni entiende la malicia y perversidad de su carne, ni conoce la virtud y eficacia de los sacramentos, ni el fin para que fueron instituidos; pues es cierto que no menos fue instituido el sacramento de la Confesión para curar las ánimas, y el de la Comunión para sustentarlas, que la medicina para los cuerpos enfermos, y el pan para mantenerlos.

Y, si dices que al cabo del año lo perdona Dios todo, ¿qué me dices de la tiranía de la mala costumbre, que se queda arraigada en tu ánima? ¿Qué me dices de las ofensas de Dios que pudieras haber excusado, que pesan más que la pérdida de mil mundos? ¿Qué me dices de los otros pecados que se seguirán de ese pecado, pues dice san Gregorio que el pecado que no se cura con la penitencia, luego acarrea otro con su misma carga? Pues ¿cuánto mejor consejo fuera prevenir las llagas, que curarlas después de hechas? ¿Cuánto sería mejor a la mujer casada no cometer adulterio, que perdonarla su marido después de cometido?

Y, dado caso que la Iglesia no nos obligue a comulgar más que una sola vez en el año, pero esto hizo como piadosa madre, que no quiso dar ocasión de comulgar indignamente a los flacos, o de quebrantar su mandamiento, dejando del todo de comulgar, como hacen algunos; y por esto no quiso hacer ley más que de esta sola vez, por amor destos flacos, dejando por otra parte la puerta abierta y la mesa puesta todo el año para los devotos.

Otros hay que entienden esto y conocen por experiencia la virtud destos sacramentos, mas dejan de recibirlos a menudo por vergüenza de el mundo. Estos parece que son como aquellos fariseos de quien dice san Juan que conocieron a Cristo, mas no lo osaron confesar por miedo del mundo; de los cuales dice él que amaron más la gloria de los hombres, que la de Dios (cf. Jn 12,42-43). Decidme, pues: Si vos confesáis que este santo Sacramento fue ordenado y encomendado por Cristo, ¿qué otra cosa es tener vergüenza de recibirlo, sino tener vergüenza de parecer buen cristiano y discípulo de Cristo? Ese mismo temor padeció san Pedro cuando negó a Cristo, porque tuvo vergüenza de parecer discípulo suyo, y por eso se dice que le negó (cf. Jn 18,17.25-27). Pues ahora ya reina en el cielo, y es adorado del mundo; y, con todo, se afrentan los hombres de hacer cosas con que parezcan discípulos suyos. ¿Cuál es —dice Salviano— la honra que tiene Cristo entre los cristianos, cuando parecer uno muy suyo es caso de menos valer? ¿Adónde pueden más llegar los males del mundo, que a tenerse la religión y la virtud por deshonor, siendo ella sola merecedora de honra, y para quien todas las leyes divinas y humanas diputaron la honra?

Dícesme que te retraen deste Misterio las voces y clamores del mundo. Pues, ¿cómo? Si tú confiesas que, entre los tres enemigos y perseguidores que nuestra ánima tiene, uno de los principales es el mundo, el cual persiguió a Cristo, y persiguió a los apóstoles, y a los profetas, y a todos los santos, ¿qué caso debes tú hacer de quien esto hizo, y de quien así está pregonado y declarado por enemigo tuyo? ¿Quién jamás tuvo por seguro el consejo de su enemigo, y enemigo [493] que siempre le hace guerra mortal?

Pues, si este enemigo, por una parte, te retrae destos Misterios, y por otra, te llama Cristo a ellos, diciendo: *Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cansados, que yo os daré de comer* (Mt 11,28), siendo esto así, ¿a cuál destas voces será más razón de acudir? Si, llamándonos Cristo y el mundo, acudimos al mundo y dejamos a Cristo, ¿cómo nos podremos llamar siervos de Cristo? Porque de aquel es el hombre siervo: cuya voluntad hace y a quien desea contentar [cf. Rom 6,16]. Y así dice el Apóstol: *Si a los hombres desease agradar, no sería siervo de Cristo* (Gál 1,10). Y, si nos llamara el mundo para descanso y Cristo para trabajo, alguna manera de excusa pudiéramos tener. Mas no es así, sino de la manera que lo representa san Agustín por estas palabras: «El mundo clama: “Yo desfallezco”. Cristo dice: “Yo esfuerza”. Y, con todo eso, la miserable de mi ánima más quiere seguir al que desfallece, que al que nos esfuerza» (*In solil. cap.13*).

Dime otrosí: ¿Qué te hacen estas voces del mundo? ¿Qué te dan, qué te quitan? Muchas veces somos como bestias espantadizas, que tememos las sombras y cosas de aire. El amor propio es el artífice destes temores, que quiere tener tan seguros sus provechos, que no solamente recela los peligros verdaderos, sino también los imaginados.

Mas, ya que hubiese que temer, y las persecuciones de los hombres bastasen para sacarnos sangre, ¿por qué no pasaríamos ese poco de trabajo, por gozar de tan grande bien? ¿Caro te parece este bocado por ese precio? El oso que va abrazado con la colmena no se le da nada que por todas partes le piquen las abejas, por gozar de la miel que lleva. Pues, llevando tú contigo una colmena llena de tantos bienes, como es esta Hostia consagrada, y un panal de miel tan suave, como es la consolación deste divino manjar, ¿por qué no le sufrirás estas picaduras de las lenguas maldicientes, por gozar de tal bocado?

Otros hay aún no menos culpados que estos, los cuales, por pereza de aparejarse para este Sacramento, dejan de recibirlo, y de recibir a Cristo en él, que es todo nuestro bien. Pues, ¿cómo?, ¿tan pequeño te parece este tesoro, que se te hace caro pasar ese poco de trabajo por él? Mira, ruégote, en cuán diferente estima lo tenía el bienaventurado mártir Ignacio, el cual en una carta dice así: «Fuegos, cruces, bestias, despedazamientos de miembros y todas las penas del mundo y las que pueden inventar los demonios carguen sobre mí, con tanto que merezca yo gozar de Cristo» (*A los romanos*, V,3). Pues, si este santo se ponía a todos los martirios de los demonios, por gozar de Cristo, que es el que se te da en este Sacramento, ¿por qué no te pondrás tú a tan poco trabajo, como es confesarse y encomendarte a Dios, para gozar deste mismo tesoro? ¿Qué mayor locura que dejarse el hombre morir de hambre, por no extender la mano a tomar el manjar que tiene delante? *Esconde* —dice el Sabio— *el perezoso la mano en el seno, y parécele gran trabajo llevarla hasta la boca* (Prov 19,24; 26,15)⁵⁸. Pues ¿qué cosa puede ser más reprehensible, ni aun abominable, que esta? ¿Qué excusa tendrá ante Dios en la hora de la cuenta quien así despreció el remedio que se le ofrecía tan de gracia, por tan pequeña carga?

Ni tampoco se deben excusar las personas so color de reverencia, diciendo que por eso quieren comulgar de tarde en tarde: por comulgar con mayor reverencia. Para lo cual debes saber que una de las maravillas deste Sacramento, entre otras muchas, es que, como quiera que entre los hombres la mucha conversación sea causa de menosprecio, aquí no es así, cuando este Sacramento dignamente se recibe. Porque, como en él se da gracia, mientras más a menudo se recibe, más gracia se da; y, cuanto más crece la gracia, más crece el amor, y el temor, y la devoción, y la reverencia, y todas las otras virtudes que della proceden; que son los principales aparejos que para este Sacramento se requieren. De lo cual todo carece el que menos veces le recibe, y así le recibirá con menor devoción.

Esto mismo también se prueba por la diferencia que san Gregorio pone entre el gusto de los deleites espirituales, cual es el deste manjar celestial, y de los mundanales sensuales. La cual es que los gustos y deleites sensuales, cuando no se tienen, causan deseo, mas después de alcanzados, hastío, como se ve claro en el hombre hambriento y en el harto; mas, por el contrario, los espirituales, cuando no se tienen, no se desean, porque no se conocen, mas después de alcanzados y gustados, cuanto más se poseen, más se desean y más hambre causan, según aquello que la divina Sabiduría protestó, diciendo: *Los que comen de mí tendrán más hambre, y los que beben de mí tendrán más sed* (Eclo 24,21). Pues, si el deseo y la hambre deste pan celestial es uno de los principales aparejos que se requieren para él, y este deseo crece con el gusto y experiencia dél, claro está que, mientras más a menudo se recibiere, más se deseará, y así más dignamente se recibirá. De lo cual se infiere claramente que tanto más dignamente comulgará el hombre, cuanto más a menudo comulgare. Mas los que dilatan esto mucho tiempo, como por una parte carecen deste socorro, y por otra cargan de pecados por falta dél, de aquí nace que, mientras más tardan en recibirlo, menos dignamente le reciben.

Y, si alegas que eres pecador y flaco, y por eso indigno desta comida, a esto digo que, no estando en pecado mortal, por esa misma razón deberías llegar, por la cual te desvías. Porque este Sacramento es perdón de pecados, y mantenimiento de flacos, y medicina de enfermos, y tesoro de pobres, y remedio común de todos los [494] necesitados. Y así fue él instituido por Cristo, no sólo para que fuese manjar de vivos y fortaleza de sanos, sino también para que fuese medicina de enfermos y

⁵⁸ «Abscondit piger manum suam sub ascella, nec ad os suum applicat eam». «Abscondit piger manum sub ascella sua, et laborat si ad os suum eam converterit».

resurrección de muertos. Por lo cual dicen los santos que muchas veces por virtud dél se hace, el que lo recibe, de atrito contrito; que es como si dijésemos, de muerto vivo.

Acuérdate también que comía Cristo con publicanos y pecadores, y que, a los que deste convite mormuraban, respondió diciendo: *No tienen necesidad los sanos de médico, sino los enfermos; y no vine yo a llamar los justos, sino a los pecadores* (Mt 9,12.13).

▲ Bueno es retraerse deste Sacramento por temor, y bueno es llegarse por amor, porque lo uno y lo otro es honrar a Dios. Mas, como santo Tomás determina, mejor es llegarse por amor, que retirarse por temor; porque, absolutamente hablando, mejor son las obras del amor que las del temor (*Sth.* III q.80 a.10 ad 3). Conforme a lo cual, leemos que David, como vio muerto a Ozá por la irreverencia que cometió contra el arca del Testamento, no osó hospedarla en su casa, sino mandola depositar en casa de Obededón; mas, después que supo cómo el Señor había prosperado la casa de su huésped con abundancia de bienes, esforzado más con este buen suceso, que atemorizado por aquel castigo, determinó de llevarla a su casa (cf. 2 Sam 6,6ss); y no le engañó su esperanza.

Capítulo IX. Cuál sea la causa del poco gusto y devoción que algunos tienen cuando celebran o comulgan

Acerca de lo dicho, se podrá preguntar algunas cosas, a las cuales será necesario responder. Entre las cuales, la primera es cuál sea la causa por donde muchas personas que celebran y comulgan a menudo no sienten en sus ánimas aquel gusto y consolación que deberían, comiendo este pan celestial; y otras, que no solamente no sienten esto, mas ni aun parece que aprovechan en la virtud con el uso deste Sacramento, sino que se están siempre casi de una misma manera.

Pues, a lo primero, digo que unas veces falta esto por culpa de la persona, porque no se aparejó para comulgar como debía, o no vive como es razón; y por eso no es mucho que no sienta lo que sienten los que viven mejor y van más aparejados, y así tienen más puro y sano el paladar de sus ánimas, con lo cual gustan más de las cosas de Dios.

Mas otras veces falta esta manera de consolación, no por culpa de la persona, sino por sola dispensación divina, porque así cumple a la misma persona. Porque, así como muchas veces no hallan los justos en la oración aquel gusto y consolación que otras veces suelen hallar, sin haber hecho por donde lo perdiesen, porque con esto los purga Dios, y los prueba, y los ejercita, y los humilla, así también acaece lo mismo en la sagrada Comunión, sin culpa dellos.

Otras veces acaece esto por no saber los hombres buscar la devoción con la discreción que se debe buscar; como san Buenaventura lo declara por estas palabras: «Acaece —dice él— algunas veces a personas espirituales que, cuanto más procuran la gracia de la devoción que llaman *sensible*, menos la hallan, y cuanto más prisa se dan por ella, tanto más se les aleja», como acaece en las principales fiestas del año, donde más se procura la devoción, y señaladamente cuando se aparejan para comulgar. Y muchos, por esta causa, se entristecen grandemente, y con una pusilanimidad de corazón juzgan que por ventura Dios no quiere que, estando así, se lleguen a él; o que los desecha de sí, como indignos deste Sacramento. Donde viene a ser que, a veces, por esta causa, se apartan de la medicina y remedio de su salud, que es este Sacramento.

De lo cual, puede haber muchas causas, unas por culpa, y otras también sin culpa del hombre, por especial dispensación de Dios. Pero, cuanto toca al presente negocio, una de las más comunes es buscarse en los tales días la devoción con demasiada fuerza y vehemencia. Porque con esto parece que se quita al ánima su libertad y se ahoga la virtud de naturaleza, cuando el hombre trabaja demasadamente por sacar como estrujado y exprimido el jugo de la devoción. Y, si no la puede luego alcanzar como desea, entristécese y congójase por esto, y así queda más endurecido e inhabilitado para ella. De donde nace que, cuanto más ahincadamente trabaje por alcanzarla, menos la alcanza y más se seca, según aquello que está escrito: *El que aprieta mucho los pechos para exprimir leche sacará*

sangre (Prov 30,33) ⁵⁹. Vemos que no sale tan puro el zumo de una naranja, o de otras cosas tales, cuando se estrujan y aprietan con mucha fuerza, como cuando las aprietan moderadamente para que den lo que buenamente puedan dar. Pues esto mismo acaece a los que procuran la devoción; de donde nace que, cuanto el corazón está más libre, tanto es más dulce y más copioso el afecto de la devoción. Y por esta causa en otros tiempos acaece hallarse el hombre más devoto que en las fiestas señaladas: porque en estas parece que ahogamos más el espíritu con la solicitud y vehemencia deste deseo; mas en los otros tiempos, así como el deseo es más moderado, así el espíritu procede en este ejercicio con más libertad y pureza, con lo cual está más dispuesto para alcanzar lo que desea.

A la otra pregunta, que es por qué algunos de los que a menudo celebran o comulgan no vemos tan aprovechados, no sólo en la devoción, mas ni aun en las otras virtudes, antes parece que perseveran siempre casi en una misma tibieza y negligencia, a esto responde un doctor que, re- [495] gularmente hablando, esto suele acaecer por una de dos causas. La una, por culpa de su mal aparejo, como también dijimos de la falta de devoción; esto es, porque no se llegan a este Sacramento con aquel fervor de caridad y hambre deste pan celestial, sino por una manera de costumbre, o ceremonia, o cumplimiento, o necesidad, y, después de haberle recibido, luego abren la puerta y sueltan la lengua y el corazón a todos sus apetitos, sin razón y sin freno. De manera que ni antes que le reciban se aparejan con tanta devoción, ni después de haberle recibido se recogen y miran por sí con tanto cuidado. Por lo cual no es mucho que, así como se llegan ayunos a esta mesa, así también se despidan della; o a lo menos con muy poco fruto, por haber sido tan flaco su aparejo. Lo cual se confirma por lo que al principio de este tratado fundamos, conviene saber: que todas las causas obran conforme a la disposición que hallan en los sujetos; y así este soberano Sacramento, que es fuente de todas las gracias, obra también según la disposición que halla en las ánimas, y así obra menos en las que están menos bien aparejadas.

La otra causa es por razón de algunos defectos y pasiones ocultas y mal mortificadas que los hombres tienen en sus ánimas, las cuales los arrebatan y llevan en pos de sus apetitos, y así les son grandes estorbos e impedimentos de su aprovechamiento; como son la demasía de el amor propio, y de la propia voluntad, y regalo de sus cuerpos y sentidos, el cual les hace andar buscando aquí y allí diversos gustos y contentamientos, con que se derraman por las criaturas y vierten con esto la devoción, y aun muchas veces del todo la pierden; como hace un vaso de barro mal cocido, que no retiene fielmente el licor que le encomiendan, antes lo trasvina por muchas partes, hasta que del todo lo pierde. Y particularmente acaece esto a los que se dan a pláticas, risas y conversaciones vanas, y se derraman en salidas y negocios excusados; porque todas estas cosas hacen muy mala cama a este Esposo celestial. Noble cosa es, y muy delicada, la amistad de Dios, y no admite competidores, sino solo quiere poseer el corazón.

Capítulo X. Si es bueno comulgar muy a menudo

Porque en el capítulo pasado exhortamos a la frecuencia de los sacramentos, y señaladamente al de la sagrada Comunión, preguntará por ventura alguno cuán a menudo se deba este Sacramento recibir (cf. *Stth.* III q.80 a.10). La respuesta desta pregunta, por una parte, es muy fácil, y por otra, muy dificultosa. Porque, si sólo miramos a la virtud y eficacia del Sacramento, como en él esté Cristo, que es fuente de todas las gracias, y por él se nos aplique la virtud de su Pasión, que es de infinito valor, claro está que, si pudiésemos recibirlo infinitas veces, tantas lo debíamos recibir, pues tanto mayor gracia y mayores mercedes recibiríamos por él. Mas, por otra parte, considerando la disposición y aparejo que pide este Sacramento —según la cual comunica su virtud, como arriba se declaró; mayormente, que no es este Sacramento de muertos, sino de vivos, pues presupone vivir—, según esta consideración no es bien comulgar a menudo, sino según el aparejo que cada uno tuviere, para el cual conviene mirar muchas cosas.

⁵⁹ Según algún texto: «El que mucho aprieta la ubre para sacar leche, en vez de leche saca sangre». Según la *Vulgata*: «Qui autem fortiter premit ubera ad eliciendum lac, exprimit butyrum, et qui vehementer emungit, elicit sanguinem».

Porque, primeramente, para esto se debe tener respeto al estado de cada uno. Ca las personas que están dedicadas a Dios, como son los sacerdotes, religiosos y religiosas, más aparejo tienen, cuanto es de parte del estado, para llegarse a este Sacramento, como personas más desembarazadas de los tratos y negocios del mundo. Esto digo cuanto es de parte del estado, sin embargo de que muchas veces suple nuestro Señor la falta del estado con abundancia de gracia, la cual da a quien quiere y como quiere, en cualquier estado que esté; como vemos por David, Abrahán, Job y otros santos reyes y patriarcas, que fueron de grande perfección, aunque el estado no les ayudaba tanto a eso; pero ayudábalos la divina gracia, que puede más que todas las ayudas de los estados, por muy perfectos que sean.

También se debe tener respeto a que primero cumpla cada uno con las ocupaciones y cargas del estado que tiene, para que de tal manera se dé a los ejercicios espirituales, que no deje de cumplir con estas obligaciones. Porque la mujer que tiene marido e hijos a quien servir, y hijas que guardar, y casa que mantener, de tal manera se ha de dar a la devoción, que no deje las obligaciones, pues las unas son de voluntad, y las otras de necesidad, las unas de consejo, y las otras de precepto. Y uno de los principales fundamentos de la buena vida ha de ser **nunca dejar las obras de justicia por las de gracia**; pues, como dijo aquel santo Profeta, *más vale la obediencia, que el sacrificio* (1 Sam 15,22); y *obediencia* llama todo lo que era de obligación, y *sacrificio*, lo que de voluntad y devoción. Contra lo cual ordinariamente están inclinados los hombres, porque comúnmente más gusto tienen en las cosas que hacen por su voluntad propia, que en las que hacen por la ajena. Y lo que digo de la obligación de las mujeres para con sus hijos y maridos, eso mismo digo de la de los hijos y hijas para con sus padres, mayormente cuando son pobres, viejos o enfermos, porque servir a estos en sus trabajos pertenece al primer mandamiento de la segunda tabla, que es la primera obligación que tenemos a los hombres, después de Dios. La cual nos es aun encomendada con el ejemplo tan antiguo y tan celebrado de las cigüeñas, que con grande piedad y cuidado sirven a los padres que las criaron, en la postrera edad. Mire, pues, el hombre que de tal ma- [496] nera se dé al uso de los sacramentos, que no deje de cumplir con estas tan importantes obligaciones; porque de otra manera no aceptará Dios su devoción.

Lo tercero, debe el hombre también mirar la costumbre en que se pone acerca del comulgar a menudo, la cual debe ser tal, que pueda en ella perseverar y tenga aparejo para esto. Porque, así como los árboles de regadío, cuando les falta el riego acostumbrado, padecen notable daño por faltarles este tan grande y tan usado beneficio, y aun a veces vienen por eso a secarse, así las ánimas acostumbradas a este pasto celestial suelen padecer notable detrimento cuando les falta este beneficio, por ser tan grande el beneficio; y tanto, que algunos por esto vienen a aflojar en la vida espiritual, y aun a veces desistir del propósito comenzado. Porque general cosa es los cuerpos flacos, acostumbrados a una provechosa medicina, hallarse muy mal cuando la dejan; y lo mismo acaece a las ánimas flacas cuando dejan de continuar esta tan saludable medicina por culpa suya. Por lo cual, debe la persona en este caso tener también respeto a la comodidad y aparejo que tiene para la frecuencia deste Sacramento, para que se ponga en estilo que pueda siempre continuar, porque no venga a faltar en todo cuando le faltare este beneficio.

[...] ⁶⁰

Consideradas, pues, todas estas cosas, debe cada uno mirar cómo le va con la frecuencia deste Sacramento. Pues, si con esto se halla más devoto, más recogido, más circunspecto en sus palabras, más diligente en las buenas obras y más solícito en la guarda de sí mismo, y más señor de la ira y de los otros apetitos y pasiones desordenadas, aunque esto no sea con grande ventaja y eminencia, argumento es que aprovecha con este Sacramento, y así debe frecuentarlo tanto más, cuanto más esto sintiere. De suerte que, si, mientras más lo frecuenta, mejor le va, debe en este caso humildemente continuar lo que siente que le hace provecho. Mas, si nada de esto reconoce en sí, indicio es del poco fruto que saca del Sacramento y del flaco aparejo con que se llega a él; así parece que o debe acrecentar el aparejo, o disminuir la frecuencia del Sacramento.

Verdad es que algunas veces obra este Sacramento tan secretamente, que apenas lo puede el hombre barruntar, porque la gracia comúnmente obra como la naturaleza, poco a poco; según parece en una planta, que, no viendo cuando crece, vemos después que ha crecido. Por lo cual no se debe el

⁶⁰ En estas líneas indica un inconveniente de su época: «que con más libertad, y menos nota, pueden salir los hombres de casa, que las mujeres...; y entre las mujeres, las de más edad y más ancianas, que las de menos».

hombre en este caso fiar de sí, sino poner su causa en manos del prudente y virtuoso confesor, para que él la determine.

Mas aquí es mucho de notar que no solamente se cuenta por aprovechamiento el pasar adelante, sino también el no volver atrás, puesto caso que [*aunque*], como dice san Bernardo, «en el camino de Dios, el no ir adelante es volver atrás»⁶¹. Pero, con todo esto, más claro ve el hombre cuándo vuelve atrás, que cuando pasa adelante; así como más claro se vería una piedra que viene rodando con ímpetu por una cuesta abajo, que la que sube hacia arriba. Porque, comúnmente hablando, el crecer es difícil, y el decrecer, fácil; así como se suele decir que es más fácil derribar, que edificar, y así es más claro de ver. Por lo cual digo que, aunque le parezca al hombre que no pasa adelante con la frecuencia deste Sacramento, mas, si por otra parte ve que dejándolo de continuar vuelve atrás, cayendo en muchos defectos y hallándose más flaco para resistir a la tentación, más tibio para la oración, más tardío para la obediencia, más perezoso para las obras de misericordia, más fácil para las risas y palabras ociosas, más pronto para la ira, más impaciente en los trabajos, y, finalmente, más descuidado en la guarda de sí mismo, cuando en todas estas cosas, o en algunas dellas, se halla más falto apartándose del Sacramento, y no tanto cuando lo frecuenta, argumento es que todavía aprovecha con el uso dél. Porque parte es de provecho incurrir en menos daño; y no es menos necesaria la medicina que nos preserva de enfermedades, que la que nos acrecienta la salud. Lo cual es cosa de grande consolación para todas aquellas personas que no ven tan palpablemente en sí el fruto deste Sacramento.

Y, dado caso que se vea muchas veces desva- [497] riar [*esbarar*] en algunos pecados veniales, no por eso se debe apartar deste Sacramento, precediendo el arrepentimiento dellos; porque, como dice san Hilario, si los pecados no son mortales, no se debe el hombre apartar de la medicina del Cuerpo del Señor. Mas antes esta razón nos obliga más a llegar a él, pues uno de los efectos y virtudes de este Sacramento es el remedio deste género de pecados; sin los cuales no se pasa esta vida.

Pues, conforme a estos presupuestos, fácilmente podrá cada uno determinar las veces que debe llegarse a este convite celestial. Porque a unos bastará llegarse por las fiestas principales del año, a otros cada mes, a otros cada quince días, y a otros también cada semana, como san Agustín aconseja⁶²; con lo cual se deberían contentar todas las personas, por virtuosas que fuesen, si no hubiese algunas particulares causas o circunstancias por donde esto se debiese hacer más veces; porque, así como no hay regla sin excepción, así no puede establecerse cosa perpetua que no tenga su limitación. Y deste parecer es san Buenaventura en un tratado que escribió *De la perfección*, a una hermana suya, en el cual dice en substancia casi todo lo que aquí hemos dicho, por estas palabras:

«Si alguno desea saber cuál sea mejor, comulgar muchas veces o pocas, páreceme que no se puede señalar en esto una regla general para todos. Porque, como sean diversos los méritos de los hombres, y diversos sus propósitos y ejercicios, y diversas también las obras del Espíritu Santo, y los estados también de cada uno, no se puede cortar una ropa que pueda venir a tantos. Y, por eso, así como a los enfermos no se da siempre una misma medicina, ni una misma cantidad, sino según la calidad de las personas, y de las enfermedades y complejiones, y tiempos y lugares se aplica y mide la cantidad de la medicina, así también conviene hacerse en la medicina espiritual deste santísimo Sacramento. Porque, los que andan envueltos en cuidados y negocios del mundo, menos veces pueden desembarazarse para recibirlo, que aquellos que libres de todos estos negocios tienen dedicada su vida a los espirituales ejercicios. Y, entre estos, unos hay más cuidadosos en la guarda de sí mismos, y en la pureza de la conciencia, que otros. Algunos también hay que son grandemente inflamados con el ardor y deseo deste santísimo Misterio. Otros, por el contrario, padecen grandes miedos y temores cuando han de comulgar, y, si nos les apretase la conciencia, o la costumbre de la religión, o el temor de alejarse más de Dios, dejando de comulgar, pocas veces comulgarían. Mas, a mi parecer, que pocas veces se hallarán personas (sacados los sacerdotes, cuyo oficio es celebrar) a quien no baste comulgar una vez en la semana, si no hubiese alguna especial causa o razón para esto, como es alguna enfermedad que sobreviniese, o alguna principal solemnidad, o algún nuevo y no acostumbrado deseo de recibir aquel que, solo, puede templar y refrigerar el ardor del ánima que lo ama. Y, porque el ímpetu de tal ardor piadosamente se puede conjeturar que es del Espíritu Santo (cuando las otras cosas concurran con él),

⁶¹ Al margen: *Serm. 2 Purific.*, II,3 & *epist.341*, al Abad Guérin (carta CCLIV,4).

⁶² Al margen: *Libr. de Eccles. dogma. c.53 circa princ. & S. Th. 3. q.80 art.10* ad 1: «Et ideo, si aliquis se quotidie ad hoc paratum inveniat, laudabile est quod quotidie sumat. Unde Augustinus, cum dixisset: “accipe quod quotidie tibi prosit”, subiungit: “sic vive, ut quotidie merearis accipere” etc.». Adviértase que no habla de *hebdomada*, sino de *quotidie*.

parece que no se debe resistir al tal deseo. Lo cual se ha visto por experiencia en algunas personas, cuya vida era Cristo, de tal manera, que, si muchas veces no gozaban de la refección deste Pan de vida, parecía que desfallecía en ellos la misma vida corporal; como lo daban a entender claramente indicios manifiestos de flaqueza.

»Y, por tanto, cosa es muy saludable que el hombre se apareje muchas veces para recibir la medicina deste Sacramento con la mayor devoción que pudiere; y, después de haberlo recibido, mire por sí con todo cuidado. Lo cual señaladamente pertenece a los religiosos que están dedicados a Dios, porque así alcanzan la inocencia y pureza que por este Sacramento se alcanza.

»Y, aunque algunas veces no se halle el hombre tan devoto, todavía, confiado en la misericordia de Dios, se debe llegar humildemente a este Pan de vida. Y, si le pareciere que no es merecedor desto, debe pensar que cuanto más flaco y enfermo se hallare, tanto más le conviene buscar el médico de su salud; pues, como él mismo dijo, *no tienen necesidad los sanos de médico, sino los enfermos* (Mt 9,12). Ni debes pensar que te llegas tú a Cristo para santificar a él con tu santidad, sino para que él santifique a ti con la suya.

»Ni tampoco se debe el hombre acobardar cuando no siente en sí aquella especial gracia de devoción que querría, cuando él hace lo que es de su parte; o cuando en la misma comunión, o después de ella, no se halla tan devoto; porque muchas veces suele esto acaecer por especial dispensación de Dios, por las causas que él suele a tiempos privar a los suyos desta consolación». Todo lo susodicho es de san Buenaventura, cuyo testimonio debe ser de mucha autoridad para con todos, por ser este glorioso doctor tan señalado, así en letras como en santidad y espíritu; que lo tuvo muy alto, y así escribió y supo en esta materia.

Pues, así por esto, como por todo lo demás que hasta aquí se ha dicho, se entenderá la poca razón que tienen los que con demasiado celo, so color de reverencia, condenan y aun predicán muchas veces contra las personas que frecuentan los sacramentos. Porque, ya que en esto hubiese alguna demasía, hay tantos otros males en el mundo mayores que reprehender, que no deberían gastar tanto almacén en solo este. Mayormente, que, mirado muy bien el negocio, mucho mayor mal es el que padece el mundo por andar tan alejado del uso de los sacramentos, que por llegarse demasíadamente a ellos. Para cuyo entendimiento es mucho de notar que, según dice santo Tomás, todas las virtudes morales, [498] como consiste en el medio ⁶³, necesariamente han de tener dos vicios contrarios, uno por exceso y otro por defecto; aunque no todas veces tienen nombres conocidos. Pues así también decimos que en el uso de los sacramentos, y generalmente en todos los ejercicios espirituales, puede haber demasía y puede haber falta. Pues, siendo esto así, si ponemos los ojos en el mayor de estos extremos, hallaremos que mucho mayor mal padece el mundo por apartarse tanto de los sacramentos, que por llegarse demasíadamente a ellos. Porque el yerro en esta parte, aunque sea yerro, ¿quién no ve cuánto mayor es andar los hombres arredrados [*apartados*] de los sacramentos, en los cuales puso Dios la medicina de nuestras llagas y el remedio de nuestras ánimas? ¿Qué es lo que hace a los hombres andar tan perdidos y tan rotos en la conciencia, sino andar tan apartados de este Pan de vida? Si no, mira la diferencia que hay de este siglo en que ahora vivimos, donde los hombres comulgan de año en año, a aquel en que comulgaban cada día, y por ahí verás la diferencia que hay de comulgar a menudo o comulgar de año en año. Pues el que tiene celo de Dios y de su Iglesia esto clame y esto llore: ver a los hombres tan arredrados de Dios y de todos los espirituales ejercicios, pues esta es la espiritual causa y fuente de todos nuestros males.

Pues por esta causa, así como los que tienen cargo de la república, dado caso que entiendan muy bien que así la demasía como la falta de vituallas y cosas temporales puede ser dañosa a la república, pero todo su estudio emplean en que no haya falta —y nunca les pesa con la abundancia; porque de aquella parte se puede seguir mayor daño que de esta—, así los que tienen cargo de la Iglesia mucho más deben acudir a remediar la falta de estas espirituales vituallas y medicinas, que a la demasía de ellas, pues sin comparación es mayor mal el que causa la falta que la demasía. Mayormente, que de ésta nadie puede ser buen juez por lo que ve por defuera, si no ve lo de dentro, y muy temerario es el hombre que, sin haber visto el proceso, dé sentencia sobre la causa.

Esto basta al presente para esta materia. Ahora pondremos algunas devotas oraciones y meditaciones en que se pueda ocupar el buen cristiano antes y después de la sagrada Comunión.

⁶³ «Quod virtus moralis in medio consistit» (*Stth.* I-II q.64 a.1).

**Síguese una devota meditación para antes de la sagrada Comunión,
para despertar en el ánimo el temor y amor deste santísimo Sacramento**

¿Quién sois vos, Señor mío, y quién soy yo, para que me ose llegar a vos? ¿Qué cosa es el hombre para que pueda recibir en sí a Dios, su Hacedor? ¿Qué es de sí el hombre, sino un vaso de corrupción, hijo del demonio, heredero de el infierno, obrador de pecados, menospreciador de Dios y una criatura inhábil para todo lo bueno y poderosa para todo lo malo? ¿Qué es el hombre, sino un animal en todo miserable: en sus consejos ciego, en sus obras vano, en sus apetitos sucios, en sus deseos desvariado y, finalmente, en todas las cosas pequeño y en sola su estima grande? ¿Pues cómo una tan vil y sucia criatura se osará llegar a un Dios de tan grande majestad? Las estrellas no están limpias ante vuestro acatamiento; las columnas del cielo tiemblan delante de vos; los más altos de los serafines encogen las alas y se tienen por unos viles gusanillos en vuestra presencia; pues ¿cómo os osará recibir dentro de sí una tan vil y baja criatura? El santo Bautista, dende las entrañas de su madre santificado, no osa tocar a vuestra cabeza ni se halla digno de desatar la correa de vuestro zapato (cf. Lc 3,16); el príncipe de los Apóstoles da voces y dice: *Apartaos de mí, Señor, que soy hombre pecador* (Lc 5,8); y ¿osaré yo llegarme a vos, tan cargado de pecados? Si aquellos panes que estaban sobre la mesa del Templo, que no eran más que una sombra de este Misterio, no podía comer sino quien estuviese limpio y santificado (cf. 1 Sam 21,5-6), ¿cómo me atreveré yo a comer del Pan de los ángeles, estando tan pobre de santidad? Aquel cordero pascual, que no era más que figura deste Sacramento, mandaba Dios que se comiese con pan cenceño y con lechugas amargas, calzados de zapatos y ceñidas las renes (cf. Éx 12,8.11); pues ¿cómo osaré yo llegarme al verdadero Cordero pascual, sin tener nada deste aparejo? ¿Qué es de la pureza del pan cenceño sin levadura de malicia? ¿Qué es de las lechugas amargas de la verdadera contrición? ¿Dónde está la pureza de las renes y la limpieza de los pies, que son los buenos deseos? Temo, y mucho temo, cómo seré recibido en esta mesa, si me faltare este aparejo. Desta mesa fue desechado aquel que no se halló con ropa de bodas (que es la caridad), y atado de pies y manos fue mandado echar en las tinieblas exteriores (cf. Mt 22,11-13). Pues ¿qué otra cosa espero yo, si desta manera me hallare en este convite? ¡Oh divinos ojos, a los cuales están abiertos y desnudos todos los rincones de nuestras ánimas!, ¿qué será de la mía, si ante ellos pareciere sin esta vestidura? Tocar el arca del Testamento cuando se quería caer fue cosa tan grave, que el sacerdote que la tocó fue luego castigado con arrebatada muerte (cf. 2 Sam 6,6-7). Pues ¿cómo no temeré yo el mismo castigo, si recibiere indignamente al que por aquella arca era figurado? No hicieron los betsamitas más que mirar curiosamente esta misma arca cuando pasaba por sus tierras, y por solo este atrevimiento dice la Escritura que mató Dios cincuenta mil hombres del pueblo (cf. 1 Sam 6,19). Pues, oh misericordioso y terrible Dios, ¡cuánto mayor cosa es vuestro Sacramento, que aquel arca!, ¡y cuánto mayor cosa es recibiros, que miraros! Pues ¿cómo [499] no temblaré yo, cuando me llegare a recibir un Dios de tan grande majestad y justicia?

Y, si tanta razón tengo para temer considerando vuestra grandeza, ¿cuánto más debo temer considerando mis pecados y mi malicia? Tiempo hubo, y plega [plazca] a vuestra misericordia no lo sea también ahora, cuando la cosa más olvidada y menos amada de mi corazón érades vos, hermosura infinita, y cuando el polvo de las criaturas tenía yo en más, que el tesoro de vuestra gracia y la esperanza de vuestra gloria. La ley de mi vida eran mis deseos, la conciencia tenía dada a mis apetitos, y no tenía más cuenta con vos, que si nunca os conociera. Yo soy aquel *necio* que *dijo en su corazón: No hay Dios* (Sal 13,1). Porque de tal manera viví un tiempo, como si creyera que no lo había. Nunca por vuestro amor trabajé, nunca por vuestra justicia temí, nunca por vuestras leyes me aparté de lo malo, nunca por vuestros beneficios os di las gracias que debía, nunca por saber que vos estábades en todo lugar presente dejé de pecar delante de vos; *todo lo que mis ojos desearon les concedí, y no fui a la mano a mi corazón para estorbarle algunos de sus deleites* (Ecl 2,10). ¿Qué géneros de maldades hay por donde no haya pasado mi malicia? ¿Qué otra cosa fue mi vida, sino una contradicción y guerra contra vos, y una renovación de todos los martirios que pasastes por mí? ¿Qué hice las otras veces que comulgué, y, acabando de comulgar os ofendí, sino escarneceros con los soldados, que, por una parte, hincadas las rodillas os adoraban, y por otra, con la caña os herían? (cf. Jn 19,3). Pues, ¡oh Salvador y juez mío!, ¿cómo os osaré recibir en una tan vil y sucia morada?; ¿cómo depositaré vuestro sagrado Cuerpo en la cama de los dragones y en el nido de las serpientes? ¿Qué cosa es el ánimo llena de pecados, sino una casa de demonios, un establo de bestias, un cenagal de puercos y un muladar de

todas las inmundicias? Pues ¿cómo estaréis vos, pureza virginal y fuente de hermosura, en lugar tan abominable? ¿*Qué tiene que ver la luz con las tinieblas? ¿Y la compañía de Dios con la de Belial?* (2 Cor 6,14-15). ¡Oh *flor del campo y azucena de los valles!* (Cant 2,1), ¿cómo queréis vos ahora ser hecho manjar de bestias?; ¿cómo se ha de dar ese divino manjar a los perros, y esa tan preciosa margarita a los puercos? (cf. Mt 7,6). ¡Oh *amador de las ánimas limpias, que os apacentáis entre los lirios, mientras dura el día y se inclinan las sombras!* (Cant 2,16), ¿qué pasto os podré yo dar en este corazón, donde no nacen estas flores, sino zarzas y espinas? Vuestro lecho es *de madera de Líbano, las columnas tiene de plata, el reclinatorio de oro y la subida de púrpura* (Cant 3,9-10). No hay en esta casa ninguno destos colores; pues ¿qué silla os daré yo cuando entráredes en ella? Vuestro sagrado cuerpo fue envuelto en una sábana limpia y sepultado en un sepulcro nuevo donde nadie había sido sepultado (cf. Mt 27,59-60; Jn 19,41); pues ¿qué parte hay en mi ánima que sea limpia y nueva donde os pueda yo sepultar? ¿Qué ha sido mi boca, sino *sepultura abierta* (Sal 5,10), por donde salía el hedor y corrupción de mis pecados? ¿Qué mi voluntad, sino casa y cama de el enemigo? Pues ¿cómo osaré yo llegarme con estos labios sucios y con este aparejo a recibiros y a daros paz? ¡Oh Redentor mío, confúndome de verme tal! Avergüénzome de ver cuál voy a los brazos de el Esposo del cielo, que de nuevo me quiere recibir.

Segunda parte de esta meditación

Conozco, Señor, Dios mío, mi indignidad, y conozco vuestra gran misericordia. Esta es la que me da atrevimiento para llegarme a vos tal cual soy. Porque, mientras más indigno fuere yo, más glorificado quedáis vos en no desechar y tener asco de tan sucia criatura. No desecháis, Señor, los pecadores, antes los llamáis y los atraéis a vos. Vos sois el que dijistes: *Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os daré refrigerio* (Mt 11,28). Vos dijistes: *No tienen necesidad los sanos del médico, sino los enfermos; y no vine a buscar a los justos, sino a los pecadores* (Mt 9,12.13). De vos públicamente se decía que recibíades los pecadores y comíades con ellos. No habéis mudado, Señor, la condición que teníades entonces, y por eso creo que ahora también llamáis dende el cielo a los que entonces llamábades en la tierra. Pues yo, movido por este piadoso llamamiento, vengo a vos cargado de pecados, para que me descarguéis; y trabajado con mis propias miserias y tentaciones, para que me deis refrigerio. Vengo como enfermo al médico, para que me sane, y como pecador al justo, fuente de justicia, para que me justifique. Dicen que recibís los pecadores y coméis con ellos [cf. Mt 9,10], y que vuestro manjar es la conversación de los tales (cf. Jn 4,34; Lc 5,29ss). Si tanto os deleita ese convite, veis aquí un pecador con quien podéis comer de ese manjar. Bien creo, Señor, que os deleitaron más las lágrimas de aquella pública pecadora, que el convite soberbio del fariseo, pues no menospreciastes sus lágrimas ni la desechastes por pecadora, sino antes la recibistes y la perdonastes y la defendistes, y por unas pocas de lágrimas le perdonastes muchos pecados (cf. Lc 7,36ss). Aquí se os pone, Señor, otra nueva ocasión de mayor gloria, que es un pecador con más pecados y menos lágrimas. No fue aquella la última de vuestras misericordias, ni la primera. Otras muchas tales teníades hechas, y otras muchas os quedan por hacer. Entre ahora esta en la cuenta de ellas, y perdonad a quien más os ha ofendido, y menos llora porque os ofendió. No tiene tantas lágrimas que basten para lavar vuestros pies, mas vos tenéis derramada tanta sangre, que basta para lavar todos los pecados del mundo. No os indignéis, Dios mío, porque, estando tal cual me veis, me oso llegar a vos.

[500] Acordaos que no os indignastes cuando aquella pobre mujer que padecía flujo de sangre se llegó a recibir el remedio de su enfermedad, tocando el hilo de vuestra vestidura; antes la consolastes y esforzastes, diciendo: *Confía, hija, que tu fe te hizo salva* (Mt 9,22). Pues, como yo padezco otro flujo de sangre más peligroso y más incurable que este, ¿qué puedo hacer, sino llegarme a vos para recibir el beneficio de mi salud? No habéis mudado, Señor mío, la condición ni el oficio que teníades en la tierra, aunque os subistes al cielo. Porque, si así fuera, otro evangelio hubiéramos menester que nos declarara la condición que tenéis allá, si fuera diferente de la de acá. Leo, pues, en vuestros evangelios que todos los enfermos y miserables se llegaban a tocaros, porque de vos salía virtud que sanaba a todos (cf. Lc 6,19). A vos se llegaban los leprosos, y vos extendíades vuestra bendita mano y los alimpiábades; a vos venían los ciegos, a vos los sordos, y a vos los paralíticos; a vos los mismo endemoniados; a vos, finalmente, acudían todos los monstruos del mundo, y a ninguno de ellos os

negastes. En vos solo está la salud, en vos la vida, en vos el remedio de todos los males. Tan piadoso sois para querer dar salud, cuan poderoso para darla. Pues ¿adónde iremos los necesitados, sino a vos?

Conozco, Señor, verdaderamente que este divino Sacramento no es sólo manjar de sanos, sino también medicina de enfermos; no sólo es fortaleza de vivos, sino resurrección de muertos; no sólo enamora y deleita a los justos, sino también sana y purifica los pecadores. Cada uno se llegue según pudiere, y tome de ahí la parte que le pertenece. Lléguese los justos a comer y gozar en esta mesa, y suene la voz de confesión y alabanza en este convite; yo me llegaré como pecador y enfermo a recibir este cáliz de mi salud [*cf. Sal 115,4*]. Por ninguna vía puedo pasar sin este Misterio, y por ninguna parte me puedo dél excusar. Si estuviere enfermo, aquí me curarán, y si sano, aquí me conservarán; si estuviere vivo, aquí me esforzarán, y si muerto, aquí me resucitarán; si ardiera en el amor divino, aquí me abrasarán, y si estuviere tibio, aquí me calentarán. No desmayaré por verme ciego, porque el Señor alumbró a los ciegos [*cf. Sal 145,8*]; no por verme caído, porque el Señor levanta los caídos; no huiré dél, como hizo Adán por verse desnudo, porque él es poderoso para cubrir mi desnudez; no por verme sucio y lleno de pecados, porque él es fuente de misericordia; no por verme con tanta pobreza, porque él es Señor de todo lo criado. No pienso que le hago en esto injuria, antes le doy ocasión —mientras más miserable fuere— para que resplandezca más su misericordia en mi remedio. Las tinieblas del ciego dende su nacimiento sirvieron para que resplandeciese más en él la gloria de Dios (*cf. Jn 9,3*); y la bajeza de mi condición servirá para que se vea cuán bueno es aquel que, siendo tan alto, no desdeña cosas tan bajas; especialmente que no se tiene aquí respeto a mí, sino a los méritos de mi Señor Jesucristo, por los cuales el eterno Padre ha por bien de tomarme por hijo y tratarme como a tal. Pues, por esto, os suplico, clementísimo Padre, nuestro Salvador, que, pues el santo rey David asentaba a su mesa un hombre tullido y lisiado, porque era hijo de aquel grande y muy preciado amigo suyo Jonatán, queriendo en esto honrar al hijo, no por sí, sino por los méritos de su padre (*cf. 2 Sam 9,1ss*), así vos, eterno Padre, tengáis por bien asentar a este pobre y disforme pecador a vuestra sagrada mesa, no por sí, sino por los merecimientos de aquel tan grande amigo vuestro Jesucristo, nuestro segundo Adán y verdadero Padre. El cual con vos vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

» [576] [...] ⁶⁴ Preámbulo para las oraciones siguientes
que sirven para antes de la sagrada Comunión

Todos los sacramentos de la nueva ley quieren disposición y aparejo para recibirlos dignamente, pero unos más que otros. Porque una manera de aparejo pide el sacramento del Bautismo, y otra la Extremaunción, y otra aún mayor que esta la Confesión, porque requiere especial atención y declaración de los pecados; otra [577] aún más alta pide el Sacramento del altar, porque, como este sea el más noble de los sacramentos, así requiere mayor disposición y aparejo para recibirle. Para cuyo entendimiento es de saber que el efecto propio deste Sacramento es la refección espiritual del ánima, que es un gusto espiritual de Dios, un aliento para bien vivir y obrar. Y, para gozar más enteramente deste beneficio, conviene que haya de parte del hombre actual devoción y atención a Dios cuando comulga, porque, aunque la gracia se pueda recibir sin esta disposición, mas esta espiritual refección pide esta manera de devoción y atención. Pues, para tener el corazón desta manera y librarlo de todos los cuidados y pensamientos del mundo en esta hora, es menester aparejarlo antes, no sólo con el sacramento de la Confesión, que a esto se ordena, sino también con santas oraciones, lecciones y meditaciones, para que así se halle al tiempo de la Comunión más puro y devoto a Dios. Porque, si tal se hallare, así como en la leña seca se enciende luego el fuego, así también se encenderá en su corazón la llama de aquel divino fuego, que lo purifique e inflame y transforme en Dios. Pues para esto le podrá ayudar algún tanto las oraciones siguientes, que sirven *para antes y después de la sagrada Comunión*, si las leyere, no apriesa ni de corrida, sino con aquel espacio y atención, y con aquellas pausas y estaciones que requiere un tan grande misterio.

⁶⁴ **Nota:** A tenor del mismo *Preámbulo*, y viendo una edición de 1848, que lo sitúa aquí, copio a continuación todo el párrafo siguiente (entre » <), que se halla desplazado mucho más adelante, indicando también las páginas donde se halla.

Oración para antes de la Comunión, de santo Tomás de Aquino

Aquí me llevo, todopoderoso y eterno Dios, al Sacramento de vuestro unigénito Hijo, mi Señor Jesucristo, como enfermo al médico de la vida, como sucio a la fuente de misericordia, como ciego a la luz de claridad eterna, como pobre al Señor de los cielos y de la tierra, y como desnudo al Rey de la gloria. Ruego, pues, Señor, a vuestra infinita bondad y misericordia tengáis por bien sanar mi enfermedad, alimpiar mi suciedad, alumbrar mi ceguera, enriquecer mi pobreza y vestir mi desnudez, para que así pueda yo recibir al Pan de los ángeles, al Rey de los reyes, al Señor de los señores, con tanta reverencia y temor, con tanto dolor y verdadero amor, con tal fe y pureza, y con tal propósito y humildad, cual conviene para la salud de mi ánima. Dadme, Señor, que reciba yo, no sólo este Sacramento, sino también la virtud y gracia del Sacramento. Oh piadosísimo Padre, otorgadme que este unigénito Hijo vuestro, al cual yo propongo ahora recibir encubierto en esta vida, que lo merezca yo ver para siempre y sin velo en la otra. El cual con vos vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

Síguese otra oración para antes de la sagrada Comunión

Gracias y alabanzas os doy, Salvador y Señor mío Jesucristo, por todos vuestros beneficios; y señaladamente por el misterio de vuestra santa encarnación, por vuestro santo nacimiento, por vuestra circuncisión, por vuestra presentación en el templo, por la huida a Egipto, por el ayuno y tentación, por los trabajos de vuestros caminos, por el discurso de la predicación, por las persecuciones del mundo, por los dolores y tormentos de vuestra acerbísima pasión, y por todo lo que en este mundo hicistes y padecistes por mí; y mucho más por el amor con que lo padeciste, que sin comparación fue mayor. Y, sobre todo esto, os doy gracias porque tenéis por bien de asentar un tan vil y miserable pecador a vuestra mesa y hacerlo participante de vos mismo y de los inestimables tesoros de vuestra sagrada pasión. ¡Oh Dios mío y Salvador mío!, ¿con qué os pagaré yo esta nueva misericordia con que tenéis por bien inclinar los cielos de vuestra grandeza y descender al muladar de nuestra vileza? ¿Quién sois vos y quién nosotros, para que vos, Señor de la majestad, queráis descender a nuestras casas de barro? El cielo es vuestra silla y la tierra es escaño de vuestros pies (cf. Is 66,1), y todo lo hinche la gloria de vuestra majestad; pues, ¿cómo queréis, Señor, aposentaros en tan viles pajares? *¿Es posible —dice Salomón— que haya de morar Dios en la tierra con los hombres? Si el cielo y los cielos de los cielos con toda su grandeza no bastan para daros lugar, ¡cuánto menos bastará esta pequeña casa que yo os he edificado!* (1 Re 8,27). ¡Oh, cómo es grande maravilla que el que está asentado sobre querubines, y desde allí mira los abismos (cf. Dan 3,55), que ahora descienda a asentarse en estos abismos y poner ahí la silla de su majestad!

Poco le pareció a vuestra infinita bondad haber enviado los ángeles para nuestro servicio (cf. Sal 90,11), sino que vos mismo, Señor de los ángeles, quisiédes venir a nosotros, y entrar en nuestros cuerpos y ánimas, y tratar allí por vuestras propias manos los negocios de nuestra salud. Allí visitáis los enfermos, esforzáis los flacos, levantáis los caídos, consoláis los tristes, animáis los desconfiados, enseñáis los ignorantes, encamináis los descarriados, dais de comer a los hambrientos y encendéis en vuestro amor a los tibios. Finalmente, vos mismo sois el que nos curáis de todos nuestros males; y esto, no con otras manos que con las vuestras, ni con otra medicina que con vuestra carne y vuestra sangre. ¡Oh Buen Pastor!, y cuán fielmente cumpliste aquellas palabras que nos distes por el Profeta, diciendo: *Yo apacentaré mis ovejas, y les daré sueño reposado; yo buscaré lo perdido y volveré al aprisco lo desechado, y esforzaré lo flaco, y lo gordo y fuerte yo lo conservaré* (Ez 34,15-16).

[578] Mas ¿quién será digno destas mercedes y desta unión tan admirable? No hay en el cielo ni en la tierra dignidad ni mérito que de sí para ello basten. Y por esto, Señor, vuestra misericordia es la que para esto nos habilita y vuestra gracia nos hace dignos de tanto bien. Y, pues sin ella nadie es digno, ella sea, Dios mío, la que me favorezca, la que me ayunte con vos, la que me haga participante deste Misterio y agradecido a este tan inestimable beneficio. Supla mis defectos vuestra gracia, perdone mis pecados vuestra misericordia, apareje mi ánima vuestro espíritu, enriquezcan mi pobreza vuestros merecimientos, y lave todas las mancillas de mi vida vuestra sangre preciosa, para que así pueda dignamente recibir el sacramento de vuestro preciosísimo Cuerpo.

Alégrome, Dios mío, cuando me acuerdo de aquel gran milagro que hizo el cuerpo del profeta Eliseo después de muerto, el cual resucitó a otro muerto que acaso [*accidentalmente*] unos ladrones escondieron en su sepultura y lo juntaron con él (cf. 2 Re 13,21). Pues, si tanto pudo el cuerpo muerto de un profeta, ¿cuánto más podrá el cuerpo vivo del Señor de los profetas? No sois vos, por cierto, Señor, menos poderoso que vuestro profeta, ni mi ánima está menos muerta que aquel cuerpo, ni es de menos virtud este tocamiento que aquel. Pues ¿por qué no esperaré yo también de aquí este mismo beneficio? ¿Por qué hará mayores maravillas el cuerpo concebido en pecado, que el que fue concebido del Espíritu Santo? ¿Por qué ha de ser más honrado el cuerpo del siervo, que el del Señor? ¿Por qué no resucitará vuestro sagrado Cuerpo las ánimas que se llegaren a vos, pues aquel resucitó los cuerpos que se llegaron a él? Y, pues aquel, sin buscar la vida, recibió lo que no buscaba, por virtud de aquel santo cuerpo, plegue a vuestra infinita misericordia, Señor mío, que pues yo la busco por medio deste venerable Sacramento, sea yo por él de tal manera resucitado, que ya no viva más para mí, sino para vos. ¡Oh buen Jesús!, por aquella inestimable caridad y amor que os hizo encarnar, padecer y morir por mí, humildemente os suplico me queráis alimpiar de todos mis pecados, y adornarme con vuestras virtudes y merecimientos, y darme gracia para que reciba este Sacramento con aquella humildad y reverencia, con aquel temor y temblor, con aquel dolor y arrepentimiento de mis pecados, y con aquel propósito de enmendarme dellos, y con aquel amor y caridad que conviene para tan alto Misterio.

Dadme también aquella pureza de intención con que reciba yo este Sacramento para gloria de vuestro santo nombre, para remedio de todas mis flaquezas y necesidades, para defenderme del enemigo con estas armas, para sustentarme en la vida espiritual con este manjar, y para hacerme una cosa con vos mediante este Sacramento de amor, y para ofreceros este Misterio por la salud de todos los fieles, así vivos como difuntos, para que todos sean ayudados y socorridos con la virtud inestimable deste Sacramento, que para la salud de todos fue instituido. Vos, que vivís y reináis en los siglos de los siglos. Amén. <<

[500] Oración para después de la Comunión, de santo Tomás de Aquino

Gracias os doy, Señor, Dios Padre todopoderoso, por todos vuestros beneficios, y señaladamente porque quisistes admitirme a la participación de el sacratísimo Cuerpo de vuestro unigénito Hijo. Suplícoos, Padre clementísimo, que esta sagrada Comunión no me sea obligación ni ocasión de castigo, sino intercesión saludable de perdón. Séame armadura de fe, escudo de buena voluntad, muerte de todos mis vicios, destierro de todos mis carnales apetitos, y acrecentamiento de caridad, de paciencia, de verdadera humildad y de todas las virtudes. Sea perfecto sosiego de mi espíritu y firme defensa de todos mis enemigos visibles e invisibles, y perpetua unión con vos solo, mi verdadero Dios y Señor. Y tened por bien llevarme a aquel convite inefable, donde vos sois luz verdadera, hartura cumplida y gozo perdurable, en los siglos de los siglos. Amén.

Síguese otra meditación para después de haber comulgado

¡Oh Dios mío y misericordia mía!, ¿qué gracias os podré yo dar, porque vos, Rey de los reyes y Señor de los señores, habéis querido hoy visitar mi ánima y entrar en mi pobre casa y haceros una cosa conmigo, mediante la virtud inestimable deste Sacramento? ¿Con qué os pagaré esta honra? ¿Con qué os serviré este beneficio? ¿Qué gracias os podrá dar una criatura tan pobre, por una dádiva tan rica? Porque no os contentastes con hacernos aquí participantes de vuestra soberana deidad, sino también nos hacéis de vuestra santa humanidad y de todos los merecimientos que nos ganastes con ella, porque aquí nos dais vuestra carne y vuestra sangre, y con ella nos hacéis participantes de todos los tesoros y merecimientos que con esa misma carne y sangre nos ganastes. ¡Oh maravillosa comunicación! ¡Oh preciosa dádiva, mal conocida de los hombres y dig- [501] na de ser agradecida con perpetuos loores! ¡Oh clementísimo reparador de nuestras ánimas!, ¿con qué mayores riquezas las pudiéades enriquecer, que con estas? Bien dijistes, Señor, hablando en vuestra oración al Padre: *Yo, Padre, me santifico por ellos, porque ellos sean santos de verdad [Jn 17,19]*. ¡Oh nueva manera de santificar, tan costosa para el santificador! Porque vuestra es la santidad, y mío el fruto; vuestro el trabajo, y mío el provecho; vuestra la costa, y mía la ganancia; vuestra la disciplina, y mío el perdón; vuestra es la

purga y la sangría, y mía la salud y la vida que se alcanza con ella. Por mí satisficieron aquellos vuestros dolores, aquellos clavos, y aquellas bofetadas y espinas, y aquella sangre preciosa que por mí se derramó. A mí lavaron aquellas lágrimas, a mí sanaron aquellas heridas, y por mí pagaron aquellos azotes. ¡Oh dichosa comunicación!, ¡oh carta de maravillosa hermandad!, ¡oh compañía de inefables tesoros! ¿Qué caudal pusimos nosotros, Señor, de nuestra parte para esto? ¿Qué os dimos porque tal dádiva nos diédeses? Ninguna cosa hubo, cierto, de por medio, más que sola vuestra bondad. ¿Por qué alumbrá el sol?, ¿por qué calienta el fuego?, ¿por qué enfría el agua? Claro está que porque es natural propiedad de estas criaturas producir estos efectos. Pues **a vos, Dios mío, es propio haber misericordia y perdonar, y, lo que más es, perdonar a los otros y no perdonar a vos**. Vuestra misma naturaleza es bondad, y no cualquiera bondad, sino suma bondad. Pues, así como a la bondad pertenece comunicarse, así a la suma bondad sumamente comunicarse; y así lo hicistes vos con nosotros, pues en todo os nos distes. Naciendo, os distes por hermano; comiendo, por mantenimiento; muriendo, os dais en precio; y reinando, en galardón.

Finalmente, si quieres, ánima mía, en una palabra comprender los bienes que consigo te trae este divino Sacramento, considera los que trajo este Señor al mundo cuando a él vino. Pues, así como cuando vino al mundo dio al mundo vida de gracia, con todo lo demás que se sigue de ella, así, cuando por este medio viene al ánima, le da esta misma vida. ¡Oh manjar divino, por quien los hijos de los hombres se hacen hijos de Dios, y por quien nuestra humanidad se mortifica, para que Dios viva en ella! ¡Oh pan dulcísimo, digno de ser adorado, que mantienes el ánima, y no el vientre; confirmas el corazón, y no cargas el cuerpo; alegras el espíritu, y no embotas el entendimiento; con cuya virtud muere nuestra sensualidad, y la voluntad propia es degollada, para que se cumpla en nosotros la voluntad divina!

Pues ¿qué gracias, qué alabanzas os daré yo, Señor, por este beneficio? Si el agradecimiento ha de responder a la dádiva, ¿qué linaje de agradecimiento bastará para esta dádiva? En el Éxodo leemos que dijistes a Moisés: «Toma un vaso de oro e hínchelo de maná, y ponlo dentro en el arca del Testamento, y esté ahí guardado siempre, para que sepan las generaciones advenideras con qué linaje de mantenimiento sustenté yo a vuestros padres cuarenta años en el desierto» (cf. Éx 16,32-34). Pues, si en tanto quisistes que se estimase aquel manjar corruptible, que lo mandastes guardar por memoria en lugar de tanta veneración, ¿en cuánto será razón que se tenga este manjar incorruptible, que da vida eterna a quien lo come? Veo claramente que, lo que va de manjar a manjar, esto va de beneficio a beneficio, y eso ha de ir de agradecimiento a agradecimiento. Aquel manjar era de la tierra, este es del cielo; aquel era manjar de cuerpos, este de ánimas; aquel no daba verdadera vida a los que le comían, este es vida eterna de quien lo come. Mas ¿qué hay que hacer comparación de uno a otro, pues lo que va de Criador a criatura, eso va de manjar a manjar? Pues, si tal memoria y agradecimiento pedistes por haber mantenido aquel pueblo con aquel manjar mortal y corruptible, ¿qué pediréis por haber mantenídonos con tanto más excelente manjar, cuanto es Dios mejor que su criatura? No hay agradecimiento ni alabanzas que basten para esto. Pues, como desahuciado ya de poder pagar esta deuda, no me queda otro remedio sino recibir con el Profeta el cáliz de mi salud e invocar el nombre del Señor (cf. Sal 115,4); esto es, no pagar los beneficios, sino pedir nuevos beneficios y mercedes sobre mercedes. Pídoos, pues, Señor, recibáis este venerable Sacramento para satisfacción de todas mis culpas y pecados, y para cumplida enmienda de mi vida. Por él reparad todas mis caídas y suplid todas las faltas de mi pobreza. Por él mortificad en mí todo lo que desagrada a vuestros divinos ojos, y hacedme un hombre según vuestra voluntad. Por él me conceded que en vos esté siempre firme, y a vos perfecta y perseverantemente ame, y con vos esté siempre unido e incorporado, para gloria y honra de vuestro santo nombre. También, Señor, habed misericordia de todos los pecadores. Volved a vuestra Iglesia los herejes y cismáticos. Alumbrad a todos los fieles para que os conozcan. Socorred a todos los que están puestos en tribulaciones y necesidades. Ayudad a todos aquellos por quien yo soy obligado a rogaros. Consolad a todos mis padres, parientes, amigos y enemigos, y bienhechores. Tened misericordia de todos aquellos por quien derramastes vuestra preciosa sangre. Dad perdón y gracia a los vivos, y a los difuntos descanso y gloria perdurable. Que vivís y reináis en los siglos de los siglos. Amén.

[502] *Síguese otra meditación, muy devota, para ejercitarse en ella
el día de la sagrada Comunión, pensando en la grandeza del beneficio recibido,
y dando gracias a nuestro Señor por él*

Si todas cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra se hiciesen lenguas, y todas ellas me ayudasen a daros, Señor, gracias por el beneficio que hoy me habéis hecho, es cierto que no os las podría dignamente dar. ¡Oh Dios mío y Salvador mío!, ¿cómo os alabaré yo, porque me habéis querido en esta vida visitar, consolar y honrar con vuestra presencia? Aquella santa madre de vuestro Precursor, llena del Espíritu Santo, cuando vio entrar por sus puertas a la Virgen, que dentro de sus entrañas os traía, espantada de tan grande maravilla, exclamó, diciendo: *¿De dónde a mí tanto bien, que la Madre de mi Señor venga a mí?* (Lc 1,43). Pues ¿qué haré yo, vilísimo gusano, viendo que se me ha entrado hoy por las puertas una Hostia consagrada, en la cual está encerrado el mismo Dios que allí venía? Con cuánta mayor razón podré exclamar: *¿De dónde a mí tan grande bien, que no la Madre de mi Dios, sino el mismo Dios y Señor de todo lo criado haya querido venir a mí?* ¡A mí, que tanto tiempo fui morada de Satanás! ¡A mí, que tantas veces le ofendí! ¡A mí, que tantas veces le cerré las puertas y despedí de mí; por donde merecía nunca más recibir a quien así deseché! Pues ¿de dónde a mí, Señor, que vos, Rey de reyes y Señor de los señores —cuya silla es en el cielo, cuyo estrado real es la tierra, cuyos ministros son los ángeles, a quien alaban las estrellas de la mañana, en cuyas manos están todos los fines de la tierra—, hayáis querido venir a un lugar de tan extraña bajeza? ¿Otra vez, Señor mío, queréis descender al infierno? ¿Otra vez queréis ser entregado en manos de pecadores? ¿Otra vez queréis nacer en un establo de bestias? Bien parece, Dios mío, que el mismo corazón que teníades entonces tenéis ahora, pues lo que hicistes una vez por los pecadores eso hacéis cada día por ellos.

Y, si de otra manera alguna me visitárades, todavía fuera ésta grande misericordia; mas que vos, Señor, hayáis querido, no sólo visitarme, sino entrar en mí, y morar en mí, y transformarme en vos, y hacerme una cosa con vos, por una unión tan admirable que vino a ser comparada, como vos la comparastes, con aquella altísima unión que vos tenéis con vuestro soberano Padre (cf. Jn 6,56-57), ¿qué cosa más admirable? Maravíllase el rey David de que vos, Señor, quisiédes acordaros de el hombre y poner en él vuestro corazón (cf. Sal 8,5); pues ¡cuánto mayor maravilla es que Dios quiera, no sólo acordarse de el hombre, sino hacerse hombre por el hombre, y morar con el hombre, y morir por el hombre, y darse en mantenimiento al hombre, y hacerse una misma cosa con el hombre! Maravíllase el rey Salomón que quisiese Dios morar en aquel templo, que en tantos años había edificado (cf. 1 Re 8,27); pues ¡qué mayor maravilla es que, ese mismo Señor de los cielos, por otra más excelente manera quiera morar en una tan pobre ánima, que apenas trabajó un día en aparejarle la posada! Maravíllase toda la naturaleza criada de ver a Dios hecho hombre, de verlo bajar del cielo a la tierra y andar nueve meses encerrado en las entrañas de una doncella —y es razón que se maraville, pues esta fue tan grande maravilla—; mas aquellas entrañas virginales estaban llenas de el Espíritu Santo, estaban más limpias que las estrellas del cielo, y así aparejaron morada digna para Dios; mas, que este mismo Señor quiera morar en las mías, que son más impuras que el cielo, más oscuras que la noche, ¿cómo no será ésta grande maravilla? ¡Oh, bendigan os, Señor, los ángeles por tan alta gracia y por tan gran misericordia! Bien parece que sois sumamente bueno, pues sois sumamente comunicativo de vos mismo, y pues tal y tan admirable medio buscastes para hacernos buenos.

Pues ¿qué será, si con todo esto se junta el beneficio que en nosotros obra y significa este divino Sacramento? ¡Oh, cuán alegres nuevas me da de vos, Señor, este venerable Misterio! Tráeme firmado de vuestro nombre que sois mi Padre; y no solamente Padre, sino también Esposo dulcísimo de mi ánima. Porque oyo [*oigo*] decir que el efecto principal deste Sacramento es mantener y deleitar las ánimas con espirituales deleites y hacerlas una cosa con vos. Pues, si esto es así, y por las obras se ha de juzgar el corazón, ¿de cuál corazón salió tal obra como esta? Porque *regalo* no suele ser de señor a siervo, sino de padre a hijo, y aun hijo chiquito y tiernamente amado. Porque a tal Padre pertenece, no sólo proveer a su hijo de lo necesario para la vida, sino también de cosas que sirvan para su recreación. Pues tal efecto de amor como este quedaba, Señor, por descubrir al mundo, y esto se guardaba para el tiempo de vuestra venida y para la buena nueva del Evangelio. De suerte que en la otra manera de sacramentos y beneficios me dais a entender que sois mi Rey, y mi Salvador, y mi Pastor, y mi Médico; mas en este, donde por una tan alta manera os quisistes ayuntar con mi ánima y regalar con

tan maravillosos deleites, claramente dais a entender que sois Esposo de mi ánima, que sois mi Padre, Padre que tiernamente ama a su hijo. Esto me da a entender el efecto de este Sacramento, estas nuevas me da de vos. No hay doblez, Señor, en vuestras obras: lo que muestran por defuera, eso mismo tienen de dentro. Pues por este efecto conozco la causa, por esta obra juzgo vuestro corazón, deste tratamiento y regalo que me hacéis tomo información para conocer el corazón que para conmigo tenéis. Porque, si aquel maná que tenía en sí todo género [503] de sabor y suavidad declaraba la suavidad y dulzura de vuestro corazón para con vuestros hijos (cf. Sab 16,20-21), ¿cuánto con mayor razón se dirá lo mismo deste divinísimo Maná, pues tiene tanta mayor suavidad? ¡Oh manjar del cielo, Pan de vida, fuente de deleites, venero de virtudes, muerte de vicios, fuego de amor, medicina de salud, refección de las ánimas, salud de los espíritus, convite real de Dios y gusto de la felicidad eterna! Pues ¿qué diré, Dios mío?, ¿qué gracias os daré?, ¿con qué amor os amaré por este tan grande beneficio? Si vos, siendo el que sois, así amáis a mí, vilísimo y miserable gusano, ¿cómo no amaré yo a vos, Esposo altísimo y nobilísimo de mi ánima? Ámeos, pues, yo, Señor, codídeos yo, cómaos yo, y bébaos yo. ¡Oh dulcedumbre de amor!, ¡oh amor de inestimable dulcedumbre!, cómaos mi ánima, y del licor suavísimo de vuestra dulcedumbre sean llenas mis entrañas. ¡Oh caridad, Dios mío, miel dulce, leche muy suave, manjar deleitable y manjar de grandes!: hacedme crecer en vos, para que pueda yo gozar dignamente de vos. Hijos de Adán, linaje de hombres ciego y engañado, ¿qué hacéis, en qué andáis, qué buscáis? Si amor buscáis, este es el más noble y más dulce que hay. Si deleites buscáis, estos son los más suaves, más fuertes y más castos que pueden ser. Si riquezas buscáis, aquí está el tesoro del cielo, y el precio del mundo, y piélagos de todos los bienes. Si honras queréis, aquí está toda la majestad de Dios que os viene a honrar.

Segunda parte desta meditación

Admitido, pues, yo ya a esta compañía, asentado a esta mesa, recibido en estos brazos, regalado con tales deleites, obligado con tantos beneficios, y, sobre todo, preso con tan fuertes lazos de amor, dende aquí, Señor, renuncio todos los otros amores por este amor. Ya no haya más mundo para mí, ya no más pompa de el siglo para mí. Vayan, vayan fuera de mí todos estos falsos y lisonjeros bienes, que sólo este es el verdadero y sumo Bien. El que come Pan de ángeles no es razón que se cebe de deleites de bestias; el que ha recibido a Dios en su morada no es razón que admita en ella cosa vana. Si una mujer de baja suerte viniese a casarse con un rey, luego despreciaría el sayal y todas las bajezas pasadas, y en todo se trataría como mujer de quien es. Pues, si a esta dignidad ha llegado mi ánima por medio de este Sacramento, ¿cómo se abajará ya a la vileza de el traje viejo de las costumbres pasadas? ¿Cómo abrirá la puerta de su corazón a pensamientos del mundo quien dentro de sí recibió al Señor del mundo? ¿Cómo dará lugar en su ánima a cosa profana, habiendo ya sido consagrada y santificada con la presencia divina? No consintió Salomón que la hija del rey Faraón, su mujer, morase en su casa, por haber estado en ella un poco de tiempo el arca del Testamento, aunque ya no estaba (cf. 2 Crón 8,11). Pues, si este tan sabio rey no quiso que su propia mujer (y mujer tan principal), pusiese los pies en el lugar donde había estado el arca de Dios, por ser de linaje de gentiles, ¿cómo consentiré yo que cosa gentil y profana entre en el corazón donde estuvo el mismo Dios? ¿Cómo recibirá pensamientos y deseos de gentiles el pecho donde Dios moró? ¿Cómo hablará palabras torpes y vanas la lengua por donde Dios pasó? Si por haber ofrecido el mismo rey Salomón sacrificio en el portal del templo dejó aquel lugar santificado, para que no pudiese ya servir de cosa profana (cf. 1 Re 8,64), ¿cuánto más razón será que lo sea mi ánima, pues dentro della se recibió aquel a quien todos los sacrificios y sacramentos de la ley significaban?

Y, pues tan honrado me dejáis, Señor, con esta visitación, dadme gracia para que pueda yo cumplir con esta honra que vos me distes. Nunca jamás distes a nadie honra, sin darle gracia para mantenerla; y, pues aquí me habéis honrado tanto con vuestra presencia, santificadme con vuestra virtud, para que así pueda yo cumplir con este cargo. Así lo hicistes siempre en todos los lugares en que entrastes. Entrastes en las entrañas virginales de vuestra sacratísima Madre, y así como la levantastes a inestimable gloria, así le distes inestimable gracia para mantenerla (cf. Lc 1,28.35). Entrastes, estando aún en estas mismas entrañas encerrado, en casa de santa Isabel, y allí, con vuestra presencia, santificastes y alegrastes su hijo y henchistes su madre del Espíritu Santo (cf. Lc 1,41). Entrastes en el mundo a conversar con los hombres, y, así como los ennoblecistes con vuestra venida, así los

reparastes y santificastes con vuestra gracia. Entrastes después en el infierno, y del mismo infierno hicistes paraíso, beatificando con vuestra presencia a los que honrastes con vuestra visitación. Y no sólo vos, Señor, mas el arca del Testamento (que no era más que sombra deste Misterio) entró en casa de Obededón, y luego echastes vuestra bendición sobre ella y sobre todas sus cosas, pagando con tan rica mano la hospedería que allí se os hacía (cf. 2 Sam 6,11-12). Y, pues habéis querido, Señor, también entrar en esta pobre humilde morada y ser hospedado en ella, comenzad ya a bendecir la casa de vuestro siervo y a darme con que yo pueda responder a esta honra, haciéndome digna morada vuestra. Quisistes que yo fuese como aquel santo sepulcro en que vuestro sagrado cuerpo fue depositado: dadme las condiciones que tenía este sepulcro, para que pueda yo ser aquello para que vos me elegistes; dadme aquella firmeza de piedra, y aquel sudario de humildad, y aquella mirra de mortificación con que muera a todos mis apetitos y propias voluntades, y viva a vos. Quisistes que yo fuese como una arca de el Testamento en que vos morádes: dadme gracia, para que, así como en aquel arca no había otra cosa más principal que las tablas de la ley, así dentro de mi corazón no haya o- [504] tro pensamiento ni deseo, sino de vuestra santísima ley. Quisistes darme a entender en este Sacramento que érades mi Padre, pues así me tratábades como a hijo, y hijo tiernamente amado: dadme gracia para que pueda yo responder a este beneficio, amándoos, no sólo con amor fuerte, sino con amor tan tierno, que todas mis entrañas se derritan en vuestro amor, y la memoria sola de vuestro dulce nombre baste para enternecer y derretir mi corazón; dadme también para con vos espíritu y corazón de hijo, que es espíritu de obediencia, de reverencia, de amor y de confianza, para que en todos mis trabajos acuda luego a vos, con tanta seguridad y esperanza como acude el hijo fiel a un padre que mucho ama. Quisistes, sobre todo esto, descubrir a mi ánima, en este Sacramento, amor de Esposo a esposa, y tratarme como a tal: dadme, pues, ese mismo corazón para con vos, para que así os ame yo con amor fiel, con amor casto, con amor entrañable y con amor tan fuerte, que ninguna cosa me pueda apartar de vos. Esposo castísimo de las ánimas: extended esos dulces y amorosos brazos, y abrazad mi ánima de tal manera con vos, que ni en vida ni en muerte se aparte jamás de vos. Para esta unión ordenastes este Sacramento, porque sabíades cuánto mejor estaba la criatura en vos, que en sí, pues en vos estaba como en Dios, y en sí estaba como en una flaca criatura. La gota de agua que está por sí, al primer aire se seca, mas echada en la mar y ayuntada con su principio permanece para siempre. Sacadme, pues, Señor, de mí y recibidme en vos, porque en vos vivo, y en mí muero; en vos permanezco, y en mí desfallezco; en vos soy estable, en mí transitorio y corruptible. No os vayáis, oh buen JESÚS, no os vayáis; quedaos, Señor, con nosotros, porque viene la tarde y se cierra ya el día (cf. Lc 24,29).

Y, pues me ha cabido tan dichosa suerte, como es teneros hoy en mi casa, donde tanta oportunidad tengo para negociar con vos a solas mis negocios, no será razón perder esta buena coyuntura. No os soltaré, Señor mío, de los brazos: con vos lucharé toda la noche, hasta que me deis vuestra bendición. Mudadme, Señor, el nombre viejo, y dadme otro nuevo, que es otro nuevo ser y otra nueva manera de vivir. Encojadme el un pie, y dejadme el otro sano, para que desfallezca en mí el amor de el mundo, y quede sano y entero vuestro amor (cf. Gén 32,25-30); porque desterrados ya y muertos todos los otros amores y deseos mundanos, a vos, Señor, ame, a vos solo desee, en vos solo piense, con vos solo more, a vos solo viva, en vos estén todos mis cuidados y pensamientos, a vos acuda con todos mis trabajos, y de vos reciba todos los socorros. Que vivís y reináis en los siglos de los siglos. Amén.

TRATADO CUARTO.

EL CUAL CONTIENE DOS REGLAS PRINCIPALES DE VIDA CRISTIANA

Prólogo

Después que el hombre, de todo su corazón, se hubiere vuelto a Dios y procurado la purificación de su ánima con estos dos sacramentos de que habemos tratado, resta luego emplear todo su cuidado y diligencia en la enmienda y orden de su vida; de lo cual trataremos ahora en las reglas siguientes. Y, porque, así como la naturaleza en sus obras procede siempre de menos a más, esto es, de menos perfecto a más perfecto, así también procede comúnmente la gracia; por esta causa procederemos también así aquí en esta doctrina, poniendo dos reglas y maneras de vivir: una, para los que de nuevo comienzan a servir a Dios y desean salvarse, y otra, para los que, demás desto, desean crecer y aprovechar cada día más en el camino de las virtudes.

Para cuyo entendimiento es de saber que toda esta doctrina de bien vivir repartió muy bien el profeta David en dos partes principales: la una, en no hacer mal, y la otra, en hacer bien (cf. Sal 36,27); esto es, la una, en desterrar del ánima todos los vicios, y la otra, en poblarla y adornarla con todas las virtudes. Esta es la más clara y perfecta división que en esta materia se pudiera dar. Porque con la guarda de estas dos cosas viene el hombre a hacerse nuevo hombre y nueva criatura, destruyendo con lo primero la imagen del Adán viejo y terreno, y reformando con lo segundo la de el nuevo, que es nuestro Salvador Jesucristo. Con esto también viene a hacerse hombre sobrenatural y divino, para que, pues fue criado para un fin sobrenatural y divino, cual era ver a Dios en su misma gloria y hermosura, así la vida que lo dispone para este fin sea también sobrenatural y divina; pues, según reglas de filosofía, el fin y los medios han de ser de una misma orden y proporción.

Y, dado caso que en el ejercicio y plática de la vida, y aun de la doctrina, estas dos cosas anden siempre juntas, porque no se pueden vencer los vicios sin la ayuda de las virtudes, pero todavía para mayor luz y distinción de la doctrina apartaremos lo uno de lo otro, en cuanto sea posible. También conviene aquí avisar que entre las cosas, que así en esta regla como en todas las otras semejantes escrituras se ponen, unas son de obligación, y otras de voluntad o de perfección, esto es, unas de precepto (como son los mandamientos de Dios y de su Iglesia), y otras de consejo (como son todas las demás que en las Escrituras divinas se aconsejan), las cuales sirven para guardar mejor las que se nos mandan y para alcanzar mayor perfección. Esto es muy necesario que se [505] presuponga, para que el hombre sepa lo que es de necesidad y lo que de voluntad, y entienda el grado en que está obligado a cada cosa destas, porque más diligencia ponga en lo que fuere obligatorio, que en lo que fuere voluntario, y para que nunca por lo uno deje lo otro, como ahora vemos que lo hacen algunos; que es un grande abuso y perversión. Y por esta causa se declara luego al principio desta regla lo que es de obligación, que en muy pocas palabras se comprehende; después se añaden otras muchas cosas que sirven para la guarda de estas y para alcanzar más perfección.

▲ Porque, dado caso que baste para la salvación de el hombre lo que es de precepto, mas, porque **en el camino de Dios nunca el hombre debe contentarse con lo que hace, ni decir basta**⁶⁵, para esto se añaden aquí otras muchas cosas allende de las esenciales, para los que de veras desean aprovechar y crecer siempre en toda virtud.

⁶⁵ Ver nota n.62. SAN BERNARDO: «Porque, en el camino de la vida, no avanzar es retroceder» (*Sermón II Purif.,3*). «Hace falta correr para alcanzarlo; sin esto, ¿de qué nos serviría seguirle? [...] Por consiguiente, supuesto que correr es avanzar, al cesar de avanzar tú cesas de correr, y desde que se cesa de correr, se retrocede; de donde se sigue que no querer avanzar más es, efectivamente, retroceder» (*Carta CCLIV,4, «Al Abad Guérin»*).

Capítulo I. Comienza la primera regla de la vida cristiana, en la cual se trata de la vitoria del pecado y de los remedios generales que hay contra él

El que de veras y de todo corazón desea servir a Dios y salvar su ánima, entienda que la suma de todo este gran negocio (en cuya comparación son nada todos los otros negocios, aunque sean de los imperios del mundo) consiste esencialmente en un solo punto, que es en tener en su ánima un muy **firme y determinado propósito de nunca jamás cometer pecado mortal** por cosa del mundo, que sea hacienda, que sea honra, que sea vida o cosa semejante. De manera que, así como la buena mujer y el buen capitán están determinados de morir, antes que hacer traición, la una a su marido y el otro a su rey, así el buen cristiano ha de estar determinado de nunca hacer este linaje de traición a Dios; la cual se comete por un pecado mortal.

La razón de lo dicho es porque, como dice san Pablo, la suma de toda la religión cristiana consiste en la caridad (que es en el amor de Dios y del prójimo) ⁶⁶; a la cual no hay cosa que derechamente contradiga, sino solo el pecado mortal; y por tanto, el que este no cometiere, esencialmente cumple con la ley de la caridad.

Asimismo cónstanos también por la respuesta que nuestro Salvador dio a un mancebo que el camino y medio que hay para alcanzar la vida eterna es la guarda de los mandamientos (cf. Mt 19,17-19); y cónstanos también que estos guarda quienquiera que no comete pecado mortal, pues no es otra cosa este pecado, sino quebrantamiento de los tales mandamientos. De lo cual todo se infiere que en solo este punto consiste, como dijimos, esencialmente la guarda de la ley de Dios y la salvación del hombre, que es en estar firmísimamente determinado de nunca cometer esta manera de pecado; el cual se comete quebrantando alguno de los diez mandamientos de Dios, o de los que manda la Iglesia, que está en su lugar, los cuales comúnmente son cinco.

Y digo esto así, porque entienda el cristiano que aquellos siete que comúnmente se llaman pecados mortales [*pecados capitales*] no siempre son mortales, sino cuando llegan a quebrantar algunos de estos susodichos mandamientos; como cuando la gula es tanta, que llega a quebrantar los ayunos de la Iglesia en quien está obligado a los guardar; y la pereza tanta, que por dormir demasiado deja la misa de obligación; y la ira tanta, que llega a decir palabras injuriosas y afrentosas a su prójimo; y así, todos los demás.

Esta es, pues, la suma de todo lo que el buen cristiano debe hacer, comprendida en pocas palabras; y esto basta para su salvación.

Mas, porque cumplir con esta obligación enteramente es cosa que tiene grandes dificultades, por los grandes lazos y peligros que hay en el mundo, y por la mala inclinación de nuestra carne, y por los combates continuos del enemigo, por esto debe el hombre ayudarse de otras muchas virtudes y diligencias que para esto le pueden grandemente ayudar, en lo cual está la llave de todo este negocio. Y destas pretendemos ahora aquí tratar, apuntando brevemente las cosas que nos puedan para esto servir.

I. [*De la deformidad y malicia del pecado mortal*]

Entre las cuales, la primera es considerar profundamente qué tan grande mal sea un pecado mortal. Para lo cual, entre otras muchas cosas, señaladamente le ayudará considerar atentamente la *deformidad* y *malicia* que el pecado tiene, por ser hecho contra un Señor de quien tantos y tan inestimables beneficios tenemos recibidos, y a quien por tantos y tan grandes títulos estamos obligados, pues él es Rey y Señor de todo lo criado, principio y fin de todas las cosas, dador universal de todos los bienes, piélagos de todas las perfecciones, criador, conservador, redentor, santificador y

⁶⁶ Al margen: *1 Tim 1,5*: «Finis autem præcepti est caritas». Fr. Luis interpreta *finis* no en el sentido de finalidad: El fin de este mandato es la caridad; sino en el de *grado sumo* o *remate*: El grado sumo de la ley es la caridad.

glorificador del linaje humano. Por los cuales títulos, con otros infinitos, le tenemos todas las obligaciones posibles; contra las cuales todas hace quienquiera que mortalmente le ofende. Por donde concluye Guillermo Parisiense que en un solo pecado mortal se hallan espiritualmente, a su modo, las deformidades de todos los pecados del mundo. Y así dice él que el pecado mortal es un linaje de *traición espiritual*, porque por él se rebela el hombre contra su rey y emperador, y entrega las llaves del homenaje [*torre del homenaje*], que es su ánima, a su enemigo, y se hace su vasallo. Es también, en su manera, *sacrilegio*, pues, pecando, se ensucia y profana el templo vivo de nuestro corazón que a Dios estaba consagrado. Es también, a su modo, *crimen de apostasía*, pues se pasa el hombre al bando del enemigo de Dios, que es Satanás, a cuyas pompas en [506] el santo Bautismo había ya renunciado. Es otrosí *adulterio espiritual*, pues el ánima que había sido aquí desposada con Dios quebranta la fe y lealtad que le debía, y se entrega a todas aquellas criaturas que desordenadamente amó. Es otrosí *hurto*, pues, siendo el hombre hacienda de Dios, por tantos títulos como está dicho, se exime de su servicio y le quita lo que por tantos derechos le pertenece. Finalmente, pues en solo Dios caben todos los respetos y títulos de honra que se hallan en todas las criaturas, de cualquier condición que sean (y esto, con infinita ventaja), síguese también que ofender a solo él comprende las fealdades de todas estas ofensas del mundo, con la misma ventaja. Por donde con mucha razón exclama un santo doctor contra el pecado, diciendo: «¡Oh mal no conocido!, ¡oh desacato de Dios, menosprecio de su Majestad, vituperio de su grandeza, muerte de las virtudes, cuchillo de la gracia, privación del sumo bien, perdimiento de la felicidad eterna, escuridad de el entendimiento, prevaricación de la voluntad, veneno del demonio, vínculo del infierno, destrucción de el mundo, camino de la perdición, muerte de el que peca, simiente del diablo, puerta de los abismos, locura de los hombres, red de los tentados, pestilencia de las ánimas, imitación de los malos espíritus, escuridad horrible, hedor intolerable, suma torpeza, extrema vileza, bestia ferocísima, daño grandísimo, y, finalmente, causa universal de todos los males!»

Esta es una de las principales consideraciones que nos pueden mover a tener un entrañable odio y aborrecimiento del pecado; para lo cual también nos servirán todas las otras consideraciones que arriba pusimos en el segundo tratado de la penitencia, como son considerar lo mucho que por el pecado se pierde, y lo mucho que Dios lo aborrece, y la injuria grandísima que con él a Dios se hace, con todo lo demás que allí se dijo para mover a dolor y detestación del pecado; lo cual no menos sirve a este lugar, que a aquel; mas no se repite aquí por estar allí tratado.

II. [*De las ocasiones de los pecados, y cómo se deben huir*]

Lo segundo, ayuda también para esto huir prudentemente las ocasiones de los pecados, como son juegos, malas compañías, peligrosas conversaciones, y mucho hablar, y, señaladamente, vista de ojos y familiaridad de hombres y mujeres, aunque sean buenas. Porque, si el hombre quedó tan flaco por el pecado, que él mismo de su propio estado se cae, y peca, sin que nadie le provoque de fuera, ¿qué hará si la ocasión le tira por la halda, convidándole con la presencia del objeto y con la oportunidad del pecado, pues es verdad lo que comúnmente se dice, que «en el arca abierta el justo peca»? Pues todas estas maneras de ocasiones trabaje siempre por evitar el siervo de Dios, teniendo por cierto que, regularmente hablando, no somos más buenos, de cuanto huimos las ocasiones de ser malos. Acuérdesse que David era santísimo, y que la vista de una mujer y la oportunidad que tuvo para pecar bastó para derribarle en tan grande despeñadero, en que tuvo tanto que llorar y que lastar [*padecer en pago de una culpa*] toda la vida (cf. 2 Sam 11,2). Acuérdesse también de su hijo Salomón, que fue el más sabio de los hombres, y tan amado de Dios que le fue puesto por nombre *el amado de el Señor*⁶⁷, el cual también por esta misma causa vino a dar en tan gran caída; porque, habiendo el Señor mandado a los judíos que no casasen con mujeres extranjeras, porque no los pervirtiesen y hiciesen adorar sus ídolos (cf. Éx 34,16), él, con todo esto, pareciéndole que estaba muy lejos deste peligro, casó con muchas dellas, por cuyas persuasiones vino a adorar los ídolos y edificarles templos (cosa tan temerosa de decir); por el cual pecado él se perdió, y su reino también con él (cf. 1 Re 11,1ss). Pues, si tanto pudo la ocasión con estos dos hombres, el uno tan santo y el otro tan sabio, ¿quién se osará prometer seguridad, si no huye de las ocasiones?

⁶⁷ «Et vocavit nomen eius, *Amabilis Domino* [*Yedidías*], eo quod diligeret eum Dominus» (2 Sam 12,25).

Huye, pues, hermano, las ocasiones de los pecados así como los mismos pecados. Y, si el apetito y golosina de la ocasión tira por ti, responde tú a ti mismo, diciendo que, si no puedes ahora vencer el apetito de esa ocasión, ¿cómo podrás vencer el peligro que de aquí resultará, después de armado y fortificado con la misma ocasión? Y, demás desto, mira también que es tentar a Dios ponerse en peligro sin necesidad, y que **no merece la ayuda divina el que no hace lo que es de su parte para merecerla.**

Mas, entre estas ocasiones, una de las más ordinarias es la compañía de los malos. Porque el mundo está tal, que apenas podemos dar paso sin ellos. Pues destos procure apartarse el que desea no pecar, porque esta es una de las mayores pestilencias que hay. Porque no daña tanto un perro rabioso ni una víbora ponzoñosa, cuanto una mala compañía, pues es cierto, como dice el Apóstol, que *las malas palabras corrompen las buenas costumbres* (1 Cor 15,33) ⁶⁸. Escriba, pues, el siervo de Dios en su corazón aquello del Sabio, que dice: *El que anda con sabios será sabio; y el amigo de los locos será uno dellos* (Prov 13,20). Ítem, aquello del mismo: *El que toca la pez, ensuciarse ha con ella, y el que tratare con soberbios no carecerá de soberbia* (Eclo 13,1). Esta virtud han de celar mucho los padres y madres para con sus hijos e hijas, y los ayos y maestros para con sus discípulos, si no quieren que se pierda en muy pocas horas el trabajo y crianza de muchos años.

III. [De cuánto importa resistir al principio de la tentación]

Lo tercero, ayuda también para esto resistir al principio de la tentación con grandísima ligereza y sacudir de sí la centella de el mal pensamiento, antes que prenda en el corazón. Porque [507] desta manera resiste el hombre con grande facilidad y con grande merecimiento; y, si se tarda un poco, acreciéntase después el trabajo de la resistencia, y cométese en esto nueva culpa, que por lo menos será venial, y a veces será mortal. Acuérdesese que la llama del fuego se apaga fácilmente cuando comienza, y que la planta se arranca ligeramente si es recién plantada; mas, después de crecida la llama y arraigada ya la planta, con mucho trabajo se apaga la una y se arranca la otra. Muy bien se defiende la ciudad antes de ser entrada de los enemigos; mas, después de ya ser entrados y apoderados della, mal se pueden echar fuera. Y, como dice un filósofo, cuando una piedra grande está en la cumbre de un monte, con pequeño trabajo se puede allí refirmar [*afianzar*], para que no caiga; mas, después que comenzó ya a rodar por la ladera abajo, dificultosísima cosa es resistir al ímpetu y furia deste movimiento. Lo cual todo nos declara con cuánta mayor facilidad se vence el mal pensamiento resistiéndole luego a los principios con suma presteza y ligereza, que dejándole echar raíces y apoderándose de nuestro corazón.

▲ Y la manera en que esto se ha de hacer es poniendo luego incontinentemente [*al instante*] ante los ojos del ánima la figura de Cristo crucificado, con todo aquel horror y lástima que tenía en la cruz, vertiendo ríos de sangre por todo su cuerpo, y con tantas llagas y heridas como allí tenía, y acordándose que todo esto padece por destruir el pecado, diciéndole de todo corazón: «Señor, que os pusiédeses vos ahí, porque yo no pecase, y que, con todo eso, ¿os haya yo de ofender? No plegue a vuestra infinita misericordia y a la sangre que derramastes por mí. Ayudadme, Dios mío, y no me desamparéis, pues no tengo a quien me acoger, sino a vos».

Y a veces aprovechará, cuando el hombre estuviere solo, hacer muy de presto la señal de la cruz encima de el corazón, para sacudir más ligeramente de sí el pensamiento interior con este movimiento y estremecimiento exterior. [...] ⁶⁹

⁶⁸ «Corrumpunt mores bonos colloquia mala». *Biblia de Jerusalén*: «Las malas compañías corrompen las buenas costumbres». Léase el capítulo «*Contagiosa res sodales mali*» (SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, II,9).

⁶⁹ Cita dos casos piadosos de esta práctica, concluyendo: «Y, pues el Señor con estas dos tan grandes maravillas quiso dar a entender cuánto honra a los que honran sus deshonoras, todos debíamos tomar de aquí ejemplo para hacer otro tanto, para alcanzar por este medio el favor deste mismo Señor».

IV. [Del examen de la conciencia, y cómo se debe hacer]

Lo cuarto, ayuda también a esto examinar cada día antes que el hombre se acueste su conciencia, y mirar en lo que ha pecado aquel día, o por obra, o por palabra, o por pensamiento, o por otra cualquier manera. Y señaladamente mire en qué género de palabras se ha desmandado: si ha dicho alguna mentira, si ha ofrecido al diablo las criaturas de Dios, si ha echado maldiciones, o hablado alguna palabra injuriosa, o desentonada, o deshonesta, o cosa semejante. Y, cuanto al pensamiento, mire la presteza con que resistió a los malos pensamientos, o si se detuvo en ellos, no sacudiéndolos de sí tan deprisa, como una centella del infierno. Mire también cómo cumplió con las obligaciones de su estado y de su casa y familia; y así todo lo demás.

Este consejo nos es muchas veces encomendado por muchos santos, y así lo encomienda Eusebio Emiseno en una homilía suya, por estas palabras: «Ponga cada uno —dice él— su conciencia ante los ojos de su corazón cada día, y hable consigo, diciendo así: “Veamos si pasé este día sin algún pecado, sin envidia, sin contienda y sin mormuración. Veamos si en él he hecho alguna obra que sea para aprovechamiento mío o edificación de los otros. Pienso que hoy mentí, o juré, o me dejé vencer de la ira, o de algún apetito desordenado, sin haber hoy hecho ningún bien, ni dado algún gemido por el temor de las penas eternas. ¿Quién me tornará a volver este día que así gasté en cosas vanas y en pensamientos ociosos y dañosos?” Desta manera, hermanos, nos arrepintamos, acusemos y condenemos ante Dios en lo secreto de nuestras casas y de nuestros corazones». Hasta aquí son palabras de Eusebio.

Mas no se debe aún contentar el hombre con esto, sino que añada a esta diligencia alguna especial penitencia por este linaje de culpas, para que así quede más hostigado y temeroso de volver a cometerlas. Conocí yo una persona que, cuando en el examen de la noche se hallaba que había excedido en alguna palabra mal hablada, se echaba una mordaza en la lengua en penitencia desto; y otra que tomaba una disciplina, así por este como por otro cualquier defecto en que cayese; y con esto, demás de la satisfacción de la culpa, quedaba [508] el ánimo más castigada y medrosa para no osar otra vez cometerla.

Aprovechará también, a semanas, tomar a pechos la vitoria de algunos particulares vicios, y traer para esto algún despertador consigo que le traiga a la memoria esta empresa, como es ceñir a las carnes alguna cosa que le dé pena, etc., para que aquello le esté siempre amonestando y estimulando a que ande sobre aviso en aquel negocio y no se duerma.

Y no desmaye por muchas veces que caiga; antes, si mil veces al día cayere, mil veces se levante, confiado en la superabundantísima bondad de Dios. Ni se turbe por ver que de todo punto no puede vencer algunas pasiones, porque muchas veces se vence a cabo de algunos años lo que en mucho tiempo no se venció; para que por aquí vea el hombre más claro cómo sea esta vitoria. Y a veces también quiere el Señor que se guarde algún jebuseo (quiero decir, alguna pasión o tentación) en la tierra de nuestra ánima, así para ejercicio de la virtud, como para guarda de la humildad (cf. Jue 3, 1ss).

Y, allende desto, a la mañana, cuando se levantara, debe armarse y aperebirse con nueva oración y determinación contra aquel pecado o pecados a que se siente más inclinado, y poner allí mayor recaudo, donde siente mayor peligro.

V. [De la necesidad de evitar los pecados veniales]

Lo quinto, ayuda también para esto evitar cuanto sea posible los pecados veniales, porque estos disponen para los mortales. Por donde, así como los que temen mucho la muerte trabajan todo lo posible por conservar la salud y huir la enfermedad que para ella dispone, así también los que desean evitar los pecados mortales (que son muerte de ánima) deben cuanto sea posible evitar también los veniales, que son enfermedades que abren camino para ella. Yo, para mí, tengo por cierto que, regularmente hablando, nunca un justo, que mucho tiempo vivió bien y perseveró en gracia, vino a desbarrar [o desvarar]⁷⁰ en algún pecado mortal, sino por haberse descuidado en la guarda de sí

⁷⁰ Pone *desvarrar*: yo interpreto *desbarrar*; otra edición, *desvarar*. En ambos, el significado es idéntico: *resbalar, deslizarse*.

mismo y caído en muchos pecados veniales, con los cuales enflaqueció la virtud de su ánima y mereció que Dios levantara un poco su mano de él, y así pudo ser fácilmente vencido cuando fue tentado. Porque, comúnmente hablando, nadie de repente ni sube a lo alto, ni cae en el abismo, sino poco a poco van creciendo los males y los bienes. Y por esto se escribe en Job que antes de la presencia del enemigo viene la pobreza (cf. Job 41,13)⁷¹; porque primero se empobrece y enflaquece el ánima con la muchedumbre de las negligencias y culpas veniales, que venga a caer en las mortales.

Cónstanos también, como el Señor dice, que, el que es solícito y fiel en lo poco, de creer es que lo será también en lo mucho (cf. Mt 25,21.23; Lc 16,10; 19,15); y quien anda con cuidado de evitar los males menores, más seguro estará de los mayores. Y por pecados veniales entendemos aquí palabras ociosas, risas desordenadas, comer, beber, dormir más de lo necesario, y otras cosas tales; las cuales, **si no es grande el mal que nos hacen, es muy grande el bien que nos impiden**, pues nos impiden la devoción y este fervor de la caridad que hace andar al hombre solícito y diligente en el servicio de Dios.

VI. [De la aspereza y maltratamiento de la carne]

Lo sexto, ayuda también para esto la aspereza y maltratamiento de la carne, así en el comer y beber, como en el dormir y vestir, y en todo lo demás. La cual, como sea un manantial e incentivo de pasiones y apetitos desordenados, cuanto más flaca y debilitada estuviere, tanto más débiles y flacas serán las pasiones que de ella procederán. Porque, así como en las tierras secas y flacas nacen las plantas también flacas y desmedradas y de poca substancia, mas, por el contrario, en las tierras fértiles y gruesas (mayormente si están muy bien regadas y estercoladas) nacen muy grandes, verdes y poderosas, así también son las pasiones y apetitos que nacen de los cuerpos flacos y gastados con la abstinencia, y las que proceden de cuerpos gruesos y regalados y hartos de comer y beber. Por lo cual, el que quisiere enflaquecer estos malos afectos, conviene que trabaje mucho por enflaquecer las causas dellos.

Cónstanos también que el mayor enemigo y contradictor que tiene la virtud es esta carne (cf. Lc 16,19), la cual, con la fuerza de sus apetitos y con el deseo de su buen tratamiento y regalo, nos impide todos los buenos ejercicios, así de oración, lección, silencio, recogimiento, ayunos y vigias, como todos los demás. Por donde, si nos ponemos en costumbre de rendirnos y obedecer a sus apetitos, del todo nos quedará cerrada la puerta a todos los buenos ejercicios. Y, por el contrario, si nos habituamos a resistirla y contradecirla, y pelear contra todas sus viciosas inclinaciones, alcanzada esta vitoria y hecho ya hábito desto con el uso de pelear, ninguna resistencia hallaremos en la virtud; porque ella por sí no es áspera ni dificultosa, sino por la corrupción de nuestra carne. Pues la sal y remedio que tenemos contra ella, para que no hieda y críe gusanos de apetitos desordenados, es la virtud de la abstinencia, que la cura y deseca, y hace servir al espíritu. Porque, como dice un doctor, la abstinencia castiga la carne, levanta el espíritu, doma las pasiones, satisface por los pecados, y, lo que más es de maravillar, corta la raíz de todos los males, que es la codicia [cf. 1 Tim 6,10], pues el hombre que se contenta con poco no tiene para qué haya de desear lo mucho. Y no sólo lo libraré esta virtud de los otros males, sino también de todos los discursos, cuidados y desasosiegos a que están obligados los que quieren [509] regalarse y tratarse bien, y así queda el hombre libre y desocupado para darse todo a Dios. Por la cual causa fueron aquellos Padres de Egipto tan dados a esta virtud; y no fue otro el espíritu de san Francisco, que tanto encomendó la pobreza de cuerpo y de espíritu; porque al fin todo viene a parar en una misma cuenta: la aspereza de los unos, y la pobreza y desnudez del otro.

Pues, por esto, el verdadero amator de Dios no debe cesar ni dar descanso a sus ojos hasta que llegue a este grado de virtud, que venga a tratar su cuerpo, o como a un grande enemigo y tirano, pues en hecho de verdad lo es; o como a un esclavo ladrón y de malas mañas que le han de dar, como dicen, del pan y del palo; o, a lo menos, como a hijo que un padre virtuoso y discreto cría sin ningún regalo, antes con todo rigor y aspereza, nunca mostrándole el rostro alegre, haciendo en esto fuerza a su natural afición, por el bien del mismo mozo. Pues desta manera debe el siervo de Dios tratar su cuerpo; y, hasta que aquí haya llegado, no se tenga por muy aprovechado en la carrera de la virtud. Bienaventurado el que aquí llegó, el que así trata su cuerpo, el que así lo trae arrastrado, fatigado y

⁷¹ «In collo eius morabitur fortitudo, et faciem eius præcedit egestas».

maltratado, alcanzado de sueño y de mantenimiento, el que así lo hace por fuerza servir al espíritu, y el que así ha vencido la misma naturaleza. Porque el que esto hace no vive ya según carne y sangre, sino según el espíritu de Cristo; ni milita ya debajo de las leyes y tributos de la naturaleza corrupta, porque está hecho señor della; ni se puede llamar puramente hombre, porque con esto ha venido a ser más que hombre. Y, si esto es así, por aquí podrás ver la perdición del mundo, pues en ninguna otra cosa entiende, sino en procurar por todas las vías posibles todo género de regalo y buen tratamiento del cuerpo, siendo esto una cosa tan repugnante al espíritu de Cristo y a la perfección de la vida cristiana.

VII. [Del gran cuidado que se ha de tener con la lengua]

Lo séptimo, ayuda también mucho para esto tener muy grande cuenta con la lengua, porque esta es la parte de nuestro cuerpo con que más veces ofendemos a Dios. Porque la lengua es un miembro deleznable [*lábil, deslizante*], que facilísimamente desbarra [*o desvara*] en mil maneras de palabras feas, airadas, jactanciosas, vanas, y así también en mentiras, juramentos, maldiciones, mormuraciones, lisonjas y otras cosas tales. Por donde dijo el Sabio que *en el mucho hablar no podía faltar pecado* (Prov 10,19); y que *la muerte y la vida estaban en las manos de la lengua* (Prov 18,21)⁷². Por lo cual es muy buen consejo que todas cuantas veces hubieres de hablar en materias y con personas donde puedes recelar algún peligro de mormuración, o de jactancia, o de mentira, o de vanagloria, etc., que primero levantes los ojos a Dios y te encomiendes a él, y le digas con el Profeta: *Pone, Domine, custodiam ori meo & ostium circumstantiæ labiis meis* (Sal 140,3). Y, junto con esto, mientras hablares, lleva grande tiento en las palabras, como lo lleva el que pasa un río por cima de algunas piedras deleznales que están en él atravesadas, para que no desbarres [*o desvares*] en alguno destos peligros. Mas esta materia, porque es más copiosa, se tratará adelante, en su propio lugar.

VIII. [Del cuidado que se ha de tener en no dejar pegar el corazón a las cosas visibles]

Lo octavo, ayuda el no dejar pegar el corazón con demasiado amor a las cosas visibles, sean honras, o haciendas, o hijos, o deudos, o amigos, etc. Porque este tal amor es un gran motivo casi de cuantos pecados, cuidados, enojos, pasiones, tentaciones y desasosiegos hay en el mundo. Y puedes tener por cierto que, como dice muy bien san Gregorio, así como uno de los principales avisos de los cazadores es saber a qué linaje de cebo son más aficionadas las aves que quieren cazar, y con ese les arman, así el principal cuidado de nuestros adversarios es saber a qué genero de cosas estamos aficionados; porque saben que, como dijo el poeta (*Virg. Eglog. 3*), a cada uno lleva tras sí su afición y su deleite, y que allí nos podrían armar lazos: donde tenemos los corazones. Bien veo que los hombres tienen razón con que regirse; mas, generalmente hablando, todos por la mayor parte siguen sus aficiones, las cuales por eso se llaman *pies del ánima*, porque la llevan adonde quieren. Y en este sentido dijo san Agustín que el peso del ánima era el amor, y que, adonde tiraba este peso, ahí tiraba también el ánima: si era amor de el cielo, al cielo, y si de la tierra, a la tierra (*Confes. XIII,9.2*). Finalmente, lo que son las pesas en el reloj, eso son las aficiones en nuestro corazón, que así lo mueven como ellas son. Y por esto, así como el que quiere traer el reloj concertado le ha de poner las pesas muy proporcionadas, de manera que ni sean muy pesadas ni muy livianas, sino según pide el espacio de las horas que ha de dar, así el que quiere traer su vida acompasada y ordenada trabaje por traer compasadas y medidas todas sus aficiones, estimando cada cosa en lo que es y amándola conforme a esto; y, cuando aquí hubiere llegado, sepa que ha llegado a lo alto de las virtudes, pues nos consta que muy gran parte dellas se emplea en pesar y moderar estos afectos con esta manera de proporción.

Y, para mejor acertar en esto, procure el hombre de andar siempre con un especial cuidado y atención de no dejar pegar el corazón demasadamente al amor de las cosas visibles; antes debe siempre tirarle del freno cuando viere que se va de boca, y no querer las cosas más de como ellas merecen ser queridas, que es como bienes pequeños, frágiles, inciertos y momentáneos, desviando el

⁷² «In multiloquio non deerit peccatum» (10,19). «Mors, et vita in manu linguæ» (18,21).

corazón dellos y traspasándole a aquel sumo y único y verdadero Bien. El [510] que desta manera amare las cosas temporales no se despererá [*perecerá*] por ellas cuando le faltaren, ni se ahogará cuando se las quitaren, ni cometerá muchas maneras de pecados que se comenten, o por alcanzarlas, o por acrecentarlas, o por defenderlas. Aquí está la llave deste negocio, porque, sin duda, el que este amor ha renunciado, muy apercebido está contra todos los lazos de el enemigo; mas el que no lo ha renunciado, no ha comenzado aún a ser verdadero imitador de Cristo. Y esto es lo que muy alta y profundamente nos enseña él por san Lucas, diciendo: *¿Qué hombre hay que comience a edificar una torre, que primero no eche la cuenta, para ver si tiene caudal para acabarla? Porque después no le den en rostro, diciendo: “Este hombre comenzó a edificar y no acabó”. O ¿qué rey va a pelear con otro rey, que no examine primero si podrá pelear con diez mil hombres contra el que trae consigo un ejército de veinte mil? Porque, si esto no puede hacer, procurará luego de enviarle sus embajadores a tratar con él asientos de paz. Pues desta manera —dice el Señor— el que no renunciare todo cuanto posee no puede ser mi discípulo* (Lc 14,28-33). ¿A qué propósito viene esta aplicación con esta comparación? Porque, mirando a esta, a primera faz mal parece que conciertan entre sí juntar riquezas y ejércitos con renunciar lo que poseemos, pues lo uno es allegar y lo otro derramar. Mas, con todo eso, viene muy a propósito la comparación. Porque sabía muy bien este Maestro celestial que lo que es, para pelear, la grandeza del ejército, y para edificar, la muchedumbre del dinero, esto es para el edificio y milicia espiritual la pobreza y desnudez de todas las cosas del mundo. Porque, así como el rey, mientras mayor ejército tiene, más seguro está de su enemigo, así cuanto el hombre estuviere más pobre y más desnudo de las cosas del mundo, menos tiene por do le pueda acometer el enemigo del linaje humano. Por lo cual el bienaventurado san Francisco y otros muchos santos vivieron en este mundo tan pobres y tan desnudos, porque, no queriendo nada del mundo, ni ellos tuviesen que ver con el mundo, ni él con ellos. Mas, por el contrario, si el hombre está con demasiado amor aficionado a algo de el mundo, luego el demonio le arma mil lazos. Porque, si esto que así ama es honra, o hacienda, o cosa semejante, luego le representa mil medios y caminos por do pueda alcanzar aquello que ama, y otros tantos después de alcanzado, para acrecentarlo. Los cuales medios y caminos, unos serán lícitos, y otros no; mas la vehemencia del amor, cegándose con su misma pasión, todos los tiene por lícitos y por todos rompe con su furor apasionado. Y, si por ventura en la prosecución destes medios (como siempre acaece) se atraviesan impedimentos y encuentros de otros que pretenden lo que vos pretendéis, o os van a la mano en lo que deseáis, ahí es luego la ira, y la envidia, y el coraje, y la indignación, y los odios, y los pleitos, y las injurias, y peleas, y, finalmente, las ondas de todos los desasosiegos y cuidados que ahí se levantan. De suerte que en lo primero se mueve la parte de nuestra ánima que llaman concupiscible, con toda la cuadrilla de sus afectos; y en lo segundo, la irascible con todos los suyos, que es, como dicen los filósofos, vengadora de los agravios que recibe la parte concupiscible; y con estos vientos impetuosos levántanse tan grandes tempestades y tormentas en nuestras ánimas, que dan con ellas en mil bajíos y peligros. Por lo cual dijo el Apóstol que *la codicia es raíz de todos los males* (1 Tim 6,10). Lo cual no sólo tiene verdad en la codicia de dinero, mas también en cualquiera otra codicia cuando es demasiada; porque de todos estos males, y de muchos otros, es causa.

Esto mismo nos significa aquella parábola del Evangelio que trata del convite de las bodas de el hijo del rey, del cual se excusaron los convidados por acudir, uno, a su hacienda, y otro, a sus negocios (cf. Lc 14,16-20); para dar a entender que el amor desordenado de las cosas del mundo tira por nuestro corazón de tal manera, que le hace despreciar las cosas del cielo. Por do se ve con cuánta razón dijo el Salvador que no era su verdadero discípulo el que no había renunciado el amor de las cosas del mundo. Ame, pues, el hombre todas estas cosas moderadamente, y, como dice el Profeta, si le soplar la fortuna y se le entraren los bienes por casa, trabaje porque no se le pegue el corazón a ellos (cf. Sal 61,11). Ponga todas sus esperanzas en Dios, y dél, como de verdadero Padre, espere el remedio de todas sus cosas; y, contento con lo que él le diere y con el estado en que le puso, no quiera ser más de lo que él quiere que sea. Mas, los que siguiendo su apetito salen desta regla, tengan por cierto que ni saldrán con lo que desean, ni lo lograrán si lo alcanzaren; y, demás desto, caerán en muchos pecados, y así perderán, no sólo los bienes desta vida, sino también los de la otra. Por lo cual dijo Salomón: *No levantes los ojos a las riquezas que no puedes alcanzar, porque tomarán alas y volarán hasta el cielo* (Prov 23,5)⁷³.

⁷³ «Ne erigas oculos tuos ad opes, quas non potes habere; quia facient sibi pennas quasi aquilæ, et volabunt in cælum».

IX. [De la lección de buenos libros, y sus efectos]

Lo nono, ayuda mucho para esto mismo la lección de los buenos libros, así como daña mucho la de los malos. Porque la *palabra de Dios* es nuestra luz, nuestra medicina, nuestro mantenimiento y nuestra guía; ella es la que hinche nuestra voluntad de buenos deseos, y con esto nos ayuda a recoger el corazón cuando está más distraído y a despertar la devoción cuando está más apagada y dormida; y, demás desto, con ella se excusa la ociosidad, que es madre de todos los vicios [cf. *Eclo 33,28*] ⁷⁴, como adelante se dirá; finalmente, así como para la conservación de la vida natural es menester el mantenimiento corporal, así también lo es la palabra de Dios. Por lo cual dice san Jerónimo que el pasto del ánimo es meditar en la [511] ley del Señor noche y día ⁷⁵. Porque con este ejercicio se apacienta el entendimiento con el conocimiento de la verdad, y también la voluntad con el amor y gusto della. Y como estas dos sean las ruedas principales deste reloj (que es la vida concertada), andando estas bien ordenadas y reformadas, anda reformado todo lo demás que dellas depende. Y, allende desto, con la lección santa ve el hombre sus defectos, cura sus escrúpulos, halla remedio para sus tentaciones, recibe muchos avisos, alcanza muchos misterios, esfuérase con los ejemplos de la virtud leyendo los frutos de ella. Por lo cual nos la encomienda tanto Salomón en sus *Proverbios*, diciendo: *Guarda, hijo mío, los mandamientos de tu padre y no desampares la ley de tu madre. Tráela siempre atada en tu corazón y colgada como un joyel de tu cuello. Cuando caminares, camine ella también contigo; y cuando durmieres, sea ella tu guarda; y cuando despertares, habla con ella. Porque el mandamiento de Dios es candela, y la ley, luz; y el camino para la vida es el castigo de la doctrina* (Prov 6,20-23) ⁷⁶.

Mas aquí es de notar que esta lección, para que sea provechosa, no ha de ser corrida ni seca ni apresurada, y mucho menos con sola curiosidad tomada, sino, por el contrario, con humildad y deseo de ser aprovechados con ella. Porque esta manera de lección es muy semejante a la meditación; sino que esta se detiene algo más en las cosas, rumiándolas y digiriéndolas más despacio; lo cual también puede y debe hacer el que lee, y así poco menos fruto sacará de lo uno que de lo otro. Porque la lumbre del entendimiento que aquí se recibe luego descende a la voluntad y a todas las otras potencias del ánimo, así como la virtud y movimiento del primer cielo a todos los otros orbes celestiales. Ame, pues, la lección de libros sagrados; pero anteponga la oración a la lección. No lea en una hora muchas cosas, porque no canse el espíritu con prolija lección, en lugar de recrearle. Siempre reciba la palabra de Dios con hambre espiritual, de la lengua de cualquier que la dijere, aunque baja y groseramente la pronuncie. Y, cuando sintiere que la oye sin gusto, humíllese, y acuse antes su paladar, que la rudeza del que la dice, creyendo que por su culpa no mereció oírla de manera que le agradase.

X. [De la presencia de Dios]

Lo décimo, ayuda también mucho para esto andar siempre en la presencia de Dios; que es traerlo ante los ojos presente, como a testigo de nuestras obras, juez de nuestra vida y ayudador de nuestra flaqueza, pidiéndole siempre como a tal —con devotas y breves oraciones— el socorro de su gracia, para no desmandarnos en cosa alguna. Así nos muestra el profeta David que lo hacía, cuando dice. *Mis ojos traigo siempre puestos en el Señor, porque el librárá mis pies de los lazos* (Sal 24,15) ⁷⁷. Y en otro lugar: *Ponía yo —dice él— siempre el Señor delante de mis ojos, porque él anda a mi lado, porque no pueda yo ser movido* (Sal 15,8) ⁷⁸. Verdad es que esta tan continuada atención no sólo ha de ser a Dios, sino también al regimiento y gobierno de nuestra vida, de tal manera que el un ojo traigamos puesto en él, para reverenciarlo y pedirle su gracia, y el otro, en lo que hubiéremos de hacer,

⁷⁴ «Multam enim malitiam docuit otiositas» (33,29).

⁷⁵ «Nosti hoc esse Christianæ animæ, pabulum si in lege Domini meditetur die ac nocte» (Epístola 5,2, «A Florentino»).

⁷⁶ «Conserva fili mi præcepta patris tui, et ne dimittas legem matris tuæ. Liga ea in corde tuo iugiter, et circumda gutturi tuo. Cum ambulaveris, gradientur tecum; cum dormieris, custodiant te, et evigilans loquere cum eis. Quia mandatum lucerna est, et lex lux, et via vitæ increpatio disciplinæ».

⁷⁷ «Oculi mei semper ad Dominum; quoniam ipse evellet de laqueo pedes meos».

⁷⁸ «Providebam Dominum in conspectu meo semper; quoniam a dextris est mihi, ne commovear».

para que en ninguna cosa salgamos de su obediencia. Y esta manera de atención y vigilancia es uno de los principales gobernalles y frenos de nuestra vida.

Mas aquí es de notar que desta manera de atención señaladamente nos conviene usar cada vez que queramos entrar en algún negocio peligroso y aparejado para poder desbarrar [*o desvarar*] en algo; como cuando uno sale de estar consigo solo y va a hablar o negociar con personas rencillosas; y también cuando va a comer, o a cumplir con la obligación de la misa, o del oficio divino, donde corre peligro de no hacer esto con la atención y cuidado que conviene; porque en cada cosa destas importa mucho ir con ánimo aparejado y dispuesto para los peligros que pueden sobrevenir. Por donde, así como los que van camino, cuando llegan a algún mal paso se aparejan para él, y ponen haldas en cinta, y se proveen de otro nuevo cuidado y atención del que ordinariamente suelen llevar en el camino llano, así también conviene proveernos de otra manera de atención y oración cuando se nos ofrecen estas ocasiones, que cuando andamos fuera dellas. Y por experiencia también se ve que más templado y compuesto estará en la mesa el que se apercibe antes contra los incentivos de la gula, que el que va sin esta manera de aparejo. Este es un aviso que diligentemente guardado nos podrá excusar de muchos pecados; el cual nos enseña el Eclesiástico cuando dice que *antes de la enfermedad aparejemos la medicina* (Eclo 18,19) ⁷⁹, que es apercibirnos contra el peligro antes que venga el peligro.

XI. [De los males que causa la ociosidad]

El once remedio es huir la ociosidad, madre de todos los vicios. Lo cual es en tanta manera verdad, que, entre las cuatro causas que señala el profeta Ezequiel por donde Sodoma llegó al extremo de todos los males, esta dice que fue una dellas (cf. Ez 16,49). Doctrina es también de aquellos Padres del yermo que el monje ocupado no tenía más que una sola tentación, mas que el ocioso tenía muchas, porque para todas hallaba el demonio entrada en él por la puerta de la ociosidad. De suerte que, bien mirado, la ociosidad tiene dos cosas por las cuales debe ser de todos los buenos grandemente aborrecida: la una, que, como está dicho, abre la puerta a todos los males, y la otra, que la cierra a todos los bienes, porque, como ningún bien hay en el mundo que no se alcance con trabajo, sea virtud, sea ciencia, sea honra o hacienda, por el mismo caso que un hombre es enemigo del trabajo, carece del instrumento general con que se alcanzan todos los bienes. [512] Pues ¿quién no aborrecerá un vicio que trae consigo dos tan grandes males como estos? ¿Qué mayor mal podría tener una ciudad que tener dos puertas, una por donde le entrasen todos los bienes y otra por donde entrasen todos los males, y que la primera estuviese siempre cerrada y la segunda siempre abierta? ¿Qué cosa más semejante al estado de los que están en el infierno condenados? Pues tal está el ánima del hombre ocioso, la cual para todos los males tiene abierta la puerta, y para todos los bienes cerrada; pues ningún bien quiso la naturaleza que se alcanzase sin trabajo, del que el ocioso es enemigo.

Pues por esta causa procure el hombre ordenar de tal manera su vida y trazar los tiempos del día, que nunca tenga rato desocupado. Las personas pobres o de bajo estado ocúpense en sus oficios y en obras de manos; mas aquellas a quien no es dado esto, ninguna ocupación pueden tener más dulce, ni más provechosa, ni más durable, después de la comunicación con Dios y gobierno de sus casas, que es darse a leer en buenos libros.

Casiano escribe de aquellos Padres del yermo que tenían por tan importante cosa esta para perseverar en la observancia de la virtud y religión, que, cuando algún monje vivía tan apartado de la compañía de los hombres, que no le podía prestar para nada su trabajo, no por eso dejaba de trabajar; y al cabo del año pegaba fuego a sus trabajos, para desembarazar la celda, y comenzaba de nuevo a trabajar. Y aún dice más: que aquel trabajo de manos no les impedía el uso de la oración interior, porque con las manos hacían la obra y con el corazón vacaban a Dios (*Libr. 10. cap.24*).

⁷⁹ «Ante languorem adhibe medicinam» (18,20).

XII. [De la soledad]

El doce remedio es la soledad, que es guarda de la inocencia, pues corta de un golpe las ocasiones de todos los pecados, pues quita de delante de nuestros ojos y sentidos los incentivos y objetos dellos. Este es un linaje de remedios que fue enviado del cielo al bienaventurado Arsenio, el cual oyó de lo alto una voz que le dijo: «Arsenio, huye, calla, y reposa». Por esto debe el siervo de Dios trabajar por morar consigo solo y procurar poco a poco despedir de sí, en cuanto le sea posible, todas las visitas, conversaciones y cumplimientos del mundo; porque ordinariamente nunca en estos faltan mormuraciones, mentiras, lisonjas y otras cosas que, aunque no sean pecados como estas, todavía dejan al ánimo vacía de devoción y llena de imágenes y figuras de lo que oyó y de lo que vio, que al tiempo de la oración se le ponen delante y le impiden la pureza della. Y, si por falta de estos cumplimientos algunos se quejaren o le notaren [*censuraren*], traguen esto por amor de Dios; porque menos inconveniente es tener a los hombres quejosos, que a él. Y, pues los mártires y todos los otros santos tantas cosas hicieron y padecieron por el reino de el Cielo, no es mucho pasar nosotros este poco de trabajo por esta misma causa; mayormente que, si bien examinamos el negocio, hallaremos que el trabajo es muy pequeño, y el daño que por otra parte podríamos recibir muy grande; porque tal está el día de hoy el mundo, y tales los hombres y las pláticas que hablan, que apenas podéis tratar con ellos sin peligro.

XIII. [De cómo el verdadero cristiano debe apartarse del mundo]

Y para mayor confirmación deste remedio añado otro, que es determinarse el buen cristiano de romper con el mundo, pues nadie puede ser juntamente amigo de Dios y dél, ni agradar a Dios y a él (cf. Mt 6,24), pues tan contrarios son los caminos, los estilos, las obras y los intentos de la una parte y de la otra [cf. Lc 16,15]. *Estrecha es la cama* —dice el Profeta— *y no pueden caber dos en ella; y el palio es angosto y no basta para cubrir dos* (Is 28,20); que son mundo y Dios. Por esto, pues, conviene que el siervo de Dios se determine de romper con el mundo y despedirse dél, no haciendo caso del qué dirán (no habiendo escándalo activo), porque todos estos medios y respetos, examinados bien y pesados en una balanza, al cabo son viento y espantajos de niños que de nada se asombran. Y, finalmente, el que tuviere mucha cuenta con el mundo no puede ser verdadero siervo de Dios, porque por esto dijo el Apóstol: *Si pretendiese agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo* (Gál 1,10); pues de aquellos es el hombre siervo: a quien desea agradar y cuya voluntad desea cumplir.

XIV. [Del uso de los sacramentos, oración y limosna]

Tras destes remedios generales, que son muy eficaces, hay otros tres no menores que ellos, los cuales son el uso de los sacramentos, la oración y la limosna. Porque el principal remedio que contra el pecado hay es la gracia, como el Apóstol dice ⁸⁰, y estas tres maneras de obras son eficacísimos medios para alcanzar esta gracia, aunque en diferente manera; porque, ordinariamente, los sacramentos la dan, y la oración la pide, y la limosna la merece; mas no es sola la que la merece, sino otras muchas obras también con ella, aunque a esta particularmente atribuimos esto, porque premio es que responde a la misericordia con el prójimo, hallar misericordia en los ojos de Dios (cf. Mt 5,7). Y así la limosna no sólo sirve para satisfacer por los pecados hechos, sino también para no hacer otros nuevos. Por lo cual dijo el Eclesiástico: *La limosna del hombre es como una bolsa de dinero que lleva consigo, la cual conservará la gracia del hombre como a lumbre de sus ojos* (Eclo 17,22) ⁸¹, y peleará contra sus enemigos más que la lanza y que el escudo del poderoso.

Pues ya los sacramentos, ¿quién no ve que ellos son unas celestiales medicinas que Dios instituyó contra el pecado, remedios de nuestra flaqueza, incentivos de nuestro amor, despertadores de nuestra devoción, socorro de nuestra mi- [513] seria y tesoro de la divina gracia?

⁸⁰ Al margen: *Rom. 5*. No es una cita textual, sino una idea subyacente en Rom 5,15-17; 6,14.

⁸¹ «*Eleemosyna viri quasi signaculum [o sacculum] cum ipso, et gratiam hominis quasi pupillam conservabit*» (17,18).

De cada una destas tres cosas había mucho que decir; mas, porque de los sacramentos tratamos ya en el segundo y tercero libro deste Memorial, y de la oración trataremos en el quinto, y de la limosna tratamos en las tres partes de la satisfacción —como de una dellas—, al presente no diré más, sino remitir al cristiano lector a estos lugares, y advertirle que, para este propósito, una de las más principales peticiones que debe siempre pedir a nuestro Señor en su oración ha de ser que antes lo lleve de su mano y haga dél todo lo que quisiere y le pareciere, que le deje caer en cosa de pecado mortal.

▲ Y, para mayor confirmación desto, pídale en todas sus oraciones tres amores y tres odios, conviene saber: amor de Dios, y amor de los trabajos por él, y amor de la virtud; y asimismo pídale odio contra el pecado, y odio contra su propia voluntad, y odio contra su misma carne; en cuanto estas dos cosas son causas del pecado cuando desordenadamente se aman. Y, para mortificar este mal amor, debe instantemente pedir este santo odio, y procurar que las obras y el maltratamiento de sí mismo digan con la petición, porque aquí está la llave de todo. Mas desto se tratará copiosamente al fin de este libro.

XV. [De cuatro cosas de que debe cuidar el cristiano]

Tienes, pues, aquí agora, cristiano lector dieciséis maneras de remedios generales contra el pecado mortal, que es una muy gran parte de la filosofía cristiana, que a esto señaladamente se ordena. Otros remedios hay particulares contra particulares vicios, de que al presente, por la brevedad, no es necesario tratar.

▲ Mas, para conclusión y guarda de todo lo dicho, debes traer siempre ante los ojos cuidado de cuatro cosas, conviene saber: de **castigar el cuerpo, guardar la lengua, mortificar los apetitos y traer siempre el espíritu recogido y puesto en Dios**. Porque con estas cuatro cosas se reforman las cuatro principales partes del hombre, que son la carne, la lengua, el corazón y el entendimiento; las cuales reformadas y puestas en orden, todo el hombre queda reformado, y así cesan las ofensas de Dios, que es el fin que pretendemos en este tratado.

Capítulo II. De las más comunes tentaciones de los que comienzan a servir a Dios, mayormente en las religiones

El Eclesiástico nos aconseja que *antes de la enfermedad aparejemos la medicina* [Eclo 18,19], y toda la doctrina de los filósofos hace mucho caso de estar el hombre reparado [advertido] y prevenido para que no le salteen los peligros y le tomen desapercibido. Por eso será bien al fin desta regla apuntar brevemente algunas maneras de encuentros y tentaciones que suelen padecer los que comienzan a servir a Dios; a lo menos para que entiendan ser tentaciones, porque esto es una muy gran parte para vencerlas. Porque, así como el cazador cuando arma un lazo procura siempre que el lazo no parezca lazo, sino cebo, así el demonio cuando nos tienta trabaja todo lo posible porque su tentación no parezca tentación, sino razón; por lo cual dice que san Bernardo que **gran parte de la vitoria de la tentación era conocer ser tentación** (*super Cant.*, 64,7).

Pues quienquiera que entra en esta nueva Caballería presuponga, primeramente, que ha de padecer grandes encuentros y muchas tentaciones del enemigo, porque no en balde nos amonestó el Sabio, diciendo: *Hijo, cuando te llegares a servir a Dios, vive con temor, y apareja tu ánima para la tentación* (Eclo 2,1). Entres estas tentaciones, la primera es de la fe. Porque, como hasta entonces estaba el hombre como dormido para la consideración de las cosas de la fe, cuando de nuevo comienza a abrir los ojos y a ver los misterios della, luego, como peregrino en extraña región, comienza como a vacilar en las cosas que se le ponen delante, por la poca luz y conocimiento que tiene dellas. Y así le acaece como a un nuevo aprendiz que entra en una insigne oficina de algún oficial, donde hay muchas maneras de instrumentos y herramientas, y, como él no sabe para lo que son, maravillase luego de lo que ve, y comienza a preguntar para qué es esto, para qué lo otro; hasta que después, con el uso,

viendo el propósito de cada cosa, sosiega su corazón y viene a parecerle cosa muy conveniente lo que antes extrañaba.

Otra tentación es la de la blasfemia, la cual le representa cosas torpes y abominables cuando se pone a meditar las cosas celestiales. Porque, como saca la imaginación del mundo llena de las imaginaciones y figuras dél, no puede luego despegar de sí lo que de mucho tiempo estaba impreso en ella; y así, a vueltas de las especies y figuras espirituales, se le representan las carnales, que dan gran tormento a quien esto padece. Y el mejor modo que hay para vencer estas tentaciones es no hacer caso dellas, pues, a la verdad, más son una manera de asombro y espanto del enemigo, que verdadero peligro.

Otra tentación es de escrúpulos, los cuales nacen de la ignorancia que los nuevos tienen de las cosas espirituales, y por eso andan como el que camina de noche, que a cada paso piensa caer; y especialmente acaece esto por no saber hacer diferencia del pensamiento al consentimiento, y por eso en cada cosa piensan que consienten.

Otra tentación es escandalizarse fácilmente de cualquier cosa que vean contraria a lo que ellos tienen dentro de sí concebido. Porque, como ellos comienzan a abrir los ojos y entender cuán grande cosa sea servir a Dios, así como de nuevo conocen esto, así se maravillan de quien hace lo [514] contrario, y se turban e indignan por ello. Los cuales aún ni han conocido la grandeza de la flaqueza humana, ni la alteza de los juicios divinos, ni llegado a entender lo que dice san Gregorio: que **la verdadera santidad tiene compasión, y la falsa o imperfecta, indignación** (*Hom.34. Super Evang.*).

Otra tentación es escandalizarse también de las leyes y ordenaciones de su profesión, y querer ser hacer jueces y censores de lo que manda la Regla, si es bien o mal ordenado; que, regularmente, es tentación de entendimientos soberbios y presuntuosos, y que confían más de sí, que de los Padres que las instituyeron. La cual tentación es muy semejante a aquella de la antigua serpiente que preguntaba: «¿A qué propósito os mandó Dios que no comiédeses de ese árbol?» (cf. Gén 3,1). Por donde aconseja el Sabio que no nos desagraden las parábolas —que son doctrinas altas, y al parecer oscuras— de los sabios (cf. Prov 1,6), porque no las dicen sin misterio, aunque nosotros no lo alcancemos. El niño, cuando comienza a leer, cree lo que le dicen, sin preguntar por qué esto ni por qué lo otro; porque eso es cosa que adelante se sabe. Déjese el hombre regir por el parecer ajeno, y totalmente resigne el suyo, y viva más por fe y obediencia, que por razón, diciendo con el Profeta: *Ut iumentum factus sum apud te*, etc. (Sal 72,22). Quien esto no hiciere, nunca perseverará en la religión, ni tendrá paz de corazón.

Otra tentación es desear demasiadamente las consolaciones espirituales, y entristecerse y desconsolarse demasiadamente cuando les faltan, y estimarse más que los otros cuando las tienen, midiendo la perfección por la consolación; como quiera que no sea esta la medida cierta, sino la caridad, y después, la mortificación de las pasiones, y el aprovechamiento en las virtudes, porque estas son indicios de estar más crecida la caridad. Y otros hay también que, cuando les faltan las consolaciones espirituales, buscan las sensibles; que es otro inconveniente no menor.

Otra tentación es tener poco secreto en las visitaciones y mercedes que de Dios reciben, y publicar y manifestar a otros lo que debían callar, y querer hacerse predicadores y bachilleres antes de tiempo, y comenzar a ser maestros antes que discípulos; y todo esto, so color de bien y con una sombra de virtud, no mirando que el árbol fructuoso ha de dar fruto a su tiempo, y que el oficio propio del que comienza es ponerse el dedo en la boca y guardar su ánima.

Otra tentación, y muy común, es inquietarse con mudanzas de lugares, pareciéndoles que en otra parte estarán más quietos, o más devotos, o más aprovechados y recogidos. Y no miran que **en la mudanza de lugares se mudan los aires, y no los corazones, y que doquiera que el hombre vaya lleva a sí consigo**, esto es, un corazón estragado con el pecado, que es un perpetuo manantial de miserias y desasosiegos, y que este no se cura con mudanza de los lugares, sino con el cauterio de la mortificación y con el unguento de la devoción. La cual, de tal manera muda el corazón del hombre, que por el tiempo que dura la suavidad deste olor no se siente el hedor que sale deste muladar de nuestro corazón. Por donde **el mejor medio que hay para huir de sí es llegarse a Dios y comunicar con él**, porque, estando en él por actual amor y devoción, luego está el hombre ausente de sí.

Otra tentación es entregarse demasiadamente con el nuevo gusto y fervor del espíritu a indiscretas vigiliias, oraciones, soledad y abstinencias, con que vienen a estragar la vista, la cabeza, el estómago y quedar casi para toda la vida inhábiles para los espirituales ejercicios —como ya yo he visto muchos—

; y otros, con esto, vienen a enfermar gravemente, y parte con el regalo de la enfermedad, y parte con la falta de los buenos ejercicios que se dejan por ella, vienen a crecer las tentaciones de tal manera, que fácilmente pueden derribar la virtud, desamparada del sabor y fuerzas de la devoción. Otros, habituados al regalo de la enfermedad, quédanse con las malas mañas que en ella cobraron; y otros, como dice san Buenaventura, vienen por esta ocasión a amarse demasadamente y vivir, no sólo más delicadamente, sino más disolutamente, haciendo cabeza de lobo de la enfermedad, para dar licencia larga a todos sus apetitos y regalos.

Otros, por el contrario, pecan por demasiada discreción, rehusando cualquier honesto trabajo por temor del peligro, diciendo que basta para su salvación guardarse de pecado mortal, aunque no se guarden los otros rigores y cosas más menudas. Destos dice san Bernardo: «El nuevo, que siendo aún animal es discreto, y siendo novicio es sabio, y siendo aún principante es ya prudente, no es posible que pueda perseverar mucho tiempo en religión» (*Ad fratres de Monte Dei*).

Pero la más común tentación de los nuevos es dejar el camino comenzado y volverse otra vez al mundo. Para lo cual usa el demonio de mil maneras. Unas veces, con fortísimas tentaciones de la carne, les representa como un puerto seguro y vida quieta la de los casados, siendo a la verdad un golfo de continuas tribulaciones y tormentas, alegándoles para todo esto el ejemplo de muchos patriarcas, que, siendo casados, fueron santos, haciéndole creer que podrá para esto hallar compañía conveniente que sea de un mismo propósito y corazón con él, y que así criará sus hijos en temor de Dios. Y aquí le representa las limosnas que puede hacer en este estado, las cuales no puede en la religión, diciéndole que esta es una gran parte para tener seguro el cielo en el día del juicio. Otras veces, por el contrario, pretende engañarle con más altos pensamientos, poniéndole delante otras religiones más apretadas, especialmente de la Cartuja. Lo cual hace él por sacarle una vez de la religión por este cabe- [515] tro, y, después que lo tenga fuera de la talanquera en medio del coso, embestir en él y llevárselo en los cuernos. Otras veces enamora demasadamente los corazones de la soledad y de aquellos ejemplos y vida de los Padres del desierto, para que, llevándolos sin compañía por este camino solitario, y teniéndolos solos sin la sombra y consejos de sus espirituales padres, fácilmente prevalezca contra ellos.

Mas, entre todas estas maneras de tentaciones, las más peligrosas son las que vienen so color de bien y con imagen de virtud. Porque, las cosas que abiertamente son malas, ellas traen consigo su fealdad y su sobrescrito, con el cual se conocen y se hacen aborrecer; mas, las que tienen apariencia de bien, estas son las más peligrosas, porque nos engañan más fácilmente con esta sombra y figura de virtud. Por lo cual suele nuestro común adversario aprovecharse más destas para tentar a los siervos de Dios. Porque, como sabe que están ya determinados de aborrecer el mal y abrazar el bien, procura él, si puede, darles a beber el veneno del pecado mezclándolo con esta falsa miel. En lo cual parece semejante a aquellos grandes enemigos de Daniel, que, deseando revolverle con el rey Darío para darle la muerte, y tentados para esto muchos medios en vano, finalmente se resolvieron en decir que no le podrían armar ningún lazo, sino por medio de algún mandamiento de la ley. Así lo hicieron, aunque tampoco esto les aprovechó, porque Dios miró por su siervo (cf. Dan 6,5ss). Pues de esta manera tienta el demonio ordinariamente los buenos, y por aquí les arma los lazos; y por esto conviene andar avisados aun en la afición de las cosas que nos parecen buenas, porque, ya que no hay culpa en la afición de la cosa, no la haya en la demasía della. Por lo cual, toda afición demasada nos ha de ser sospechosa, porque **la demasía en cualquier materia siempre debe ser temida** ⁸².

Estas son las más comunes tentaciones de los que comienzan a servir a Dios, cuyo remedio es la humildad, y la sujeción, y la oración, y la confesión, y la prudencia del buen confesor, que es como el buen piloto que ha de guiar este navío con mucho tiento por medio de las ondas de el mar tempestuoso deste mundo, donde soplan los vientos de los espíritus malignos, que levantan grandes tempestades y tormentas. Mas, sobre todo esto, es Dios, que conoce nuestra flaqueza, y nos acude con su gracia, y nos aparta de la tierra de los filisteos, porque no nos hagan tan crueles guerras a la salida de Egipto (cf. Éx 17,8ss); y que, finalmente, como dice el Apóstol, no permite que seamos tentados sobre lo que podemos, antes acrecienta la gracia cuando nos ve puestos en la batalla (cf. 1 Cor 10,13). Finalmente, los remedios de todas estas tentaciones son los mismos que arriba pusimos contra el pecado, porque no puede haber otras armas contra la tentación del pecado que las que valen contra el mismo pecado.

⁸² Dice el Eclesiastés: «Noli esse iustus multum, neque plus sapias quam necesse est, ne obstupescas» (Ecl 7,17).

Esto baste cuanto a la primera regla de los que comienzan a servir a Dios.

Capítulo III. Síguese otra regla de bien vivir, para personas algo más aprovechadas en la vida cristiana. Del fin desta doctrina, que es la imitación de Cristo

Porque algunas personas, no contentas con hacer todo aquello que entienden ser necesario para su salvación, quieren pasar más adelante y aprovechar en el camino de las virtudes, para estas también es necesario dar doctrina; para la cual podrá servir la regla siguiente, demás de lo que al fin deste libro se dirá en el séptimo tratado.

Y, porque **el fin de las cosas es la regla por donde se han de guiar**, por tanto, así como en la regla pasada pusimos un fin, que fue evitar todo pecado mortal, así en la presente pondremos otro más alto, que es **la imitación de Cristo, a la cual toda la vida cristiana se ordena**. Y, aunque en esta segunda regla se repiten algunas cosas de la pasada, no por eso pierden tiempo, porque allí se pusieron en cuanto medios que servían para evitar el pecado —que era el fin principal que allí se pretendía—, y conforme a esto se declaró, mas aquí se repiten para otros fines, y conforme a esto se tratan más en particular.

I.

Pues, conforme a esto, el primero y más general documento y fin desta doctrina sean aquellas palabras del Salvador, que dice: *Ejemplo os he dado, para que, así como yo hice, así vosotros hagáis* (Jn 13,15). Porque, así como a los que aprenden a escribir suelen los maestros poner delante una materia de letra muy escogida, para que de allí tomen la forma de la letra que quieren aprender, así los que desean cristianamente vivir conviene que se les ponga delante otra materia perfectísima que les sea como un dechado y regla de su vida; la cual no puede ser otra más perfecta, ni más conveniente, que la vida de Cristo, que nos fue dado en el mundo por maestro y ejemplo de virtudes, pues todo lo que él dijo e hizo en su vida fue ejemplo y remedio de la nuestra. Porque sabida cosa es que, así como toda la perfección de los efectos es imitar a sus causas y ser semejante con ellas, como vemos que la perfección del discípulo es imitar a su maestro, así toda la perfección de la criatura racional es imitar a su Criador, en cuanto le sea posible, y parecerse con él. A esta imitación nos convida el mismo Señor en todas las Escrituras divinas. En una parte dice: *Sed santos, así como yo lo soy* (Lev 11,45; 19,1); en otra dice: *Sed misericordiosos, así como vuestro Padre lo es* (Lc 6,36); y en otra dice: *Sed vosotros también perfectos, así como lo es vuestro Padre celestial* (Mt 5,48).

Pues, como **toda la perfección de la criatura consista en la imitación de su Criador**, y para imitar una cosa sea necesario primero verla, y a Dios nadie podrá ver en su misma naturaleza y gloria, por esta causa, entre otras muchas, el Hijo de Dios se vistió de nuestra naturaleza, para que así pudiésemos ver a quien habíamos de imitar. Esto es, para que viésemos de la manera que, andando por este mundo, conversaba con los hombres, qué palabras hablaba, en qué obras entendía, cómo se había con las adversidades, cómo en las prosperidades, cómo en la soledad, cómo en la compañía, cómo con los enemigos, cómo con los amigos, cómo con los grandes, cómo con los pequeños, y, finalmente, para que viésemos la excelencia de sus virtudes, su caridad, su humildad, su paciencia, su obediencia, su mansedumbre, su pobreza, sus ayunos, sus oraciones, sus lágrimas, sus vigiliias, sus predicaciones, sus trabajos, el celo de las ánimas, el amor de los prójimos, el rigor y aspereza para consigo y la blandura y piedad para con los otros. Esta, pues, fue una de las causas de su venida al mundo; porque por eso vino Dios a hacerse hombre: para que el hombre se hiciese Dios; para que no solamente por oídas, sino también por vista, no sólo por las palabras de Dios, sino también por ejemplos de Dios aprendiese el hombre a vivir como Dios. Esto es lo que significó el Profeta, cuando dijo: *Tus ojos verán a tu maestro, y tus oídos oirán la voz del que a tus espaldas te irá diciendo. «Este es el camino, caminad por él, y no os desviéis a la diestra ni a la siniestra»* (Is 30,20-21); porque para este misterio,

no sólo nuestros oídos oyeron la doctrina de Dios, sino también nuestros ojos vieron la persona; esto es, vieron el Verbo en la carne y a Dios en el hombre, para que dél aprendiese el hombre cómo había de imitar a Dios, y no desconfiase que podría el hombre hacerse Dios, pues veía a Dios hecho hombre.

Pues según esta cuenta, el que fuere más semejante a Cristo en todas estas virtudes, ese será más perfecto. Y esto es lo que principalmente pretende hacer aquel Espíritu divino que mora en las ánimas de los justos; tanto, que —como dice un doctor— ningún pintor trabaja tanto por sacar su retrato tan semejante al natural, cuanto él procura hacer a todos sus escogidos semejantes a Cristo crucificado, como el que también [*o tan bien*] sabe que esta es la mayor perfección y gloria que en esta vida se puede alcanzar.

Mas por ventura dirás: «Ya que eso sea así, ¿cómo seré yo poderoso para imitar las virtudes del Hijo de Dios? Yo soy hombre, y él es Dios; yo un abismo de flaqueza, y él un abismo de virtud. Pues ¿cómo podré yo levantarme a la imitación de tan gran pureza?» La respuesta es, hermano mío, que, en hecho de verdad, **no puede el hombre por sí solo** levantarse a esta tan alta semejanza, **sino por virtud del mismo Espíritu de Dios**, que ha de morar en él. Porque por esto fue dado este Espíritu a los hombres, para que mediante la virtud del Espíritu divino pudiese vivir vida divina, y hacer obras, no ya de hombres, sino de Dios, pues tenían Espíritu de Dios. No sería imposible hablar un hombre como Tulio, si tuviese el mismo espíritu de Tulio; ni disputar como Aristóteles, si tuviese el mismo espíritu de Aristóteles; y así tampoco lo es imitar el hombre en su manera las virtudes y la vida de Dios, recibiendo Espíritu de Dios. No es nueva cosa participar unas cosas la naturaleza de otras cuando se juntan con ellas. Así vemos que el manjar desabrido, con la sal se hace sabroso, y con la miel, dulce, y con las especias, oloroso; y desta manera no es mucho hacerse el hombre divino, participando el Espíritu divino. Lo uno y lo otro brevísimamente significó el Salvador cuando dijo: *Lo que nace de carne, carne es; mas lo que nace de Espíritu, espíritu es* (Jn 3,6). En las cuales palabras abiertamente nos declaró que ni era posible la carne por sí sola ser más que carne, ni imposible hacerse espíritu, siendo ayudada con la virtud y presencia del divino Espíritu.

Pues de la participación de este Espíritu, como de una simiente celestial, nacieron todos los hijos de Dios, y por eso no es mucho que, como hijos, se parezcan a su Padre y vivan vida divina, pues recibieron el Espíritu divino, como lo testificó uno dellos, diciendo: *Nosotros, quitado el velo de la cara, recibiendo en nuestras ánimas como en un espejo limpio la claridad de Dios, somos transformados en la misma imagen de Dios, obrándolo así en nosotros el Espíritu suyo* (2 Cor 3,18). Ni tampoco es de maravillar que los llamen en su manera *dioses*, como los llamó el Salmista, cuando dijo: *Yo dije: «Dioses sois vosotros y hijos del muy Alto»* (Sal 81,6); porque no es mucho que participen el nombre de Dios los que participan el espíritu y semejanza de Dios.

Y esta tan grande dignidad nos vino a dar el mismo Hijo de Dios, y esta fue la principal causa de su venida. Porque por eso se abajó él a hacerse verdadero hombre: porque el que era verdadero hombre viniese a hacerse Dios, no por naturaleza, sino por gracia (cf. Jn 1,12-13). Y así él es, por una parte, la causa que llaman ejemplar de toda nuestra perfección, pues él nos dibujó en su vida santísima la imagen de la vida perfecta, y él es también la causa meritoria della, pues él es el que con el misterio de su encarnación y con el sacrificio de su pasión nos alcanzó esta tan grande dignidad.

Este sea, pues, el primer documento de nuestra vida y este el fin de toda ella, al cual nos convida el apóstol san Pedro, diciendo: *Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, que sigamos sus pisadas. El cual no hizo pecado, ni en su boca se halló engaño; el cual, maldiciéndole, no maldecía, y padeciendo, no amenazaba* (1 Pe 2,21-23). [517] Esto mismo nos pide también el evangelista san Juan, por estas palabras: *El que dice que está en Cristo debe trabajar por vivir de la manera que él vivió* (1 Jn 2,6). Sobre las cuales palabras dice Próspero: «¿Qué cosa es vivir como Cristo vivió, sino despreciar todas las cosas prósperas que él despreció, y no temer las adversas que él sufrió, enseñar lo que él enseñó, esperar lo que prometió, hacer bien a los ingratos, no dar mal por mal a los maldicientes, rogar por los enemigos, haber misericordia de los perversos, traer a sí los contrarios, sufrir igualmente a los soberbios, y, finalmente, como dice el Apóstol, morir a la carne y vivir a solo Dios? (cf. Rom 6,11)».

Estas cosas y otras muchas tales comprende la imitación de Cristo. Mas, porque este documento es muy general, descenderemos agora a tratar en particular del uso y práctica de las virtudes, como al principio prometimos.

Capítulo IV. Del ejercicio y uso de diversas virtudes

Pues entre estas virtudes, la primera (que es como árbol de vida en medio del paraíso) es la *caridad*, a la cual pertenece amar a Dios sobre todas las cosas, con todo nuestro corazón, con toda nuestra ánima y con todas nuestras fuerzas. Este es el primero y mayor de todos los mandamientos (cf. Mt 22,37-38), esta es la reina de todas las virtudes, este es el principio y fin de toda la vida cristiana, esta es el ánima y vida de todas nuestras obras, sin la cual ni la fe, ni la esperanza, ni la profecía, ni el martirio, ni todas las otras virtudes valen nada (cf. 1 Cor 13,1-3). Para alcanzar esta divina virtud, entre otras muchas cosas se requieren señaladamente tres. La primera es purgar el ánima de todos los apetitos y pasiones desordenadas, y de todos los pecados que dellas proceden, *porque* —como está escrito— *en mala conciencia no entrará la divina sabiduría, ni morará en el corazón sujeto a pecados* (Sab 1,4). Y por esto los que desean amar a Dios trabajen por apartarse de todos los pecados, no sólo mortales, sino también veniales, en cuanto les sea posible. Porque, así como cuanto un espejo estuviere más limpio, tanto con mayor claridad recibe los rayos del sol, así cuanto un ánima estuviere más pura, tanto más participará la claridad y rayos del divino amor.

La segunda cosa que para esto se requiere es recogerse el hombre las más veces que pudiere dentro de sí mismo y ponerse a pensar todas aquellas cosas que pueden mover su corazón a amar a Dios; porque, si esto hiciere, hallará que todas las razones de amor que se hallan en todas las criaturas, se hallan en solo Dios, y todas en sumo grado de perfección.

Y, porque los filósofos dicen que el bien naturalmente es amable, y que cada uno ama su propio bien, de aquí nace que dos cosas señaladamente nos mueven a este divino amor, conviene a saber: la grandeza de las perfecciones de Dios y la grandeza de sus beneficios; de las cuales dos cosas trataremos adelante en su propio lugar. Con esto se junta considerar también el amor grande que Dios nos tiene y la razón que nosotros tenemos con él, por ser él nuestro Padre, nuestro Hermano, nuestro Rey, nuestro Señor, nuestro Dios y nuestro último fin, por lo cual es llamado Esposo de nuestras ánimas y por lo cual merece ser amado con infinito amor; porque tal es el amor del último fin. Pues la consideración destas cosas, cuanto es más larga y más profunda, tanto nos hará este objeto más amable. Y por esto quien quisiere aprovechar mucho en este amor gaste mucho tiempo en esta consideración.

Otro medio hay sin [*aparte*] este ⁸³, más breve y compendioso, que es cuando el ánima, herida y prevenida con la dulcedumbre deste Señor, y enamorada de tan grande hermosura, pide instantísima y continuamente a aquel que solo puede dar este tesoro se lo quiera otorgar, pareciéndole que **más corto camino es para alcanzarlo pedirlo, que exprimirlo gota a gota a fuerza de consideraciones**. Por lo cual tiene por mejor el orar, que el meditar, y así ora y pide continuamente con ardentísimos y encendidísimos deseos esta joya tan preciosa. Para lo cual conviene tener a la mano algunas palabras dulces y amorosas con que el ánima religiosa represente a Dios este su deseo. De las cuales, y de todo lo que toca a esta virtud, se tratará adelante en su propio tratado del amor de Dios. Y ten por cierto que ninguna de estas palabras y gemidos será ociosa, porque, como el Señor sea tan largo y tan dadivoso, siempre por ellas o te dará nueva devoción, o nueva luz, o nuevo amor, o te acrecentará la gracia, o traerá a sí tu corazón más eficazmente, o te recreará más dulcemente, o te esforzará más en el bien comenzado. No quieras, pues, hermano, por un poco de negligencia, perder tantos bienes que en cada momento puedes alcanzar.

A esta misma caridad pertenece también purificar el ojo de la intención en todas nuestras obras, pretendiendo en ellas, no nuestro interese ni nuestra honra y contentamiento, sino el beneplácito y contentamiento de Dios. De manera que todo lo que hiciéremos, o por nuestra voluntad o por la ajena, hagamos no por cumplimiento, no por pura ceremonia, ni por necesidad, ni por fuerza, no por agradar a los ojos de los hombres, ni por otro algún interese de la tierra, sino puramente por amor de Dios [*cf. Ef 6,6-7*]; como sirve la buena mujer a su marido, no por el interese que dél espera, sino por el amor con que le ama. En lo cual conviene que el ánima sea tan fiel y tan casta, que, así como la buena mujer se atavía y compone por solo agradar a los ojos de su marido, y no a otros, así ella procure el

⁸³ El texto ya no mencionará la *tercera* de las cosas para alcanzar la caridad. ¿Se puede sobreentender que sea ésta?

ornamento y atavío de las virtudes por solo agradar a los ojos de Dios. No digo esto porque sea malo hacer [518] buenas obras por el premio de la vida perdurable (antes es cosa santa y loable), sino porque, cuanto más el hombre desviare los ojos de todo género de interés y más puramente pretendiere agradar a Dios, tanto más perfectamente obrará y tanto más merecerá. Porque, como dice san Bernardo, «el perfecto amor no cobra fuerzas con la esperanza, ni desmaya con la desconfianza» (*super Cantica* 83,5), porque ni trabaja por lo que espera que le darán, ni deja de trabajar aunque no espere que le den, porque no le mueve al trabajo el interés, sino el amor.

Y no sólo al principio o fin de las obras debe tener esta intención, sino, también, al tiempo que las hace, de tal manera las debe hacer, que las esté ofreciendo a Dios y que con ellas esté actualmente amando a Dios. De suerte que, cuando estuviere obrando, más parezca que está amando y orando, que obrando; y desta manera no se distraerá en las obras que hiciere, porque así obraban los santos, y por esto no se distraían cuando obraban. Así se dice, por figura, de la esposa en los Cantares que sus vestiduras olían a incienso (cf. Cant 4,11). Porque por las vestiduras del ánimo entendemos las virtudes con que ella se atavía, y por el incienso, que echado en el fuego sube a lo alto con suave olor, entendemos la oración, que hecha en la tierra obra en el cielo. Pues decir ahora que las vestiduras de la esposa huelen a incienso es decir que de tal manera obraba las obras de las virtudes, que su obrar no menos parecía orar, que obrar; por la grande devoción con que hacía sus obras. Vemos que, cuando una madre está lavando los pies a su hijo, o a su marido que viene de camino, juntamente le está sirviendo y le está amando, gozándose y tomando particular gusto y contentamiento en aquel servicio que le hace. Pues desta manera se ha de haber nuestro corazón cuando entiende en hacer algún servicio a su Criador, y desta manera también olerán sus vestiduras a este incienso espiritual.

▲ Lo que desta manera se hace es de grande merecimiento, porque el mérito de nuestras obras principalmente pende de la pureza de la intención y del amor y devoción con que se hacen. En lo cual parece que, así como en la moneda no hacemos tanto caso del número, como del metal, porque poco oro vale más que mucho cobre, así en las buenas obras no se ha de estimar tanto la muchedumbre dellas, como el amor y devoción con que se hacen; como nos lo mostró el cornadillo de aquella viuda del Evangelio, que valió más que las ofrendas gruesas de muchos ricos (cf. Lc 21,1ss). Y así también acaecerá hacerse una buena obra con tanta voluntad, caridad y devoción, que valga más en los ojos de Dios, que muchas otras que no se hacen así. De manera que, así como una oración fervorosa alcanza más de Dios, que muchas tibias, así una obra hecha con mucho fervor y devoción merecerá más que otras muchas que no se hacen así. Lo cual deben mucho de notar los que viven en estados que los obligan a hacer siempre buenas obras, para que miren mucho de la manera que las hacen; y para que no se ensorberbezcan mucho por lo mucho que hacen, si no lo hacen con mucho amor y devoción.

A esta misma caridad pertenece también no sólo amar a Dios, sino también al prójimo por amor de Dios. Porque, como a la caridad pertenezca amar a Dios y a todas sus cosas, y entre las cosas de Dios una de las más principales sea la criatura racional, hecha a imagen de Dios y redimida por su sangre, de aquí es que de la misma raíz y hábito de donde nace amar a Dios, nace el amor al prójimo por Dios; como solemos decir: que «quien ama a Beltrán, bien ama a su can». Y así dicen los doctores que la caridad es un solo hábito, pero que tiene estos dos actos, uno de amar a Dios y otro de amar al prójimo por Dios. Esta es la causa final porque tenemos de amar a los prójimos; y aun este es el mayor motivo que tenemos para amarlos, por indignos que sean de nuestro amor, porque ni tenemos de mirar a ellos, ni amar a ellos por ellos, sino por amor de aquel Señor que los crió y los redimió y nos manda que los amemos por él; porque, dado caso que [*aunque*] en ellos no haya razón para ser amados, pero en Dios hay infinitas razones por las cuales merece que amemos, no sólo a ellos, mas aun a todos los trabajos y tormentos del mundo, por él. De manera que, **si faltan razones en el prójimo para amarlo, en Dios sobran para esto y para mucho más.**

Este amor nos pide no hacer mal a nadie, no decir mal de nadie, no juzgar a nadie, tener en gran secreto la fama del prójimo y dar siete ñudos a la boca, antes que tocar en su fama.

Y no basta no hacer mal a nadie, sino es menester también hacer bien a todos, socorrer a todos, aconsejar a todos, perdonar a quien te ofendió, y pedir perdón a quien ofendiste; y, sobre todo, sufrir cargas, injurias, simplezas y condiciones de todos, según aquello del Apóstol, que dice: *Llebad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo* (Gál 6,2). Esto es lo que pide la caridad,

en la cual está la ley y los profetas; sin la cual, el que quisiere fundar religión, no hará más que el que quisiere formar un cuerpo vivo sin ánima; lo cual implica contradicción.

I. [De la esperanza]

Otra virtud, hermana de la caridad, es la *esperanza* (aunque esta virtud no pudo haber en Cristo, como ni la fe, porque tenía otra cosa mayor), a la cual pertenece mirar a Dios como a Padre, teniendo para con él corazón de hijo, pues que, realmente, así como no hay bueno en la tierra que merezca llamarse *bueno*, comparado con él [cf. Mt 19,17], así no hay padre en ella que tenga tales entrañas de *padre* para con aquellos que ha tomado por hijos, como él. Y así todas cuantas cosas en este mundo le sucedieren, prósperas o adversas, todas tenga por cierto que le vienen para su bien [cf. Rom 8,28], pues ni un pájaro cae en el lazo sin su providencia [cf. Mt 10,29]; y en todas [519] cosas acuda luego a él con toda confianza, manifestando todas sus tribulaciones delante dél, confiando en la inmensidad de su largueza, y en la fidelidad de sus promesas, y en las prendas de los beneficios recibidos, y, sobre todo, en los merecimientos de su Hijo, esperando fielmente que, aunque él sea pecador y miserable, habrá misericordia dél; y, por donde él menos piensa, encaminará todas las cosas para su bien. Y, para esto, tenga siempre en la memoria aquel verso de David: *Ego autem mendicus sum, & pauper, Dominus est sollicitus mei* (Sal 39,18). Y, si mirare atentamente la Escritura de los salmos, de los profetas y de los evangelios, toda la hallará llena desta manera de providencia divina y esperanza nuestra, con la cual cada día cobrará más ánimo para esperar en Dios en todas las necesidades y trabajos que le vinieren. Y tenga por cierto que nunca tendrá verdadera paz y reposo de corazón, hasta que tenga esta manera de seguridad y confianza, porque sin ella todas las cosas lo turbarán, inquietarán y desmayarán, y con ella, no tiene por qué turbarse, pues tiene a Dios por valedor.

II. [De la humildad interior y exterior]

Otra virtud es la *humildad*, así interior como exterior, que es raíz y fundamento de todas las virtudes; la cual de tal manera resplandeció en la persona y vida de nuestro Salvador, que della señaladamente pidió él ser imitado, cuando dijo: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón* (Mt 11,28). Sobre las cuales palabras dice muy bien el cardenal Cayetano que en estas dos virtudes consiste la principal parte de la filosofía cristiana, porque la humildad dispone nuestra ánima a recibir los dones de Dios, y la mansedumbre nos dispone a tratar dulcemente con los hombres.

A esta humildad pertenece que el hombre se tenga por una de las más viles y pobres criaturas del mundo, y más indigna del pan que come y de la tierra que huella y del aire con que respira; y no sienta más de sí, que de un cuerpo hedioso y abominable y lleno de gusanos, cuyo hedor él mismo no puede comportar, y que todos cierran los ojos y tapan las narices por no olerlo ni verlo. «Así nos conviene — dice el B. [bienaventurado] san Vicente—, hermano muy amado, a mí y a ti que lo sintamos; pero más a mí que a ti, porque mi vida es hedionda y sucia, y mis obras feas y abominables con la corrupción de mis pecados; y lo que peor es, que cada día siento que este mismo hedor y horror se renueva en mí» (*De vita spirituali*).

Y debe el ánima fiel sentir este hedor en sí con grande vergüenza, como la que se ve en presencia de aquellos divinos ojos que tan claramente lo ven todo. Y, como si ya se hallase presente en aquel estrecho juicio, dolerse cuanto pudiere de la ofensa de Dios y de haber perdido aquella gracia que tenía cuando fue lavado con el agua del santo Bautismo; y, así como cree y siente que hiede ante los ojos de Dios, así también imagine que hiede entre los hombres y ángeles, y así ande como corrido y confundido en presencia dellos. Y, si pensare lo que aquella divina Majestad merece, y a cuánto estaba obligado quien tantas misericordias había recibido, y cuán mal ha respondido a lo uno y a lo otro, y cómo en lugar de servicio tan debido le ha hecho tantos deservicios, verá que merecía que todas las criaturas se levantasen contra él y tomasen venganza dél, y lo despedazasen y comiesen a bocados, pues él tan gravemente injurió y ofendió al Señor de todo. Y por esta causa desee ser escupido y menospreciado de todos, y reciba con toda alegría y paciencia todos los vituperios, vergüenzas, infamias, injurias y adversidades que le vinieren; y en ellas tome tan grande contentamiento, cuanto

suele recibir un enemigo cuando toma venganza de otro, porque así es razón que la tome el de sí por haber ofendido a Dios.

Y a esta misma humildad pertenece que desconfíe de sí mismo y de todas sus habilidades y fuerzas, y se convierta de todo en todo, y recline sobre los brazos de Cristo pobrísimo, deshonrado y despreciado y muerto por amor dél, hasta que él también llegue a estar como muerto para todos los agravios e injurias que padeciere por él.

Y, pues tal es razón que sea la figura del hombre exterior, cual es la del interior, así como el interior está su pensamiento en el más bajo lugar del mundo, así el exterior procure de abajarse a imitación de Cristo a lavar los pies —si menester fuere— de todos los otros hombres; y a procurar que el vestir, el andar, el hablar, el servicio, la casa, la mesa, y todo lo demás, guardadas las leyes de la discreción, sea conforme a la humildad interior, porque no sea el hombre diferente de sí mismo y doblado, y haga contra aquel mandamiento del Señor, que dice: *No tomes figura contra tu figura* (Eclo 4,26)⁸⁴.

III. [De la castidad]

Con la humildad está muy segura la *castidad*, que es propiamente virtud de ángeles, como el Salvador dice [cf. Mt 22,30]. Y digo que está segura con la humildad, porque, en faltando esta virtud, luego estotra corre peligro; y así dice divinamente san Anselmo que, «cuando la soberbia no basta para destruir la humildad, destrúyela la lujuria; y cuando la lujuria no puede destruir la castidad, destrúyela la soberbia». La cual, aunque es polilla de todas las virtudes, mas particularmente lo es desta; y por eso el verdadero casto acompañe su castidad con humildad, porque así la tenga más segura.

Pues a esta virtud pertenece tener un corazón de ángel, si fuese posible, y huir cielo y tierra de todas las pláticas, vistas y conversaciones o amistades que a esto le pueden perjudicar, aunque sea a veces de personas espirituales; porque, como singularmente dijo santo Tomás, muchas veces el amor espiritual viene a mudarse en carnal, por la semejanza que hay entre uno y otro amor. A esta virtud pertenece que, cuando el mal pensamiento llegare al corazón del hombre, en ese mismo pun- [520] to, con grandísima ligereza lo sacuda de sí como una brasa encendida, según que arriba declaramos. Y trabaje en esta parte por ser tan casto y tan fiel a Dios, que tenga los ojos quebrados, si fuese posible, para no ver cosa con que se pueda ofender el dador dellos. Y, cuando algo se le ofreciere que mirar, diga dulcemente en su corazón. «Señor mío, no tengo yo ojos para ver cosa con que pueda ofender a los vuestros. No plegue a vuestra bondad que de los ojos que me distes, y que ahora estáis alumbrando con vuestra luz para que yo viese vuestras obras, haga yo armas para contra vos». El que esta honestidad y guarda tuviere en sus ojos, tenga por cierto que Dios le guardará, y que con esto ahorrará de muchas batallas y peligros, y vivirá en grande paz.

También es parte de castidad trabajar porque nuestro corazón esté tan entregado y sujeto a Dios, que a ninguna criatura vana ni perecedera se pegue con demasiada afición. Téngase por verdaderamente muerto al mundo; y como si fuese sordo y ciego, así ninguna cosa quiera oír ni ver, sino lo necesario o provechoso. Y no sólo ha de ser el cuerpo y el corazón casto, mas también ha de procurar que los ojos sean castos, y las palabras castas, y la compañía casta, y la vestidura casta, y la mesa y la comida, como luego diremos; porque la verdadera y perfecta castidad todas las cosas quiere que sean castas, y una sola que falte, a las veces lo destruye todo.

IV. [De la templanza en el comer y beber]

A esta virtud ayuda, entre otras cosas, la *templanza* en el comer y beber; porque, como dice san Juan Clímaco, «el que quiere ser casto, y regala su cuerpo, es como el que quiere despedir de sí un perro, y le arroja un pedazo de pan»; el cual por eso le seguirá más.

Pues, para alcanzar esta virtud, tenga el hombre cuidado que, dando al cuerpo su mantenimiento, no cargue su estómago y espíritu con demasiado comer y beber, sino lo uno y lo otro reciba

⁸⁴ «Ne accipias faciem adversus faciem tuam». «No tengas miramientos en perjuicio propio» (*Biblia de Jerusalén*).

templadamente, no buscando en esto regalo ni deleite, sino sólo satisfacer a la necesidad. Y, puesto que naturalmente lleve gusto en lo que come, pero no lo procure él de su parte ni se saboree en él. Cada bocado que comiere, espiritualmente lo moje en la preciosísima salsa de la sangre del Redentor, y de las dulcísimas fuentes de sus llagas reciba lo que hubiere de beber. Quiera más las groseras y viles viandas que las curiosas y costosas, acordándose que nuestro Señor Jesucristo gustó por él hiel y vinagre en la cruz. Pero advierta que quien come manjares viles y despreciados, si con demasiada codicia y golosina los come, pierde el valor de la verdadera abstinencia, la cual no consiste tanto en la calidad de los manjares, cuanto en la manera de comerlos. Porque, como dice san Agustín, posible cosa es que un sabio use templadamente de un precioso manjar, y que el no sabio venga a destemplarse en la comida de un muy vil. Porque no hace gula la calidad de manjar, sino el desorden del deleite (*De civ. Dei*, XVI.37). Así que el verdadero amator de la vida espiritual ha de traer guerra perpetua con su sensualidad, negándole prudentemente lo que ella con desorden apetece. Pero de tal manera castigue la carne, que no destruya la naturaleza, ni estrague la complexión con indiscreto rigor de abstinencia, siguiendo en esto sólo su juicio; mas en todo guarde la medida y santa discreción, dejándose guiar por el consejo de los sabios y virtuosos. Y, conforme a esta regla, debe menospreciar la vanidad y curiosidad en el vestido, servicio y aposento, y en todas las otras piezas y alhajas de que se sirve.

V. [*Del silencio*]

Tras esta virtud se sigue, como hermana suya, el *silencio*, madre de la inocencia, llave de la discreción, compañero de la castidad, guarda de la devoción y ornamento de la nueva edad. Pues para alcanzar esta tan excelente virtud procure el siervo de Dios que nunca de su boca salgan palabras perjudiciales ni deshonestas, ni dé oídos a los que las hablen, mas antes procure interrumpir con toda discreción las tales pláticas, por la mejor manera que le sea posible. Aborrezca mucho toda palabra de lisonja o de vanagloria. No sea áspero en sus hablas, sino dulce y amigable, y no sean sus palabras artificiosas y compuestas, sino sencillas y llanas. Guárdese lo mejor que pueda de palabras ociosas, por el tiempo que en ellas se pierde; y mucho más de burlas y donaires, porque se derrama con ellas la devoción. Pero las dos principales rocas de que se debe desviar con todo cuidado son de hablar bien de sí y mal de otro. Y, para estar más seguro destos peligros, pudiendo callar sin detrimento de la caridad o de la obediencia, calle de buena gana; pero no sea pesada y enojosamente callado, porque su silencio no sea para otros molesto. Y, cuando le conviniera hablar, abrevie cuanto pudiere sus razones, y hable con cautela y discreción; y, antes que abra la boca, asiente consigo de no hablar más palabras de las que fueren menester.

No contradiga a otro ligeramente, ni porfíe con nadie; mas, después que hubiere afirmado una o dos veces lo que tiene por verdad, si no es creído, deje a los otros sentir lo que quisieren, y calle como si más no supiese; en caso que su silencio no fuese notoriamente perjudicial a la gloria de Dios. No sea cabezudo en sus pareceres, ni porfiado en sus razones, ni afirme con demasiada aseveración lo que sabe, sino con modestia y templanza, diciendo: «Pienso que es así», o «si no me engaño, así es».

Mas para no errar en esta parte, que es tan principal, ni cometer ningún barbarismo (como dicen los gramáticos) en este lenguaje espiritual, debe mirar atentamente estos siete puntos o circunstancias cuando quisiere hablar. La **primera**, la materia de que habla: porque esta conviene [521] que sea de cosas buenas y provechosas o necesarias, y no malas, inútiles y dañosas. La **segunda**, el fin para que habla: que no sea por hipocresía, ostentación, vanidad o jactancia, sino con simplicidad y llaneza, y por fin honesto y necesario. La **tercera**, el modo con que habla: que no sea con soltura y desentonamiento, ni tampoco con blandura mujeril y afectada, sino con reposo, mansedumbre y gravedad; aunque esta no ha de ser pesada, sino mezclada con suavidad, como dicen que era la de san Basilio; y especialmente el habla de la mujer ha de ser más llana o más sencilla, porque dicen que ha de ser como el agua: que ningún sabor ha de tener, para que sea buena; también se reprehende, con razón, el hablar afeitadamente, con intento de parecer el hombre muy discreto y bien hablado, lo cual en el hombre es gran vicio, mas en la mujer gran peligro. La **cuarta** circunstancia es de la persona que habla: porque a los mancebos no se da tanta licencia para hablar, antes es muy grande ornamento en ellos el silencio, compañero de la vergüenza; y no menos lo es en las doncellas y vírgenes, a las cuales dice san Ambrosio: «Mira por tí, doncella, y por las palabras que hablas, porque muchas veces hablar

palabras buenas es crimen en la doncella». La **quinta** es mirar la persona ante quien habla: porque delante de los más sabios y ancianos no es dado hablar a todos, sino cuando la necesidad lo requiere y no se puede excusar. La **sexta** es mirar el lugar donde hablamos: porque lugares hay para hablar, y lugares para callar, como es la iglesia y otros tales. La **séptima** es mirar también el tiempo en que se ha de hablar: porque, como dicen Salomón, *tiempo hay de callar, y tiempo de hablar* (Ecl 3,7); y una de las principales partes de prudencia es esta, especialmente cuando queremos amonestar, o aconsejar, o reprehender; porque en todas las cosas conviene buscar tiempo y oportunidad, pero mucho más en estas, sin la cual totalmente se pierde el fruto de la amonestación; y del que esta circunstancia guarda, dice el Sabio: *Manzanas de oro sobre columnas de plata es hablar lo que conviene a su tiempo* (Prov 25,11).

Todas estas circunstancias conviene que mire el que quisiere hablar sin errar; porque, en cualquiera dellas que falte, peca, y hace contra las reglas del bien hablar. Y, porque es gran maravilla no caer en algún defecto destes, por esto es muy buen remedio acogerse el hombre al puerto del silencio, donde ninguno destes bajos hay.

VI. [De la mortificación de la propia voluntad]

Mortificada y ordenada desta manera la lengua, queda por mortificar la propia voluntad, que es otra llave de la buena vida. Para lo cual, una de las cosas que más aprovechan es la *obediencia*. Por tanto, uno de los ejercicios que en más se debe estimar es el desta virtud, sabiendo que es aceptísimo sacrificio a Dios la perfecta muerte de la propia voluntad. Cualquiera cosa hecha simplemente por obediencia, dado que por sí sea de poco valor, Dios la engrandece, y, como a excelente, la galardona; y ninguna obra, por grande que sea, puede agradarle si es acompañada con desobediencia de Dios o de los prelados. Obedezca, pues, el siervo de Dios con alegre y devoto corazón a sus mayores, y hónrelos por respeto de Dios, porque la honra que no merecen por sus personas, por el oficio la merecen. Obedezca también a los iguales, y aun a los inferiores, en las cosas que fueren lícitas y honestas.

Huelgue de ser reprendido y enseñado por otro cualquiera; y, contra los que le reprehenden con enojo, no se defienda con soberbia, mas, imitando a su Señor, quiera más sufrir y callar; salvo si de su silencio se siguiese algún escándalo notable. Sujétese humildemente a toda criatura por amor de Dios [cf. *1 Pe 2,13*]⁸⁵; y, puesto que [*aunque*] reciba dél grandes mercedes y consolaciones, no por eso se ensoberbezca ni tenga por mejor por esta causa, pues, a la verdad, todo lo bueno es de Dios, y sólo el pecado puede tener por suyo⁸⁶.

VII. [De la paciencia en los trabajos]

Aprenda también a sufrir sin quejas ni mormuraciones cualesquier injurias, escarnios, acusaciones, aflicciones y daños que permitiere Dios que le vengan, creyendo fuera de toda duda que **Dios, por su justa y piadosa ordenación, se los envía**. Por lo cual, **no se indigne ni quiera mal a los hombres por cuya mano le vienen**, antes, conformándose con su Señor, se muestre para con ellos manso y benigno.

No juzgue a los hombres ni los mida por la miserable y corruptible apariencia del cuerpo, sino por la dignidad incomprendible del ánimo, que es hecha a imagen de Dios. A nadie haga mal rostro, ni se muestre airado ni desabrido ni triste, sino, así en su conversación como en sus palabras y respuestas, sea afable y benigno a todos, con una mansa gravedad. Las faltas ajenas sufra mansamente; pero las que contrariaren a la honra de Dios, procure con diligencia enmendarlas amigablemente por sí o por otro, cuando espera que aprovechará. Aborrezca al pecado en el hombre, no al hombre por el pecado, porque el hombre es hechura de Dios, y el pecado, hechura del hombre. Esté aparejado, cuando convenga, para hacer bien a todos, y no menos a los que mal le quieren; y compadézcase, así de los que mal hacen, como de los que mal padecen. Pero señaladamente se mueva a compasión de las

⁸⁵ «Subiecti igitur estote omni humanæ creaturæ propter Deum [o Dominum]».

⁸⁶ «Bonum aliquid in se cum viderit, Deo applicet, non sibi; malum vero semper a se factum sciat et sibi reputet» (SAN BENITO, *Regla*, IV,42-43).

ánimas de los fieles difuntos, porque en el purgatorio son atormentadas, y ruegue por ellas al Señor. Y, para que más fácilmente se duela de los males ajenos, ponga a sí mismo en lugar de los que padecen, y así sentirá los males ajenos como sentiría los suyos propios. De ningunos tenga envidia, de ningunos mormuree, de todos sienta bien; y, si algunas siniestras sospechas se levantaren en su corazón, prestamente las deseche de sí. A ninguno desprecie y de ningún pecador desespere, porque quien en esta hora es malo puede, por la gracia de Dios, mañana estar mudado. Asiente consigo un firme propósito de nunca juzgar a nadie, y procure de interpretar los dichos y hechos ajenos siempre a la mejor parte, oyendo y mirando todas las cosas con sencillo y benigno corazón.

No se turbe por los males y desastres que en el mundo acaecen, mas en todas las cosas se fíe de la divina providencia, sin la cual no cae un pájaro en el lazo [cf. Mt 10,29]. Y a la misma providencia divina encomiende a sí y a todas sus cosas seguramente, estribando con humilde confianza —en cualquier trabajo— en la misericordia de tan buen Señor, socorriéndose a él con oración fervorosa, según amonesta el Profeta, diciendo: *Arroja tus cuidados en el Señor, que él te proveerá* (Sal 54,23). Por donde, puesto que [aunque] algunas veces le desampare la consolación interior, y sobre esto sea gravísimamente afligido, no deje por eso su santo propósito, mas persevere ante el Señor con humildad y confianza, sin buscar vanos consuelos con que se recree, porque él lo consolará.

Si el espíritu maligno pusiere en su corazón perversos y abominables pensamientos, no haga caso desto, sino cierre con presteza los ojos de el ánima; porque mucho mejor vencerá los tales combates despreciándolos y escupiéndolos, que mirándolos o altercando con ellos. Ni se tenga por llagado con las saetas a que del todo resiste y prestamente deseche de sí, porque no comete en tal caso culpa que sea necesario confesarla; porque los pecados somos obligados a confesar, no las tentaciones de los pecados a que no consentimos. Las torpezas pensadas no ensucian, sino agravan; porque una cosa es sentir el mal, y otra consentirle; y sabemos que muchos santos sintieron algunas veces en su carne grandes incentivos de vicios, pero con la razón y voluntad los desterraron.

VIII. [De la verdadera devoción]

No piense que la santidad de la vida consiste en sentir en el ánima grande consolación y dulzura, ni tenga por cierta y segura devoción el sentimiento tierno del espíritu con que algunos fácilmente hacen sus ojos fuentes de lágrimas, porque muchas veces se hallan en herejes y paganos semejantes blanduras. La verdadera devoción es la pronta voluntad con la cual está determinado el hombre a todo lo que conviene a la honra y servicio de Dios. Esta persevera siempre con fruto, puesto que [aunque] el ánima esté seca y el corazón estéril. Por tanto, no desee el varón espiritual desordenadamente la suavidad interior, mas igualmente esté aparejado para recibirla y para carecer della cuando el Señor quisiere. Si él tuviere por bien consolarle, reciba con humildad y agradecimiento la merced; y guárdese no use del don para sólo su contentamiento, ni goce de la dádiva olvidándose del dador. Y tan puro y sencillo, tan humilde y tan sosegado permanezca cuando es de Dios visitado, como cuando no lo es. Ni debe tanto asegurarse y descansar en los dones de Dios, cuanto en el dador de ellos, que es nuestro último fin. Por pequeña gracia que reciba, se juzgue por indigno de ella; antes crea siempre que es merecedor de pena, y no de regalos. Si cantando o rezando no pudiese estar tan atento como desea, no por eso desmaye ni desconfíe, porque aun las oraciones hechas con corazón distraído son fructuosas y gratas a Dios cuando el que ora padece contra su voluntad tal distracción, y de buena gana hace lo que es en sí, ofreciendo a Dios la buena voluntad e insistiendo en la oración con cuidado y diligencia. Por tanto, no sea impaciente ni desasosegado ni se congoje demasadamente, mas, poniéndose en las manos de Dios, se esfuerce; porque es Dios tan bueno y tan piadoso, que con benignidad sufre a los que, hablando con él en la oración, revuelven en su pensamiento cosas indignas de su presencia; y, así, le diga: «Señor, vos sabéis que mi corazón vuela por muchas partes: habed misericordia de mí, vilísimo pecador. Buen Jesús, responded por mí y suplid todas mis faltas. Yo, por mi flaqueza, resbalo: tenedme vos, y no caeré. Mas ¿qué diré? Que así débil y enfermo, y dando mil caídas, me guardéis».

Dispóngase y desee recibir la sagrada Comunión a menudo, para loor de Dios; y, si no la puede recibir sacramentalmente cuantas veces desea, no se turbe ni inquiete, mas, conformándose con la voluntad del Señor, aparéjese para recibirla espiritualmente; porque nadie le podrá impedir que no se llegue al Señor y le reciba espiritualmente, si quiere, mil veces cada día.

IX. [De lo que se ha de hacer por la noche y mañana]

Recójase de noche y tómesese estrecha cuenta de cómo ha gastado el día, según que arriba dijimos; y hecho esto, componga su cuerpecillo honestamente para dormir, y hállele el sueño, si pudiera ser, pensando en Dios dulcemente, y entretenga [*conserve*] sus amorosos deseos para volvérselos cuando despertare. Y a la mañana, en despertando, madrugue luego a la hora su corazón a Dios, y enderece sus primeros pensamientos y palabras a él, diciendo con el Profeta: *Dios, Dios mío, a vos velo yo por la mañana* (Sal 62,2); y más abajo torna a decir: *En la mañana pensaré en vos, porque fuistes mi ayudador* (Sal 62,7-8)⁸⁷. Desta manera se apareja el hombre para recibir y continuar la gracia de la devoción, que nunca se debería interrumpir. Pero, si por la confusión y derramamiento de su espíritu no pudiere libremente convertirse a Dios, o si durmiendo padeciere algunos feos y torpes sueños, no por esto desmaye ni se entristezca demasadamente, mas, luego que despedido el sueño volviere al uso de su razón, aborrezca la torpeza que soñó y sufra con paciencia y humildad la molestia que padeció.

▲ [523] Huya, no solamente los graves pecados, mas las pequeñas negligencias, con todo cuidado y solicitud; porque, si no quisiere guardarse de todo lo que a Dios displice y de todo lo que impide o menoscaba su amor, no alcanzará la perfecta pureza y paz del corazón. Y, aunque estas negligencias sean livianas, todavía por tenerse en poco pueden hacerse grandes; porque no hay enemigo tan pequeño, que, despreciado, no sea tan perjudicial. Por lo cual dice san Gregorio: «Algunas veces acaece ser mayor el peligro de las culpas pequeñas, que el de las mayores; porque las mayores, cuanto más claro se conocen, tanto más fácilmente se enmiendan, mas las pequeñas, cuanto menos se conocen, menos se evitan, y así podrían mucho dañar» (*Past., 3, Admon. 34*).

Mas por esto no debe el hombre desconfiar cuando algún pecado destes cometiere, ni huya luego de la presencia de Dios, mas conviértase a él humilde y confiadamente, y trate con él del mal que hizo y de su ingratitud, llorando tiernamente porque ofendió a tan buen Señor. Y no sólo ponga los ojos en su profunda miseria, mas juntamente considere la inmensidad de la misericordia divina, la cual no puede faltar a aquellos que de todo corazón se vuelven a él. Y para entera satisfacción y enmienda de sus pecados ofrezca al eterno Padre la santísima vida y amarguísima muerte de su unigénito Hijo, y pida amorosamente al mismo Hijo que, con aquella preciosa sangre que por él derramo, lave las máculas de sus pecados. Y, esto hecho, tenga confianza y prosiga su vida con el mismo aliento y corazón que tenía antes que pecara.

Y no desmaye ni se haga pusilánime por algunos defectos y pasiones que por ninguna vía puede acabar de vencer en sí, mas, encomendándolos a la divina misericordia y poniéndose en sus manos, persevere con humildad y paciencia, y nunca pierda la esperanza. Y, si cien veces al día cayere, cien veces se levante con esperanza de perdón, y **cada hora proponga firmemente de ser más vigilante y más atento a lo que debe hacer, con tanto que no confíe en su propósito ni esfuerzo, sino en sola la bondad y misericordia de Dios y en el favor de su gracia**; la cual nunca falta a quien hace lo que es de su parte.

▲ Los afectos de su ánima debe tener de tal manera ordenados y enderezados a Dios, que él le sea todo en todas las cosas, y a él solo vea en todas ellas, y a todas ellas en él. No ponga los ojos en ellas ni quiera gozar dellas por lo que son, sino todas las mire en Dios, considerando lo principal que hay en ellas, que es haber manado dél y representarnos algo dél. Desta manera será el gozo de la criatura, no sólo más puro, sino también más suave y mayor.

Todas sus obras y ejercicios encomiende a la divina Sabiduría, para que él las enderece y perfeccione; y al mismo Salvador y a su eterno Padre las ofrezca en alabanza eterna para la salud de toda la Iglesia, incorporadas y unidas con las santísimas obras y ejercicios de Cristo. Porque desta manera nuestras obras y ejercicios se hacen nobilísimos y muy agradables a Dios, porque de las obras heroicas de Cristo, a cuya sombra se arriman y por las cuales se nos da gracia, reciben inestimable valor. Por lo cual nos aconseja el apóstol san Pedro que ofrezcamos a Dios sacrificios de buenas obras que le sean agradables por Cristo (cf. 1 Pe 2,5). Y, así, cuantas cosas padeciere, grandes o pequeñas,

⁸⁷ «Deus, Deus meus, ad te de luce vigilo». «In matutinis meditabor in te; quia fuisti adiutor meus».

interiores o exteriores, todas las ofrezca a Dios, para que del valor y dignidad de su sacratísima pasión reciban ellas valor.

X. *[De los remedios para alcanzar la verdadera paz]*

No sea arrebatado y apresurado en las cosas que entiende hacer, ni se aficione a ellas con demasiada afición, haciéndose cautivo y esclavo dellas, sino siempre trabaje por conservar su corazón en verdadera libertad. No siga los movimientos impetuosos de su ánimo, aunque sea en cosas de virtud, mas, con miramiento y razón, prudentemente sea señor de sus afectos y obras. Ni se fíe de que sus afectos y movimientos sean buenos, porque ninguna virtud, sin discreción, es virtud; y hasta el mismo amor de Dios, sin discreción, sería dañoso.

Desvíe de sí con toda discreción cualquiera cosa que le pueda ser ocasión de perder o impedir la serenidad y paz de su corazón, y con principal diligencia destierre de sí las desenfrenadas pasiones de ira, de codicia, de deleite, de temor, de gozo, de tristeza, de amor, de odio, con las demás; porque estas son las que principalmente destierran la paz del ánimo.

Y no menos le conviene echar de sí los vanos e indiscretos escrúpulos; y, finalmente, cualesquier cuidados superfluos que puedan turbar la paz de el espíritu. Nunca sea muy solícito por las cosas que temporalmente le acaecen, pues, en cabo, **todo lo temporal es perecedero, y así todas las pérdidas temporales no son más que pagas adelantadas y mercedes de Dios para adelante.** Finalmente, apartando así su entendimiento, como su afición de las cosas perecederas y mundanas, recoja todas las fuerzas y potencias dentro de sí mismo, y ahí, a solas, comunique siempre con Dios.

▲ **En todo tiempo y lugar considere reverentemente la presencia de Dios,** porque él a ninguna hora ni parte está ausente, mas todo está en todo lugar; y, como amigo que tiene junto consigo, le hable amorosamente, mostrándole sus fieles deseos y encendidos afectos. Aprenda a tratar con él a solas, porque esta familiaridad con Dios en gran manera le será provechosa. Ni desmaye o pierda la esperanza, viendo tan variable su corazón y hallando gran dificultad en tener el pensamiento fijo en Dios, mas perseverare constantemente, y dele tantas sobrefrenadas, hasta que le vuelva a la carrera, porque, después que con alguna fatiga se acostumbrare a esto, de ahí adelante no sólo le será fácil y suave pensar en Dios y en sus cosas, mas antes no se hallará a estar una hora sin él. Y, cuando alguna vez hallare su ánimo derramada, vuélvala a su primer ejercicio, diciendo: «¿Dónde has andado, ánimo mía? ¿Qué provecho traes de haberte apartado de tu Señor, sino perdimiento de tiempo y derramamiento de corazón? Mira no seas callejera y vagabunda, pues ninguna cosa menos conviene a esposa de tan gran Señor».

Ponga otrosí delante sus ojos la imagen de Cristo, Dios y hombre enclavado en la cruz, y cuanto pudiere, la imprima en el centro de su corazón, saludando y haciendo reverencia con devoción entrañable a aquellas sus santísimas heridas, dignas de perpetua recordación, y con una amorosa y humilde osadía se esconda dentro dellas. Y, ocupado todo su sentido en esta sagrada imagen de la vida y muerte del Redentor, no habrá lugar para otras figuras ni imaginaciones extrañas, mas echará fuera todas las fantasías y pensamientos desaprovechados, como un clavo con otro clavo. Así que, cuanto le fuere posible, **siempre more consigo y trate dentro de sí,** desembarazando su corazón y despidiendo dél todas las cosas transitorias, **mirando de hito en hito a su Dios, que siempre le está mirando, trabando siempre con él dulces y amorosas palabras.** Y tenga por grande pérdida alejarse, aunque sea por muy breve espacio, deste sumo bien, en quien están todos los bienes.

Capítulo V. De lo que debe el hombre hacer para con Dios, para consigo y para con sus prójimos

Dicho de las virtudes en general, añadiremos otro capítulo para tratar de ellas más en particular, aplicando lo que hasta aquí se ha dicho a las tres principales obligaciones que tiene el cristiano, que son: hacer lo que debe para con Dios, para consigo y para con su prójimo; que son aquellas tres partes de justicia en que el profeta Miqueas puso la suma de todas las virtudes, cuando dijo: *Declararte he, oh hombre, en qué está el bien, y qué es lo que el Señor pide de ti. Pues esto es hacer juicio, y amar la misericordia, y andar solícito con tu Dios* (Miq 6,8). De las cuales cosas, la primera, que es hacer juicio, es para consigo; y la segunda, que es amar la misericordia, es para con el prójimo; y la tercera, que es andar solícito con Dios, pertenece al culto y reverencia del mismo Dios.

I. [De lo que el hombre debe hacer para con Dios]

Pues, comenzando por la mayor de estas obligaciones, es mucho de notar que, así como entre las piedras preciosas hay unas que de su misma especie son muy aventajadas a todas las otras, como son los rubíes, diamantes y esmeraldas, así entre las virtudes hay algunas que de su misma especie y naturaleza son incomparablemente mayores que las otras; y estas son las que miran a Dios, y por esto se llaman *teologales*, a las cuales podemos ayuntar el temor y reverencia de Dios, y la religión, que tiene por oficio la veneración de Dios, con todo lo que toca al culto divino. Estas son principalísimas entre todas las virtudes; y no sólo principalísimas, sino también despertadoras y movedoras de ellas; por donde se comparan con ellas como los cielos con todas las otras criaturas inferiores, que dependen del movimiento de ellos. Por donde el que desea llegar a la fineza y perfección de la vida cristiana, aunque deba trabajar universalmente en todas las virtudes (porque, así como todas las cuerdas de la vihuela conviene que estén templadas para tañer, así también se requiere el cumplimiento de todas las virtudes para la consonancia de la buena vida), pero señaladamente debe trabajar por crecer y aprovechar en estas, porque cuanto más en ellas aprovechar, tanto será más perfecto. Y por eso creo que fueron tan señalados en virtud muchos de aquellos santos patriarcas, como fueron David, Abrahán, Isaac y Jacob, y otros tales; porque, aunque eran casados y ricos, y tenían muchas cargas y obligaciones de hacienda con que cumplir, pero, con todo eso, eran santísimos, porque tenían estas santísimas virtudes; como parece en la fe y obediencia de Abrahán, en el amor y sujeción y devoción y confianza que tenía David en Dios, que, así acudía a él en todas sus necesidades y así se fiaba dél, como un hijo de su padre, y mucho más, pues decía: *Mi padre y madre me desampararon, mas mi Señor tuvo cuidado de mí* (Sal 26,10)⁸⁸.

▲ Pues para alcanzar estas tan nobles virtudes no hay otro medio más proporcionado que persuadirnos y asentar en nuestro corazón, con toda la esperanza posible, que Dios es nuestro verdadero Padre, y más que padre; pues ni en corazón de padre, ni en providencia de padre, ni en amor de padre, nadie se puede igualar con él, pues nadie nos crió ni nos quiere para mayor bien, que él. Y, asentado esto en nuestro corazón, trabajemos siempre por mirarle con estos ojos y con este corazón de hijos a padre, conviene saber: con un corazón amoroso, con un corazón tierno, con un corazón humilde y acatado, con un corazón sujeto y obediente a su santa voluntad, y con un corazón confiado en todos los trabajos y puesto debajo de las alas de su providencia paternal. Con estos ojos y corazón debe el hombre mirar a Dios todas cuantas veces se acordare dél; lo cual debe hacer cuantas veces entre día y noche pudiere, para que así vaya poco a poco, con el favor divino, criando en su ánima este corazón; como lo hacía aquel santo profeta que decía: *Tu nombre, Señor, y la memoria dél es todo el deseo de mi ánima. Mi ánima te deseó en la noche, y con mi espíritu y mis entrañas por la mañana velaré a ti* (Is 26,8-9)⁸⁹.

⁸⁸ «Quoniam pater meus, et mater mea dereliquerunt me; Dominus autem assumpsit me».

⁸⁹ «Nomen tuum, et memoriale tuum in desiderio animæ. Anima mea desideravit te in nocte; sed et spiritu meo in præcordiis meis de mane vigilabo ad te».

[525] Este linaje de afecto y corazón para con Dios, ni se puede explicar con palabras, ni se puede alcanzar con solas nuestras fuerzas, y por esto sólo aquel lo conoce: que lo ha probado; y sólo aquel lo posee: que lo ha recibido. Y, por tanto, debe el hombre continuamente pedir al Señor este corazón para con él y esperar que lo alcanzará, confiado en la plática real de aquel Señor, que dijo: *Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará el espíritu bueno a quien se lo pidiere?* (Lc 11,13). Y este espíritu es aquel de quien dice el Apóstol: *No recibistes otra vez espíritu de temor, como siervos, sino espíritu de adopción de hijos de Dios, el cual espíritu nos hace clamar a Dios de todo corazón y llamarle, de entrañas y de boca llena, Padre* (Rom 8,15); que es tener para con él este perfectísimo corazón de hijos a padre, amándole, reverenciándole, obedeciéndole y acudiendo a él en todas nuestras necesidades, y confiando en él como un verdadero padre. Este corazón nos promete el Señor por Ezequiel, diciendo: *Daros he un corazón nuevo y un espíritu nuevo, y quitaros he el corazón que teníades de piedra, y daros he corazón de carne; y pondré mi espíritu en medio de vosotros, y haré que guardéis mis mandamientos y juicios y los pongáis por obra* (Ez 36,26-27). Y no sólo este profeta, mas todos los otros profetas, a una voz, ninguna cosa más a menudo prometen, que este espíritu de hijos, que se nos había de dar por los méritos de aquel único Hijo de Dios; el cual señaladamente se nos dio el día de Pentecostés.

Y, descendiendo más en particular, dice el bienaventurado san Vicente que debe el hombre tener siete maneras de afectos y virtudes en su corazón para con Dios, conviene saber: amor ardentísimo, temor sumo, reverencia grande, celo constantísimo, hacimiento de gracias, voz de alabanza, prontitud de obediencia y gusto de la divina suavidad⁹⁰. Y para alcanzar estas virtudes debe hacer siempre oración a Dios, diciendo: «Oh buen Jesús, haz que todas mis entrañas y corazón, y con todas mis fuerzas, ardentísimamente te ame y sumamente te tema y reverencie; y de tal manera procure y cele la gloria de tu santo Nombre, que cualquier injuria tuya abraza y despedace mi corazón. Dame también que reconozca yo humildemente todos tus beneficios y con sumo agradecimiento te dé siempre gracias por ellos. Y, asimismo, que de día y de noche siempre te alabe, diciendo de todo mi corazón con el Profeta: *Bendeciré yo al Señor en todo tiempo, y en mi boca estarán siempre sus alabanzas* (Sal 33,2). Dame también gracia para que, obedeciéndote en todas las cosas perfectamente, goce de tu inefable suavidad, para que con ella crezca más en tu amor y en la guarda de tus santos mandamientos».

II. [De lo que debe el hombre hacer para consigo mismo]

«Debe también —dice el mismo santo— para consigo mismo tener otros siete afectos y virtudes. Entre los cuales, el primero sea que se confunda y avergüence por los pecados cometidos. El segundo, que los llore y sienta de todo corazón, por haber sido tan ofensivos de Dios y tan dañosos a su ánima. El tercero, que por esta causa desee ser menospreciado y olvidado y desechado de todos, como indignísimo de toda honra y favor humanos. El cuarto, que trabaje por macerar su cuerpo severamente y con todo rigor, como a un incentivo de todos estos pecados, y como un muldar sucísimo y abominable. El quinto, que tenga una ira implacable contra todos sus vicios y contra todas las inclinaciones y raíces dellos, trabajando siempre por cortar, no sólo las ramas, mas también las raíces dellos. El sexto, que ande siempre con una grandísima vigilancia y atención para regir y enderezar todas sus obras y palabras, y todos los sentidos y pasiones de su ánima, para que ninguna cosa desdiga de la justicia y de la ley de Dios. El séptimo, debe tener una perfectísima modestia y discreción para guardar la templanza y la medida que conviene en todas las cosas, especialmente entre lo mucho y lo poco, y entre lo menos y lo más, para que ninguna cosa haya en él demasiada ni defectuosa, y para que ni exceda en lo superfluo ni falte en lo necesario».

III. [De lo que el hombre debe hacer para con los prójimos]

«Debe otrosí tener —como dice luego el mismo santo— para con su prójimo otros siete afectos y virtudes señaladas. Porque, primeramente, debe tener una compasión entrañable de los males ajenos, para que así los sienta como los suyos propios. Lo segundo, una alegría caritativa, con la cual se goce

⁹⁰ Al margen: *In tract. de vita spirituali, qui incipit, qui vult fugere, etc.*

con las prosperidades y bienes de los otros, como se gozaría de los suyos. Lo tercero, debe tener un sufrimiento sosegado para soportar todas las molestias e injurias que le fueren hechas, y perdonarlas de todo corazón. Lo cuarto, debe tener una benignidad y afabilidad para con todos, tratándolos y conversándolos benignamente, y deseándoles todo bien, y mostrándolo así en todas sus palabras y obras. Lo quinto, debe tener una humilde reverencia para con todos, teniéndolos por mayores y mejores que a sí, y sujetándose de corazón a todos, como si fuesen sus verdaderos señores. Lo sexto, tenga con todos una perfecta unanimidad y concordia, para que, cuanto es de su parte, y cuanto según Dios sea posible, sienta y diga una misma cosa con todos, y así crea que todos son él y él es todos, y así tenga por suyo el beneplácito y querer de todos. Lo séptimo, a imitación de Cristo, debe tener un ánimo para ofrecerse por todos, esto es, que esté aparejado a poner su vida por la salud de todos, y día y noche rogar a Dios por ellos y trabajar porque todos sean una cosa en [526] Cristo, y Cristo en ellos». Mas no por esto piense que le obligamos aquí a no huir la compañía de los malos; antes debe saber que, cuando hay algunos cuya compañía le fuese ocasión de pecar, o impedimento de aprovechar, o de disminuir el fervor de la caridad, debe apartarse de los tales como de serpientes; porque no hay carbón tan encendido que echándolo en el agua no se apague, ni menos tan apagado que echándolo entre otros muchos encendidos no se abrase; mas, quitada esta ocasión aparte, debe el siervo de Dios conversar simplemente con los prójimos, y o no ver sus defectos, o si los viere, sufrirlos con paciencia, o avisarlos con caridad donde esperare que aprovechará.

Mas, porque la raíz y fundamento de todas estas virtudes es la caridad y misericordia para con los prójimos, esta es la que más ha de estimar el que desea agradar a Dios, pues ella es la que más encarecidamente nos encomienda él en todas las Escrituras Sagradas. En el capítulo séptimo del profeta Zacarías, preguntando los judíos a Dios si habían de ayunar tales y tales días para agradarle y cumplir su ley, respóndeles el mismo Señor y declárales con qué género de obras le habían de agradar, diciendo: *Mirad que guardéis justicia y juzguéis justamente las causas de vuestros prójimos, y que uséis de misericordia y de obras de piedad con vuestros hermanos, y no queráis buscar asillas [pretextos] para calumniar a la viuda y al huérfano y al extranjero y al pobre; y nadie trate en su corazón de hacer mal a nadie;* de esta manera me agradaréis y cumpliréis mi ley (Zac 7,9-10). Harto encarecido está aquí este negocio; pero mucho más lo encareció el mismo Señor por Isaías, cuando dijo: *Este es mi descanso: que refrigeréis y consoléis a los cansados* (Is 28,12)⁹¹; porque esto parece que era lo último [con] que se podía encarecer este negocio, cuando el Señor se ponía en lugar del pobre y tomaba por su propio descanso el que, por él, se daba a los cansados.

Mas, sobre todo esto, me pone grande admiración lo que leo en el capítulo dieciséis de Ezequiel, donde contando el mismo Dios los pecados por donde aquella infame ciudad de Sodoma vino a dar consigo en el extremo de tan grandes males, los resumió en cinco pecados⁹², diciendo: *Esta fue la maldad de tu hermana Sodoma: soberbia, hartura, abundancia y ociosidad y no haber querido extender las manos para socorrer al pobre y al necesitado* (Ez 16,49). Pues ¿qué más mal quieres tú oír de este vicio, que haberlo puesto Dios por el postrero de los escalones por donde subieron aquellos malaventurados al extremo de tan grande mal? ¿Dónde están los que atesoran ducados sobre ducados, y, con todo esto, se tienen por seguros, teniendo por compañeros en esta culpa a los moradores de Sodoma? Esta y otras cosas semejantes dicen los profetas. Pues el Evangelio, que es ley de amor, ¿qué dirá? ¿Qué más se puede decir en favor desta virtud que poner el Señor toda la razón y fundamento de la sentencia del juicio final en haber usado o no usado de obras de misericordia? ¿Qué más se puede decir que lo que se sigue después de esto en el mismo contexto: *Lo que a uno de estos más pequeñuelos hicistes, a mí lo hicistes?* (Mt 25,40). ¿Qué más se puede decir, que poner en solos estos dos mandamientos de amor de Dios y del prójimo la suma de la ley y de los profetas? (cf. Mt 22,37-40). Pues, en aquel postrer sermón de la Cena, ¿qué otra cosa más encomienda el Salvador, que la caridad y bienquerencia para con los prójimos? *Este —dice él— es mi mandamiento: que os améis unos a otros así como yo os amé* (Jn 15,12); y más abajo⁹³: *En esto —dice él— conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáredes unos a otros* (Jn 13,35); y no contento con encomendarles esto tan encarecidamente, hace luego oración al Padre por el cumplimiento desta ley, diciendo: *Ruégote,*

⁹¹ «Hæc est requies mea, refulcite lassum, et hoc est meum refrigerium». *Cansado*, en singular.

⁹² Ya citado en el Tratado IV,1.11. Ahí hablaba de *cuatro causas*; aquí, de *cinco*: «Ecce hæc fuit iniquitas Sodomæ sororis tuæ, superbia, saturitas panis et abundantia, et otium ipsius, et filiarum eius; et manum egeno, et pauperi non porrigebant».

⁹³ Entiéndase *antes* o *más arriba*, según la forma de hablar actual.

Padre, que ellos sean entre sí una misma cosa, así como tú y yo lo somos, para que conozca el mundo que tú me enviaste (Jn 17,21.23). Dando a entender que la caridad y amor entre los cristianos había de ser tan grande y tan fuera de todo lo que se puede esperar de carne y de sangre, que había de ser argumento para convencer los entendimientos de los hombres y hacerles creer que no era posible que no fuesen hombres del cielo los que tal caridad entre sí tenían. Todo esto nos declara qué tan grande haya de ser la caridad y misericordia que debemos tener con nuestros prójimos, y cómo los habemos de sufrir y socorrer en sus trabajos, según que arriba se declaró, cuando tratamos de la caridad.

Para guardar todas estas cosas susodichas es necesario traer siempre el hombre su corazón atento y solícito, con un perpetuo temor y vigilancia para no desviarse un punto de todo lo apuntado; el cual temor ha de ser tan vivo, tan profundo y tan continuo, que nunca deje al hombre descuidarse de lo que debe hacer; antes le ha de ser un perpetuo estímulo y despertador de toda virtud. Este solícito y continuo cuidado debe traer siempre consigo en medio de todos sus negocios, que es aquella tercera parte que el Profeta nos encomendaba, cuando nos pedía el andar solícitos con Dios (cf. Miq 6,8).

Estas, pues, son, hermano mío, las principales virtudes desta vida celestial, estas las flores deste paraíso, estas las estrellas del cielo, y esta es la imagen que decíamos reformada y renovada a semejanza de Cristo; porque tal ha de ser la vida del cristiano a semejanza de Cristo, que sea un dechado de santidad, y un predicador callado, una lumbrera del mundo, un argumento y testimonio de la fe, un espejo en quien resplandezca la gloria de Dios mucho más que en las otras criaturas; como lo significó el profeta Isaías, cuando dijo: *Llamarse han los fuertes y justos plantas que Dios plantó para ser en ellas glorificado* (Is 61,3) ⁹⁴.

[527] Capítulo VI. De doce cosas muy principales que el siervo de Dios debe hacer

Porque algunas personas desean traer siempre ante los ojos los principales puntos de la vida espiritual, por tanto recopilaré sumariamente en estos dos postreros capítulos las principales cosas que el siervo de Dios debe hacer y de las que principalmente se debe apartar, para que en este breve sumario, como en un dechado, vea lo que le conviene hacer.

Pues, cuanto a la **primera** parte de lo que debe hacer, la primera cosa es que trabaje por andar siempre en la presencia de Dios [cf. *Gén 17,1*]. Y, si esto no pudiera hacer a la continua, a lo menos levante muchas veces entre día y noche su corazón a él con breves, amorosas y humildes oraciones y aspiraciones, pidiéndole siempre su ayuda y amor, como persona que nada puede sin él.

La **segunda**, que, de todo lo que oyere, viere o leyere, trabaje siempre como el abeja entre las flores por sacar alguna miel que lleve a su colmena, que es alguna devota y amorosa consideración con que pueda criar y sustentar dentro de sí el panal dulce del divino amor. De manera que, así como un grande fuego convierte en fuego todo cuanto se echa en él (sea agua, sea hierro, sea lo que fuere), así también su corazón debe estar tan encendido en el fuego deste divino amor, que todas cuantas cosas hay en el mundo le sean materia e incentivos de amor, de cualquier calidad que sean.

La **tercera**, que, cuando alguna vez desbarrare [*o* desvarare] en algunos defectos y derramamientos de corazón, no luego desmaye ni se deje caer con la carga, sino vuélvase al Señor con una humilde y amorosa conversión, reconociendo su gran miseria, y la grandeza de su misericordia, y haciendo lo que es de su parte para volver al estado en que estaba, y llevar adelante lo comenzado.

La **cuarta**, que en todas las cosas procure la pureza de la intención en lo que hiciere; para lo cual conviene que atentamente escudriñe todas sus palabras y obras y pensamientos, y mire la intención que en ellas tiene, y procure siempre de rectificar y enderezarla, ofreciendo todo lo que así hiciere a gloria de Dios; no solamente una vez al día, mas todas las veces que de nuevo comenzare a poner las manos en alguna obra.

⁹⁴ «El vocabuntur in ea fortes iustitiæ, plantatio Domini ad glorificandum».

La **quinta**, que trabaje por andar (aunque sea en tiempo de paz) armado y apercebido para recibir con humildad y mansedumbre todas las cosas que de súbito se levanten contra él. Porque la ira, aunque algunas veces sirva para algo, mas por maravilla acierta a salir bien, [y] siempre deja la conciencia escrupulosa y temerosa: si excedió o no excedió, etc. De manera que ella es una de las pasiones de que con menor perjuicio podrá carecer el siervo de Dios; y el que esta pasión venciere, está claro que vivirá en grande paz.

La **sexta**, que, no siendo prelado ni señor de familia, siempre desvíe sus ojos de los defectos ajenos y tráigalos siempre puestos en los suyos. Porque lo primero trae indignación y soberbia, y juicios temerarios, y desasosiegos de la conciencia, y celos indiscretos, y otras cosas que perturban el corazón; mas lo segundo trae confusión de la propia conciencia, y temor de Dios, y humildad y recogimiento de corazón.

La **séptima**, que no sólo con el ánimo, sino también con el cuerpo se aparte de todas las cosas transitorias y se llegue a Dios de todo corazón, porque, cuanto más esto hiciere, tanto tendrá menos de hombre y participará más de Dios. Porque el que ama las cosas perecederas y transitorias, él también pasa y se altera con ellas; mas el que ama a solo Dios participa en su manera la estabilidad y firmeza de Dios. Apártese también de la muchedumbre de los negocios, aunque no sean malos, si son demasiados; porque estos también distraen el corazón y no lo dejan perfectamente quietar en Dios.

La **octava**, que ponga siempre sus ojos en la vida de Cristo, y en su sacratísima pasión, y conversación y doctrina, y trabaje cuanto le sea posible por imitar aquellos tan ilustres ejemplos de virtudes suyas: aquella humildad, caridad, misericordia, obediencia, pobreza, aspereza de vida, menosprecio del mundo, y amor de nuestra salud que tuvo; según que al principio deste tratado se declaró.

La **nona**, que trabaje siempre cuanto pudiere por negar su propia voluntad, resignándola de el todo (como hacen los que resignan beneficios) en las manos de Dios, de tal manera que del todo muera en él su propia voluntad y viva sola la de Dios, que esto es reinar él en nosotros, y no nosotros; lo cual se debe hacer en todo género de cosas, adversas o prósperas, tristes o alegres, dulces o amargas, etc.

La **décima**, que en todas sus tribulaciones, y cuidados, y negocios se acorra [acoja] a Dios humilde y confiadamente, con espíritu y corazón de hijo, que tiene tan piadoso y poderoso Padre, remitiendo todas las cosas a su providencia, y tomándolas como de su mano, desechando y sacudiendo de sí todo cuidado congojoso y arrojándolo en los brazos de Dios [*cf. Sal 54,23*].

La **undécima**, que sea agradecido a Dios por todos sus beneficios; y por todos ellos, así mayores como menores, le dé siempre gracias, no mirando tanto a la dádiva, cuanto a la indignidad de quien la recibe y a la dignidad de quien la da, y al amor con que la da, pues no da con menor amor las cosas pequeñas que las grandes.

La **duodécima**, que corte y despida de sí con grande y generoso corazón todas las cosas que sin-
[528] tiere serle alguna ocasión de menos aprovechar, ora sean corporales o espirituales —como es demasiado amor de personas, estudios, libros, conversaciones, ejercicios y familiaridades, aunque sean espirituales—, cuando sintiere que le inquietan el corazón y lo retraen de su aprovechamiento.

Capítulo VII. De doce maneras de defectos que se deben mucho evitar en la vida espiritual

Muchos defectos hay por donde se impide el aprovechamiento en la vida espiritual y por donde muchos, a cabo de muchos años, se son los mismos que siempre se fueron. De los cuales señalaremos aquí doce de los más principales, en los cuales, como en un espejo, se debe el hombre mirar, para que entienda sus faltas y conozca por qué causa se impide su aprovechamiento, y así procure el remedio.

El **primero** de ellos es ser el hombre demasíadamente dado a los ejercicios y negocios exteriores; y por esto muchas veces carece de las visitaciones y consolaciones interiores, porque no halla nadie fuera de sí lo que dentro de sí ha de buscar.

El **segundo** es querer ser demasíadamente amigable y afable con todos; de donde nace que no se sabe sacudir de los negocios y personas cuando es menester, y así pierde tiempo, y falta muchas veces en sus ejercicios por no faltar a los hombres; de donde viene a ser que tanto menos agrade a Dios, cuanto más procura agradar a los hombres.

El **tercero**, que algunas veces es para con Dios menos humilde y más atrevido de lo que debería; y así viene a perder aquella vergüenza espiritual que para con él se requiere, que es hija de humildad y madre de aprovechamiento.

El **cuarto**, que algunas veces se va de boca y se arroja a los negocios inconsideradamente, más con ímpetu de ánimo, que con juicio de razón; de donde viene a perder la paz y tranquilidad de el corazón con el demasíado fervor; y errar también en los mismos negocios por la prisa que da en ellos, porque escrito está: El que tiene los pies ligeros es cierto que ha de caer (Prov 19,2). Por donde en todas las cosas conviene siempre tener juicio reposado, que es amigo y compañero fiel de la prudencia.

El **quinto**, que por ventura algunas veces se tiene en algo y presume de sí y de sus virtudes, aunque él no lo entiende; y así, con el fariseo, secretamente desprecia los otros y se tiene en más; de donde viene a carecer del fundamento de todas las virtudes, que es la humildad.

El **sexto**, que es inclinado a juzgar los otros y agraviar [agravar] y condenar sus hechos; de donde viene a resfriarse en la caridad, porque mientras más encarece los males ajenos, más aguza el cuchillo con que hace guerra a la caridad; que en parte nace de la buena opinión que de los prójimos tenemos.

El **séptimo**, que aún tiene mucha parte de su amor puesto en las cosas transitorias, y por eso con razón le es quitado mucho del divino amor.

El **octavo**, que es muy tibio y flojo en los ejercicios de la oración, comenzándolos con pereza, y prosiguiéndolos con flojedad, y acabándolos sin fruto; de donde viene muchas veces a ser privado de las visitaciones del Señor y del esfuerzo de la devoción.

El **nono**, que es muy flojo y negligente en el negocio de la mortificación y en la vitoria de sí mismo; de donde nace que no pueda vivir a Dios quien vive a sí, ni ser transformado en Dios el que no está aún mortificado en sí.

El **décimo**, que no anda recogido dentro de sí mismo, sino muy derramado y fuera de sí; de donde nace que no sepa tanto de sí, cuanto era menester; ni a sí sepa despreciarse ni guardarse como conviene.

El **undécimo**, que todavía se quiere mucho y es grande amador de sí mismo y de su propia voluntad y de su regalo; de donde nace que ni puede abrazar la cruz de Cristo, ni llegar a la perfección de la vida evangélica.

El **duodécimo**, que es inconstante y liviano en los buenos propósitos que propone, quebrantándolos con facilidad por cualquier ocasión que se le ofrece; de donde nace que, faltándole la perseverancia, que es la que sola lleva las cosas al cabo, todo se le vaya en comienzos, y así no crezca ni aproveche en la vida espiritual. De donde nace que alguno hay que son como las parras que dicen «de siete veces», que todo el año llevan fruto, y nunca jamás lo llegan a madurar.

[529] SEGUNDO VOLUMEN DEL MEMORIAL DE LA VIDA CRISTIANA**EN EL CUAL SE CONTIENEN LOS TRES TRATADOS POSTREROS
QUE PERTENECEN A LOS EJERCICIOS DE LA DEVOCIÓN Y DEL AMOR DE DIOS**

Van divididos en la forma siguiente. *Tratado Quinto, de la oración vocal; en el cual se ponen muchas maneras de oraciones para diversos propósitos. Tratado Sexto, de la materia de la oración mental; donde se pone toda la vida de Cristo nuestro Señor. Tratado Séptimo, del amor de Dios; con sus oraciones y consideraciones, para pedir y despertar este santo amor.*

Prólogo

Sentencia es muy celebrada de san Agustín, cristiano lector, que «la ley de Dios fue dada para que se buscara la gracia, y la gracia fue dada para que se cumpliera la ley, la cual sin la gracia no se puede cumplir, no por defecto de la ley, sino de la naturaleza corrupta; el cual defecto la ley había de descubrir y la gracia había de sanar» (*De spiritu lit.*). Palabras son éstas dignas de tal autor, en las cuales brevemente se comprende casi la suma de toda la filosofía cristiana, pues en ella se nos declara la naturaleza y condición de la ley de Dios, y la virtud y necesidad de la gracia y de los medios por donde se ha de buscar; entre los cuales, no es el menos principal la oración. Por tanto, ya que en el libro precedente se dieron reglas y documentos para bien vivir, que es lo que pertenece a la ley, síguese que tratemos ahora de la oración, con que se alcanza la gracia, a la cual pertenece darnos nuevas fuerzas para bien vivir; según que más claramente se declara en el siguiente capítulo. Y, dado caso que a los sacramentos señaladamente pertenezca dar esta gracia, pero porque destos tratamos ya en el segundo y tercero libro deste Memorial, por eso al presente no tenemos aquí que decir. Y, como haya dos maneras de oración, una que se hace con solo el corazón, que llaman *mental*, y otra que a la voz interior del corazón añade la exterior de la palabra, desta trataremos en el libro presente, y de la otra, en el que sigue; para que sepa el hombre cómo en la una y en la otra se haya de haber.

[530] TRATADO QUINTO DE LA ORACIÓN VOCAL

Capítulo I. De la dificultad que hay en guardar la ley de Dios, y de cómo el remedio desta dificultad es la gracia, y cómo esta se alcanza por la oración

Dos cosas son necesarias, cristiano lector, para bien vivir: la una es saber, y la otra poder; esto es, saber lo que debemos hacer para bien vivir y tener fuerzas para ponerlo por obra. Lo uno pertenece, como dijimos, a la ley, y lo otro, a la gracia del Evangelio; porque la ley nos da luz y conocimiento del bien y del mal, mas el Evangelio nos da gracia para hacer el bien y huir el mal. De manera que la ley nos da el saber, y la gracia el poder; la ley alumbrá el entendimiento, mas la gracia mueve la voluntad; la ley nos enseña el camino del cielo, mas la gracia nos da fuerzas para andarlo. Aquella es como cuerpo, esta como espíritu que da vida al cuerpo; aquella nos dio Dios por mano de Moisés, mas esta nos dio por su unigénito Hijo; como dice san Juan: *La ley fue dada por Moisés, mas la gracia y la verdad fue hecha por Cristo* (Jn 1,17).

I. [*De la causa porque la virtud, siendo natural al hombre, le ha de ser tan dificultosa*]

Entre estas dos partes que para bien vivir son necesarias, la segunda es tanto más necesaria y excelente que la primera, cuanto lo es más el espíritu que el cuerpo y el Evangelio que la ley. Y la razón es porque no pecan tanto los hombres por no saber el bien y el mal, porque basta en alguna manera la lumbre natural para ello, cuanto por la corrupción de nuestro apetito natural, que huye lo bueno y sigue lo malo, abrazando lo que reprueba y huyendo lo que alaba. Donde se cumple aquello que el Apóstol dice: *No hago aquello que quiero, y que juzgo por bueno, sino aquello que no querría, y que condeno por malo* (Rom 7,19). Y la causa de esto es la miel que parece a los hombres que hay en el vicio, y el acíbar que hallan en la virtud; por lo cual, engolosinados con lo uno y ofendidos con lo otro, siguen lo que tienen por dulce y dejan lo que tienen por agrio, aunque esto sea lo saludable y lo provechoso. Por lo cual, con mucha razón decimos que tienen mayor necesidad los hombres, para la virtud, de poder que de saber, pues todos saben y conocen lo bueno, mas no todos arrostran a ello, por la dificultad que hay en ello.

En lo cual parece que está el hombre en la misma disposición que estaría un doliente que tuviese tan estragado el paladar, que no arrostrase a vianda que le pudiese aprovechar, sino a solas aquellas que le hubiesen de dañar. Porque este tal, cuando le pusiesen el manjar delante y le rogasen que comiese, diciéndole que le iba en ello la vida, bien entendería que ello era así y que le decían la verdad; con todo eso, no comería, no porque no entendía lo que le va en ello, sino porque no lo puede acabar consigo, por el hastío grande que padece. Pues tal quedó el hombre miserable por el pecado; el cual sabe muy bien que su vida y su salvación consiste en guardar los mandamientos de Dios, mas dice que no puede arrostrar a este manjar. Bien ve que la vida de su ánima está en la caridad, y en la castidad, y en la humildad, y en la paciencia, y en la templanza, y en las otras virtudes; mas él aborrece todas estas virtudes y ama lo contrario dellas, que son la deshonestidad, y la vanidad, y la soltura, y la gula, con todos los otros vicios y deleites sensuales.

Mas contra esto podrá alguno preguntar: «¿Por qué razón ha de ser al hombre dificultosa la virtud, pues le es tan natural? Porque el hombre es criatura racional, y la virtud es conforme a razón, pues ¿por qué ha de ser dificultoso a la criatura racional lo que es conforme a razón? No es dificultoso al caballo correr, ni al ave volar, ni al pece nadar, sino muy deleitable, por ser estas cosas conformes a la

naturaleza de estas criaturas. Pues, si tan conforme es a la naturaleza de la criatura racional vivir por razón, que es vivir según virtud, ¿por qué le ha de ser dificultoso vivir según virtud?» A esto se responde que, si la naturaleza humana estuviera en aquella buena disposición y entereza en que Dios la crió, no le fuera dificultoso, sino muy suave el ejercicio de la virtud; mas, como ella por el pecado salió de aquel estado felicísimo y cayó enferma, no es maravilla que no pueda enferma lo que podía estando sana. Vemos que un hombre sano corre y salta, y sube y abaja, y hace de sí todo cuanto quiere, sin trabajo, como quiera que nada desto pueda hacer estando enfermo, sino con grande dificultad. Pues por esto no es maravilla que le sea dificultosa y desabrida al hombre en este estado la virtud, la cual en el otro le fuera muy fácil y muy sabrosa, como cosa tan conforme a su naturale- [531] za; «porque — como dice san Agustín— al paladar estragado es desabrido el manjar que al sano es suave, y a los ojos enfermos es penosa la luz que a los limpios es amable»⁹⁵.

En lo cual se ve claro que todas aquellas maldiciones que Dios echó a los primeros padres cuando pecaron, no menos les comprendieron espiritualmente, que corporalmente. Porque a la mujer dijo que pariría de ahí adelante los hijos con dolor (cf. Gén 3,16), la que antes no sabía qué cosa era dolor; lo cual no menos ha lugar en el parto espiritual de las buenas obras, que de los hijos materiales; porque, si no hubiera pecado, hiciera el hombre todas las buenas obras sin ningún trabajo, antes con grandísimo deleite; lo que ahora no hace, porque el pecado, estragando la naturaleza, hizo dificultosas todas las obras de las virtudes. Al hombre, otrosí dijo Dios: *Con el sudor de tu rostro comerás tu pan* (Gén 3,19); lo cual también se verifica espiritualmente, como lo demás, pues vemos con cuánto sudor y trabajo se han de obrar las virtudes, que son el verdadero pasto de nuestra ánima, como quiera que antes del pecado se obraron con grande suavidad. Y no menos pertenece también a nuestra carne la maldición de la tierra, de la cual dijo Dios que produciría abrojos y espinas (cf. Gén 3,18), porque ¿quién no ve cuánto conviene esto a la miserable de nuestra carne? ¿Qué tierra hay que lleve tantas espinas como ella? Y, si quieres saber cuáles sean estas espinas, oye lo que dice san Pablo: *Manifiestas son las obras de la carne, las cuales son fornicación, deshonestidad, lujuria, servidumbre de ídolos, hechicerías, odios, peleas, emulaciones, iras, rencillas, disensiones, sectas, envidias, homicidios, embriagueces, comidas desordenadas y otras cosas semejantes* (Gál 5,19-20); las cuales el Apóstol llama *obras de carne*, porque la raíz de todas ellas está en nuestra carne corrompida por el pecado. Estas, pues, son las verdaderas espinas que de ahí proceden, y esta la mayor maldición que le vino por el pecado. Este es el fruto que nuestra carne lleva de su cosecha; y, si otro ha de llevar, ha de ser a fuerza de brazos y con trabajo y sudor de nuestro rostro.

De suerte que, así como esta tierra material que hollamos, sin labor ni ayuda de nadie, lleva zarzas y espinas y otras yerbas infructuosas, mas, si ha de producir plantas fructuosas y provechosas, ha de ser con trabajo y diligencia del labrador, que ha de romper la tierra y sembrarla y tener perpetuo cuidado della, así esta tierra de nuestra carne, de sí misma, sin ayuda de nadie, lleva estas espinas de vicios y apetitos desordenados, mas, si ha de producir flores y frutos de virtudes, para esto es menester trabajo e industria y diligencia, y ayuda del cielo y de la tierra. Esta es, pues, la causa de la dificultad que hay en la virtud, demás de la fuerza de la mala costumbre que en algunos hay, con que se confirma y fortalece aún mucho más la naturaleza depravada.

II. De cómo la gracia nos da fuerza para guardar la ley de Dios

Preguntarás: «Pues, si esto es así, ¿qué remedio [hay] para vencer esta tan grande dificultad?» Esta pregunta hace el Apóstol, y él mismo responde a ella, el cual, después de haber declarado muy por extenso en el cap.7 de la *Epístola a los Romanos* la malicia y rebeldía de nuestra carne, al cabo exclamó, diciendo: *¡Desventurado de mí! ¿Quién me librará deste cuerpo de muerte?*, que es, desta carne sujeta a la muerte del pecado. Responde él mismo: *La gracia de Dios, la cual se nos da por Jesucristo* (Rom 7,24-25)⁹⁶. Porque para esto vino este Señor al mundo, para reformar la naturaleza, para sanar nuestras llagas y para ser nuestro reparador, nuestro Salvador, nuestro remediador y nuestro ayudador; para que lo que perdimos por culpa del Adán primero, lo cobrásemos por la gracia de el

⁹⁵ Al margen: *Libr. Confes. VII, cap.16*: «Et sensi & expertus sum non esse mirum, quod palato non sano pœna est panis, qui sano suavis est; & oculis ægris odiosa lux, quæ puris amabilis».

⁹⁶ «Infelix ego homo, quis me liberabit de corpore mortis huius? Gratia Dei per Iesum Christum Dominum nostrum».

segundo; porque, así como aquel con su soberbia y desobediencia destruyó la naturaleza, así este con su humildad y obediencia la remedió (cf. Rom 5,19). Lo cual se hace mediante la gracia que se da a los hombres por el mérito de su pasión. Porque esta gracia es la que reforma la naturaleza, la que restituye la imagen de nuestra ánima, la que viste, atavía y hace graciosa en los ojos de Dios, la que, con las virtudes y hábitos que de sí produce, cura nuestros males, sana nuestras heridas, alumbrando nuestro entendimiento, inflama nuestra voluntad, esfuerza nuestra flaqueza, adormece nuestras pasiones, cura nuestras malas inclinaciones, enfrena nuestros apetitos, restituye el gusto de las cosas espirituales, pónenos hastío de las carnales y así nos hace suave el yugo de la ley de Dios. Porque, así como de la esencia de nuestra ánima proceden las potencias con que ella obra, así de la esencia de la gracia, que es como ánima de la vida espiritual, proceden todas las virtudes y dones del Espíritu Santo, los cuales, repartidos y recibidos en todas las potencias de nuestra ánima, las reforman y habilitan para todas las obras virtuosas de tal manera, que las que antes estaban como atadas e inhábiles para bien obrar, con esto se hacen hábiles y ligeras para todo bien. Por donde con mucha razón comparan los teólogos estas virtudes y hábitos celestiales a la unción con que se untan los ejes donde van las ruedas de un carro; porque, así como estas se mueven muy ligeramente cuando el eje va untado y bañado en aceite, así las potencias de nuestra ánima se mueven muy suavemente a todas las obras virtuosas cuando están de esta manera unguadas con la unción y olio del Espíritu Santo. Verdad es que esto en unos es más, y en otros menos, según los grados en que a cada uno se comunica esta gracia celestial.

[532] Desta manera, pues, con la virtud de la gracia se vence la dificultad que hay en llevar la carga de la ley de Dios; según que el profeta Isaías lo significó en pocas palabras, cuando dijo que el yugo se pudriría por virtud del olio (cf. Is 10,27)⁹⁷, dando a entender que el peso de la ley divina se aliviaría con la virtud de la gracia, que por este santo olio es significada. Y en otro lugar dice él mismo: *Los que esperan en el Señor mudarán la fortaleza: correrán, y no trabajarán; andarán, y no se cansarán* (Is 40,31)⁹⁸. ¿Ves, pues, cómo la virtud de la gracia fortalece y hace los hombres ligeros para esta carrera? Y, en lo que dice que *mudarán la fortaleza*, claramente da a entender que los que tenían antes fuerzas de hombres, recibiendo el espíritu y favor de Dios vendrán a tener otras fuerzas dadas por Dios; con las cuales, de tal manera se mudarán, que los que antes eran fuertes para el mal y flacos para el bien vendrán, por el contrario, a ser flacos para el mal y muy fuertes y poderosos para el bien.

Lo mismo nos promete Dios por Jeremías, cuando dice que vendrá tiempo cuando él dará al mundo otra manera de ley muy diferente de la pasada, la cual escribirá, no en tablas de piedra, sino en las mismas entrañas y corazones de los hombres (cf. Jer 31,33), mediante la virtud del Espíritu Santo; el cual de tal manera los enseñará y alumbrará en la ley de Dios, que los enamorará de ella, y los inclinará y moverá con ardentísimos y entrañables deseos a la guarda della. Pues ¿con qué palabras más claras se podía explicar la condición de la gracia y el socorro que por ella se nos da para bien obrar, mediante la virtudes y dones que della proceden?

Entre los cuales, señaladamente nos ayudan para esto tres cosas, conviene saber: la caridad, y la devoción, y la alegría espiritual. Porque, entre otras muchas y muy grandes excelencias que tiene la *caridad*, una es hacer el yugo de Dios suave, y su carga, liviana; como lo significó san Agustín por estas palabras: «No son trabajosos los trabajos de los que aman, antes suelen ser deleitables, como de los que pescan, montean y cazan» (*sermo* 48). Y san Bernardo dice: «En aquello que se ama, o no hay trabajo, o el mismo trabajo se ama» (*super Cantica*, 85,8). Y en otro lugar, hablando el mismo santo con Dios, dice: «El servicio que te hago, oh buen Jesús, apenas es de una hora; y, si más dura, el amor me hace que no lo sienta». Lo cual es en tanta manera verdad, que, como dice san Basilio en una epístola suya, «más deleitable es el trabajo con amor, que cualquiera cosa que de suyo sea deleitable con disgusto». Por esta causa compara muy bien san Bernardo el amor de Dios con las ruedas de un carro, el cual, estando sin ruedas, apenas lo podéis mover, pero, poniéndoselas, con añadirle nueva carga, se le añade nueva ligereza con la nueva carga. Pues tal es el amor de Dios, que, con ser la mayor de las obligaciones y cargas que tenemos, de tal manera es carga, que es alivio para llevar las cargas; como las plumas del ave, que, con tener también su peso y su carga, hacen al ave más ligera para volar.

⁹⁷ «Et computrescet iugum a facie olei».

⁹⁸ «Qui autem sperant in Domino, mutabunt fortitudinem, [...] current et non laborabunt, ambulabunt et non deficient».

La segunda cosa que muy particularmente nos ayuda para esto es la *devoción*, aunque esto es más dificultoso de entender que lo pasado a quien no tiene experiencia de ello. Porque, aunque uno no sepa por experiencia qué cosa es amor de Dios, mas todavía por la condición de los otros amores podrá en alguna manera entender la deste; mas la devoción, como sea una virtud sobrenatural y un afecto y movimiento interior del Espíritu Santo, ¿cómo podrá saber qué es, por mucho que le digan, el que nunca la probó ni experimentó? Pero todavía diremos de ella lo que se puede por palabras explicar.

Has, pues, de saber que devoción es una prontitud y ligereza sobrenatural que el Espíritu Santo inmediatamente cría en el ánima del varón devoto, mediante la cual le hace pronto y ligero para todas las cosas que pertenecen al servicio de Dios (*Sth.* II-II q.82 a.1), de tal manera que, el que estando sin devoción estaba pesado y desganado y perezoso para ellas, la devoción, por virtud del Espíritu Santo, le da un nuevo esfuerzo y aliento para hacer estas obras, no con pesadumbre, sino con ligereza, no con hastío, sino con gusto, no con tristeza, sino con alegría, no con desgana, sino con prontitud y buena voluntad. En lo cual parece que la devoción es contraria al vicio de la pereza o tristeza espiritual; por donde, así como la pereza y acidia hacen al hombre perezoso y desganado para las obras de Dios, así, por el contrario, la devoción le hace pronto y alegre para ellas. De suerte que, así como la fe es una virtud sobrenatural que inclina nuestro entendimiento a creer firmísimamente las cosas de la fe, aunque sean sobre toda razón, y la caridad es otra virtud que inclina nuestra voluntad a amar a Dios sobre todas las cosas y ordenar a nos y a todas ellas para él, así la devoción es un afecto y movimiento sobrenatural que inclina a esta misma voluntad a hacer con prontitud y alegría todo lo que pertenece al servicio de Dios nuestro Señor.

Ejemplo tenemos en un caminante muerto de hambre, que apenas puede dar un paso ni menearse; el cual, si llegado a la venta come y descansa un rato, parece que se le vuelve el alma al cuerpo, y siente en sí un tan grande aliento y esfuerzo para el trabajo, que se levanta esforzado y alegre, y, poniendo haldas en cinto, dice a los compañeros: «Caminemos». Pues esta mudanza que hace en el cuerpo del caminante desmayado la refección corporal, hace la devoción (que es como otra refección espiritual) en el ánima que la tiene.

Mira también la prontitud con que está una madre que tiene un hijo muy querido en la cama, doliente, para todas las cosas que conviene [533] hacer para su salud, por dificultosas que sean; y la que tiene un hombre muy codicioso para entender en todas las cosas de que se le sigue alguna notable ganancia; y por los ejemplos destas cosas tan cotidianas y familiares podrás entender la condición deste afecto sobrenatural, que el Espíritu Santo obra en las ánimas de los verdaderos devotos. Los cuales, cuando están tocados deste afecto, se hallan tan prontos y ligeros para todo lo que entienden ser agradable a Dios, que, no contentos con las cargas ordinarias de los mandamientos, añaden otras sobrecargas de trabajos voluntarios; y, aun pareciendo todo esto poco a su deseo, vienen muchas veces a desear derramar la sangre y dar la vida por amor de Dios.

Esto es, pues, hermano mío, devoción, en la manera que se puede explicar, que es una refección del hombre interior, un aliento y un esfuerzo espiritual, un rocío del cielo, un soplo del Espíritu Santo, un resplandor de la fe, una llamarada de la caridad y un rayo de la divina luz, de la que nace este buen afecto de la voluntad. Conforme a lo cual dice un religioso doctor: «¿Qué cosa es devoción, sino una fuente de agua viva que riega todos nuestros espirituales ejercicios, un vino celestial que alegra el corazón del hombre, un bálsamo suavísimo que sana las llagas de nuestras pasiones, un manjar del ánima con que ella se sustenta y dura en el bien, una lengua espiritual con que hablamos con Dios, un maná del cielo que en sí contiene toda suavidad, y, finalmente, un panal de miel, el cual no hacen los animales groseros y sucios, sino las espirituales abejas que andan volando por las flores de la vida de Cristo?»

En lo cual parece cuán proporcionada unción y medicina es esta para la común dolencia de la naturaleza humana. Porque el estado en que quedó el hombre por el pecado es de la manera que lo figuramos en un doliente que tuviese el apetito de comer muy perdido y estragado. Pues, así como el remedio deste sería sanarle y rectificarle el apetito, de tal manera que tomase gusto en lo bueno y disgusto en lo malo, así el remedio de nuestras ánimas consiste en la reformación del apetito de las cosas espirituales; lo cual hace la devoción, pues ella tiene tan grande fuerza para darnos gusto y aliento en todo lo bueno, y tan grande disgusto de todo lo malo; porque de la misma raíz que nace lo uno nace lo otro.

Y no menos ayuda a esto mismo el *gozo y alegría espiritual*; el cual, como dice santo Tomás, es efecto de la misma devoción (*Sth. II-II q.82 a.4*), y uno de los principales frutos del Espíritu Santo, como dice san Pablo (cf. Gál 5,22). Esta es, pues, la que nos hace correr alegremente por el camino de los mandamientos de Dios, según aquello del Profeta, que dice: *Por el camino de tus mandamientos, Señor, corrí, cuando dilataste mi corazón* (Sal 118,32); la cual dilatación se causa de la alegría, así como el apretamiento se causa de la tristeza. Mas ¿qué digo yo los mandamientos de Dios, pues no sólo estos, sino todas las cargas y tormentos del mundo hizo padecer alegremente a los mártires esta alegría y dulzura espiritual? Así lo dice san Agustín en el capítulo veintidós de sus *Soliloquios*, por estas palabras: «Tu dulzura, Señor, hizo a san Esteban que las piedras furiosas se le hiciesen dulces. Tu dulzura hizo a san Lorenzo las parrillas suaves. Por tu dulcedumbre iban los apóstoles gozosos delante del Concilio, por haber sido dignos de padecer injurias por tu amor. Esta dulcedumbre había gustado aquella santa virgen, de quien leemos que con grande ufanía y contentamiento iba a la cárcel, como si la llevaran a un convite. Y esta misma había gustado el Profeta, cuando decía: *Cuán grande es, Señor, la muchedumbre de tu dulzura, la cual tienes escondida a los que te temen* (Sal 30,20); y a cuya experiencia nos convidaba en otro salmo, diciendo: *Gustad y ved cuán suave es el Señor* (Sal 33,9)».

Esta misma dulcedumbre hace despreciar todas las otras dulcedumbres y vanos deleites del mundo, pues, como dice san Bernardo, en gustándose la suavidad espiritual, luego toda la carne, que es todo deleite sensual, pierde su sabor, y como tal es despreciado. Nacido Isaac, dijo Sara a Abrahán: *Vaya fuera de casa la esclava y el hijo della, porque no ha de ser éste heredero con mi hijo Isaac* (Gén 21,10). Y, aunque Abrahán tomó esto ásperamente, todavía aprobó Dios la petición de la mujer, y así mandó que se cumpliese. ¿Qué es, pues, esto, que antes que nazca Isaac es tan deseado y preciado Ismael, y nacido Isaac es tan aborrecido y despreciado? ¿Qué es, pues, esto, sino que por Isaac, que es hijo de la señora y quiere decir *risa*, es figurada la alegría espiritual, y por Ismael, hijo de la esclava, que es nuestra carne, es figurada la alegría carnal y sensual? Pues antes que conozcan los hombres por experiencia la grandeza de los deleites espirituales, figurados por Isaac, tienen en mucho los carnales, porque no conocen otros mejores; mas después que les abre Dios un poco los ojos, y purgado ya el paladar de su ánima gustan este maná celestial, luego les hieden todos los deleites del mundo y luego dan de mano a todos los placeres sensuales; y, echando fuera de casa al hijo de la esclava, que es el gozo de la carne, queda sólo Isaac, hijo de la libre, que es el gozo y alegría del espíritu. En lo cual se ve claro cuánta parte sea este gozo, así para el menosprecio de los deleites del mundo, como para correr ligeramente por el camino de los mandamientos de Dios.

Estas, pues, son, hermano mío, las cuatro principales ruedas que mueven este carro de la virtud; estos, los principales medios que la divina Providencia, después de los sacramentos, ordenó para cura de la naturaleza y reformation de nuestro apetito, y para facilitarnos el [534] camino del cielo y hacernos suave el yugo de la ley de Dios.

III. De cómo la oración es medio para alcanzar la gracia, la caridad y la devoción

Mas por ventura preguntará: «¿A qué propósito viene todo lo dicho, habiendo de tratar aquí de la oración?» La respuesta es: «Porque no hallé otro medio más conveniente para explicar la eficacia desta virtud y la necesidad que della tenemos». Porque, si tan dificultosa es la materia de la virtud, como arriba declaramos, y para vencer esta dificultad hace tanto al caso la gracia, la caridad y la devoción y la alegría espiritual, como está dicho, ¿qué tan grande será la virtud y eficacia de la oración, pues ella es medio convenientísimo para alcanzar todo esto?

Porque, primeramente, para alcanzar la gracia, uno de los principales medios que hay es pedirla instantísimamente a aquel que solo puede darla, pues, como dice el Apóstol, tan rico es el Señor para todos los que le llaman (cf. Rom 10,12). Pues ¿a qué otra virtud pertenece esto, sino a la oración? Porque la oración, demás de ser obra meritoria, como lo son todas las otras obras virtuosas hechas en caridad, es también impetratoria (cf. *Sth. II-II q.83 a.15*); porque, así como tiene por oficio propio pedir, así le corresponde por galardón propio el impetrar [*conseguir*], como claramente nos lo prometió el Salvador, diciendo: *Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y abriros ha. Porque todo aquel que pide recibirá, y el que busca hallará, y al que llama abrirle han* (Lc 11,9-10). Pues ¿qué cosa se pudiera decir más clara, ni más liberal y de mayor consolación para el hombre, que esta?

Porque, como dice san Crisóstomo, «no negará Dios el socorro al que lo pidiere, pues él mismo nos instiga a que le pidamos». Porque **argumento claro es que nos quiere dar el que tantas veces nos manda pedir**. Por lo cual dice David: *Bendito sea el Señor, que no apartó mi oración y su misericordia de mí* (Sal 65,20). Sobre las cuales palabras dice san Agustín: «Ten por cierto que, si Dios no aparta tu oración de ti, tampoco apartará su misericordia de ti; porque quien te da espíritu para que pidas, también te dará lo que con ese espíritu le pidieres». Y el mismo Señor, en otro lugar, exhortándonos aún con mayor instancia a esto mismo, dice así: *¿Quién de vosotros pedirá a su padre pan, que reciba en lugar de pan una piedra? Y, si le pidiere un pece, ¿por ventura darle ha en lugar de pece una serpiente? Pues, si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará su espíritu bueno a quienquiera que lo pidiere?* (Lc 11,11.13). ¿Ves, pues, cómo el medio que hay para recibir el espíritu bueno, que es el Espíritu Santo, que se da por gracia, es pedirla? Finalmente, es tan proporcionado este medio para este fin, que dice san Agustín en el libro *De los dogmas de la Iglesia* estas palabras: «Ninguno creemos que viene a la salud, si Dios no le llama; y ninguno después de llamado obra lo que conviene para esta salud, si Dios no le ayuda; y ninguno recibe esta ayuda, si no la pide por oración». Lo cual dijo este santo, no porque no sabía él muy bien que hay otros medios para alcanzar la divina gracia, sino para dar a entender cuán propio y cuán proporcionado medio era este entre los otros para ello. Porque, como la gracia sea dádiva de Dios, el camino derecho que hay para alcanzarla es pedirla, levantando los ojos a lo alto y diciendo con el Profeta: *Levanté mis ojos a los montes, de donde me ha de venir el socorro* (Sal 120,1).

Y no menos ayuda la oración para alcanzar la caridad, que la gracia, supuesto que [*aunque*] oración es petición de lo que nos es necesario, y también levantamiento de nuestro corazón a Dios. Porque dos medios señalamos arriba para alcanzar el amor de Dios: el uno, considerar la grandeza de sus perfecciones y beneficios, porque esto es lo que señaladamente nos le hace muy amable; y el otro, pedirle instantísimamente con entrañables deseos y oraciones esta virtud. Pues lo uno y lo otro, así el pensar como el pedir, pertenece a la oración. Por do parece que, pues su oficio es levantar el corazón a Dios y pedirle mercedes, ella es un convenientísimo y muy proporcionado medio para alcanzar esta virtud, que por estos dos medios se alcanza.

Ítem, si la comunicación entre las personas suele ser un grande incentivo de amor, y no es otra cosa oración, sino comunicación con Dios, ¿qué cosa más a propósito para alcanzar el amor de Dios, que comunicar, o siempre, o muy a menudo con él? Ítem, si el mismo Dios esencialmente es fuego de amor, y no es otra cosa orar sino llegarse a Dios, síguese que quien más cerca se llegare deste fuego, más se inflamará y más parte recibirá de su calor. Porque, si este fuego material, por ser tan noble elemento, no sabe negarse a quien a él se llega, ¿qué hará aquel Señor, que es infinitamente más noble, más bueno y más comunicativo de sí mismo? Por lo cual dice san Agustín: «Para ser el hombre algo, conviene que se llegue a aquel de quien recibió que fuese algo». De donde nace que, desviándose dél, se escurece, y llegándose a él, se esclarece; desviándose dél se enfría, y llegándose a él se inflama.

Ítem, como este amor sea un santo afecto y movimiento de la voluntad, y la voluntad sea una potencia ciega que no se mueve sin que precedan actos de entendimiento, necesariamente han de preceder tales consideraciones en el entendimiento que enciendan este afecto en la voluntad; lo cual pertenece a la oración, por la parte que es levantamiento de nuestro corazón a Dios, como está dicho. ¿Ves, pues, cuánto nos ayuda esta virtud para alcanzar el amor de Dios?

[535] Pues aún muy más propiamente ayuda a alcanzar la devoción, que es la tercera cosa que nos allana este camino. Porque ¿de qué otras fuentes nace la vena de la devoción, sino de la oración y consideración de las cosas divinas? Así lo dice santo Tomás en la II-II q.82, en la cual, tratando de las causas de la devoción, dice que son dos, una que está fuera del hombre, y esta dice que es el Espíritu Santo, que es el autor e inspirador deste afecto celestial, y otra que está dentro del hombre, y esta dice que es la meditación y consideración de las cosas divinas. Porque, como la devoción sea un santo afecto y movimiento de la voluntad, y la voluntad sea, como acabamos de decir, una potencia ciega que regularmente no se mueve sin que preceda alguna luz y consideración del entendimiento, necesario es que preceda esta consideración para producirse este afecto de devoción. Aunque esto solo no basta, y por esto se añade otra causa de fuera, que es el Espíritu Santo, como dijimos, el cual nunca falta a quien hace lo que es de su parte, y así concurre con aquellos que se aplican humildemente a la consideración de las cosas divinas, para despertar en ellos este acto celestial.

Y, si preguntares por qué causa el santo doctor atribuye este efecto al Espíritu Santo más que los otros, pues es cierto que todos los hábitos y actos de las virtudes infusas también proceden deste mismo Espíritu, a esto responde que, aunque esto sea verdad, pero que la devoción —que es el primer acto de la virtud que llaman religión— es una cosa tan universal y tan noble, que para esto hay especial razón para dar por autor della al Espíritu Santo. Porque la devoción no se contenta con inclinarnos a una particular obra de virtud, como hacen las otras virtudes, sino generalmente nos inclina con una voluntad muy pronta a todas las obras virtuosas, que es a todo aquello que pertenece al servicio de Dios; y este grande afecto y tan grande salto no se puede dar sin especial favor del Espíritu Santo. Esto se puede entender de alguna manera por este ejemplo. Dicen muy bien algunos doctores que no puede un hombre con solas fuerzas naturales amar a Dios sobre todas las cosas, pudiendo hacer con solas ellas otras obras moralmente buenas, aunque no meritorias. Mas amar a Dios sobre todas las cosas es una como una red barredera que todo lo lleva tras sí; porque nadie le puede amar desta manera, sino ordenando a sí y a todas sus obras a Dios, y posponiéndolo todo por él; la cual determinación es tan universal y tan noble, que nadie la puede tener de verdad si no es para esto ayudado por Dios. Pues lo mismo decimos de la devoción; la cual, como tenga de su naturaleza hacer la voluntad del hombre ligera y pronta, no para esta o para aquella obra buena, sino para todas las obras del servicio de Dios, que son todas las obras de las virtudes, por eso tiene necesidad de una especial asistencia y movimiento del Espíritu Santo, para producir un acto tan universal y tan generoso. En lo cual se ve claro cómo la devoción, siendo acto de una sola virtud, que es la religión, es estímulo de todas las virtudes y despertadora de todas ellas.

Y esto suele obrar aquel Espíritu divino en la oración, cuando se hace como se debe hacer. Donde muchas veces, por una manera maravillosa, se transforman los corazones de los que oran de tal modo, que, entrando en la oración flacos, tibios y pesados para todo lo bueno, al cabo de una hora que perseveran allí, llamando humildemente a las puertas de la divina misericordia, salen tan esforzados, tan alegres y tan prontos para todo lo bueno, y, finalmente, tan trocados y tan otros, que ellos mismos no se conocen. Tanto, que una de las cosas que hay entre las obras de gracia (entre otras algunas), que parecen milagro, es esta tan súbita y tan grande mudanza en un mismo corazón. Mas, con todo esto, no lo es, aunque sea obra sobrenatural, como lo son los milagros; porque el modo con que se hace no es miraculoso, sino ordinario y natural, con que Dios comúnmente lo suele hacer.

Pues la cuarta ayuda, que es la alegría espiritual, ¿de dónde nace, sino de donde nace la devoción, que es de la misma oración? Así lo significó el mismo Dios por Isaías, cuando dijo que llevaría sus siervos a su santo monte y los alegraría en la Casa de su oración (cf. Is 56,7). Porque, como dijo san Bernardo, en la oración se bebe aquel vino espiritual que alegra el corazón del hombre, que es el vino del Espíritu Santo, el cual embriaga nuestro corazón y lo hace olvidar de todos los otros sensuales deleites. Verdad es que no cualquiera manera de oración basta para esto; porque, como dice santo Tomás, aunque pueda ser la oración meritoria y también impetratoria faltándole la atención actual (cuando no falta por culpa del que ora), mas esta es necesaria para la otra propiedad principal de la oración, que es ser causadora de devoción y desta alegría espiritual, que es, como dice santo Tomás, una refección del ánima y una suavidad celestial⁹⁹; para lo cual, como digo, es necesario que haya actual atención.

IV. Conclusión de todo lo dicho, con ejemplos de santos

¿Ves, pues, cuánto nos ayuda la oración para alcanzar estas cuatro cosas tan principales que tanto nos esfuerzan para llevar ligeramente la carga de la ley de Dios? Pues por aquí se ve claro cuánta necesidad tenga el hombre de la continuación y ejercicio desta virtud, si quiere tener fuerzas con que pueda guardar la ley de Dios. Y por aquí verás cuán convenientemente, después de haber dado muchos avisos y reglas de bien vi- [536] vir en el tratado precedente, tratamos ahora de la oración en el presente, pues la dificultad que hay en lo uno nos está pidiendo la facilidad que se alcanza con lo otro. Por lo cual dice el Eclesiástico: *El que guarda la ley multiplica la oración* (Eclo 35,1); porque, como

⁹⁹ Al margen: 2.2 q.83 art.13 & 14. «Tertius autem effectus orationis est quem præsentialiter efficit, scilicet quædam spiritualis refección mentis. Et ad hoc de necessitate requiritur in oratione attentio. Unde dicitur 1 Cor 14,14: *Si orem lingua, mens mea sine fructu est*» (Sth. II-II q.83 a.13).

entiende la necesidad que tiene del socorro de la oración para vencer la dificultad de la ley, así como es cuidadoso en lo uno, así también lo es en lo otro. Y al mismo propósito pertenece lo que dice en otro lugar por estas palabras: *No haya cosa que te aparte de siempre orar, ni tampoco de bien obrar, hasta el fin de la vida, pues el galardón de Dios permanece para siempre* (Eclo 18,22) ¹⁰⁰. Donde también ayuntó en uno el siempre orar y siempre bien obrar, por la necesidad grande que hay de lo uno para lo otro. En lo cual parece que, si la oración fuese estéril y no acompañada con buenas obras, ya no sería perfecta oración, sino por ventura engaño del enemigo. Porque, como una de las mayores alabanzas que la oración tiene es ser tan grande ayudadora de la virtud y de todas las buenas obras, si estas faltan, ya la oración carecería de uno de sus principales frutos. Por tanto, como dice el Apóstol, *apártese de toda maldad quienquiera que invoca el nombre del Señor* (2 Tim 2,19). Y no se contente con no hacer mal, sino procure hacer todo el bien que pudiere [cf. *Gál 6,10; 2 Tes 3,13*], y entonces habrá alcanzado la perfecta oración. Conforme a lo cual dice san Agustín en un *Sermón*: «¿Con qué cara osarás pedir lo que Dios te prometió, si no haces lo que te mandó? Oye, pues, primero sus palabras, y después pide sus promesas». Y san Crisóstomo dice: «Quien ora y peca no hace oración a Dios, sino desacata a Dios».

Todo esto que hasta aquí hemos dicho comprende perfectísimamente san Agustín en tres palabras, que dicen así: «La ley manda, la gracia cumple y la oración, mediante la fe, impetra». Quiere decir: la ley, por sí sola, no hace más que mandar y declararnos lo que debemos hacer, mas no da fuerzas para cumplirlo; pero estas nos da la gracia del Espíritu Santo, mediante los hábitos de las virtudes que della proceden; y esta gracia alcanza la oración, pidiéndolo con fe y confianza, como se debe pedir. Y esta tercera partícula declaró aún más distintamente el mismo santo, diciendo: «El espíritu de la gracia hace que tengamos fe, y la fe, orando, alcanza gracia para que cumplamos la ley».

Estas son las principales virtudes y propiedades de la oración que hacen a nuestro caso; otras tiene también sin estas, de que tratamos en otro lugar, y por esto al presente no diré della más de lo que brevemente dice Simón de Cassia, por estas palabras: «Oración es obra espiritual en cuerpo terreno, vista del ánima que mira a Dios con ojos de fe, orden de nuestra ánima para con Dios, a quien se sujeta, voz que hiere las orejas divinas, suave clamor en el sentido del corazón, silencio de todas las otras obras corporales cuando esta se hace, recogimiento de los sentidos, olvido de sí y de todas las criaturas, puerto del espíritu vagamundo, representación de sí ante el Juez eterno, condenación de sí mismo, juicio ante el divino juicio, verdadero espejo del ánima, lámpara de la conciencia, luz invisible para las obras invisibles, sombra que templá los ardores de nuestra carne, resignación en las manos de Dios, no queriendo más de lo que él quiere». Todas estas cosas competen, cada cual en su manera, a la perfecta oración; la cual, como dice uno de aquellos santos Padres del yermo, entonces es perfecta: cuando el mismo que ora no sabe de sí que ora, porque de sí, y de todo lo que no es Dios, muchas veces se olvida.

Pues por estas y por otras grandes utilidades que tiene la oración fueron todos los santos tan dados a ella, como leemos en sus historias. Si no, dime: ¿Qué otra cosa más comúnmente hacían aquellos santos Padres del desierto, aun cuando entendían a tejer sus canastillas de mimbres, sino vacar a la oración? ¿Qué hizo el primero de todos ellos, que fue san Pablo [*Ermitaño*], por todos aquellos siete años que estuvo en el desierto, sin vista de hombre mortal, sino ocuparse día y noche en oración y contemplación? ¿Para qué el bienaventurado Hilarión sobre diez veces mudó la celda que tenía, por esconderse de la gente que lo buscaba, sino para ocuparse, como dice san Jerónimo, perpetuamente en ayunos, salmos y oraciones? ¿Qué otra cosa hacían todos los otros monjes que se llamaban *anacoretas*, que quiere decir *solitarios*, sino entender siempre en oficio de ángeles, que es vacar a la contemplación de las cosas divinas? ¿Qué otra cosa leemos en los libros de Judit, y de Ester, y de Tobías, y de los Reyes, y de aquellos nobles Macabeos, sino maravillas y grandezas alcanzadas por oración? ¿Quién esforzó el ánimo de aquella santa Judit para emprender una tan grande hazaña como fue cortar la cabeza de Holofernes, sino la virtud de la oración? Puesta su ciudad en muy grande estrecho por el ejército de los asirios, los sacerdotes oraban, la gente del pueblo oraba, los niños también oraban, la santa Judit en su retrimiento oraba, y al tiempo que se partió para el campo de los enemigos mandó que ninguna otra cosa se hiciese por ellos, sino oración; y, estando entre ellos, cada noche salía fuera de su estancia a hacer oración; y, al tiempo que desenvainó la espada para herir la

¹⁰⁰ «Non impediatis orare semper, et ne verearis usque ad mortem iustificari; quoniam merces Dei manet in æternum».

cerviz del tirano, esforzó el brazo femenino con la virtud de la oración, y así cortada la cabeza del enemigo dio fin a aquella tan memorable hazaña.

Y, si por ventura dijeres que todos estos Padres antiguos, mayormente los que moraban en los desiertos, tenían más aparejo para este ejercicio, porque carecían de todo negocio, para esto te quiero poner ahora delante uno de los más ocupados hombres del mundo, que fue nuestro glorioso Padre santo Domingo, el cual no por eso dejó de llegar a la cumbre de la perfecta oración y contemplación; de suerte que, estando en medio de la plaza de todos los negocios que la caridad de los prójimos requería, no por eso carecía de la oración y contemplación que los monjes en el desierto tenían. Por donde con mucha razón le compete aquella alabanza del Sabio, que dice: *Fue así como la oliva que comienza a brotar, y como el aciprés que sube a lo alto* (Eclo 50,10)¹⁰¹. Extraña cosa parece caber en una persona propiedades de dos cosas tan distantes, como son el aciprés alto y estéril, y la oliva baja y fecunda. Mas, sin duda, lo uno y lo otro conviene a este bienaventurado Padre, pues, como oliva fructuosa, daba olio de misericordia para socorro de los prójimos, ocupándose en la vida activa, y como aciprés que todo se va a lo alto, subía con movimientos de amor a los ejercicios de la vida contemplativa; y así abrazaba en uno ambas hermosuras de oliva y de aciprés, tomando de la una la fecundidad, dejada la bajeza, y del otro la alteza, dejada la esterilidad.

Pues, qué tan continuas hayan sido las oraciones de este santo y de cuántas maneras de orar haya usado, es bien que lo oigan ahora todos, y mucho más los que se glorían del nombre de sus hijos, a quien es más dulce y más eficaz la memoria de los ejemplos del padre. Pues de la continua oración deste santo y de las maneras que tenía para orar escribe san Antonino [*de Florencia*] en la tercera parte de sus *Historias*¹⁰² así:

«Aunque toda la vida deste santo era una continua oración, todavía, demás de las siete Horas canónicas, usaba de otros muchos modos de orar, para despertar más con algunos actos exteriores la devoción interior. De los cuales, el **primero** era inclinándose profundamente en [*ante*] el altar, presuponiendo que el altar era figura de Cristo, acordándose que está escrito: *La oración del que se humilla penetra los cielos* (Eclo 35,17)¹⁰³. Y así aconsejaba él a sus frailes que se humillasen profundamente cuando pasasen ante la imagen de el crucifijo por nosotros humillado.

El **segundo** era postrándose todo en tierra, de largo a largo, de la manera que Cristo oró en el huerto. Y así, compungido en su corazón y como hombre confundido dentro de sí, decía: *Señor, apiádate de mí, pecador* (Lc 18,13); y aquello del salmo: *Humillada está, Señor, en el polvo nuestra ánima, y nuestro vientre está pegado con la tierra* (Sal 43,26)¹⁰⁴. Y, exhortando sus frailes a esta manera de orar, les alegaba el ejemplo de aquellos santos Magos, que, postrados en tierra, adoraban al Niño Jesús (cf. Mt 2,11). Añadiendo que, aunque ellos no tuviesen pecados por qué orar, aunque no hay hombre que no los tenga, como Salomón dijo en su oración (cf. 2 Cró 6,36), pero que debían orar por la conversión de sus prójimos.

El **tercero** era estando en pie y disciplinándose con una cadena de hierro, diciendo aquel verso del Profeta: *Tu disciplina me corrigió, Señor, hasta el fin, y tu disciplina me enseñará* (Sal 18,35).

El **cuarto** era hincándose muchas veces de rodillas, a imitación de aquel leproso del Evangelio que, arrodillado ante la presencia del Salvador, decía: *Señor, si quieres puedesme alimpiar* (Lc 5,12); y a imitación del bienaventurado san Esteban, que, puesto de rodillas, hizo oración por sus enemigos, como san Lucas escribe en *Los Actos de los Apóstoles* (cf. Hch 7,60). Y, en esta manera de orar, muchas veces era oído levantar la voz en alto y decir: *A ti, Señor, clamaré; Dios mío, no calles tú a mí* (Sal 27,1). Otras veces hablaba con solo el corazón en gran silencio, donde le acontecía estar algunas veces como suspenso y espantado, por un grande espacio, y allí parece que pasaba de vuelo y penetraba a los cielos con el entendimiento, y después volvía a sí con mucha alegría, y limpiaba las lágrimas que de los ojos le corrían, y tornaba con toda composición y presteza a levantarse en pie, y después a hincarse de rodillas, como antes.

¹⁰¹ «Quasi oliva pullulans, et cypressus [o cyparissus] in altitudinem se extollens» (50,11).

¹⁰² Al margen: *Tit. 23. c.I. § 1. circa medium*. Supongo que se trata de *Las crónicas*.

¹⁰³ «Oratio humiliantis se, nubes penetrabit» (35,21).

¹⁰⁴ «Quoniam humiliata est in pulvere anima nostra; conglutinatus est in terra venter noster» (43,25).

El **quinto** era estando en pie delante del altar, las manos levantadas y un poco extendidas, a manera de un libro abierto; y así estaba como delante de Dios leyendo con grande devoción y reverencia, y meditando las palabras divinas, y platicándolas dulcemente consigo.

El **sexto** era poniéndose en cruz, como oró el Salvador cuando, estando crucificado, hizo oración por nosotros *con grande clamor y lágrimas, y fue oído por su reverencia [Heb 5,7]*.

El **séptimo** era algunas veces estando en pie y las manos extendidas y derechas al cielo, como saeta que sube a lo alto de un arco flechado. Y créese que con esta manera de orar, demás de acrecentarse la gracia, alcanzaba lo que pedía al Señor para su Orden. Y algunas veces, orando desta manera, le oían los frailes decir aquellas palabras del salmo: *Oye, Señor, mi voz cuando clamo a ti y cuando levanto mis manos a tu santo Templo (Sal 27,2)*.

El **octavo** era después de las Horas canónicas, o de las gracias que se dan después de comer; porque en estos tiempos el santo varón, lleno de espíritu de devoción con las palabras de los salmos que había cantado o que había oído en la lección de la mesa, luego se recogía en la celda o en algún lugar solitario, y hecha la señal de la cruz, abría un libro y comenzaba a leer por él con grande suavidad, pareciéndole que hablaba Dios en aquel libro, y que él oía sus palabras atentamente, diciendo con el Profeta: *Oiré lo que habla en mí el Señor Dios (Sal 84,9)*. Y era cosa maravillosa ver la manera que se había en este ejercicio, porque algunas veces parecía que disputaba con otra persona y que le hablaba con atención, y otras veces, que la oía con gran silencio; y unas veces se sonreía, otras lloraba; unas hincaba los ojos en un lugar, otras los abajaba. Y así en este ejercicio, como en todos los demás, tenía él por costumbre levantarse siempre de la lección a la meditación, y de la meditación a la contemplación. Y era tanta la reverencia que tenía a las palabras de Dios y a los libros de los santos, que, cuando estaba solo, inclinaba la cabeza al libro, y lo tomaba en las manos y lo besaba, especialmente si era de los evangelios.

El **nono** era otra muy loable costumbre que el santo varón tenía cuando andaba camino: que siempre iba dentro de sí orando y meditando; y, para mejor hacer esto, decía a los compañeros que se fuesen delante, o se quedasen atrás, por quedarse él solo, alegándoles para esto dulcemente aquellas palabras del Profeta, que dice: *Llevarle he a la soledad, y allí le hablaré al corazón (Os 2,16)*. Y tenía por costumbre en esta manera de oración mover algunas veces las manos, como si quisiese ojear algunas moscas delante de sí, y signarse muchas veces con la señal de la cruz. Y creían los religiosos que por esta manera de ejercicio había alcanzado entendimiento de las Escrituras Sagradas». Hasta aquí son palabras de san Antonino.

Estos, pues, son los modos de orar, estos los ejercicios y los ejemplos deste glorioso Padre. No sé aquí, por cierto, qué primero diga, ni de qué primero me maraville. Maravíllome cuando considero qué tan grande sería la suavidad y gusto que este bienaventurado Padre recibía, cuando así perseveraba en estos ejercicios, pues ni de día ni de noche, ni andando ni parando, ni comiendo ni después de haber comido, se cansaba ni hartaba de estar siempre ocupado en estos divinos coloquios. Maravíllome de ver tantas maneras de potajes y ensaladas como hallo en este ejercicio de oración, para nunca empalagarse comiendo siempre de un mismo manjar, y para despertar más el apetito de las cosas espirituales con esta variedad. Sobre todo esto me maravillo de la destreza deste tan valeroso capitán, que no menos peleaba con la mano siniestra que con la diestra, pues tan continuo era en el socorro de los prójimos y tan continuo en el tratar con Dios, sin impedirse el un ejercicio al otro. De ángeles es entender de tal manera en los negocios de los hombres, que no por esto dejen la vista y contemplación de Dios; y este ángel de la tierra y hombre del cielo de tal manera tenía sus ojos puestos en Dios, que ni la gobernación de toda su Orden, ni el estudio de las letras, ni las ocupaciones del predicar y confesar, y disputar con herejes, y andar caminos, y andar a tantas maneras de negocios como estaban a su cargo, impedían aquella unión de su beatísimo espíritu con Dios. Y, si algunas veces por algún breve momento le impedían, es de creer que luego, a semejanza de aquellos misteriosos animales que vio el profeta Ezequiel, iba y volvía al secreto de su recogimiento, como un relámpago resplandeciente (cf. Ez 1,14). Porque, como varón perfecto había llegado a aquel estado perfectísimo y felicísimo, donde aquellas dos maneras de vida activa y contemplativa hacen una compuesta de ambas, sin que la una perjudique a la otra, sino que antes se ayuden una a otra; porque el ejercicio de las buenas obras hacía su oración más eficaz, y la devoción que sacaba de la oración le hacía más pronto en el bien obrar. Y, demás desto, con la oración guiaba mejor los negocios de la gobernación, porque lo trataba

primero con Dios; y con ella también guiaba los de la predicación, porque por esta salían sus palabras teñidas de el espíritu de la devoción y encendidas como hachas en la fragua de el divino amor.

▲ Pues el que desea imitar los ejemplos de los santos y aprovechar en el ejercicio de las virtudes aprovéchese de este ejercicio, porque este le será estímulo y ayudador para todos los otros, pues por él se alcanza la gracia, la caridad, la devoción y la alegría espiritual, que hace al hombre pronto y hábil para toda virtud.

Capítulo II. De seis condiciones que ha de tener la buena oración

Sentencia es común de todos los doctores que el valor y mérito de nuestras obras no procede tanto de la sustancia de ellas, cuanto del modo con que se hacen. Por donde agudamente dijo uno dellos que **Dios no galardonaba tanto los verbos como los adverbios**; que es decir que no tiene tanta cuenta con lo que hacemos, como con **la caridad y devoción con que lo hacemos**. Lo cual, aunque en todas las obras tenga verdad, pero señaladamente se ve en la oración, la cual, si no se hace con el modo y circunstancias que se debe hacer, será de poco fruto o de ninguno. Por lo cual dice Santiago: *Pedís, y no recibís, porque no pedís como habéis de pedir* (Sant 4,3). Y por esto también el profeta David, exhortándonos a cantar alabanzas a Dios, dice: *Cantad a nuestro Dios, cantad; mas cantad sabiamente* (Sal 46,7.8)¹⁰⁵. Por falta de la cual sabiduría respondió el Señor a la oración de los hijos del Zebedeo que no sabían lo que pedían (cf. Mt 20,22). Por esto dice san Bernardo en un sermón que, aunque en todas las obras buenas que hacemos sea menester mucha atención y vigilancia, pero que señaladamente pide esto la oración.

La razón es porque, así como hay algunos manjares que, aunque por sí sean buenos, todavía tienen necesidad de ciertas maneras de adobos y especias con que se guisen para que sean sabrosos, así la oración, que por sí es una virtud muy loable, todavía tiene necesidad de la ayuda de otras virtudes para alcanzar por ellas su última perfección; porque de la caridad tiene necesidad para ser obra meritoria; y de la confianza, para ser impetratoria; y de alguna manera de atención, para ser oración; y de actual atención, para que por ella se alcance la alegría espiritual y la devoción, como luego se declarará en el capítulo siguiente. Todas estas virtudes son como formas de la oración, cada una de las cuales le da su propia perfección, y por esto de todas ellas ha de ser ayudada para que sea perfecta. Por lo cual [539] dice san Bernardo en un sermón: «La oración que es falta de confianza no penetra los cielos, porque el temor demasiado la detiene, y hace que no sólo no suba a lo alto, mas que ni pase adelante. La oración tibia en la misma subida desfallece, porque no tiene calor ni vigor para subir. La oración temeraria y atrevida sube a lo alto, mas luego resurte para abajo, porque halla quien la resista; y no sólo no alcanza gracia, mas antes incurre en ofensa. Mas la oración fiel, humilde y ferviente sin duda penetra los cielos, de los cuales nunca volverá vacía». Hasta aquí son palabras de san Bernardo. Por las cuales se ve claro cómo la oración tiene necesidad de la ayuda de otras virtudes; como al principio propusimos. Lo mismo podemos también entender por lo que dice Hilario desta virtud: «Menosprecia Dios —dice él— las oraciones leves, desconfiadas, inútiles, congojadas con los cuidados del siglo y llenas de vanos pensamientos y figuras terrenas, y estériles y desacompañadas de buenas obras». Pues, si todas estas maneras de defectos pueden caber en la oración, necesaria es luego la asistencia y compañía de las otras virtudes para despedirlos, para que así sea pura y perfecta la oración.

I. [De la primera condición de la oración perfecta, que es hacerse con espíritu y atención]

Presupuesto, pues, este fundamento, sería bien declarar aquí más en particular las principales condiciones que ha de tener la oración para que sea perfecta. Entre las cuales, la primera es que se haga con espíritu y atención. Esta condición nos pide el Salvador cuando dijo que, para haber de orar, entrásemos en nuestro retraimiento y que ahí, en escondido, hiciésemos oración al Padre que está en

¹⁰⁵ «Psallite Deo nostro, psallite; psallite Regi nostro, psallite. Quoniam Rex omnis terræ Deus; psallite sapienter».

los cielos (cf. Mt 6,6). En lo cual se nos encomienda que al tiempo de la oración despidamos de nuestra ánima todos los pensamientos y cuidados terrenos, porque recogida toda nuestra atención y espíritu, solos, en silencio y quietud podamos vacar a Dios. Porque, como no sea otra cosa orar sino hablar con Dios, y negociar con él los mayores negocios que pueden ser (que son los de nuestra salvación), bien se ve con cuánta atención y reverencia esto se deba hacer. Porque, si hablando con un rey de la tierra y sobre negocios de tierra, hablamos con tanta reverencia y atención, ¿cuánto más convendrá esto, hablando con el Rey del cielo y sobre negocios del cielo? En figura de lo cual leemos que aquellos dos querubines que Salomón puso a los lados del arca del Testamento estaban empujados y levantados sobre las puntas de los pies y extendidas sus alas (cf. 2 Cró 3,13), para significar cuán levantado ha de estar el corazón del hombre de todas las cosas de la tierra cuando quiere llegarse a Dios y entender en negocios del cielo.

Y aun no se debe contentar con sola esta atención, sino debe también trabajar por añadir espíritu a la atención, que es una entrañable afección y deseo de alcanzar lo que pedimos, cuando es cosa que pertenece al servicio de Dios. A lo cual nos convida el Apóstol cuando dice que hagamos *oración en todo tiempo en espíritu* (Ef 6,18). Y dice esto, *orar en espíritu*, porque orar de esta manera es un especial movimiento y don del Espíritu Santo, de quien dice el mismo Apóstol que hace orar a los santos con gemidos que no se pueden explicar (cf. Rom 8,26). La cual oración ordinariamente nunca vuelve vacía, por la dignidad del Espíritu Santo que la inflama y despierta. Por lo cual dice el Profeta: *El deseo de los pobres oyó Dios* (Sal 9,36). Y en otro lugar: *Clamé con todo corazón: óyeme, Señor* (Sal 118,145). Lo cual dijo él así, porque sabía muy bien cuánta parte era este clamor del corazón para ser oída la oración, porque esta es la pólvora que la hace llegar a Dios. Conforme a lo cual dice san Gregorio: «Tanto uno menos clama, cuanto menos desea; y tanto con mayor voz penetra los oídos de Dios, cuanto más extiende para con él sus deseos».

Esta primera condición se requiere para la misma sustancia de la oración, porque la oración que careciese de todo género de atención más se podía llamar distracción, que oración. Lo cual dice Casiano por estas palabras: «Poco ora el que no ora más de cuanto está hincado de rodillas; y ninguna cosa ora el que, aunque esté de rodillas orando, está voluntariamente distraído». Contra los que así oran, dice san Crisóstomo: «Tú no oyes tu oración, ¿y quieres que la oiga Dios? Dices que estás puesto de rodillas en la iglesia, es verdad; mas tu corazón anda distraído fuera della; tu cuerpo está en el lugar sagrado, mas tu espíritu corre por todo el mundo; la boca habla con Dios, mas tu corazón por ventura piensa en usuras». Así que esta tal oración no es eficaz para alcanzar mercedes de Dios; antes muchas veces será pecado cuando el hombre se pone a orar sin alguna manera de reverencia ni atención. Porque, como dice el cardenal Cayetano, «dado caso que no en todo tiempo sea el hombre obligado a orar, mas, ya que ora, pues no es otra cosa orar sino hablar con Dios, ha de hablar con reverencia y atención; y, si de propósito no lo hace así, no se excusa de pecado, a lo menos venial». Conforme a lo cual dice san Basilio (a quien a este propósito alega santo Tomás ¹⁰⁶) que «el favor divino se ha de pedir, no flojamente ni con corazón distraído, porque el que así lo pide, no solamente no lo alcanzará, mas antes indignará a Dios». Por lo cual, con mucha razón es notada [*censurada*] la manera de rezar de muchas personas, las cuales rezan sus Horas, o sus devociones, tan sin atención y reverencia, que más parece que están tomando de coro [*ejecutando de memoria*] versos de Virgilio, que hablando con Dios y pidiéndole mercedes. Los cuales, si hiciesen reflexión sobre sí y mirasen con quién hablan y sobre qué hablan, por ventura tomarían otro tono y otro modo de hablar.

Verdad es que cuando este derramamiento de corazón no viene por culpa de la persona, que [540] hace lo que es en sí, sino por vicio de la naturaleza, que no está del todo sujeta a la razón, no solamente no es pecado, mas antes hay su parte de fruto y de merecimiento. Ca la oración, como dicen los doctores, tiene tres provechos señalados, porque es obra meritoria, impetratoria y causadora de devoción (*Sth.* II-II q.83 a.13). De los cuales frutos, sólo el postrero pide de necesidad actual atención, porque la devoción [*quædam spiritualis refectio mentis*] procede de la actual consideración e inteligencia de las cosas divinas; mas para los dos primeros frutos, que son merecer y impetrar, basta la buena voluntad e intención con que el hombre comenzó a orar, aunque después se le derrame el corazón, cuando es sin culpa suya. La cual doctrina sirve para consolación de las personas humildes y devotas que suelen demasadamente afligirse cuando ven que se les distrae el corazón en este tiempo,

¹⁰⁶ Al margen: 2.2 q.83. art.13. in argum. 3. «Unde Basilius dicit, est divinum auxilium implorandum non remisse, nec mente huc illuc evagante, eo quod talis non solum non impetrabit quod petit, sed et magis Deum irritabit».

como quiera que esto sea natural a todo hombre, por la corrupción de la naturaleza. Conforme a lo cual dice san Juan Clímaco: «No desmayes si, cuando estando en oración, el enemigo sutilmente se entremete o secretamente te hurta la atención; antes te debes consolar si siempre trabajas por tener quieto el pensamiento, que de sí es tan deleznable; porque a solos los ángeles es dado estar libres de semejantes hurtos».

Mas, aunque esto sea verdad, todavía debe trabajar el varón devoto, no sólo por ojear estas moscas importunas de los vanos pensamientos al tiempo que ora, sino también procurar de ordenar su vida de tal manera, que no sea muy molestado dellas cuando ora. Y el medio que para esto hay, dice el Venerable Beda que es apartarse todo lo posible de hacer malas obras, y de hablar y oír vanas palabras, porque todas las imágenes y figuras que oímos, vemos y hablamos vienen después a asentarse en nuestro corazón, como en el lugar propio de donde manaron. Y, así como los puercos, dice él, naturalmente suelen acudir a los cenagales y lugares sucios, y por el contrario, las palomas a las corrientes de las aguas claras, así los pensamientos sucios acuden al ánima sucia y deshonesto, y los limpios, al ánima pura y casta.

II. [De la segunda condición de la oración, que es ser humilde]

La segunda condición de la oración es la humildad, de la cual dice el Eclesiástico: *La oración del que se humilla penetra los cielos y no descansará hasta llegar a Dios, y no se apartará hasta que el Altísimo la mire* (Eclo 35,17-18). A esta virtud pertenece que el que ora conozca la extrema desnudez y pobreza, o por mejor decir, el abismo profundísimo de las miserias en que el hombre quedó por el pecado, junto con las que él, después acá, por su propia ruindad y malicia ha añadido. Porque por el pecado quedó el hombre miserable, como aquel caminante que, bajando de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de ladrones, los cuales le robaron cuanto llevaba, y le dieron tantas heridas, que le dejaron medio muerto en el camino (cf. Lc 10,30). Pues tal quedó el hombre por el pecado, despojado de todos los bienes de gracia y herido en todos los bienes de naturaleza: el entendimiento oscuro, la voluntad enferma, el libre albedrío flaco, la memoria derramada, la imaginación inquieta, el apetito rebelde, los sentidos curiosos, y, sobre todo, la carne sucia y mal inclinada. Y con esto quedó habilísimo para todo lo malo e inhabilísimo para lo bueno, muy aparejado para perderse y muy inhábil para salvarse. Si no, dime: ¿Qué se podría esperar de un mozo de poca edad, puesto encima de un caballo furioso y con unas riendas flacas en la mano, y en un camino lleno de despeñaderos y barrancos? Pues en esta misma disposición está un hombre sin gracia, pues su apetito es como un caballo furioso y desbocado, y la razón que lo ha de gobernar está tan oscura y tan flaca, y el libre albedrío con que lo ha de frenar tan debilitado, y este mundo tan lleno de despeñaderos y barrancos, cuantos lazos hay en él armados; que son más que llovidos. Pues ¿qué mayor peligro, qué mayor pobreza, qué mayor miseria que esta?

Finalmente, tal está el hombre miserable, que ni una sola palabra, ni un solo buen propósito, ni deseo, ni pensamiento que agrade a Dios puede por sí solo tener, si no es para ello con especial socorro ayudado por Dios. De suerte que, si cae en pecado, no se puede levantar dél, si Dios no le levanta; y, después de levantado, no puede obrar por sí el bien, si no es mediante la gracia y las virtudes que della proceden. Y aun todo esto no basta para llevar al cabo lo comenzado, sino es necesario otro nuevo favor para perseverar hasta el fin. Mira, pues, por aquí cuán herida y maltratada está la naturaleza, pues tantos emplastos son necesarios para curarla. Por donde, como una casa vieja que por todas partes amenaza la caída, así ella ha menester todas estas maneras de puntales y remedios para estar en pie y no caer.

Pues, el que por tantas partes se ve tan debilitado y flaco, ¿no te parece que tiene necesidad de clamar a Dios con el profeta: *Sálvame, Señor, porque han entrado las aguas hasta mi ánima, y yo estoy sumido en lo más bajo del cieno, y no hallo sobre qué estribar?* (Sal 68,2-3). Y, si con esto se juntan los males que cada uno por su parte tiene hechos, y el estrago que su ánima ha recibido con ellos, y la mala compañía del mundo, que está todo armado sobre vicios y malos ejemplos, ¿no te parece que, juntando esto con lo otro, podrás decir con el mismo profeta: *Sálvame, Señor, porque han faltado ya los santos en el mundo y se han disminuido las verdades entre los hijos de los hombres?* (Sal 11,2).

Pues este tan profundo conocimiento de las propias miserias hace al hombre orar con espíritu de humildad; porque ¿qué ha de hacer el pobre, sino pedir limosna, y el flaco fortaleza, y el desnudo abrigo, y el culpado perdón, y el cauti- [541] vo libertad, y el enfermo medicina? De manera que, cuanto más claro conoce su desnudez y pobreza, tanto más se mueve a clamar a Dios y pedirle misericordia. Y, así como un pobre mendigo dende la mañana hasta la noche nunca cesa de pedir, antes ninguna otra vida tiene sino esta, así, cuanto un hombre es más humilde y más claro conoce la grandeza de su necesidad y pobreza, tanto más continuamente hace oración a Dios y le pide humildemente limosna y misericordia. Mas en este conocimiento conviene que esté el hombre tan fundado y tan resolutivo, así por lo que acerca desto lee, como por la experiencia cotidiana de sus flaquezas, que casi vea con los ojos y palpe con las manos esta tan grande pobreza y miseria suya.

Mas no sólo la grandeza de nuestra miseria, sino también la grandeza de la majestad de Dios nos debe sumir debajo de los abismos cuando vamos a hablar con él; como lo significó san Bernardo, diciendo: «Si es verdad, como lo es, que millares de ángeles sirven a Dios, y diez veces cien mil millares asisten delante dél (cf. Dan 7,10), ¿con cuánto temor y reverencia, y con cuánta humildad ha de salir de la laguna la pobre ranilla a presentarse ante tan grande Majestad?» (*Serm.* 25). Con este espíritu oró aquel publicano del Evangelio, el cual no osaba ni aun levantar los ojos al cielo (cf. Lc 18,13), y por eso fue tan bien despachado. Y con este mismo se humilló ante Dios Ajab, rey idólatra y malvado, y alcanzó por humildad lo que no se debía por justicia (cf. 1 Re 21,27-29).

Mas ¿qué diré, que con este mismo espíritu oró el Hijo de Dios, cuando postrado en el huerto hizo oración al Padre, protestando con aquella figura exterior la humildad y abatimiento del hombre interior? (cf. Mt 26,39). Pues, si de esta manera se anonadó aquella tan grande inocencia y tan soberana grandeza cuando hacía oración a Dios, ¿dónde se pondrá o cómo se humillará el muladar de todas las bajezas y vicios del mundo?

III. [De la tercera condición de la oración, que es hacerse con fe y confianza]

Tras de la humildad, convenientísimamente se sigue luego la fe y confianza, que es la tercera condición de la oración. Porque la humildad nos declara que no debemos confiar en nosotros, mas la fe nos dice que debemos confiar en Dios. La humildad nos da un desengaño, avisándonos dónde no está el remedio, mas la fe nos da otro desengaño, diciéndonos dónde está. Esta condición nos pide el apóstol Santiago cuando dice que pidamos con fe y sin dudar (cf. Sant 1,6), porque de otra manera no alcanzaremos lo que pedimos. Y, cuánto nos importe esta fe para ello, el mismo Señor nos lo declaró por san Mateo, diciendo que *cualquiera cosa que pidiéredes en la oración, creed que os lo darán, y dárseos ha* (Mt 21,22). ¿Ves, pues, cuánta necesidad tiene la oración de confianza para haber de impetrar? Por donde entenderás lo que arriba tocamos: que la oración toma de la caridad el merecer, mas de la fe y confianza el impetrar. Por donde, así como según la medida de la caridad será la del merecer, así conforme a la medida del confiar será la del impetrar. Y así dice Cipriano en la *Epístola a Donato* que, cuan grande fuere el vaso de la fe que con nosotros llevamos, tanta será el agua que de la fuente de la divina misericordia cogeremos. De lo cual tenemos tres ejemplos, entre otros muchos, en el santo Evangelio. Aquel príncipe de la sinagoga tuvo fe que, si el Señor iba a su casa y ponía la mano sobre su hija, la sanaría; y así lo hizo el Señor, y así la sanó (cf. Mt 9,18ss). Mas la mujer que padecía flujo de sangre pasó más adelante, y tuvo fe que, con solo tocar la fimbria de la ropa del Salvador, sanaría; y así como ella lo creyó, así se hizo (cf. Mt 9,20-22). El centurión pasó aún más adelante, y creyó que, sin nada desto, bastaba sola la voz y mandamiento del Salvador para sanar a su criado; así lo creyó, y así se hizo (cf. Mt 8,5ss). En lo cual se ve que, cuanto mayor fuere la fe del que ora, tanto su oración será más poderosa para alcanzar lo que demanda.

Mas, por ventura, dirás: «¿Cómo podré yo tener esta manera de fe y confianza, habiendo hecho a Dios tan pequeños servicios?» A esto se responde que no son **los principales estribos desta confianza** los servicios solos del hombre, sino mucho más **los servicios y méritos de Cristo, y la grandeza de la bondad y misericordia de Dios**. Y, si preguntares qué tan grande sea esta bondad y misericordia, conocerlo has por la inmensidad de la divina sustancia; porque, como dice el Sabio, *cual es la grandeza de Dios, tal es su misericordia* (Eclo 2,22). Porque como es infinitamente grande, así es infinitamente misericordioso, y como tiene infinitas riquezas que repartir, así tiene infinita largueza

para repartirlas. Ca, de otra manera, grande imperfección y disonancia fuera en aquella divina sustancia, si, teniendo infinitos bienes que dar, no tuviera infinito ánimo y corazón para darlos.

Y, aunque todas las perfecciones divinas sean en él una misma cosa, y así todas sean iguales, no se puede negar, sino que en las obras de misericordia es más extremado y copioso. Porque, aunque haya hecho muchas y muy grandes obras para mostrar las otras virtudes y perfecciones suyas, mucho mayores las ha hecho para mostrar su bondad y misericordia. Porque para mostrar la grandeza de su poder y sabiduría crió el mundo; y para mostrar la grandeza de su rigor y justicia lo destruyó con las aguas del diluvio; mas para mostrar la grandeza de su misericordia murió por él y derramó toda su sangre por él (cf. Jn 19,34). Pues ¿cuánto mayor obra es morir Dios, que morir los hombres, y padecer Dios por el mundo, que criar el mundo? Por donde en aquella maravillosa visión en que Moisés vio la gloria de Dios en el monte, entre las grandes perfecciones y maravillas que allí le fueron descubiertas, esta fue la que más gritó y proclamó a grandes voces, diciendo: *Misericordioso, piadoso, sufridor, Señor de grande misericordia, que quitas los pecados y maldades de los hombres y no hay quien delante de ti por sí sea inocente* (Éx 34,6-7) ¹⁰⁷.

Por esto canta la Iglesia: «Señor Dios, a quien es propio haber misericordia y perdonar» ¹⁰⁸. Y esto dice, no porque no le sean también propias todas las otras virtudes y perfecciones suyas, sino porque esta es obra de bondad y misericordia, que es la cosa de que él más se precia y de que más quiere ser alabado, y la que más declara la grandeza de su poder y de su gloria ¹⁰⁹; pues a solo aquel pertenece la perfecta misericordia: que está libre de toda miseria.

Pues por esto, hermano mío, cuando fueres a pedir a este Señor perdón y misericordia, no te acobardes ni desmayes pensando que le vas a importunar o a obligar a que haga cosa contraria a su honra o a su naturaleza; antes cree que le vas a dar materia de alabanzas y ocasión de hacer una cosa muy honrosa y muy gloriosa y muy conforme a quien él es. Porque, así como es natural al sol alumbrar, y al fuego quemar, y a la nieve enfriar, así, y mucho más, es natural a aquella infinita bondad hacer bien a todas sus criaturas.

Ni tampoco pienses que se enfada él como hacen los hombres cuando son importunados; porque los hombres importúnanse de que les pidan, porque pierden lo que dan; mas, como Dios no pierde lo que tiene dándolo, por eso no se puede importunar pidiéndoselo. Por lo cual dice san Agustín: «No te engañes pensando que, así como tú recibiendo ganas, así Dios dando pierde; porque, por muy hambriento que traigas el vientre y muy seca la garganta, la fuente vence toda esa sed».

El segundo fundamento desta confianza dijimos que eran los merecimientos de Cristo, que es nuestro Salvador, nuestro Redentor, nuestro Abogado, nuestro Medianero, nuestro Rey, nuestro Sacerdote y nuestro Sacrificio; y no hay otro nombre debajo del cielo so cuyo título y amparo podamos ser salvos, sino este (cf. Hch 4,12). Porque, así como no quiso Dios que hubiese en el mundo más que un sol que solo tuviese lumbré de sí y de quien las estrellas la recibiesen, así no quiso que hubiese más que un solo Santificador en el mundo, por quien fuesen santos todos los que de verdad lo fuesen. Pues este es el nombre por quien él tantas veces nos manda pedir mercedes al Padre en el Evangelio, certificándonos que todo lo que por él pidiéremos, que es por sus merecimientos y servicios, nos será concedido (cf. Jn 14,13; 15,16; 16,23). Y, no contento con esto, el mismo Señor nos dio palabras conocidas para que con ellas pidiésemos por él estas mercedes, cuando nos enseñó la oración del *Pater noster* (cf. Mt 6,9ss); la cual podemos presentar al Padre soberano, diciendo que venimos a él enviados por su Hijo, y que, por más señas, él nos dio las palabras con que le habíamos de pedir misericordia, las cuales puede él muy bien reconocer que suyas son. Así lo hizo Tamar cuando su suegro la mandaba quemar por mala mujer, y ella envió las señas de quien había concebido (cf. Gén 38,24-26); y con esto quedó, en comparación de su suegro, justificada y libre de la sentencia. Pues, desta manera, supliquemos al eterno Padre quiera reconocer las palabras que le decimos, cuyas son y quién nos envía a él, para que por él sea revocada la sentencia de nuestra condenación y por él alcancemos lo que por nosotros no merecemos.

¹⁰⁷ Es Dios mismo quien habla: «Dominator Domine Deus, misericors et clemens, patiens et multæ miserationis, ac verax, qui custodis misericordiam in millia; qui auferis iniquitatem, et scelera, atque peccata, nullusque apud te per se innocens est».

¹⁰⁸ «Deus, cui proprium est misereri semper et parcere» (MISSALE ROMANUM, *Collecta I. In exsequiis*).

¹⁰⁹ «Deus, qui omnipotentiam tuam parcendo maxime et miserando manifestas» (Ibid., *Collecta Dominica XXVI Per annum*).

Este es, pues, el templo vivo del verdadero Salomón, y el altar donde todas las peticiones que se ofrecen a Dios le son agradables; como él mismo lo testificó por su profeta, diciendo: *Los holocaustos y sacrificios dellos me serán agradables, ofreciéndolos en mi altar [Is 56,7]*; el cual no es otro, por cierto, que la sacratísima humanidad de Cristo. Porque por eso eran tan grandes los celos que Dios tenía sobre que no hubiese más que un solo altar de sacrificios en toda la tierra de Israel, y, por consiguiente, en todo el mundo: para dar a entender que no había más que un solo sumo Sacrificio y un solo sumo Altar y Sacerdote, en quien y por quien todos nuestros sacrificios y oraciones le fuesen aceptos, que es Jesucristo.

Y, porque mejor entiendas, hermano, cuán grande sea este tesoro y sepas preciarte dél y dar gracias a Dios por él, ponerte he un ejemplo delante, que bastará para darte alguna manera de luz y conocimiento deste tesoro. Pocos días ha que un hombre de bien, queriendo pedir mercedes a un príncipe, escribió una petición en la cual refería todos los servicios y jornadas que por su mandado había hecho un padre suyo en diversos tiempos y lugares; y, después de referidos y amplificados estos méritos uno por uno, pedía con tan grande rigor la satisfacción y premio de todos aquellos servicios, como si él mismo los hubiera hecho. Pues esta misma es la causa que tenemos ahora con Dios, y esta es la manera que tenemos de tener para negociar con él, pues, en hecho de verdad, todos los que están en gracia son hijos adoptivos de Cristo y él es nuestro *Padre*, como lo llama Isaías (cf. Is 63,16), y nuestro *segundo Adán*, como lo llama san Pablo (cf. 1 Cor 15,45-47); y, por consiguiente, nosotros somos sus legítimos herederos, y no *ab intestato*, sino por el Testamento que él mismo el jueves de la Cena ordenó y confirmó, no con sangre de cabritos, sino con su misma sangre, la cual dijo que derramaba por nosotros (cf. Lc 22,20), y así nos hacía herederos della. Por esto tenemos derecho para pedir con toda seguridad y confianza el galardón de sus trabajos (cf. Jn 16,23), pues todo lo que él en este mundo lastó y padeció, y todos los pasos que dio, no los dio para sí, sino para nosotros. Por nosotros encarnó, nació, trabajó, ayunó, caminó, sudó, padeció, murió, etc., y de todo ello nos dejó por herederos en su Testamento; porque de na- [543] da desto tenía él necesidad para pagar lo que debía, porque era inocente; ni para alcanzar la gracia y gloria que tenía, porque era Dios. Pues, si el patriarca Jacob alcanzó la bendición que no se le debía, porque iba vestido de las vestiduras del primogénito a quien se debía (cf. Gén 27,15), ¿cómo no alcanzaremos nosotros la bendición de la gracia, aunque no se nos deba, llevando con nosotros el derecho del unigénito Hijo de Dios, a quien se debe?

Pues estos son, hermano mío, los principales estribos y fundamentos de la esperanza del cristiano, demás de la verdad de la palabra de Dios, con la cual tiene prometido su fiel socorro y amparo a todos los que se acogieren a él, como toda la Escritura divina testifica.

Pues a esta confianza pertenece que, cerrados los ojos, pongamos todas nuestras cosas en las manos del Señor; y, cuando hubiéremos tentado [*procurado*] los medios lícitos que su misericordia nos concede y nos da por instrumento de su providencia, poner en nosotros, con cualquiera cosa que suceda, una seguridad y contentamiento, que, pues nos remitimos a la bondad de Dios, pues parecimos delante dél y hicimos nuestra suplicación, ello va bien encaminado; y que no nos quede más que confiar lo que no entendemos, de su infinito saber, pues tenemos por cierto que nunca su misericordia sabe faltar, ni su palabra.

IV. [De la cuarta condición de la perfecta oración, que es ser acompañada la fe con obras y buena vida]

Mas no basta orar con esta manera de fe, sino es menester acompañar esta fe con obras y con buena vida. Porque, dado caso que alguna vez se extienda la misericordia inefable de Dios a oír un pecador que está fuera de su gracia, concediéndole por misericordia lo que no se le debía por justicia, pero, regularmente hablando, es verdadera la sentencia de aquel buen ciego del Evangelio, que dice: *Sabemos que no oye Dios a los pecadores; mas, si alguno fuere orador y servidor suyo, a ese oye* (Jn 9,31). Esta es ley general de Dios, promulgada en todas las Escrituras divinas. San Juan, en su Canónica, dice: *Hermano, si nuestra conciencia no nos reprehendiere, confianza tenemos que alcanzaremos del Señor las mercedes que le pidiéremos, porque guardamos sus mandamientos y hacemos su voluntad* (1 Jn 3,21-22). San Pablo dice: *Quiero que los hombres oren en todo lugar, levantando las manos puras y limpias, sin ira y sin contiendas* (1 Tim 2,8). San Pedro, en su Canónica, manda a los maridos que traten benignamente a sus mujeres, como a vasos frágiles y quebradizos,

porque no se impidan sus oraciones si, tratándolas de otra manera, estuvieren los corazones inquietos y llenos de pasiones, y, por consiguiente, inhábiles para tratar con Dios (cf. 1 Pe 3,7). David, en un salmo, dice: *Si yo vi en mi corazón alguna maldad, no oirá Dios mi oración* (Sal 65,18). Pero muy más claro y con más sangre dice esto el mismo Señor por Isaías, por estas palabras: *Cuando levantáredes las manos para orar, apartaré mis ojos de vosotros; y cuando multiplicáredes vuestras oraciones, no os oiré, porque vuestras manos están llenas de sangre. Por tanto, lavaos y estad limpios, y quitad la maldad de vuestros pensamientos delante de mis ojos; dejad de hacer mal y haced bien, socorred al necesitado, haced justicia al huérfano, defended la viuda, y entonces venid y argüidme* (Is 1,15-18); quiere decir, hecho esto, quejaos de mí si no oyere vuestras oraciones. ¿Ves, pues, la pureza de la vida que pide la oración, y la compañía de las buenas obras? Y, para significar esto aún más claramente, mandó Dios que, cuando el Sumo Sacerdote entraba en el Santuario a hacer oración, llevase una plancha de oro en la frente, donde estuviesen escritas estas palabras: *La santidad al Señor* (Éx 28,36) [*Sanctum Domino*], esto es, la santidad pertenece o se debe al Señor; y un pectoral en el pecho, en que estuviesen escritas estas: *Doctrina y verdad* (Éx 28,30) [*Doctrinam et veritatem*], para que por aquí se entienda que el fundamento y aparejo principal de la oración sacerdotal había de ser *santidad, doctrina y verdad*; porque, sin este fundamento, muy desnuda y sola va la oración. En figura de lo cual también leemos que, mandando el profeta Eliseo al rey Joás que tirase una saeta con un arco, para significarle la vitoria que le había Dios de dar contra el rey de Siria, puso sus manos sobre las manos del rey, y desta manera le hizo tirar la saeta (cf. 2 Re 13,15-17); para que por aquí entiendas que ambas manos han de concurrir en todas nuestras obras, así las de Dios como las nuestras: las nuestras obrando y las de Dios ayudando; y aquel alcanzará, obrando, esta ayuda: que obrando metiere juntamente con Dios las manos en la masa.

Y como todas las buenas obras sean legítimas ayudadoras de la oración, mas particularmente se señalan dos, que son ayuno y limosna, las cuales son como dos alas con que ella sube a lo alto. Porque, como sea la ley de Dios que por la medida que midiéremos habemos de ser medidos [cf. Mt 7,2], por el mismo caso que usamos de misericordia con los prójimos, nos hacemos dignos de la misericordia de Dios. Mas el ayuno ayuda a la oración por otra vía. Lo uno, porque templea el cuerpo con la templanza del mantenimiento, y así lo hace más ligero para volar al cielo; y lo segundo, porque, castigando la carne para que no se rebele contra el espíritu, ya comienza el hombre, ayudado de Dios, a hacer lo que es de su parte, y así merece que Dios haga lo que es de la suya; y demás desto, el que de tal manera busca a Dios, que para esto maltrata su cuerpo prevaleciendo contra el amor propio, ya parece que le busca de veras; y el que desta manera le busca, sin duda le hallará. Mas, porque destas tres virtudes, ayuno, limosna y oración, que son las tres partes de la satisfacción, tratamos ya en su propio lugar, escribiendo de la Penitencia, al presente no será necesario decir más.

[544] V. [*De la quinta condición de la perfecta oración,
que es lo que en ella se ha de pedir*]

La quinta condición pertenece a la materia de la oración, que es lo que en ella se debe pedir. Y, si el hombre mirare con atención la grandeza del Señor a quien va a pedir mercedes, luego verá que a un tan gran Señor, y que tanto desea nuestro bien, se han de pedir grandes bienes, cuales son todos los espirituales y eternos, porque todo lo demás que para esta vida se puede pedir es nada, pues la misma vida es nada. Verdad es que, aunque estas cosas por sí sean nada, pero cuando sirven a lo espiritual pueden ya llamarse algo, y por esta razón se pueden pedir con esta moderación: poniéndolo todo en las manos de Dios, el cual sabe mejor lo que nos cumple, que nosotros mismos. Porque muchas veces lo que, según nuestro juicio, parece provechoso, según el de Dios, que todo lo ve, puede ser dañoso; y, en este caso, misericordiosamente nos niega lo que rigurosamente nos concedería. Y así dice san Agustín: «Gran misericordia es que no reciba el hombre aquello de que ha de usar para su daño. Y por esto, si pide cosas tales, más razón hay para temer no le dé Dios, estando airado, lo que provechosamente le negará, estando propicio». Y a este mismo propósito dice en otro lugar: «El que fielmente hace oración a Dios por las necesidades desta vida, misericordiosamente es oído, y misericordiosamente no es oído. Porque lo que conviene al enfermo, mejor lo sabe el médico que el enfermo».

Pidamos, pues, todas estas cosas temporales con condición, remitiéndolas a la benignidad y providencia paternal de nuestro Señor; mas las otras pidamos sin condición. Entre las cuales, la

primera sea el perdón de nuestros pecados; la **segunda**, firmeza para nunca cometer cosa que sea pecado mortal; y la **tercera**, pedirle en particular las virtudes más principales que más habemos menester, como son la caridad, la humildad, la castidad, la paciencia, la obediencia, la vitoria de sí mismo, y así todas las otras cosas semejantes; entre las cuales, también le pidamos la gracia del pedir, que es la virtud de la oración, la cual es dádiva de Dios, como san Gregorio dice por estas palabras: «Los santos varones, cuanto más ardientemente se llegan a Dios, tanto más reciben dél espíritu para pedirle lo que entienden que más le agrada; y así dél mismo reciben el agua y dél también reciben la sed».

Lo **cuarto**, pida luego socorro para todos los estados de la Iglesia; y para sus padres, parientes, amigos, encomendados y bienhechores; y para todos los pobres, enfermos, encarcelados y necesitados; y para todos los infieles y herejes y malos cristianos; y para todos los hombres, así vivos como difuntos; porque esta es una oración muy agradable a Dios, el cual, como sea tan grande amador de los hombres (como quien los crió y redimió), siempre quiere ser rogado por ellos ¹¹⁰. Por lo cual dice san Gregorio en los *Morales*: «El que procura rogar a Dios por los otros, a sí mismo hace provecho con esto; y tanto más presto merece ser oído cuando ruega por sí, cuanto más devotamente ruega por los otros». Y san Crisóstomo, *sobre san Mateo*, dice así: «La necesidad nos obliga a rogar por nosotros; mas por los otros, la caridad. Pero, entre estas dos oraciones, más dulce es ante Dios la que procede de la caridad, que la que nace de la necesidad».

VI. [De la sexta condición de la oración perfecta, y de la paciencia y perseverancia que en ella hay se ha tener]

La última condición sea la paciencia y la perseverancia que debemos tener en la oración, para no desmayar ni desistir de nuestra demanda, por mucho que nuestro Señor dilate el cumplimiento della. Antes conviene ser tan pertinaz, si decir se puede, en esta parte, que digamos con el santo Job: *Aunque me mate, esperaré en él* (Job 13,15) ¹¹¹. Esta condición nos encomienda el Salvador en el Evangelio; el cual para esto trae la comparación de un amigo que a la media noche va a pedir a otro su amigo dos panes prestados para un huésped que le vino de fuera: como él se excusase, porque estaba ya acostado con sus hijos y con su gente, todavía por la importunidad del que llamaba se hubo de levantar y darle todo lo necesario (cf. Lc 11,5-8). Donde concluye el Señor que, si perseverásemos llamando a las puertas de la divina misericordia, lo que no alcanzáremos por amistad, alcanzaremos por importunidad. Tanto puede la perseverancia con él.

Esta virtud nos es para la oración muy necesaria, porque muchas veces el Señor dilata las mercedes que le pedimos, o para probar nuestra fe (para ver si, por tardarse aquello, acometemos a buscar el remedio por ilícitos y malos caminos), o para que más conozcamos nuestra necesidad, o para encender en nosotros mayor fervor de oración con esta dilación, o porque así cumple para nuestro provecho, o por otras causas que él entiende. Pues por esto es muy necesaria esta virtud en la oración, para que conserve el fruto de ella, y la tentación no nos quite tanto bien de entre las manos. Porque hay muchos que por un poco de tiempo se disponen a orar, y ponen grande eficacia en esto, y, sufriendo en otras cosas mucho trabajo, no saben sufrir la dilación de su deseo, y esto los hace desmayar y no ir adelante con su demanda. Y por esto conviene mucho que el hombre esté advertido de la condición y estilo de nuestro Señor, el cual muchas veces aguarda a enviar el remedio en el postrer peligro, cuando ya del todo estaba perdida la esperanza de todo socorro humano; como le aconteció a santa Susana (cf. Dan 13,42ss), y a David cuando le tenía Saúl en un monte cercado (cf. 1 Sam 23,26-28), y a la ciudad de Betulia cuando estaba el ejército de los asirios sobre ella (cf. Jdt 7,19ss). Otras veces le parece al hombre que está Dios olvidado dél, que se le hace sordo y como dormido, según que se figuró en el sueño del Salvador, cuando, navegando con los discípulos en la navicula, se levantó aquella brava tormenta; no porque en Dios, en cuanto Dios, puede haber sueño, sino para significarnos esta manera de desamparo y olvido (cf. Mt 8,24). Y aun otras veces pasa el negocio más adelante, porque no sólo parece al hombre que está dormido, sino que está contra él airado y que le tiene ya desamparado; como claramente se nos figura en la petición de la Cananea, a la cual parece que

¹¹⁰ «Intercedere, petere pro aliis, proprium est, inde ab Abraham, cordis misericordiae Dei conformati» (*Catechismus* 2635).

¹¹¹ «Etiam si occiderit me, in ipso sperabo».

desechaba el Salvador de sí con las duras palabras que le respondía (cf. Mt 15,22ss); y como aún más claro lo representa David en todo aquel salmo que comienza: *Domine, Deus salutis meae*, donde el santo profeta nos propone grandes miedos, y temores, y desamparos de Dios, y, con todo esto, no sólo no desistía de su oración, mas antes entonces la redoblaba; porque antes clamaba de día, mas en este tiempo juntaba la noche con el día, diciendo: *Señor, Dios de mi salud, de día estoy clamando, y de noche, delante de vos* (Sal 87,2). Lo cual ningún hombre mortal podría hacer, si no fuese porque el mismo Señor que espanta, llama, y el que desecha, convida, y el que parece que os hace huir, os hace pedir, atemorizándoos por una parte y poniéndoos esperanza por otra.

Con esto también se junta que, como las virtudes y dones que muchas veces pedimos a Dios sean de grandísimo e inestimable valor, quiere él con mucha razón que sean primero muy pedidos y deseados; para que así los sepa después el hombre estimar y guardar, y reconocer y agradecer, dando dignas gracias y alabanzas al dador de tales bienes.

Pues, como por todas estas vías dilate el Señor el cumplimiento de las peticiones de los suyos, de aquí nace que, pareciéndoles que los tiene como olvidados, le den voces, diciendo: *Levántate, Señor, ¿por qué duermes?* (Sal 43,23). Y el profeta Habacuc comenzó su profecía con esta querella, diciendo: *¿Hasta cuándo, Señor, clamaré, y no me oirás, daré voces a ti, viéndome perseguido, y no me responderás?* (Hab 1,2). Sobre las cuales palabras dice san Jerónimo: «Así como el enfermo que arde con una calentura pide al médico que le dé agua, dando voces y diciendo que arde, y que muere, y que perece de sed, mas el piadoso y prudente médico le puede muy bien responder: “Yo sé muy bien el tiempo en que tengo de dar lo que pides, y por eso no uso ahora de misericordia contigo, porque esa misericordia es crueldad, y tu voluntad pide contra ti”; pues desta manera aquel Señor, que conoce muy bien el peso y la medida de sus misericordias, a veces no oye al que llama, para mejor probarle y provocarle más a que llame, y desta manera, pasándole por esta fragua de trabajos, le hace más justo y más puro. Y por esta causa el profeta Jeremías decía que llamaba a las tribulaciones y miserias, porque, así como otros llamaban a Dios para que los libre dellas, así este esforzado y nunca vencido caballero desafiaba y llamaba los trabajos y las miserias, para que por ellas quedase más probado y más purificado». Hasta aquí son palabras de san Jerónimo, *sobre el cap.I del profeta Habacuc*. Pues lo que este santo varón deseaba para su provecho, este mismo ordena la divina providencia en la dilación de nuestras peticiones para lo mismo.

El remedio, pues, de todo esto es la perseverancia, y junto con ella, la confianza en la bondad y misericordia de aquel Señor que, como dice el Apóstol, encamina todas las cosas para bien de sus escogidos (cf. Rom 8,28), y como sabe lo que nos ha de dar, así también sabe el tiempo en que lo ha de dar. Conforme a lo cual dice san Gregorio en los *Morales*: «El Señor todopoderoso, entendiendo lo que cumple, hace que no oye las voces del que ora, por hacer lo que más le conviene, para que la vida se purgue con la penitencia, y para que la quietud de la paz, que en esta vida no se halla, se busque en la otra». Y en otro lugar del mismo libro dice así: «Muchas veces nuestra oración, mientras más se dilata, más se cumple, y, cuando parece que nuestras voces se desprecian, entonces nuestros deseos en la raíz de nuestro corazón más se fortifican; como acontece a las sementeras, las cuales, cuanto más se tardan en crecer con las heladas, tanto después acuden con mayor esquilmo».

Esta es una manera de perseverancia en la oración, la cual pide continuación de muchos días. Otra hay que también es necesaria para durar por largo espacio la oración; como la que tuvo nuestro Salvador en el huerto, donde, puesto en aquella tan grande agonía, hacía más larga su oración (cf. Mt 26,36ss). Esta manera de perseverancia nos conviene mucho tener para durar en este ejercicio y gozar de mayor fruto, y vencer el hastío de la prolijidad y trabajo del orar. Porque, así como los que cavan algún pozo, mientras más ahondan en la tierra más jugo hallan en ella, así los que se ponen en oración, mientras más entran en este ejercicio suelen hallar más jugo y más provecho; por lo cual dijo el Sabio que era *mejor el fin de la oración, que el principio* (Ecl 7,8). Porque en la oración, como en todas las otras cosas, hay principio y medio y fin. En el principio, comúnmente hay sequedad y guerra de pensamientos; en el medio, calor y devoción; mas en el fin suele haber una grande quietud y suavidad. De suerte que, así como el fuego que se comienza a encender en leña verde no luego levanta la llama, sino poco a poco va labrando, de manera que cuanto más va, más se enciende, hasta que a cabo de una hora está ya del todo encendido, así puedes tener por cierto que se va encendiendo poco a poco el fuego de la devoción; de tal manera que la que al principio estaba apagada, al medio está ya más viva, y al fin, del todo encendida. Y, como el demonio sabe esto, trabaja cuanto puede por impedirnos este

bien. Para lo cual, como dice san Basilio, [546] finge mil maneras de causas y necesidades para sacarnos con ellas de la oración, tirando por nosotros con cuerdas de aparente razón. Mas nosotros, como gente avisada deste peligro, debemos estar apercebidos contra él y perseverar en este ejercicio llamando a las puertas de la divina misericordia, no ofreciéndose por entonces alguna obligación de justicia. San Jerónimo escribe de sí en una *Epístola a Eustoquia* (22,7) estas palabras: «Acuérdome que una vez junté el día con la noche clamando en oración, y no cesé de herirme los pechos, hasta que el Señor envió tranquilidad a mi alma». Pues quien de esta manera perseverare llamando, ¿qué no alcanzará de aquel que es un piélago de infinita bondad y misericordia?

Esto baste para entender las condiciones con que ha de ir acompañada la buena oración. Y, si te pareciere que es mucho lo que aquí te pedimos, pon los ojos en lo que prometemos, porque sin duda el fruto de esta virtud es tan grande, que ninguno lo podrá creer si no lo hubiere probado. Porque, dejados aparte otros argumentos, a muchas personas de mucha virtud y autoridad he oído que, acordándose del tiempo en que no sabían qué cosa era oración, y del tiempo en que comenzaron a darse a ella, y viendo la disposición que su corazón tenía entonces y la que ahora tiene, no acababan de alabar a Dios, y espantarse de ver las pasiones y tormentos que entonces padecían por cada nonada, y ver, por otra parte, la paz y quietud que ahora tienen, aun en las grandes pérdidas de sus casas; y, así por esto como por otras tales mudanzas que en sí veían, reconocían la virtud, la omnipotencia y la bondad de Dios; con lo cual, por una manera maravillosa, se confirmaban más en la fe y se inflamaban en la caridad y se fortalecían más en la esperanza. De donde viene a ser que, creciendo en estas virtudes, que son fuentes de todas las otras, crezcan más en todas ellas y así lleguen a estado de tan grande perfección.

Capítulo III. Del tiempo que ha de durar la oración

Después de las condiciones de la oración, síguese que digamos también del tiempo en que se ha de hacer. Esto pregunta san Basilio, y él mismo responde a esta pregunta, diciendo que el tiempo de la oración ha de ser la misma vida. De manera que no señala ciertos tiempos, porque quiere que comprenda todos los tiempos, conformándose con la sentencia del Salvador, que dice: *Conviene siempre orar, y no desfallecer* (Lc 18,1); aunque esto no sea mandamiento, sino consejo que nos da. Lo cual, cómo se haya de entender, ya en otra parte se declaró, porque no se entiende esto como lo entenderá un matemático, sino como las cosas morales se deben entender, que es con la mayor continuación que nos sea posible, según que nos lo permitieren las necesidades y ocupaciones desta vida; entre las cuales, no de el todo falta tiempo ni aparejo para levantar el corazón a Dios y andar siempre en su presencia, pues realmente él está en todo lugar presente; y ya dijimos que oración es levantar nuestro corazón a Dios, lo cual en toda parte se puede hacer.

Esto nos declara y encomienda aquella embajada que trajo Moisés a los hijos de Israel de parte de Dios, bajando del monte Sinaí, en la cual, en nombre del mismo Dios, les dijo así: *Vosotros habéis visto las grandezas y maravillas que por vosotros hice en Egipto, y cómo os he traído hasta aquí sobre alas de águila. Pues, si quisieredes guardar mis mandamientos, seréis mi heredad y mi pueblo entre todos los pueblos de la tierra, porque mía es toda ella; y serme heis un reino sacerdotal y gente santa* (Éx 19,4-6). Esta fue la embajada del Profeta. ¿Pues qué es —veamos— esto que Dios aquí promete y que pide, cuando dice que será *reino sacerdotal y gente santa*? Ya sabemos que el oficio de los sacerdotes es orar y aplacar a Dios y ofrecerle sacrificios. Pues este quería Dios que fuese uno de los principales oficios y ocupaciones de aquel pueblo que él para sí había escogido. De manera que todos quería que fuesen sacerdotes, no en el grado o en la dignidad o ministerio sacerdotal, sino en la imitación deste tan principal oficio sacerdotal, que es orar y honrar a Dios; y en esto quería que se diferenciase este pueblo de todos los otros pueblos. Porque los otros, como no tenían tal valedor ni defensor como él, gastaban tal vida en las guarniciones y provisiones de su república, como a gente que vivía por su brazo; mas este, como no vivía principalmente por su brazo, sino por el de Dios, su principal intento había de ser orar, servir y aplacar a Dios; porque, haciendo ellos esto, él tomaría a su cargo la defensión de los que en estos ejercicios se ocupasen. Por do parece que las principales armas y municiones del pueblo cristiano son religión y oración. Así lo confesó Joás, rey de Israel, aunque

idólatra, de quien arriba hicimos mención, el cual, lastimado porque se le moría Eliseo, en quien tenía todas las esperanzas de sus victorias, dijo estas palabras: *Padre mío, padre mío, carro de Israel y gobernador dél*; o como dice otra letra, *carro de Israel y caballero de él* (2 Re 13,14); como si dijera, según declara una Glosa: «Tú eres nuestra defensión y nuestro reparo, porque con tu oración eres más parte para defender este reino, que todos los carros y caballos que hay en él». Este es, pues, el oficio que entonces pedía Dios, y este el galardón que prometía. Y, si tales quería que fuesen los fieles de aquel tiempo, mucho más ha de querer que lo sean los de ahora, pues viven en estado de mayor perfección. Por lo cual no te debes maravillar que alargue tanto san Basilio los plazos de la oración, señalándole por tiempo toda la vida, pues toda se ha de gobernar y proveer por ella.

[547] Y, comenzando a poner en plática el mismo santo esta doctrina, dice así: «En amaneciendo el día, comencemos a hacer oración, alabando con cantares e himnos espirituales al común Criador de todas las cosas; y, cuando el sol ya se extendiere por la tierra, comencemos a poner las manos en las obras que están a nuestro cargo, mas esto sea acompañándolas con himnos y oraciones, las cuales, así como sal, han de salar todos nuestros negocios, para que así nos sean más suaves».

Y en otro lugar, platicando esto más en particular, dice así: «En asentándote a la mesa, ora; y poniéndote el pan delante, da gracias al que te lo da; y socorriendo a la flaqueza del cuerpo con el uso del vino, acuérdate del don de Dios, que lo crió para alegría del corazón y remedio de la flaqueza humana [cf. *Eclo 31,27-28*]. Pasó la hora de la comida: no pase luego la memoria del que te dio de comer. Vistiéndote a la mañana, enciende tu corazón en amor de Dios, y cubriéndote con el manto, da gracias a aquel que para remedio del calor y del frío nos proveyó del vestido necesario, con el cual conserva nuestra vida y cubre nuestra desnudez. Acábase el día: da gracias a aquel que nos dio el sol para ministro y ayudador de las obras del día, y junto con él nos dio el fuego, y la luna y las estrellas para la noche, con otras muchas ayudas que sirven a las necesidades de la vida. Mas la noche que sucede te dará otros nuevos motivos para hacer oración. Porque, cuando levatares los ojos al cielo y contemplares la hermosura de aquellas lumbreras que en él resplandecen, es razón que des gracias al Criador de todas las cosas visibles, y que adores al artífice soberano que con tan gran sabiduría crió todas las cosas. Y, cuando en este tiempo contemplares el silencio de la noche quieta y el sueño reposado de todos los animales, torna otra vez a adorar aquel Señor que, con el sueño, nos repara de los trabajos del día y, después de reparados, en breve nos habilita para tornar de nuevo a trabajar. No pienses, pues, que la noche toda está diputada para solo dormir, ni es razón que tú consientas que la mitad de la vida te lleve el sueño inútil y desaprovechado, sino toma un pedazo para el sueño y otro para la oración». Hasta aquí son palabras de san Basilio, en las cuales puedes muy bien ver la grande devoción deste santo monje y prelado. A cuyos ejercicios añade san Jerónimo, diciendo: «Cuando saliéremos de casa, armémonos —para los peligros— de la oración; y, volviendo a la casa, sea primero el orar que el descansar, de manera que no descansen primero el cuerpo, que el ánima reciba su mantenimiento».

Este ejercicio dice san Juan Clímaco que era muy platicado entre aquellos santos monjes de su tiempo, los cuales trabajaban mucho porque en todo lugar y tiempo nunca desviasen el corazón de Dios. Y, para no faltar en esto, porque el corazón humano con su propio peso se inclina a las cosas de la tierra, dice él que muchos de los que moraban en los monasterios tenían concertado entre sí de avisarse y despertarse unos a otros con ciertas señales cuando estuviesen en la mesa, o se encontrasen por casa, o se juntasen en comunidad o en otros lugares semejantes. Pues ¿qué cosa más dulce ni más devota que esta? Entiende por aquí las diligencias e invenciones que buscan los que sirven a Dios con fervor de espíritu para nunca olvidarse dél.

I. [Del tiempo que debe tomar para la oración todo buen cristiano]

Pues, tornando al propósito, este es el tiempo que san Basilio diputó para la oración, y esto debe pretender el que de veras y de todo corazón se ha entregado al servicio de nuestro Señor; porque, dado caso que no llegue a esta continuación, todavía menos alejado andará della mientras más trabajare por ella. A lo menos todo buen cristiano debía de procurar de tomar cada día tanto tiempo para darse a la oración, cuanto bastase para traer su corazón devoto, recogido y esforzado para todo lo que hubiere de hacer. De manera que, así como los hijos de Israel cogían tanto de aquel maná que Dios les enviaba en el desierto, cuanto bastaba para mantenimiento de aquel día que lo cogían (cf. *Éx 16,16ss*), así

nosotros habíamos de procurar cada día tanta devoción, cuanto bastase para conservar la vida espiritual en aquel día, sin desfallecer en los trabajos ni desbarrar [o desvarar] en los pecados; porque lo que era el maná para la sustentación de aquella vida, eso es la devoción y oración para el reparo y conservación de esta; pues, así como allí había calor natural que tenía necesidad del reparo de aquel mantenimiento, así acá hay otro calor pestilencial, así de la naturaleza corrupta como de la misma vida humana, que no menos tiene necesidad de este reparo continuo. Lo cual declara y encomienda el bienaventurado san Gregorio en el *Pastoral*, por estas palabras: «Porque nuestro corazón se derrama y enfría continuamente con el uso del hablar, y la conversación y comunicación cotidiana con los hombres hace aflojar la solicitud y circunspección que debíamos tener para las cosas de Dios, conviene mucho reparar continuamente esta falta con la meditación de las palabras de la Escritura divina. Y, porque la compañía de los hombres del mundo nos lleva siempre a las costumbres de la vida vieja, conviene que el ejercicio de la compunción nos renueve siempre el amor de la patria celestial. Y, pues vemos que el desasosiego de las ocupaciones derriba cada día nuestro corazón, conviene siempre trabajar por levantarlo con el estudio de la meditación y oración». Hasta aquí son palabras de san Gregorio.

Pues conforme a esta doctrina debe el siervo de Dios entrar en cuenta consigo y, según el estado de la vida que tiene, mirar el gasto ordinario de su conciencia; y, conforme a esto, proveer el recibo de tal manera, que todo lo que por una par- [548] te gasta la mala inclinación de nuestra carne, restaure la devoción del espíritu, y lo que perdemos con la conversación de los hombres, cobremos con la comunicación de Dios.

II. [De las horas mejores para la oración]

Pues para esto hace mucho al caso tener entre noche y día algunas horas señaladas, para que, sin negocios, podamos más libre y enteramente vacar a Dios. Porque del espíritu y devoción que aquí se concibe queda muchas veces tan tomado el corazón y tan preso de la devoción, que siempre huelga de perseverar en lo mismo, y abre de mala gana la puerta a lo que esto le puede impedir. De suerte que, así como el cuerpo anda con fuerza y vigor con la virtud del mantenimiento que recibe una o dos veces al día, así lo anda también el hombre interior con la virtud deste pasto celestial.

Para lo cual señaladamente son muy encomendados dos tiempos, el de la mañana y el de la noche, como ya en otro lugar tratamos. Y así lo muestra con su ejemplo el profeta Isaías, cuando dice: *Mi ánima, Señor, te deseó en la noche, y con mi espíritu y mis entrañas por la mañana velaré a ti* (Is 26,9). Y el santo rey David: *Madrugaron —dice él—, Señor, mis ojos por la mañana, para meditar las palabras y misterios de vuestra ley* [Sal 118,148]. Y es cosa cierto mucho para notar ver cómo un tan gran rey, sobre quien cargaban tan grandes negocios, así de paz como de guerra, que tuviese el corazón tan libre y tan despegado de todas las cosas, que el primero y el mayor de todos sus cuidados fuese madrugar por la mañana, no sólo a orar, que es cosa que se puede hacer brevemente, sino a meditar en las palabras y obras de Dios, que requiere más largo espacio y sosiego de corazón. Y, con ser tan graves los negocios de los reyes, y que tanto tiempo demandan, no por eso se excusaba el santo rey de tomar tanta parte del mejor tiempo del día para vacar a Dios, y quitarle a los negocios; porque allí disponía y encaminaba mejor los mismos negocios, tratándolos primero con Dios.

Mas, para que la oración de la mañana sea más perfecta, hace mucho al caso la oración de la noche, porque esta dispone para la de la mañana, porque, como deja el corazón ocupado con santos pensamientos, queda como hecha la cama para estotra oración, y así suele ser ella más pura y más devota. Para lo cual importa mucho acostarse el hombre con este cuidado, y, cuando despertare de noche, despertar con él; y mucho más a la mañana, donde es menester que el primer pensamiento sea de Dios y que este ocupe la posada y tome la posesión della y cierre con presteza la puerta a todo otro pensamiento; porque en aquel tiempo está el ánima tan dispuesta y tan viva, que la primera cosa que se imprime en ella, de tal manera la prende, que es después muy mala de echar de casa. Por lo cual dice san Agustín: «Ni de día ni de noche apartes tu corazón de Dios; y, en despidiendo el sueño de los ojos, luego tu sentido vele en la oración». Y el fruto deste trabajo es tan grande, que ordinariamente trae el hombre la vida concertada todo el día cuando perfectamente cumplió con la oración de la mañana. Y así escribe san Juan Clímaco que uno de aquellos santos Padres del yermo le había dicho que en la

oración de la mañana veía todo el curso del día, porque según le iba en aquella oración, así le solía suceder todo lo demás en el mismo día.

Capítulo IV. De dos maneras de oración: vocal y mental

Resta ahora decir que hay dos maneras de oración. Una, que se hace con solo el corazón —por eso se llama *mental*—, y es cuando pensamos atentamente en las cosas de Dios y representamos nuestras necesidades a aquel Señor a quien no es menos claro el lenguaje del corazón, que el de la lengua; de cuya materia hablaremos en el tratado siguiente, porque, de lo demás, ya en otro libro se trató. Otra manera de oración hay que a la voz del corazón añade las palabras de la boca, que es la que llaman *vocal*, la cual es en gran manera provechosa para todo género de personas —y mucho más, para los que comienzan—, si se hace con aquella atención y devoción que se debe hacer; porque la devoción tiene aquí grandes despertadores en las palabras de Dios, que suelen ser unas espirituales saetas que hieren el corazón, como dice san Agustín ¹¹², y unas espirituales brasas que lo encienden en su amor, como dice Jeremías ¹¹³. Y, así, los que por falta de saber no tienen materia de meditación, o por falta de devoción no tienen lengua para hablar con Dios, vanse en pos de estas sentencias y palabras divinas, y por aquí guían y levantan su espíritu; como hacen los niños, que, cuando no saben por sí andar, se arriman a unas carretillas hechas artificiosamente para esto, y así se mueven al movimiento dellas los que por sí solos no se pudieran mover. Pues desta manera los que no saben aún hablar con Dios con palabras propias, háblanle con las ajenas, con las cuales también provocan y despiertan su devoción. Y, cuando los negocios y cuidados de esta vida mortal, como pesas de plomo, tiran por nuestro corazón y lo abajan a la tierra, entonces las palabras santas y devotas lo levantan al cielo, porque la lección dellas prende el entendimiento y así no le dejan por entonces distraer ni derramarse en otras cosas extrañas.

Y no sólo para los principiantes, sino también para los aprovechados y perfectos ayuda muchas veces esta manera de oración, cuando por distraimiento de negocios, o trabajo de caminos, o fatiga de enfermedades, no pueden tan fácilmente levantar el espíritu a Dios; porque entonces es gran remedio ir poco a poco despertando y encendiendo la devoción con palabras santas y devotas. Conforme a lo cual leemos del bienaventurado san Agustín que diez días antes que muriese mandó que le escribiesen los siete salmos penitenciales ¹¹⁴ y los pusiesen en una pared enfrente dél, y allí los estaba leyendo, derramando muchas lágrimas cuando los leía. Y con este mismo intento la santa Madre Iglesia, llena del Espíritu Santo, ordenó los cantares de los salmos y de los otros oficios divinos, para despertar con aquellas celestiales voces la devoción de los que oran. Donde no sólo la virtud y sentido de las palabras, sino también la suavidad y melodía de las voces penetra el corazón y despierta la devoción; como leemos del mismo san Agustín, el cual derramaba muchas lágrimas y sentía grande dulzura oyendo los cantares y himnos de las voces de la Iglesia, que dulcemente resonaban ¹¹⁵. Porque, como dice un filósofo, naturalmente es tan deleitable la música a nuestra ánima, que hasta los niños en la cuna se adormecen y callan con la suavidad de las voces de las madres que les están dulcemente cantando.

Mas así como las palabras santas y devotas ayudan a despertar la devoción cuando está dormida, así después que está ya despierta y encendida muchas veces la podrían impedir. Porque, cuando el ánima se levanta y suspende en algún grande afecto y sentimiento de amor, o temor de Dios, o de la admiración de sus obras, entonces querría ella estarse queda y no salir de allí donde el Espíritu Santo le da aquel sentimiento; y pensar o hablar en otra cosa le es grande trabajo. Y, cuanto más aquí se

¹¹² Al margen: *Libr.9 Confes.* «Quamquam tu nobis a convalle plorationis ascendentibus et cantantibus canticum graduum, dederas sagittas acutas [...] Sagittaveras tu cor nostrum caritate tua, et gestabamus verba tua transfixa visceribus» (IX,2.1). El *Libro de la oración* recuerda su nombre: jaculatorias (*In Epist. ad Probam cap.10, et Epistol. 121. & S.Th. 2.2 q.83 art.14*).

¹¹³ Al margen: *Hier. 3.* Búsqueda infructuosa. ¿Acaso Jer 23,29: «Numquid non verba mea sunt quasi ignis»? Otra edición indica *Thren.1.* ¿Tal vez Lam 1,13: «De excelso misit ignem in ossibus meis, et erudit me»?

¹¹⁴ Los *siete salmos penitenciales*, a saber, los salmos 6, 31, 37, 50 (*Miserere*), 101, 129 (*De profundis*) y 142.

¹¹⁵ Al margen: *9. libr. Confes. cap.6.2 & lib.10 c.33.3.*

juntan las fuerzas del ánimo a gozar desta fiesta que Dios le hace, tanto queda más envarada la lengua y todos los otros miembros y sentidos para menos poder usar de sus oficios ni acudir a otra cosa.

Pues, cuando algunas veces el hombre se viere en esta disposición y sintiere que la pronunciación de las palabras le es algún impedimento de su devoción, debe dejar luego las palabras, como dice santo Tomás en la 2.2 en la q.83 ¹¹⁶; porque no es razón que lo que se ordenó para la devoción milite contra esta misma devoción, para la cual se ordenó. Por do parece que no aciertan algunas personas devotas que, rezando algunas oraciones por sus libros o por sus cuentas, dándoles el Señor alguna señalada devoción y sentimiento en ellas, y viendo entonces que el proceder y pasar adelante les impide el gusto y sentimiento de aquello que se les dio, todavía prosiguen su intento, no mirando que esto es huir de lo que buscan, y desechar lo que ya tenían; pues nos consta que todo esto se ordenó a la devoción, y que las palabras devotas tanto tienen de más o menos provecho, cuanto más o menos sirven para este propósito. Verdad es que esto no se entiende en las oraciones públicas que se ordenaron para edificación del pueblo, ni en aquellas a que el hombre está obligado por razón de algún voto u de otro vínculo semejante, sino en las que él toma por su voluntad para despertar con ellas su devoción.

Y, porque, regularmente hablando, al principio de la oración está el hombre frío, y al medio y fin más encendido, como arriba declaramos, por tanto es muy buen consejo, cuando así se hallare (que es siempre, o casi siempre), que comience por la oración vocal y acabe en la mental, rezando primero por el libro, u de coro [*de memoria*], las oraciones que para esto tuviere señaladas; y después, cuando ya la devoción se comencare a encender, proceda a la otra manera de orar, pensando en algún paso de la vida de Cristo, o en algunos de sus beneficios, etc., o hablando con él, o dándole gracias por los beneficios, o pidiéndole nuevas mercedes; según que adelante se declara. Este aviso es muy importante para los que no tienen tan fáciles entradas a la devoción.

Esto baste para preámbulo deste tratado, en el cual se ponen diversas oraciones para diversos tiempos y propósitos, y para pedir al Señor diversas virtudes; como por ellas se verá. Y señaladamente se ponen catorce oraciones, entre las cuales, las siete [*primeras*] contienen sumariamente los principales pasos y misterios de la vida de Cristo; las otras siete son ejercicios y obras de algunas altísimas virtudes, que tienen por oficio amar, temer y esperar en Dios, y darle gracias por sus beneficios y alabar sus perfecciones. Las cuales oraciones puede, el que tuviere tiempo, repartir por los días de la semana, para que se despierte más la devoción y se sienta menos el hastío de repetir cada día una misma cosa.

Al cabo de todos estos preámbulos, torno a repetir que trabaje el que ora por acompañar su oración con aquellas condiciones que arriba señalamos, si quiere gozar de los frutos tan señalados que desta virtud se predicán. Porque los que así no lo hacen, muy proco fruto, o ninguno, sacarán de su oración. Por la cual causa vemos el día de hoy muchos grandes rezadores, los cuales están tan llenos de sus pasiones, y codicias, y vanidades, y pundonores, como los que nunca supieron en su vida qué cosa era rezar; por no acompañar su oración con estas partes susodichas, de lo cual no tiene culpa la oración, sino la negligencia de los que no usan bien della; lo cual se debe mucho de mirar.

[550] Capítulo V. Síguense unas siete muy devotas oraciones

En las cuales brevemente se comprehenden todos los principales misterios de la sacratísima humanidad de Cristo, nuestro Salvador, que son todos pasos de su vida y de su muerte santísima; los cuales podrá cada uno repartir por los días de la semana, rezando cada un día la suya, y procurando sentir y considerar atenta y sosegadamente lo que cada uno destos misterios representa.

¹¹⁶ «Si vero mens per hoc distrahatur, vel qualitercumque impediatur, est a talibus cessandum» (*Sth.* II-II q.83 a.12).

Oración primera de la vida de Cristo

Gracias te doy, dulce Jesús, que por mí tuviste por bien descender de tu casa real y del altísimo seno del Padre a este valle de miserias y tomar carne humana en el castísimo vientre de la sacratísima Virgen, tu Madre (cf. Jn 1,14; Lc 1,26ss). Ruégote Señor, quieras aparejar mi corazón para tu morada, y para esto le atavies y adorne de virtudes, para que tú solo perpetuamente mores en él. ¡Oh, si él fuese tal, que mereciese yo convidarte a él humildemente y recibirte en él amorosamente! ¡Oh, si con tan fuertes brazos de amor te abrazase, que nunca jamás, ni con la afición ni con el pensamiento, me desviase de ti!

Gracias te doy, dulce Jesús, que quisiste que la Santísima Virgen, habiéndote concebido, fuese a visitar a Isabel, su parienta (cf. Lc 1,39ss), para que la saludase y sirviese en su preñez; en cuyas limpiísimas entrañas no te desdeñaste estar escondido por espacio de nueve meses. Dame gracias de verdadera humildad e imprímela en lo más íntimo de mi corazón, para que con ella me halles siempre aparejado para las cosas de tu servicio. Haz, Señor, que mi corazón tenga siempre hastío de las cosas mundanas y esté siempre hambriento y codicioso de tenerte dentro de sí por morador y poseedor.

Gracias te doy, dulcísimo Jesús, a quien la Virgen sacratísima parió sin dolor y sin menoscabo de su virginal pureza, y, poniéndote como a pobre y pasible en un pesebre (cf. Lc 2,7), humildemente adoró y reverenció. Plega a tu misericordia que continuamente nazcas dentro de mí por nuevo fervor de caridad, y plégate, Señor, de ser de mi corazón único deseo, única suavidad y única esperanza. ¡Oh, si a ti solo buscase, en ti solo siempre pensase y a ti solo amase con ardentísimo amor!

Gracias te doy, dulce Jesús, que no rehusaste, naciendo en el rigor del frío, ser envuelto en pobres pañales (cf. Lc 2,7), y mamar leche a los pechos de tu Madre, como niño de teta. Dame, Señor, que sea yo siempre delante de ti verdadero niño, y humilde y verdadero pobre de espíritu. Dame que, por tu nombre, sufra de buena gana cualesquier cosas ásperas y trabajosas, y que ninguna cosa en este mundo ame, sino en ti, y ninguna quiera poseer, fuera de ti.

Gracias te doy, dulce Jesús, que, siendo recién nacido, fuiste con alegres cantares alabado de los ángeles, a quien los pastores devotamente buscaron y adoraron con grande admiración y alegría (cf. Lc 2,8ss). Concédeme, Señor, que en tus loores persevere yo alegremente, y te busque con los pastores diligentemente, y, buscando, te halle y posea perdurablemente.

Gracias te doy, dulce Jesús, que el día octavo quisiste, según la general costumbre de los otros niños, ser circuncidado, y, siendo aún tiernecico, derramar sangre, y para nuestro maravilloso consuelo llamarte Jesús (cf. Lc 2,21). Plégate, Señor, tenerme señalado y contado en el número de los tuyos, y circuncidar de mi ánima todos los excesos y demasías, esto es, todas las malas palabras, obras y pensamientos desvariados. Tú, Señor, te llamas Jesús, que quiere decir Salvador, porque a ti solo conviene dar salud. Pídote, pues, Señor, que la memoria de este suavísimo nombre despida de mí toda desordenada pusilanimidad y flaqueza, y me dé firme confianza de tu misericordia, y me defienda de todas las persecuciones y asechanzas del enemigo.

Gracias te doy, dulce Jesús, a quien los Magos, buscándote con entrañable devoción y fe, hallaron por la guía de una resplandeciente estrella, y derribados ante ti te ofrecieron oro, incienso y mirra (cf. Mt 2,1ss). Concédeme que con estos dichosos varones te busque yo siempre en el pesebre de mi corazón y dentro dél te adore en espíritu y en verdad, y con ellos te presente oro de resplandeciente caridad, incienso de devoción y mirra de [551] perfecta mortificación; y, finalmente, que todas las fuerzas de mi ánima emplee y ocupe en hacer tu santa voluntad.

Gracias te doy, Cristo Jesús, que, por darnos ejemplo de obediencia y humildad, quisiste por nosotros sujetarte a la ley y ser llevado al Templo en los brazos de tu santísima Madre, y que por ti se ofreciese la ofrenda de los pobres; donde el justo Simeón y la profetisa Ana, alegrándose con tu presencia, dieron magníficos testimonios de tu gloria (cf. Lc 2,22ss). ¡Oh, si nunca tocase en mi corazón ni un solo punto de vanidad! ¡Oh, si de mí desterrase muy lejos toda manera de presunción y muriese en mí todo apetito de favor y todo el amor desordenado de mí mismo! Concédeme, Señor, que huya todo loor humano, y que a todos los hombres, por ti, me sujete y a todos obedezca de buena voluntad.

Gracias te doy, dulce Jesús, niño chiquito, que con tu tierna Madre luego fuiste perseguido y no te desdeñaste de huir y ser desterrado en Egipto (cf. Mt 2,14-15). Concédeme que, en todas las tempestades de mis persecuciones, y en todas mis tribulaciones y tentaciones, a ti solo me acoja, a ti solo busque, a ti solo llame; y, cuanto de tu mano me viniere, alegremente lo reciba y con manso corazón lo sufra, dándote siempre gracias por todo lo que de mí quisieres hacer.

Gracias te doy, dulce Jesús, a quien tu piadosa Madre, cuando te quedaste en el Templo, con grande tristeza anduvo buscando tres días, y, después dellos, con suma alegría te halló en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles muy sabiamente (cf. Lc 2,41ss). ¡Oh, si de tal manera te me dices, así te me comunicases, que nunca más de ti me desviases ni desamparases! Sacude, Señor, de mi corazón toda pereza, destierra dél toda tibieza, que a ti es muy desagradable, y dame perfecta devoción y ardiente sed de tu justicia, la cual, de tal manera posea mi corazón y todo cuanto está dentro de mí, que nunca jamás me harte ni me canse de servirte. *Pater noster, Ave Maria.*

Segunda oración a Jesús

Gracias te doy, dulce Jesús, que, entrando en el río Jordán, quisiste ser bautizado por la mano de tu siervo san Juan (cf. Mt 3,13ss). Ten por bien, Señor, de purificarme en esta vida por tus merecimientos, y limpiarme de mis vicios, y embriagarme con tu amor y con el deseo de la patria celestial. Ten por bien, antes que mi ánima salga de esta carne, hacerme tal, cual tú quieres que sea, para que, partiendo de esta peregrinación y destierro, luego me junte contigo, donde te vea y goce en aquella bienaventurada eternidad que para siempre permanece.

Gracias te doy, dulce Jesús, que morando en el desierto, antes de la predicación del Evangelio, entre los animales fieros, y perseverando cuarenta días y cuarenta noches en ayunos, y velando a la continua en gemidos y oraciones, permitiste ser tentado de Satanás, y, después de la vitoria, fuiste festejado y servido de los ángeles (cf. Mc 1,12-13). Dame que con tu gracia castigue yo y sujete todas mis aficiones viciosas, y con tu perseverancia me ocupe en ayunos, vigiliias, oraciones y en todos los otros espirituales ejercicios. Y especialmente me concede que con el socorro de tu gracia sea yo librado del vicio de la gula y de todos los otros lazos y celadas del enemigo. Ninguna tentación me ensucie, ninguna me aparte de ti, mas antes todas ellas me sean ocasión de acudir siempre a ti y de juntarme y abrazarme contigo.

Gracias te doy, dulce Jesús, que, por mí, fuiste afligido en este mundo con muchas penas y necesidades: con frío, con calor, con sed y con hambre, con cansancios y con sudores, con caminos y con vigiliias, con persecuciones y contradicciones de muchas maneras. Dame, Señor, que todas las adversidades reciba yo alegremente, como dadas de tu mano, y con paciente corazón las sufra por tu amor; y en cualquier placer o pesar, y en cualquier desastre y acaecimiento, persevere yo en tí sin moverme, procurando siempre que se haga tu voluntad, y no la mía.

Gracias te doy, dulce Jesús, que sufriste muchos trabajos buscando, como verdadero Pastor y Salvador del mundo, la conversión de las ánimas, desvelándote en oraciones, fatigándote en caminos, publicando la doctrina celestial, discurriendo de tierra en tierra, de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, de castillo en castillo. Dame, Señor, gracia para que nunca jamás emperece en las cosas de tu servicio, mas antes esté siempre presto y ligero para todo lo bueno. Dame que con ardentísima sed codicie la salud de todos, y, cuanto en mí fuere, la procure, y siempre en todo lugar tenga celo de tu honra y en ella me emplee todo.

Gracias te doy, dulce Jesús, que, conversando con los hombres, quisiste benignísimamente consolarlos, y con muchos milagros curar misericordiosamente sus enfermedades. Dame corazón lleno de afición piadosa con todos, y de santa compasión, para que me compadezca de las aflicciones de todos, y sienta las miserias ajenas como las mías propias, y sufra con igual corazón las imperfecciones de todos, y socorra alegremente, cuanto pudiere, sus necesidades. Limpia, Señor, y sana mi ánima perfectamente de todas las viciosas pasiones y malos deseos de que está enferma, para que curada de todos estos males, suelta ya de estos impedimentos, se levante libremente a lo alto y no descansa hasta que por amor purísimo merezca llegar a tus divinos brazos.

Gracias te doy, dulce Jesús, que, por mí, padeciste muchas injurias, blasfemias, denuestos, calumnias y persecuciones de aquellos mismos a quien hacías tan grandes bienes. Dame corazón [552]

verdaderamente inocente y simple, para que puramente ame a mis enemigos y me duela dellos en mis entrañas, y dentro de mí los excuse, para que, dando bien por mal, sea imitador de tu perfecta caridad y paciencia.

Gracias te doy, dulce Jesús, que, viniendo a Jerusalén manso y humilde, sentado sobre una asna, y cantando los que solemnemente te recibieron gloriosos loores (cf. Mt 21,1ss), tú derramaste dolorosas lágrimas, sintiendo la destrucción de aquella ciudad y la perdición de tantas ánimas (cf. Lc 19,41ss). Concededme, Señor, entrañable conocimiento de mí mismo, para que vea claramente mi indignidad y así profundísimamente me humille y desprecie en mis propios ojos. ¡Oh, si nunca me deleitasen los favores y alabanzas de los hombres, mas entendiéndose siempre en llorar mis pecados! ¡Oh, si los daños ajenos tuviese por míos, y por los pecados ajenos llorase como por los míos propios! *Pater noster, Ave Maria.*

Tercera oración a Jesús

Gracias te doy, dulce Jesús, que para dar fin a la ley comiste el cordero pascual en Jerusalén con tus discípulos (cf. Mt 26,17ss), y, dándoles ejemplo de inefable humildad y amor, lavaste sus pies, hincado de rodillas, y los limpiastes con la toalla que tenías ceñida (cf. Jn 13,4-5). Plégate, Señor, que este ejemplo penetre mi corazón y derribe cualquier presunción y soberbia que haya en él. Dame, Señor, humildad profundísima, con la cual, sin alguna alteración, huelgue yo de sujetarme a todos. Dame perfecta obediencia, con que guarde enteramente tus mandamientos y los de aquellos que nos gobiernan y mandan en tu nombre. Dame caridad ferventísima, con la cual puramente ame a ti y a todos los hombres por amor de ti.

Gracias te doy, dulce Jesús, que con altísima caridad instituiste el sacramento de tu Cuerpo y Sangre, y con liberalidad espantosa te nos diste por manjar y quedaste de esta manera corporalmente con nosotros hasta el fin del mundo (cf. Lc 26,26-29; 1 Cor 11,23-27; Jn 6,32ss). Despierta, yo te suplico, Señor, dentro de mí, deseos vivos y una encendida hambre deste venerable Sacramento. Dame que con casto amor, con profunda humildad, con pureza de corazón me allegue a recibirte en esta mesa de vida; y tanta sed tenga de ti mi ánima, y tanto esté llagada de tu amor, que después en tu reino merezca gozar de tus eternos deleites, por honra y gloria de tu santo nombre.

Gracias te doy, dulce Jesús, que, queriendo partir de este mundo, amonestaste y consolaste a tus discípulos con palabras llenas de inefable amor, y con oración no menos encendida los encomendaste al Padre, declarando manifiestamente con cuán tiernas entrañas amabas a ellos y a todos los que por su doctrina habíamos de creer en ti (cf. Jn 13,31-17,26). Haz que mi corazón tome sabor en tus palabras y siempre las halle más dulces que la miel y el panal. Infunde, Señor, en mi pecho el espíritu de aquella tu abrasada amonestación, para que todo yo sea transformado con ellas en tu amor. Enderézame, Dios mío, en todas las cosas, para que en mí y por mí se haga siempre tu santa voluntad.

Gracias te doy, dulce Jesús, que, cuando se acercó tu pasión, comenzaste a espantarte y congojarte y tener tristeza (cf. Lc 22,44; Mt 26,37-38), significando en ti la flaqueza natural de tus espirituales miembros, para consolarlos y esforzarlos con esta ternura cuando ellos temiesen o esperasen la muerte. Defiéndeme, Señor, por este trabajo tuyo, así de la viciosa tristeza, como de la vana alegría. Dame que todas las penas y tristezas que hasta ahora he tenido, y adelante tendré, se enderecen a gloria de tu santo nombre y al perdón de mis pecados. Aparta de mí toda desconfianza y toda desordenada pusilanimidad y tristeza, y sustenta siempre mi espíritu contigo.

Gracias te doy, dulce Jesús, que, derribado en tierra, hiciste oración al Padre y te ofreciste todo a su disposición, diciendo que en todo se cumpliera su voluntad, y no la tuya (cf. Mt 26,39). Dame que en todas mis necesidades y aflicciones a ti me socorra por oración, y todo me entregue a tu providencia, sin elección de mi propia voluntad ni de algún interés propio. Nunca huya las adversidades, ni por ellas vuelva atrás el bien comenzado, mas todas las cosas reciba con ánimo sosegado, como dadas de tu mano piadosa, y todas las sufra por tu amor con corazón manso y humilde.

Gracias te doy, dulce Jesús, que consentiste ser llevado con gente armada, atado como ladrón y malhechor, a casa de Anás, y parecer en juicio delante dél (cf. Jn 18,12-13). ¡Oh maravillosa mansedumbre de mi Redentor! Siendo preso, siendo maltratado, siendo atado, no te quejas, no mormuras, no resistes; mas, callando, sigues los pasos de los que te llevan, obedeces a los que te

mandan y sufres con suma paciencia a los que te atormentan. Haz, Señor mío, que los ejemplos de tantas y tan excelentes virtudes resplandezcan en mí, para gloria y honra de su santísimo nombre.

Gracias te doy, dulce Jesús, Rey del cielo y de la tierra, que, estando ante el soberbio Pontífice como un hombre bajo y despreciado, sufriste con mansedumbre la cruel bofetada que uno de sus ministros te dio en la cara (cf. Jn 18,22). Refrena, Señor, en mí todos los ímpetus de ira y braveza, mortifica todas las repuntas de indignación y rencor, y apaga todas las centellas de codicia y de venganza, para que, siendo yo injuriado, no por esto me turbe ni me altere, mas sufriendolo todo mansamente, haga bien a todos los que mal me hicieren, por ti. *Pater noster, Ave Maria.*

[553] Cuarta oración a Jesús

Gracias te doy, dulce Jesús, porque en aquella noche fuiste, por mí, escarnecido y acosado de tus enemigos, y herido con bofetadas y puñadas, y con diversas maneras de injurias y baldones deshonorado (cf. Mt 26,67). Bien sabes, Señor mío, cuán duro me es sufrir aun cosas muy pequeñas. Bien sabes que ninguna virtud tengo, que mi voluntad es perezosa y fríos todos mis buenos deseos. Ayuda, Señor, misericordiosamente mi flaqueza, y dame gracia para que ningún ímpetu de adversidad me espante ni me derribe. Dame que no desmaye con los males que me sobrevinieren, ni me altere por las injurias que me hicieren; mas, dando gracias en todas las cosas, todo lo refiera a gloria y honra de su santo nombre.

Gracias te doy, dulce Jesús, que, estando en la Audiencia de Pilato, callabas a todas las falsas acusaciones y deshonoras que te hacían (cf. Mt 27,13-14), como manso cordero que no abre su boca ni resiste a los que le trasquilan (cf. Is 53,7). Concédeme, Señor, que no me turben las mormuraciones e infamias que de mí se dijeren; mas, callando, venza a todos los que me hacen injurias. Dame gracia de perfecta humildad, por la cual ni codicie ser loado ni tema ser infamado, por tu amor.

Gracias te doy, dulcísimo Jesús, que con grande abatimiento y con gran ruido de pueblo fuiste llevado por medio de la ciudad, a Herodes, del juzgado de Pilato (cf. Lc 23,7ss). Concédeme fortaleza para que no me quebranten las persecuciones de mis enemigos ni me embaracen sus injurias ni me afrenten sus desprecios, mas todo lo sufra con mansedumbre, y, callando, pase por todo, para que conforme a la ley de tus santos mandamientos en mi paciencia posea mi alma [cf. Lc 21,19].

Gracias te doy, dulce Jesús, que, preguntado por Herodes por muchas palabras, y acusado por los pontífices y sacerdotes de muchas maneras, a ninguna cosa respondiste, sino todo lo venciste callando (cf. Lc 23,9). Dame, Señor, gracia para refrenar mi lengua, y no me consientas hablar palabras viciosas ni perder tiempo en fábulas ociosas, mas concédeme que siempre hable lo que es justo y honesto y provechoso, según tu voluntad. Dame que aborrezca el vicio del maldecir, y dame hablar y sentir bien de todos.

Gracias te doy, dulce Jesús, que, siendo comparado con el famoso ladrón Barrabás, fuiste juzgado por más malo y menos digno de la vida, y así fue perdonado el homicida, y tú, Autor de la vida, condenado a muerte (cf. Jn 18,39-40). ¡Oh Rey de gloria!, ¿adónde, Señor mío, pudiste inclinar más la alteza de tu Majestad? Bien parece, Señor, que tú eres aquella piedra viva que reprobaban los hombres, y escogió Dios para sí (cf. Sal 117,22; Mt 21,42). ¡Oh, si ninguna cosa yo antepusiese a ti y por ninguna te trocase, mas todas las cosas tuviese por basura en comparación de ti! [cf. Flp 3,8]. Concédeme, Señor, que el veneno de la envidia nunca inficione mi ánima, sino que en ti solo repose, y en ti solo halle toda mi salud.

Gracias te doy, dulce Jesús, que consentiste desnudar tu sacratísima y virginal carne y atarla a una columna y allí ser azotada con terribles azotes (cf. Jn 19,1), para que con tus heridas sanases las nuestras. Desnuda, Señor, mi corazón de todo pensamiento feo, despójame del hombre viejo con todas sus obras (cf. Col 3,9), y vísteme del nuevo, que, a semejanza tuya, es criado en justicia y verdadera santidad (cf. Ef 4,24); y concédeme que sufra yo con toda humildad y paciencia los azotes de tu paternal corrección [cf. Heb 12,5-6].

Gracias te doy, dulce Jesús, a quien, después de tantos azotes recibidos y tanta sangre derramada, injuriaron con diversas maneras de baldones y vituperios, porque para mayor deshonor te vistieron una ropa colorada y apretaron a tu divina cabeza una corona de espinas y pusieron en tu mano una caña en

lugar de cetro, e hincando fingidamente las rodillas delante de ti te saludaban diciendo: *Dios te salve, Rey de los judíos* (Jn 19,2-3). Enclava, Señor, en mi corazón la continua memoria de este paso doloroso e hiérello con las saetas agudas de tu ardentísima caridad. Dame que a ti solo ame, en ti solo piense y en ti solo seguramente repose, y ninguna tribulación, ninguna angustia, ninguna persecución me aparte de ti, ni tenga yo por mengua ser amenguado y despreciado contigo.

Gracias te doy, dulce Jesús, que, demás de los otros denuestos e injurias que por mi sufriste, quisiste llevar la pesada cruz hasta el monte Calvario, con mucho trabajo y fatiga de tu cuerpo y de tus hombros quebrantados (cf. Jn 19,17). Dame, Señor, que con esforzado y devoto corazón abrace yo tu cruz, negando a mí mismo; e imitando con ferviente caridad los ejemplos de tus virtudes, merezca humildemente seguirte hasta la muerte.

Gracias te doy, dulce Jesús, que en aquel tristísimo camino, cuando ibas a ser crucificado, benignamente amonestate a las mujeres que te lloraban que, por sí mismas y por sus hijos, y no por ti, llorasen (cf. Lc 23,27-28). Dame, Señor, lágrimas de piadosa compasión y de santo amor que derritan la dureza de mi corazón y le hagan gracioso delante de ti. Concédeme también que, encendido con tu ardentísimo amor, todas las cosas, por ti, me den en rostro, a ti solo ame y en ti solo descanse en los siglos de los siglos. Amén. *Pater noster, Ave Maria*.

Quinta oración a Jesús

Gracias te doy, dulce Jesús, que, fatigados los hombros con el peso de la cruz, llegaste cansado al lugar del sacrificio, donde, estando sediento y afligido, te dieron a beber vinagre mezclado con hiel (cf. Mt 27,34). ¡Oh, si con esto matases en mí el regalo de la gula y los deleites de la carne, e hicieses [554] que en ningún tiempo consintiese ninguna fea delectación! Dame, pues, Señor, aquella honestísima y muy necesaria virtud de la templanza en el comer y beber, para que, refrenados todos los desordenados apetitos de la gula, de ti solo tenga hambre y sed, y en ti solo sean todos mis deleites.

Gracias te doy, dulce Jesús, que en los ojos de todo el pueblo consentiste que te desnudasen (cf. Jn 19,23), donde al quitar de las vestiduras al redopelo [*violentemente*] se renovaron tus llagas y tornó a manar sangre de ellas y a renovarse tus dolores. Concédeme, Dios mío, verdadero amor de la pobreza, y dame gracia para que nunca me entristezca por cosa que me falte. Dame paciente sufrimiento de las necesidades y males de esta vida; desnuda mi corazón de todas imaginaciones y aficiones terrenas, y renueva cada día en mí deseos vivos de tu santo amor.

Gracias te doy, dulce Jesús, que no rehusaste ser estirado cruelmente en el madero y ser descoyuntadas las juntas de tus sacratísimos miembros y ser traspasados con agudos clavos y afijados en la misma cruz (cf. Mt 27,35). Concédeme, Señor, que con ánimo fiel y agradecida tenga yo siempre memoria de esta tu ardentísima caridad, con la cual tan benignamente extendiste tus brazos y abriste tus manos para que fuesen enclavadas, y entregaste tus pies para que fuesen barrenados. Ea, pues, Señor, ensancha mi corazón con perfecta caridad, traspasa y enclava con el mismo clavo de tu amor todos mis sentidos, y encierra dentro de ti solo todos mis pensamientos y deseos.

Gracias te doy, dulce Jesús, que tres horas estuviste colgado, padeciendo en el afrentoso madero de la cruz (cf. Mt 27,45), y derramando copiosamente tu sangre sentiste gravísimo dolor en todos tus miembros. Cuelga, Señor, de ese mismo madero esta miserable ánima que yace en tierra, y límpiala de la suciedad de sus pecados y apetitos con los arroyos de esa sangre. ¡Oh sangre, dadora de salud y de vida! Ten por bien, Señor, ten por bien lavarme con esa sangre, y purificarme y santificarme con ese piadoso licor. Ten por bien, Señor, ofrecerla a tu Padre para perfecta satisfacción y remedio de todos mis males. Suplícote que con aficionadísimo amor merezca yo beber con mi corazón y lamer con la lengua de mi ánima las preciosísimas gotas de esa sangre divina, y aquí guste yo cuán suave es tu espíritu y cuán dulce este precioso licor.

Gracias te doy, dulce Jesús, que por mí quisiste ser puesto en medio de dos ladrones y tenido por uno dellos (cf. Mt 27,38), para que con tu increíble humildad y paciencia curases nuestra impaciencia y soberbia, y del todo la destruyeses. Levanta, Señor, mi espíritu a lo alto, para que desde allí desprecie todas las cosas que en este mundo se ven, y en ti solo ponga mis ojos, a ti solo ame, en ti solo piense, por ti solo suspire, de ti hable, a ti sueñe, a ti sepa y en ti me deleite, y fuera de ti, no quiera tener contentamiento alguno.

Gracias te doy, dulce Jesús, que tan bueno fuiste aun para con los muy malos, que por los mismos que te crucificaron hiciste oración, diciendo: *Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen* (Lc 23,34). Dame, Señor, gracia de verdadera paciencia y mansedumbre, con la cual, conforme a tu ejemplo y mandamiento, ame yo a mis enemigos y haga bien a los que me hicieron mal, y humildemente te suplique por ellos y los perdone de corazón.

Gracias te doy, dulce Jesús, a quien escarnecieron tus perversos enemigos con grandes blasfemias cuando tú sufrías intolerables dolores y angustias en la cruz (cf. Mt 27,39ss). Dame, Señor, que, acordándome de la inefable humildad y paciencia con que sufriste tantos dolores y vituperios, pacientemente sufra cosas semejantes, y contigo persevere en la cruz de la paciencia hasta la muerte. Ningún ímpetu de tentaciones, ninguna tempestad de tribulaciones, ningún torbellino de injurias me desvíe del buen propósito comenzado; ni la muerte ni la vida ni lo presente ni lo venidero ni alguna otra criatura me aparte de ti [cf. Rom 8,38-39].

Gracias te doy, dulce Jesús, que sufriste a uno de los dos ladrones que te escarneciese, y al otro, que confesó su injusticia y con piadosa fe predicó tu inocencia, prometiste la gloria del paraíso. ¡Oh, quién fuese tan dichoso, que mereciese ser mirado con aquellos misericordiosos ojos con que miraste este dichoso ladrón, para que, ayudándome tu gracia, viviese vida tan inocente, que en el término de la vida mereciese oír de ti esta tan dulce palabra: *Hoy serás conmigo en el paraíso!* (Lc 23,43). *Pater noster, Ave Maria.*

Sexta oración a Jesús

Gracias te doy, dulce Jesús, que, viendo desde la cruz a tu dulcísima Madre, llena de dolor y de lágrimas, compadeciéndose tu corazón de su angustia, la encomendaste a tu discípulo san Juan, y luego a ella encomendaste al mismo discípulo, y en él a todos nosotros (cf. Jn 19,25-27). Pues concédeme que yo ame y honre a esta Señora con ardentísimo amor, para que, teniéndola yo por Madre, merezca que ella me tenga por hijo y me trate como a tal. Dámela, Señor, por ayudadora en todas mis necesidades, mayormente en la hora de mi fallecimiento. Amén.

Gracias te doy, dulcísimo Jesús, que aun teniendo tus llagas abiertas, y la cabeza rodeada de espinas, y colgado de los brazos de la cruz, dijiste: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?* (Mc 15,34). Dame que en todas mis adversidades y tentaciones y desamparos me socorra a ti, Padre piadoso, y, desconfiando de mí, en ti solo confíe y todo me ponga en tus manos. Llaga, Señor, lo interior de mi ánima con la memoria de tus llagas, imprímelas en lo íntimo de mi corazón, embriá-[555] game de tal manera con tu sangre, que ninguna otra cosa piense ni busque sino a ti, a ti halle y a ti te tenga y a ti te posea perdurablemente.

Gracias te doy, dulce Jesús, que, gastado y seco ya tu cuerpo por la grandeza de los tormentos y derramamiento de tanta sangre, padeciendo veheméntísima sed y abrasado con el ardor y deseo de nuestra salud, dijiste: *Sed he* (Jn 19,28). Dame, Señor, una sed encendidísima de tu honra y de la salvación de las ánimas, para que, conforme a tu santa voluntad, me emplee todo en tu provecho, en cuanto, según la medida de mi estado, me fuere concedido. Dame que ningún amor de las cosas perecederas me prenda, ninguna criatura me enlace, y las cosas que fueren para amar, en ti las ame, y a ti ame sobre todas ellas, y en ti solo sea todo mi descanso.

Gracias te doy, dulce Jesús, que a la hora de tu muerte quisiste que, para matar la sed, te pusiesen en la boca una esponja llena de vinagre (cf. Mt 27,48), para que, gustando en paso tan trabajoso este tan amargo refrigerio, satisficieras al Padre por todas nuestras golosinas y deleites, y nos dejases ejemplo maravilloso de pobreza y aspereza. Dame, Señor, que por tu amor desprecie yo cualesquier sabores de comidas y regalos exquisitos; y, de lo que me concedes para sustentar este corpezuelo, use medidamente, dándote por ello las gracias. Limpia, Señor, y sana el paladar de mi ánima, para que todo lo que a ti agrada me sea sabroso, y todo lo que te desagrade, desabrido.

Gracias te doy, dulce Jesús, amador ferventísimo del linaje humano, que tan cumplida y ordenadamente acabaste la obra de nuestra redención, ofreciendo a ti mismo en sacrificio vivo en el altar de la cruz por los pecados del mundo. Dame, Señor, que tú solo seas el blanco y paradero de todos mis pensamientos, palabras y obras, para que en todas las cosas, con derecha y casta intención,

busque sólo tu honra, y fuera de ti ninguna cosa busque ni desee. Dame que en tu servicio nunca afloje ni desmaye, mas, renovando cada día el fervor del espíritu, me apresure más a alabarte y servirte.

Gracias te doy, dulce Jesús, que de tu voluntad llamaste a la muerte, abajando tu venerable cabeza (cf. Jn 19,30); y, encomendando tu espíritu en las manos del Padre [cf. Lc 23,46], le despediste de tu carne; donde claramente nos enseñaste cómo eres tú aquel buen Pastor que pusiste tu vida por tus ovejas (cf. Jn 10,11). Concédeme, Señor, que muera yo a todos mis vicios y malos deseos, y a ti solo viva, a ti solo sienta, para que, acabado el curso desta vida en caridad verdadera, luego entre en ti, que eres el verdadero paraíso de nuestras ánimas.

Gracias te doy, dulce Jesús, que con lanza de un caballero quisiste que tu suavísimo corazón fuese abierto, de donde manase agua y sangre para lavar y dar vida a nuestras ánimas (cf. Jn 19,34). ¡Oh, si llagases mi corazón con la lanza de tu amor, de tal manera que ninguna cosa pudiese ya querer, sino lo que tú quieres! Entre, Señor, mi ánima por la llaga de tu costado al secreto de tu caridad y al tesoro de tu divinidad, para que allí adore a ti, mi Dios verdadero, por mí crucificado y muerto; y, raídas de mi memoria todas las figuras de las visibles, a ti solo entienda y vea siempre en todas las cosas.

Gracias te doy, dulce Jesús, que con grande llanto de tus amigos fuiste quitado de la cruz, y ungido con olorosos ungüentos, y envuelto en una sábana limpia, y puesto en ajena sepultura (cf. Jn 19,38ss; Mc 15,42ss). Sepulta, Señor, contigo, sepulta todos mis sentidos, todas mis fuerzas y aficiones, para que, ayuntado contigo con un fuerte vínculo de amor, quede como fuera de mí para todo lo que es a ti contrario, y a ti solo sienta, único Redentor mío, único bien y tesoro mío. *Pater noster, Ave Maria.*

Séptima oración a Jesús

Gracias te doy, dulce Jesús, que poderosamente descendiste a los infiernos, donde, quebrantado el poder del diablo, alegraste con tu presencia a los antiguos padres que estaban allí cautivos, y, sacándolos de sus tinieblas y prisiones, los llevaste a los deleites del paraíso¹¹⁷. Pues desciende ahora, yo te suplico, la virtud de tu sangre y de tu pasión sobre las ánimas de mis padres, parientes, amigos y bienhechores, y de todos los fieles difuntos, para que sueltas de las penas de purgatorio sean recibidas en el seno de la eterna felicidad.

Gracias te doy, dulce Jesús, que, saliendo vitorioso del sepulcro con nobilísimo triunfo, vencida la muerte, resucitaste de entre los muertos, y, volviendo su hermosísima claridad a tu cuerpo precioso, diste inestimable gozo con tu visitación a tus amigos (cf. Mc 16; Jn 20; Lc 24; Mt 28). Dame, Señor, que, resucitando yo de la muerte de los vicios y de la vieja conversación [*proceder*]¹¹⁸, ande de aquí adelante en novedad de vida (cf. Rom 6), y busque las cosas altas, y no las bajas, para que, cuando tú, mi vida, aparecieses otra vez en la tierra, yo también aparezca contigo en la gloria [cf. Col 3,4].

Gracias te doy, dulce Jesús, que, cumplidos cuarenta días de tu resurrección, delante de tus discípulos subiste glorioso triunfador a los cielos, donde, asentado a la diestra del Padre, vives y reinas por todos los siglos (cf. Lc 24,50-51; Mc 16,19; Hch 1,9; Ef 4,10). ¡Oh, si mi ánima estuviese enferma de tu amor! ¡Oh, si de todas las cosas mundanas tuviese hastío, y por las celestiales siempre suspirase, y dellas tuviese un continuo y encendido deseo! ¡Oh, si ninguna cosa me aficionase, ninguna me alegrase, sino tú solo, mi Señor y mi Dios!

Gracias te doy, dulce Jesús, que, enviaste tu Espíritu sobre tus escogidos, que perseveraban en oración (cf. Hch 2,1ss), y los enviaste a enseñar las gentes por toda la redondez del mundo. Limpia, Señor, lo [556] interior de mi corazón, dame verdadera pureza y limpieza de conciencia, para que el mismo Consolador, hallando en ella agradable posada, la hermosee con los abundantes dones de su gracia, y él solo me consuele, me confirme, me rija y me posea todo.

Gracias te doy, dulce Jesús, que, cuando volvieres en el día postrero a juzgar el mundo, darás a cada uno, según sus obras, galardón o castigo (cf. Mt 25,31ss). Piadosísimo Señor, Dios mío, concédeme que, pasada inocentemente, según tu santa voluntad, la carrera de esta miserable vida,

¹¹⁷ Al margen: *Osea* 13,14; *Ephes.* 4,9: «Quod autem ascendit, quid est, nisi quia et descendit primum in inferiores partes terræ?»; *Zach.* 9,11; *Eccl.* 24,8: «Et profundum abyssi penetraui»; *Actor* 2,24.31.

¹¹⁸ Versión directa del término latino *conversatio*. Ver 1 Pe 1,15; Ef 4,22; Sant 3,13; Flp 3,20 etc.

salga mi ánima de la cárcel de este cuerpo tan adornada de merecimientos y virtudes, que sea recibida misericordiosamente en las moradas de tu gloria, donde con todos los santos te alabe y bendiga en los siglos de los siglos, por siempre jamás. Amén. *Pater noster, Ave Maria.*

Capítulo VI. Síguense otras siete oraciones

Que pertenecen al culto y veneración de nuestro Señor Dios, y tratan de las perfecciones y obras de su santísima divinidad.

Preámbulo para entender el intento y manera de estas oraciones

Cuando te asentares —dice el Sabio— *a la mesa del poderoso, diligentemente considera lo que se te pone delante [Prov 23,1]* ¹¹⁹, para que por ahí entiendas lo que por tu parte debes aparejar. Pues, conforme a este documento, el que se llega a tratar con Dios en la oración ponga primero los ojos en el Señor, con quien va a tratar, y considere atentamente su grandeza, porque tal corazón y tales afectos conviene que tenga para con él, cual es el que allí se le pone delante. Levante, pues, humildemente los ojos a lo alto y mírele asentado en el trono de su majestad sobre todo lo criado, y considere cómo él es el que *tiene en su vestidura y en su muslo broslado* el título de su dignidad, que es *Rey de los reyes y Señor de los señores [Ap 19,16]*; y también cómo es él infinitamente perfecto, hermoso, glorioso, bueno, misericordioso, justo, terrible y admirable; y cómo también es benignísimo Padre, y liberalísimo bienhechor, y clementísimo Redentor y Salvador. Y, después que así le hubiere mirado, entienda luego con qué virtudes y afectos debe por su parte corresponder a estos títulos, y hallará que, por la parte que es Dios, merece ser adorado; por la que es infinitamente perfecto y glorioso, alabado; por la que es bonísimo y hermosísimo, amado; por la que es justísimo y terrible, temido; por la que es Señor y Rey de todas las cosas, obedecido; por razón de sus beneficios, merece infinitas bendiciones y gracias; y por ser nuestro Criador y Redentor, merece que le ofrezcamos todo lo que somos, pues todo es suyo; y por ser nuestro ayudador y Salvador, conviene que a él pidamos el remedio de todas nuestras necesidades. Estos y otros semejantes actos de virtudes debe la criatura racional a estos títulos y grandezas de su Criador. De manera que a su divinidad se debe adoración; a sus perfecciones, alabanzas; a sus beneficios, agradecimiento; a su bondad, amor; a su justicia, temor; a su misericordia, esperanza; al señorío de su majestad, obediencia; a la posesión de todas las cosas, que todo se le ofrezca; y al oficio continuo de ayudar y perdonarnos, que todo se le pida. Estas son las virtudes y estos los afectos con que de nuestra parte habemos de corresponder y honrar a este Señor, que, así como es todas las cosas, así quiere ser venerado y acatado con todos estos afectos y sentimientos. Los cuales, aunque virtualmente se ejerciten y entrevengan en todas las obras que se hacen por su amor, pero señaladamente se suelen ejercitar en la oración, en la cual se tratan todas estas cosas. Pues para este fin se ordenaron estas siete oraciones que se siguen, para cumplir en alguna manera con estas obligaciones; las cuales se recopilieron de diversos dichos de santos y de profetas, especialmente de los salmos y del bienaventurado san Agustín. Y, porque *el justo al principio es acusador de sí mismo* (Prov 18,17), y la puerta primera para entrar a Dios es la penitencia y la humildad, debe el hombre, antes de su oración, rezar la confesión general o alguno de los *siete salmos* lo más devotamente que pudiere; y, esto hecho, puede comenzar luego su oración.

¹¹⁹ «Quando sederis, ut comedas cum principe, diligenter attende, quæ apposita sunt ante faciem tuam».

[557] Oración primera, en la cual la criatura adora humildemente a su Criador,
considerando la grandeza de su majestad,
por la cual merece ser adorado como Dios, diciendo así:

Si aquel publicano del Evangelio no osaba levantar los ojos al cielo, sino, desde lejos, hería sus pechos, diciendo: *Señor, Dios mío, apiádate de mí, pecador* (Lc 18,13); y si aquella santa pecadora no osó parecer ante la cara del Señor, sino, rodeando por las espaldas, se derribó a sus pies y con lágrimas de sus ojos alcanzó el perdón de sus pecados (cf. Lc 7,38); y si aquel santo patriarca Abrahán, queriendo hablar, Señor, con vos, decía: *Hablaré con mi Señor, aunque sea polvo y ceniza* (Gén 18,27); si estos así estaban derribados y humillados cuando se presentaban ante vuestra Majestad, siendo quien eran, ¿qué hará un tan pobre y miserable pecador como yo?, ¿qué hará la podre y la ceniza?, ¿qué hará el abismo de todos los pecados y miserias? Mas, porque no puedo yo, Señor, alcanzar aquel temor y reverencia que se debe a vuestra Majestad, sino poniendo los ojos en ella, dadme licencia para que ose yo levantar mis ojos legañosos a vos, sin que el resplandor de vuestra gloria reverbere la flaqueza de mi vista. Bien veo que sois vos aquel Dios grande que vence nuestra sabiduría. Bien sé que ningún entendimiento criado os puede comprender; mas, con todo esto, aunque nadie os comprenda, nadie puede hacer mejor cosa que poner los ojos en vos. Pues, oh sumo, omnipotentísimo, misericordiosísimo, justísimo, secretísimo, presentísimo, hermosísimo, fortísimo, estable e incomprehensible, simplísimo y perfectísimo, invisible y que todo lo ve, inmutable y que todo lo muda, a quien ni los espacios dilatan, ni las angosturas estrechan, ni la variedad muda, ni la necesidad corrompe, ni las cosas tristes perturban, ni las alegres halagan; a quien ni el olvido quita, ni la memoria da, ni las cosas pasadas pasan, ni las futuras suceden; a quien ni alguna causa dio principio, ni los tiempos aumento, ni los acaecimientos darán fin, porque en los siglos de los siglos permanecéis para siempre. Vos sois el que alcanzáis de cabo a cabo juntamente y disponéis todas las cosas suavemente (cf. Sab 8,1) ¹²⁰. Vos sois el que criastes todas las cosas sin necesidad, y las sustentáis sin cansancio, y las regís sin trabajo, y las movéis sin ser movido. Vos sois todo ojos, todo pies y todo manos. Todo ojos, porque todo lo veis; todo pies, porque todo lo sustentáis; y todo manos, porque todo lo obráis. Vos estáis dentro de todas las cosas, y no estrechado; fuera de todas, y no desechado; debajo de todas, y no abatido; encima de todas, y no altivo. ¡Oh sumo y verdadero Dios, y suma y verdadera vida, de quien y por quien viven todas las cosas que verdadera y bienaventuradamente viven! Vos, Señor, sois la misma bondad y hermosura, de quien y por quien es bueno y hermoso todo lo que es bueno y hermoso. Vos sois el que mandáis que os pidamos, y hacéis que os halleemos, y nos abris cuando os llamamos. Vos sois de quien apartarse es caer, a quien llegarse es levantar, y en quien estar es permanecer. Vos sois de quien nadie se aparta, sino engañado, a quien nadie busca, sino amonestado, y a quien nadie halla, sino purgado. Vos sois aquel a quien conocer es vivir, a quien servir es reinar, y a quien alabar es salud y alegría de quien os alaba.

Pues, oh Rey mío y Salvador mío, ¿qué podré yo decir, pobre gusanillo, de la grandeza de vuestras alabanzas? Diré lo que vuestros profetas con vuestro espíritu dijeron: *¿Quién —dice Isaías— midió las aguas con el puño, y los cielos con un palmo? ¿Quién tiene de tres dedos colgada la redondez de la tierra, y asentó los montes en su peso y los collados en su balanza? ¿Quién ayudó al espíritu del Señor, o quién fue su consejero y le enseñó algo? Todas las gentes son como un hilico de agua, y como un granico de peso delante dél. Todas las islas son un poco de polvo en su presencia, y toda la leña del monte Líbano, con todos cuantos ganados hay en él, no bastarán para ofrecerle un digno sacrificio. Todas las gentes, así son delante dél, como si no fuesen, y como nada serán reputadas en su presencia* (Is 40,12-17; cf. Sab 11,22). Porque, si en presencia del sol ninguna cosa lucen todas las estrellas del cielo, antes son delante dél como si no fuesen, siendo él y ellas criaturas, ¿qué parecerán todas las cosas en vuestra presencia, siendo vos el Criador de todas ellas?

Por tanto, Señor mío, a vos primeramente adoro con la más profunda humildad y reverencia que puedo, y con aquella adoración de latría que a vos solo se debe, y no a alguna criatura (cf. Dt 4,19; Mt 4,10), de la manera que os adoran las dominaciones del cielo y todas las criaturas del mundo; muchas de las cuales, aun cuando no os conozcan, todavía no pueden, cada cual en su manera, dejar de adorar el cetro de vuestra divinidad y reconocer vuestra grandeza, porque vos solo sois Dios de los dioses,

¹²⁰ «Attingit ergo a fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter».

Rey de los reyes, Señor de los señores y causa de las causas. Vos sois Alfa y O[mega], que es principio y fin de todas las cosas (cf. Ap 21,6), y principio sin principio, y fin sin fin. Vos sois el que solo sois, porque todas las otras cosas, por altísimas que sean, tienen el ser dependiente y prestado, mas el vuestro es sumo, perfecto, universal y que de nadie depende. Por lo cual, con mucha razón se dice que vos solo sois el que sois (cf. Éx 3,16), pues que todo lo criado no tiene ser delante de vos. Pues, confesando yo, Señor, todas estas maravillas y grandezas, postrado ante vuestro divino acatamiento con toda la humildad que me es posible, os adoro como os adoran todos aquellos espíritus bienaventurados, que derribados ante el trono de vuestra Majestad y poniendo sus coronas ante [558] te vuestros pies os adoran y reverencian (cf. Ap 4,10), confesando que todo lo que tienen es de vos. Pues así yo, la más vil de todas las criaturas, mil veces os reverencio y adoro, confesando que sois mi verdadero Dios y Señor, y que todo lo que soy, vivo, tengo y espero es todo vuestro; y así pido a todas las criaturas que ellas también, juntamente conmigo, os alaben y adoren, y así las llamo y convido a esto con aquel cántico de vuestro profeta, que dice:

Venid, alegrémonos delante del Señor, y cantemos a Dios, nuestro Salvador; presentémonos ante su cara confesando su gloria, y con salmos le alabemos. Porque nuestro Señor es gran Dios y Rey grande sobre todos los dioses; porque no desechará el Señor su pueblo, ca en su mano están todos los fines de la tierra, y las alturas de los montes cuyas son; suyo es también el mar, y él lo hizo, y la tierra fundaron sus manos. Venid, pues, y adoremos a este Señor, y postrémonos, y lloremos delante dél, porque él es nuestro Señor Dios, y nosotros somos su pueblo, y ovejas de su manada (Sal 94,1-7). Y pues vos, mi Dios, tan digno sois de ser adorado, dadme gracia para que así os adore y reverencie perpetuamente, no sólo con las palabras y con la boca, sino también con el corazón y con las obras y con la vida. Vos, que vivís y reináis en los siglos de los siglos, por siempre jamás. Amén. Pater noster, Ave Maria.

Segunda oración, en la cual el hombre se humilla y estremece considerando la grandeza de Dios y su justicia

Así como a solo vos, Señor, se debe adoración, como a verdadero Dios, así también a solo vos se debe sumo temor y reverencia, según que vos mismo nos lo testificastes cuando dijistes: *No queráis temer los que matan el cuerpo, y no tienen más que hacer, sino temed aquel que después de muerto el cuerpo puede enviar el ánima al infierno (Mt 10,28)*. Esto mismo nos enseña la Iglesia cuando en el *Oficio de los Ángeles* canta: «En presencia de las gentes no tengáis temor; mas vosotros, en vuestro corazón, adorad y temed al Señor, porque su ángel anda con vosotros para os librar». Témaos, pues, Señor, mi ánima y mi corazón, pues en vos, que sois todas las cosas, no menos hay razón para ser temido, que para ser amado. Porque, como sois infinitamente misericordioso, así sois infinitamente justo; y así como son innumerables las obras de vuestra misericordia, así lo son también las de vuestra justicia; y, lo que más es para temer, sin comparación son muchos más los vasos de ira, que los de misericordia, pues tantos son los condenados, y tan pocos los escogidos (cf. Mt 22,14). Témaos, pues, yo, Señor, por la grandeza de esta justicia, y por la profundidad de vuestros juicios, y por la alteza de vuestra Majestad, y por la inmensidad de vuestra grandeza, y por la muchedumbre de mis pecados y atrevimientos, y, sobre todo, por la resistencia tan continua a vuestras santas inspiraciones. Témaos yo y tiemble delante de vos, ante cuyo acatamiento tiemblan las columnas del cielo y toda la redondez de la tierra (cf. Job 26,11). Pues ¿quién no os temerá, Rey de las gentes? ¿Quién no temblará de aquellas palabras que vos mismo decís por vuestro profeta?: *Pues, ¡cómo!, ¿a mí no me temeréis, y delante de mi cara no os doleréis, que señalé las arenas por término de la mar y le puse mandamiento eterno que no quebrantarán? Y embravecense han y levantarse han sus olas, y no lo traspasarán jamás (Jer 5,22)*. Pues, si todas las criaturas del cielo y de la tierra desta manera os obedecen y temen, ¿qué haré yo, vilísimo pecador, polvo y ceniza? Si los ángeles temen cuando os adoran y cantan vuestras alabanzas, ¿por qué no temerá mi corazón cuando entiende en este mismo oficio? Miserable de mí, ¡cómo se ha endurecido mi ánima para no derramar muchas lágrimas cuando habla el siervo con su Señor, la criatura con su Criador, el hombre con Dios, el que fue hecho de lodo con aquel que todo lo hizo de la nada!

Témaos también yo, Señor, por la grandeza de vuestros juicios que dende el principio del mundo hasta hoy habéis obrado. Gran juicio fue la caída de aquel ángel tan principal y tan hermoso; gran

juicio fue la caída de todo el género humano por culpa de uno; gran juicio fue el castigo de todo el mundo con las aguas del diluvio; gran juicio fue la elección de Jacob y la reprobación de Esaú, el desamparo de Judas y la vocación de san Pablo, la reprobación de el pueblo de los judíos y la elección de los gentiles ¹²¹; con otras maravillas semejantes que, sin que lo sepamos, pasan de secreto cada día sobre los hijos de los hombres. Y, sobre todo esto, es espantable juicio ver tantas naciones sobre la haz de la tierra yacer en la región y sombra de la muerte y en las tinieblas de la infidelidad [cf. *Is 9,2; Lc 1,79*], caminando por unas tinieblas a otras tinieblas, y por trabajos temporales a tormentos eternos. Témaos, pues, yo, Señor, por la grandeza destos juicios, pues aún no sé yo si seré uno de estos desamparados ¹²². Porque, *si el justo con dificultad se salvará, el pecador y perverso ¿dónde parecerá?* (1 Pe 4,18). Si tiembla el inocentísimo Job del furor de vuestra ira, como del ímpetu de las olas embravecidas (cf. *Job 31,23*) ¹²³, ¿cómo no tiembla quien tan lejos está de esta inocencia? Si tiembla el profeta Jeremías, dentro del vientre de su madre santificado, y no halla rincón donde se esconda, por estar lleno del temor de vuestra ira (cf. *Jer 12,13*), ¿qué hará quien salió del vientre de su madre con pecado, y después acá ha añadido y multiplicado tantos pecados?

Témaos también yo, Señor, por la muchedumbre innumerable de mis maldades, con las [559] cuales tengo de parecer ante vuestro juicio, cuando delante de vos vendrá aquel fuego abrasador y una grande tempestad (cf. *Sal 96,3-4*), cuando juntaréis el cielo y la tierra para juzgar a vuestro pueblo (cf. *Sal 49,4*). Pues allí delante de tantos millares de gentes se descubrirán todas mis maldades; delante de tantos coros de ángeles se publicarán todos mis pecados, no sólo de palabras y obras, sino también de pensamientos; donde tantos tendré por jueces, cuantos me precedieron en las buenas obras, y tantos serán contra mí testigos, cuantos me dieron buenos ejemplos. Y, con esperar tal juicio, no acabo de poner freno a mis vicios; antes todavía me estoy pudriendo en las heces de mis pecados, todavía me envilece la gula, y me persigue la lujuria, y me envanece la soberbia, y me estrecha la avaricia, y me consume la envidia, y me despedaza la mormuración, y me levanta la ambición, y me perturba la ira, y me derrama la ambición, y me entorpece la pereza, y me abate la tristeza, y me levanta el favor. Veis aquí, Señor, los compañeros con quien he vivido dende el día de mi nacimiento hasta ahora. Estos son los amigos con quien he conversado, estos son los maestros a quien he obedecido, estos los señores a quien he servido. Pues *no entréis, Señor, en juicio con vuestro siervo, porque no será justificado delante de vos ninguno de los vivientes* (*Sal 142,2*); porque, ¿a quién hallaréis justo, si lo juzgáredes sin piedad? Pues, por esto, derribado a vuestros pies con espíritu humilde y atribulado lloraré con el Profeta, y diré: *Señor, no me arguyáis en vuestro furor, ni me castigéis en vuestra saña. Habed misericordia de mí, porque soy enfermo; sanadme, porque todos mis huesos están conturbados y mi ánima está grandemente turbada. Mas vos, Señor, ¿hasta cuándo? Convertíos, Señor, y librad mi ánima, y hacedme salvo por vuestra misericordia. Porque no hay en la muerte quien se acuerde de vos, y en el infierno, ¿quién os alabará?* (*Sal 6,2-6*). Vos, que vivís y reináis en los siglos de los siglos, por siempre jamás. Amén. *Pater noster, Ave Maria.*

Tercera oración, que trata de las alabanzas divinas, en la cual se cuentan muchas perfecciones de nuestro Señor Dios

En los ejercicios de temor y penitencia me convenía, Señor, gastar toda la vida, pues tanto tengo que temer y llorar. Mas, con todo esto, la grandeza de vuestra gloria, así como nos obliga a adoraros y reverenciaros, así también a alabaros y glorificaros, porque a vos solo *se debe el himno* y la alabanza *en Sión* (*Sal 64,2*), por ser, como lo sois, un piélagos de todas las perfecciones, un mar de sabiduría, de omnipotencia, de hermosura, de riquezas, de grandeza, de suavidad, de majestad, en que están todas las perfecciones y hermosuras de cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra, y todas en sumo grado de perfección. En cuya comparación, toda hermosura es fealdad, toda riqueza es pobreza, todo poder es flaqueza, toda sabiduría es ignorancia, toda dulzura amargura, y, finalmente, todo cuanto en el cielo y en la tierra resplandece, mucho menos es delante de vos, que una pequeña candelita delante del sol. Vos sois sin deformidad perfecto, sin cantidad grande, sin calidad bueno, sin enfermedad fuerte, sin

¹²¹ Al margen: *Isai 14,12. Apoc 12,3. Ezeq 28,11ss. Gen 3,17ss & 7,1ss. Gen 27,1ss. Matt 27,3ss. Act 9,1ss. Rom 9, 10 & 11.*

¹²² Podría citarse *Ecl 9,1-2*: «Et tamen nescit homo utrum amore an odio dignus sit; sed omnia in futurum servantur incerta».

¹²³ «Semper enim quasi tumentes super me fluctus timui Deum».

mentira verdadero, sin sitio dondequiera presente, sin lugar dondequiera todo, en la grandeza infinito, en la virtud omnipotente, en la bondad sumo, en la sabiduría inestimable, en los consejos terrible, en los juicios justo, en los pensamientos secretísimo, en las palabras verdadero, en las obras santo, en las misericordias copioso, para con los pecadores pacientísimo y para con los penitentes piadosísimo.

¿Pues qué diré, Señor, de la grandeza de vuestra sabiduría? Vos, Señor —dice el Profeta—, *entendistes todos mis pensamientos desde lejos, y la senda e hilo de mi vida vos la alcanzastes. Vos visteis abiertos todos mis caminos, y no hay palabra mía que no sepáis. Vos, Señor, conocisteis todas las cosas antiguas y venideras. Vos me criastes, y pusistes vuestra mano sobre mí. Maravillosa es vuestra sabiduría en mis ojos, más alta es de lo que yo puedo alcanzar. ¿Dónde me alejaré de vuestro espíritu, y a dónde huiré de vuestra presencia? Si subiere al cielo, ahí estáis; y si descendiere al infierno, también os hallaré ahí presente; y si tomare alas por la mañana y fuere a parar al cabo de la mar, de allí me sacará vuestra mano y allí me sostendrá vuestra diestra. Y dije: «¿Por ventura las tinieblas me esconderán donde no parezca?» Mas estas serán las que os descubrirán los huertos de mis deleites, porque las tinieblas no son tinieblas delante de vos, y la noche se hará como el día en vuestra presencia (Sal 138,2-12). Vuestros ojos —dice un sabio— están sobre los caminos de los hombres y vos tenéis cuenta con todos sus pasos; no hay tinieblas ni sombra de muerte donde se os puedan esconder los que obran maldad (Job 34,21-22).*

Pues ¿qué diré de la grandeza de vuestra omnipotencia? Dios —dice el Profeta—, *que es nuestro Rey ante todos los siglos, obró salud en medio de la tierra. Vos abristes camino para la mar, y quebrantasteis las cabezas de los dragones en las aguas. Vos quebrastes la cabeza del dragón y lo distes por manjar a los pueblos de Etiopía. Vos abristes fuentes y arroyos, y vos secastes los ríos de Etán. Vuestro es el día y vuestra es la noche; vos fabricastes el sol y la mañana. Vos hicistes todos los términos de la tierra, y el invierno y el verano obras son de vuestras manos (Sal 73,12-17). Y en otro lugar: Señor, Dios de las virtudes, ¿quién será semejante a vos? Poderoso sois, Señor, y vuestra verdad está al derredor de vos. Vos tenéis señorío sobre el poder de la mar, vos amansáis el [560] furor de sus olas. Vos humillastes y derribastes al soberbio, y con la virtud de vuestro brazo desbaratastes a vuestros enemigos. Vuestros son los cielos y vuestra la tierra; la redondez della, con todas las cosas de que está poblada, vos la fundastes; la mar, y el viento del norte que la levanta, vos los criastes. El monte Tabor y Hermón en vuestro nombre se alegrarán; y sólo vuestro brazo es el poderoso (Sal 88,9-14). Y no menos altamente sentía el santo Job de vuestra omnipotencia, cuando decía: En él está la sabiduría y la fortaleza, y tiene el consejo y la inteligencia. Si el destruyere, no hay quien edifique; y si él cerrare, no hay quien abra. Si detuviere las aguas, todo se secará, y si las dejare correr, todo se anegará. En él está la fortaleza y la sabiduría, y él conoce al engañador y al engañado. Él trae los consejeros a locos y desastrados fines, y a los jueces hace que queden pasmados. Quita la cinta a los reyes gloriosos, y hace ceñir con una soga sus lomos. Descubre lo profundo de las tinieblas y saca a luz la sombra de la muerte. Multiplica las gentes y destrúyelas, y después de destruidas, tórnalas a restituir (Job 12,13-18.22-23).*

Si él concediere la paz, ¿quién la quitará? Y si él escondiere su rostro, ¿quién le mirará? Pues ¿qué diré, Señor, de las riquezas de vuestra gloria y de la vena de vuestra felicidad? Si pecares —dice la Escritura—, ¿en qué le dañarás? Y si se multiplicaren tus maldades, ¿qué harás contra él? Y si fueres justo, ¿qué le darás por eso, o qué recibirá de tu mano? Al hombre que es como tú dañará tu maldad, y al hijo del hombre aprovechará tu justicia (Job 35,6-8). Mas vos, Señor, tal sois y tan bienaventurado, y tan dentro de vos está la vena de vuestra gloria, que de nadie tenéis necesidad.

Pues por tal, Señor, os confieso, y por tal os alabo, y glorifico vuestro santo nombre. Dadme vos lumbre en el corazón y palabras en la boca para que mi corazón piense en vuestras grandezas y mi boca sea llena de vuestras alabanzas. Mas, porque *no es hermosa la alabanza en la boca del pecador [Eclo 15,9]*¹²⁴, pido yo a todos los ángeles del cielo y a todas las criaturas del mundo que ellas, juntamente conmigo, os alaben, y suplan en esta parte mis faltas; convidándolas a esto con aquel glorioso cántico que aquellos tres santos mozos, en medio de las llamas del fuego de Babilonia, os cantan diciendo: *Bendito seáis vos, Señor, Dios de nuestros padres, y alabado y ensalzado en todos los siglos. Y bendito sea el nombre de vuestra gloria, que es santo, y alabado y ensalzado en todos los siglos. Bendito seáis en el trono santo de vuestro reino, y alabado y ensalzado en todos los siglos.*

¹²⁴ «Non est speciosa laus in ore peccatoris».

Bendito seáis vos, que estáis asentado sobre los querubines, mirando los abismos, y alabado y ensalzado en todos los siglos. Bendito seáis en el firmamento del cielo, y alabado y ensalzado en los siglos de los siglos (Dan 3,52.54-56). Amén. Pater noster, Ave Maria.

Cuarta oración, en la cual se dan gracias al Señor por los beneficios recibidos

Gracias y loores os doy, Señor, Dios mío, por todos los beneficios y mercedes que me habéis hecho desde el día que fui concebido hasta el día de hoy, y por el amor que desde *ab eterno* me tuvistes, cuando desde entonces determinaste de criarme y redimirme y hacerme vuestro y darme todo lo que hasta ahora me habéis dado, pues todo cuanto tengo y espero vuestro es. Vuestro es mi cuerpo con todos sus miembros y sentidos, vuestra mi ánima con todas sus habilidades y potencias, vuestras todas las horas y momentos que hasta aquí he vivido, vuestras las fuerzas y la salud que me habéis dado, vuestro el cielo y la tierra que me sustenta, vuestro el sol y la luna, y las estrellas y los campos, y las aves y los peces, y los animales y todas las otras criaturas que por vuestro mandamiento me sirven. Todo esto, Señor mío, es vuestro, y por ello os doy todas cuantas gracias os puedo dar. Pero mucho mayores os las doy porque vos quisistes ser mío, pues todo os ofrecistes y expendistes en mi remedio; pues para mí os vestistes de carne, para mí nacistes en un establo, para mí fuistes reclinado en un pesebre, para mí envuelto en pañales, para mí circuncidado al octavo día, para mí desterrado en Egipto, para mí en tantas maneras tentado, y perseguido, y maltratado, y azotado, y coronado, y deshonorado, y sentenciado a muerte, y en una cruz enclavado. Para mí ayunastes, y orastes, y velastes, y llorastes, y caminastes, y padecistes los mayores tormentos y deshonoras que se padecieron jamás. Para mí ordenastes y confeccionastes las medicinas de vuestros sacramentos con el licor de vuestra sangre, y señaladamente del mayor de los sacramentos, que es de vuestro santísimo Cuerpo, donde estáis vos, mi Dios, para mi reparo, para mi mantenimiento, para mi esfuerzo, para mis deleites, para prenda de mi esperanza y para testimonio de vuestro amor. Por todo esto os doy cuantas gracias os puedo dar, diciendo de todo corazón con el santo rey David:

Bendice, oh ánima mía, al Señor, y todas cuantas cosas hay dentro de mí bendigan su santo nombre. Bendice, oh ánima mía, al Señor, y no eches en olvido las mercedes que te ha hecho, porque él se apiada de tus maldades y sana todas tus enfermedades. Él libró tu vida de la muerte, y él te corona con misericordia y con piedad. Él cumple todos tus buenos deseos, y renovarse ha tu juventud como la del águila. El Señor usa de misericordia y hace justicia a todos los que padecen agravio. Misericordioso y piadoso es el Señor, largo de corazón y muy piadoso. No se enseñará para siempre, ni para siempre amenazará. No lo hizo con nosotros según nuestros pecados, ni nos dio nuestro merecido [561] según nuestras maldades. Cuan grande es la altura que hay del cielo a la tierra, tanto ensalzó su misericordia sobre los que le temen. Cuanto dista el oriente del occidente, tan lejos apartó nuestros pecados de nosotros. De la manera que el padre se compadece de sus hijos, así se compadece el Señor de los que le temen, porque él conoce la masa de que somos compuestos. Acordose que éramos polvo, y que el hombre es como heno, y que sus días pasan como la flor del campo. Porque despedirse ha su espíritu dél y luego desfallecerá, y no tornará más a su lugar. Mas la misericordia del Señor persevera dende los siglos hasta los siglos sobre aquellos que le temen; y la justicia dél, sobre los hijos de los hijos destos, que guardan su testamento y se acuerdan de sus mandamientos para haberlos de cumplir. El Señor aparejó en el cielo su silla, y su reino tendrá señorío sobre todas las cosas. Bendecid al Señor todos sus ángeles, que sois poderosos en virtud, y hacéis sus mandamientos y obedecéis a la voz de sus palabras. Bendecid al Señor todas sus virtudes, y sus ministros que hacéis su voluntad. Bendecid al Señor todas sus obras, y en todos los lugares de su señorío bendice, oh ánima mía, al Señor (Sal 102,1-6.8-22). Pater noster, Ave Maria.

Quinta oración, para pedir a nuestro Señor Dios su amor

Si tanta obligación tenemos, Señor, a nuestros bienhechores, por razón de sus beneficios, y cada beneficio es como un tizón e incentivo de amor, y si según la muchedumbre de la leña, así es grande el fuego que se enciende en ella, ¿qué tan grande ha de ser el fuego de amor que ha de arder en mi corazón, si tanta es la leña de vuestros beneficios que lo encienden? Si todo este mundo visible e

invisible es para mí beneficios vuestros, ¿qué tan grande es razón que sea la llama de amor que se ha de levantar de todos ellos? Especialmente que no sólo os debo yo amar por esto, sino también porque en vos solo se hallan todas las razones y causas de amor que hay en todas las criaturas; y todas en sumo grado de perfección. Porque, si por bondad va, ¿quién más bueno que vos?; si por hermosura va, ¿quién más hermoso que vos?; si por suavidad y benignidad va, ¿quién más suave y más benigno que vos?; si por riquezas y sabiduría va, ¿quién más rico y más sabio que vos?; si por amistad va, ¿quién más nos ama que el que tanto por nosotros padeció?; si por beneficios va, ¿cuyo es todo lo que tenemos, sino vuestro?; si por esperanza va, ¿de quién esperamos todo lo que nos falta, sino de vuestra misericordia? Si a los padres naturalmente se debe tan grande amor, ¿quién más padre que aquel que dice: *No llaméis a nadie «padre» sobre la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, que está en los cielos*? (Mt 23,9). Si los esposos son amados con tan grande amor, ¿quién es el Esposo de mi ánima, sino vos? ¿Y quién hinche el seno de mi corazón y de mis deseos, sino vos? Si el último fin, dicen los filósofos que es amado con infinito amor, ¿quién es mi principio y mi último fin, sino vos? ¿De dónde procedí y a dónde voy a parar, sino a vos? ¿Cuyo es lo que tengo, y de quién espero recibir lo que me falta, sino de vos? Finalmente, si la semejanza es causa de amor, ¿a cuya imagen y semejanza fue criada mi ánima, sino a la vuestra? Pues, si este título, y cada uno de estos, por sí solo es tan suficiente motivo de amor, ¿cuál conviene que sea el que de todos estos títulos procede? Ciertamente, la ventaja que hace la mar a los ríos que en ella entran, esta convenía que hiciese este amor a todos los otros amores.

Pues, si tantas razones tengo yo, Señor, Dios mío, para amaros, ¿por qué no os amaré yo con todo mi corazón y con todas mis fuerzas y todas mis entrañas? Oh, amable principio mío y suficiencia mía, ¿cuándo os amaré con todas mis fuerzas y con toda mi ánima? ¿Cuándo os agradaré en todas las cosas? ¿Cuándo estará muerto todo lo que hay en mí contrario a vos? ¿Cuándo seré del todo vuestro? ¿Cuándo dejaré de ser mío? ¿Cuándo ninguna cosa, fuera de vos, vivirá en mí? ¿Cuándo me abrasará toda [todo?] la llama de vuestro amor? ¿Cuándo me arrebatáis, anegaréis y transportaréis en vos? ¿Cuándo, quitados todos los impedimentos y estorbos, me haréis un espíritu con vos, para que nunca me aparte más de vos? ¡Ay, Señor!, ¿qué os cuesta hacerme tanto bien?, ¿qué quitáis de vuestra casa?, ¿qué perdéis de vuestra hacienda? Pues ¿por qué, Señor, siendo vos un piélago de infinita liberalidad y clemencia, detenéis en vuestra ira vuestras misericordias para conmigo? ¿Por qué han de vencer mis maldades vuestra bondad? ¿Por qué han de ser más parte mis culpas para condenarme, que vuestra bondad para salvarme? Si por dolor y penitencia lo habéis, a mí me pesa tanto por haberos ofendido, que quisiera más haber padecido mil muertes, que haber hecho una ofensa contra vos. Si por satisfacción lo habéis, catad aquí este cuerpo miserable: ejecutad, Señor, en él todos los furores de vuestra saña, con tanto que no mengüéis vuestro amor. No os pido oro ni plata ni otra cosa criada, porque todo esto no me harta sin vos, y todo me es pobreza sin vuestro amor. Amor quiero, amor os pido, amor os demando, por vuestro amor suspiro: dadme vuestro amor, y bástame.

¿Por qué, Señor, me dilatáis tanto esta merced? ¿Por qué me veis penar día y noche, y no me socorréis? ¿Hasta cuándo, Señor, me olvidaréis? ¿Hasta cuándo apartaréis vuestro rostro de mí? ¿Hasta cuándo andará mi ánima fluctuando con tan grandes ansias y deseos? (cf. Sal 12,2-3). Miradme, Señor mío, y habed misericordia de mí. No os pido la ración [562] copiosa que se da a los hijos: con una sola de las migajuelas de vuestra mesa me contentaré. Aquí, pues, me presento como un pobre y hambriento cachorrillo ante vuestra rica mesa; aquí estoy mirándoos a la cara, viendo cómo coméis y dais de comer a vuestros hijos con el pasto de vuestra gloria; aquí estoy mudando mil semblantes y figuras en este corazón, para inclinar al vuestro que haya misericordia de mí. No me hartan, Señor, las cosas desta vida; a vos solo quiero, a vos solo busco, vuestro rostro, Señor, deseo, y vuestro amor siempre os pediré, y con vuestro profeta cantaré: *Ámeos yo, Señor, fortaleza mía. El Señor es mi firmeza y mi refugio, y mi librador y mi Dios y mi ayudador: esperaré en él. Él es mi amparo y defensa de mi salud, y mi recibidor. Alabando, invocaré al Señor, y seré salvo de mis enemigos* (Sal 17,2-4). El cual vive y reina en los siglos de los siglos, por siempre jamás. Amén *Pater noster, Ave Maria*.

Sexta oración, en la cual la criatura se ofrece y resigna en las manos de su Criador,
poniendo en él todas su esperanza y dándole su obediencia

Todas las razones y causas que me obligan, Señor, Dios mío, a amaros, me obligan también a poner toda mi esperanza en vos. Porque ¿en quién tengo yo de esperar, sino en quien tanto me ama, y en quien tanto bien me ha hecho, y en quien tanto por mí ha padecido, y en quien tantas veces me ha llamado, y esperado, y sufrido, y perdonado, y librado de tantos males? ¿En quién tengo de esperar, sino en aquel que es mi Padre, y Padre todopoderoso: *Padre* para amarme, y *poderoso* para remediarme; *Padre* para quererme bien, y *poderoso* para hacerme bien, el cual tiene mayor cuidado y providencia de sus espirituales hijos, que ningún padre carnal de los suyos? ¿En quién, finalmente, tengo yo de esperar, sino en aquel que casi en todas sus Escrituras me manda que me llegue a él y espere en él, y me promete mil cuentos [*millones*] de favores y mercedes si así lo hiciere, dándome en prendas de todo esto su verdad y palabra, y los beneficios hechos, y los tormentos por mí padecidos, y la sangre derramada en confirmación desta verdad? Pues ¿qué no esperaré yo de un Dios tan bueno y tan verdadero, de un Dios que tanto me amó que se vistió de carne por mí, y sufrió azotes y repelones y bofetadas por mí; finalmente, de un Dios que se dejó morir en una cruz por mí, y se encerró en una hostia consagrada por mí? ¿Cómo huirá de mí, cuando lo buscare, el que así me buscó cuando yo le huía? ¿Cómo me negará el perdón, cuando se lo pidiere, el que me lo mereció cuando yo no lo pedía? ¿Cómo me negará el remedio, cuando ya no le cuesta nada, el que así me lo procuró cuando tanto le costaba? Pues por todas estas razones con fiadamente esperaré yo en él, y con el santo Profeta, en medio de todas mis tribulaciones y necesidades, esforzadamente cantaré: *El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es defensor de mi vida, ¿de quién habré miedo? Si se asentaren contra mí reales de enemigos, no temerá mi corazón; si se levantara batalla contra mí, en él esperaré yo* (Sal 26,1.3).

Mas, porque no está segura la esperanza sin la obediencia, según aquello del Salmista, que dice: *Sacrificad sacrificio de justicia, y esperad en el Señor* (Sal 4,6), por tanto, dadme vos, Dios mío, que con la esperanza de vuestra misericordia junte yo la obediencia de vuestros mandamientos, pues no menos os debo yo esta obediencia, que todo lo demás, pues vos sois mi Rey, y mi Señor, y mi Emperador, a quien el cielo y la tierra y la mar y todas las otras criaturas obedecen, cuyos mandamientos y leyes hasta ahora han guardado y guardarán para siempre. Pues obedézcamos yo, Señor, más que todas ellas, pues os soy más obligado que ellas. Obedézcamos yo, Rey mío y Señor mío, y guarde enteramente todas vuestras santísimas leyes. Reinad vos, Señor, en mí, y no reine más en mí el mundo, ni el príncipe deste mundo, ni mi carne, ni mi propia voluntad, sino la vuestra. Vayan fuera de mí todos estos tiranos, usurpadores de vuestra silla, ladrones de vuestra gloria, pervertidores de vuestra justicia; y solo vos, Señor, mandad y ordenad; y vos solo y vuestro cetro sea reconocido y obedecido, para que así se haga vuestra voluntad en la tierra como se hace en el cielo (cf. Mt 6,10). ¡Oh!, ¿cuándo será ese día? ¡Oh!, ¿cuándo me veré libre destos tiranos? ¡Oh!, ¿cuándo no se oirán en mi ánima otras voces, sino las vuestras? ¡Oh!, ¿cuándo estarán tan rendidas las fuerzas y lanzas de mis enemigos, que no haya contradicción en mí para el cumplimiento de vuestra santa voluntad? ¿Cuándo estará tan sosegado este mar, cuándo tan sereno este cielo, cuándo tan calladas y mortificadas mis pasiones, que no haya onda, ni nube, ni clamor, ni otra alguna perturbación que altere esta paz y obediencia, y que impida este vuestro reino en mí? Dadme vos, Señor, esta obediencia, o por mejor decir, dadme este señorío sobre mi corazón, para que de tal manera me obedezca él a mí, que del todo lo sujete yo a vos.

Y, así como estoy obligado a obedeceros, así también lo estoy a entregarme y ofrecerme a vos y resignarme en vuestras manos, pues soy todo vuestro; y vuestro, por tantos y tan justos títulos. Vuestro, porque me criastes y distes este ser que tengo. Vuestro, porque me conserváis en él con los beneficios y regalos de vuestra providencia. Vuestro, porque me sacastes de cautiverio, y me comprastes, no con oro ni plata, si- [563] no con vuestra sangre [cf. 1 Pe 1,18-19]. Y vuestro, porque tantas otras veces me habéis redimido, cuantas me habéis sacado de pecado. Pues, si yo por tantos títulos soy vuestro, y por tantos títulos sois mi Rey, y mi Señor, y mi Redentor, y mi Librador, aquí os vuelvo a entregar vuestra hacienda, que soy yo; aquí me ofrezco por vuestro esclavo y cautivo; aquí os entrego las llaves y homenaje de mi voluntad, para que ya de aquí adelante no sea más mío ni de nadie, sino vuestro; para que yo no viva para mí, sino para vos; ni haga más mi voluntad, sino la

vuestra; de tal manera que ni coma ni beba ni duerma ni haga otra cosa, que no sea según vos y para vos. Aquí me presento a vos para que dispongáis de mí, como de hacienda vuestra, a vuestra voluntad. Si queréis que viva, que muera, que esté sano, que enfermo, que rico, que pobre, que honrado, que deshonorado, para todo me ofrezco y resigno en vuestras manos, y me desposeo de mí, para que no sea ya más mío, sino vuestro, para que lo que es vuestro por justicia lo sea también por mi voluntad; y esto para siempre, en los siglos de los siglos. Amén. *Pater noster, Ave Maria.*

Séptima oración, para pedir a nuestro Señor todo lo que pertenece a nuestra salvación

Muchas gracias os doy, Señor, Dios todopoderoso y Padre de misericordias, porque vos mismo nos animastes a que pidiésemos misericordia, diciéndonos por boca de vuestro sacratísimo Hijo: *Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y abriros han* (Lc 11,9). Asimismo por vuestro profeta nos animastes a lo mismo, diciendo: *Dios justo y salvador no lo hay, sino yo. Convertíos a mí todos los fines de la tierra, y seréis salvos* (Is 45,21-22). Pues, si vos mismo, Señor, nos llamáis y convidáis, y abris los brazos para que nos lleguemos a vos, ¿por qué no confiaremos que nos recibiréis en ellos? No sois vos, Señor, como los hombres, que se empobrecen cuando dan, y por esto se importunan cuando les piden. No sois vos así, porque, como no os empobrecéis en lo uno, no os importunáis en lo otro. Y por esto pedir os misericordia no es importunaros, sino obedeceros, pues vos mandáis que os pidamos; y también honraros y glorificaros, porque con esto protestamos que vos sois Dios y universal Señor y dador de todo, a quien todo se ha de pedir, pues vos solo lo podéis todo dar. Y así vos mismo nos pedís este linaje de sacrificio, diciendo: *Llámame en el día de la tribulación, y librártete he, y honrarme has* (Sal 49,15). Pues, movido yo por este tan piadoso mandamiento, me llego a vos, y os pido tengáis por bien darme todo esto que os debo yo, conviene saber: que así os adore, así os tema y reverencie, así os alabe, así os dé gracias por todos vuestros beneficios, así os ame con todo mi corazón, así tenga toda mi esperanza puesta en vos, así obedezca a vuestros santos mandamientos, y así me ofrezca y resigne en vuestras manos, y así os sepa pedir estas y otras mercedes, como conviene para vuestra gloria y para mi salvación. Pídoos también, Señor, me otorguéis perdón de mis pecados, y verdadera contrición y confesión de todos ellos, y me deis gracia para que no os ofenda más en ellos, ni en otros; y señaladamente os pido virtud para castigar mi carne, enfrenar mi lengua, mortificar los apetitos de mi corazón, y recoger los pensamientos de mi imaginación, para que estando yo así todo renovado y reformado merezca ser templo vivo y morada vuestra. Dadme también todas aquellas virtudes con que sea, no sólo purificada, sino también adornada esta morada vuestra, que son: profundísima humildad, entera paciencia, clara discreción, pobreza de espíritu, continua fortaleza y diligencia para todos los trabajos de vuestro servicio, y, sobre todo, ardentísima caridad con mis prójimos y para con vos.

Y, porque nada desto merezco, acordaos Señor de vuestra misericordia, a quien muchas veces basta sola la misericordia para haberse de ejecutar. Acordaos que no queréis la muerte del pecador, como vos mismo dijistes, sino que se convierta y viva (cf. Ez 18,23; 33,11). Acordaos que vuestro unigénito Hijo no vino a este mundo, como él mismo lo dice, a buscar justos, sino pecadores (cf. Mt 9,13). Acordaos de cuanto en este mundo hizo y padeció desde el día que nació hasta que expiró en la cruz, pues nada desto padeció por sí, sino por mí, lo cual todo os ofrezco en sacrificio por mis necesidades y pecados; y por él, no por mí, os pido esta misericordia. Porque, pues de vos se dice que honráis los padres en los hijos (cf. Eclo 3,2)¹²⁵, haciendo mercedes a los unos por amor de los otros, como hizo David con Mefibóset por amor de su padre Jonatán (cf. 2 Sam 9,1ss), honrad a vuestro unigénito Hijo haciendo bien a mí por él, pues él es mi Padre, y mi segundo Adán, y yo su hijo, aunque mal hijo. Acordaos, Señor, que me socorro a vos y que me entro por vuestras puertas, y como a verdadero médico y Señor os presento mis necesidades y mis llagas; y con este espíritu os llamaré con aquella oración que el profeta David compuso, diciendo:

Inclina, Señor, tus oídos y óyeme, porque pobre y necesitado soy yo. Guarda mi ánima, porque a ti estoy ofrecido. Salva, Dios mío, a este tu siervo, que espera en ti. Ten misericordia de mí, Señor, porque a ti clamé todo el día. Alegra el ánima de tu siervo, porque a ti, Señor, la levante. Porque tú, Señor, eres suave y manso, y de mucha misericordia para todos los que te llaman. Recibe, Señor, en tus oídos mi oración y atiende a la voz de mi suplicación. En el día de mi tribulación clamaré a ti,

¹²⁵ «Deus enim honoravit patrem in filiis» (3,3).

porque me oíste. No hay quien entre los dioses sea semejante a ti, Señor; no hay quien haga las obras que tú haces. Todas las gentes que hiciste vendrán y adorarán de- [564] lante de ti, Señor, y santificarán tu santo nombre; porque grande eres tú y obrador de maravillas, tú solo eres Dios. Guíame, Señor, por tu camino, y ande yo en tu verdad; alégrese mi corazón, para que tema tu santo nombre. Alabarte he, Señor, Dios mío, de todo mi corazón, y tu nombre para siempre glorificaré (Sal 85,1-12), en los siglos de los siglos, por siempre jamás. Amén. Pater noster, Ave Maria.

Síguese una muy devota oración para decir luego por la mañana

En la cual, propuestos los títulos y obligaciones grandes que el hombre tiene para con Dios, hace humildemente lo que es de su parte, que es darle gracias por sus beneficios y ofrecerse a él y pedirle su gracia.

Dios, Dios mío, a vos velo yo por la mañana, dice el santo rey David en un salmo; y luego, más abajo: Acordeme yo —dice él—, Señor, de vos, estando en mi cama; y en la mañana pensaré en vos, porque habéis sido mi ayudador [Sal 62,1.7-8]. Pues yo también, Señor, Dios mío, con este santo rey quiero luego por la mañana velar a vos. Este sea el primero de mis negocios y el primero de mis cuidados, pues esta es la mayor de mis obligaciones y el fin para que fui criado y para que todas las cosas fueron criadas, que es para alabar y glorificar y engrandecer vuestro santo nombre. Porque vos, Señor, sois principio y fin de todas las cosas, y principio sin principio y fin sin fin. Porque, así como nadie las pudo criar sin vos, así para nadie pudieron ser criadas, sino para vos, esto es, para que todas ellas os sirviesen y alabasen y todas predicasen vuestra gloria.

Vos sois universal dador de todos los bienes, pues ningún bien hay de naturaleza ni de gracia, ni de cuerpo ni de ánima, que originalmente no mane de vos, que sois fuente universal de todos los bienes. Vos sois piélagos de todas las perfecciones, abismo de todas las grandezas, mar de infinita bondad y misericordia, retablo de incompreensible hermosura. Vos sois Dios de los dioses, Santo de los santos, Rey de los reyes, Señor de los señores, causa de las causas, ser de los seres, vida de los vivientes, orden del universo, hermosura del mundo y gloria del cielo.

Vos sois mi Criador, que de nada me hiciste a vuestra imagen y semejanza; vos mi conservador, que siempre me estáis conservando para que no me torne a la misma nada; vos mi santificador, que me levantáis a otro más alto ser por gracia; y vos mi glorificador, que me criastes para otro ser aún más alto, que es el de la gloria. Vos, para esto, sois mi despertador, mi ayudador, mi defensor, mi preservador, mi pastor, mi bienhechor, mi Rey, mi Señor y mi Padre, esposo y centro de mi ánima, y mi último fin, en quien solo está toda mi felicidad y bienaventuranza y la última perfección de toda mi vida. Todo esto me sois, Señor, en cuanto Dios.

Mas, en cuanto hombre, vos sois mi Redentor, mi Salvador, mi Librador, y —como dice vuestro apóstol— vos sois mi sabiduría, mi justicia, mi santificación, mi redención (cf. 1 Cor 1,30), mi sacrificio, mi cordero, mi sacerdote, mi abogado, mi intercesor, mi pastor, mi maestro, mi ejemplo, mi esfuerzo, mi consuelo y médico universal de todos mis males, pues vos curastes mi soberbia con vuestra humildad, mi avaricia con vuestra pobreza, mis deleites con vuestros dolores, mi ira con vuestra mansedumbre, mi envidia con vuestra caridad, mi gula con la hiel y vinagre que bebistes por mí, y mi pereza con los trabajos inmensos que pasastes por mí. Por mí ayunastes, y caminastes, y sudastes, y velastes, y orastes, y llorastes, y fuistes desterrado, perseguido, escupido, deshonrado, azotado, coronado, crucificado y afligido sobre todos los hombres del mundo

Todas estas cosas, Señor mío, son beneficios vuestros y títulos por donde me tenéis obligado, y derechos por donde soy todo vuestro, y vínculos con que me tenéis cautivo y preso. Pues ¿qué os podré yo, Señor mío, dar por todos estos beneficios?, ¿con qué os podré servir tantas y tan grandes mercedes? Porque es cierto que, si yo tuviera todos los corazones de los hombres y con todos ellos os amara, no pudiera satisfacer por sola una destas obligaciones. Pues ¿cómo podré, Dios mío, con tantas? ¿O cómo os negaré un solo corazón que tengo, por todas, debiéndoo tanto por cada una? Pues ¿qué haré, Dios mío, qué haré? No puedo más hacer que daros infinitas gracias por la muchedumbre destes beneficios, y pedir a todas las criaturas del cielo y de la tierra que ellas me ayuden a alabaros y

daros las gracias que yo, por mí solo, no os puedo dignamente dar; y así las llamo con aquel cántico que os cantaron aquellos santos tres mancebos en el horno de Babilonia.

*Benedicid todas las obras del Señor al Señor,
alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos [etc.]*¹²⁶

[565] Desta manera se puede acabar todo este Cántico

Y no sólo os debo todas estas bendiciones y alabanzas, pues soy todo vuestro; y vuestro, por tantos y tan justos títulos. Compra en Guinea un hombre a otro hombre, a veces por un bonete colorado, y aquel hombre así comprado por tan bajo precio queda tan cautivo del que lo compró, que no es señor ni de una hora de tiempo, ni de un maravedí que sea suyo; y cuando quiere, lo hace estar encerrado en una casa, aun metido de pies en un cepo; y si es menester, allí lo azota, y le pringa, y hace todo cuanto quiere dél. Pues, si yo, Señor Dios mío, por tantos títulos soy vuestro, vuestro porque me criastes, y vuestro porque con vuestra misma sangre me rescatastes, y vuestro porque todos los puntos y movimientos de la vida continuamente me estáis conservando, de tal manera que no abro la boca, ni meneo la lengua, ni puedo bullir pie ni mano, sin vos; si por tantos títulos, Señor mío, soy vuestro, ¿cómo me podré yo eximir de vuestro servicio? ¿Cómo os negaré vuestra hacienda? ¿Cómo podré yo ser señor de mí para vivir a mi voluntad, siendo por tantos títulos vuestro? Por tanto, Señor, Dios mío, reconociendo humildemente esta tan grande obligación, desde aquí me entrego y ofrezco por vuestro perpetuo esclavo, y así os ofrezco todas las cosas que en este día, y toda la vida, pensare, hiciere, dijere y padeciere, el comer, el beber, el dormir, con todo lo demás: que todo ello sea para vuestra gloria y alabanza. Y, sobre todo ello, ofrezco a mí mismo, para no ser ya más mío, sino vuestro; ni vivir ya más para mí, ni trabajar para mí, ni buscarme a mí, sino en todo y por todo procurar vuestro servicio y el beneplácito de vuestra divina voluntad; de tal manera que, en todas cuantas veces lo contrario hiciere, entienda que soy ladrón y usurpador de lo ajeno, pues hurté el servicio y obediencia que a vos, mi Dios, por todos estos títulos tan justamente os debía.

Mas, porque yo no puedo cumplir con esta tan grande deuda sin vuestra gracia, pídoos, Señor mío, que me ayudéis a esto y criéis en mí un corazón nuevo, el cual ninguna hora tenga por suya, que no la emplee en vuestro amor; y una voluntad nueva, que no quiera oír otra cosa más que cumplir la vuestra; y un entendimiento y memoria que nunca se olvide de vos. Dadme también, Señor, freno para regir mi lengua, guarda para mis ojos, limpieza para mi corazón, rigor para con mi carne, y mortificación para todos mis apetitos y propias voluntades. Dadme profundísima humildad de corazón, paciencia, obediencia, mansedumbre, pureza de intención, verdadera discreción, pobreza de espíritu, celo de vuestra honra, amor y sufrimiento para con mis prójimos, y compasión entrañable de sus trabajos. Vos, que vivís y reináis en los siglos etc.

Aviso acerca desta oración

Esta oración, cristiano lector, no es necesario que se rece siempre así, palabra por palabra, como está, sino debe el hombre entender las partes y las fuerzas della, y platicarlas en su corazón con las palabras que su devoción le administrare. Porque desta manera la hallará de cada vez más nueva, y así despertará a nuevos afectos y devoción en su corazón con ella. Para lo cual advierta que el fundamento desta oración es la consideración de aquellos títulos y beneficios por los cuales estamos tan obligados a nuestro Señor. Los cuales debe el hombre profundamente considerar cuando los pasa por la memoria, porque así se mueva el corazón al amor y servicio de un Señor a quien tantas obligaciones tiene. Las cuales, si el hombre llegase a penetrar como ellas son, verse hía cercado de tan grandes beneficios y cadenas, que sabría muy bien proseguir luego las otras partes que se siguen, que son: *Hacimiento de gracias, Ofrecimiento y Petición*. Lo cual se puede extender mucho más de lo que aquí está, descendiendo a pedir en particular todas las cosas que hubiéremos menester para nos y para todos nuestros prójimos; y, después, al cabo, nos podemos detener cuanto quisiéremos en la última petición, que es el *amor de Dios*, la cual es la más devota y más dulce y más provechosa de todas.

¹²⁶ Cita los versículos 57-60, etc. y 66-68 etc. de Dan 3,57-90.

Y tanto es este aviso más necesario, cuanto esta oración es para luego como el hombre se levanta; que muchas veces es antes del día. Y, platicando este ejercicio mentalmente, no será menester buscar lumbre para rezar, sino a oscuras podrá el hombre con mayor recogimiento proceder por los pasos deste ejercicio. Y, rezando aquel *Cántico de los tres mozos* advierta que a cada medio verso se repite en la Escritura divina aquella palabra: *Alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos*; la cual palabra es de grande virtud y devoción para el corazón que sabe qué cosa es amar a Dios. De manera que casi cuantas veces se repite, tantas saetas traspasan el corazón. Y, si no quiere acabar todo el cántico, basta llegar a la mitad. Y, si más aún quisiere de lo que ahí está, vaya por todos los coros de los ángeles, y de los patriarcas y profetas, apóstoles y evangelistas, mártires y confesores, vírgenes y viudas, y a todos pida que le ayuden a alabar y a glorificar al común Señor, repitiendo con cada uno dellos aquellas mismas palabras: *Alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos*.

Oración para pedir al Señor perdón de los pecados

Oh Padre todopoderoso, todo piadoso y [566] misericordioso, yo, miserable pecador, derribado ante tus pies, confieso mis grandes culpas, con las cuales ofendí a ti, benignísimo Padre. Confieso también mi gran desagradecimiento a tus infinitos beneficios, que es a tanto amor y benignidad como conmigo usastes, esperándome tanto tiempo a penitencia y no echándome en los infiernos como lo merecía mi malicia, sino antes provocándome y convidándome con tu gracia. ¡Oh, cuántas veces, Señor mío, llamaste a las puertas de mi ánima con muchas inspiraciones!, ¡cuántas veces me provocasteis con beneficios!, ¡cuántas me halagasteis con regalos!, ¡cuántas me heriste con azotes! Pero, con todo esto, te despedí de mí y te volví las espaldas, sufriendome tú todavía con inefable paciencia. ¡Oh, cuán justamente me pudieras haber echado en el abismo de los infiernos, y por tu sola clemencia detuviste el ímpetu de la ira que yo tenía tan merecida!

Maravilla es por cierto, oh Padre dulcísimo, cómo mi corazón no revienta de dolor cuando tales cosas considero. Indigno soy de llamarme tu criatura y de que la tierra me sustente y me dé con que viva. Maravilla es cómo no han tomado de mí venganza todas las criaturas por las injurias y descatos que he cometido contra ti. Pero ya, Padre misericordioso, ten misericordia de mí y ábreme las entrañas de tu infinita piedad. Perdóname, porque tanto dilaté volverme a ti. Descúbreme ese benignísimo pecho de Padre, y dame el mantenimiento que sueles dar a tus hijos. Suplícote, Señor, obres ahora en mí eso para que tanto tiempo me esperaste. Claramente, Señor, confieso que soy el más vicioso de cuantos viciosos el mundo tiene; mas con todo eso confío en tu bondad. Porque, dado que mis pecados no tengan cuenta, tampoco lo tiene la muchedumbre de tus misericordias.

¡Oh Padre amantísimo!, si tú quieres, puedes limpiarme. Sáname, Señor, y seré sano, pues claramente confieso que pequé contra ti. Acuérdate de la palabra de tanta consolación que pronunciaste por uno de tus profetas, cuando dijiste: *Tú fornicaste con muchos enamorados; pero vuélvete a mí*, que yo te recibiré (Jer 3,1) ¹²⁷. Por lo cual, Padre piadoso, confiado en esta promesa, de todo corazón me vuelvo a ti, como si a mí solo hubieras llamado y a mí solo convidaras con esta voz tan amorosa. Porque yo soy aquella miserable y desleal criatura, aquel hijo pródigo y desperdiciado que me alejé de ti, Padre de las lumbres, de quien todos los bienes descienden; y como oveja modorra me perdí de tu rebaño, destruyendo tan largas mercedes como me habías concedido. Dejete, fuente de aguas vivas, y fuime a beber a los pozos salobres de amargas consolaciones, que súbitamente se agotan (cf. Jer 2,13); pues es cierto que todos los sensuales deleites más presto que el humo desaparecen. Dejete, Pan de vida, y comí las bellotas desechadas y holladas de los puercos, siguiendo mis aficiones viciosas y mis apetitos bestiales. Desamparete, sumo y perfectísimo bien, y fuime tras los terrenos y perecederos bienes, y con ellos me perdí. Mas ahora, Padre mío, suplícote quieras olvidarte de los deservicios que te hice, por los trabajos y servicios que tu unigénito Hijo hizo por mí.

Y tú, oh dulcísimo Hijo, Salvador y Señor mío, ten misericordia de mí. En tu divina clemencia, y en tu benigna gracia, y en las sacratísimas llagas que por mí recibiste, descargo todas mis maldades, todo mi desagradecimiento, mi deshonestidad, mi ira, mi soberbia, mi avaricia, mi desobediencia, mis solturas, mis desvergüenzas, mis atrevimientos, con todos los otros males que cometí contra ti. Tú eres toda mi esperanza y todo mi amparo y esfuerzo. Cuanto me turban mis pecados, tanto me alegra y

¹²⁷ «Tu autem fornicata es cum amatoribus multis; tamen revertere ad me, dicit Dominus».

esfuerza tu bondad y los méritos de tu Pasión. Y, dado que mis pecados sean grandes e innumerables, pero muy pequeños y pocos son comparados con tu misericordia. Por lo cual confieso que por tu bondad no dejarás perecer a quien criaste a tu imagen y semejanza, y por quien te hiciste consorte de nuestra misma naturaleza, y de nuestra carne y nuestra sangre. Finalmente espero que no seré de ti condenado, pues con tantos trabajos y por tan caro precio me redimiste. Tú que vives y reinas, etc.

Oración para dar al Señor gracias por los beneficios recibidos

Creación. Gracias te doy, dulce Jesús, porque me criaste a tu imagen y semejanza, por este cuerpo que me diste con todos sus sentidos, y esta ánima con todas sus potencias, para que con ellas te conociese y amase. Dame, Señor, gracia, para que de tal manera sirva yo a ti, mi Criador y Padre celestial, que, muertas todas mis pasiones y viciosas aficiones, vuelva a reformar en mí esta imagen que tú criaste, y hacerme semejante a ti por inocencia de vida.

Conservación. Gracias te doy por el beneficio de la conservación, porque tú mismo, que me criaste, me estás siempre conservando en este ser que me diste, Y, porque para esta misma conservación criaste cuantas cosas hay en este mundo: el cielo, la tierra, el mar, el sol, la luna, las estrellas, los animales, los peces, las aves, los árboles y, finalmente, todas las criaturas; de las cuales, unas hiciste para mantenerme, otras para curarme, otras para recrearme, otras para enseñarme y otras también para castigarme. Suplícote, Señor, me concedas que sepa yo usar como debo de todas estas cosas, y aprovecharme de ellas para lo que tú las criastes, esto es, para que por ellas venga en conocimiento de ti, mi verdadero Dios y Señor, y por ellas se encienda mi corazón en admiración y amor de tu santo nombre.

[567] Redención. Gracias te doy, dulce Jesús, por el beneficio de la redención, que es por aquella incomprehensible bondad y misericordia que conmigo usaste, y por aquella ardentísima caridad con que me redimiste, descendiendo a la tierra para llevarnos al cielo, haciéndote hombre para hacernos dioses, y padeciendo cruel muerte por darnos vida verdadera. [...]

Vocación. Gracias te doy, dulce Jesús, que dende el nacimiento y principio de mi vida me recibiste en el gremio de tu Iglesia, y me criaste en la fe católica, y me hiciste cristiano, y sustentaste y conservaste mi ánima hasta el día presente. Plega a tu piedad que tú solo seas manjar sabroso de mi corazón, y de ti solo, fuente de vida, tenga siempre sed mi ánima, hasta que, acabado el curso de la peregrinación, goce en tu bienaventuranza de aquel abundantísimo río de deleites, que corre de ti, fuente de vida.

Gracias te doy, dulce Jesús, que hasta el tiempo presente, sin sentirlo yo, me has librado de muchos y grandes peligros, así del cuerpo como del ánima, mereciendo yo por mis grandes y continuas maldades ser muchas veces de ti desamparado.

Gracias te doy, porque, estando yo durmiendo en el sucísimo muladar de mis vicios, me sufriste con tanta paciencia y me esperaste a penitencia, ofendiéndote yo tantas veces y resistiendo a tus santas inspiraciones. Concédeme, Señor, que de aquí adelante te siga con humilde afición, y con toda presteza y obediencia abrace tus santas inspiraciones, y despida de mi corazón el amor de todas las cosas visibles, para que todo entero se emplee en ti, sin nunca jamás apartarse de ti.

Gracias te doy, Señor, sobre todos estos beneficios, porque ordenaste para mi remedio tales y tan maravillosos sacramentos, porque me visitas con tantas inspiraciones, y por la bienaventuranza de la gloria que me tienes aparejada, si yo por mi grande culpa no me hiciera indigno della.

Estos son, Señor mío, los comunes beneficios que yo sé; otros muchos habrá que yo no sé, por los cuales no debo menores gracias que por los pasados, sino tanto mayores, cuanto más en esto se conoce la grandeza de tu bondad, pues, al tiempo que yo dormía, velabas tú para defenderme de mil peligros, y hacerme muchas mercedes. Por lo cual, así como tengo razón para pedirte perdón, no sólo de los pecados sabidos, sino también de los no sabidos, así también la tengo para darte cuantas gracias puedo, no sólo por los beneficios que yo sé, sino también por los que no sé, y así te adoro, alabo y bendigo por todos ellos. Dame, pues, Señor, que de tal manera use yo destes beneficios, que no me sean ocasión de soberbia o negligencia, sino de mayor humildad, agradecimiento y deseos de tu servicio. Tú, que vives y reinas en los siglos de los siglos. Amén.

Oración en la cual ofrece el hombre los trabajos y méritos de Cristo,
nuestro Salvador, para pedir mercedes por ellos

¿Qué daré yo al Señor por todo lo que él me ha dado? (cf. Sal 115,12), ¿con qué le serviré tantos beneficios?, ¿qué le ofreceré por tantas misericordias? ¡Oh, cuán mal he respondido a tan largo y tan piadoso bienhechor! Porque siempre fui desagradecido a tus beneficios, siempre puse impedimento a tus inspiraciones, añadiendo culpas a culpas y pecados a pecados. Confieso, Señor, que no merezco nombre de hijo, mas todavía te reconozco por Padre. Porque tú eres verdaderamente mi Padre y toda mi confianza; tú eres fuente de misericordia, que no desechas a los sucios que corren a ti, sino antes los lavas y recreas. Pues ves aquí, oh suave socorro mío, cómo yo, el más pobre de todas las criaturas, vengo a ti, sin traer otra cosa conmigo más que la carga de mis pecados. Humilmente me derribo a los pies de tu piedad, humildemente pido tu misericordia: perdóname, esperanza mía certísima, y sálvame por tu infinita clemencia.

[...] [568] [...]

Oración a Dios y a todos los santos para pedir todo lo que es necesario,
así para nos como para nuestros prójimos

Padre benignísimo, Padre piadoso y misericordiosísimo, habed misericordia de mí. Yo, por todos mis pecados y por los de todo el mundo, te ofrezco la vida, la pasión y la muerte de tu unigénito Hijo. Ofrézcode cuanto en este mundo hizo y padeció por nuestra causa. Ofrézcode los merecimientos de su dulcísima Madre y de todos los santos, para que por todos ellos me perdones y hayas misericordia de mí y me des la vida eterna.

Piadoso Jesús, Redentor y Señor mío, habed misericordia de mí. Gracias te doy por la infinita muchedumbre de tus misericordias y por las mercedes sin cuento que a mí, indigno, has hecho y haces cada día. Rúgote, piadoso Señor, me quieras hacer partícipe de tus merecimientos, para que incorporado en ti y hecho una cosa contigo por amor e imitación de tu vida santísima, merezca yo gozar de ti, como el sarmiento de la vid, pues tú eres verdadera vid y vida de todos tus fieles (cf. Jn 15,1).

Espíritu Santo Consolador, ayudadme Dios y Señor mío. A ti encomiendo mi ánima y mi cuerpo y todas mis cosas. En tus manos pongo el proceso y fin de toda mi vida. Dame que acabe yo en tu servicio, haciendo verdadera penitencia de mis pecados, antes que parta deste cuerpo mortal. Yo, ciego y enfermo, mientras en este mundo vivo fácilmente caigo en el lazo de mis aficiones, fácilmente yerro y fácilmente soy engañado. Por esto me entrego a ti y me pongo debajo de tu amparo. Defiende, Señor, a este pobre siervo tuyo de todos los males. Enseña y alumbrá mi entendimiento, gobierna mi ánima, rige mi cuerpo, fortalece mi espíritu contra la desordenada flaqueza de mi corazón. Dame cierta fe, firme esperanza, pura y perfecta caridad. Dame que con suavidad te ame, y que en todo lugar y tiempo cumpla tu santa voluntad.

Adoro, reverencio, glorifico a ti, Santa Trinidad, Dios todopoderoso, Padre, Hijo, Espíritu Santo. Ante tu divina Majestad del todo me derribo, y a tu santísima voluntad irrevocablemente me entrego. Señor, apartad de mí, y de todos los fieles, todo lo que te desagrada, y concédenos todo aquello que contenta a tus beatísimos ojos, y haz que seamos tales, cuales quieres que seamos. Encomiéndote a mis padres, hermanos, parientes, bienhechores, amigos, familiares y a todos aquellos por quien debo rogarte. Encomiéndote a toda tu Iglesia: haz que todos, Señor, te sirvan, todos te conozcan, todos te amen y se amen entre sí. A los errados vuelve al camino, apaga las herejías y convierte a la fe a todos los que aún no tienen conocimiento de tu santo nombre. Danos paz y consérvanos en ella, así como tú lo quieres y a nosotros conviene. Recrea y consueta a todos los que viven en tristezas, tentaciones, desastres y aflicciones espirituales y corporales. Finalmente, debajo de tu fiel amparo, encomiendo todas tus criaturas, para que a los vivos concedas gracia, y a los muertos, eterno descanso.

Salúdote, resplandeciente lirio de la hermosura [569] y sosegada primavera, Virgen Sacratísima María. Salúdote, olorosa violeta de suavidad divina. Salúdote, fresquísima rosa de celestiales deleites, de quien quiso nacer y mamar leche el Rey de los cielos, Jesucristo, *resplandor de la gloria*

del Padre y figura de su sustancia (Heb 1,3). Alcánzame, Señora mía, de la mano de tu Hijo todo aquello que tú conoces ser necesario para mi ánima. Ayuda, piadosa Madre, a mi flaqueza en todas mis tentaciones y necesidades y en la hora de mi muerte, para que por tu favor y socorro merezca estar seguro en aquel grande y postrero trabajo.

Oh bienaventurados espíritus angélicos, que con suave melodía, a una, voz glorificáis un común Señor y gozáis siempre de sus deleites, habed misericordia de mí. Y principalmente tú, santo ángel guardador de mi ánima y de mi cuerpo, a quien especialmente soy encomendado, ten de mí fiel y diligente cuidado. Oh santos y santas de Dios, que, después de navegado el turbio y tempestuoso piélago deste siglo y salidos deste destierro, llegastes al puerto de la ciudad celestial, sed mis medianeros y abogados, y rogad al Señor por mí, para que por vuestros merecimientos y oraciones sea yo favorecido, ahora y en la hora de mi muerte. Amén.

Oración de santo Tomás de Aquino para pedir todas las virtudes

Todopoderoso y misericordioso Señor, Dios, dadme gracia para que las cosas que son agradables a vuestra divina voluntad ardientemente las desee, prudentemente las busque, verdaderamente las conozca y perfectamente las cumpla, para gloria y honra de vuestro santo nombre. Ordenad, Señor, el estado de mi vida, y lo que me pedís que haga, dadme luz para que lo entienda, y fuerzas para que lo obre así como conviene para la salud de mi ánima. Séame, Señor, el camino para vos seguro, derecho y perfecto; y tal, que entre las prosperidades y adversidades desta vida no desfallezca, para que en las prosperidades os alabe, y en las adversidades no desmaye, y ni me ensoberbezca en las unas, ni desconfíe en las otras. De ninguna cosa tenga tristeza ni alegría, sino de lo que me llegare a vos o me apartare de vos. A nadie desee más contentar, que a vos, ni tema descontentar a otro, más que vos. Séanme viles todas las cosas transitorias, por amor de vos, y muy caras y preciosas todas las vuestras, y vos, Dios mío, sobre todas ellas. Deme, Señor, en rostro todo gozo sin vos, y no desee alguna cosa fuera de vos. Séame deleitoso cualquier trabajo por vos, y enojoso cualquier descanso que tomare sin vos. Dadme que a menudo levante a vos mi corazón, y, si alguna vez esto faltare, recompense esta falta con pesarme della y proponer de enmendarla.

Hazme, Señor, Dios mío, humilde sin fingimiento, alegre sin distraimiento, triste sin descaecimiento, maduro sin pesadumbre, pronto para vuestro servicio sin liviandad, verdadero sin doblez, casto sin corrupción, temeroso sin desesperación y confiado sin presunción. Dadme que avise yo al prójimo sin fingimiento, que le edifique con palabras y obras sin soberbia, que obedezca a los mayores sin contradicción y que sufra voluntariamente los trabajos sin murmuración. Dadme, dulcísimo Dios mío, un corazón velador que ningún pensamiento lo aparte de vos, un corazón noble que ningún bajo deseo lo cautive, un corazón valeroso que ningún trabajo lo quebrante, un corazón libre que ningún poder lo fuerce y un corazón derecho que ninguna mala intención lo pueda doblar. Dadme, dulcísimo y suavísimo Señor, entendimiento que os conozca, cuidado que os busque, sabiduría que os halle, vida que siempre os agrade y perseverancia que confiadamente os abrace. Dadme que merezca yo ser enclavado en vuestra cruz por penitencia, y que use de vuestros beneficios en este mundo por gracia, y goce de vuestras alegrías en el cielo por gloria. Amén.

Oración al Espíritu Santo

¡Oh Espíritu Santo Consolador!, que en el día de Pentecostés descendiste sobre los apóstoles y henchiste aquellos sagrados pechos de caridad, de gracia y de sabiduría. Suplícote, Señor, por esta inefable largueza y misericordia, hinchas mi ánima de tu gracia y todas mis entrañas de la dulzura inefable de tu amor. Ven, oh Espíritu Santísimo, y envíanos desde el cielo un rayo de tu luz. Ven, oh Padre de los pobres, ven dador de las lumbres, y lumbre de los corazones. Ven, Consolador muy bueno, dulce esposo de las ánimas y dulce refrigerio dellas. Ven a mí, limpieza de los pecados y medicina de las enfermedades. Ven, fortaleza de flacos y remedio de los caídos. Ven, Maestro de los humildes y destruidor de los soberbios. Ven, singular gloria de los que viven, salud única de los que mueren. Ven, Dios mío, y aparéjame para ti con la riqueza de tus dones y misericordias. Embriégame con el don de la sabiduría, alumbrame con el don del entendimiento, rígeme con el don del consejo,

confírmame con el don de la fortaleza, enséñame con el don de la ciencia, hiéreme con el don de piedad y traspasa mi corazón con el don del temor.

¡Oh dulcísimo amador de los limpios de corazón!, enciende y abrasa todas mis entrañas con aquel suavísimo y preciosísimo fuego de tu amor, para que todas estas, abrasadas, sean arrebatadas y llevadas a ti, que eres mi último fin y abismo de todos los bienes. ¡Oh dulcísimo amador de las ánimas limpias!, pues tú sabes, Señor, que yo, de mí, ninguna cosa puedo, extiende tu piadosa mano sobre mí y hazme salir de mí, para que así pueda pasar a ti. Y para esto, Señor, derriba, [570] mortifica, aniquila y deshace en mí todo lo que quisieres, para que del todo me hagas a tu voluntad, y así toda mi vida sea un sacrificio perfecto que todo se abraza en el fuego de tu amor. ¡Oh, quién me diese que a tan grande bien me quisieses admitir!

Mira que a ti suspira esta pobre y miserable criatura tuya, día y noche. *Tuvo sed mi ánima de Dios vivo, ¿cuándo vendré y pareceré ante la cara de todas las gracias? ¿Cuándo entraré en el lugar de aquel tabernáculo admirable, hasta la casa de mi Dios?* (Sal 41,3.5). ¿Cuándo me hinchirás de alegría con tu rostro? ¿Cuándo me veré harto con tu gloriosa presencia? ¿Cuándo por ti seré librado de la tentación, y en ti traspasaré el muro desta mortalidad? ¡Oh fuente de resplandores eternos!, vuélveme, Señor, a aquel abismo de donde procedí, donde te conozca de la manera que me conociste, y te ame como me amaste, y te vea para siempre en compañía de todos los escogidos. Amén.

Oración para mientras se dice la misa

En la cual se ofrece al Padre la muerte de su Hijo. Tomada de muchas palabras de san Agustín.

Clementísimo y soberano Criador del cielo y de la tierra, el más vil de todos los pecadores, juntamente con la Iglesia, te ofrezco este preciosísimo Sacrificio, que es tu unigénito Hijo, por todos los pecados que yo he hecho y por todos los beneficios que de ti he recibido. Mira, clementísimo Rey, el que padece, y acuérdate benignamente por quien padece. ¿Por ventura no es este, Señor, el que entregaste a la muerte por remedio del siervo desagradecido? ¿Por ventura no es este al Autor de la vida, el cual, llevado como oveja al matadero, no rehusó padecer un tan crudelísimo linaje de muerte? Vuelve, Señor, Dios mío, los ojos de tu Majestad sobre esta obra de inefable piedad. Mira al dulce Hijo extendido en un madero y sus manos inocentes corriendo sangre, y ten por bien perdonar las maldades que cometieron las mías. Considera su pecho desnudo y herido con el cruel hierro de la lanza, y renuévame con la sagrada fuente que de ahí creo haber salido. Mira esos sacratísimos pies que nunca estuvieron en el camino de los pecadores, atravesados con duros clavos, y ten por bien enderezar los míos en el camino de tus santos mandamientos. Ruégote, Rey de los reyes, por este Santo de los santos, por este Redentor mío, que sea yo ayuntado con él en espíritu, pues él no tuvo asco de juntarse conmigo por carne. ¿Por ventura no consideras, piadoso Padre, la cabeza descaecida del amantísimo Hijo, su blanca cerviz inclinada y caída con la presencia de la muerte? Mira, clementísimo Criador, cuál está el cuerpo del Hijo tan amado, y ten misericordia del siervo redimido. Mira cómo está blanqueando su pecho desnudo, cómo bermejea su sangriento costado, cómo están estiradas sus secas entrañas, cómo están descaídos sus ojos hermosos, cómo está amarilla su real figura, cómo están yertos sus brazos tendidos, cómo están colgadas sus rodillas de alabastro, y cómo riegan sus atravesados pies los arroyos de su sangre divina. Mira, glorioso Padre, los miembros despedazados del amantísimo Hijo, y acuérdate de las miserias de tu vil criado. Mira el tormento del Redentor, y perdona la culpa del redimido. Este es nuestro fiel abogado delante de ti, Padre poderoso. Este es aquel Sumo Pontífice que no tiene necesidad de ser santificado con sangre ajena, pues todo él resplandece rociado con la suya. Este es el sacrificio santo, agradable y perfecto, ofrecido y aceptado en olor de suavidad. Este el Cordero sin mancha, enmudecido ante los que le trasquilaban, el cual, herido con azotes, afeado con salivas e injuriado con oprobios, no abrió su boca. Este es el que no habiendo hecho pecados padeció por nuestros pecados, y sanó nuestras heridas con las suyas.

Pues ¿qué hiciste tú, oh dulcísimo Señor, porque así fueses juzgado? ¿Qué cometiste, inocentísimo Cordero, porque así fueses tratado? ¿Qué fueron tus culpas, y cuál la causa de tu condenación? Verdaderamente, Señor, yo soy la llaga de tu dolor y la ocasión de tu muerte, y yo la causa de tu condenación. ¡Oh maravillosa dispensación de Dios! Peca el malo, y es castigado el bueno, ofende el reo, y es herido el inocente, y lo que comete el siervo, paga el Señor. ¿Hasta dónde, oh Dios, hasta

dónde descendió tu humildad? ¿Hasta dónde se extendió tu caridad? ¿Hasta dónde procedió tu amor? ¿Hasta dónde llegó tu compasión? Yo cometí la maldad, tú sufres el castigo; yo hice los pecados, y tú te sujetas a los tormentos; yo me ensoberbecí, y tú eres humillado; yo fui el desobediente, y tú, hecho obediente hasta la muerte, pagas la culpa de mi desobediencia. Cata aquí, Rey de la gloria, cata aquí tu piedad y mi impiedad, tu justicia y mi maldad. Mira, pues, ahora, Padre eterno, cómo hayas de haber misericordia de mí, pues devotamente te he ofrecido la más preciosa ofrenda que se te podía ofrecer. Hete presentado a tu amantísimo Hijo y puesto entre ti y mí este fiel abogado: recibe con serenos ojos al buen Pastor y mira la oveja descarriada que él te trae sobre sus hombros. Ruégote, piadoso Padre, que por esta oración le merezca yo tener por ayudador, pues de gracia, sin que yo te lo mereciese, me lo diste por Redentor.

[Síguese otra oración, que también se puede decir
en el mismo tiempo de la misa, o en cualquier otro](#)

Adoro, alabo y glorificote, Señor Jesucristo, bendígotte y doyte gracias, Hijo de Dios [571] vivo, porque tus dignísimos miembros quisiste que por mi remedio fuesen en tantas maneras afligidos y lastimados; yo os saludo a todos uno a uno, por tu honra y amor. Salúdoos, pies de mi Señor, por mí cansados, afligidos y con duros clavos traspasados. Salúdoos, venerables rodillas, tantas veces por mí en la tierra hincadas, y tantas veces cansadas en caminar. Salúdote, pecho florido, por mí con cardenales y heridas afeado. Salúdote, costado sacratísimo, que fuiste, por mí, con lanza herido y traspasado. Salúdote, corazón amabilísimo, suavísimo y piadosísimo, por mí rompido y alanceado. Salúdoos, espaldas, por mí con azotes rasgadas y ensangrentadas. Salúdoos, dulcísimos y carísimos brazos, por mí en la cruz tendidos y estirados. Salúdoos, delicadas manos, cruelmente, por mí, con duros clavos heridas y traspasadas. Salúdoos, hermosísimos hombros, por mí con el peso de la cruz molidos y quebrantados. Salúdote, boca y garganta suavísima, por mí con vinagre y hiel amargada. Salúdoos, benignísimos oídos, por mí ofendidos con injurias y afrentas. Salúdoos, bienaventurados ojos, llovidos de lágrimas por mis pecados. Salúdote, venerable cabeza, por mí coronada con espinas, llagada con heridas y con la caña lastimada. Clementísimo JESÚS, saludo todo tu precioso cuerpo, por mí azotado, llagado, crucificado, muerto y sepultado. Salúdote, sangre preciosa, por mí ofrecida y derramada. Salúdote, nobilísima ánima, por mí entristecida y angustiada. Amabilísimo Señor, ruégote por tus santísimos miembros que santifiques los míos y laves todas las mancillas que yo les pegué, usando mal de todos ellos. Tú, que vives y reinas en los siglos de los siglos, por siempre jamás. Amén.

Capítulo VII. Síguense siete muy devotas oraciones a la sacratísima Nuestra Señora

Y en las tres primeras se pone un devoto memorial de su vida santísima. Y podrá repartir el hombre estas siete oraciones por los días de la semana, para que cada día se renueve su devoción con nuevas oraciones.

Oración primera de la vida de nuestra Señora

Dios te salve, suavísima Virgen María, a quien Dios escogió por Madre suya antes de todos los siglos. Tú eres aquella bienaventurada hembra de quien el Rey del cielo y de la tierra quiso tomar carne para redimir al género humano. Tú eres aquella piadosa medianera entre Dios y los hombres, por la cual se juntó el cielo con la tierra, y las cosas altas con las bajas. Tú eres guía de nuestra vida, puerta de la divina gracia, y tú, puerta [puerto?] deste siglo tempestuoso. Alcánzame, Señora, perdón de mis pecados y gracia, para que con todo cuidado honre y ame a tu Hijo, mi Salvador, y a ti, Madre de misericordia.

Dios te salve, Virgen suave, a quien los Padres antiguos desearon con entrañables deseos y representaron con diversas figuras y prometieron con muchas profecías y revelaciones. Recíbeme,

Señora, por tu siervo; prohíjame, Madre de gracia, y concédeme que sea yo del número de los que amas y tienes escritos en tu pecho virginal, a los cuales enseñas, enderezas y defiendes en todas las cosas.

Dios te salve, Virgen suave, a quien Dios hermoseó maravillosamente en el vientre de tu madre y adornó de todas las perfecciones y gracias. ¡Oh Virgen clarísima, Virgen resplandeciente, Virgen purísima, escogida entre millares!, no me deseches, Señora, aunque sea el que tú sabes que soy, sino oye al miserable que te llama, socorre al pobre que te busca y ayuda al que tiene puesta en ti su esperanza.

Dios te salve, María suave, cuyo nacimiento esperado en tantos siglos y deseado de tantas gentes alegró el mundo con nueva luz y nuevo gozo. ¡Oh Virgen inocentísima!, haz que yo sea inocente, y deshaz todo lo que en mí desagrada a tus limpiísimos ojos. Habed misericordia de mí, pues desde tu niñez, por todas las edades, creció contigo la misericordia.

Dios te salve, María suave, en quien Dios derramó toda hermosura corporal y toda gracia espiritual, con la cual te hizo amable a todas las gentes. ¡Oh amabilísima Virgen!, atavía, Señora, yo te suplico, mi ánima con ornamentos espirituales; planta en mi corazón vivas aficiones de pureza y castidad, para que así te agrade yo en todas las cosas, y sea verdadero imitador y siervo tuyo. [...]

Dios te salve, María suave, que siendo Virgen fuiste desposada con el santo virgen José por divino consejo. No consientas apartarme de ti, mas mírame siempre con benignos ojos. Porque, como no puede vivir para siempre aquel a quien mirares con ofendidos ojos, así no podrá perecer para siempre aquel a quien mirares con ojos benignos. Recibe, Señora mía, el ánima que te ama, y conserva al que confía en ti. Sed conmigo siempre piadosa, para que por ti halle gracia en los ojos del Señor que te escogió.

Dios te salve, María suave, a quien estando en altísima contemplación, el ángel Gabriel saludó humildemente dentro de tu secreto retrainamiento y ahí te dio parte de los misterios del Consejo divino. ¡Oh, si toda mi alegría fuese saludarte muy a menudo y presentarte muy devotos servicios! ¡Oh, si ninguna cosa en mí hubiese que ofendiese tu vista, más pura que de ángeles!

Dios te salve, María suave, que en tus castísimas entrañas concebiste al Hijo de Dios. ¡Oh, la más dichosa de las mujeres! Dime: ¿Qué sentiste en aquella hora en lo secreto de tu corazón, y con cuánta dulzura tu bienaventurada ánima se derritió cuando aquella vena de aguas vivas y principio de toda dulcedumbre entró en tu santísimo tálamo y se vistió de tu purísima carne? Alabo y glorifico, Virgen gloriosa, y humildemente reverencio tus santísimas entrañas virginales; y tú, Señora, ten por bien guardar y acrecentar siempre en mi ánima el don de la pureza y castidad.

Dios te salve, María suave, que llevando al Rey de la gloria encerrado en tu vientre subiste a los montes de Judea y visitaste y serviste a la bienaventurada santa Isabel, tu parienta. Visita, gloriosa Señora, mi ánima, y haz que en todos los días de mi vida devotísimamente te sirva y te ame con todo mi corazón. Amén.

Segunda oración de la vida de nuestra Señora

Dios te salve, María suave, que, con tu santísimo esposo José, doncella delicada y preñada, te partiste para Belén a pagar el censo común que todos pagaban. Dame gracia para sufrir pacientemente las miserias deste destierro y para anhelar siempre a la celestial Belén, donde está el Pan de vida, Cristo Jesús, nuestra salud. [...]

Dios te salve, María suave, que sin dolor ni detrimento de tu purísima virginidad pariste al Salvador del mundo y alegría del cielo. Tú eres Virgen y juntamente Madre; tú, templo del verdadero Salomón; tú, arca y santuario de Dios; tú, la puerta cerrada que vio Ezequiel; tú, el huerto cerrado y fuente sellada del Esposo celestial. Hinche, Señora, mi corazón y todos mis sentidos de tu gracia, para que renovado con este socorro viva vida agradable a tu Hijo y a ti.

[...] [573] [...]

Dios te salve, María suave, que a los cuarenta días presentaste el Niño en el Templo, donde el santo Simeón lo recibió en sus brazos y cantó aquella tan dulce canción, aunque después mezcló los cantares

con lágrimas, declarándote los trabajos y persecuciones que estaban aparejadas a aquel santo Niño, y el cuchillo de dolor que había de traspasar tu corazón. Suplícote, Señora, sea yo imitador desta tan larga cruz y paciencia, tomando todos los trabajos que el Señor me enviare con ella, y reconociendo por este ejemplo la gran merced que me hace con ellos. [...]

Dios te salve, María suave, que subiendo con el Niño Jesús, de edad de doce años, al Templo, le perdiste de vista sin culpa tuya, y le buscaste con grandísimo dolor y diligencia, y le hallaste después en el Templo, disputando entre los doctores, con grandísima alegría. Concédeme, Señora, que cuando alguna vez perdiere yo la gracia de la devoción por culpa mía, la busque con esa misma diligencia, y así la halle después de buscada, y le ponga mejor cobro después de hallada, para estar con ella más pronto en las cosas del servicio de mi Criador.

Tercera oración de la vida de nuestra Señora

Dios te salve, María suave, que diligentemente serviste y curaste en la niñez y tierna edad al Salvador, y después en su juventud y edad de varón —cuando predicaba— devotamente le seguiste. Dame que, despreciadas todas las cosas transitorias, a ti ame, a ti siga y siempre suspire por tu presencia.

Dios te salve, María suave, que sentiste con grandísimo dolor los crueles dolores y persecuciones de tu amado Hijo y en las entrañas de tu corazón te compadeciste de su terrible y afrentosa muerte. Dame que al mismo Señor alabe yo siempre por todas las cosas que por mí hizo y padeció; y por él también me compadezca de todos cuantos estuvieren puestos en trabajos y aflicciones.

Dios te salve, María suave, cuya ánima bienaventurada traspasó el cuchillo de dolor cuando estuviste bañada de lágrimas al pie de la cruz, mirando con piadosos ojos las heridas y la sangre del Hijo que padecía. Dame, Señora, que yo fielmente persevere contigo al pie de la cruz y con devoto corazón celebre la pasión de tu unigénito Hijo, mi Redentor.

Dios te salve, María suave, que estando en este mismo lugar oíste aquella dolorosa palabra de la boca de tu Hijo santísimo, que decía: *Mujer, cata ahí tu hijo* (Jn 19,26); con la cual, en ausencia, te encomendaba al amado discípulo, proveyendo a él de madre y a ti de hijo, en su lugar. Asimismo le oíste allí decir que padecía sed, y no te fue concedido dar un poco de agua al Hijo que la pedía muriendo; en lugar de la cual viste que le dieron vinagre. Asimismo viste con inestimable dolor expirar al Hijo que tanto amabas, y después le viste romper su sacratísimo costado con una lanza; la cual herida no sintió él, porque estaba muerto, mas sintiolo tu purísimo y maternal corazón, que, aunque para las cosas del mundo estaba como muerto, mas para los dolores de tu amado Hijo estaba más que vivo. Por todos estos tan extraños dolores te pido, Virgen Sacratísima, quieras herir mi corazón con la compasión y memoria de todos los dolores que mi Redentor padeció por mí, y hacerme participante del fruto dellos, para que no pierda por mi culpa el remedio que él me ganó por su gracia.

Dios te salve, María suave, a quien Jesús alegró con su triunfal resurrección y después de su gloriosa ascensión a los cielos llevó consigo y asentó sobre todos los coros de los ángeles en un trono real, como Reina y Señora de todo lo criado. Rogámoste, pues, humildemente, Señora y Madre nuestra, quieras tener fiel cuidado de nosotros y abogar por nos ante el tribunal de tu muy amado Hijo, para que, cuando viniere a juzgar los vivos y los muertos, seamos por tu intercesión librados de la muerte perdurable y colocados a su diestra, en compañía de aquellos que han de reinar en los siglos de los siglos. Amén.

Cuarta oración a nuestra Señora

Dios te salve, excelentísima Señora, después de Dios, entre los santos, santísima María, que con virginidad de Madre y con maternidad de Virgen maravillosamente engendraste a Jesucristo, Salvador del mundo. Tú eres graciosísimo templo de Dios; tú, sagrario del Espíritu Santo; tú, recámara gloriosa de la Santísima Trinidad. Por tu Hijo, Señora, vive la redondez de la tierra. Contigo se recrean los vivos, y con la memoria de tu dulce nombre se alegran las ánimas de los finados. Inclina, Señora, los

oídos de tu piedad a las oraciones deste vil siervo, y con los rayos de tu santidad destierra la escuridad de mis vicios, para que así pueda yo agradar a tus purísimos y beatísimos ojos.

Dios te salve, benignísima Madre de miseri- [574] cordia. Dios te salve, reparadora de la gracia y del perdón. ¿Quién no te amaré?, ¿quién no te honrará?, ¿quién no se encomendará a ti? Tú eres en las cosas dudosas nuestra luz, en las tristezas consuelo, en las angustias alivio, y en los peligros y tentaciones fiel socorro. Tú eres, después de tu unigénito Hijo, cierta salud y esperanza nuestra. Bienaventurados los que te aman y los que por santidad de vida se hacen tus familiares siervos y devotos. A tu piedad encomiendo, Señora, mi ánima y mi cuerpo; rige, enseña y defiéndeme en todas las horas y momentos, oh dulce amparo y vida mía. [...]

Dios te salve, bienaventurada Madre de soberana clemencia y consolación, por quien descendió al mundo la bendición celestial y la gracia de la felicidad eterna. De ti tomó carne, y de tu virginal vientre salió, aquel niño JESÚS, único autor de nuestra salud, el más suave, el más hermoso, el más noble de todos los hijos de los hombres. Tu religiosa memoria consuela los tristes, tu casta contemplación alegra los santos, tu perfecta inocencia esfuerza los pecadores. Alcánzame, Señora, perfecta limpieza de corazón, para que me cuentes en el número de aquellos que merecen ser amados de ti y de tu unigénito Hijo. [...]

Quinta oración a nuestra Señora

Dios te salve, alegría del cielo y gozo de la tierra, María. Tú eres aquella serenísima Madre de la luz que amorosamente alumbra las ánimas de los que te aman. Tú eres aquella dulcísima Madre de piedad que dichosamente llevas a tus fieles siervos a las alegres moradas del cielo. Tú, hermosa como paloma, subes sobre los ríos de las aguas, cuyos vestidos son de inestimable suavidad. A ti, Señora, levanto mi rostro, a ti miran los ojos de mi corazón, en ti confía mi ánima; habed misericordia de mí, porque, después de tu unigénito Hijo, en ti está toda mi salud.

Dios te salve, entera y de todo pecado limpia, Madre de Dios, María. Dios te salve, amparo certísimo de todos los que te llaman. Tú eres castillo fortísimo, dentro de cuyos muros están seguros los que a ti se acogen. Tú eres fidelísima defensora de todos los que te alaban. Tú, resplandeciente nube que templas el ardor de nuestros apetitos. Tú, rocío deleitable que apagas el fuego de nuestras codicias. Tú, llave esmaltada de perlas preciosas que abres las puertas del Paraíso. Tú, flor entre las espinas y rosa de los valles que alegras los ojos de los que te miran. Toda eres mansa, toda deleitable, toda resplandeciente y toda benigna. Socórreme, dulcísima Abogada mía, y después de las ondas deste siglo llévame al puerto de la bienaventuranza perdurable.

[575] [...]

¡Oh esperanza de los cristianos, después de Cristo, tu Hijo! ¡Oh reina de misericordia, dulzura de vida, a tu suspiro desterrado en este valle de lágrimas, hijo de Eva! Ayúdame, Señora, en mis trabajos, defiéndeme en mis peligros, esfuérmame en mis desmayos, y después deste destierro muéstrame al bendito fruto de tu vientre, Jesucristo, el cual vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

Sexta oración a nuestra Señora

Dios te salve, limpísima recámara de el Espíritu Santo y sagrado relicario del Verbo divino. Dios te salve, santísima Madre, que pariste al gozo de los ángeles y a la salud de los hombres, Cristo Jesús; y en su niñez le envolviste en pañales, le apretaste en tus brazos, le acallaste en tu regazo, le criaste a tus pechos y le regalaste con besos y abrazos. Ruégote, Señora, por ese misericordioso y virginal corazón, y por la diligencia y solícito cuidado con que serviste y proveíste a la niñez de tu unigénito Hijo, que defiendas ante él mi causa, deshagas mis pecados y me alcances perdón de todos ellos. Favoréceme, piadosa Gobernadora mía, mientras en este peligroso mar navego, y principalmente en el término de mi vida, para que guiándome y alumbrándome tú, prósperamente llegue al puerto de la celestial Jerusalén, donde para siempre te alabe en los siglos de los siglos. [...]

Dios te salve, Virgen piadosa María; Dios te salve, puerta de Oriente siempre cerrada, por la cual vino a nuestras tierras aquel más hermoso de todos los hijos de los hombres. Vuelve, oh clarísima,

vuelve a mí aquellos blandísimos ojos de tu virginal rostro, y destierra las tinieblas de mi ceguera con la claridad de tu venida. Aparta, Señora, mi ánimo de todas las cosas que están debajo del cielo, y suspéndela en la contemplación purísima de tu grandeza, haciéndola gustar aquellos dulcísimos licores de la felicidad eterna. [...]

Dios te salve, violeta de altísima humildad, rosa de caridad y lirio purísimo de castidad. Dios te salve, generosísima Madre del Criador sobera- [576] no. Oh Virgen suave, llegue hasta mí el olor de tus perfumes aromáticos, siéntate mi espíritu en la noche, gócese contigo mis entrañas en el día. A ti se aficione suavemente mi corazón, a ti ame entrañablemente mi ánimo y alegremente se ocupe en tus alabanzas. Tú eres florido tálamo de el Esposo celestial, tú deleitable paraíso de los ángeles, tú recámara de los sacramentos divinos; tú Madre, tú Hija, tú Esposa de Dios altísimo: tú seas siempre mi esperanza y dulce amparo de mi vida. Amén.

Séptima oración a nuestra Señora

¡Oh Virgen gloriosa, bienaventurada!, ¿cómo parecerá, Señora, mi oración delante de ti, pues la gracia que merecí por la pasión de mi Redentor perdí por la maldad de mi culpa? Mas, aunque yo sea tan grande pecador, viendo que mi demanda es justa, osaré rogarte que me oigas. Oh Reina y Señora mía, suplicote ruegues a tu sagrado Hijo que, por su infinita bondad y misericordia, quiera perdonarme. Y, si esto por mi indignidad no mereciere, séame concedido porque no perezca por mi culpa lo que él crió a su imagen y semejanza. Tú eres luz de las tinieblas, tú eres espejo de los santos, tú eres esperanza de los pecadores. Todas las generaciones te bendicen, todos los tristes te llaman, todos los buenos te contemplan, todas las criaturas se alegran en ti: lo ángeles en el cielo con tu presencia, las ánima de Purgatorio con tu consuelo, los hombres en la tierra con tu esperanza. Todos te llaman, y a todos respondes y por todos ruegas. Pues ¿qué haré yo, pecador tan indigno, para alcanzar tu gracia; que mi pecado me turba, y mi desmerecer me aflige, y mi malicia me enmudece? Ruégote, Virgen preciosísima, por aquel tan grave y mortal dolor que sentiste cuando viste a tu amado Hijo caminar con la cruz a cuestas al lugar de la muerte, quieras mortificar todas mis pasiones y tentaciones, porque no se pierda por mi maldad lo que él redimió por su sangre.

Aquellas piadosas lágrimas que derramaste siguiéndolo hasta la cruz, pon siempre en mi pensamiento, porque, contemplando en ellas, salgan tantas de mis ojos, que basten para lavar las máculas de mis pecados. Porque ¿cuál pecador osará parecer sin ti ante aquel eterno Juez, que, aunque es manso en el sufrimiento, es justo en el castigo? Pues ¿quién será tan justo que para este juicio no tenga necesidad de tu ayuda? ¿Qué será de mí, Virgen bienaventurada, si lo que perdí por mi pecado no gano por tu intercesión? Gran cosa te pido, según mis yerros, más muy pequeña, según tu virtud. Nada es lo que yo te puedo pedir, según lo que tú me puedes dar. Reina de los ángeles, enmienda mi vida y ordena todas mis obras de tal manera, que merezca yo, aunque malo, ser de ti oído con piedad. Muestra, Señora, tu misericordia en mi remedio, porque desta manera los buenos te alaben y los malos esperen en ti.

Los dolores que pasaste en la pasión de tu amantísimo Hijo y Redentor mío, Jesucristo, estén siempre ante mis ojos, y tus penas sean manjar de mi corazón. No me desampare tu amparo, no me falte tu piedad, no me olvide tu memoria. Si tú, Señora, me dejas, ¿quién me sostendrá? Si tú me olvidas, ¿quién se acordará de mí? Si tú, que eres Estrella de la mar y guía de los errados, no me alumbras, ¿qué será de mí? No me dejes tentar del enemigo; y si me tentare, no me dejes caer; y si cayere, ayúdame a levantar. ¿Quién te llamó, Señora, que no lo oyese? ¿Quién te pidió, que no le otorgases? ¿Quién te sirvió, que no lo galardonas con mucha magnificencia?

Haz, Virgen gloriosísima, que mi corazón sienta el traspasamiento que tenías cuando, después de abajado de la cruz tu preciosísimo Hijo, lo tomaste en tus brazos, mirando aquella imagen preciosísima —de los ángeles adorada, y entonces de los malos escupida—, y viendo la extraña crueldad con que pagó la inocencia del Justo por la desobediencia del pecador. Contemplo [*contemple?*] yo, Reina mía, cuál estabas entonces: los brazos abiertos, los ojos mortales, inclinada la cabeza, sin color en el rostro, sintiendo mayor tormento en el corazón, que nadie pudiera sentir en su propio cuerpo. Estén siempre en mis oídos estas dolorosas palabras que pudieras decir a los que te miraban: *¡Oh vosotros que pasáis por el camino!, ved y mirad si hay dolor semejante a mi dolor [Lam*

1,12]; porque por ellas merezca yo ser oído de ti. Hincá, Señora, en mi ánimo aquel cuchillo de dolor que traspasó la tuya cuando pusiste en el sepulcro aquel descoyuntado cuerpo de tu preciosísimo Hijo; porque me acuerde que soy tierra, y que al cabo he de volverle lo que della recibí, porque no me engañe la gloria perecedera deste siglo. Pon, Señora, en mi memoria cuántas veces volvías a mirar el monumento donde tanto bien dejabas encerrado; porque alcance yo tal gracia de ti, que quieras volver a mirar mi petición. Sea mi compañía la contemplación de la soledad en que estuviste aquella noche dolorosa, donde no tenías otra cosa viva, sino tus dolores, bebiendo el agua de tus piadosas lágrimas y comiendo el manjar de tus lastimeras contemplaciones; para que, llorando las angustias que padeciste en la tierra, merezca ver la gloria que alcanzaste en el cielo, en los siglos de los siglos. Amén.

[578] TRATADO SEXTO DE LA MATERIA DE LA ORACIÓN MENTAL

EN LA CUAL SE PONEN BREVEMENTE LOS PRINCIPALES MISTERIOS
DE LA VIDA DE NUESTRO SALVADOR, CON OTRAS COSAS.

Prólogo

Procediendo más adelante por nuestro *Memorial*, ya que hasta aquí habemos tratado de la oración vocal (que es más fácil y más común a todo género de personas), será bien tratar ahora de la mental, que es algo más dificultosa, y así pertenece a personas más ejercitadas. Porque por esta orden procede la naturaleza, subiendo siempre de las cosas más fáciles a las más dificultosas; y así es razón que proceda el arte, imitadora de la naturaleza; mayormente en esta parte. Porque, de la manera que las plantas tiernas y delicadas cuando comienzan a crecer han menester algún arrimo o estaca en que se sostengan y con que suban a lo alto, [579] mas después de ya crecidas y apoderadas de la tierra no tienen necesidad desta ayuda, porque ellas por sí bastan para eso, así también los novicios que comienzan a nacer en la vida espiritual, cuando quieren hablar con Dios, deben ayudarse para esto de algunas oraciones vocales, para que con ellas levanten su corazón a él y sepan hablarle; mas después de ya fundados y arraigados en su amor, y tocados de un poco de devoción, esa les dará palabras y enseñará cómo deben hablar y conversar con él. Y, porque desta manera de oración tratamos largo en el *Libro de la oración y meditación*, al presente no trataremos aquí más que de la materia della, que es de las cosas en que podremos fructuosamente ocupar nuestra consideración. Para lo cual se ponen aquí los principales misterios de la vida de Cristo, con algunas otras cosas que sirvan para esto, de las cuales no se trató en aquel lugar.

Capítulo I. Del fruto de la oración mental

En otra parte declaramos ya cómo ninguna diferencia esencial había entre la oración vocal y mental; pues como la una es acto de aquella nobilísima virtud que llaman *religión*, así también lo es la otra; y ambas tienen un mismo oficio, que es pedir limosna a nuestro Señor, aunque la una la pide con solo el corazón, y la otra con el corazón y con la boca juntamente. Solamente podrá aquí intervenir alguna diferencia accidental por parte de las circunstancias con que se puede hacer la una oración y la otra. Porque, siendo verdad que la devoción y espíritu con que oramos es como vida de la oración, tanto una oración será más excelente que otra, cuanto se hiciere con mayor espíritu y devoción. Por donde, si el que reza por unas cuentas o por un libro ora con mayor espíritu y devoción que el otro, esa será más fructuosa y más eficaz oración, porque orar desta manera es muy gran parte para ser oído; según aquello del salmo, que dice: *Clamé con todo mi corazón, óyeme, Señor* (Sal 118,145); y en otro lugar: *El deseo de los pobres oyó Dios* (Sal 9,36); esto es, la oración que se hace con espíritu; porque no es otra cosa orar en espíritu, sino pedir con entrañables suspiros y deseos del corazón, como ya dijimos. Tal fue la oración de Ana, madre de Samuel, que viéndose acosada de su competidora hizo oración a Dios con grande ansia de su corazón; de donde le vino que, con la fuerza y embebecimiento del espíritu, hacía tales gestos por defuera, que el sacerdote Elí creyó que estaba beoda (cf. 1 Sam 1,4ss); mas no era, cierto, del vino que él pensaba, sino del vino de la devoción, que se había exprimido en el lugar de su ánima con el husillo de la tribulación.

Mas aquí es de notar que también llamamos oración mental a la meditación y consideración de las cosas de Dios, aunque, cuando en esto nos ocupamos, no pidamos por entonces nada. Y esta consideración no se puede negar, sino que es de grande e inestimable provecho. Porque, así como la especulación y estudio de las ciencias humanas es un muy principal medio para alcanzar la sabiduría humana, así la consideración de las cosas divinas es un muy principal medio para alcanzar la sabiduría divina; que es el mayor de los dones del espíritu Santo, al cual se ordenan todos los otros.

Y, demás desto, esta consideración es un muy principal medio para alcanzar la verdadera devoción, que hace al hombre ligero y pronto para toda virtud, como luego diremos; que es la cosa que más declara y engrandece la excelencia deste ejercicio.

Trae también consigo esta manera de orar otro gran provecho, que es la digestión y sentimiento de las cosas espirituales. Porque el que reza por sus Horas o por sus cuentas pasa por las cosas más ligeramente, hasta llegar al término de su oración y dar cabo a sus oraciones ordinarias; mas el que considera no tiene cuenta con esto, sino con estarse con una palabra de la Escritura, o en un misterio de la vida de Cristo, todo el tiempo que halla qué rumiar en ella; que a veces acaece durar por grande espacio, como se lee de san Francisco, que toda una noche entera se estuvo repitiendo estas dos palabras: «Dios mío, conózcate a ti, conózcame a mí»¹²⁸. Y mucho más aprovecha un misterio desta manera considerado, que muchos otros pasados apresuradamente y de corrida. Bien es verdad que también el que reza por un libro podría hacer esto mismo, si todas las veces que llegase a un paso dulce y devoto hiciese allí una estación y se pusiese a considerar de espacio lo que allí el Espíritu Santo le diese a sentir. Y así hay algunas personas que se están un gran pedazo de tiempo rezando la oración del *Pater noster*, o el Símbolo de la fe (que es el Credo), deteniéndose en la consideración de los misterios que allí se contienen, con grande gusto y aprovechamiento. Y esta manera de rezar, demás de ser muy fácil a todo género de personas, es de grande provecho; y es la misma que aquí enseñamos y encarecemos, que es la que tiene anexa a sí la consideración.

Capítulo II. De la manera de la oración mental

Porque por la oración mental entendemos también la consideración de las cosas de Dios, como acabamos de decir, será bien declarar aquí cuál sea la materia desta consideración, que es el argumento propio deste Tratado. A lo cual brevemente se responde que todas aquellas cosas que pueden mover nuestro corazón a amor o temor de Dios, aborrecimiento del pecado y [580] menosprecio del mundo, etc., son materia desta consideración; y, así, todas las Escrituras Santas, y todas las vidas y ejemplos de los santos, y, finalmente, toda la fábrica deste mundo, con todas cuantas criaturas hay en él, porque de todo esto saca el varón devoto materia de consideración. Pero, entre todas estas cosas, señala santo Tomás dos en la II-II, en la q.82, art.3, donde dice que la verdadera devoción se despierta en nosotros con la consideración, así de las perfecciones de Dios como de sus beneficios, y también con la consideración de nuestros propios defectos y pecados; porque con lo uno aprovechamos en la caridad, y con lo otro en la humildad; y así lo uno es como echar raíces firmes en lo bajo, y lo otro, como crecer y subir a lo alto; y lo uno y lo otro es necesario para el aprovechamiento de la vida espiritual. Y para mayor declaración desto añadiré aquí lo que el cardenal Cayetano dice sobre este artículo de santo Tomás, por estas palabras, que son mucho para notar:

«En este artículo tercero debes notar dos causas intrínsecas que el santo doctor señala de la devoción, las cuales son, por una parte, la meditación de las perfecciones de Dios y de sus beneficios, y por la otra, la consideración de los propios defectos. A la primera parte pertenece la consideración de la bondad, misericordia, justicia, caridad y hermosura de Dios, con todos los atributos y perfecciones tuyas, y señaladamente la de la caridad y amor para con todos los hombres, y particularmente para con cada uno dellos. Ítem, la consideración de los beneficios divinos; y, señaladamente, la creación, la

¹²⁸ Pequeño trascuerde. Esta oración es de san Agustín (*Soliloquios*, II,1). La oración de Francisco en el monte Alverna fue así: «Arrodillado, con el rostro y las manos levantadas hacia el cielo, mientras decía lleno de fervor de espíritu: “¿Quién eres tú, dulcísimo Dios mío? Y ¿quién soy yo, gusano vilísimo e inútil siervo tuyo?” Y repetía siempre las mismas palabras, sin decir otra cosa» (*Consideraciones sobre las llagas*, III).

redención, el Bautismo, el Sacramento del altar, las inspiraciones divinas, los llamamientos y voces de Dios —o por sí o por otras causas segundas—, el habernos esperado tanto tiempo a penitencia, el habernos misericordiosamente preservado de tantos peligros, así de cuerpo como de ánima, y el haber diputado sus mismos ángeles para nuestra guarda, con todos los otros beneficios.

»A la segunda parte pertenece la consideración de sí mismo, conviene saber: de los propios defectos y miserias, así de las culpas presentes, como de las pasadas; la facilidad y prontitud tan grande que tenemos por parte de nuestro apetito para pecar; el estrago de la propia hacienda (que es de las habilidades y bienes de naturaleza que Dios nos dio), por haber habituado las potencias de nuestra ánima a mal obrar; la habitación en esta región tan distante y tan apartada de la conversación y amistad de Dios; la perversidad de nuestro apetito, que más siente los provechos y daños temporales, que los espirituales; la desnudez y pobreza de las virtudes; las heridas y llagas espirituales de nuestra ánima, que son ceguedad, malicia, concupiscencia y flaqueza; las cadenas con que estamos atados de pies y manos, que son los impedimentos grandes que por parte de nuestra carne tenemos para bien obrar; el estar en tinieblas y hedores y amarguras, y no sentirlo; no oír la voz del Pastor que nos llama de dentro; y, sobre todo esto, haber hecho tantas veces a Dios nuestro capital enemigo, pecando mortalmente, y, por consiguiente, haberle hecho tan grande injuria, como si no le quisiéramos tener por Dios, y haber puesto en su lugar —y hecho dioses— al vientre, y al dinero, y a la honra, y al deleite, y otras cosas semejantes, las cuales antepusimos y preciamos más que a Dios.

»Pues con estas meditaciones, las cuales habían de ser cotidianas a los religiosos y a todas las personas espirituales (dejado aparte el mucho hablar de las oraciones vocales, cuando no son de obligación), se engendra la devoción, y con ella juntamente todas las otras virtudes. Y no merecen nombre de *religiosos* ni *religiosas*, ni de *personas espirituales*, los que a lo menos una vez al día no se ejercitan en esto. Porque, así como no se puede esperar alcanzar el efecto sin la causa, ni el fin sin el medio, ni el puerto sin la navegación que para él se ordena, así tampoco se puede alcanzar la verdadera religión sin frecuentar y repetir los actos de las causas y medios de donde ella procede».

Hasta aquí son palabras de Cayetano, en las cuales ves cuánto alaba y cuán encarecidamente encomienda aquí el ejercicio desta meditación. Porque primeramente dice que con la consideración cotidiana destas cosas se engendra la devoción, y con ellas, consecuentemente, todas las otras virtudes, cuyo estímulo es la devoción. Lo segundo, que no merecen nombre de *religiosos* ni de *personas espirituales* los que a lo menos una vez al día no se recogen un poco para vacar a este santo ejercicio. Lo tercero, que, así como no se puede conseguir el fin sin los medios, el puerto sin la navegación, así tampoco la pureza y perfección de la religión sin los ejercicios de la oración y consideración, que son las causas della.

Y lo que dice: que para esto se debe dejar el mucho hablar de las oraciones vocales, no lo dice para condenar por esto el uso de la oración vocal; porque no es cosa que cabe en entendimiento de hombre de razón, alabando la oración mental, condenar la vocal. Porque, si es santa cosa llamar a Dios con el corazón, ¿cómo puede ser no santa añadir a la voz del corazón también la de la boca y de la lengua, que él crió para su alabanza? Mas dice esto para condenar, no el uso, sino el abuso de las oraciones vocales de algunas personas, que rezan tan apresuradamente y tan de corrida, y tan sin atención y devoción, que ningún fruto, o casi ninguno, sacan desta manera de rezar. Y aun algunas veces en lugar de fruto sacarán daño, cuando, ya que se ponen a rezar y hablar con Dios, no hacen esto con la reverencia y atención y con las circunstancias que debían; como lo declara este mismo doctor en la *Suma de pecados*. Y pluguiese a Dios no fuesen muchos los que en esta culpa caen. Mas quien mira de la manera que mu- [581] chos clérigos y sacerdotes el día de hoy rezan y cantan las Horas y el Oficio divino, así en público como en secreto, y el poco fruto y devoción que desto sacan, verá claramente con cuánta razón reprehende este doctor, no el uso, sino el abuso desta manera de orar.

Todas cuantas veces leo esta doctrina, confiésote, cristiano lector, que me maravillo mucho de ver en cuán pocas palabras comprendió aquí este doctor todos los ejercicios y casi toda la doctrina de cuantos libros espirituales hay; porque quienquiera que atentamente los leyere verá que, aunque en las maneras de las palabras parezcan diferentes, pero, en la substancia, ni dicen más, ni pretenden más de lo que este doctor enseñó; ni aun encarecen y autorizan más sus ejercicios de lo que este les encareció. Por do parece claro cómo la Iglesia se rige por un mismo Espíritu y cómo todos los siervos de Dios tienen un mismo Maestro, pues todos vienen a dar en un mismo fin y en un mismo camino. Haz tú lo que este doctor enseña, que es señalar cada día un pedazo de tiempo para pensar en tus pecados, y en

los beneficios de Dios, entre los cuales el más principal es el de nuestra redención, donde entran todos los misterios principales de la vida de Cristo; y trabaja como animal limpio para rumiar las palabras y obras de la vida deste Señor, que ni es otra cosa el Rosario de Nuestra Señora, ni otra la que todos los libros devotos enseñan. Todo es un mismo manjar; mas, como son diversos los gustos, unos lo guisan de una manera, y otros de otra. Lea quien pudiere los opúsculos de san Buenaventura, que fue un doctor tan señalado en letras, en devoción, en religión, en prudencia de gobernar, pues a los trece años de su profesión fue General de su Orden, y después cardenal, y ahí verás cuántas maneras de potajes hace este santo de la vida y pasión de Cristo, enseñándola a meditar, unas veces por las horas del día, otras por los días de la semana, otras reduciéndola a himnos y oraciones vocales, otras haciendo della un árbol de la vida del Crucificado. Y todo esto hacía el santo varón porque entendía, por una parte, cuánto nos importaba este santo ejercicio, y por otra, cuán diferentes eran los gustos de los hombres; y por esto guisaba el manjar de tantas maneras.

Para declaración del fruto que de aquí se sigue, no alegaré más de lo que este santo doctor alegó, que es la experiencia de muchas personas que él escribe en su tiempo grandemente aprovechadas por medio destes ejercicios; y lo mismo podemos alegar ahora, pues quienquiera que mirare este negocio con claros ojos, hallará, por cierto, que todas las personas que tienen sus tiempos diputadas para emplearse en estas santas meditaciones y consideraciones, regularmente hablando están más aprovechadas en el servicio de Dios y en el camino de las virtudes, y más prontas para todas las obras de piedad y misericordia, y para todos los trabajos y asperezas de la penitencia, y para apartarse con más cuidado de todas las ofensas de Dios.

Conclusión de todo lo dicho

Tenemos, pues, aquí, según esta doctrina, tres géneros de cosas que podemos llamar materia de la consideración. La primera es de las perfecciones divinas, como son la bondad, la caridad, la hermosura, la justicia, la misericordia y la providencia de nuestro Señor, con todas las demás. La segunda es de los beneficios divinos, y señaladamente del beneficio de la redención, donde entran todos los pasos y misterios de la vida de nuestro Salvador, porque todos ellos son parte de este soberano beneficio. La tercera es del conocimiento de sí mismo, esto es, de sus propios defectos y miserias; de donde nace el desprecio de sí mismo y la virtud de la humildad, que es fundamento de todas las virtudes. Entre las cuales consideraciones, la primera, que es de las perfecciones divinas (porque señaladamente sirve para el amor de Dios), quedará para el tratado siguiente, que desto habla; mas de las otras tres trataremos aquí. De las cuales, como de un público depósito, puede tomar el hombre materia para considerar todas las veces que quisiere recogerse a filosofar en esta celestial filosofía.

Para lo cual, unos hay tan ocupados, que no pueden recogerse más que una sola vez al día; los cuales pueden tomar cada vez un paso o dos de la vida de Cristo, o de los beneficios divinos; y de esta manera proceder de día en día, hasta haber pasado por todos los misterios o beneficios; y, esto acabado, tornar a comenzar de nuevo y proceder por los mismos pasos, ocupando la vida en esta rueda. Este, imaginen que es un espiritual zodiaco, que, desta manera, paso a paso se ha de andar, y replicarse [*repetirse*] después de andado; pues deste espiritual proceso y movimiento depende todo nuestro bien, así como, del proceso del Sol por el zodiaco, el gobierno deste mundo inferior.

Mas los que tienen la vida más desocupada (como son las personas eclesiásticas y religiosas, cuyos oficios es [*son*] vacar a Dios y rogar por los pecados del mundo; y otras también que están más libres de negocios) pueden muy bien recogerse dos o tres veces al día, y conforme a esto deben repartir estos misterios de tal manera, que para cada uno destes tiempos tengan sus pasos diputadas en que puedan ocuparse; y, acabado este discurso, tornar, como dijimos, a comenzar de nuevo.

Y señalase tan copiosa materia para esto, por no obligar al hombre a pensar cada día una misma cosa, porque esto podría causar hastío en los menos perfectos. Mas, por el contrario, la novedad de los misterios ayuda mucho a despertar la devoción, como dice santo Tomás en el opúsculo (*Sth.* II-II q.82 a.3 ad 2). De donde nace que muchas veces los novi- [582] cios suelen tener al principio de su conversión mayores fervores y gustos sensibles de Dios, que después de más aprovechados; porque la

novedad y grandeza del conocimiento de las cosas no experimentadas causa en ellos mayor sentimiento y admiración.

Capítulo III. De cinco partes que pueden entreenir en este santo ejercicio

Aunque la materia principal de la oración que aquí tratamos sea la consideración de las cosas susodichas, pero puede y debe acompañarse con otras cosas que han de preceder y seguirse después de esta consideración. Porque antes debe preceder una devota preparación, con la cual el hombre se apareja para entrar en su ejercicio, y después se pueden seguir tres cosas, que son hacimiento de gracias, ofrecimiento y petición; de las cuales trataremos brevemente en este lugar, porque ya en otro se trató de ellas más copiosamente.

I. De la preparación

Pues cuanto a la primera parte, que es la preparación, debe el hombre buscar para esto lugar y tiempo conveniente, según la condición y estado de su vida; y el tiempo es muy conveniente el de la medianoche o el de la madrugada; y el lugar tanto es mejor, cuanto es más oscuro y solitario, para que así esté el corazón más recogido, no teniendo en qué derramarse la vista.

Puesto el hombre en este lugar, y armado el corazón y la frente con la señal de la cruz, levante los ojos de su ánima a considerar estas tres cosas, conviene saber: qué va a pedir, y qué va a hablar, y con quién va a hablar.

Cuanto a lo primero, si mirare qué va a pedir, hallará que va a pedir gracia y gloria, con todo lo demás que para estas dos cosas le pueden ayudar, que son las mayores que se pueden pedir; cuya petición, para que sea más eficaz, ha de ir acompañada con todas aquellas condiciones que arriba pusimos, y señaladamente con una grande atención y humildad de corazón, como allí se declaró; porque estas cosas hacen que las tales peticiones no vuelvan vacías.

Pues, si pasas adelante y miras lo que vas a hacer, hallarás que vas allí a procurar el espíritu de devoción por medio de la consideración de las cosas de Dios, que es causa della; y por aquí verás que aun para esto es menester más que para lo pasado, pues, como ya dijimos, basta para impetrar la atención que llaman virtual, aunque falte la actual, mas no basta para alcanzar devoción, como dice santo Tomás, porque este buen afecto procede de esta actual atención y consideración de las cosas de Dios (*Sth.* II-II q.83 a.13). Por donde verás con cuánta solicitud y cuidado debes entender en este negocio para que no se derrame el corazón, porque de otra manera no alcanzarás lo que pretendes.

Mas, si miras lo tercero, que es con quién vas a hablar, hallarás que vas a hablar con aquella soberana Majestad que hinche cielos y tierra; por lo cual entenderás, no sólo con cuánta atención, sino también con cuánta humildad y reverencia debes hablar sobre tan importantes negocios con tan grande majestad.

▲ Y, para mejor sentir esto y entender que cuando estamos en oración no hablamos al aire, ni que está lejos de nosotros el que nos ha de oír, pongamos ante los ojos la presencia deste Señor, que está en todo lugar, no sólo por potencia y presencia, sino también por verdadera y real esencia. Porque dondequiera que hay algo que tenga ser, ahí está él como causa y fuente del ser, dándolo a todas las criaturas; porque la causa y el efecto de necesidad han de estar juntos y tocarse uno a otro. Y por esto en todo lugar es necesario que esté Dios presente; y así lo contemplaba el profeta Elías, cuando decía: *Vive el Señor, Dios de los ejércitos, en cuya presencia estoy* (1 Re 17,1) ¹²⁹. Pues así has de entender que lo está él en tu oración, oyendo tus palabras, mirando tu devoción y deleitándose en ella; porque, aunque universalmente asista

¹²⁹ «Vivit Dominus Deus Israel, in cuius conspectu sto», con la variante de 18,15: «Vivit Dominus exercituum, ante cuius vultum sto».

a todas las cosas, mas particularmente asiste a los que oran, como nos lo denuncia la Escritura divina, diciendo: *No hay nación en el mundo tan grande que tenga sus dioses tan cercanos a sí, como nuestro Dios asiste a todas nuestras oraciones* (Dt 4,7)¹³⁰. Pues ¿qué más quieres tú, que saber tan cierto, aunque no lo veas con ojos de carne, que te ve y te oye desta manera aquel que tan piadoso y poderoso es para remediar tu vida?

Pues cuando delante dél así te veas, debes hacerle una profundísima reverencia.

Y llamo aquí reverencia un reconocimiento de la majestad de aquel a quien vas a hablar. Para lo cual debes levantar un poco los ojos a pensar la grandeza, la majestad, la infinitad, la inmensidad, la omnipotencia, la sabiduría, la bondad, la hermosura y las otras perfecciones de este soberano Señor, las cuales sobrepujan todo entendimiento criado; porque esta consideración basta para que te humilles hasta el polvo de la tierra y encojas tus alas, y te sumas en los abismos en presencia de tan grande majestad. Y esta misma te hará estar con temor y temblor delante deste Señor; porque, cuanto tu corazón estuviere más tomado de este temor, tanto menos se descuidará ni derramará en otros pensamientos peregrinos.

Hecha esta reverencia, porque *el justo al principio es acusador de sí mismo* (Prov 18,17), comience luego a acusarse de sus pecados, trayendo sumariamente a la memoria la mala vida pasada, y pidiendo humildemente perdón della, para que con esto haga propicio al Juez con quien ha de negociar sus negocios. Para lo cual podrá decir con toda devoción la confesión general o el salmo *Miserere mei Deus*, o otra cosa semejante, para despertar con estas santas palabras la tibieza que el corazón suele tener al principio de la oración. Y no sólo pida al Señor perdón de los pecados, sino también ayuda para que aquel poco de tiempo que quiere llegarse a hablar con él esté allí con aquel temor y reverencia que se debe a tan alta majestad, y con aquella atención y humildad que se requiere para recibir el Espíritu Santo y la gracia de la devoción, que en el ejercicio se reparte a todos los que rigurosamente perseveran en él. Esto basta para la preparación, en la cual puede el hombre extender las velas todo cuanto quisiere en el conocimiento de sí mismo y de sus propias miserias, como adelante se declara.

También ayudará mucho para esta preparación, cuando el ánimo estuviere muy derramado, recogerlo con la lección de algún libro devoto, o con algunas oraciones vocales, como arriba dijimos, porque estas suelen ayudar mucho a recoger el corazón, cuando se rezan devotamente.

II. De la meditación

Después desta preparación, síguese la meditación o consideración de alguna cosa de las susodichas en el capítulo precedente, conviene saber: o de algún paso de la vida de nuestro Salvador, o de alguno de los otros beneficios suyos, etc. Porque esto es como el fundamento y sustancia de este ejercicio. Y, porque la principal materia desta consideración es la vida de nuestro Salvador, será bien declarar aquí en breve cómo nos habemos de haber en ella.

Pues para esto será bien que el hombre lea primeramente en este libro, o en algún otro semejante, el paso o pasos de la vida de Cristo que quiere meditar, si no tiene ya en la memoria la sustancia de ellos por haberlos otras veces leído; y, cuando después quisiere rumiar esto y tratarlo en su corazón, debe hacer cuenta que aquel misterio pasa allí delante dél, figurándolo así en su imaginación, pues para semejantes cosas nos fue dada por Dios esta potencia. Y procure asistir allí con un corazón humilde, compasivo, amoroso y devoto, contentándose con mirar sencillamente y sin demasiada especulación aquel sagrado misterio que tiene delante, con las principales circunstancias que hay en él. Las cuales, si tratamos de la vida y pasión de Cristo, Señor nuestro, son cuatro, conviene saber: quién padece, por quién padece, por qué causa y en qué manera. ¿Quién? Dios de infinta majestad, etc. ¿Por quién? Por el hombre, criatura tan ingrata y desconocida. ¿Por qué causa? Por sola bondad y misericordia. Mas ¿de qué manera? Con grandísima humildad, y caridad, y mansedumbre, y paciencia, y obediencia, etc. Estas son las principales circunstancias que en estos misterios debemos considerar.

¹³⁰ «Nec est alia natio tam grandis, quæ habeat deos appropinquantes sibi, sicut Deus [o Dominus Deus] noster adest cunctis obsecrationibus nostris».

Aquí es mucho de notar que, aunque este santo ejercicio sea juntamente del entendimiento y de la voluntad, porque el entendimiento va considerando las cosas y la voluntad sintiéndolas y aficionándose a ellas, pero mucha más cuenta se ha de tener con el ejercicio de la voluntad, que con el del entendimiento, por ser este [*aquel*] más fructuoso. Porque muchos letrados hay que conocen muchas y muy altas cosas de Dios, y, con todo esto, le aman poco; y muchos filósofos dice el Apóstol que hubo en el mundo, los cuales también conocieron a Dios, mas no por eso le glorificaron ni sirvieron (cf. Rom 1,21).

▲ Y por esto no pretendemos aquí tanto alcanzar conocimiento especulativo de Dios, aunque este sea bueno, cuanto amor y temor suyo, aborrecimiento del pecado, menosprecio del mundo y de sí mismo, alegría en el Espíritu Santo y entrañable devoción, con otros tales afectos, que son movimientos y obras de la voluntad, en las cuales consiste todo nuestro bien.

Mas, porque la voluntad, como arriba dijimos, es potencia ciega que no puede obrar sin que preceda alguna luz o obra del entendimiento (cualquiera que ella sea), por eso nos servimos aquí del entendimiento para que alumbre, guíe y despierte la voluntad a estos santos afectos y movimientos. De suerte que, así como la aguja es necesaria para coser, no porque ella sea la que cose, sino el hilo, mas no puede entrar el hilo sin ella, así también es necesario el uso del entendimiento para el de la voluntad, puesto caso que [*aunque*] lo que principalmente se pretende sea el de la voluntad; aunque bien veo que no es de todo semejante la comparación, sino sólo en que lo uno es medio para lo otro. Por donde, así como sería grande yerro gastar el hombre todo su tiempo y trabajo en los medios, dejando el fin, así también lo es el de algunos que, poniéndose a considerar estos sagrados misterios, más usan del entendimiento, que de la voluntad; y más parece que están allí estudiando para predicar, que meditando para orar y para aficionarse a las cosas de Dios.

Pues, para evitar este inconveniente, trabaje el hombre por aplicar lo más que pudiere el sentimiento de su voluntad a estos misterios, pensando en ellos con un corazón humilde, devoto, amoroso, temeroso y encogido ante la presencia de Dios, con quien está tratando, porque este es el fin y principal fruto deste ejercicio. Ca no dieron los ángeles, cuando el Señor nació, paz a los hombres de buen entendimiento, sino a los de buena voluntad, en cuya reformación está nuestra santificación; pues muchas veces vemos que se halla buen entendimiento sin buena voluntad, mas **nunca se halla buena voluntad sin sano entendimiento**.

Y este documento no sólo debe el hombre guardar todas las veces que se recogiere a pensar en Dios, sino también todas las que fuera de este recogimiento, entre día y noche, levantare su co- [584] razón a él, aplicando aquí su voluntad, con toda la humildad y reverencia, con todo el amor y devoción que le sea posible. Y tenga por cierto, si a esto se habituare, que en muy poco tiempo alcanzará inestimable provecho; porque, después que su corazón se habituare a esto, hallará un tan dulce nido y morada para Dios en su corazón, que no se hallará a vivir sin la paz, y calor, y consolación, que por aquí se le comunicará.

Pues, cuando de esta manera y con este afecto hubiere pensado en alguno de estos misterios, si, con todo esto, hallare su corazón seco y frío, no por eso desmaye, porque a los que fielmente y con paciencia aguardan por la visitación de el Señor, y hacen medianamente lo que es en sí, suele él hacer grandes mercedes, recompensando la tardanza de la venida con alguna gracia señalada.

Ni tampoco se fatigue mucho procurando casi forzosamente por sacar la devoción, como exprimida a fuerza de brazos, sino contétese, como dijimos, con una humilde y sencilla vista de estos misterios y con asistir y acompañar al Señor en estos piadosos pasos que por nuestra causa dio. Ni tampoco desmaye si fuere aquí combatido de diversos pensamientos, pues esto no está siempre en manos del hombre, ni es muchas veces culpa de la persona, sino de la naturaleza corrupta; con tal que él haga lo que es de su parte, ojeándolos de sí y peleando varonilmente contra ellos. Ni menos debía desistir de su ejercicio si luego a las primeras azadonadas no saca agua; porque muchas veces se da al cabo al que fielmente persevera, lo que se niega a los principios; y aquí está la llave de este negocio. Por tanto, trabaja, hermano mío, y persevera y porfía, acordándote que tales son las mercedes que aquí el Señor suele hacer a tiempos, que muchos años de trabajos serían muy bien empleados por ellas.

Verdad es que una de las principales causas, entre otras, de esta sequedad es traer el corazón muy ocupado en negocios exteriores, por donde con dificultad y tarde se viene a prender y tomar de las interiores. Por esto conviene mucho traerlo, cuanto sea posible, ocupado en cosas de Dios, porque

andando con esto caliente y devoto fácilmente lo podremos levantar a él cuando quisiéremos. Para lo cual señaladamente ayudan dos cosas: la primera, lección ordinaria de libros espirituales y devotos, la cual trae el corazón ocupado en aquello de que anda lleno; y la segunda, y más principal, trabajar todo lo posible por andar siempre en la presencia de Dios y nunca perderlo de vista, o a lo menos levantar muchas veces entre día y noche el corazón a él, con algunas breves oraciones, tomando ocasión de las mismas cosas que vemos o que tratamos; y así debe el hombre tener su manera de oraciones y consideraciones diputadas para cuando se acuesta y para cuando se levanta, y para cuando ha de comer o hablar o negociar, para cuando es tentado, para cuando oye el reloj dar la hora, para cuando ve los campos floridos y el cielo estrellado, o cuando ve algunos males corporales o espirituales de prójimos; para que todo esto le sea motivo de levantar el corazón a Dios, y así pueda conservar siempre dentro de sí con estos tizones el fuego de su amor. Porque, así como en la leña seca se enciende presto la llama, así también se enciende la devoción en el corazón que anda siempre caliente con el uso de la continua oración y lección y meditación de las cosas de Dios.

III. Del hacimiento de gracias

Después de la meditación, puede seguirse un devoto hacimiento de gracias, así por aquel misterio y beneficio que acabamos de considerar, como por los otros beneficios divinos, así generales como especiales, así manifiestos como ocultos; de los cuales trataremos adelante. Y aquí podremos hacer un general llamamiento de todas las criaturas del cielo y de la tierra, para que todas ellas nos ayuden a bendecir y dar gracias al Señor por todos estos beneficios; como en el libro precedente tratamos en la oración que está señalada para rezar luego por la mañana.

IV. Del ofrecimiento

Después de dadas desta manera las gracias, se puede luego seguir un devoto ofrecimiento de nosotros mismos y de todo cuanto en este mundo hiciéremos y padeciéremos, para que todo ello milite y sirva a la gloria y honra de nuestro Señor; porque, acabada la memoria y reconocimiento de los beneficios, luego el mismo corazón está preguntando con el Profeta: *¿Qué daré yo al Señor por todo lo que él me ha dado?* (Sal 115,3). A lo cual parece que en alguna manera responde el hombre ofreciéndose a sí mismo y a todas sus cosas, y entregándose todo al Señor como esclavo suyo, herrado con su propio hierro, para hacer en todo su santa voluntad, negada la propia.

Mas sobre todo esto, puede y debe ofrecer todos los trabajos y méritos de Cristo, nuestro Salvador, que es la ofrenda más alta, más eficaz y de mayor merecimiento que se puede ofrecer; la cual es toda nuestra, pues el Señor della es todo nuestro, nuestra carne y nuestra sangre, y nuestra salud y redención; el cual nos dejó en su testamento por herederos de todos sus merecimientos y trabajos, y así los podemos relatar uno por uno y ofrecerlos al Padre eterno de nuestra parte, para descargo de nuestras culpas, remedio de nuestras miserias y gloria de su santo nombre.

[585] V. De la petición

Tras desto, se puede luego muy bien seguir la petición de todo lo que es necesario para nuestra salvación, como en el tratado precedente se declaró en el cap. 2, en la quinta condición, donde se trata de la materia de la oración.

Mas aquí es de notar que, procediendo por estas cinco partes, debe el que ora trabajar lo más que pudiera por **tratarlas hablando humildemente con Dios, ante cuya presencia está.** Porque el hablar con el Señor de tan grande majestad levanta más los espíritus; y pide más atención, más reverencia y más devoción, por razón de la persona con quien habla, que cuando habla con su propia ánima, o cuando piensa alguna cosa santa rumiándola dentro de sí mismo, como cuando uno piensa en la muerte, o en el juicio, o en las penas del infierno, o cosa semejante. Por lo cual, entre estas cinco partes susodichas son muy principales las tres postreras, que son hacimiento de gracias, oración y petición; porque no se pueden ejercitar sin hablar actualmente con Dios, o dándole gracias, o

pidiéndole mercedes, o ofreciéndose a él, etc. Lo cual, como dije, levanta más el espíritu, y parece como que lo empina para llegarse a aquel Señor que está en lo alto. Por lo cual debe el hombre procurar que también en la preparación y meditación (donde se sufre) hable de esta manera con Dios.

Estas son, cristiano lector, las principales partes que puede tener la oración, las cuales nos son encomendadas muchas veces en diversos lugares de la Escritura divina y en la doctrina de los santos, que por excusar prolijidad aquí no alego; y estas debe el hombre juntar y ejercitar en un mismo tiempo de recogimiento, como aquí se ha declarado; aunque con brevedad, por estar ya todo esto tratado más a la larga en el *Libro de la oración y meditación*.

Mas aquí debo avisar que esta orden se pone, no para hacer ley general ni poner edictos públicos que siempre se hayan de guardar, sino para introducir a los nuevos en este camino; porque, después de una vez entrados en él y admitidos a la recámara del Esposo, y a la casa de sus vinos preciosos, la experiencia y la devoción les enseñará mejor lo que han de hacer. Porque por experiencia se sabe que, si a un novicio principiante no hacéis más que alabarle en común la oración o meditación, sin ponerle en el camino y señalarle en particular la materia y la manera de este ejercicio, que con lo que responderá al fruto de vuestra exhortación será con ponerse a meditar ya esto, ya lo otro, con un corazón vagamundo, sin firmeza ni estabilidad en alguna cierta y piadosa inquisición. Lo cual, aunque sea consideración, no es de las más fructuosas y provechosas de que aquí queremos tratar. Para lo cual es de saber, como dice Ricardo, que debajo deste nombre de consideración se comprehenden tres cosas, conviene saber: cogitación, meditación y contemplación; las cuales difieren entre sí desta manera: que la cogitación discurre sin trabajo y sin fruto, o a lo menos con poco trabajo y con poco fruto; la meditación insiste en una cosa con trabajo y con fruto; mas la contemplación permanece fija en una misma cosa sin trabajo y con fruto. Por la cual distinción se colige lo poco que aprovecha esta manera de cogitación, que es la que sin tener materia ni intención cierta discurre por diversos pensamientos, dejándose llevar ya de uno, ya de otro, sin firmeza, sin estabilidad y sin atención solícita y diligente, estando ya aquí, ya allí, y tratando este negocio tan tibiamente, que fácilmente es llevada de cualesquier otros pensamientos peregrinos.

Por esto, pues, es cosa conveniente que haya, a lo menos en los principios, materia determinada y tiempos también señalados para este ejercicio, exentos de las otras ocupaciones del día y diputadas para Dios; así como los tiene la Iglesia para las oraciones públicas y oficios divinos. Aunque ni tampoco esto se pide con tanto rigor, que sea luego pecado hacer lo contrario. Porque, fuera de aquellos tiempos y lugares señalados, puede el hombre levantar su espíritu a Dios, así con aquellas meditaciones, como con otras que le muevan a devoción; porque, como este sea el fin que se pretende, cualquiera cosa que sirva para esto no se ha de tener por extraña deste ejercicio. Por donde uno de los más comunes avisos que en esta parte se dan es que, cuando estando el hombre en una consideración se le ofrece evidentemente más fruto y más miel en otra, siempre debe preceder esta a la otra, pues por ella se consigue mejor el fin que se busca, que es la devoción.

Pues conforme a esto, los confesores y padres espirituales que quieren introducir en este santo ejercicio a los deseosos de aprovechar en él, la manera que para esto podrán tener será esta. Primeramente, débenles ir poco a poco leyendo o platicando la historia de todos los pasos principales de la vida de Cristo, y después los puntos sobre que podrán filosofar en esta misma historia, como adelante se platica. Y para que mejor esto se les quede en la memoria, es muy buen aviso, donde esto se puede hacer cómodamente (como es en casas de novicios, etc.), pedirles cada día cuenta de la lección pasada, mandándoles que digan primero la historia del misterio, y después los puntos sobre que podrán filosofar en él; porque de esta manera se ha visto por experiencia quedar los hombres en pocos días muy bien enseñados y aprovechados. Y, introducidos en el camino por este modo, fácilmente podrán ellos [586] por sí advertir y notar algunos puntos y consideraciones sobre los dichos pasos, con que unas veces se muevan a imitación de los ejemplos de Jesucristo, otras a agradecimiento de sus beneficios, otras a compasión de sus trabajos, otras al amor y devoción de un Señor que tanto los amó, y otras a otros efectos y documentos semejantes.

Presupuesto, pues, ahora este pequeño preámbulo, comenzaremos a tratar de la materia de la meditación o oración mental, de que señaladamente se escribe en este *Tratado*. Y, como entre todas las materias que para esto sirven la principal sea la vida de nuestro Salvador, que es la que mayor conocimiento nos da de la divina bondad, justicia, misericordia, providencia y amor para con los

hombres, de esta trataremos primero; aunque con la brevedad que a este *Memorial* pertenece, puesto que [aunque] la materia es la más rica, más copiosa y más divina de todas cuantas se puedan tratar.

Capítulo IV. Síguese un devoto Memorial de los principales misterios de la vida de nuestro Salvador, donde primero se trata de la consideración destos sagrados misterios

La materia requería, antes que tratásemos de la consideración de la vida de nuestro Salvador, que declarásemos el fruto grande que deste santo ejercicio se suele seguir. Mas, porque en esto hay mucho que decir, y la brevedad que en esta escritura seguimos no nos da lugar a tanto, solamente diré al presente que ella es la que más alumbra y esclarece nuestro entendimiento, y mayor conocimiento nos da de Dios, que es el principio de nuestra felicidad. La razón desto es porque a Dios, en esta vida mortal, no conocemos por sí mismo, sino por sus obras; y tanto más por ellas, cuanto son más excelentes y mayores. Pues como sea cierto que, entre todas las obras de Dios, la que sin alguna comparación es mayor sea la humanidad de Cristo, nuestro Salvador (que es haberse Dios hecho hombre por amor a los hombres), así ella es la que más nos descubre la grandeza de las perfecciones divinas, conviene saber: la sabiduría, la bondad, la caridad, la misericordia, la justicia, la providencia, la benignidad y las otras perfecciones suyas. Y así ella es aquella escalera mística que vio el patriarca Jacob, por la cual los ángeles subían y descendían (cf. Gén 28,12); porque por aquí suben los varones espirituales al conocimiento de Dios, y por aquí también descienden al conocimiento de sí mismos.

Tiene también otra cosa esta consideración: que es universalmente provechosa para todo género de personas, así principiantes como perfectas. Porque esta es el árbol de vida que está en medio del paraíso de la Iglesia, donde hay ramas altas y bajas: las altas, para los grandes, que por aquí suben a la contemplación de las perfecciones divinas, de que ya dijimos; y las bajas, para los pequeños, que por aquí contemplan la grandeza de los dolores de Cristo, y la fealdad de sus pecados, para moverse a dolor y aborrecimiento de ellos.

Este es uno de los más propios ejercicios de el verdadero cristiano: andar siempre en pos de Cristo, y seguir al Cordero por doquiera que va. Y esto es lo que Isaías nos enseñó cuando, según la translación caldea, dijo que los justos y los fieles serían la cinta de las renas de Cristo, y que andarían siempre alrededor de él (cf. Is 11,5). Lo cual espiritualmente se hace cuando el verdadero siervo de Cristo nunca se aparta dél ni le pierde de vista, acompañándole en todos sus caminos y meditándole en todos los pasos y misterios de su vida santísima. Porque verdaderamente no es otra cosa Cristo (para quien tiene sentido espiritual), sino, como dice la esposa, un suavísimo *bálsamo derramado* (Cant 1,3)¹³¹; el cual, en cualquier paso que le miréis, está siempre echando de sí olor de santidad, de humildad, de caridad, de devoción, de compasión, de mansedumbre y de todas las virtudes. De donde nace que, así como el que tiene por oficio tratar o traer siempre en las manos cosas olorosas anda siempre oliendo a aquello que trata, así el cristiano que desta manera trata con Cristo viene por tiempo a oler al mismo Cristo, que es parecerse con Cristo en la humildad, en la caridad, en la paciencia, en la obediencia y en las otras virtudes suyas.

Pues para este efecto se escribió este presente *Tratado*, que es de los principales pasos y misterios de la vida de Cristo, poniendo brevemente al principio de cada uno la historia de aquel paso, y después apuntando con la misma brevedad algunas piadosas consideraciones sobre él, para abrir el camino de la meditación al ánima devota. De las cuales, unas sirven para despertar la devoción, otras para la compasión, otras para la imitación de Cristo, y otras para movernos a su amor y al agradecimiento de sus beneficios, y otras para otros propósitos semejantes. Imité en este *Tratado*, entre otros que san Buenaventura hizo, uno llamado *Meditaciones de la vida de Cristo*, que él escribió a una hermana suya, y otro llamado *Árbol de la vida del Crucificado*, que para este mismo efecto por este santo doctor fue compuesto; y púselo así en breve, para que se pudiese **traer en el seno lo que debe andar**

¹³¹ «Oleum effusum nomen tuum; ideo adulescentulæ dilexerunt te» (1,2)

siempre en el corazón, y así pudiese decir el hombre con la esposa en los Cantares: *Manojico de mirra es mi Amado para mí; entre mis pechos morará* (Cant 1,13)¹³².

[587] Capítulo V. Comienzan los principales misterios de la sacratísima vida y dolorosa muerte y gloriosa resurrección de nuestro Salvador

I. De la anunciación del ángel a nuestra Señora

Pues, comenzando a discurrir por los principales pasos y misterios de la vida del Salvador, la primera cosa que se ofrece es la embajada del ángel a la sacratísima Virgen, nuestra Señora. Donde, ante todas cosas, es razón poner los ojos en la pureza y santidad desta Señora, que Dios *ab eterno* escogió para tomar carne della. Porque, así como cuando determinó criar el primer hombre le aparejó primero la casa en que le había de aposentar (que fue el paraíso terrenal), así cuando quiso enviar al mundo el segundo, que fue Cristo, primero le aparejó lugar para lo hospedar, que fue el cuerpo y ánima de la sacratísima Virgen. Y, así como para aquel Adán terreno convenía casa terrenal, así para este que venía del cielo era menester casa celestial, esto es, adornada con virtudes y dones celestiales. Y, porque la condición de Dios es hacer las cosas tales, cual es el fin para que las hace, así como esta Virgen fue escogida para la mayor dignidad que hay después de la humanidad del Hijo de Dios, que es ser Madre suya, así le fue concedida la mayor santidad y perfección que hay después dél. Y, porque ella era Madre del Santo de los santos, a ella fueron concedidas por muy alta manera todas las gracias y privilegios que se otorgaron a todas las santas y santos. Y, sobre esto, le fueron concedidos otros siete privilegios de grandísima dignidad y admiración. Entre los cuales, el primero y el mayor fue ser Madre de Dios. El segundo, no sentir en sí ningún género de mala inclinación ni apetito desordenado. El tercero, nunca jamás, en sesenta y tantos años de vida, haber cometido un solo pecado; no sólo mortal, pero ni venial, que es cosa que sobrepuja toda admiración. El cuarto, haber concebido por virtud del Espíritu Santo. El quinto, haber parido sin dolor y sin detrimento de su pureza virginal. El sexto, haber sido llevada en cuerpo y ánima al cielo, sin que su cuerpo supiese qué cosa era corrupción. El séptimo, estar asentada al lado del Hijo en los más altos bienes de gloria que a otra pura criatura fueron comunicados. Pues, siendo esta Virgen tan privilegiada y aventajada sobre todos los santos, y tan llena de gracia, ¿qué cosa fuera ver la vida que en este mundo vivía? ¿Qué fuera ver su pureza, su humildad, su caridad, su benignidad, su honestidad, su mesura, su misericordia, y todas las otras virtudes, que en ella más que rubíes y esmeraldas resplandecían? ¿Qué fuera verla en este mundo conversar con los hombres y vivir entre ellos, la que, por otra parte, conversaba con los ángeles y trataba con ellos? ¿Qué fuera ver sus ejercicios, sus lágrimas, sus vigiliias, sus abstinencias, sus oraciones, en que gastaría los días y las noches con Dios? ¿Qué cosa más admirable que, en sesenta y tantos años de vida conversando con los hombres y viviendo en cuerpo sujeto a la hambre y necesidades de los otros cuerpos, nunca jamás descompasase solo un punto, ni en comer, ni en beber, ni en dormir, ni en hablar, ni en otra cosa alguna, trayendo siempre todas las potencias de su ánima, su memoria, su entendimiento, su voluntad y su intención puestas con Dios? ¡Cuán llena de luz, de amor y deleites celestiales estaba la que desta manera perseveraba unida con eterno vínculo de amor y suavidad con Dios! Finalmente, tal era su vida, su pureza y la hermosura de su ánima, que, quien tuviera ojos para mirarla, mucho más conociera por aquí la sabiduría, omnipotencia y bondad de Dios, que tal ánima había formado, que por la fábrica y hermosura de todo este mundo.

Aparejada, pues, esta casa —que es este paraíso de deleites— para este segundo Adán, después que se cumplió el tiempo que la divina Sabiduría tenía determinado para dar remedio al mundo, envió el ángel san Gabriel a esta Virgen llena de gracia, la más bella y la más pura y escogida de todas las criaturas del mundo; porque tal convenía que fuese la que había de ser Madre del Salvador de el mundo. Y, después que este celestial embajador la saludó con toda reverencia y le propuso la embajada que de parte de Dios le traía y le declaró de la manera que se había de obrar aquel tan gran misterio, que no había de ser por obra de varón, sino por Espíritu Santo, luego la Virgen, con humildes

¹³² «Fasciculus myrrhæ dilectus meus mihi, inter ubera mea commorabitur» (1,12).

palabras y devota obediencia, consintió a la embajada celestial, y en ese punto el verdadero Dios omnipotente descendió en sus entrañas virginales y fue hecho hombre, para que desta manera, haciéndose Dios hombre, viniese el hombre a hacerse Dios.

Aquí puedes primeramente considerar la conveniencia de este medio que la sabiduría divina escogió para nuestra salud, porque esta es una de las consideraciones que más poderosamente ar- [588] rebata y suspende el corazón del hombre en admiración de esta inefable sabiduría de Dios, que por tan conveniente medio encaminó el negocio de nuestra salud; dándole juntamente con esto gracias, así por el beneficio que nos hizo, como por el medio porque lo hizo, y mucho más por el amor con que lo hizo, que sin comparación fue mayor.

Considera también aquí la inefable caridad de Dios, que al tiempo que nosotros dormíamos y menos cuidado teníamos de nuestra salud, y ni con oraciones ni sacrificios procurábamos nuestro remedio, se acordó él de remediarnos; y, pudiendo hacer esto por otras muchas maneras, lo quiso hacer por esta, que a él era tan costosa, por ser la más conveniente que había para nuestra salud. De la cual caridad dijo el mismo Señor en el Evangelio: *De tal manera amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo, para que mediante la fe y amor que tuviésemos con él alcanzásemos la vida eterna* (Jn 3,16).

Considera también la maravillosa vergüenza y silencio desta Virgen, que apenas habló una palabra necesaria, después de muchas que el ángel le habló. Y considera también su grande humildad, pues, teniendo tanta razón para temer, teniendo delante de sí un ángel en tan resplandeciente figura, no se hace mención deste temor, sino del que recibió en oírse alabar y llamarse *llena de gracia y bendita entre las mujeres* [Lc 1,28. Vulg.]; porque para el verdadero humilde ninguna cosa hay más nueva ni más temerosa, que oír sus alabanzas, porque estas son los ladrones y robadores del tesoro de la humildad.

Considera también el amor inestimable que esta Virgen tenía a la castidad, pues ella fue la primera que en el mundo hizo este nuevo voto, sin tener ejemplo que imitar. Y qué tan grande haya sido el amor que tuvo a esta virtud, parece claro, pues, ofreciéndole tan grande gloria como es ser Madre de Dios, todavía trató de volver por la gloria desta virtud; y todavía, como san Bernardo dice, sintió pesar, si, por ventura, para esto se había de dispensar el voto de su pureza virginal (*Super misus est, Homil.3*).

Piensa también en la fe de esta Señora, de la cual con mucha razón fue alabada de santa Isabel, pues creyó tantas maravillas juntas y tan increíbles a todo humano entendimiento. Pues, si tanto fue alabada del Apóstol la fe de Abrahán, porque creyó que una mujer estéril pariría, ¿cuánto fue mayor la fe de esta doncella, que creyó que una virgen pariría, y que Dios encarnaría, y que todo esto sería por el Espíritu Santo, sin obra de varón? De donde aprenderás, hombre flaco, a creer y fiarte siempre de todas las palabras y promesas de Dios, aunque al seso humano parezcan increíbles.

Considera después de todo este tan dulce diálogo con cuánta humildad y obediencia se resignó esta Señora en las manos de Dios, diciendo: *He aquí la sierva del Señor*, etc. [Lc 1,38]. Mas, sobre todo esto, es mucho más para considerar los movimientos, los júbilos y los regalos que en aquel purísimo corazón entonces habría con la supervención del Espíritu Santo, y con la encarnación del Verbo divino, y con el remedio de el mundo, y con la nueva dignidad y gloria que allí se le ofrecía, y con tan grandes obras y maravillas como allí le fueron reveladas y obradas en su persona. Mas ¿qué entendimiento podrá llegar a entender lo que en esto pasó?

II. La visitación a santa Isabel

Como el ángel anunció a la sacratísima Virgen que su parienta Isabel en su vejez había concebido un hijo, dice el evangelista que se partió con gran priesa a visitarla; y, entrando en su casa y saludándola con humildad, como oyó Isabel la salutación de María, saltó de placer el niño en su vientre, y en ese punto fue llena de el Espíritu Santo Isabel, su madre, y exclamó con una grande voz, diciendo: *Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¿Y de dónde a mí tan grande bien, que la Madre de mi Señor venga a mí?* etc. [Lc 1,42-43].

Tres personas tienes aquí en que poner los ojos, después del Hijo de Dios que estas maravillas obró, conviene saber: el niño san Juan, su madre y la Virgen. En el niño, considera una tan extraña manera de sentimiento y alegría como esta que aquí refiere el evangelista, porque en aquel punto le fue acelerado el uso de la razón y le fue dado conocimiento de quién era el Señor que allí venía, y del misterio inefable de su encarnación. De lo cual, fue tan grande la alegría que su ánima recibió, que vino a hacer aquella manera de salto y movimiento con el cuerpo, por la grande alegría que recibiera de su espíritu; por donde podrás conjeturar qué tan grande sería esta luz y alegría, pues no se pudo contener, que no redundase en el cuerpo y se declarase con aquel salto y movimiento tan desacostumbrado. También podrás por aquí entender qué tan grande sea el misterio y beneficio de la encarnación de el Hijo de Dios, pues con tal manera de sentimiento y reverencia quiso el Espíritu Santo que fuese por este niño celebrado; y, por consiguiente, qué es lo que debe hacer el que es ya hombre perfecto, pues este niño encerrado en las entrañas de su madre tal sentimiento mostró.

Mas, en la madre, considera qué tan grande sería la admiración y alegría desta santa mujer con el súbito resplandor de tan grande luz, que es con el conocimiento de tan grandes maravillas como allí fueron reveladas, pues en aquel instante, por una manera inefable, le fue hecha relación casi de todo el misterio del Evangelio y de la redención del género humano. Porque allí conoció que aquella doncella que tenía delante [589] era Madre de Dios, y que había concebido del Espíritu Santo, y que el Hijo de Dios estaba encerrado en sus entrañas, y que el Mesías era ya venido al mundo, y que el género humano había de ser con su venida redimido. Allí supo que era cumplido el deseo universal de todos los patriarcas, la predicación de los profetas, la esperanza de todos los siglos, presentes, pasados y venideros. Allí conoció el misterio inefable de la Santísima Trinidad, porque, entendido que el Hijo de Dios era concebido, y concebido por el Espíritu Santo, también había de entender la distinción de las personas divinas, conviene saber: el Padre cuyo Hijo había encarnado, y el Hijo que había encarnado, y el Espíritu Santo por cuya virtud se había obrado este grande misterio. Pues, según esto, ¿qué podía sentir aquel piadoso corazón con el resplandor de tan altos y tan incomprendibles misterios? Especialmente si consideras la diferencia que hay entre la enseñanza de Dios y la de los hombres; porque esta comúnmente no hace más que alumbrar el entendimiento, sin mover la voluntad, mas la de Dios es de tanta virtud y eficacia, que, cuanto alumbrá el entendimiento, tanto mueve la voluntad a sentir la grandeza de las cosas que el entendimiento concibe. Pues, si tantos y tan grandes eran los resplandores de su entendimiento, ¿cuáles serían los ardores y afectos de su voluntad, esto es, la alegría, la suavidad y la admiración de tan grandes sacramentos? No hay palabras que basten para explicar esto como es; porque por aquí veas cuán grandes sean las consolaciones y dones de Dios, aun en esta vida mortal, para con los suyos, pues así los visita y recrea con sentimientos de cosas tan admirables. Todo esto nos descubre en una palabra el evangelista, cuando dice que la santa mujer *exclamó con una grande voz [Lc 1,42]*; porque la grandeza de esta voz claramente nos enseña la grandeza de el afecto y sentimiento de donde ella procedía.

Entendido, pues, por esta vía el corazón desta santa mujer, trabaja por entender el corazón de la Virgen y las palabras de aquella maravillosa canción que allí cantó sobre este misterio. Mira, pues, lo que podría sentir aquí la Virgen con esta segunda confirmación y testimonio de las grandezas y maravillas que Dios en ella había obrado, y cuáles serían aquí los sentimientos y arrebatamientos de su ánima, las lágrimas de sus ojos, la alegría de su corazón y el reconocimiento de tan grandes beneficios, cuando comenzó a cantar aquel divino cántico del *Magnificat*; qué tanto alabaría y engrandecería su ánima a Dios, y cuánto se alegraría su espíritu en él, viéndose toda cubierta de resplandores y dones tan admirables. ¡Oh bienaventurada Virgen!, ¿qué sentía tu piadoso corazón cuando decía: *Engrandece mi ánima a Dios, y mi espíritu se alegró en Dios: él hizo en mí grandes cosas, el Todopoderoso? [Lc 1,46-47.49]*. Qué grandezas y qué maravillas eran esas, no es dado a nosotros escudriñarlas, sino maravillarnos y alegrarnos, y quedar atónitos con la consideración dellas. ¡Oh dichosa suerte la de los justos, pues tan altamente son visitados y consolados de Dios!

Mira también que, como esta Señora conocía tanto de la misericordia y grandeza de Dios, y del medio por do se alcanza, que es la humildad, así todo aquel cántico empleó en declarar estas dos cosas; porque, quien tan bien había negociado por medio desta virtud, en ninguna cosa convenía más que soltase su lengua, que en las alabanzas della; para que por aquí entienda el que desea alcanzar la divina gracia que la ha de buscar por esta misma vía.

Y no menos se debe considerar aquí la dignidad y excelencia desta Virgen; pues, así como sonó la voz de su salutación (que sería *Dios te salve*, o *Dios sea contigo*) en los oídos de santa Isabel, luego en ese punto fue Dios con ella por esta tan especial manera, pues luego fue llena del Espíritu Santo, con cuya luz conoció tantas y tan grandes cosas. De manera que, así como cuando al principio del mundo dijo Dios *hágase luz*, luego fue hecha la luz, así, en diciendo la Virgen *Dios te salve*, entró la luz y la salud en su ánima junto con la voz; puesto caso que [*aunque*] la manera de obrar fuese diferente, porque lo uno fue mandado como Criador, y lo otro, rogando y suplicando como santísima criatura. En lo cual verás cuánto nos va en ser esta Señora nuestra abogada, y tener especial devoción con ella, pues tanta virtud tienen sus palabras para dar salud; y no menos ahora en el cielo, que tuvieron entonces en la tierra.

III. La revelación de la virginidad y parto de nuestra Señora al santo José

Vuelta la Virgen a su casa, como el santo José la vio preñada y no sabía de dónde esto fuese, dice el evangelista que, no queriendo acusarla, se quiso ir y desampararla; hasta que el ángel de Dios le apareció entre sueños y le reveló este tan gran misterio.

Acerca de lo cual, primeramente considera la grandeza del trabajo que padecería la Virgen en este tiempo, viendo al esposo tan amado con tan grande turbación y aflicción como consigo traía, y con tan grande ocasión para tenerla; para que por aquí veas cómo a tiempos desampara el Señor a los suyos y los prueba con grandes angustias y tribulaciones, para ejercitar su fe, su esperanza, su caridad, su humildad y su paciencia; las cuales virtudes con estas tribulaciones se perfeccionan y crecen; así como el oro se apura con el fuego, y el fuego se enciende más con el aire.

Considera también la paciencia y el silencio con que la Virgen padecería este trabajo, pues ni por esto perdió la paz de su conciencia, ni la humildad de su ánima, ni descubrió el secreto de aquel gran misterio, pudiendo alegar un testimonio tan abonado de su pureza, como era el de santa Isabel; demás de la santidad e inocencia de su vida, tan ajena de toda sospecha. Nada desto hizo, sino, puesta en oración, descubría y encomendaba al Señor su causa, remitiéndose en esto y en todo a su divina providencia.

Asimismo considera la grandeza de su fe y esperanza, pues en un caso de tanta dificultad, donde parece que ninguna manera de remedio ni salida prometía la prudencia humana, no sólo no desconfió, sino antes con toda confianza esperó que de donde había procedido el misterio, de ahí vendría el remedio, y quien era autor de lo uno, también lo sería de lo otro, pues las obras de este Señor no son mancadas y defectuosas, sino acabadas en toda perfección. Y por lo uno y por lo otro conocerás la verdad de aquella sentencia que el Profeta dijo: *Muchas son las tribulaciones de los justos, mas de todas ellas los librará el Señor* [Sal 33,20].

Considera también la santidad de este glorioso Patriarca, que, teniendo tanta ocasión para acusar y condenar la inocente, y poniéndole la misma ley el cuchillo en las manos, no quiso ensangrentarlas con la acusación que él tenía por tan merecida, sino antes quiso irse por esos mundos, descaminado, que con pleitos y acusaciones seguir su derecho. Porque **la verdadera justicia siempre está llena de misericordia, y la verdadera caridad nunca tiene por ganancia propia la que está mezclada con pérdida ajena**. Por donde verás cuán familiar es a los buenos la virtud de la misericordia, y con cuánta razón dijo el Eclesiástico que *el justo tenía compasión aun de las bestias, mas las entrañas de los malos eran crueles* [Prov 12,10]. No parece haber sido ésta obra de hombre, sino de ángel. Porque de demonios es hacer mal a los que no lo merecen, mas de ángeles, ni aun a los mismos que lo merecen. Y tal era este bienaventurado y nuevo ángel de la tierra; puesto caso que [*aunque*] la Virgen estaba tan salva de toda culpa.

Tras de esto, considera luego la revelación hecha a este santo patriarca, para que por aquí entiendas cómo el Señor azota y regala, *mortifica y da vida, derriba hasta los abismos y saca de ellos* [1 Sam 2,6]¹³³; y cómo, finalmente, es verdad lo que dice el Apóstol: *Sabe muy bien el Señor librar a los justos de la tribulación* [2 Pe 2,9]¹³⁴. Donde se ofrece luego materia para considerar qué tan grande

¹³³ «Dominus mortificat et vivificat, deducit ad inferos [o ad infernum] et reducit».

¹³⁴ «Novit Dominus pios de temptatione eripere».

sería la alegría y admiración que este santo recibiría cuando hallase inocencia donde tanto deseaba hallarla; y no sólo inocencia, para no desampararla, sino tan grande dignidad y gloria, para tenerla en tanta reverencia. ¿Qué gracias, qué alabanzas daría a Dios por haberlo así alumbrado, así desengañado, así apartado de sus vanos propósitos y caminos, y escogido para ser guarda y depositario de tan gran tesoro? ¡Cómo se iría luego a la Virgen santísima, que por ventura estaría en aquella hora celebrando las vigiliass de sus maitines y pidiendo con sus oraciones aquel remedio, y con qué devoción y lágrimas se derribaría a sus pies y le pediría perdón de la sospecha pasada, y cómo le daría cuenta de la revelación del ángel, y cuál sería allí la alegría y las lágrimas de la Santísima Virgen, considerando, por una parte, la fidelidad de Dios para con los suyos en sus trabajos, y por otra, viendo al santísimo esposo despenado y vueltas sus lágrimas en alegría, cuya pena tanto sentía, cuanto le amaba! Porque, dado caso que cuanto al uso del matrimonio no le conocía por marido, mas cuanto al amor y reverencia conyugal nunca se halló jamás tal corazón de casada para con marido. Y si, como dice el Eclesiástico, *es hermosa la misericordia de Dios en el tiempo de la tribulación* [Eclo 35,24]¹³⁵, ¿qué sentimientos habría allí de la hermosura de esta misericordia, en tiempo de tan grande tribulación? ¿Qué Maitines celebrarían allí entrambos? ¿Qué Laudes cantarían, y con cuántas lágrimas se celebrarían esos Oficios y se darían gracias por esta misericordia?

IV. Del nacimiento del Salvador

En aquel tiempo —dice el evangelista— *mandó el emperador César Augusto que todas las gentes fuesen a sus tierras a escribirse y pagar cierto censo al imperio romano* [Lc 2,1]. Por cuya causa la sacratísima Virgen caminó de Nazaret a Belén a cumplir este mandamiento; *donde, acabado el tiempo de los nueve meses, parió su unigénito Hijo, y —como dice el evangelista— lo envolvió en pobres pañales y acostó en un pesebre, porque no tenía otro lugar en aquel mesón* [Lc 2,6-7]. Esta es la suma de aquel soberano misterio.

Salid, pues, ahora, hijas de Sión —dice la esposa en los Cantares—, *y mirad al rey Salomón con la corona que le coronó su madre en el día de su desposorio, y en el día de la alegría de su corazón* [Cant 3,11]. ¡Oh ánimas religiosas y amadoras de Cristo!, salid ahora de todos los cuidados y negocios del mundo, y, recogidos todos vuestros pensamiento y sentidos, poneos a contemplar al verdadero Salomón, pacificador de cielos y tierra, no con la corona que le coronó su Padre cuando lo engendró eternalmente y le comunicó la gloria de su divinidad, sino con la que le coronó su Madre cuando le parió temporalmente y le vistió de nuestra humanidad. Venid a ver el Hijo de Dios, no en el seno de el Padre, sino en los brazos de la Madre; no entre los coros de los ángeles, sino entre unos viles animales; no asentado a la diestra de la Majestad en las alturas, sino reclinado en un pesebre de bestias; no tronando ni relampagueando en el cielo, sino llorando y temblando de frío en un establo. Venid a celebrar este día de su desposorio, donde sale ya de el tálamo virginal desposado con la naturaleza humana, [591] con tan estrecho vínculo de matrimonio, que ni en vida ni en muerte se haya de desatar. Este es el día de la alegría secreta de su corazón, cuando, llorando exteriormente como niño, se alegraba interiormente por nuestro remedio como verdadero Redentor.

Mas, para proceder en este misterio ordenadamente, considera primero los trabajos que la sacratísima Virgen pasaría en este camino que hizo de Nazaret a Belén. Porque el camino era largo, los caminantes pobres y mal proveídos, la Virgen muy delicada y vecina al parto, el tiempo muy contrario para caminar, por los grandes vientos y fríos que hacía y por el mal aparejo de las posadas, a causa de ser tantos los huéspedes que de todas partes acudirían. Camina, pues, tú, en espíritu, en esta santa romería, y con una pureza y simplicidad de niño, y con humilde y devoto corazón sigue estos pasos piadosos y sirve en lo que pudieres a estos santos peregrinos; y mira cómo en todo este camino unas veces hablan de Dios, otras van hablando con Dios, unas veces orando, y otras, dulcemente platicando; y así, trocando los ejercicios, vencían el trabajo del caminar. Camina, pues, tú, hermano, con ellos, para que, siendo compañero del camino y del trabajo, lo seas después de la alegría y de la gloria del misterio.

Considera luego la extrema pobreza y humildad que el Rey del cielo escogió en este mundo para su nacimiento: pobre casa, pobre cama, pobre Madre, pobre ajuar, y aderezo tan pobre, que la mayor

¹³⁵ «Speciosa misericordia Dei, in tempore tribulationis» (35,26).

parte de lo que allí sirvió, no sólo fue pobrísimo y bajísimo, sino también, como dice san Bernardo, prestado, y prestado de bestias. Tal fue la posada que escogió el Criador del mundo, tales los regalos y deleites que tuvo aquel sagrado parto. ¡Oh Señor, Dios nuestro —dice Cipriano—, *cuán admirable es vuestro nombre en toda la tierra!* [Sal 8,2]. Verdaderamente vos sois Dios obrador de maravillas. Ya no me maravillo de la figura del mundo ni de la firmeza de la tierra, estando cercada de un cielo tan movable; no de la sucesión de los días ni de la mudanza de los tiempos, en los cuales unas cosas se secan, otra reverdecen, unas mueren, y otras viven; de nada desto me maravillo, sino maravillome de ver a Dios en el vientre de una doncella, maravillome de ver al Todopoderoso en la cuna, maravillome de ver cómo a la Palabra de Dios se pudo pegar carne, y cómo, siendo Dios substancia espiritual, recibió vestidura corporal. Maravillome de tantas expensas, y de tan largo proceso, y de tan grandes espacios como se gastaron en esta obra. En más breve tiempo se pudiera concluir este negocio, y con una palabra de Cristo se pudiera redimir el mundo, pues con una se crió. Más bien parece cuánto más noble criatura es el hombre racional que este mundo corporal, pues tanto más se hizo para su remedio. En los otros misterios todavía hallo salida, mas en este, la grandeza del espanto roba todos mis sentidos y con el Profeta me hace clamar: *Señor, oí tus palabras, y temí, consideraré tus obras, y quedé pasmado* (Hab 3,2). Con mucha razón, por cierto, os espantáis, Profeta, porque ¿qué cosa más para espantar, que la que aquí en tan pocas palabras nos refiere el evangelista, diciendo: *Parió su unigénito Hijo, y envolviólo en unos pobres pañales y acostole en un pesebre, porque no tenía otro lugar en aquel establo?* [Lc 2,6-7]. ¡Oh misterio de grande veneración! ¡Oh cosa, no para decirse, sino para sentirse; no para explicarse con palabras, sino con silencio y admiración! ¿Qué cosa más admirable que ver aquel Señor, a quien alaban las estrellas de la mañana, aquel que está asentado sobre los querubines, que vuela sobre las plumas de los vientos, que tiene colgada de tres dedos la redondez de la tierra, cuya silla es el cielo y cuyo estrado real es la tierra, que haya querido venir a tan grande extremo de pobreza, que cuando naciese —ya que quiso nacer en este mundo— le pusiese su Madre en un pesebre, por no tener otro lugar en aquel establo? ¿Qué persona tan baja llegó jamás a tal extremo de pobreza, que por falta de otro mejor abrigo viniese a reclinar a su hijo en un pesebre? ¿Quién juntó en uno dos extremos tan distantes, como son Dios y pesebre? ¿Qué cosa más baja que pesebre, que es lugar de bestias, y qué cosa más alta que Dios, que está asentado sobre los querubines? Pues ¿cómo el hombre no sale de sí considerando estos dos extremos tan distantes: Dios en un establo, Dios en un pesebre, Dios llorando y temblando de frío y envuelto en pañales? ¡Oh Rey de gloria!, ¡oh espejo de inocencia!, ¿qué a ti con estos cuidados?, ¿qué a ti con lágrimas?, ¿qué a ti con el frío y desnudez, y con el tributo y castigo de nuestros pecados? ¡Oh caridad, oh piedad, oh misericordia incomprehensible de nuestro Dios! ¿Qué haré, Dios mío?, ¿qué gracias te daré?, ¿con qué responderé a tantas misericordias?, ¿con qué humildad responderé a esta humildad, con qué amor a este amor, y con qué agradecimiento a este tan grande beneficio? Véome por todas partes cercado de tantas obligaciones. Véome como anegado debajo las olas de tantos beneficios, y no veo de qué manera pueda salir de tan grande cargo. Antes se me figuraba que merecía mil infiernos el que te ofendía, mas ahora, después de tan grandes y tan nuevos títulos, ya no hay pena que baste para castigo del que no te ama.

Bendito seas para siempre, Dios mío, que con tales cadenas me prendiste, y tales pesas echaste a mi corazón para llevarlo a ti, y con tales beneficios y misterios quisiste encenderme en tu amor, y confirmarme en tu esperanza, y aficionarme al trabajo, a la pobreza, a la humildad, al menosprecio del mundo y al amor de la cruz.

Mas desviemos ahora un poco los ojos deste santo pesebre y pongámoslos en el tesoro que está en él. Dejemos el panal de cera, y trabajemos por gustar la miel que en él está encerrada. [592] Considera, pues, la inefable suavidad y misericordia del Salvador que señaladamente resplandece en esta edad y ternura de sus miembros, y en esta figura de niño que por defuera parece. «Está Dios —dice un santo [san Bernardo]— colgado de los pechos de una doncella; está liado con fajas, y, sueltas las lías, extiende sus dichosos pies y manos por aquella estrecha cama. Sonríese como niño a la Madre, halágala con el rostro, y vuelve sus alegres ojos a mirarla» (*serm. Nativit.*). Y verdaderamente como él sea un piélagos de suavidad, más suave lo hace aquí la ternura de sus miembros. Esta dulcedumbre es incomparable, y esta piedad inefable: que vea yo al Dios que me crió a mí, hecho niño por amor de mí; y aquel de quien antes se decía: *Grande es Dios, y muy loable* [Sal 47,2; 95,4; 144,3], ahora se diga dél: «Chico es Dios, y muy amable».

Mirando así el Hijo, pongamos luego los ojos en la Madre, que no es la menor parte deste misterio. Considera, pues, la alegría, la devoción, las lágrimas y la diligencia desta Señora, y mira cuán perfectamente ejercitó aquí ambos oficios de Marta y de María. Mira con cuánta solicitud y diligencia sirve en todo lo que pertenece a este Niño, pues ella toma al Niño en sus brazos, envuélvelo, desenvuélvelo, apriétalo, abrázalo, adóralo, bésalo, y dale la teta. Todo este negocio está lleno de gozo, porque ningún dolor ni injuria hubo en aquel sagrado parto. «Ni había allí —dice Cipriano— necesidad de baños ni lavatorios, que se suelen aparejar a las paridas, porque ninguna injuria había recibido la Madre del Salvador, la cual parió sin dolor, así como había concebido sin deleite. El fruto ya maduro, y con sazón, se cayó del árbol que lo traía, y no había necesidad de arrancar con fuerza lo que de su voluntad se nos ofrecía. Ningún tributo se pagó en este parto; ni el deleite precedente —que no hubo— pidió alguna usura de dolor. Y por esto no convenía que la que era inocente fuese afligida de balde; ni consentía la divina justicia que aquel armario del Espíritu Santo fuese agraviado con las injurias de las otras mujeres, pues en sola la naturaleza comunicaba con ellas, no en la culpa. Los aderezos de casa que allí faltaban, aunque los hubiera, no hubiera ojos que los miraran, porque la presencia del Niño así tenía ocupados los ojos de José, y de quienquiera que allí estuviese, que en solo él parecía estar la suma de todos los bienes, y no había necesidad de mendigar por partes lo que en sí sola representaba aquella omnipotente niñez. Mas no es de creer que allí faltase el servicio de los ángeles; ni tampoco la presencia del Espíritu Santo que en la Virgen sobrevino. Allí estaba, allí poseía su palacio, allí adornaba el templo que para sí había dedicado, y guardaba su sagrario, y honraba aquel tálamo virginal, y alegraba con inestimables consolaciones aquella ánima bendita, y ojeaba todas las injurias de todos los peregrinos pensamientos, de manera que la ley de la carne no contradecía a la del espíritu, ni alguna manera de repugnancia turbaba la paz y el reposo de su corazón. El Niño, mamando en los brazos de la Madre, gozaba de aquella leche proveída del cielo, y la fuente del sagrado pecho infundía en la boca del Niño purísimo licor». Hasta aquí son palabras de Cipriano.

Después de todo esto, puedes también levantar los ojos a considerar, por una parte, el cantar de los ángeles, y por otra, la adoración de los pastores, alabando al común Señor con los unos, y adorándole con los otros. Porque, si los ángeles, con un tan grande concurso y devoción, alaban al Señor y le dan gracias por esta redención que vino del cielo, no siendo ellos redimidos, ¿qué deben hacer los redimidos? Si aquellos así dan gracias por la gracia y misericordia ajena, ¿qué debe hacer el que fue redimido y reparado por ella?

V. La circuncisión del Señor

Pasados los ocho días después del nacimiento, dice el evangelista que fue circuncidado el Niño, y le fue puesto nombre: JESÚS; el cual nombre fue declarado por el ángel antes que en el vientre fuese concebido.

Acerca deste misterio puedes primeramente considerar el dolor que padecería aquella delicadísima y ternísima carne con este nuevo martirio; el cual era tan grande (especialmente al octavo día), que acaecía morir dél. Por donde verás lo que debes a este Señor, que tan temprano comenzó a padecer tan graves dolores y hacer tan dura penitencia por la torpeza de tus culpas. Y mira cómo el primer día de su nacimiento derramó lágrimas, y el octavo, sangre; para que veas cómo no se cansa la caridad de Cristo, y cómo le va costando el hombre cada vez más.

Considera también el dolor y lágrimas del santo José, que tan tiernamente amaría este Niño; y mucho más de su sacratísima Madre, que mucho más le amaba, y mira la diligencia que pondría en arrullar y acallar el Niño, que como verdadero niño, aunque verdadero Dios, lloraba, y con qué reverencia recogería aquellas santas reliquias y aquella preciosa sangre, cuyo valor ella tan bien conocía.

Mira otrosí cuán tarde comenzó el Hijo de Dios a predicar, y cuán temprano a padecer, pues a los treinta años comenzó la predicación, y a los ocho días padeció la circuncisión y comenzó a hacer oficio de redentor. Mira cómo aquel esposo de sangre comienza ya a derramar sangre por su esposa la Iglesia, y cómo el segundo Adán, salido del paraíso de las entrañas virginales, comienza a saber como uno de nosotros de bien y de mal. Y mira también cómo aquel caudaloso mercader y redentor del linaje humano comienza ya a dar señal de la paga advenidera, derramando ahora esta poquita de

sangre en [593] prendas de la mucha que adelante derramará. Por aquí verás con qué deseos viene al mundo, pues tan temprano comenzó a dar por el hombre este tesoro.

Adora, pues, ¡oh ánima mía!, adora y reverencia esta preciosa gota de sangre, en la cual está todo el precio de tu salud, la cual sola bastara para nuestro remedio, si la superabundante misericordia de Dios no quisiera tan copiosamente satisfacer por nuestros pecados. Mira también aquí cómo hoy le ponen por nombre JESÚS, que quiere decir Salvador, para que si te desmayaba la señal de pecador, te esfuerce este santísimo y eficazísimo nombre de Salvador. Alaba, pues, ¡oh ánima mía!, abraza y besa ese dulcísimo nombre, más dulce que la miel, más suave que el olio, más medicinale que el bálsamo y más poderoso que todos los poderes del mundo. Este es el nombre que deseaban los patriarcas, por quien suspiraban los profetas, a quien repetían y cantaban los salmos y todas las generaciones del mundo. Este es el nombre que adoran los ángeles, que temen los demonios, y de quien huyen todos los poderes contrarios, y con cuya invocación se salvan los pecadores. ¡Oh nombre dulce, nombre suave, nombre glorioso!, ¡quién te trajese siempre escrito con letras de oro en medio del corazón!

¡Oh, pues, hombre flaco y desconfiado!, si no bastó la blandura del Niño recién nacido para hacerte llegar a él, baste la virtud y eficacia deste nombre para que no huyas dél. Llégate confiadamente a él y dile con el devotísimo Anselmo: «¡Oh Jesús, por honra de tu santo nombre, seas para mí JESÚS. Porque ¿qué quiere decir Jesús, sino Salvador? Muestra, pues, Señor, en mí la eficacia deste suavísimo Nombre, y dame por él cumplida y verdadera salud».

VI. La adoración de los Magos

Entre las maravillas que acaecieron el día que el Salvador nació, una de ellas fue aparecer una nueva estrella en las partes de Oriente, la cual significaba la nueva luz que había venido al mundo para alumbrar a los que vivían en tinieblas y en la región y sombra de la muerte [cf. Lc 1,78-79]. Pues, conociendo unos grandes sabios que en aquella región había, por especial instinto del Espíritu Santo, lo que esta estrella significaba, parten luego a adorar este Señor, y llegados a Jerusalén preguntan por el lugar de su nacimiento, diciendo: *¿Dónde está el que es nacido Rey de los judíos?* [Mt 2,2]. Y, informados allí del lugar de su nacimiento, y guiándolos la misma estrella que habían visto en Oriente, llegaron al portalico de Belén, y allí hallaron al Niño en los brazos de su Madre; y, postrados en tierra, le adoraron y ofrecieron sus dones, que fueron oro, incienso y mirra. Donde puedes claramente ver la bondad y caridad inefable deste Señor, el cual, apenas había nacido en el mundo, cuando comenzó a comunicar su luz y sus riquezas al mundo, trayendo con su estrella los hombres tras sí de tan lejanas tierras; para que por aquí veas que no huirá de los que le buscan con cuidado, el que con tanta diligencia buscó a los que estaban descuidados.

Aquí tienes primeramente que considerar la devoción, la perseverancia, la fe, la ofrenda destes santos varones; porque en cada cosa destas hay mucho que considerar y que imitar. Considera, pues, primeramente, la grandeza de su devoción, la cual los hizo poner a un tan largo camino y tan gran trabajo y peligro, por venir a adorar a este Señor y gozar de su presencia; para que tú, por aquí, condenes tu pereza, viendo por cuán poco trabajo dejas muchas veces de gozar deste mismo beneficio, por no acudir a la casa de Dios, donde podrías ver este mismo Señor, y gozar de su presencia, y aun recibirlo dentro de tu ánima por medio de la sagrada Comunión.

Mira también su grande constancia y perseverancia, pues desamparándolos la guía celestial, no por esto desmayaron ni volvieron atrás, sino prosiguieron constantemente su camino, usando de toda buena industria cuando les faltó la gracia. Donde se nos da un grande ejemplo para no desmayar ni aflojar en nuestros buenos ejercicios cuando nos desampara el rayo de la devoción y la luz y alegría de la suavidad interior, sino trabajar por pasar adelante, perseverando y continuando nuestros ejercicios, haciendo lo que es de nuestra parte, y teniendo por cierto que la luz de la consolación que primero vimos volverá a visitarnos por mandado del Señor; como hizo a estos santos la estrella, según aquello del santo Job, que dice: *En sus manos esconde la luz, y mándale que otra vez torne a nacer, declarando por ella a sus amigos que él es su posesión* (Job 36,32-33)¹³⁶.

¹³⁶ «In manibus abscondit lucem, et præcipit ei, ut rursus adveniat. Annuntiat de ea amico suo, quod possessio eius sit».

Considera también la grande fe destes santos varones, pues, entrando en un tan pobre aposento y no viendo ningún aparato ni insignias de rey, no dudaron ser aquél Señor y Rey de todo lo criado, y así, postrados por tierra, con suma reverencia le adoraron. Grande fue la fe del buen ladrón, el cual, en medio de las injurias de la cruz, confesó el reino del Crucificado; y también fue grande la destes santos varones, pues en una tan grande pobreza y humildad adoraron y reconocieron la divinidad y la majestad. ¡Oh maravillosa niñez, a cuyos pañales [*primeros principios de la crianza*] velan los ángeles, sirven las estrellas, temen los reyes y se inclinan en tierra los seguidores de la sabiduría! ¡Oh bienaventurada choza! ¡Oh silla de Dios, segunda del cielo, adonde no resplandecen antorchas encendidas, sino resplandecientes estrellas! ¡Oh palacio celestial, donde no mora rey coronado, sino Dios humanado, que tiene por estrado real un duro pesebre, y por palacios dorados, una choza ahumada, pero adornada, esclarecida con resplandor celestial!

[594] Después desto, nos queda por mirar la ofrenda con que estos santos varones acompañaron su fe, reconociendo que la fe no ha de ser sola y desnuda, sino acompañada con buenas obras. Y, considerando más profundamente el misterio desta ofrenda, hallaremos que en ella nos está significada la suma de toda la justicia cristiana. Porque tres son las principales cosas que comprehenden esta justicia: la primera es hacer el hombre lo que debe para con Dios, y la segunda para consigo, y la tercera para con su prójimo; y con todo esto cumple el que espiritualmente ofrece las tres especies que estos santos ofrecieron. Porque, por el *incienso*, entendemos la oración, que es obra de la virtud de la religión, a la cual pertenece adorar y honrar a Dios; por lo cual decía el Profeta: *Suba, Señor, mi oración así como incienso* (Sal 140,2); porque, así como el incienso sube a lo alto con suavidad de olor, así la oración sube de la tierra al cielo con grande suavidad y acepción de Dios. Mas por la *mirra*, que por una parte es muy amarga, y por otra muy saludable y de muy suave olor, entendemos la mortificación de nuestros apetitos y pasiones, la cual es muy amarga a nuestra carne, mas muy saludable y muy suave a nuestro espíritu. Por el *oro* entendemos la caridad, porque, así como el oro es el más precioso de los demás metales, así la caridad es la más excelente de las virtudes. Pues según esto, el que quisiere hacer lo que debe para con Dios, ofrézcale incienso, que es un corazón devoto y levantado siempre de la tierra al cielo por consideración y memoria de su santo Nombre; porque esto es ofrecer incienso, cuyo olor sube siempre a lo alto. Mas el que quisiere hacer lo que debe para consigo, ofrezca mirra de mortificación, castigando su carne, enfrenando su lengua, recogiendo sus sentidos y mortificando todos sus apetitos; porque esta es mirra de suavísimo olor ante el acatamiento de Dios, aunque sea muy desabrida y amarga a nuestra carne. Pero el que demás desto desea cumplir con sus prójimos, ofrezca oro de caridad, partiendo lo que tiene con los necesitados, sufriendo y perdonando con caridad a los descomedidos, y tratando benignamente a todos.

▲ De suerte que el que quisiere ser perfecto cristiano ha de trabajar por traer siempre en un corazón tres corazones: uno para con Dios, y otro para consigo, y otro para con su prójimo; conviene saber: un corazón devotísimo y humilísimo para con Dios, y otro muy áspero y muy severo para consigo, y otro liberalísimo y benignísimo para con su prójimo. Bienaventurado el que adora la Trinidad en unidad, y bienaventurado el que tiene estas tres maneras de corazones en uno.

Después desto, puedes considerar la alegría que la sagrada Virgen recibiría en este paso, viendo la devoción y fe destes santos varones; y levantando los ojos a las esperanzas que aquellas tan dichosas primicias prometían; y viendo este nuevo testimonio de la gloria de su Hijo, sobre los otros que habían precedido, que eran Hijo sin padre, Virgen y Madre, parto sin dolor, cantar de ángeles, adoración de pastores y, agora, esta ofrenda de personas tan principales venidas del cabo del mundo. Pues ¿cuáles serían aquí las alegrías de su ánima, las lágrimas de sus ojos, los ardores y júbilos de su corazón? Mayormente, viendo que ya comenzaba a reinar el conocimiento de Dios en el mundo, y fundarse la Iglesia, y cumplirse todas las maravillas que estaban profetizadas. Pues la que tanto deseaba la gloria de Dios, y la salud de las ánimas, ¿qué tanto se alegraría con las primicias desta tan grande obra? Si tanto se alegró su espíritu con las promesas destas maravillas, ¿cuánto se alegraría con tan prósperos principios y prendas dellas?

VII. La purificación de nuestra Señora

Cumplidos los cuarenta días que mandaba la ley para haberse de purificar la mujer que paría, dice el evangelista que fue la Virgen a Jerusalén a cumplir esta ley, y ofrecer al santo Niño en el Templo, donde fue recibido en los brazos del santo Simeón, que tanto tiempo aguardaba por este día; y donde también fue conocido y adorado de aquella santa viuda, Ana, que acudió allí a esta sazón.

Aquí puedes primeramente considerar la humildad profundísima desta Virgen, que, habiendo quedado de aquel parto virginal más pura que las estrellas del cielo, no se desdeñó de sujetar a las leyes de la purificación y ofrecer sacrificio, que pertenecía a mujeres no limpias. Donde verás cuán diferente camino llevan la Madre y el Hijo del que llevamos nosotros, porque nosotros queremos ser pecadores, y no parecerlo, mas Cristo y su Madre no quieren ser pecadores, y no se desdeñan de parecerlo; porque del Hijo se dice que, después de los ocho días, se sujetó al remedio de la circuncisión, que era señal de pecadores, y de la Madre, que, después de los cuarenta, se sujetó a la ley de la purificación, que era sacrificio de no limpias.

Considera también la humildad y caridad del Hijo de Dios, el cual en este mismo día se ofreció por nosotros en el Templo, y se entregó por nuestra ofrenda suavísima ante los ojos del Padre, para que tuviésemos este nuevo título y derecho que alegar en todas nuestras necesidades y peticiones, que es haberle ofrecido de nuestra parte —y ofrecerle cada día— un tan rico presente. De donde puedes considerar cuán de buena gana la sacratísima Virgen ofrecería este primogénito y unigénito suyo al Padre eterno por la salud del mundo, como aquella que tan llena de caridad estaba y tanto deseaba la salud del mundo, y tan bien entendía el valor y precio de aquella ofrenda que por él se ofrecía. Mas mucho más es de considerar la prontitud y alegría de [595] voluntad con que el mismo primogénito Hijo de Dios se ofrecería allí a su eterno Padre por el remedio de los hombres, como aquel que tanto los amó y tanto deseó su remedio, pues por ellos bajó del cielo a la tierra, por ellos se vistió de carne humana, en busca dellos anduvo treinta y tres años en este mundo, por ellos se ofreció en una cruz; y la conversión y salud dellos decía que era su comer y su beber, y el deseo de su remedio declaró con aquella grande sed que padeció en esa misma cruz. Pues el que desta manera amaba y deseaba la salud de los hombres, ¿cuán de buena voluntad se ofrecería aquí al eterno Padre por la salud dellos? Los otros padres, cuando se ven en extremas necesidades, venden sus hijos, y a veces los matan para mantenerse con ellos; mas este soberano *Padre del siglo advenidero* (Is 9,5), que nos vino del cielo, a sí mismo se entrega y ofrece por la vida dellos.

Mira también cómo la Virgen acompaña esta ofrenda de tanto precio con otra de tan pequeño valor, como era con aquellas aves que mandaba ofrecer la ley; para que tú de aquí aprendas a juntar tus pobres servicios con los de Cristo, para que con el valor y precio de los suyos sean recibidos y preciados los tuyos. La yedra por sí no sube a lo alto, mas arrimada a un árbol sube cuanto el árbol sube. Pues así también en su manera sube la bajeza de nuestras obras si las ayuntamos a este árbol de vida puesto en medio del paraíso de la Iglesia, que es Cristo, nuestro Salvador. Junta, pues, tus oraciones con las suyas, tus lágrimas con las suyas, tus ayunos y vigiliás con las suyas, y ofrécelas al Señor, para que lo que por sí es poco precio, por él sea de mucho valor. Una gota de agua por sí tomada no es más que agua, mas lanzada en un gran vaso de vino, toma otro más noble ser, y hácese vino; y así, nuestras obras que por parte de ser nuestras son de poco valor, ayuntadas con las de Cristo se hacen de precio inestimable, por razón de la gracia que se nos da por él.

Mira otrosí que la ofrenda que se ofreció es de aves, y de aves que tienen el gemido por canto; para que por aquí entiendas que la vida de los santos en este destierro no es otro que gemir y volar; y de lo uno se sigue lo otro, porque del vuelo de la consideración se sigue el gemido de la compunción. Porque el que continuamente anda considerando la ausencia de Dios, las miserias deste siglo, y la peregrinación deste destierro, y los pecados, peligros y engaños del mundo, ¿cómo puede dejar de vivir en continuo gemido? ¿Cómo puede dejar de decir con el Profeta?: *Fuéronme mis lágrimas pan de noche y de día, mientras dicen a mi ánima: ¿Dónde está tu Dios?* (Sal 41,4).

Después desto, considera también la grandeza de la alegría que aquel santo Simeón recibiría con la vista y presencia deste Niño, la cual excede todo encarecimiento. Porque, cuando este varón, que tanto celo tenía de la gloria de Dios y de la salud de las ánimas, y tanto deseaba ver antes de su partida aquel en cuya contemplación respiraban los deseos de todos los Padres, y en cuya venida estaba la salud y

remedio de todos los siglos, cuando le viese delante de sí, y le recibiese en brazos, y conociese por revelación del Espíritu Santo que dentro de aquel corpecico estaba toda la majestad de Dios, y viese juntamente en presencia de tal Hijo tal Madre, ¿qué sentiría su piadoso corazón con la vista de dos tales lumbreras, y con el conocimiento de tan grandes maravillas? ¿Qué diría, qué sentiría, qué sería ver allí las lágrimas de sus ojos, y los colores y semblantes de su rostro, y la devoción con que cantaría aquel suavísimo cántico, en que está encerrada la suma del Evangelio? ¡Oh, Señor, y cuán dichosos son los que te aman y sirven, y cuán bien empleados sus trabajos, pues, aun antes de la paga advenidera de la otra vida, tan grandemente son remunerados y consolados en esta!

Después que así hubieres considerado el corazón deste santo viejo, trabaja por entender el corazón de la Santísima Virgen, y hallarla has, por una parte, llena de inefable alegría y admiración, oyendo las grandezas y maravillas que deste Niño se decían; y por otra, llena de grandísima y incomparable tristeza, mezclada con esta alegría, oyendo las tristes nuevas que este santo varón del mismo Niño le profetizaba, diciendo que había de ser como un blanco adonde el mundo y todos los hombres carnales tirarían todas las saetas de su furor y harían todas las contradicciones que le pudiesen hacer, con las cuales el corazón de la Virgen sería atravesado con un muy agudo cuchillo de dolor. Pues ¿por qué quisiste, Señor, que tan temprano se descubriese a esta inocentísima Esposa tuya una tal nueva que le fuese perpetuo cuchillo y martirio toda la vida? ¿Por qué no estuviera este misterio debajo de la llave del silencio, hasta el mismo tiempo del trabajo, para que entonces solamente fuera mártir, y no lo fuera toda la vida? ¿Por qué, Señor, no se contenta tu piadoso corazón con que esta Señora sea siempre virgen, sino quieres también que sea siempre mártir?

▲ ¿Por qué afliges a quien tanto amas, a quien tanto te ha servido y a quien nunca te hizo por donde mereciese castigo? Ciertamente, Señor, por eso la afliges: porque la amas; por no defraudarla del mérito de la paciencia, y de la gloria deste espiritual martirio, y del ejercicio de la virtud, y de la imitación de Cristo, y del premio de los trabajos, que, cuanto son mayores, tanto son dignos de mayor corona. Nadie, pues, infame los trabajos, nadie aborrezca la cruz, nadie se tenga por desfavorecido de Dios cuando se viere atribulado, pues la más amada y más favorecida de todas las criaturas fue la más lastimada y afligida de todas.

[596] VIII. La huida a Egipto

Después que los santos Magos se volvieron a su tierra por otro camino, según que les fue dicho por el ángel, viendo Herodes burladas sus esperanzas, como no tuviese nueva cierta del Niño, determinó matar todos los niños que había en la tierra de Belén, por matar entre ellos a este, que tanto deseaba. Entonces, apareciendo el ángel en sueños a José, le dijo que tomase al Niño y a su Madre y huyese con ellos a tierra de Egipto, porque Herodes andaba en busca del Niño para matarlo. El cual, levantándose de noche, tomó al Niño y a su Madre y fuese a Egipto, y estuvo allí siete años, hasta la muerte de Herodes; después de la cual, fue otra vez por el mismo ángel amonestado que se volviese a la tierra de Israel, porque ya eran muertos los que procuraban la muerte del Niño.

Aquí puedes considerar cual sería el sobresalto que la Virgen recibiría con esta nueva tan triste, después de las alegrías pasadas, viendo que un rey tan poderoso andaba en busca del Hijo que ella tanto amaba, para matarle, y cuán ligeramente acudiría a poner cobro en aquel tan precioso tesoro, y que lágrimas de compasión iría derramando por todo aquel camino sobre el rostro del Niño que en sus virginales brazos llevaba, viendo cómo ya comenzaban a cumplirse las profecías dolorosas de aquel santo Simeón, que eran las persecuciones y trabajos que aquel Señor había de padecer. Mira, pues, con cuánta presteza se levantaría y se abrazaría con el Niño, y cuán poco pararía en dejar la tierra, los parientes, los amigos y la casa con todas sus alhajas, por guardar lo que tanto más valía. Y mira también los trabajos que estos piadosos caminantes padecerían en este tan apresurado y peligroso camino, especialmente yendo tan mal proveídos, así por razón de su pobreza, como por la priesa de la partida; y mucho más los que padecerían en aquel destierro de siete años en tierra de idólatras y gentiles, donde sería tan poca la caridad y humanidad para con los extraños, cuan sobrada la maldad e inhumanidad aun para con los suyos; mayormente siendo la Virgen tan pobre que, por falta de cordero, ofreció el día de su purificación un par de tórtolas o palominos, que era ofrenda de pobres. Estaban, pues, allí, como gente necesitada, extranjera, arrinconada, mal aposentada y desfavorecida del mundo; aunque alegre y contenta por tener en salvo su tesoro. Por aquí, pues, entenderás cómo trata nuestro

Señor a sus muy grandes amigos en este mundo, cómo los atribula, y prueba, y ejercita en esta vida, para regalarlos y coronarlos en la otra.

Y, juntamente con esto, considera cuán temprano comenzó este Señor a padecer destierros, persecuciones y contradicciones del mundo; para que por aquí entiendan los que fueren miembros suyos, y participaren su mismo espíritu, que no han de esperar menos del mundo, de lo que el Señor de ellos esperó.

Pon también los ojos en la crueldad deste malvado rey, que pudo acabar con su corazón derramar tanta sangre de inocentes; por donde verás cuán furioso y pestilencial es el vicio de la ambición y de la codicia, pues tanto pudo con este cruel tirano, que le hizo descabezar tantos niños por matar aquel solo por quien él imaginaba que se podía menoscabar su imperio. Aprende, pues, de aquí, hermano, a huir las mundanales honras y despreciar las falsas y engañosas riquezas, porque no te sean ocasión de semejantes despeñaderos.

Y mira también con esto cómo apenas era nacido Cristo, cuando luego se levantó un Herodes para matarle; por donde entenderás que apenas habrá nacido Cristo en tu corazón, cuando luego se levantarán otros muchos Herodes que le quieran quitar la vida. Porque luego el mundo con sus persecuciones, y la carne con sus halagos, y los falsos amigos con sus consejos, y el demonio con todos sus artificios, han de trabajar por apartarte de tus buenos propósitos; lo cual no es otra cosa que matar en ti a Cristo recién nacido. Huye, pues, entonces con aquella santa mujer del Apocalipsis al desierto (cf. Ap 12,6), que es la soledad y apartamiento de los hombres, mayormente de aquellos que te pueden dañar. Y mira que más seguro estuvo Cristo en Egipto, que en Judea, esto es, en tierra de infieles, que de fieles; porque a veces está más seguro el cristiano entre paganos, que entre carnales y malos cristianos. Porque menos peligroso es el enemigo público, que el traidor secreto; y menos daño hace el lobo en figura de lobo, que debajo de piel de oveja. Por donde dice el apóstol: *Escribíds una carta que no tuviédes comunicación con los hombres carnales y fornicadores; no entendáis que os hablo de los fornicadores deste mundo, porque para esto era menester salir del mundo, sino que, si alguno de los que tienen nombre de hermano es fornicador o sucio, deste os apartéis de tal manera, que ni aun a comer os asentéis con él* (1 Cor 5,9-11).

Llegado, pues, el Salvador a Egipto, no te sea grave juntarte con esta santa compañía en aquel destierro que sufrieron por tu causa, prometiendo serles siempre leal compañero; ca no menos merecerás algunas veces acompañándolos con piadosas meditaciones, que si corporalmente los acompañaras. Lo que en Egipto hicieron, no declara la Escritura; mas tú, por ti mismo, puedes hacer muchas consideraciones acerca de su niñez, que te muevan a devoción. De la misma manera imagina que vuelves con ellos, jornada por jornada, cuando tornan a su ciudad. Y unas veces ayúdales en lo que fuere necesario para el ca- [597] mino, otras platica con la Madre en las cosas de su dulcísimo Hijo, otras halaga al graciosísimo Niño y pídele que te tome por suyo y te dé su bendición. Con la cual plática, tu corazón se derretirá, y con la familiaridad del verdadero Sol de justicia recibirá lumbre y calor de devoción.

Finalmente, a cabo de siete años, muerto Herodes, volviöse el Niño y la Madre a su tierra; para que veas cómo en muy breve espacio se acaba la prosperidad de los malos y los trabajos de los buenos; sino que la prosperidad de los unos pare tristeza eterna, y el trabajo de los otros alegría perdurable. Así lo dice el Señor por un profeta: *Por un punto y por un breve espacio de tiempo te desamparé; mas con misericordia eterna me acordaré de ti* (Is 54,7).

IX. De cómo se perdió el Niño Jesús, de doce años

Y, siendo ya el Niño de doce años, subiendo sus padres a Jerusalén, según la costumbre del día de la fiesta, quedose el Niño Jesús en el Templo, sin que ellos lo entendiesen. Y, después que lo echaron menos y lo buscaron tres días con grandísimo dolor, finalmente le hallaron en el Templo, asentado en medio de los doctores, oyéndolos, y preguntándoles muy sabiamente, y poniéndolos en admiración con la alteza de su prudencia y de sus respuestas. Aquí puedes considerar la grandeza del dolor que padecería la sacratísima Virgen en este paso. Para cuyo entendimiento es de saber que tres afectos hubo en el corazón desta Virgen, tan grandes y tan admirables, que exceden todo lo que nuestra capacidad puede entender.

El primero fue la grandeza del amor que tenía a su Hijo, porque en ella concurrían todas las causas de amor que puede haber, y todas en altísimo grado de perfección. Porque hay amor de naturaleza, amor de gracia y amor de justicia. El amor de naturaleza era el mayor que nunca fue ni será jamás, porque era amor de madre a hijo único; que es el mayor amor que halló el rey David cuando quiso comparar el suyo para con Jonatán, su muy íntimo amigo, diciendo: *Así como la madre ama a un solo hijo que tiene, así yo te amaba* (2 Sam 1,26)¹³⁷. Pues este amor era también de madre a un solo hijo; aunque tal manera de Madre, sin compañía de padre, y tal manera de Hijo, nunca lo hubo ni habrá jamás. Pues el amor de gracia, tampoco lo hubo ni habrá mayor en esta vida, porque a ninguna pura criatura se dio la gracia en tanta abundancia como a esta Virgen; y conforme al tamaño de la gracia se le dio la caridad y el amor para con él. El tercero amor, que llamamos de justicia, que es el que se debe a la cosa amada por razón de sus perfecciones, también tuvo el mayor motivo que podía ser. Porque el amado era, no sólo Hijo de la Virgen, mas también Hijo de Dios, infinitamente perfecto, y así digno de ser amado con amor infinito, si este fuera posible. Porque, si, cuanto un hijo es más perfecto, tanto más merece ser amado, ¿cuánto lo merecía ser aquel que era infinitamente perfecto? Pues estos tres ríos tan caudalosos de amor juntos, ¿qué tanta agua llevarían? Estos tres fuegos tan encendidos ayuntados en uno, amor de naturaleza, amor de gracia y amor de justicia, esto es, amor de Dios, amor de Hijo, y más tal Hijo, ¿qué tan grande llama levantarían? No hay lengua que esto pueda explicar.

El segundo afecto que se sigue deste es la grandeza de la alegría que la Virgen tendría con la compañía y presencia de tal Hijo; porque la alegría nace de la presencia y fruición de la cosa amada, de tal manera que, cuanto es mayor el amor, tanto es mayor esta alegría. Pues la que tan grande amor tenía a tal Hijo, ¿qué tan grande sería la alegría que recibiría de traerlo siempre a su lado, de verlo cada día a su mesa, de oír sus palabras, de gozar de su presencia, de ver aquel divino rostro, aquellos ojos, aquella mesura y aquella majestad que en aquel santo corpecico resplandecía? ¿Qué de veces estaría a la mesa sin comer, viendo comer aquel que mantiene los ángeles? ¿Qué de veces se le pasarían las noches de claro, hincadas las rodillas par de la cama del Niño, viendo cómo dormía aquel que velaba sobre la guarda del mundo? Si la memoria sola deste Señor bastaba para despertar de noche al profeta Isaías, cuando decía: *Mi ánima, Señor, te deseó de noche* (Is 26,9); y si de algunos santos leemos que, contemplando en las perfecciones y hermosura deste Señor, se arrebataban y salían de sí, y se levantaban en el aire, como se lee de san Antonio, de san Francisco, y de santo Tomás, y de otros muchos; esta Señora, que tanto mayor caridad y gracia tenía que todos los santos, esta que tan presente tenía al Santo de los santos, ¿qué haría?, ¿qué sentiría?, ¿y cuál sería la alegría, y los movimientos y sentimientos de su corazón? ¿Habría lengua que esto pueda explicar?

Pues de aquí podremos inferir la calidad del otro tercero afecto que se sigue destes, que es la grandeza del dolor que la Virgen sentiría cuando a deshora se viese desposeída de tan gran tesoro; especialmente acordándose de las profecías de aquel santo Simeón, y de la persecución de Herodes, de la muerte de los inocentes, del destierro de Egipto, del temor de Arquelao; porque todas estas cosas amenazaban y prometían de sí grandes trabajos. De la madre de Tobías se escribe que, tardando un poco su hijo en un camino, lloraba con lágrimas irremediables, diciendo: *¿Por qué te enviamos a peregrinar, báculo de nuestra vejez, lumbre de nuestros ojos, esperanza de nuestra posteridad y consuelo de nuestra vida?* (Tob 10,5)¹³⁸. Pues, si esto sentía aquella madre, ¿qué sentiría esta? ¿Qué comparación hay de madre a Madre, y de hijo a Hijo, y de tesoro a tesoro, y de pérdida a pérdida? Pues lo que va de [598] uno a otro, eso va de dolor a dolor. Pues en todo este tiempo, ¿qué haría la sacratísima Virgen? ¿Cuáles serían sus lágrimas, sus gemidos, sus discursos, sus oraciones? ¿Si comería, si bebería, si daría sueño a sus ojos, hasta hallar al que amaba su ánima? «Hijo mío —diría ella—, ¿por qué me desamparaste? ¿Dónde estarás?, ¿dónde dormirás?, ¿dónde comerás?, ¿dónde reposarás? ¡Oh mansísimo y suavísimo Cordero!, ¿cómo pudiste atravesar con tan agudo cuchillo el corazón de tu Madre?» Tres días de espacio se dieron al patriarca Abrahán después de haberle mandado sacrificar a su hijo, para que en este tiempo padeciese el piadoso padre el dolor que la memoria de la muerte de tan amado hijo le había de causar; y otros tantos se dieron a esta piadosísima Madre, para que sufriese el dolor que esta tan triste ausencia le causaría. ¡Oh Señor, que hacéis de afligir a los demás, qué cuidado tenéis de darles materia de merecimientos y coronas, ofreciéndoles

¹³⁷ «Sicut mater unicum amat filium suum, ita ego te diligebam».

¹³⁸ «Heu, heu me, fili mi!, ut quid te misimus peregrinari, lumen oculorum nostrorum, baculum senectutis nostræ, solatium vitæ nostræ, spem posteritatis nostræ?» (10,4).

tantas ocasiones de padecer, de orar, de temer, de esperar, de humillarse y acudir siempre a vos en todos sus trabajos!

Después del dolor de la Virgen, considera la diligencia que esta piadosa Señora tendría buscando la joya perdida y preguntando por ella en todas partes; señaladamente dice el evangelista que le buscó entre los conocidos y parientes, y que no le halló; para que tú por aquí entiendas que no se halla Cristo en los afectos y regalos de carne y de sangre, sino en la renunciación y mortificación de todas estas ternuras. *¿A quién —dice el Profeta— enseñará Dios su sabiduría? ¿A quién revelará sus misterios? A los destetados de la leche y a los apartados de los pechos* (Is 28,9). Por eso se dice a la hija del rey: *Oye, hija, y ve, e inclina tu oreja, y olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre, y codiciará el rey tu hermosura* (Sal 44,11-12).

Pues, como no hallase al Niño entre los parientes, volviose al Templo de donde habían partido a buscarle; donde le halló entre los doctores de la Ley, oyéndolos y preguntándoles muy sabiamente, con grande admiración de los que presentes estaban; y allí le dijo: *Hijo, ¿por qué lo habéis hecho así con nosotros? Mira que vuestro padre y yo con dolor os habemos buscado* (Lc 2,48). Pues tú, que buscas al niño perdido, quiero decir, el fervor de la devoción pasada, y la dulcedumbre de la divina familiaridad ya gustada, no pienses que la podrás todas veces hallar, si no buscas como esta Virgen buscó, que es con gran dolor y diligencia. El profeta David, primero repitió muchos versos dolorosos y dio grandes gemidos en aquel famoso salmo de la penitencia, y después, al cabo, vino a decir: *Vuélveme, Señor, la alegría de tu salud, y confórtame con espíritu principal* (Sal 50,14). Prudentísima-mente dijo un religioso doctor: «Lo que nada cuesta, nada vale; y, así, lo que mucho vale, mucho es lo que nos ha de costar». Aquella gloriosa mujer del Apocalipsis no pare sin grandísimos dolores; para que por aquí entiendas que no conseguirás el fruto glorioso de la perfección, sino con el doloroso parto de la aflicción. Por lo cual dice san Buenaventura que, regularmente hablando, «ninguna notable gracia es comunicada a las ánimas, sino por aflicción y oración».

Vase luego el Niño con sus padres, y obedece con toda humildad y sujeción a dos criaturas el Señor de todo lo criado. Humíllate, pues, polvo y ceniza, y aprende por este ejemplo a obedecer, no sólo a los mayores e iguales, sino también a los menores, por amor deste Señor. Mas ¿qué quiere decir que, por una parte, les obedece con tanta humildad, y por otra, les responde con tanta libertad?: *¿Para qué me buscáades? —dice él—. ¿No sabíades que en estas cosas que son de mi Padre me convenía a mí estar ocupado?* (Lc 2,49). Para que por aquí entiendas cómo la filosofía cristiana sabe juntar en uno muchas virtudes que parecen entre sí contrarias, como son humildad y magnanimidad, gravedad y suavidad, sujeción y libertad, fervor y discreción, justicia y misericordia, con otras semejantes. Y, por esto, cuando la razón o la honra de Dios lo pide, debe el verdadero cristiano pasar de vuelo sobre todas las cosas humanas y poner debajo los pies todas las criaturas, como lo hacía el Apóstol, el cual, según la calidad de los negocios, unas veces se hacía mosquito, otras elefante; unas se ponía debajo los pies de los hombres, otras se subía sobre todo el mundo.

X. Del bautismo del Señor

Dende estos doce años hasta los treinta no tenemos en el Evangelio cosa escrita de la vida del Salvador, porque todo este tiempo quiso él dedicar a una principal lección que nos convenía saber, que es el silencio; y esto nos enseñó callando treinta años —el cual, siendo niño, estaba lleno de sabiduría—, y escogiendo solos tres para predicar; para que veas cuánto tiempo dedicó al recogimiento de el silencio, y cuán poco al oficio de la predicación. «Nosotros —como dice san Bernardo— estamos llenos de bocas, y por todas querríamos hablar. Si algo pensamos que sabemos, no podemos callar, ni nos tenemos por sabios si los otros no saben lo que sabemos». De manera que todas nuestras habilidades, por pequeñas que sean, querríamos que fuesen publicadas en las plazas.

Cumplidos, pues, estos treinta años, vino el Señor dende Galilea a Judea, al río Jordán, al bautismo de san Juan; donde puedes considerar cuán pobre, cuán solo y cuán desacompañado vino el Salvador este camino (pues aún no tenía discípulos que le acompañasen); y, sobre todo, mira cómo viene en compañía de publicanos, de pecadores y de fariseos, como si fuera uno dellos, esperando que le cupiese la vez para ser con ellos [599] bautizado. Pues ¿quién, considerando esto, no se abaja hasta el polvo de la tierra?: ¿quién osará justificarse y ensoberbecerse y anteponerse a los otros? Pues, ¡oh

hermosura del cielo, fuente de limpieza y de vida!, ¿qué a ti con el lavatorio de las inmundicias?, ¿qué a ti con el remedio de los pecados, pues fuiste concebido sin pecado? No era razón que tan grande humildad pasase sin testimonio de alguna grande gloria, pues la condición del Señor es humillar los soberbios y glorificar los humildes. Y así acaeció en este paso, porque allí se abrieron los cielos y bajó el Espíritu Santo en forma de paloma, y sonó aquella magnífica voz del Padre, que decía: *Este es mi Hijo muy amado, en quien yo me agradé*; a él oíd (Mt 3,17) ¹³⁹. Y generalmente acaeció esto en todos los pasos de la vida de Señor: que, dondequiera que él más se humilló, ahí fue más particularmente glorificado. Nace en un establo, y ahí es alabado con cantares del cielo. Es circundado como pecador, y ahí le ponen por nombre JESÚS, que quiere decir Salvador de pecadores. Muere en una cruz entre ladrones, y ahí se oscurecen los cielos, y tiembla la tierra, y se despedazan las piedras, y resucitan los muertos, y se alteran todos los elementos. Pues así en este misterio: por una parte es bautizado como pecador entre pecadores, y por otra es publicado por Hijo de Dios. Donde verán todos los que fueren miembros suyos que nunca jamás se humillarán por amor de Dios, que no sean glorificados y honrados por el mismo Dios.

XI. Del ayuno y tentación

Después del sacro misterio del Bautismo y del magnífico testimonio del cielo, es llevado Jesús por el Espíritu Santo al desierto, para que allí sea tentado del enemigo. ¿Qué consecuencia tienen entre sí estos misterios? ¿Cómo dicen en uno [*se armonizan*] los trabajos y soledad del desierto con los pregones del cielo, y las tentaciones del enemigo con los favores del Espíritu Santo? Primeramente, por aquí entenderemos que **el regalar Dios a sus siervos no es para asegurarlos, sino para esforzarlos y disponerlos a mayores trabajos**. Así cura y da de comer el caminante a su caballo: para esforzarlo en el camino; y así arma y favorece el capitán a su soldado: para ponerle en el mayor peligro. Y por esto el que así se viere visitado de Dios, no por eso se tenga por más seguro, sino antes citado y emplazado para el mayor peligro.

Donde también es de considerar cómo antes que el Salvador diese principio a la predicación del evangelio, se aparejó con ayuno de cuarenta días, y con la soledad y ejercicios del desierto; para que tú por aquí entiendas cuán grande sea el negocio de la salud de las ánimas, pues aquel Señor, que era sumamente perfecto, sin tener de eso alguna necesidad, se dispuso para él con tan grandes aparejos. Y por aquí también entenderán los oficiales deste oficio en qué género de ejercicios se han de ejercitar antes que comiencen este negocio. Porque ninguno debe salir a lo público de la predicación, si primero no se hubiere ejercitado en el secreto de la contemplación; pues, como dice san Gregorio, «ninguno sale seguro fuera, si primero no está ejercitado de dentro».

Para lo cual es de saber que tres maneras de vidas virtuosas señalan los santos: una puramente activa, que principalmente entiende en obras de misericordia; y otra puramente contemplativa, más perfecta que esta, que se ocupa en ejercicios de oración y contemplación, si no es cuando la obediencia o la necesidad de la caridad pide otra cosa; otra hay más perfecta que esta, compuesta de ambas, que tiene lo uno y lo otro, cual fue la vida de los apóstoles, y cual debía de ser la de todos los predicadores perfectos. Pues la orden que se ha de tener en esta vida, según san Buenaventura, es que, regularmente hablando, ninguno debe pasar a la segunda, sino después de ejercitado en la primera; ni menos a la tercera, si no se ha ejercitado en la segunda. Porque, como dice san Gregorio, «los verdaderos predicadores han de recoger en la oración lo que derraman en la predicación». De suerte que la principal maestra de los verdaderos predicadores —después de las ciencias para esto necesarias— ha de ser la soledad, donde Dios habla al corazón palabras que salgan de corazón, y revela los secretos de su sabiduría a los verdaderos humildes.

Amemos, pues, la soledad, la cual el Señor santificó con su ejemplo; porque el que no conversa con los hombres, forzado es que converse con Dios. ¡Oh miseria del siglo presente! ¿Dónde están ahora aquellos dichosos tiempos? ¿Dónde los desiertos de Egipto, de Tebas, de Escitia y de Palestina, llenos de monasterios y de solitarios? ¿Dónde está aquel desierto de que dijeron los profetas: *Hará el Señor que el desierto esté lleno de deleites, y que la soledad sea como un vergel de Dios?* (Is 51,3). ¿Dónde están aquellas flores siempre verdes, aunque plantadas en tierra desierta y sin aguas? (cf. Is 35,7). Ya

¹³⁹ Dada la gran semejanza con la frase de la transfiguración (cf. Mt 17,5), añade aquí impropriamente *a él oíd*.

los hombres desampararon los desiertos y se entregaron a la vida carnal, llena de cuidados. Por donde, si por estar ya cubierto de yerba este camino no tienes aparejo para ir al desierto, a lo menos haz dentro de ti un espiritual desierto, recogiendo tus sentidos y entrando dentro de ti mismo, porque por aquí entenderás [o entrarás] a Dios. En el desierto vio Moisés la gloria de Dios; y en este espiritual desierto se da Dios a conocer y a gustar a sus amigos. Mas, entrando en este desierto, conviene que con el mismo Moisés subas al monte, esto es, que dejadas las bajezas de la tierra levantes el corazón a las cosas del cielo. Para lo cual serán necesarias dos alas, una de oración, y otra de ayuno; el cual es necesario para [600] esta misma oración, porque el vientre cargado de mantenimiento no está hábil para subir a lo alto. Porque, si permaneciendo en este desierto careces destas alas, ya puedes entender la parte que te cabrá de aquella sentencia del filósofo, que dice: «El hombre que vive en soledad, o es divino o bestial». Ayunó aquella carne santísima, que no sabía qué cosa era rebelar[se] contra el espíritu, porque ayune la tuya perversísima, que a manera de aquel horno de Babilonia siempre levanta llamas para inflammarla. Y mira que entre las obras exteriores comenzó el Señor por el ayuno, porque la primera batalla del cristiano es contra el vicio de la gula, la cual, el que no venciere, en vano trabaja contra las otras. Mas no solamente ayunó, sino también oró y peleó con nuestro adversario; y todo esto para nuestro provecho: la soledad, para nuestro ejemplo; la oración, para nuestro remedio; el ayuno, para la satisfacción de nuestras deudas; y la pelea con el enemigo, para dejar vencido y debilitado nuestro adversario.

Acompaña, pues, tú, hermano mío, al Señor en todos estos ejercicios y trabajos tomados por tu causa, pues aquí se están haciendo tus negocios y pagándose tus delitos. Imita en todo lo que pudieres este Señor: ora con él, ayuna con él, pelea con él, mora a tiempos en la soledad con él, junta trabajos y ejercicios con los suyos, para que por este medio sean ellos agradables a Dios.

XII. De la predicación, doctrina y obras admirables de Cristo

Después del bautismo, y de los cuarenta días de ayuno, comenzó el Salvador a conversar con los hombres y entender en el negocio de la predicación, y dar al mundo conocimiento de quién era, con las maravillas que hacía. Donde se nos ofrece en común cuatro cosas que considerar, que son: la alteza de su doctrina, los ejemplos de sus virtudes, los discursos y trabajos de sus caminos, y los beneficios que al mundo hizo andando en ellos.

Pues, cuanto a lo primero, es de notar que la alteza de la doctrina de Cristo (de que señaladamente trata el Evangelio) es tan alta y tan perfecta, que no es posible imaginarse otra mejor. Para cuyo entendimiento es de saber que, como esta tan grande y tan admirable fábrica del mundo se divide en dos órdenes de criaturas, unas espirituales (como son los ángeles) y otras corporales (como son los cielos y todo lo que está debajo dellos), el hombre está en medio de las unas y de las otras, y así participa de la naturaleza de entrambas. Porque con las unas tiene cuerpo, como lo tienen todas las cosas corporales; y con las otras tiene espíritu, como lo tienen los ángeles; y así es de la naturaleza de las unas y de las otras. Por lo cual puede aplicarse a la parte que quisiere, imitando la pureza y perfección de los ángeles (pues tiene espíritu para eso, como ellos) o la brutedad y vida de las bestias (porque también tiene cuerpo, y sentidos, y apetitos, como ellas); aunque para lo primero tenga necesidad de ayuda del cielo. De suerte que, así como un hombre que aprendió medicina y cirugía puede usar de cualquiera destas ciencias, como quisiere, o puede ser médico, o cirujano, pues tiene de uno y de otro, así también el hombre, por tener carne y espíritu puede, inclinándose a la carne, hacerse todo carnal y bestial, o inclinándose todo a las obras y ejercicios del espíritu, hacerse todo espiritual, como generalmente lo fueron todos los santos.

Pues, entendiendo esto los filósofos, y señaladamente los que siguieron la escuela de Platón, determinaron que toda la perfección del hombre consistía en morir —cuanto fuese posible— a la parte bestial que en sí tiene, renunciando y despreciando todos sus deleites y apetitos, y todos los bienes terrenales y materiales en que esta parte se deleita, no tomando dellos más de lo que puntualmente es necesario para la vida, y trabajando por vivir con sola la otra parte espiritual y divina que en sí tiene, donde está el entendimiento y voluntad, empleando estas dos nobilísimas potencias en aquello que las emplean los ángeles, que es en el conocimiento, amor y fruición del sumo Bien, ayuntándose desta manera con él, y transformándose en él por amor, que es la cosa más alta y más divina a que una

criatura puede llegar. Y así dijo un filósofo platónico, como refiere san Agustín ¹⁴⁰, que la perfección y bienaventuranza del hombre consistía, por una parte, en un purísimo y perfectísimo apartamiento de toda materia y de todas las cosas terrenas y sensuales, y por otra, en un allegamiento y unión con el sumo Padre, por conocimiento y amor y actual contemplación; porque así llaman los filósofos platónicos a Dios. Y desta manera —según dice el mismo filósofo Platón en el diálogo llamado *Fedón*— viene el hombre a juntarse y hacerse espiritualmente una misma cosa, no sólo con aquellas soberanas inteligencias (que nosotros llamamos ángeles), sino también con aquel supremo entendimiento no criado (que es Cristo Señor nuestro); aunque esto no es por naturaleza ni por esencia, sino por participación de su santidad, felicidad y pureza; como vemos que el hierro echado en el fuego, sin dejar de ser hierro, participa las mismas propiedades y condiciones del fuego.

Mas, si contra esto dijeres: «¿Cómo es posible que un hombre en esta vida pueda llegar a tan gran pureza, que se haga semejante a Dios y a sus ángeles, ocupándose en lo mismo que ellos se ocupan? Porque los ángeles no tienen cuerpos para quien hayan de trabajar, ni a quien hayan de servir y proveer, y por esto pueden libremente [601] volar a lo alto y ocuparse siempre en cosas espirituales, como criaturas puramente espirituales; lo que no pueden los hombres por la carga de sus cuerpos, a cuyo servicio están obligados»; a esto brevemente se responde que, por esta causa, los santos trabajaron siempre —aunque fuese a costa del cuerpo— de tomar siempre para él lo menos que fuese posible, y lo que con dificultad bastase para solo vivir y sustentar la naturaleza con increíble escaseza; para que, ya que del todo no podían dejar de servir al cuerpo, el servicio fuese tal, que se reputase casi por ninguno, y así no perdiesen por esto el nombre de espirituales, ni de llamarse ángeles de la tierra o hombres del cielo.

Esta es, pues, como dije, la mayor perfección a que una criatura puede llegar en esta vida, y esta es la que señaladamente nos enseñó el Hijo de Dios en su doctrina; y esta es la que generalmente siguieron todos los santos, y señaladamente aquellos que juntamente con el mundo dejaron cuantas cosas había en él y se fueron a los desiertos, donde, satisfaciendo a las necesidades del cuerpo con raíces de yerbas y con otras cosas poco mejores, empleaban su espíritu en la contemplación y amor de las cosas celestiales, a manera de ángeles. Pues esta es la perfección de la vida del Evangelio, la cual muy al propio nos representaron, no solamente los apóstoles, sino otros varones también apostólicos y evangélicos, como fue san Francisco, que tan perfectamente dio de mano y renunció todas las cosas del mundo, viviendo en suma desnudez y pobreza, y ocupando la vida en el amor y contemplación de las cosas eternas; en lo cual gastaba, no solamente los días, sino también la mayor parte de las noches. Pues el que desea saber cuál sea el blanco y la suma de toda la filosofía del Evangelio, sepa que no es otra cosa que esta que aquí habemos en pocas palabras resumido; que es, como dijimos, la más alta manera de perfección que se puede imaginar. Porque, así como ninguna cosa hay en el mundo mejor que Dios, así ninguna doctrina puede ser mejor que aquella que, despreciadas todas las cosas, nos enseña a juntar con él y hacernos un mismo espíritu con él, de la manera que está declarado.

Mas, para esta tan gran mudanza son necesarias todas las virtudes: unas, para ayudarnos a apartar del mundo, y otras, para ayuntarnos con Dios; unas, para mortificar la afición de las cosas terrenas, y otras, para encender el amor de las cosas eternas; unas, para cortar los impedimentos de la subida, y otras, para poner los escalones que nos ayudan en ella; de las cuales todas trata el santo Evangelio. Y, como entre ellas haya sus grados y órdenes diferentes, porque unas ayudan más y otras menos, el Evangelio trata principalmente de las más altas y que más para esto nos ayudan, cuales son, primeramente, aquellas tres altísimas virtudes: fe, esperanza y caridad; y, después destas, de la humildad, y castidad, mansedumbre, paciencia, obediencia, misericordia, limosna, oración, pureza de intención, limpieza de corazón, pobreza de espíritu, menosprecio del mundo, mortificación de apetitos, amor de la cruz y negamiento de sí mismo y de la propia voluntad, con otras virtudes semejantes; las cuales debe procurar sobre todas las otras el que desea ser varón evangélico y verdadero discípulo e imitador de Cristo.

Y, para salir mejor con esto, ponga los ojos en los ejemplos de la vida deste Señor, donde hallará todas estas virtudes, más explicadas por sus obras, que por sus palabras; porque sabía él muy bien cuánto más compendioso camino para la virtud era el de la vida, que el de la doctrina. Y, aunque todos los ejemplos de virtudes resplandezcan en su vida santísima, pero señaladamente resplandece la

¹⁴⁰ Se trata de Porfirio, cuyas doctrinas examina san Agustín en *De civitate Dei*, lib.X.

profundidad de su humildad, la grandeza de su caridad, la suavidad de su mansedumbre, la dulzura de su conversación, la benignidad de sus palabras y la paciencia y moderación en todas las cosas.

También hay mucho que considerar en los discursos y trabajos de sus caminos, mirando de la manera que este Señor anduvo por el mundo procurando la salud de las ánimas, de provincia en provincia, de ciudad en ciudad, de villa en villa, ya en Judea, ya en Galilea, ya en Samaria. Mira, pues, con cuánta caridad este buen Pastor andaba por montes y valles buscando la oveja perdida para traerla sobre sus hombros a la manada, y cuántos trabajos, pobreza, fríos, calores, cansancios, persecuciones, contradicciones y calumnias de fariseos padeció andando en esta demanda, predicando de día y orando de noche, y tratando siempre los negocios de nuestra salud como verdadero Padre, Pastor, Salvador y remediador nuestro. Mira cuán benignamente trataba con los pecadores, entrando en sus casas y comiendo con ellos, para enamorarlos con su conversación, atraerlos con sus beneficios, edificarlos con su ejemplo y enseñarlos con su doctrina. Testigo desta misericordia es Mateo el publicano, testigo Zaqueo, príncipe de los publicanos, testigo aquella mujer pecadora que a sus pies fue recibida, y testigo la mujer adúltera, que tan benignamente fue perdonada.

Y no menos son de considerar los beneficios que al mundo hizo en estos caminos, sanando los enfermos, alumbrando los ciegos, alimpiando los leprosos, restituyendo los paralíticos, lanzando los demonios, resucitando los muertos, y, lo que más es, sacando de poder del enemigo los pecadores. Desta manera conversó el Señor con los hombres, y así corrió toda aquella tierra, haciendo beneficios generales a todos. Así convenía, por cierto, que se conversase con los hombres el que se hizo hombre por ellos; y así convenía que viviese en el mundo el [602] que descendió del cielo a la tierra a visitar el mundo. Tal era razón que fuese su doctrina, su vida, sus ejemplos, sus obras y sus beneficios, en los cuales se declarase la grandeza de su poder y la grandeza de su bondad. Porque, si Dios había de encarnar y conversar entre los hombres, tales convenía que fuesen las entradas y salidas de su vida, y tal el suceso y fruto della.

XIII. De la Samaritana, Cananea, Magdalena, y mujer adúltera

Y, aunque todas las obras y beneficios de este Señor sean mucho para considerar, señaladamente sirve para esto la benignidad y misericordia que usó con aquellas cuatro mujeres pecadoras: Samaritana, Cananea, Magdalena y mujer adúltera.

Para cuyo entendimiento es de saber que, como se colige del Eclesiástico, el fin para que Dios hizo todas sus obras fue para manifestación de su gloria (cf. Eclo 42,16-17); esto es, para declaración de sus grandes y admirables virtudes y perfecciones. Las cuales, aunque sean innumerables e infinitas —así como él es infinito—, pero señaladamente se reducen a dos órdenes. Porque unas pertenecen a su misericordia, y otras a su justicia; y así unas son para ser amado, y otras para ser temido. Y, aunque estas dos maneras de perfecciones resplandezcan en todas sus obras, en las cuales se halla siempre mezclada misericordia con justicia, pero todavía hay unas en que más resplandezca la justicia, y otras en que más la misericordia. Porque la justicia señaladamente resplandece en el castigo del ángel que se ensoberbeció, y en el del hombre que desobedeció, y en todo el mundo que fue destruido con las aguas del diluvio, y, finalmente, en todos aquellos que se han de condenar; los cuales por esto llama el Apóstol *vasos de ira* (Rom 9,22). Mas, por el contrario, la grandeza de la bondad y misericordia resplandece en todos los escogidos, y en los beneficios que Dios les hace para efectuar su elección; los cuales por esta causa se llaman *vasos de misericordia* (Rom 9,23).

Mas, para mayor declaración destas dos perfecciones, determinó el Señor dos tiempos señalados y dos maneras de obras, que son dos venidas al mundo: una, para declarar la grandeza de su justicia, que será la venida a juicio; y otra, para mostrar la de su bondad y misericordia, que fue la venida en carne a obrar nuestra redención. Por la cual venida hacía oración el rey David, cuando decía: *Muéstranos, Señor, tu misericordia, y envíanos tu salud* (Sal 84,8); porque sabía él muy bien cuánto se había de declarar al mundo la grandeza desta misericordia en esta venida y con esta obra.

Pues a esto vino el Hijo de Dios al mundo: a dar a los hombres conocimiento de la grandeza de la misericordia suya y de su Padre, que es toda una misma misericordia. Por lo cual decía él a uno de sus discípulos: *Felipe, quien ve a mí, ve a mi Padre* (Jn 14,9); y un poco antes: *Si a mí conociédes, también conoceríades a mi Padre; y ahora le conoceréis, y ya le habéis visto* (Jn 14,7). Como si

dijera: «Ahora le conoceréis más perfectamente, cuando el Espíritu Santo venga y os dé mayor luz y conocimiento dél; y ya le habéis visto, pues habéis visto a mí de la manera que he tratado con los hombres, con tanta mansedumbre y bondad y misericordia, porque tal es mi Padre, como yo; y, si él viniera al mundo y tratara y conversara con los hombres, desta misma manera tratara y conversara, y las mismas palabras hablara; porque todo lo que yo hablo y obro él lo habla y obra en mí» [cf. *Jn* 8,28].

Por tanto, quien desea conocer cuál sea la bondad y misericordia del Padre eterno ponga los ojos en su unigénito Hijo, que es perfectísima imagen, no sólo de su substancia y hermosura, sino también de su bondad y misericordia; la cual vino a declarar a los hombres acá en la tierra, así como la declara a los ángeles en el cielo, para que acá y allá, a hombres y ángeles, sea siempre Imagen de la gloria de Dios, pues al Hijo pertenece ser imagen y traslado de su Padre. Ponga, pues, el hombre los ojos en este Señor; mire su encarnación, su nacimiento, su vida, su muerte y todos los pasos que en este mundo dio: porque todos están llenos de bondad y misericordia, a la cual se ordenaba esta segunda venida ¹⁴¹; para que por aquí vea cuán grandes motivos tiene para amarle con todo su corazón y esperar en él en todas sus tribulaciones, porque tan grande bondad está pidiendo grandísimo amor (pues el objeto de la voluntad es la bondad), y tan grande piedad y misericordia está pidiendo toda nuestra confianza; porque, de otra manera, en vano alaba la misericordia de Dios quien al tiempo del menester no sabe esperar en ella; y aquel no sabe esperar: que desmaya en la tribulación y no confía en la oración.

Y, si quieres más en particular contemplar esta misericordia, dejadas aparte otras obras de su vida santísima, pon los ojos en lo que pasó con aquellas cuatro mujeres pecadoras que arriba dijimos, y en cada cual dellas verás como en un espejo la piedad y misericordia deste nobilísimo y benignísimo Señor; para que, cuanto más esto conocieres, más crezcas en este amor y confianza.

XIV. De la Samaritana

Pues acerca de la Samaritana (cf. *Jn* 4,1ss) se nos ofrece primeramente aquella ardentísima sed que el Salvador tenía de nuestra salud, la cual excede todo lo que se puede encarecer. De santa Catalina de Sena se escribe que, cuando veía pasar por la calle algún predicador, salía de su casa y besaba la tierra que el predicador había hollado, [603] con grande devoción. Y, preguntada por qué hacía esto, respondió que le había dado nuestro Señor conocimiento de la hermosura de las ánimas que estaban en gracia, y que por esto tenía por tan dichosos a los hombres que entendían en este negocio, que no podía dejar de poner la boca donde ellos ponían los pies y besar la tierra que hollaban. Pues, si tal celo tenía esta santa mujer por aquella poca de luz y gracia que tenía, ¿cuál sería el celo de aquel que sea la misma fuente de gracia, de aquel grande amador de las ánimas, de aquel que venía a ser *Padre del siglo advenidero* [*Is* 9,5], y de aquel cuyas entrañas comía el celo de la gloria de Dios? [cf. *Jn* 2,17]. Pues este tan grande amor hizo a este Señor descender del cielo a la tierra; este le fatigaba y le desvelaba, y le hacía sudar y trabajar, y andar siempre buscando ánimas que salvar.

Andando, pues, en estos pasos, llegó una vez a una ciudad de Samaria a hora de mediodía, cansado, asoleado, sudado y fatigado con el trabajo del camino. De manera que aquí, por nuestra causa, se cansó el descanso, sudó el refrigerio, padeció hambre el Pan de los ángeles, y tuvo sed la fuente de la vida. Asíéntase a par de la fuentecilla la fuente de agua viva, así como cualquiera otro hombre pobre, flaco y necesitado. No pienses que se asentó para beber, porque no se hace mención allí de que bebiese, sino por esperar oportunidad para cazar una ánima que allí había de venir y armarle un piadoso lazo en aquel bebedero. De manera que, aunque estaba cansado del caminar, no lo estaba para bien obrar; y así, llegando una mujer pecadora a aquella fuente, pidióle agua, como cansado, y ofrecióle gracia, como deseoso y sediento de su salud. *Mujer* —dice él—, *dame de beber*. Considera, pues, aquí la humildad, afabilidad y benignidad incomparable deste Señor, que tan fácilmente se puso a platicar con esta ánima, enseñándola, alumbrándola, respondiendo a sus preguntas, convidándola con su gracia y dándole motivos para pedírsela, como ella la pidió, aunque no entendía lo que pedía. Y, si esto pasara con alguna persona discreta y de reputación, no fuera tanto de maravillar; mas todo este diálogo pasó con una mujer de cántaro, samaritana, idólatra, mujer de cinco maridos y que actualmente estaba en pecado, que son las mayores bajezas que hay; y, con todo esto, platica el Señor

¹⁴¹ Dice *segunda*, porque la mencionó antes en *segundo* lugar, no porque se refiera a la Parusía o segunda venida del Señor.

tan benignamente con ella. Y no sólo platica, mas descúbrele tan claramente quién él era, por términos tan expresos, que apenas se hallarán otros más claros en todo el Evangelio. Y, no contento con esto, añade otra mayor misericordia: que de samaritana, la hace evangelista y apóstola de Samaria. Y todo esto hizo viniendo esta mujer al pozo por un cántaro de agua, sin traer otros más altos propósitos y pensamientos, cuando ninguna cosa menos pensaba, ni buscaba, que lo que halló. ¡Oh juicios y maravillas de Dios!, ¡oh secretos de su bondad y sabiduría! Pues ¿quién no ve aquí la grandeza de la bondad y misericordia deste Señor? ¿Qué hay en toda esta obra, que no sea pura gracia, pura bondad y pura misericordia? Porque, donde ningún linaje de mérito hay de parte del hombre, sino tantas repugnancias y deméritos, ¿qué puede haber de parte de Dios, sino sola bondad y misericordia?

Y, porque nada faltase al cumplimiento desta misericordia, hízola el Señor tan de voluntad y quedó tan contento de haberla hecho, que, cuando los discípulos vinieron y le convidaron a comer, respondió: *Yo tengo ya que comer un manjar que vosotros no sabéis*. Y, preguntando ellos qué manjar era este, respondió: *Mi manjar es hacer la voluntad del Padre que me envió y entender en la obra que me mandó*, que es la salvación de los hombres (Jn 4,32.34). Pues ¿quién no ve por tales obras y palabras como estas la inmensidad de la bondad y misericordia deste Señor, el cual tiene por su comer y su beber nuestra salud?

XV. De la cananea

Pues no menos se descubre esta misericordia en lo que pasó con la Cananea [cf. *Mt 15,21ss*], porque, aunque en lo de fuera se hubo diferentemente con ella, pero todo fue obrar una misma salud y misericordia, aunque por diferentes caminos.

Saliendo, pues, el Salvador de los fines de Judea, saliendo esta mujer de su tierra, se obró la salud que deseaba; para que entiendas que haciendo el hombre lo que es de su parte, y Dios lo que es de la suya, se alcanza la verdadera salud. Ni basta que el hombre obre, si Dios no ayuda, ni basta que Dios ayude, si el hombre no obra; porque lo uno y lo otro es necesario, según lo significó el Profeta, cuando dijo: *Si el Señor no edificare la ciudad, en vano trabajan los que la edifican* (Sal 126,1)¹⁴². Mas esta gracia y ayuda celestial no se reparte siempre de una manera, sino según que lo ordena la sabiduría y misericordia divina. Porque a unos la da con tanta facilidad, que parece que el bien se les entra por las puertas, sin que lo busquen ellos; y a otros no, sino buscándolo con mucho trabajo. De manera que unos hay a quien busca Dios, y otros que buscan a Dios; unos que son como el que halla el tesoro escondido en el campo, sin buscarlo, y otros como el diligente mercader, que buscaba la perla preciosa, y la halló. De lo uno y de lo otro tenemos clarísimo ejemplo en estas dos mujeres pecadoras, de las cuales, la una con tanta facilidad halló lo que no buscaba; y la otra, que con tantos clamores y perseverancia alcanzó lo que deseaba. Y, aunque allí resplandezca más la divina misericordia, y aquí la justicia, pero no es menor esta misericordia, que aquella; pues **buscar a Dios con fe, humildad y perseverancia también [604] es don de Dios y obra de su misericordia**. Pues el que desta segunda manera buscare a Dios, si quisiere saber cómo le ha de buscar, ponga los ojos en esta mujer pecadora, y busque como ella buscó, y hallará como ella halló.

Mas ¿de qué manera buscó? Con grande fe, con grande humildad, con grande paciencia y perseverancia. Y así clamó, siguió, importunó, perseveró, sufrió, confió, humillóse y postrose a los pies de Cristo; y con esto halló lo que deseaba. Busca tú, pues, a Dios desta manera; y ten por cierto que, aunque hayas sido idólatra y cananeo, finalmente le hallarás. *Hallarme heis* —dice el Señor—, *si me buscáredes con todo vuestro corazón* (Jer 29,13). Y buscarle con todo corazón es buscarle con fe, con humildad, con paciencia, con perseverancia y con continua oración; como esta mujer le buscó.

XVI. De la Magdalena

Ni resplandece menos esta bondad y misericordia del Salvador en la conversión de la Magdalena (cf. *Lc 7,37ss*). Porque ¿cómo se convertiría una mujer tan perdida, con tan grande fervor y contrición, si el Señor no la despertara y alumbrara y previniera con su gran misericordia? Por lo cual, dice san

¹⁴² Cita trabucada. El salmo habla de edificar la *casa*, y de guardar la *ciudad*.

Gregorio: «¿De qué nos maravillamos, hermanos: de que María venga, o de que el Señor la reciba? ¿Que la reciba —digo—, o que la traiga? Diré mejor que la trae y que la recibe. Porque el que con su misericordia la trajo de dentro, él mismo con su mansedumbre la recibió de fuera».

Estando, pues, el Señor comiendo en casa de un fariseo, dice el evangelista que vino esta mujer pecadora, y, llegándose por las espaldas a él (porque no osó parecer delante de su rostro), comenzó a regar sus pies con lágrimas, y enjugarlos con sus cabellos, y ungirlos con unguento. Pues ¿qué invención, qué modo de satisfacción y penitencia se pudiera hallar más propia ni más conveniente para esta manera de vida? ¿A quién no moverá a lágrimas y penitencia este tan nuevo linaje de penitencia? A lo menos movió al bienaventurado san Gregorio, el cual, hablando desta pecadora, dice así: «Pensando yo en esta penitencia de María, querría más llorar, que decir algo». Porque ¿qué corazón habrá tan de piedra a quien no muevan a penitencia las lágrimas desta pecadora? Ca pensando ella en lo que hasta allí había hecho no quiso poner tasa en lo que debía hacer. Y así entró donde estaban los convidados, y vino sin que la llamasen, y entre los manjares ofrece lágrimas; para que por aquí veáis con qué amor arde la que entre las fiestas de los convidados no se empacha de llorar. Porque, como conoció la torpeza de su ánima, corrió a la fuente de la misericordia a lavarse en ella, sin avergonzarse de los que presentes estaban. Porque, como ella estaba tan confusa de dentro, no tuvo en qué empacharse de todo lo que veía de fuera. Y, postrada a los pies del Señor, comenzó a regarlos con lágrimas y enjugarlos con sus cabellos, y besarlos y ungirlos con unguento. Hasta aquí había usado esta mujer de preciosos unguentos para regalo de su carne; mas ahora emplea en servicio de Dios loablemente lo que hasta entonces había usado torpemente [cf. *Rom 6,19*]. Con los ojos había mirado y codiciado las cosas terrenas; mas ahora los castigaba derramando por ellos muchas lágrimas. Con la boca había hablado palabras soberbias; mas ahora santificaba esta boca poniéndola en los humildes pies del Redentor. De los cabellos había usado para la compostura del rostro; mas ahora con ellos enjugaba las lágrimas que había derramado sobre los pies de Cristo. De manera que de todos los deleites que para sí tenía hizo holocaustos y sacrificios, y desta manera convirtió al ejercicio de las virtudes todo lo que había servido al de los vicios, para que todo lo que había ofendido a Dios en la culpa le sirviese ahora en la penitencia. Pues ¿quién no ve aquí cuán grande haya sido esta penitencia, y cuán grande la gracia y misericordia divina, que fue el principal despertador y causador della? Porque ¿qué cabeza, qué corazón, qué ojos fueran bastantes para derramar de sí un tan copioso río de lágrimas, que bastasen para lavar los pies de Cristo; y qué ingenio bastara para descubrir una tan nueva invención para limpiarlos, como era servirse para esto de los cabellos, sino de la gran luz y amor que el Señor en su ánima había criado? Y ¿de dónde nació esta dádiva tan grande para una tan indigna criatura, sino de su grandísima bondad y misericordia? Mas toda esta grande penitencia no bastó para que no condenase a esta mujer el fariseo soberbio; pero, con todo eso, absuélvela Cristo, callando ella. Para que veas cuán diferentes sean los juicios de Dios y los de los hombres; y cuán buena defensa es callar el hombre, para hacer a Dios su defensor.

XVII. De la mujer adúltera

En el caso de la mujer adúltera también tienes que considerar la incomprehensible suavidad y misericordia deste Señor, la cual dio lugar a esta calumnia de sus adversarios (cf. *Jn 8,3ss*). Porque tal era su vida, su doctrina, sus obras y sus palabras, que pareció cosa imposible a sus contrarios poder salir por aquella suavísima boca palabra de condenación. No hallaron los adversarios de Daniel aparejo para calumniarle, sino procurando impedir la oración que él tanto usaba; ni los del Salvador, sino poniéndole a peligro la misericordia y mansedumbre de que él tanto se preciaba. Esta nos declaró él en su Evangelio de muchas maneras. Porque ¿qué mayor misericordia que encomendar esta virtud con tan gran encarecimiento, que dijese aquellas palabras: *Lo que hicistes a cualquiera destos pequeñuelos herma- [605] nos míos, a mí los hicistes?* (*Mt 25,40*). Y casi las mismas palabras repite por el profeta Isaías, diciendo: *Este es mi descanso y mi refrigerio: que refrigeréis y consoléis a los cansados* (*Is 28,12*). En el mismo Evangelio leemos que, caminando el Señor por tierra de Samaria, no queriendo recibirle los samaritanos, indignados los discípulos contra aquella gente dijeron al Salvador: *¿Quieres que mandemos que venga fuego del cielo y los quememos?* A los cuales, con su acostumbrada

mansedumbre, respondió el Señor: *¿No sabéis de cuyo espíritu sois hijos?*¹⁴³ *El Hijo de la Virgen no vino a destruir las ánimas, sino a salvarlas* (Lc 9,54-55). Esta misma misericordia y mansedumbre vio en espíritu el profeta Isaías, cuando hablando de las condiciones del Mesías dijo: *No porfiará con nadie, ni será aceptador de personas, ni se oír su voz fuera. La caña cascada no la quebrará, y la mecha de lino que humea no la apagará* (Is 42,2-3). Lo cual manifiestamente se ve en la sentencia desta mujer adúltera, a quien preguntó el Señor: *Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó? Respondió la mujer: Ninguno, Señor. Pues tampoco yo —dijo él— te condenaré. Vete en paz, y no quieras más pecar.* Esto es, pues, lo que el Profeta significó cuando dijo que ni quebraría la caña cascada, ni apagaría la torcida de lino que humea; declarando en esto la grandeza de la misericordia de que el Señor había de usar en su primera venida. Tales, pues, conviene que sean, hermano mío, tus entrañas, tales tus obras y palabras, si quieres ser un hermosísimo traslado deste Señor. Y por esto no se contenta el Apóstol con mandarnos que seamos misericordiosos, sino dice que nos vistamos, como hijos de Dios, *de entrañas de misericordia* (Col 3,12). Mira, pues, tú cuál estaría el mundo si todos los hombres trajesen este vestido.

Todo esto se ha dicho para que por estas obras tan señaladas se conozca algo de aquel tan grande piélagos de la bondad y misericordia de nuestro Salvador, la cual en todas estas obras tan claramente resplandece; pues, como arriba se dijo, no podemos en esta vida conocer a Dios por sí, sino por sus obras, de la manera que se conocen por sus efectos las causas. Mas aquí conviene avisar que este reconocimiento no ha de ser para tomar de aquí ocasión —como hacen los malos— para perseverar en su mala vida, haciendo largas mangas de la misericordia de Dios y usando de su bondad para instrumento de su maldad, que es una grande blasfemia. Pues [*sino*] para que, como ya dijimos, este conocimiento nos sea estímulo para amar tan grande bondad y esperar en tan grande misericordia; pues la bondad pide lo uno, y la misericordia lo otro. En lo cual vemos faltar muchos, aun de los que han alcanzado otras virtudes; los cuales, en levantándoseles una tribulación, parece que nunca leyeron ni oyeron nada desta bondad y misericordia, pues así desmayan y dejan caer los corazones en ella, como si nada supieran della, no mirando que casi todos los salmos y Escrituras divinas para esto señaladamente nos predicán la divina misericordia y la esperanza en ella; para que con estas tan fieles prendas de la palabra de Dios confiemos en el tiempo de la tribulación, y no perdamos la esperanza, en la oración.

Mas aquí también conviene avisar que nunca de tal manera nos transportemos en mirar la divina misericordia, que no nos acordemos de la justicia; ni de tal manera miremos la justicia, que no nos acordemos de la misericordia; porque ni la esperanza carezca de temor, ni el temor de la esperanza. Porque estos son —según dice san Bernardo— como dos pies de Dios¹⁴⁴, los cuales conviene que besemos y adoremos juntos; y no el uno sin el otro, porque la esperanza sin temor no venga a parar en presunción, y el temor sin esperanza en desesperación. Por donde el Profeta dice que cantará al Señor misericordia y juicio juntamente (cf. Sal 100,1); porque sabía él muy bien cuán peligroso era cantar lo uno sin lo otro, que es misericordia sin juicio o juicio sin misericordia; porque desta manera ni la esperanza sea atrevida, ni el temor desconfiado.

XVIII. De la transfiguración del Señor

Entre los principales pasos de la vida de nuestro Salvador es muy señalado y muy devoto el de su gloriosa transfiguración (cf. Mt 17,1ss), cuando tomando en su compañía tres discípulos suyos, de los más amados y familiares, subió a un monte y, puesto allí en oración, como dice san Lucas, se transfiguró delante dellos de tal manera, que su rostro resplandeció como el sol y sus vestiduras se pararon blancas como la nieve. Considera, pues, aquí primeramente el artificio maravilloso de que este Señor usó para traernos a sí. Vio él que los hombres se movían más por los gustos de los bienes presentes, que por las promesas de los advenideros, conforme a aquella sentencia del Sabio, que dice:

¹⁴³ Frase con signos de interrogación, no de admiración. Planteada como pregunta, esto da un giro sorprendente al reproche; como si les dijera: «¿Os olvidáis que sois hijos de aquel cuyo espíritu es misericordia y compasión? Por eso, *sed compasivos como vuestro Padre es compasivo*» (Lc 6,36).

¹⁴⁴ Véase la nota 28, en la página 471.

Más vale ver lo que deseas, que desear lo que no sabes (Ecl 6,9) ¹⁴⁵. Pues, por esto, después de haberles predicado muchas veces que su galardón sería grande en el Reino de los cielos, y que estarían asentados sobre doce sillas, etc., ahora les dio a gustar una pequeña parte de este galardón; para que mostrando al luchador el palio de la vitoria le hiciese cobrar nuevo aliento para el trabajo de la pelea.

Mas no mostró aquí la mejor parte desta promesa, que es la gloria esencial de los bienaventurados, porque esta sobrepuja todo sentido, sino sólo una parte de la accidental, que es la claridad y hermosura de los cuerpos gloriosos; y esto con mucha razón. Porque esta carne es la que nos impide este camino, esta es la que nos aparta de la imitación de Cristo y esta es la que nos estorba el llevar su cruz; y por esto convenía que, [606] para despertarla y avivarla, le mostrasen la grandeza desta gloria, para que así se esforzase más al trabajo de la carrera. Por lo cual, si desmayas oyendo que te mandan crucificar y mortificar tu carne, esfuérzate oyendo lo que te dice el Apóstol: *Esperando estamos en Jesucristo, nuestro Salvador, el cual reformará el cuerpo de nuestra humanidad, haciéndolo semejante al cuerpo de su gloriosa claridad* (Flp 3,20-21) ¹⁴⁶.

Considera también cómo celebró el Señor esta tan gloriosa fiesta en un monte solitario y apartado, lo cual pudiera él muy bien, si quisiera, celebrar en cualquiera valle o lugar público; para que entiendas que no suelen conseguir los hombres este beneficio de la transfiguración en lo público de los negocios del mundo, sino en la soledad del recogimiento; ni en el valle lodoso de los apetitos bestiales, sino en el monte de la mortificación, que es en la vitoria de las pasiones sensuales. Pues en este monte solitario se ve Cristo transfigurado, en este se ve la hermosura de Dios, en este se reciben las arras del Espíritu Santo, en este se da a probar una gota de aquel río que alegra la ciudad de Dios (cf. Sal 45,5), y en este, finalmente, se da la cata de aquel vino precioso que embriaga los moradores del cielo (cf. Sal 35,9) ¹⁴⁷. ¡Oh, si una vez llegases a la cumbre deste monte, cuán de verdad dirías con el apóstol san Pedro: *Bueno es, Señor, estemos aquí!* Como si dijera: «Troquemos, Señor, todo lo demás por este monte; troquemos todos los otros bienes y regalos del mundo por los bienes deste desierto». Mas dice el evangelista que no sabía Pedro lo que decía; para que entiendas cuánta es la grandeza deste deleite y cuánta la fuerza deste vino celestial, pues de tal manera roba los corazones de los hombres, que del todo los enajena y hace salir de sí, pues tan alienado estaba san Pedro, que no sabía lo que se decía ni se acordaba de cosa humana, por la grandeza de la suavidad y gusto que aquí sentía. Ni quisiera él jamás apartarse de aquel suavísimo licor; por lo cual decía: *Señor, bueno es que nos estemos aquí. Si os parece, hagamos aquí tres moradas: una para vos, y otra para Moisés, y otra para Elías*. Pues, si esto decía san Pedro, no habiendo gustado más que una sola gota de aquel vino celestial, viviendo aún en este destierro y en cuerpo mortal, ¿qué hiciera si a boca llena bebiera de aquel impetuoso río de deleites que alegra a la ciudad de Dios? Si una sola migajuela de aquella mesa celestial así lo hartó y enriqueció, que no deseaba más que la continuación y perseverancia deste bien, ¿qué hiciera si gozara de aquella abundantísima mesa de los que ven a Dios y gozan de Dios, cuyo pasto es el mismo Dios? Pues por esta maravillosa obra entenderás que no es todo cruz y tormento la vida de los justos en este destierro; porque aquel piadoso Señor y Padre, que tiene cargo dellos, sabe a sus tiempos consolarlos, visitarlos y darles algunas veces en esta vida a probar las primicias de la otra, para que no caigan con la carga, ni desmayen en la carrera.

Mira también cómo estando el Señor en oración fue desta manera transfigurado; para que entiendas que en el ejercicio de la oración suelen muchas veces transfigurarse espiritualmente las ánimas devotas, recibiendo allí nuevo espíritu, nueva luz, nuevo aliento y nueva pureza de vida; y, finalmente, un corazón tan esforzado y tan otro, que no parece que es el mismo que antes era, por haberlo Dios desta manera mudado y transfigurado.

Y mira también lo que se trata en medio destes tan grandes favores, que es de los trabajos que se han de padecer en Jerusalén; para que por aquí entiendas el fin para que hace nuestro Señor estas mercedes, y cuáles hayan de ser los propósitos y pensamientos que ha de concebir el siervo de Dios en este tiempo, los cuales han de ser determinaciones y deseos de padecer y poner la vida por aquel que tan dulce se la ha mostrado, y tan digno es de que todo esto y mucho más se haga por él. De manera

¹⁴⁵ «Melius est videre quod cupias, quam desiderare quod nescias».

¹⁴⁶ El texto habla de «reformabit corpus *humilitatis* nostræ». Fr. Luis lo ha transformado en «corpus *humanitatis* nostræ».

¹⁴⁷ «Inebriabuntur ab ubertate domus tuæ».

que, cuando Dios estuviere comunicando al hombre sus dulzores, entonces ha de estar él pensando en los dolores que ha de padecer por él; pues tales dádivas como estas, tal recompensa nos demandan.

Capítulo VI. Preámbulo de la sagrada Pasión, en el cual se trata de la manera que debemos tener en considerarla

Acabados de tratar brevemente los principales misterios de la vida de nuestro Salvador, síguese que tratemos con la misma brevedad de los de su sagrada pasión. Cuya consideración es de tanta virtud y consolación para las ánimas, que sería menester mucho espacio para tratar dignamente este argumento. Por lo cual, dejada esta materia para otro lugar, solamente trataremos aquí en breve cómo nos hayamos de haber en la consideración de ella, para que más fructuosamente la pensemos. Porque algunas personas hay que cuando en esto se ocupan no tienen respeto a otra cosa más que a compadecerse de los dolores que el Salvador por nuestra causa padeció. Lo cual, aunque sea bueno y santo, mas no es sólo este el fruto que se coge deste árbol de vida.

Pues para esto es de saber que demás de esto hay otras cinco cosas a que podemos tener respeto cuando pensamos en la sagrada Pasión, como ya en otra parte se trató más copiosamente. Porque, lo primero, aquí podemos inclinar nuestro corazón a dolor y arrepentimiento de nuestros pecados; para lo cual se nos da un grande motivo en la pasión del Salvador, pues es cierto que todo lo que padeció, por los pecados lo padeció; de tal manera que, si no hubiera pecados en el mundo, no fuera necesario este tan costoso remedio. [607] De manera que los pecados, así los tuyos como los míos, como los de todo el mundo, fueron los verdugos que le ataron, y le azotaron, y le coronaron con espinas, y le pusieron en cruz. Por donde verás cuánta razón tienes aquí para sentir la grandeza y malicia de tus pecados, pues realmente ellos fueron la causa de tantos dolores; no porque ellos necesitasen a padecer al Hijo de Dios, sino porque dellos tomó ocasión la divina justicia para pedir tan grande satisfacción.

Y no sólo para aborrecer el pecado, sino también para el amor de las virtudes tenemos aquí grandes motivos en los ejemplos de las virtudes deste Señor, que señaladamente resplandecen en su sagrada pasión, en las cuales también debemos poner los ojos, para provocarnos a la imitación dellas; y particularmente en la grandeza de su humildad, paciencia, obediencia, mansedumbre y silencio, con todas las demás; porque esta es una de las más altas y provechosas maneras que hay de meditar la sagrada Pasión, que es por vía de imitación.

Otras veces debemos poner los ojos en la grandeza del beneficio que el Señor aquí nos hizo, considerando lo mucho que nos amó, y lo mucho que nos dio, y lo mucho que le costó lo que nos dio, con todas las otras circunstancias deste negocio, según que arriba tocamos; para que así nos inclinemos a darle infinitas gracias y alabanzas por él.

Otras veces conviene levantar por aquí los ojos al conocimiento de Dios, esto es, a considerar la grandeza de su bondad, de su misericordia, de su justicia y de su benignidad, y, señaladamente, de su ardentísima caridad, la cual en ninguna otra obra resplandece más que en su sagrada pasión. Porque, como sea mayor argumento de amor padecer males por el amigo, que hacerle bienes, y Dios podía lo uno, y no lo otro (por donde no tenían los hombres entera noticia de su amor), plugo a su divina bondad vestirse de naturaleza en que pudiese padecer males, y tan grandes males, para que estoviese el hombre del todo certificado deste amor, y así se moviese a amar a quien tanto le amó.

Otras veces, finalmente, puede considerar por aquí la alteza del consejo divino y la conveniencia deste medio que la sabiduría de Dios escogió para remedio del género humano —esto es, para satisfacer por nuestras culpas—, para inflamar nuestra caridad, para fortalecer nuestra paciencia, para confirmar nuestra esperanza, para curar nuestra soberbia, nuestra avaricia y nuestros regalos, y para inclinar nuestras ánimas a la virtud de la humildad, al menosprecio del mundo, al aborrecimiento del pecado y al amor de la cruz, y a otras virtudes semejantes.

De suerte que tenemos aquí seis maneras de meditar la sagrada Pasión. La primera por vía de compasión, la segunda de compunción, la tercera de imitación, la cuarta de agradecimiento, la quinta de amor y la sexta de admiración de la sabiduría y consejo divino. Porque para todas estas seis cosas

hallaremos motivos en cualquier paso de la Pasión; y así en todas ellas debemos poner los ojos, ya en unas, ya en otras, según que el Espíritu Santo nos abriere el camino. Verdad es que algunas destas cosas pertenecen más a un linaje de personas, que a otras; porque a los principiantes está muy bien la primera y la segunda manera de consideración, que es por vía de compasión y de arrepentimiento de los pecados; pero a los más aprovechados, las otras, que sirven para despertar y encender en el amor de Dios; aunque lo uno y lo otro sea también común a todos.

Mas aquí es mucho de notar que el fundamento de todas estas consideraciones es entender y penetrar cuanto nos sea posible la grandeza de los dolores de Cristo. Porque, primeramente, cuanto mayores entendiéremos que fueron estos dolores, tanto se nos ofrecerá mayor motivo de compasión; pues es cierto que la mayor pasión merece mayor compasión. Asimismo, cuanto mayores fueron los dolores que este Señor padeció por destruir el pecado, tanto mayor motivo se nos da para aborrecer cosa que él con tantas costa suya destruyó. La grandeza también de sus virtudes más altamente resplandece en la grandeza de sus dolores; pues está claro que mayor es la paciencia que más sufre, y mayor la humildad que a mayores extremos se abaja, y mayor la mansedumbre que a mayores injurias calla, y mayor la obediencia que se pone a mayor carga; y así podemos discurrir por todas las demás. Y no menos es éste motivo de mayor amor, porque si estamos obligados a amar a Cristo por lo que por nuestro amor padeció, cuanto mayor fuere esta pasión, tanto mayor será esta obligación. Ni menos se conoce también por aquí la grandeza deste beneficio, pues, cuanto más caro costó al Salvador nuestro remedio, tanto por esta causa le somos en mayor cargo. Este mismo sirve también para el conocimiento —que dijimos— de Dios, esto es, para conocer la grandeza de su caridad, de su bondad, de su misericordia y de su justicia, que son las cosas cuyo conocimiento más importa para inducir los corazones de los hombres al amor y temor de Dios y guarda de sus mandamientos; porque, cuanto más conociéremos la acerbidad y grandeza de sus dolores, tanto más claro veremos cuánta fue la caridad que tanto padeció, y la bondad que a tanto se extendió, y la misericordia que tales miserias sobre sí tomó, y la justicia que tan rigurosamente castiga la culpa aun en su misma persona.

Por do parece claro cómo el fundamento de todas estas consideraciones es entender la grandeza destos dolores. Y, después de hecho pie en esto, tendremos motivos para hacer todas estas salidas susodichas, unas veces a unas, y otras a otras. Y, según nuestra ánima fuere hallando pasto [608] en estas consideraciones, así se puede detener en ellas más o menos, conforme al fruto que en esto hallare; porque no siempre es necesario correr por todas estas estaciones, mas propónese todo esto, porque todo ello es debido y santo, y porque los que no hallaren gusto en una cosa lo hallen en otra. Pues por esto me pareció sería bien, antes de entrar en los misterios de la sagrada Pasión, tratar aquí brevemente de la grandeza de los dolores que el Salvador padeció —para este propósito susodicho—, y de las causas dellos; de las cuales se trató más copiosamente en el *Libro de la oración y meditación*, mas aquí tocarlas hemos más en breve.

I. De la grandeza de los dolores de Cristo

Pregunta santo Tomás en la tercera parte si los dolores que padeció Cristo en su sacratísima pasión fueron los mayores que se han padecido en el mundo (cf. *Sth.* III q.46 a.6). A lo cual responde él diciendo que, quitados aparte los dolores de la otra vida, que son los del infierno y del purgatorio, estos fueron los mayores que en el mundo se padecieron ni padecerán jamás.

Esta conclusión prueba él por muchas razones. La primera, por la grandeza de la caridad de Cristo, que era la mayor que podía ser, la cual le hacía desear la gloria de Dios y el remedio del hombre con sumo deseo. Y, porque, mientras mayores dolores padecía por los pecados, más enteramente satisfacía a la honra de Dios ofendido, y más copiosamente redimía al hombre culpado, por esto quiso él que sus dolores fuesen gravísimos, para que así fuese perfectísima esta redención.

La segunda causa era la pureza de sus dolores, los cuales ninguna mixtura tenían de alivio ni consolación. Porque jamás en esta vida padeció nadie dolores tan puros, que no se aguasen con alguna manera de consolación, con la cual se hiciesen a veces tolerables, y a veces también alegres; como acaeció a los mártires. Mas en Cristo no fue así, porque, por la razón susodicha, cerró él todas las puertas por donde le pudiese entrar algún rayo de luz o de consolación; y así, cruzados los brazos, se

entregó al ímpetu de los tormentos, para que sin contradicción ni mitigación alguna le atormentasen todo cuanto le pudiesen atormentar.

La tercera causa fue la delicadeza de su cuerpo, el cual no fue formado por virtud de hombres, sino del Espíritu Santo; por lo cual fue el más perfecto y más bien complexionado de todos los cuerpos, y así era el más delicado y más sensible dellos, por lo cual sentía mucho más que otro alguno sus dolores.

Juntamente con esto, le afligían grandemente la memoria y compasión de su bendita Madre, cuyo corazón sabía él que había de ser atravesado con el más agudo cuchillo de dolor, que nunca mártir alguno padeció; porque, así como ningún mártir amó tanto su propia vida, cuanto ella la de su Hijo, así nunca mártir sintió tanto su propia muerte, cuanto ella la del Hijo.

También naturalmente le afligía la representación y memoria de su propia muerte. Porque, así como es natural el amor de la vida, así lo es el horror de la muerte; y tanto más, cuanto más merece ser amada la vida. Por donde dice Aristóteles que el sabio ama mucho su vida, porque, como sabio, entiende que tal vida merece ser muy amada. Pues, según esto, ¿cuánto amaría el Salvador aquella vida, de la cual sabía que una hora valía más que todas las vidas criadas? Pues estas cuatro causas de dolor afligían aquella ánima santísima sobre todo lo que se puede encarecer. En lo cual parece haber sido mucho mayores los dolores de su ánima, que los de su cuerpo, y mucho mayor la pasión invisible que padecía de dentro, que la visible que padecía de fuera.

Demás desto, el mismo linaje de muerte, que fue de cruz, es penosísimo (como adelante se verá), con la cual se junta que, en esta muerte, concurrieron tantas maneras de injurias y tormentos, que ninguna cosa hubo en toda aquella sagrada humanidad (sacada la porción superior de su ánima) en la cual no padeciese su propio tormento. Porque él primeramente padeció en su ánima santísima los dolores que hemos dicho, y padeció en su cuerpo los que nos quedan por decir. Padeció también en la fama con los falsos testimonios y títulos ignominiosos con que fue condenado. Padeció en la honra con tantas invenciones y maneras de escarnios, injurias y vituperios como le fueron hechos. Padeció en la hacienda, que eran solas aquellas pobres vestiduras que tenía, de las cuales también fue despojado, y puesto en la cruz desnudo. Padeció en sus amigos, pues todos huyeron y le desampararon, y le dejaron solo en poder de sus enemigos. Padeció también en todos los miembros y sentidos de su sacratísimo cuerpo; en cada uno, su propio tormento: la cabeza fue coronada de espinas, los ojos escurecidos con lágrimas, los oídos atormentados con injurias, las mejillas heridas con bofetadas, el rostro afeado con salivas, la lengua jaropeada con hiel y vinagre, la sagrada barba repelada, sus manos traspasadas con clavos, el costado abierto con una lanza, las espaldas molidas con azotes, los pies atravesados con duros clavos, y todo el cuerpo, finalmente, descoyuntado, ensangrentado y estirado en la cruz. Porque, así como todos los miembros de su cuerpo místico estaban especialmente heridos y llagados, así todos los del verdadero y natural estuviesen heridos y atormentados. Y asimismo, pues nuestra malicia había sido tal, que con todas nuestras cosas y con todos nuestros miembros y sentidos [609] habíamos ofendido a Dios, la satisfacción de Cristo fuese tal, que en todas las cosas padeciese tormentos, pues nosotros con todas las nuestras habíamos cometido pecados.

Creció también esta pena con la continuación y muchedumbre de trabajos que el Salvador padeció dende la hora de su prisión hasta que expiró en la cruz. Porque en este tiempo todos a porfía trabajaban por atormentarle, cada cual de su manera: uno le prende, otro le ata, otro le acusa, otro le escarnece, otro le escupe, otro lo abofetea, otro le azota, otro le corona, otro le hiere con la caña, otro le cubre los ojos, otro le viste, otro le desnuda, otro le blasfema, otro le carga la cruz a cuestras, y todos, finalmente, se ocupan en darle cada cual su manera de tormento. Vuélvenle y revuélvenle, llévanle y tráenle de juicio en juicio, de tribunal en tribunal, de pontífice a pontífice, como si fuera un público ladrón y malhechor. ¡Oh Rey de la gloria!, ¿qué te debemos, Señor, por tantas invenciones y maneras de trabajos como padeciste por nos? Pues estas y otras semejantes causas claramente prueban que los dolores que el Salvador padeció sobrepujan todos cuantos dolores hasta hoy se han padecido en esta vida y padecerán jamás.

Pues ¿qué fruto sacamos desta consideración? Verdaderamente grande e inestimable. Porque, todo cuanto enseña la filosofía cristiana, nos enseña en breve la cruz de Cristo; y todo cuanto obran la ley y el evangelio, dándonos conocimiento del bien, y amor dél, todo esto en su manera enseña y obra la filosofía de la cruz. Porque primeramente por aquí, mejor que por todos los medios del mundo, se

conoce la gravedad y malicia del pecado, viendo lo que el Hijo de Dios padeció por él, y lo que hizo por destruirlo. Por aquí se conoce la graveza de las penas de el infierno, pues en tal infierno de penas y dolores quiso entrar este Señor por sacarnos dellas. Por aquí se conoce cuán grandes sean los bienes, así de gracia como de gloria, pues tal mérito fue menester para alcanzarlos después de perdidos, por vía de justicia. Por aquí se ve la dignidad del hombre y el valor de su ánima, considerando en lo que Dios la estimó, pues tal precio quiso dar por ella. Por aquí también, más que por otro medio, venimos en conocimiento de Dios, no cual le tuvieron los filósofos, que tan poco les aprovechó, pues poco más conocieron que la omnipotencia y sabiduría suya, la cual resplandece en las cosas criadas; mas tal, cual conviene para hacer a los hombres santos y religiosos, que es de la bondad, de la caridad, de la misericordia, de la providencia y de la justicia de Dios, porque este conocimiento causa en nuestras ánimas amor y temor de Dios, y confianza en su misericordia, y obediencia a sus mandamientos; en las cuales virtudes consiste la suma de la verdadera religión. Pues, cuánto resplandezcan estas perfecciones divinas en este misterio, parece claro por esta razón: porque a la bondad pertenece comunicar y darse a sí misma, al amor hacer bien al amado, a la misericordia tomar sobre sí todas las miserias y males del miserable, y a la justicia castigar severamente los delitos del culpado. Pues, siendo esto así, ¿qué mayor bondad que la que llegó a comunicar a sí mismo y hacerse una misma cosa con el hombre? ¿Qué mayor caridad que la que repartió cuantos bienes tenía con el hombre? ¿Qué mayor misericordia que la que tomó sobre sí todas las miserias y deudas del hombre? ¿Qué mayor misericordia que recibir Dios en sus espaldas los azotes que nuestros hurtos merecían, padecer nuestra cruz, beber nuestro cáliz y querer ser atormentado por nuestros deleites, deshonorado por nuestras soberbias, despojado en la cruz por nuestras codicias, y, finalmente, entregado al poder de las tinieblas por librar a los hombres dellas? ¿Puede ser mayor misericordia que esta? Pues no es menor la justicia que aquí resplandece, porque ¿qué mayor justicia que haber querido tomar Dios tan extraña manera de venganza de los pecados del mundo en la persona de su amantísimo e inocentísimo Hijo? Porque justísimo es el Juez que a su mismo Hijo no perdona, por haber tomado sobre sí la culpa ajena.

▲ Pues, siendo esto así, ¿quién no temerá tal justicia? ¿Y quién no esperará en tal misericordia? ¿Y quién no amará tal bondad? Verdaderamente no era posible darse al hombre mayores motivos de amor, de temor, de obediencia y de confianza, de los que aquí le fueron dados; y el corazón que con esto no se vence, no sé cosa que lo pueda vencer.

Demás desto, ¡qué tan grandes son los ejemplos y motivos que aquí se nos dan para todas las otras virtudes, y señaladamente para la virtud de la humildad, de la obediencia, de la paciencia, de la mansedumbre, de la pobreza de espíritu y para todas las demás! Porque, como dice santo Tomás, los ejemplos de las virtudes tanto son más eficaces, cuanto son de personas más altas. Porque ¿quién tendrá corazón para ir a caballo, cuando ve su rey a pie? ¿O para quedarse en la cama, cuando lo ve entrar en la batalla? Pues, si tanto pueden ejemplos de reyes, que al fin son hombres mortales como nosotros, ¿cuánto más deben poder los ejemplos de aquella real Majestad, que tanto más hizo por nosotros? Especialmente que los ejemplos de Cristo tienen otra dignidad y fuerza admirable, que en ningunos otros se puede hallar, porque sus ejemplos de tal manera son ejemplos, que también son beneficios, y remedios, y medicinas, y estímulos de amor, de devoción y de toda virtud.

Demos, pues, infinitas gracias al Señor por este tan grande beneficio, esto es, por lo mucho que él nos dio, y por lo mucho que le costó, y mucho más por lo mucho que nos amó, porque mucho más amó que padeció; y mucho más padeciera, si nos fuera necesario. Por todos estos títulos le debemos eterno agradecimiento. Y, pues de nues- [610] tra parte no tenemos cosa digna que le dar, a lo menos trabajemos porque toda nuestra vida sea suya, pues la suya fue toda nuestra. Presupuesto, pues, ahora este pequeño preámbulo, contaremos en suma los principales pasos de la Pasión, comenzando por la entrada del Señor en Jerusalén con ramos; porque esta fue principio y camino para ella.

II. De la entrada en Jerusalén con los ramos

Pues, como se llegase ya el tiempo en que el Salvador tenía determinado ofrecerse en sacrificio por la salud del mundo, así como él por su propia voluntad se quiso sacrificar, así por ella misma se vino al lugar del sacrificio, que era la ciudad de Jerusalén, para que en la ciudad y en el día que el cordero místico era santificado, en ese lo fuese también el verdadero; y donde habían sido tantas veces muertos los profetas, allí también lo fuese el Señor de los profetas; y donde poco antes había sido tan honrado y

celebrado, allí fuese condenado y crucificado, para que así fuese su pasión tanto más ignominiosa, cuanto el lugar era más público y el día más solemne. Y por esto, habiendo escogido la aldea de Belén para su nacimiento, escogió la ciudad de Jerusalén para este sacrificio, porque la gloria de su nacimiento se escondiese en el rinconcillo de Belén, y la ignominia de su pasión se publicase más en la ciudad de Jerusalén.

Entrando, pues, en esta ciudad (cf. Mt 21,1ss), fue recibido con grande solemnidad y fiesta, con ramos de olivas y palmas, y con tender muchos sus vestiduras por tierra, y clamar todos a una voz: *Bendito sea el que viene en el nombre del Señor: sálvanos en las alturas.*

Aquí primeramente se nos ofrece luego que considerar la grandeza de la caridad de nuestro Salvador y la alegría y prontitud de voluntad con que iba a ofrecerse a la muerte por nosotros, pues en este día quiso ser recibido con tan grande fiesta, en señal de la alegría y fiesta que en su corazón había por ver que se llegaba ya la hora de nuestra redención. Porque, si de santa Águeda se dice que, siendo presa por cristiana, iba a la cárcel con tan grande alegría, como si fuera llevada a un convite por la honra de Dios, ¿con qué prontitud y devoción iría el que tanto mayor caridad y gracia tenía, cuando fuese a obrar la obra de nuestra redención por la obediencia y honra del mismo Dios? Donde claramente aprenderás con qué manera de prontitud y voluntad debes entender en las obras de su servicio, pues con tanta alegría entendió él en las de tu remedio, acordándote que, por una parte, dice el Apóstol que huelga mucho Dios con el alegre servicio (cf. 2 Cor 9,7), y que, por otra, se dice: *Maldito sea el hombre que hace las obras de Dios pesada y negligentemente* (Jer 48,10).

Considera también las palabras de la profecía con que esta entrada se representa, que son estas: *Alégrate mucho, hija de Sión, y haz fiesta, hija de Jerusalén, y mira cómo viene para ti tu rey, pobre y manso, asentado sobre una asna y un pollino hijo suyo* (Zac 9,9). Todas estas palabras son palabras de grande consolación, porque decir *tu rey* y *para ti* es decir que este Señor es todo tuyo, y que todos sus pasos y trabajos son para ti: para ti viene, para ti nace, para ti trabaja, para ti ayuna, para ti ora, para ti vive, para ti muere, y para ti, finalmente, resucita y sube al cielo. Y no te escandalice el nombre de *rey*, porque este rey no es como los otros reyes del mundo, que reinan más para su provecho, que para el de sus vasallos, empobreciéndolos a ellos para enriquecerse a sí, y poniendo a peligro las vidas de ellos por guardar la suya. Mas este nuevo rey no ha de ser de esta manera, porque él te ha de enriquecer a costa suya, y defenderte con la sangre suya, y darte vida perdiendo él la suya; porque para esto dice él, por san Juan, que le fue dado poderío sobre toda carne: para que, a todos los que fueren suyos, dé él la vida eterna (cf. Jn 17,2). Este es aquel principado de que dice el Profeta que está puesto sobre los hombros del que lo tiene (cf. Is 9,5), y no sobre los de su pueblo, para que el trabajo de la carga sea suyo, y el provecho y fruto, nuestro.

Y dice más: que *viene manso y asentado* sobre una pobre cabalgadura. De manera que aquel Dios de venganzas [cf. Sal 93,1], aquel que está asentado sobre los querubines [cf. Sal 98,1] y vuela sobre las plumas de los vientos [cf. Sal 17,11], y trae millares de carros de ángeles a par de sí [cf. Sal 67,18], viene ahora tan manso y humilde, como aquí se nos representa; para que ya no huyas dél, como lo hizo Adán en el paraíso, y como el pueblo de los judíos, cuando les daba ley; antes te llegues a él, viéndole hecho cordero, de león.

▲ Porque el que hasta aquí no venció tu corazón con la fuerza del poder ni con la grandeza de la majestad, quiere ahora vencerlo con la grandeza de su humildad y con la fuerza de su amor.

Esta es la nueva manera de pelear que escogió el Señor, como dijo la santa profetisa¹⁴⁸, y con esto quebrantó las puertas de sus enemigos y venció sus corazones. Y esto es lo que por figura se nos representa en este tan solemne recibimiento que aquí se hizo, donde —como dice el evangelista— toda aquella ciudad se revolvió, y todos salieron a recibirle con ramos de palmas y olivas en las manos, y otros echando sus vestiduras por tierra, cantando sus alabanzas y pidiéndole salud eterna. Pues ¿qué es esto, sino representarnos aquí el Espíritu Santo cómo habiendo este Señor batallado antes con el mundo con rigores, con diluvios, con castigos y amenazas espantosas, sin acabar de rendirlo, después que escogió esta nueva manera de pelear, y procedió, no con castigos, sino con beneficios, no con rigor, sino con amor, no con ira, sino con mansedumbre, no con majestad, sino con humildad, y, finalmente, no matando a sus enemigos, sino muriendo por ellos, entonces se apode- [611] ró de sus corazones, y trajo todas las cosas a sí, como dice él en su Evangelio? *Si yo fuere levantado* en un

¹⁴⁸ Al margen: *1 Reg 2*. El título se lo da, por tanto, a Ana (cf. *1 Sam 2,1ss*).

madero, poniendo la vida por el mundo, *todas las cosas traeré a mí* (Jn 12,32), no con fuerzas de acero, sino con cadenas de amor, no con azotes y castigos, sino con buenas obras y beneficios. Entonces, pues, comenzaron luego los hombres, unos a cortar ramos de olivas, despojándose de sus haciendas y gastándolas en obras de piedad y misericordia (que por la oliva es entendida); y otros pasaron más adelante, que tendieron sus ropas por tierra, para adornar el camino por do iba el Salvador, que son los que con la mortificación de sus apetitos y propias voluntades, y con el castigo y maltratamiento de su carne, y con la muerte de sus propios cuerpos, sirvieron a la gloria de este Señor, como lo hicieron innumerables mártires, que dejaron arrastrar y despedazar las túnicas de sus cuerpos por la confesión y gloria del. En lo cual se nos encomiendan tres maneras de virtudes con que habemos de salir a recibir este Señor cuando viene espiritualmente a nuestras ánimas. La primera es la oración, figurada en aquellos que le alaban con sus voces y le pedían salud. La segunda es la limosna y misericordia, que es figurada en los otros que cortaban ramos de olivas, porque ya dijimos que por la oliva se entiende la misericordia. La tercera es la mortificación de la carne y el menosprecio de sí mismo, que es figurada por aquellos que arrastraban sus ropas por tierra para que fuesen pisadas y acoceadas por honra de Cristo. De las cuales virtudes, la primera, que es la oración, se debe a Dios; la segunda, que es la misericordia, al prójimo; mas la tercera, que es la mortificación, debe el hombre a sí mismo. Estas son tres cruces espirituales que ha de traer el cristiano siempre sobre sí; y, cuando se levantara por la mañana, así como acabare de dar gracias a Dios y encomendarle todo el curso de aquel día, luego se ha de cargar destas tres cruces, que son estas tres grandes obligaciones, y andar todo el día con una perpetua atención para cumplir con ellas, trayendo un corazón devotísimo para con Dios, y otro piadosísimo para con su prójimo, y otro muy severo para consigo, castigando su carne, enfrenando su lengua y mortificando todos sus apetitos.

Sobre todo esto, tienes también aquí un grande argumento y motivo para despreciar la gloria del mundo, tras que los hombres andan tan perdidos, y por cuya causa hacen tantos extremos. ¿Quieres, pues, ver en qué se debe estimar esta gloria? Pon los ojos en esta honra que aquí hace el mundo a este Señor, y verás que el mismo mundo que hoy le recibió con tanta honra, de ahí a cinco días lo tuvo por peor que Barrabás, y le pidió la muerte, y dio contra él voces, diciendo: *¡Crucificalo, crucificalo!* De manera que el que hoy le predicaba por hijo de David (que es por el más Santo de los santos), mañana le tiene por el peor de los hombres, y por más indigno de la vida que Barrabás. Pues ¿qué ejemplo más claro para ver lo que es la gloria del mundo, y en lo que se deben estimar los testimonios y juicios de los hombres? ¿Qué cosa más liviana, más antojadiza, más ciega, más desleal y más inconstante en sus pareceres, que el juicio y testimonio deste mundo? Hoy dice, y mañana desdice; hoy alaba, y mañana blasfema; hoy livianamente os levanta sobre las nubes, y mañana, con mayor liviandad, os sume en los abismos; hoy dice que sois hijo de David, mañana dice que sois peor que Barrabás. Tal es el juicio desta bestia de muchas cabezas y deste engañoso monstruo, que ninguna fe ni lealtad ni verdad guarda con nadie, y ninguna virtud ni valor mide, sino con su propio interese. No es bueno sino quien es para con él pródigo, aunque sea pagano; y no es malo sino el que le trata como él merece, aunque haga milagros; porque no tiene otro peso para medir la virtud, sino sólo su interese. ¿Pues qué diré de sus mentiras y engaños? ¿A quién jamás guardó fielmente su palabra?, ¿a quién dio lo que prometió?, ¿con quién tuvo amistad perpetua?, ¿a quién conservó mucho tiempo lo que dio?, ¿a quién jamás vendió vino, que no se lo diese aguado con mil zozobras? Sólo esto tiene de constante y de fiel: que a ninguno fue fiel. Este es aquel falso Judas que, besando a sus amigos, los entrega a la muerte. Este, aquel traidor de Joab, que abrazando al que le saludaba como amigo, secretamente le metió la espada por el cuerpo. Pregona vino, y vende vinagre; promete paz, y tiene de secreto armada la guerra. Malo de conservar, peor de alcanzar; peligroso para tener, y dificultoso de dejar. ¡Oh mundo perverso, prometedor falso, engañador cierto, amigo fingido, enemigo verdadero, lisonjeador público, traidor secreto; en los principios dulce, en los dejos amargo; en la cara blando, en las manos cruel; en las dádivas escaso, en los dolores pródigo; al parecer algo, de dentro vacío; por de fuera florido, y debajo de la flor espinoso!

III. Del lavatorio de los pies

El dejo [*fin*] con que el Salvador del mundo acabó la vida y se despidió de sus discípulos, antes que entrase en la conquista de su pasión, fue lavarles él mismo los pies con sus propias manos, y

ordenarles el Santísimo Sacramento del altar, y predicarles un sermón lleno de toda la suavidad, doctrina y consolación que podía ser (cf. Jn 13,1ss). Porque tal gracia y tal despedida como esta pertenecía a la suavidad y caridad grande de este Señor. Pues el primero destes misterios escribe el evangelista san Juan, diciendo que *antes del día de la Pascua, sabiendo Jesús que era llegada la hora en que había de pasar deste mundo al Padre, habiendo él amado a los suyos que tenía en el mundo, en el fin señaladamente los amó. Y, hecha la cena, como el demonio hubiese ya puesto en el corazón de Judas que le vendiese, sabiendo él que [612] todas las cosas había puesto el Padre en sus manos, y que había venido de Dios y volvía a Dios, levantose de la cena, y quitó sus vestiduras, y tomando un lienzo ciñose con él, y echó agua en un baño, y comenzó a lavar los pies de sus discípulos y limpiarlos con el lienzo con que estaba ceñido*. Hasta aquí son palabras del evangelista.

Pues, como haya muchas cosas señaladas que considerar en este hecho tan notable, la primera que luego se nos ofrece es este ejemplo de humildad inestimable del Hijo de Dios, cuyas grandezas comenzó el evangelista a contar al principio deste Evangelio, para que más claro se viese la grandeza desta humildad, comparado con tan grande majestad. Como si dijera: «Este Señor, que sabía todas las cosas; este que era Hijo de Dios, y que dél había venido y a él se volvía; este, en cuyas manos el Padre había puesto todas las cosas: el cielo, la tierra, el infierno, la vida, la muerte, los ángeles, los hombres y los demonios, y, finalmente, todas las cosas; este tan grande en la majestad, fue tan grande en la humildad, que ni la grandeza de su poder le hizo despreciar este oficio, ni la presencia de la muerte olvidarse deste regalo, ni la alteza de su majestad dejar de abatirse a este tan humilde servicio, que es uno de los más bajos que suelen hacer los siervos». Y así como tal se desnudó, y ciñó, y echó agua en una bacía, y él con sus propias manos, con aquellas manos que criaron los cielos, con aquellas en que el Padre había puesto todas las cosas, comenzó a lavar los pies de unos pobres pescadores y, lo que más es, los pies del peor de todos los hombres, que eran los de aquel traidor que le tenía vendido. ¡Oh inmensa bondad!, ¡oh suprema caridad!, ¡oh humildad inefable del Hijo de Dios! ¿Quién no quedará atónito cuando vea al Criador del mundo, la gloria de los ángeles, el Rey de los cielos y el Señor de todo lo criado, postrado a los pies de los pescadores y, más, de Judas? No se contentó con bajar del cielo y hacerse hombre, sino descendió más bajo, como dice el Apóstol, a deshacerse y humillarse de tal manera, que, estando en forma de Dios, tomase no sólo forma de hombre, sino también de siervo, haciendo el oficio propio de los siervos (cf. Flp 2,6-7). Maravíllase el fariseo que convidó a Cristo de ver que se dejase tocar los pies de una mujer pecadora, pareciéndole ser esto cosa indigna de la dignidad de un profeta. Pues, si por tan indigna cosa tienes, oh fariseo, que un profeta deje tocar sus pies de una mujer pecadora, ¿qué hicieras si creyeras que este Señor era Dios, y que, con todo esto, dejaba tocar sus pies de esa pecadora? Y, si esto te pusiera grande admiración, dime, ruégote: ¿Qué hicieras si creyendo que este Señor era Dios —como lo era—, vieras que no sólo dejaba tocar sus pies de pecadores, sino que él mismo postrado en tierra lavaba los pies de los pecadores? ¿Cuánto mayor cosa es Dios, que un profeta, y cuánto mayor lavar él los pies ajenos, que dejarse tocar los suyos propios? Pues ¿cuánto más atónito y pasmado quedarás, si esto vieras y lo creyeras? Creo cierto que los mismos ángeles quedaron espantados y maravillados desta tan extraña humildad.

Quitose —dice el evangelista— *las vestiduras*, etc. ¡Oh ingratitud y miseria del linaje humano! Dios quita todos los impedimentos para servir al hombre; pues ¿por qué no los quitará el hombre para servir a Dios? Si el cielo así se inclina a la tierra, ¿por qué no se inclinará la tierra al cielo? Si el abismo de la misericordia así se inclina al de la miseria, ¿por qué no se inclinará el de la miseria al de la misma misericordia? Él mismo fue el que se ciñó, y el que echó agua en el baño, y el que lavó los pies de los discípulos; para que por aquí entiendan los amadores de la virtud, y los que tienen cargo de ánimas, que no han de cometer [*ceder*] a otros los oficios de piedad, sino ellos por sí mismos han de poner las manos en todo. Porque, **si el hombre desea el galardón en sí, y no en otro, por sí mismo ha de hacer las obras de virtud, y no por otro**.

Mira también cuán a propósito vino este auto [*acto*] cuando el Señor lo hizo. Porque comenzaron entonces los discípulos a disputar cuál de ellos era el mayor, la cual disputa habían ya otra vez tenido entre sí, y no se curó con la amonestación que el Señor entonces les hizo de palabra; y por esto acudió ahora a curarla con otra medicina más eficaz, que es con la obra, haciendo entre ellos y para ellos esta obra de tanta humildad, demás de las que tenía hechas, y de las que le quedaban por hacer. Porque sabía muy bien este Señor la necesidad que los hombres tienen desta virtud, y la repugnancia grande que por su parte hay para ella; y por esto acudió a curarla con esta tan fuerte medicina.

Mas no sólo nos dejó aquí ejemplo de humildad, sino también de caridad, porque lavar los pies no sólo es servicio, sino también regalo, el cual hizo el Salvador a los pies de sus amigos, víspera del día que habían de ser enclavados y lavados con sangre los suyos; para que veas cuán dura es la caridad para sí, y cuán blanda para los otros. Pues este ejemplo de caridad y humildad deja el Señor en su Testamento por manda a todos los suyos, encomendándoles en aquella hora postrimera que se tratasen ellos entre sí como él los había tratado, y se hiciesen aquellos regalos y beneficios que él entonces les había hecho. Pues ¿qué otra ley, que otro mandamiento se pudiera esperar de aquel pecho tan lleno de caridad y misericordia más propio que este? ¿Qué otro mandamiento dejará un padre a la hora de su muerte a hijos que mucho amase, sino que se amasen ellos entre sí e hiciesen para consigo lo que él hacía para con ellos? Este fue el mandamiento que el santo José dio a sus hermanos cuando los envió a su padre, diciendo: *No tengáis pasiones en el camino*; caminad en paz, y no os hagáis mal unos a otros (Gén 45,24). Mandamiento fue este de verdadero hermano, que de verdad amaba a sus hermanos y deseaba su bien. Pues, para mostrar el Señor este [613] mismo amor para con los hombres, pone aquí este mandamiento (que por excelencia se llama *el Mandato*), en el cual nos mandó la cosa que más convenía para nuestra paz, para nuestro bien y para nuestro regalo. Tanto, que, si este mandamiento se guardase en el mundo, sin duda vivirían en él los hombres como en un paraíso. Donde advertirás también cuáles sean los mandamientos que nos manda Dios nuestro Señor, porque tales son y tan provechosos para los hombres, que, si bien se considera, más debemos nos a él por las cosas que nos manda, que él a nos por la guarda de lo que manda; pues, aun quitado a parte el galardón del cielo, ninguna cosa se nos podía mandar en este mundo, que fuese más para nuestro provecho.

IV. De la institución del Santísimo Sacramento

Entre todas las muestras de caridad que nuestro Salvador nos descubrió en este mundo, con mucha razón se cuenta por muy señalada la institución del santísimo Sacramento. Por lo cual dice san Juan que *habiendo el Señor amado a los suyos que tenía en el mundo* (esto es, a sus escogidos), *en el fin de la vida señaladamente los amó* (Jn 13,1); porque en este tiempo les hizo mayores beneficios y les descubrió mayores muestras de su amor. Pues, para entendimiento destas palabras —que son fundamento, así deste misterio, como de todos los demás que se siguen—, conviene presuponer que ninguna lengua criada es bastante para declarar la grandeza del amor que Cristo tenía a su eterno Padre, y consecuentemente a los hombres que él le encomendó. Porque, como las mercedes y beneficios que este Señor, en cuanto hombre, había recibido deste soberano Padre fuesen infinitas, y la gracia otrosí de su ánima (de donde procede la caridad) fuese también infinita, de aquí es que el amor que a todo esto respondía era tan grande, que no hay entendimiento humano ni angélico que lo pueda comprender. Pues, como sea propio del amor desear padecer trabajos por el amado, de aquí nace que tampoco se puede comprender la grandeza del deseo que Cristo tenía de beber el cáliz de la muerte y padecer trabajos por la gloria de Dios y por la salud de los hombres, que él tanto deseaba por su amor. Pues este divino amor, que hasta este día estuvo como detenido y represado, para que no hiciese todo lo que él deseaba y podía hacer, este día le abrieron las puertas y le dieron licencia para que ordenase, y hiciese, y padeciese todo cuanto quisiese por la gloria de Dios y por la salud de los hombres. Habida, pues, esta licencia, la primera cosa que hizo fue abrir la puerta a todos los dolores y tormentos de su pasión, para que todos juntos envitiesen primero en su ánima santísima con la aprehensión y representación de ellos, y después en todo su sacratísimo cuerpo. Los cuales fueron tales, que la imaginación y representación dellos bastó para hacerle sudar gotas de viva sangre. Este mismo [*amor*] le entregó luego en manos de pecadores, y le ató a una coluna, y le coronó con espinas, y le hizo llevar una cruz a cuestas, y en ella misma le crucificó. Este le hizo entregar sus manos para que le atasen, y sus mejillas para que le abofeteasen, y sus barbas para que las pelasen, y sus espaldas para que las azotasen, y sus pies y manos para que los enclavasen, y su costado precioso para que lo alanceasen, y, finalmente, todos sus miembros y sentidos para que por nuestra causa los atormentasen. Y de aquí se ha de tomar la medida de los trabajos de Cristo: no de la furia de sus enemigos, porque esta no igualaba con su amor; ni de la muchedumbre de nuestros pecados, pues para estos bastaba una sola gota de su sangre; sino de la grandeza deste amor. Mas, ante todas estas cosas, este mismo amor le hizo ordenar un sacramento admirable, el cual, por doquiera que le miréis, está echando de sí llamas y rayos de amor. Por donde el que desea saber qué tan grande sea este amor, ponga los ojos en este divino Sacramento y considere los efectos y propósitos para que fue instituido, porque estos le darán

nuevas ciertas de la grandeza de la caridad que ardía en el pecho de donde este sacramento procedió. Porque todos los indicios y señales que hay de verdadero y perfecto amor, en este divino Sacramento se hallan.

Porque, primeramente, la **principal señal** y obra del verdadero amor es desear unirse y hacerse una cosa con lo que ama. De donde viene a ser que, el que ama, todos los sentidos tiene en la cosa que ama: el entendimiento, la memoria, la voluntad, la imaginación, con todo lo demás. De suerte que el amor es una alienación y destierro de sí mismo, que nace de estar el hombre todo trasladado y trasportado en el amado. Pues este tan principal efecto de amor nos mostró Cristo en este sacramento; porque uno de los fines para que lo instituyó fue para incorporarnos y hacernos una cosa consigo, y por esto lo instituyó en especie de manjar, porque, así como del manjar y del que lo come se hace una misma cosa, así también de Cristo y del que dignamente lo recibe; como él mismo lo significó, diciendo: *El que come mi carne y bebe mi sangre, él está en mí y yo en él* [Jn 6,56]. Lo cual se hace por la participación de un mismo espíritu que mora en ambos, que es como estar en ambos un mismo corazón y un ánima; de donde se sigue una misma manera de vida, y después una misma gloria, aunque en grados diferentes. Pues ¿qué cosa más para preciar y estimar, que esta?

La **segunda señal** y obra de verdadero amor es hacer bien a la persona amada y darle parte de cuanto tiene, después que le ha dado su corazón y a sí mismo. Porque el verdadero amor nunca está ocioso, ca siempre obra y siempre trabaja por hacer bien a quien ama. Pues ¿qué mayores bienes, qué mayores dadivas, que las que nos da Cristo en este sacramento? Porque en él se nos da la mis- [614] ma carne y sangre de Cristo, y el fruto que con el sacrificio de esta misma carne y sangre se ganó. Da manera que aquí se nos da el panal juntamente con la miel, que es Cristo con sus merecimientos y trabajos, de que aquí nos hace partícipes por virtud de este sacramento, según la disposición y aparejo del que lo recibe. De donde, así como en tocando nuestra ánima en la carne que desciende de Adán — cuando Dios la infunde y la cría— luego es hecha participante de todos los males y miserias de Adán, así, por el contrario, en tocando por medio de este santísimo Sacramento dignamente en la carne de Cristo, se hace participante de todos los bienes y tesoros de Cristo. Por lo cual se llama este sacramento *Comunión*, porque por él nos comunica Dios, no solamente su preciosísima carne y sangre, mas también su parte de todos los trabajos y méritos que con el sacrificio de esa carne y sangre se alcanzaron.

La **tercera señal** y obra de amor es desear vivir en la memoria del amado y querer que siempre se acuerde dél; y para eso se dan los que se aman, cuando se apartan, algunos memoriales y prendas que despiertan esta memoria. Pues por esto ordenó también el Señor este sacramento: para que en su ausencia fuese memorial de su sacratísima Pasión y de su persona. Y así, acabándolo de instituir, dijo: «Cada vez que celebráredes este misterio, celebradlo en memoria de mí»¹⁴⁹; esto es, para acordaros de lo mucho que os amé, de lo mucho que os quise y de lo mucho que por vuestra causa padecí. Pues quien esta memoria, con tales prendas y memoriales, nos pedía, ¿con qué amor es de creer que nos amaba?

[**Cuarta señal**] Mas no se contenta el verdadero amor con sola la memoria, sino sobre todo pide retorno de amor, porque toda otra paga tiene por pequeña en comparación desta; y a veces llega este deseo a tanto, que viene a buscar maneras de bocados y artificios para causar este amor, cuando entiende que no lo hay. Pues hasta aquí llegó el soberano amor de Dios, que, deseando ser amado de nosotros, ordenó este misterioso bocado, con tales palabras consagrado, que, quien dignamente lo recibe, luego es herido y tocado deste amor. Pues ¿qué cosa más admirable que esta?

La **quinta señal** y obra de amor (cuando es tierno) es desear dar placer y contentamiento al que ama, y buscarle cosas acomodadas para esto; como hacen los padres a los hijos chiquitos, que les procuran y traen algunas cositas que sirvan para su gusto y recreación. Pues esto mismo hizo aquí este soberano amador de los hombres ordenando este sacramento, cuyo efecto propio es dar una espiritual refección y consolación a las ánimas puras y limpias, las cuales reciben con él tan grande gusto y suavidad, que, como dice santo Tomás, no hay lengua que lo pueda explicar (*De offic. Corp. Christ. in sequent.*).

¹⁴⁹ Palabras conclusivas del relato de la institución y consagración: «Hæc quotiescumque feceritis, in mei memoriam facietis».

Y mira, ruégote, en qué tiempo se puso el Señor a aparejarnos este bocado de tanta suavidad, que fue la noche de su pasión, cuando a él se le estaban aparejando los mayores trabajos y dolores del mundo. De manera que, cuando a él se le aparejaban los dolores, nos aparejaba él estos sabores; cuando a él se aparejaba la hiel, nos aparejaba él esta miel; cuando para él se ordenaban estos tormentos, nos ordenaba él estos regalos; sin que la presencia de la muerte y de tantos trabajos como le estaban aguardando fuese parte para ocupar su corazón de tal manera, que lo retrajese de hacernos este tan grande beneficio. Verdaderamente, con mucha razón se dice *que es fuerte el amor como la muerte* [Cant 8,6], pues las muchas aguas y los grandes ríos de pasiones y dolores no bastaron, no sólo para apagar, mas ni aun para escurecer la llama de este divino amor.

La **última señal** y obra de amor es desear la presencia del amado, por no poder sufrir el tormento de su ausencia. Esto verá quien leyere los extremos que hacía la madre de Tobías por la ausencia de su hijo [cf. *Tob 10,4-7*], y lo que hizo el patriarca Jacob por la vista de José, pues a cabo de ciento y treinta años de edad partió con toda su casa y familia para Egipto por ver —antes que muriese— con sus ojos lo que tanto amaba su corazón (cf. Gén 45,28); porque la condición del verdadero amor es querer tener presente lo que ama, y gozar siempre de su compañía. Pues por esta causa este divino amador instituyó este admirable sacramento, en que realmente está él mismo en substancia, para que, estando este sacramento en el mundo, se quedase él también con nosotros en el mundo, aunque se partiese para el cielo. Lo cual es manifiesto argumento de su amor, y de lo que él deseaba nuestra compañía, porque la grandeza deste amor no sufría esta ausencia tan larga.

Y hacer él esto con nosotros fue la mayor honra, el mayor provecho, el mayor consuelo y mayor remedio que nos pudiera quedar en este mundo, para que en él tuviésemos en quien poner los ojos, a quien llamar en nuestras necesidades, a quien hablar cara a cara cuando nos fuese menester, cuya presencia despertase nuestra devoción, acrecentase más nuestra reverencia, esforzase nuestra confianza y encendiese más nuestro amor. Engrandecía Moisés al pueblo diciendo que *no había* en el mundo *nación tan grande que tuviese dioses tan cerca de sí, cuanto lo estaba nuestro Dios a todas nuestras oraciones* (Dt 4,7). Si esto decía él aun antes de la institución deste divino Sacramento, ¿qué dijera ahora, cuando en él y por él tenemos a Dios presente, que nos ve y le vemos, y con quien rostro a rostro platicamos? Verdaderamente mucho hizo el Señor en ordenar este sacramento para que le recibiésemos dentro de nosotros; pero mucho hizo también en querer que le tuviésemos perpetuamente en nuestra compañía en los lugares sagrados. Dicho- [615] sos los cristianos que todos los días pueden visitar estos lugares, y asistir a la presencia de este Señor, y hablar cara a cara con él. Pero mucho más los sacerdotes y religiosos que moran en los mismos templos [cf. *Sal 83,5*], y día y noche pueden gozar desta misma presencia, y tratar familiarmente con Dios.

¿Ves, pues, cómo todas las señales y obras de perfecto amor concurren en este divino Sacramento, y todas en sumo grado de perfección? Por donde no queda lugar para dudar de la grandeza deste amor, pues con tantos y con tan evidentes argumentos se nos declara. En lo cual conocerás que no es Dios menos grande en amar, que en todas las obras suyas. Porque, así como es grande en galardonar, y en consolar, y en castigar, así también lo es en amar. Pues ¿qué mayor tesoro, qué mayor consolación puede ser, que esta? Porque cierto es que, hablando en todo rigor, **el mayor bien que nuestro Señor puede hacer a una criatura suya es amarla**. Porque, el amor, dicen los teólogos que es el primer don y la primera dádiva que se da, de la cual nacen todas las otras dádivas, como arroyos de su fuente, o como efectos de su causa. Pues, siendo esto así, ¿qué mayor riqueza ni consolación pueden tener los siervos de Dios, que saber que desta manera son amados de Dios? Porque, dado caso que desto no se puede tener evidencia, si Dios no lo revelase, pero todavía se pueden tener grandes conjeturas, cuales las tienen los que perseveran mucho tiempo sin pecado mortal, y esto basta para recibir, con esta manera de noticia, grandísima consolación; y no sólo consolación, sino también grandísimos estímulos y motivos, así para amar a Dios, como para esperar en él. Porque, si con ninguna cosa se enciende más un fuego, que con otro fuego, ¿con qué se podrá más encender en nuestros corazones su amor, que con tal fuego de amor? Y, si ninguna cosa esfuerza más la confianza, que saber que nos ama el que puede remediarnos, ¿cómo no tendremos confianza en quien nos tiene tan grande amor? ¿Qué negará el que a sí mismo se dio, y el que tanto nos amó, pues la primera de las dádivas es el amor?

Mas hay aún aquí otra cosa que declara mucho la grandeza deste amor. Porque, ya que esta dádiva era tan grande, si la diera él a quien la merecía, o a quien la agradeciera, o a quien supiera aprovecharse dignamente della, no fuera tanto; mas darla a muchos, que tan mal la conocen, y tan

poco la agradecen, y tan mal se saben de ella aprovechar, esto es de caridad y misericordia singular. «Quisiste, Señor, declarar la grandeza de tu caridad al mundo, y supístelo muy bien hacer, porque para esto buscaste una tan ingrata y tan indigna criatura, como yo, para que tanto más resplandeciese la grandeza de tu gracia, cuanto más indigna era esta persona. Los pintores, cuando pintan una imagen blanca, suelen ponerla en un campo negro, para que salga mejor lo blanco par de lo prieto. Pues así tú, Señor, usaste desta tan maravillosa gracia con una tan indigna criatura, como es el hombre, para que la indignidad de esta criatura descubriese más la grandeza de tu gracia. Pues, oh Rey de gloria, ¿qué tiene este hombre, porque tanto le amas, y tanto quieres ser amado dél? ¡Oh cosa de grande admiración! Si todo tu ser y gloria dependiera del hombre, así como toda la del hombre pende de ti, ¿qué más hicieras de lo que hiciste para ser amado dél? Cosa es por cierto maravillosa que, estando toda mi salud, toda mi gloria y bienaventuranza en ti, huya yo de ti; y, teniendo tú tan poca necesidad de mí, hagas tanto por amor de mí».

Ni es menos argumento desta caridad la especie en que este Señor quiso quedar acá con nosotros; porque, si en su propia forma quedara, quedara para ser venerado, mas, quedando en forma de pan, queda para ser comido y venerado, para que con lo uno se ejercitase la fe, y con lo otro la caridad. Y llámase *Pan de vida* porque es la misma *Vida* en figura de pan; por eso, estoto pan poco a poco va dando vida a quien lo come, después de muchas digestiones, mas el que dignamente come este *Pan*, en un momento recibe vida, porque come la misma *Vida*. De manera que, si tienes horror deste manjar, porque es vivo, allégate a él, porque es *pan*; y si lo tienes en poco, porque es pan, estímalo mucho, porque es *vivo*.

V. La oración del huerto

Acabados los misterios de la Cena y el sermón de sobremesa, dicen los evangelistas que se fue el Salvador al huerto de Getsemaní a hacer oración, antes de entrar en la conquista de su pasión. Donde puedes, primeramente, considerar cómo acabada esta misteriosa Cena, y con ella los sacrificios del Testamento Viejo, y ordenados los del Nuevo, abrió el Salvador la puerta a todos los dolores y martirios de su pasión, para que todos ellos juntos estuviesen primero en su ánima, que atormentasen su cuerpo. Y así dicen los evangelistas que tomó consigo tres discípulos suyos, de los más amados, y comenzó a temer y angustiarse, y díjoles aquellas tan dolorosas palabras: *Triste está mi ánima hasta la muerte [Mt 26,38]*, esto es, llena de tristeza mortal; bastante a causar la muerte, si él no reservara la vida para más largos trabajos. Y, apartándose un poco dellos, fuese a hacer oración; y la tercera vez que oró padeció su bendita ánima la mayor tristeza y agonía que jamás en el mundo se padeció. Testigos de esto fueron aquellas preciosas gotas de sangre que de todo su cuerpo corrían; porque una tan extraña manera de sudor, nunca visto en el mundo, declara haber sido esta una de las mayores tristezas y agonías del mundo. Porque ¿quién jamás oyó, ni leyó, sudor de sangre, que bastase a correr hilo a hilo hasta la [616] tierra? Y, pues este sudor exterior era indicio de la agonía interior en que estaba su ánima, así como dende que el mundo es mundo nunca se vio tal sudor, así nunca se vio tal dolor. Las causas desto fueron muchas; porque, una, fue la perfectísima aprehensión de todos los dolores y martirios que le estaban aparejados, los cuales fueron allí tan distintamente representados, que con esto fue interiormente —si decir se puede— azotado, escupido, abofeteado, coronado, reprobado y crucificado; y así con esto padeció en la parte afectiva de su ánima grandísimos dolores, conforme a la representación de todas estas imágenes.

Hubo también otra causa más principal, que fue la grandeza del dolor que padeció con la representación y memoria de todos nuestros pecados. Porque, como él, por su inmensa caridad, se quiso ofrecer a satisfacer por ellos, era razón que antes desta satisfacción padeciese este tan gran dolor. Y para esto puso ante sus ojos todas las maldades y abominaciones del mundo, así las hechas, como las que estaban por hacer, así las de los que se han de salvar, como las de los que se han de condenar; y de todas recibió tan gran dolor, cuan grande era su caridad y el celo que tenía de la honra de su Padre. Por donde, así como no se puede estimar este celo y amor, así tampoco este dolor. Porque, si David por esta causa dice que se deshacía y marchitaba cuando veía las ofensas de los hombres contra Dios (cf. Sal 118,53), ¿qué haría aquel que tanto mayor caridad tenía que David, y tanto mayores males veía que David, pues tenía ante sí todos los pecados de todos los siglos presentes, pasados y venideros? Estos eran aquellos toros y canes rabiosos que despedazaban su ánima santísima, mucho

más crueles que los que atormentaban su cuerpo, de quien él decía en el salmo: *Cercado me han muchos novillos, y toros bravos están al alrededor de mí* (Sal 21,13). Esta, pues, era una muy principal causa deste dolor.

Otro era el pecado y perdición de aquel pueblo, que había de ser tan espantosamente castigado por aquel tan grande pecado; lo cual sin duda sentía el Señor mucho más que su misma muerte. Y este era el cáliz que el bendito Señor rehusaba (según la exposición de san Jerónimo), cuando suplicaba al Padre que, si fuese posible, ordenase otro medio por donde el mundo fuese redimido, sin que aquel antiguo pueblo suyo cometiese tan gran maldad, y se perdiese. Pues así estas, como otras consideraciones semejantes, afligieron tanto su bendita ánima en aquella oración, que le hicieron sudar este tan extraño sudor. Pues, ¡oh buen Jesús!, ¡oh benigno Señor!, ¿qué aflicción es esta tan grande, qué carga tan pesada, qué dolencia es esta que así os hace sudar gotas de sangre? La dolencia, Señor, es nuestra, mas vos tomáis el dolor de ella. La dolencia es toda nuestra, mas vos recibís las medicinas. Vos padecistes la dieta que nuestra gula merecía, cuando por nosotros ayunastes. Vos recibistes la sangría que nuestros males merecían, cuando vuestra preciosa sangre derramastes. Vos también tomastes la purga que a nuestros regalos se debía, cuando la hiel y vinagre bebistes. Y vos ahora tomáis el dolor¹⁵⁰, cuando puesto en esta mortal agonía sudáis gotas de viva sangre. Pues ¿qué os daremos, Señor, por esta manera de remedio tan costoso para el remediador, y tan sin costa para el remediado?

Mira, pues, oh hombre, cuánto es lo que debes a este Señor; mira cuál está por ti en este paso, cercado de tantas angustias, batallando y agonizando con la presencia de muerte, yendo y viniendo de los discípulos al Padre y del Padre a los discípulos, y hallando en ambas partes todas las puertas de consolación cerradas: porque el Padre no oía la oración que por parte de la inocentísima carne de Cristo se le hacía; los discípulos en este tiempo dormían; Judas y los príncipes de los sacerdotes, armados de furor y de envidia, velaban; y, sobre todos estos desamparos, era mayor aún el de sí mismo, porque ni de la parte superior de su ánima, ni de la divinidad, recibía alguna consolación. De manera que a este amantísimo Hijo dio el Padre a beber el cáliz de la pasión puro, sin mezcla de alguna consolación; por donde vino a decir aquellas palabras del salmo: *Por mí, Señor, pasaron tus iras, y tus espantos me conturbaron* (Sal 87,17). Y dice muy bien *pasaron*, y no *permanecieron*, porque no merecía él la ira como pecador, sino como fiador y Salvador de pecadores.

Pues, oh Cordero inocentísimo, ¿quién puso sobre vuestros hombros esa tan pesada carga, que sólo imaginarla os hace sudar gotas de sangre? ¿Quién os ha herido, Señor, qué sangre es esa que está goteando de vuestro rostro? No veo ahora verdugos que os atormenten, no parecen aquí señales de azotes, ni de clavos, ni de espinas, ni de cruz; entiendo, Señor, que vuestra caridad quiere ser la primera en sacaros sangre, sin hierro y sin cuchillo, para que se entienda que ella es la que abre camino a todos los otros perseguidores.

En este paso doloroso tienes, hermano, no sólo materia de contemplación, sino también ejemplo de oración. Porque aquí, primeramente, nos enseña el Salvador a acudir a Dios en todas nuestras necesidades, como a Padre de misericordia; el cual muchas veces nos envía estos trabajos por darnos motivos de acudir a él en ellos, y experimentar su providencia paternal en nuestro remedio. Enséñanos también aquí a perseverar en la oración, y no desistir luego de nuestra demanda, cuando no somos luego despachados a nuestra voluntad, sino perseveremos en ella, como lo hizo este Señor, que tres veces repitió una misma oración; porque muchas veces lo que al principio se niega, al fin se viene a conceder. Tam- [617] bien aquí nos enseña a orar, por una parte, con grande confianza, y por otra, con grande obediencia y resignación en la voluntad de Dios. La confianza nos muestra cuando dice: *Padre mío*, que es la palabra de mayor ternura y confianza que puede ser, la cual ha de tener el que ora; y la resignación nos descubre cuando dijo: *No se haga lo que yo quiero, sino lo que vos queréis*.

VI. La prisión del Salvador

Después desto, considera cómo acabada esta oración hubo luego todo aquel escuadrón de gente armada, y con ellos también muchos de los príncipes de los sacerdotes y fariseos, para prender al

¹⁵⁰ Otra edición: «Y ahora vos tomáis el *sudor*».

Cordero (cf. Mt 26,47). Porque no se atrevieron a fiar este negocio de los ministros y soldados mercenarios (porque no les acaeciese lo que otra vez, cuando la predicación del Señor los convirtió y hizo volver vacíos), sino ellos mismos vinieron en persona, como gente tan confiada de su malicia, que ni por sermones ni cosas que vieses esperaban desistir de su maldad. De manera que los que eran mayores en la dignidad fueron los mayores en la maldad, cuando vinieron a estragarse. De donde aprenderás que, así como del mejor vino se hace más fuerte vinagre, cuando se viene a corromper, así aquellos que por razón de su estado están más altos y allegados a Dios, como son todas las personas eclesiásticas y dedicadas a Dios, cuando se dañan vienen a ser peores de todos los otros hombres; como vemos que el mayor ángel se hizo mayor demonio, cuando pecó.

Venía Judas por adalid y capitán de este ejército, caído ya —como otro Lucifer— del más alto estado de la Iglesia en el más profundo abismo de maldad, que era ser el primer conjurado en la muerte de Cristo. Mira, pues, a qué extremo de males llegó este miserable por no resistir a los principios de sus codicias. ¡Ay de ti, si no resistes a las tuyas! Porque ¿qué se podrá esperar de ti, que no tienes tantos aparejos para la virtud, como tenía este, pues no aprendes en tal escuela, no ves tales milagros, no conversas con tal Maestro ni con tales discípulos? Pues ¿qué puedes esperar de ti, si por todas partes no te velas? Hábiales este traidor dado señal, diciendo: *A quienquiera que yo besare, ese es; tenedlo fuertemente*. Al Maestro dulcísimo, y fuente de caridad y amor, ¿con qué otro cebo le habían de armar lazos, con qué otra señal le habían de prender, sino con señal de amor?

Aceptó el Señor este cruel beso, por quebrantar siquiera con la dulzura de la mansedumbre la dureza de aquel rebelde corazón; mas, al ánimo obstinado y pervertido, por demás son los remedios. Mas tú, ánima mía, considera que, si este dulcísimo Cordero no desechó el engañoso beso del que tan cruelmente le vendía, ¿cómo desechará el beso interior del que entrañablemente le ama?

Mas, porque conociese la presunción humana que ninguna cosa podía contra la omnipotencia divina, antes que le prendiesen, con una sola palabra derribó aquellas huestes infernales en tierra; aunque ellos, como ciegos y obstinados en su malicia, ni aun con esta tan evidente maravilla se convirtieron; para que veas adónde llega un hombre desamparado de Dios, y cuán incurable es aquel a quien él no cura, pues esta tan eficaz medicina no sanó aquel a quien él había desamparado. Maldito sea su furor tan pertinaz, pues ni con la vista de tan gran milagro se rindió, ni con la dulzura de tan grande beneficio se amansó.

Mas no sólo mostró aquí el Señor su poder, sino también su misericordia, restituyendo la oreja que san Pedro había cortado y tornándola a su lugar. Donde son también para considerar las palabras que el Salvador dijo a Pedro en este auto.

▲ *Vuelve —dice— la espada a su lugar. El cáliz que me dio mi Padre, ¿no quieres que beba?* Este es el escudo general con que se ha de defender el cristiano en todas las tribulaciones y trabajos que se le ofrecieren; porque todo es cáliz que nos da a beber el Padre eterno, para nuestro ejercicio y purgatorio. Así lo confesó el santo Job cuando, viéndose tan afligido y maltratado del demonio, dijo: *El Señor lo dio, y el Señor lo quitó*; como al Señor plugo, así se hizo. *Sea el nombre del Señor bendito* (Job 1,21). Así lo confesó también el rey David cuando le maldecía Semeí, diciendo que Dios le había mandado que le maldijese (cf. 2 Sam 16,10). Y, pues todos estos son cálices del Padre, no hay por qué temer la purga ordenada por mano de físico tan sabio, y que tiene nombre y obras de Padre; ni tampoco hay por qué recelar la amargura del vaso, después que aquellos dulcísimos labios del Hijo de Dios —en quien toda la gracia fue derramada— quedaron impresos en él.

Acabada esta cura, huyen luego los discípulos y desamparan al Señor. Acompañáronle en la Cena y dejáronle solo en la Pasión [cf. *Eclo 6,10*]. Todos somos en esta parte imitadores de los discípulos, pues todos huimos de los trabajos y dejamos de seguir a Cristo cuando camina a la cruz, deseándole seguir cuando camina a su reino. Y, si por ventura alguna vez le seguimos, seguimosle desde lejos, como los discípulos le seguían; que es poniéndonos a muy pequeñas cosas por él. Mas ¡ay de mí!, que ellos huían de vos, Señor, por el peligro que veían, mas yo sin peligro huyo; y no sólo sin peligro, mas antes viendo el peligro que se me sigue de apartarme de vos, pues apartarme de vos es apartarme de la luz de la vida, de la paz y de todos los bienes. ¿Cuánto es, pues, mayor mi culpa, que la suya?

Desamparando, pues, al Salvador los discípulos, arremete luego toda aquella manada de lobos hambrientos al Cordero sin mancilla, que so- [618] lo había quedado en sus manos. Mas ¿quien podrá

oír sin dolor de la manera que aquellos crueles sayones extendieron sus sacrílegas manos y ataron las de aquel mansísimo Señor, que ni contradecía ni se defendía? Y ¿qué sería ver de la manera que así maniatado lo llevarían con grande priesa y grito, y con grande concurso y tropel de gentes, por las calles públicas y casas de los Pontífices? ¿Cuál sería entonces el dolor de los discípulos cuando viesen su dulcísimo Maestro apartado de su compañía y llevado desta manera, vendido por uno dellos, pues el mismo traidor que lo vendió sintió tanto el mal que había hecho, que de pura pena desesperó y se ahorcó? Pues ¿quién, por más duro que fuese, no se moviera a compasión, poniendo los ojos en un Señor de tanta santidad y que tantos bienes había hecho en toda aquella tierra, lanzando los demonios, y curando todos los enfermos, y enseñando tan maravillosa doctrina, cuando le viese llevar con tanto ímpetu por las calles públicas, con una soga a la garganta, atadas las manos, y con tanta ignominia? ¡Oh crueles corazones!, ¿cómo no os mueve a piedad tanta mansedumbre?, ¿cómo podéis hacer mal a quien os ha hecho tanto bien?, ¿cómo no miráis siquiera esa tan grande inocencia y mansedumbre, pues, provocado por tantas injurias, ni os amenaza, ni se queja, ni se indigna contra tantas descortesías?

VII. De la presentación del Salvador ante los pontífices Anás y Caifás, y de los trabajos que pasó la noche de su pasión

Preso, pues, el Salvador desta manera, llévanlo con grandes voces y estruendo a casa de Anás, porque era suegro de Caifás, el cual era pontífice de aquel año (cf. Jn 18,13ss). Considera, pues, primeramente, aquella tan grande afrenta que el Salvador recibió en casa deste malvado suegro del pontífice. Porque, preguntándole por sus discípulos y por su doctrina, respondiendo él cómo públicamente había enseñado a los hombres, y que de ellos podía saber esto, uno de los criados de este perverso dio una bofetada al Señor, diciendo: *¿Así respondes al pontífice?* (Jn 18,22). Mira, pues, aquí, cómo el mal pontífice y los que presentes estaban se reírían de ver al Señor tan duramente herido; y, por el contrario, cómo los que eran de su parte se entristecerían, no pudiendo sufrir tan grande injuria en persona de tan grande dignidad. Mira otrosí con cuánta caridad y mansedumbre habló al que le había herido, diciendo: *Si mal hablé, muéstrame en qué; y si bien, ¿por qué me hieres?* (Jn 18,23). Como si claramente dijera: «Mal me has injuriado, sin habértelo merecido».

Considera luego cómo de ahí fue llevado a casa de Caifás, y las injurias que allí recibió cuando respondió a la pregunta del pontífice, que le preguntaba quién era. Porque allí, no uno solo, sino muchos de los que presentes estaban arremetieron al Cordero como lobos rabiosos, y todos a una le herían, sin ninguna piedad. Unos le daban bofetadas y pescozones, otros escupían en su rostro, otros arrancaban sus venerables cabellos, y otros decían contra él muchos denuestos y escarnios. De manera que aquel rostro adorado de los ángeles, el cual con su hermosura alegra la corte soberana, es aquí por estas infernales bocas afeado con salivas, injuriado con bofetadas, afrentado con pescozones, deshonorado con vituperios y cubierto con un velo por escarnio. Finalmente, el Señor de todo lo criado es aquí tratado como un sacrílego y blasfemo, estando él, por otra parte, con un rostro sereno y manso, padeciendo todas estas injurias.

Mas, aunque todo esto sea mucho para sentir, no es menos lo que san Lucas cuenta, diciendo que esta misma noche los soldados que le guardaban estaban haciendo escarnio dél, hiriéndole y cubriendo el rostro, diciendo: *Profetízanos ahora, Cristo, quién es el que te hirió* (Lc 22,64). Y otras muchas cosas blasfemando decían contra él, las cuales el evangelista no escribe; mas de la paciencia y caridad del Señor, y de la crueldad y furor de aquellos crueles corazones que el demonio atizaba, podemos inferir cuál sería la noche que el Señor allí pasaría en medio de tan crueles sayones.

VIII. La presentación ante Pilato y Herodes ¹⁵¹, y los azotes a la columna

Y, pasada esta noche dolorosa con tantas ignominias en casa de los pontífices, otro día por la mañana llevaron al Señor atado a casa de Pilato, que en aquella provincia por parte de los romanos presidía, pidiéndole con gran instancia que le condenase a muerte. Y, estando ellos con grandes

¹⁵¹ No obstante el título, la meditación no hace luego mención alguna al episodio de Jesús ante Herodes.

clamores acusándole y alegando contra él mil falsedades y mentiras, él, entre toda esta confusión de voces y clamores, estaba como un Cordero mansísimo ante el que lo trasquila, sin excusarse, sin defenderse y sin responder palabra; tanto, que el mismo juez estaba grandemente maravillado de ver tanta gravedad y silencio en medio de tanta confusión y gritería. Mas, aunque el presidente sabía que toda aquella gente se había movido con celo de envidia, pero vencido con pusilanimidad y temor humano mandó azotar al inocentísimo Cordero, pareciéndole que con esto se amansaría el furor de sus enemigos. Dado, pues, este cruel mandamiento, llegan los ministros de la maldad, y, desnudando al Señor de sus vestiduras, átanlo fuertemente a una coluna y comienzan a azotar y despedazar aquella purísima carne, y añadir azotes a azotes, y llagas a llagas, y heridas a heridas. Corren los arroyos de sangre por aquellas sacratísimas espaldas, hasta regarse la tierra con ella y [619] teñirse de sangre por todas partes. Pues ¿qué cosa más dolorosa ni más injuriosa que esta? Porque castigo de azotes no es de hombres honrados y nobles, sino de esclavos, o ladrones, o públicos malhechores. Por donde los romanos tenían hecha ley que ningún ciudadano de Roma, por delito que hiciese, pudiese ser azotado, por ser este castigo vilísimo y de personas muy bajas. Por lo cual encarece mucho en una oración Tulio la tiranía de un juez que había mandado azotar un ciudadano de Roma, el cual, viéndose así injuriado, en medio de los azotes decía: «Ciudadano soy de Roma». Pues, si tan indigna cosa es azotar un ciudadano de Roma, di tú, ánima mía, qué será ver al Señor de todo lo criado amarrado a una coluna y azotado con tan crueles azotes como un público malhechor. ¿Qué harían los ángeles, que tan claramente conocían la majestad deste Señor, cuando así le viesen azotado y maltratado? «¿Qué es esto, Rey soberano?: ¿qué castigo es este?, ¿qué penitencia es esta?, ¿qué hurto, Señor, habéis cometido, por donde así sois azotado? Claro está, Señor, que la causa destes azotes son mis hurtos y maleficios, y no los vuestros. Porque, así como por vuestra inmensa caridad tomastes mi humanidad, así también tomastes con ella todas las deudas y obligaciones a que estaba sujeta, y por ella padecéis estos tormentos. Los cuales claramente dicen quién sois vos, y quién soy yo: quién yo, pues cometí tales pecados, que merecieron tal castigo; y quién vos, pues fue tanta vuestra caridad, que tomastes sobre vos tales delitos». Cuánto haya sido el número de estos azotes, no lo dicen los evangelistas, mas dícelo la muchedumbre de nuestras culpas y la crueldad destas infernales furias, que tanto gusto tomaban en la sangre y dolores del Salvador. ¡Oh, pues, hombre perdido, que eres causa de todas estas heridas!, mira cuán grandes motivos tienes aquí para amar, temer y esperar en este Señor y compadecerte dél: para amar, viendo lo mucho que padeció por ti; para temer, viendo el rigor con que en sí mismo castigó tus pecados; para esperar, considerando cuán copiosa redención y satisfacción se ofrece aquí por ellos; y para compadecerte dél, considerando la grandeza de este tormento y la mucha sangre que el Señor aquí derramó.

IX. La coronación de espinas, y el Ecce Homo

Acabado este tormento de los azotes, comiézase de nuevo otro, no menos injurioso que el pasado, que fue la coronación de espinas (cf. Jn 19,2-3). Porque, acabado este martirio, dice el evangelista que vinieron los soldados del presidente a hacer fiesta de los dolores e injurias del Salvador, y tejiendo una corona de juncos marinos, hincáronsele por la cabeza, para que así padeciese por una parte sumo dolor, y por otra, suma deshonra. Muchas de las espinas se quebraban al entrar por la cabeza, otras llegaban, como dice san Bernardo, hasta los huesos, rompiendo y agujereando por todas partes el sagrado cerebro. Y, no contentos con este tan doloroso vituperio, vísténle de una ropa colorada, que era entonces vestidura de reyes, y pónenle por cetro real una caña en la mano, y hincándose de rodillas, dábanle bofetadas y escupían en su divino rostro; y tomándole la caña de las manos, heríanle con ella en la cabeza, diciendo: *Dios te salve, Rey de los judíos*. No parece que era posible haber tantas invenciones de crueldades en corazones humanos, porque cosas eran estas que, si en un mortal enemigo se hicieran, bastaran para enternecer cualquier corazón; mas, como el demonio era el que las inventaba, y Dios el que las padecía, ni aquella tan grande malicia se hartaba con ningún tormento, según era grande su odio, ni esta tan grande piedad se contentaba con menores trabajos, según era grande su amor.

No sé determinar cuál fue mayor: o la injuria que el Salvador aquí recibió, o el tormento que padeció. Porque cada día vemos poner corozas en las cabezas de algunos malhechores para deshonrarlos con esta ignominia, mas estas, aunque traen deshonra, no sacan sangre ni causan dolor;

mas corona de espinas hincada por el cerebro, que por una parte causase tan grande ignominia, y por otra tan gran dolor, ¿quién jamás la vio ni la leyó? De manera que la crueldad y fuerza destos corazones no se contentó con los tormentos usados y conocidos en todas las edades del mundo, sino que vino a descubrir nuevas artes y maneras de tormentos nunca vistos, los cuales de tal manera deshonorasen la persona, que también afligiesen y atormentasen. Pues ¿qué diré de las otras salsas con que aderezaron esta purga tan amarga, como fue vestirle de una ropa colorada como a rey, y ponerle una caña por cetro real en la mano, y hincarse de rodillas por escarnio, y herirle con la caña en la cabeza, y dar bofetadas en su divino rostro? ¿Cuándo jamás, dende que el mundo es mundo, se vio tal farsa, tal invención y tal manera de fiesta tan cruel y tan sangrienta? Nada desto leemos, ni en las batallas de los mártires, ni en los castigos de los malhechores; donde, aunque había muchas maneras de crueldades, no había estas invenciones de salsas y potajes tan amargos. Mas todo esto se guardaba para este Señor, el cual, como satisfacía por los pecados de los hombres, con la grandeza de sus dolores pagaba nuestros deleites, y con la deshonor de sus ignominias satisfacía por nuestras soberbias. En lo cual también se nos declara la grandeza de su bondad y caridad, la cual no se contentó con morir cualquier manera de muerte, sino escogió la muerte más acerba, más ignominiosa y más injuriosa que podía haber; y quiso que en ella interviniesen todas estas maneras de ignominias, para que con esto fuese su caridad más conocida, y nuestra redención más copiosa. Y que esta haya sido obra de su inmensa bon- [620] dad y caridad, parece claro por esta razón: porque cierto es que sin comparación era mayor la bondad y caridad de Cristo, que la malicia y odio del demonio. Pues, si esta malicia y odio bastaron para inventar estos modos de injurias, mucho más había de bastar la bondad y caridad de Cristo, no sólo para sufrirlas, sino también para desearlas.

Pues, como el presidente tuviese claramente conocida la inocencia del Salvador y viese que no su culpa, sino la envidia de sus enemigos le condenaba, procuraba por todas vías librarle de sus manos. Para lo cual le pareció bastante medio sacarlo así como estaba a vista del pueblo furioso; porque él estaba tal, que bastaba la figura que tenía, según él creyó, para amansar la furia de sus corazones. Pues, tú, oh ánima mía, procura hallarte en este espectáculo tan doloroso, y, como si ahí estuvieras presente, mira con atención la figura con que salía a vista del pueblo este Señor, que es resplandor de la gloria del Padre y espejo de su hermosura. Mira cuán avergonzado estaría allí en medio de tanta gente, con su vestidura de escarnio, con sus manos atadas, con su corona de espinas, con su caña en la mano, con el cuerpo todo quebrantado y molido de los azotes, y todo encogido, afeado y ensangrentado. Mira cuál estaría aquel divino rostro, hinchado con los golpes, afeado con las salivas, rascañado con las espinas, arroyado con la sangre, por unas partes reciente y fresca, y por otras fea y denegrida. Y, como el santo Cordero tenía las manos atadas, no podía con ellas limpiar los hilos de sangre que por los ojos corrían, y así estaban aquellas dos lumbreras del cielo eclipsadas y casi ciegas, y hechas un pedazo de carne. Finalmente, tal estaba su figura, que ya no parecía quién era; y aun apenas parecía hombre, sino un retablo de dolores, pintado por mano de aquellos crueles pintores y de aquel mal presidente, a fin de que abogase por él ante sus enemigos esta tan dolorosa figura.

X. De la comparación de Cristo con Barrabás

A esta injuria se añadió otra, y por ventura la mayor de cuantas el Señor recibió en su pasión. Porque, siendo costumbre de aquella tierra dar la vida a algún condenado, por honra de la Pascua, deseando el presidente librar al Señor de la muerte, propúsoles juntamente con él uno de los peores hombres que en aquel tiempo había, que era Barrabás (el cual había revuelto la ciudad y muerto a un hombre en esta revuelta), cuya muerte todos con mucha razón debían desear, pareciéndole que, por no dar la vida a este famoso malhechor, la darían al Salvador; porque, siendo el competidor tan indigno de la vida, creía el juez que no serían tan desatinados ni tan ciegos que juzgasen por más digno de la vida aquel revolvedor de la tierra, que a un hombre tan manso. Desta manera, pues, pensó el juez que pudiera librar al inocente. Donde ya primeramente ves hasta dónde llegó la humildad deste Señor, pues vino a competir con Barrabás, y a que se pusiese en disputa cuál de los dos era mejor y más digno de la vida. Pero pasa el negocio aún más adelante, porque, puestos ambos en juicio, salió el Señor condenado, y libre y suelto Barrabás. Pues ¿a quién no pondrá en espanto esta tan grande abyección y humildad del Hijo de Dios? Más parece que se abajó aquí que en la cruz, porque en la cruz fue condenado por malhechor, y crucificado con malhechores, como uno dellos; mas aquí, hecha

comparación con este malhechor, por común sentencia y aclamación del pueblo es sentenciado por peor que él. ¡Oh Rey de la gloria!, ¡hasta dónde, Señor, bajó tu humildad!, ¡hasta dónde llegó tu paciencia!, ¡hasta dónde tu caridad! Pues dime, hombre: ¿Qué tan grande te parece la soberbia, que con tan extraña humildad hubo de ser curada, y que, aun con todo esto, tú no la curas? Y dime también: ¿Qué caso debes hacer de los juicios y pareceres del mundo, pues tal parecer tuvo en esta causa, y tanto desatinó en ella; y no sólo en ella, sino también en la condenación de los profetas, de los apóstoles y de todos los mártires, los cuales tan injustamente condenó? Porque, si a un criado tuyo topas en una sola mentira, apenas le crees cosa que te diga, por parecerte que también mentirá en lo uno como en lo otro. Pues según esto, ¿qué crédito será razón que demos al mundo, a quien en tantas mentiras habemos topado, cuantos santos tiene condenados; y más, en esta tan horrible y desvergonzada mentira, como fue tener al Hijo de Dios por peor que Barrabás? Sin duda esto solo bastaba para que cerrásemos los ojos y tapásemos los oídos a todos los hechos y dichos desta bestia de muchas cabezas, tan furiosa, tan ciega y tan desatinada en todos sus juicios y pareceres.

XI. De cómo el Salvador llevó la cruz a cuestas

Mas, como todo esto nada aprovechase, dióse finalmente sentencia que el inocente muriese. Y, para que por todas partes creciese su tormento, ordenaron sus enemigos que él mismo llevase sobre sí el madero de la cruz en que había de padecer. Toman, pues, aquellos crueles carniceros el santo madero (que, según se escribe, era de quince pies) y cargáronlo sobre los hombros del Salvador, el cual (según los trabajos de aquel día y de la noche pasada, y la mucha sangre que había perdido) apenas podía tenerse en pie y sustentar la carga de su propio cuerpo, y, sobre esto, le añaden tan grande sobrecarga, como era la de la cruz. Esta fue otra invención y manera de crueldad nunca vista ni platicada en el mundo. Porque general costumbre es, cuando uno ha de padecer, esconderle los instrumentos de su pasión; y por esto [621] cubren los ojos al que ha de ser degollado, porque no vea la espada que le ha de herir. Mas aquí usose de tan extraña crueldad con este inocentísimo Cordero, que no le esconden la cruz de los ojos, sino hácensela llevar sobre sus hombros, para que con la vista de la cruz padeciese su ánima, y con el peso della penase su cuerpo, y así padeciese dos cruces primero que en una fuese crucificado. No leemos que se hiciese esto con los dos ladrones que con él habían de padecer, porque, aunque habían de morir en cruz, no los obligaron a llevar sobre sí la cruz, como al Salvador; queriendo en esto dar a entender que su culpa era mayor, pues el castigo era más atroz. Pues ¿qué cosa más injuriosa y más para sentir? «¡Quién me diera, oh buen Jesús, que os pudiera yo servir en ese tan trabajoso camino! Toda la noche habéis velado, y los crueles sayones a porfía se han entregado en vos, dándoos bofetadas y diciéndoos injurias; y, después de tan largo martirio, después de enflaquecido ya y desangrado el cuerpo con tantos azotes, cargan la cruz sobre vuestros delicadísimos hombros y así os llevan a justiciar. ¡Oh delicado cuerpo!, ¿qué carga es esa que lleváis sobre vos? ¿A dó camináis, Señor, con ese peso? ¿Qué quieren decir esas insignias tan dolorosas? Pues ¿cómo vos mismo habíades de llevar a cuestas los instrumentos de vuestra pasión?» Mira, pues, aquí, oh ánima mía, al Señor en este camino, y mira esta tan pesada carga que lleva sobre sí, y entiende que parte de aquella carga eres tú, que vas en ella con todo el peso de tus pecados, de los cuales cada uno pesa más que todo el mundo; y da gracias a ese buen Pastor, que así lleva la oveja descarriada sobre sus hombros, para volverla a la manada.

Suelen en este paso tan doloroso contemplar las personas espirituales y devotas cómo el Señor en este tan trabajoso camino se arrodillaría con la carga tan pesada que llevaba sobre sí. Porque, aunque esto no digan los evangelistas, es cosa muy verisímil que así sería, pues el Señor en aquel tiempo estaba tan debilitado, así por estar molido y desangrado con los azotes que había recibido, y la cabeza tan enflaquecida con el tormento de la corona de espinas, como por la mala noche que había pasado en poder de aquellos crueles sayones, y por el mismo peso de la cruz que sobre sí llevaba, y por la priesa del caminar; mayormente, pues él no se quería ayudar de la virtud y fuerza de su divinidad para dejar de padecer todo lo que la crueldad y fiereza de sus enemigos quisiese. Pues ¿qué cosa más para sentir que ver al Salvador del mundo caer en tierra con aquella carga tan pesada que sobre sus delicadísimos hombros llevaba? Pues ¿qué corazón habrá tan de piedra, que, considerando al Señor así arrodillado, así postrado y quebrantado, no se quebrante con dolor, mayormente considerando que en aquella misma carga le cargaba más el peso de nuestros pecados, que el de su misma cruz?

En este mismo paso aún tenemos otro espectáculo no menos doloroso que considerar, que es el encuentro y la vista de la Madre santísima en este mismo camino; porque desto hay especial estación que se muestra hoy en día en Jerusalén. Pues ¿qué lengua podrá explicar hasta dónde llegó el dolor del bendito Señor cuando viese a su benditísima Madre y entendiéndose también cuán agudamente traspasaba sus maternales entrañas este cuchillo de tan gran dolor? Pues realmente él la amaba como verdadero Hijo a verdadera Madre, y ¡tal Madre!, con incomparable amor.

Y ¿qué sentiría otrosí el piadoso corazón de la Virgen cuando viese al inocentísimo Cordero en medio de aquellos lobos carniceros, con aquella corona en la cabeza, y con aquella carga tan pesada, y con aquel rostro tan demudado y fatigado, el cual representaba bien la carga de los trabajos que padecía; y, sobre todo esto, viéndole llevar sentenciado y pregonado al tormento de la cruz? ¡Oh, cómo se le representarían allí las profecías antiguas del santo Simeón, y cuán cumplidos vería allí todos los dolores que aquel santo viejo le profetizó! Pues ¿dónde están ahora, Virgen bendita, aquellas tan magníficas promesas del ángel, que os dijo: *Este será muy grande, y será llamado Hijo del muy Alto, y darle ha el Señor Dios el reino de David, su padre, y reinará en la casa de Jacob para siempre?* (Lc 1,32-33). ¿Dónde está, pues, ahora este reino?, ¿dónde esta corona?, ¿y dónde esta silla real en la casa de David? Aquí aprenderán los que han de esperar en el Señor con cuánta paciencia y longanimidad deben aguardar por el cumplimiento de sus promesas, acordándose de aquello que Isaías dice: *El que creyere no se apresure* (Is 28,16)¹⁵²; porque, así en este ejemplo como en otros, verá el hombre cómo el Señor muchas veces dilata el cumplimiento de sus promesas; por donde muchos vienen a desconfiar por causa desta tardanza. Así vemos que dilató él por muchos días el reino de David, que le había prometido, dejándole primero pasar por muchos trabajos; y así también dilató la publicación y magnificencia del reino de Cristo, verdadero Rey y Señor en la casa de David, que es la Iglesia cristiana, figurada en el mismo reino de David. Por lo cual nos avisa el Profeta, diciendo: *Él aparecerá en el fin, y no faltará su palabra; y, si te pareciera que se tarda, todavía le espera, porque finalmente vendrá, y no tardará* (Hab 2,3). Esta misma paciencia nos enseña a tener el Apóstol en la epístola a los Hebreos (cf. Heb 6,12; 10,36; 12,1); porque sin este fundamento de paciencia luego desmayará la confianza.

Acompaña, pues, oh ánima mía, con la Virgen al Señor en este tan doloroso camino; oye los pregones públicos que sobre él se van dando; ayúdale a llevar esa cruz, por compasión de lo que padece; junta tus lágrimas con las de esas piadosas mujeres que le van llorando, y entiende por [622] ahí qué se hará en el madero seco, pues esto se hace en el verde [cf. Lc 23,31]. Y, juntamente con esto, acompaña con toda humildad a la sacratísima Virgen y al amado discípulo hasta el lugar de la cruz; y penetra, si puedes, hasta dónde llegaría su dolor en este paso. Porque, si el Señor iba tal por este camino, que quebraba los corazones de las mujeres que no lo conocían, ni le eran nada, ¿cuál estaría el corazón de la Madre, que le amaba con tan grande y tan incomparable amor? Por donde verás cómo trata Dios a sus grandes amigos en esta vida, y cómo los que determinaren de serlo han de pasar por estas leyes de amistad, por do pasaron todos los que de verdad le amaron.

XII. De cómo fue crucificado el Salvador

Llegado el Salvador al monte Calvario, fue allí despojado de sus vestiduras, las cuales estaban pegadas a las llagas que los azotes habían dejado. Y, al tiempo de quitárselas, es de creer que se las desnudarían aquellos crueles ministros con inhumanidad, que volverían a renovarse las heridas pasadas y a manar sangre por ellas. Pues ¿qué haría el bendito Señor cuando así se viese desollado y desnudo? Parece que levantaría entonces los ojos al Padre y le daría gracias por haber llegado a tal punto, que se viese así tan pobre, tan deshonorado y desnudo por su amor. Estando él, pues, así, mándanle extender en la cruz, que estaba tendida en el suelo; y obedece él como cordero a este mandamiento, y acuéstase en aquella cama que el mundo le tenía aparejada, y entrega liberalmente sus pies y manos a los verdugos para el tormento. Pues, cuando el Salvador se viese así tendido sobre la cruz, y sus ojos puestos en el cielo, ¿qué tal estaría su piadoso corazón?, ¿qué pensaría?, ¿qué diría en este tiempo? Volverse hía a su eterno Padre, y decirle hía así: «Oh Padre eterno, gracias doy a vuestra

¹⁵² «Qui crediderit, non festinet». San Pablo cita por dos veces este lugar, aunque lo hace según la traslación de los LXX: *Todo el que crea en él no quedará confundido* (Rom 9,33 y 10,11).

infinita bondad por las obras que en todo el discurso de la vida pasada habéis obrado por mí. Ahora, fenecido ya con vuestra obediencia el curso de mis días, vuelvo a vos, no por otro camino que el de la cruz. Vos mandastes que yo padeciese esta muerte por la salud de los hombres: yo vengo a cumplir esta obediencia y ofrecer aquí mi vida en sacrificio por vuestro amor».

Tendido, pues, el Salvador en esta cama, llegó uno de aquellos malvados ministros con un grueso clavo en la mano y, puesta la punta del clavo en medio de la sagrada palma, comenzó a dar golpes con el martillo y hacer camino al hierro duro por las blandas carnes del Salvador. (Los oídos de la Virgen oyeron estas martilladas y recibieron estos golpes en medio del corazón; y ¿sus ojos pudieron ver tal espectáculo como este, sin morir? Verdaderamente aquí fue su corazón traspasado con esta mano, y aquí fueron con este clavo sus virginales entrañas rasgadas.) Con la fuerza del dolor de la herida, todas las cuerdas y nervios del cuerpo se encogieron hacia la parte de la mano clavada, y llevaron en pos de sí todo el peso del cuerpo. Y, estando así cargado el buen Jesús hacia esta parte, tomó el cruel sayón la otra mano y, por hacer que llegase al agujero que estaba hecho, estirola tan fuertemente, que los huesos del sagrado pecho se desabrocharon, y quedaron tan señalados y distintos que, como el Profeta dice, uno a uno los pudieran contar (cf. Sal 21,18). Y esta misma crueldad es de creer que usaron cuando le enclavaron los pies; y desta manera quedó el sagrado cuerpo afijado en la cruz.

Este tormento de cruz fue el mayor de los tormentos corporales que el Salvador sufrió en su pasión. Porque este linaje de muerte de cruz era uno de los más acerbos y penosos que en aquel tiempo se acostumbraban, porque las heridas son en pies y en manos, que son los lugares del cuerpo en que hay más juntas de huesos y de nervios, los cuales son órganos y instrumentos del sentir, y así las heridas en esta parte son más sensibles y más penosas. Y también esta manera de muerte no es acelerada, como otras, sino prolija y larga; en la cual los matadores no sólo pretenden matar, sino también atormentar al que muere. Y, en todo este espacio tan largo, el cuerpo que está en el aire colgado de los clavos, naturalmente carga para abajo, y así está siempre rasgando las llagas, y rompiendo los nervios, y ensanchando las heridas, y acrecentando continuamente el dolor.

Y, con ser tal este tormento, que un animal bruto que lo padeciera pudiera mover a compasión, sus enemigos eran tales, que en este mismo tiempo estaban meneando la cabeza, y haciendo fiesta, y diciendo donaires, y haciendo escarnio del Salvador. Pues ¿qué era esto, sino estar echando sal en las llagas recientes y frescas, y crucificar con las lenguas a quien con los clavos habían ya crucificado?

Mas aún no se acaban aquí los trabajos del Salvador, sino pasan más adelante, porque ni el fervor de su caridad ni el furor de sus enemigos se contentaban con esto; y así añadieron ellos otra nueva y nunca vista crueldad a todas las otras. Porque, estando el Señor ya todo desangrado, secas las entrañas y agotadas todas las fuentes de las venas, como naturalmente padeciese grandísima sed y dijese aquella dolorosa palabra: *Sitio*, que es, *Sed he*, aquellos malvados enemigos usaron con él de tanta crueldad, que en este tiempo le dieron a beber una esponja de vinagre. Pues ¿qué mayor crueldad que acudir con tal bebida a quien tal estaba en esta sazón, y negar un jarro de agua a quien la pedía muriendo? En lo cual parece cómo no quiso este piadoso Señor que alguno de sus miembros quedase sin su propio tormento, y por esto quiso que la lengua también padeciese su pena, pues todos los otros miembros habían padecido la suya. Pues, si a este linaje de pobreza y aspereza llegó el Señor de to- [623] do lo criado, por nuestro remedio, ¿cómo el cristiano redimido por este medio, y enseñado por este ejemplo, y obligado con este tan grande beneficio, pondrá toda su felicidad en deleites y regalos de carne, y no holgará de padecer algo por imitación y honra de Cristo?

Aquí es razón de considerar que, aunque fue tan acerba y dolorosa la pasión deste Señor, como aquí hemos visto, no menos fue injuriosa, que dolorosa, porque con lo uno padeciese la vida y con lo otro padeciese la honra. Porque el linaje de muerte que padeció fue ignominiosísimo, que era muerte de cruz, que en aquel tiempo era castigo de ladrones; el lugar también lo era, porque era público y donde justificaban los públicos malhechores; y la compañía también lo era, pues fue de ladrones y malos hombres; y, demás desto, el día era solemne, porque era víspera de la fiesta, adonde había acudido mucha gente de todas partes. Y, para mayor confusión y deshonor suya fue puesto en la cruz desnudo, que es cosa vergonzosa y afrentosa para nobles corazones. De lo cual todo parece claro cómo en la sacratísima Pasión del Señor hubo suma deshonor, suma pobreza y sumo dolor. Lo cual convenía así, porque su sagrada Pasión había de ser cuchillo y muerte del amor propio, que es la primera raíz de todos los males, de la cual nacen tres ramas pestilenciales, que son: amor de honra, amor de hacienda y amor de deleites; las cuales son yesca y incentivo de todos ellos. Pues contra el

amor de la honra milita esta suma ignominia; y contra el amor de la hacienda, esta suma pobreza; y contra el amor del regalo, este sumo dolor. Y desta manera el amor propio, que es el árbol de la muerte, se cura con el bendito fruto de este árbol de vida, el cual es general medicina de todos los males, cuyas hojas, como dice san Juan, son para salud de las gentes (cf. Ap 22,2).

Mas, desviando ahora un poco los ojos del Hijo, pongámoslos en su santísima Madre, que a todos estos trabajos y dolores se halló presente. «Pues ¿qué sentiría vuestro piadoso corazón, Virgen bienaventurada, la cual, asistiendo a todos estos martirios y bebiendo tanta parte deste cáliz, vistes con vuestros propios ojos aquel cuerpo santísimo, que vos tan castamente concebistes y tan dulcemente criastes y que tantas veces reclinastes en vuestro seno y trajistes en vuestros brazos, ser despedazado con espinas, deshonorado con bofetadas, rasgado con clavos, levantado en un madero y despedazado con su propio peso, y, al cabo, jaropeado con hiel y vinagre? Y no menos vistes con los ojos espirituales aquella ánima santísima llena de la hiel de todas las amarguras del mundo, ya entristecida, ya turbada, ya congojada, ya temiendo, ya agonizando, parte por el sentimiento vivísimo de sus dolores, parte por las ofensas y pecados de los hombres, parte por la compasión de nuestras miserias, y parte por la compasión que de vos, su Madre dulcísima, tenía, viéndoos asistir presente a todos estos trabajos». Verdaderamente, aquí fue su bendita ánima espiritualmente crucificada con su Hijo, aquí fue traspasada con agudísimo cuchillo de dolor, y aquí jaropeada con la hiel y vinagre que él bebió. Aquí vio muy por entero cumplidas las profecías que aquel santo Simeón le había profetizado, así de las persecuciones que había de padecer el Hijo, como de los dolores que habían de traspasar el corazón de la Madre. Aquí vio la inmensidad de la bondad de Dios, la grandeza de su justicia, la malicia del pecado, el precio del mundo; y la estima en que él tiene los trabajos llevados en paciencia, pues tan a manos llenas los reparte con sus tan grandes amigos.

Después desto, puedes considerar aquellas siete palabras que el Salvador habló en la cruz; pues las palabras que los hombres hablan al tiempo que parten desta vida suelen ser muy notadas y encomendadas a la memoria, mayormente cuando son de padres, o amigos, o de personas señaladas. Y, pues el más sabio de los sabios, y más amigo de los amigos, y más Padre que todos los padres habló siete palabras al fin de la vida, justo es que nosotros, que somos sus espirituales hijos, las tengamos siempre en la memoria, y que en ellas estudiemos toda la vida. Mira, pues, con cuánta caridad en estas palabras encomendó sus enemigos al Padre; con cuánta misericordia recibió al ladrón que le confesaba; con qué entrañas encomendó la piadosa Madre al amado discípulo; con cuánta sed y ardor mostró que deseaba la salud de los hombres; con cuán dolorosa voz derramó su oración y pronunció su tribulación ante el acatamiento divino; cómo llevó hasta el cabo tan perfectamente la obediencia del Padre; y cómo, finalmente, le encomendó su espíritu y se resignó todo en sus benditísimas manos.

Por do parece que en cada una destas palabras está encerrado un singular documento de virtud. Porque en la primera se nos encomendó la caridad para con los enemigos; en la segunda, la misericordia para con los pecadores; en la tercera, la piedad para con los padres; en la cuarta, el deseo de la salud de los hombres; en la quinta, oración en las tribulaciones; en la sexta, la virtud de la obediencia y perseverancia; y en la séptima, la perfecta resignación en las manos de Dios, que es la suma de toda nuestra perfección.

Con esta postrera palabra acabó el Salvador, juntamente con la vida, la obra de nuestra redención y la obediencia que le era encomendada; y así, como verdadero Hijo de obediencia, inclinada la cabeza y desviándola del honroso título de la cruz, encomendó su espíritu en las manos del Padre. Entonces el velo del Templo súbitamente se rasgó, y la tierra tembló, y las piedras se hicieron pedazos, y las sepulturas de los muertos se abrieron. Entonces el más hermoso de los hombres, escurecidos los ojos y cubierto [624] el rostro de amarillez de muerte, quedó el más maltratado de todos, hecho holocausto de suavísimo olor por ellos, para revocar la ira del Padre que tenían merecida. «Mira, pues, oh santo Padre, dende tu santuario, en la faz de tu Cristo; mira esta sacratísima hostia, la cual te ofrece este sumo Pontífice por nuestros pecados». Y mira tú también, hombre redimido, cuál y cuán grande es este que está pendiente en el madero, cuya muerte resucita los muertos, cuyo tránsito lloran los cielos, cuyos dolores sienten las piedras y todos los elementos del mundo. Pues, ¡oh corazón humano!, más duro que todas ellas, si teniendo tal espectáculo delante, ni te espanta el temor, ni te mueve la compasión, ni te ablanda la piedad.

XIII. La lanzada de el Señor, y la sepultura

Y, como si no bastaran todos estos tormentos para el cuerpo vivo, quisieron también los malvados ejecutar su furor en el muerto, y así, después de expirado el Señor, uno de los soldados le dio una lanzada por los pechos, de donde salió agua y sangre para bautismo y lavatorio de el mundo. Levántate, pues, oh esposa de Cristo, y haz aquí tu nido como paloma en los agujeros de la piedra, y como pájaro edifica aquí tu casa, y como tórtola casta esconde aquí tus hijuelos.

Mandaba Dios en la ley que señalasen ciertas ciudades en la tierra de promisión para que fuesen lugares de refugio, adonde se acogiesen los malhechores; mas en la ley de gracia los lugares de refugio donde se acogen los pecadores son estas preciosísimas llagas de Cristo, donde se guarecen de todos los peligros y persecuciones del mundo. Mas, para esto, señaladamente sirve la de su precioso costado, figurada en aquella ventana que mandó hacer Dios a Noé a un lado de el arca, para que por ella entrasen todos los animales a escaparse de las aguas del diluvio (cf. Gén 6,16). Pues todos los afligidos y atribulados con las aguas turbias y amargas deste siglo tempestuoso, todos los deseosos de verdadera paz y tranquilidad, acogeos a este puerto, entrad en esta arca de seguridad y reposo; y entrad por la puerta que está abierta deste precioso costado. Esta sea vuestra guarida, vuestra morada, vuestro paraíso y vuestro templo, donde para siempre reposéis.

Tras desto, resta considerar con cuánta devoción y compasión desclavarían aquellos santos varones el sacratísimo cuerpo de la cruz, y con qué lágrimas y sentimiento lo recibiría en sus brazos la afligidísima Madre, y cuáles serían allí las lágrimas del amado discípulo, de la santa Magdalena y de las otras piadosas mujeres; cómo lo envolverían en aquella sábana limpia y cubrirían su rostro con un sudario; y finalmente lo llevarían en sus andas y lo depositarían en aquel huerto donde estaba el santo sepulcro. En el huerto se comenzó la pasión de Cristo, y en el huerto se acabó, y por este medio nos libró el Señor de la culpa cometida en el huerto de el paraíso, y por ella, finalmente, nos lleva al huerto del cielo. Pues, oh buen JESÚS, concédeme, Señor, aunque indigno, ya que entonces no merecí hallarme con el cuerpo presente a estas tan dolorosas obsequias [*exequias*], me halle en ellas meditándolas y tratándolas con fe y amor en mi corazón, y experimentando algo de aquel afecto y compasión que tu inocentísima Madre y la bienaventurada Magdalena sintieron en este día.

Esta es, hermano mío, la suma de su sagrada pasión, estas son las heridas y llagas que por nosotros recibió el Hijo de Dios. Esta sea, pues, nuestra gloria, nuestra guarida, nuestras oraciones y lamentaciones todo el tiempo de nuestra vida; como lo eran de aquel religiosísimo y devotísimo san Buenaventura, que, hablando sobre esta materia, dice así: «¡Oh pasión amable!, ¡oh muerte deleitable! Si yo fuera el madero de aquella santa cruz, y en mí fueran enclavados los pies y manos del buen Jesús, dijera a aquellos santos varones que le descendieron de la cruz: “No me apartéis de mi Señor, sino sepultadme con él, para que nunca jamás sea yo apartado dél”. Mas lo que no puedo hacer con el cuerpo, quiérollo hacer con el corazón. ¡Oh qué buena cosa es estar con Jesucristo crucificado! Quiero hacer en él tres moradas: una en los pies, y otra en las manos, y otra perpetua en su precioso costado. Aquí quiero sosegar, y descansar, y dormir, y orar. Aquí hablaré a su corazón; y concederme ha todo cuanto le pidiere. ¡Oh muy amables llagas de nuestro piadoso Redentor! Entrando una vez por ellas los ojos abiertos, la sangre que de ellas salió cegome la vista; y, después que ya otra cosa no pude ver, sino sangre, atentando con las manos entré dentro, hasta las entrañas de su caridad, en las cuales así me hallé envuelto, que ya más no pude de ahí salir. En ellas moro, y de sus manjares me sustentó, y bebo de su dulce licor, el cual es tan suave que ni yo lo sé, ni puedo explicar. Mas he gran temor de salir desta tan deleitable morada y perder la consolación en que vivo; pero tengo firme esperanza que, pues sus llagas están siempre abiertas, por ellas me volveré a entrar, porque mi morada sea para siempre en él. ¡Oh bienaventurada lanza, y bienaventurados clavos, que nos abristes el camino de la vida! Si yo fuera el hierro de aquella lanza, nunca quisiera de aquel pecho salir, sino antes dijera: *Este es mi descanso en los siglos de los siglos; aquí moraré, porque esta morada escogí [Sal 131,14]*». Hasta aquí son palabras de san Buenaventura.

Cata aquí, pues, oh ánima mía, al Salvador en la cruz, donde duerme, donde reposa y donde [625] apacienta sus cabritos al mediodía. Aquí tienes el pasto de tu vida, aquí la medicina de tus llagas, aquí el remedio de tus ignorancias, aquí la satisfacción de tus culpas, y aquí el espejo en que veas todas tus faltas. Este es el espejo que mandó Dios poner en el Templo, donde los sacerdotes se mirasen antes de

entrar a ministrar en él ¹⁵³; porque aquí el ánima devota, mirándose en esta cruz, y contemplando las virtudes y perfecciones del que en ella está crucificado, ve más claro que en un espejo limpio todas las faltas de su vida. ¡Oh espejo claro y hermoso de todas las virtudes, y cuán a la clara descubres dende esa cruz todos mis vicios y pecados! Esa cruz dolorosa condena mis desordenados apetitos y deleites; esa desnudez tan extremada, todas mis superfluidades y demasías; esa corona de espinas, todas mis galas y atavíos; esa hiel y vinagre tan amarga, mi demasiado y curioso comer y beber; esos brazos tan extendidos para abrazar a amigos y enemigos condenan mis odios y mis pasiones; esa oración que hiciste por tus enemigos reprehende las iras que yo tengo contra los míos; ese corazón abierto para todos, y para los mismos que lo alancearon, condena la dureza del mío, tan cerrado para las necesidades de mis hermanos; esos ojos desmayados y llorosos por mis pecados castigan la vanidad y disolución de los míos; y esos oídos que con tanta piedad oyeron tantas injurias descubren la grandeza de mi impaciencia, que con una sola paja se turba. De manera que tú todo, de pies a cabeza, me eres un espejo de perfección y un dechado singular de toda virtud. Aquí señaladamente resplandecen aquellas cuatro nobilísimas virtudes: caridad, paciencia, obediencia y humildad. Con estas cuatro piedras preciosas quisiste, Señor, adornar los cuatro brazos de la cruz; de las cuales, como dice san Bernardo, la caridad está en lo alto, la humildad —fundamento de todas las virtudes— en lo bajo, la obediencia a la mano derecha, y la paciencia a la siniestra (cf. *Serm. 1 Resurr.*). Con estas cuatro esmeraldas enriqueciste esta gloriosa bandera, mostrándote en ella tan paciente en las heridas, tan humilde en las injurias, tan amoroso para con los hombres y tan obediente para con Dios.

Aquí, pues, tienes, ánima mía, dónde aprender, y con qué te reprehender, y también con qué te consolar; porque todos estos oficios hacen las virtudes y llagas de Cristo. Enseñan a los diligentes, corrigen a los negligentes, curan a los enfermos y esfuerzan a los flacos y desconfiados. Satisfaga, pues, oh Padre eterno, ante tu divino acatamiento su obediencia por mi desobediencia, su humildad por mi soberbia, su paciencia por mi impaciencia, su largueza por mi avaricia, y sus trabajos y asperezas por mis deleites y regalos. Su preciosa y no debida muerte te ofrezco por la muerte que yo te debo; y sus penas, por las penas que yo merezco; y su cumplida satisfacción, por todas las deudas de mis pecados; pues todo lo que por mi parte falta, él lo suple por la suya. Y pues tú, Señor, no castigas una cosa dos veces perfectamente, ya que en él castigaste mis culpas, no las quieras otra vez eternalmente castigar en mí, sino dame gracia para que, llorando y castigándolas yo con mis trabajos en esta vida, merezca reinar para siempre con él en su gloria.

XIV. La resurrección del Señor

Acabada ya la batalla de la Pasión, cuando aquel dragón infernal pensó que había alcanzado vitoria del Cordero, comenzó a resplandecer en su ánima la potencia de su divinidad, con la cual nuestro león fortísimo descendió a los infiernos, y, vencido y preso aquel fuerte armado, lo despojó de la rica presa que allí tenía cautiva, para que, pues el tirano había acometido a la cabeza sin tener derecho a ella, perdiese por vía de justicia el que pensaba tener en los miembros. Entonces el verdadero Sansón, muriendo, mató sus enemigos. Entonces el Cordero sin mancilla con la sangre de su testamento sacó sus prisioneros del lago donde no había agua (cf. Zac 9,11). Entonces el verdadero David con la espada de Goliat cortó la cabeza a Goliat, cuando el Salvador, con la muerte, venció el autor de la muerte, el cual por medio della llevaba todos los hombres cautivos a su reino.

Habida, pues, esta gloriosa vitoria, al tercero día el autor de la vida, vencida la muerte, resucitó de los muertos, y así salió el verdadero José de la cárcel del infierno por voluntad y mandamiento del Rey soberano, trasquilados ya los cabellos de la mortalidad y flaqueza, y vestido de ropas de hermosura y inmortalidad.

Aquí tienes luego que considerar la alegría de todos los aparecimientos que hubo en este día tan glorioso, que son: la alegría de los padres del limbo, a quien el Salvador primeramente visitó y sacó de cautivos; la alegría de la sacratísima Virgen, nuestra Señora; la alegría de aquellas santas mujeres que

¹⁵³ En Éx 30,18 se manda hacer un baño de bronce con agua, con su basa, para las abluciones antes de entrar en la Tienda. Luego, Éx 38,8 añade un detalle curioso: «Labrum æneum cum basi sua de *speculis* mulierum». Es lo único que hay al respecto.

le iban a unguir al sepulcro; y la alegría también de los discípulos, que tan desconsolados estaban sin su Maestro, y tanta consolación recibieron en le ver resucitado.

Pues, según esto, considera primeramente qué tan grande sería la alegría de aquellos santos padres del limbo en este día con la visitación y presencia de su libertador, y qué gracias y alabanzas le darían por esta salud tan deseada y esperada. Dicen los que vuelven de las Indias Orientales en España, que tienen por bien empleado el trabajo de la navegación pasada, por la alegría que reciben el día que entran en su tierra. Pues, si esto hace la navegación y destierro de un año, o de dos años, ¿qué haría el destierro [626] de tres o cuatro mil años el día que recibiese tan gran salud y viniese a tomar puerto en la tierra de los vivientes?

Pues, la alegría que la Santísima Virgen recibió este día con la vista de su Hijo resucitado, ¿quién la explicará? Porque es cierto que, como ella fue la que más sintió los dolores de su pasión, así ella fue a quien más parte cupo en la alegría de su resurrección. Pues ¿qué sentiría esta bendita Señora cuando viese ante sí su Hijo vivo y glorioso, acompañado de todos aquellos santos padres que resucitaron? ¿Cuáles serían sus abrazos y besos?, ¿y las lágrimas de sus piadosos ojos?, ¿y los deseos de irse tras él, si le fuera concedido?

Pues ¿qué diré de la alegría de aquellas santas Marías; y especialmente de aquella que perseveraba llorando par del sepulcro, cuando se derribase ante los pies del Señor, y le viese en tan gloriosa figura? Y mira bien que, después de la Madre, a aquella primero apareció: que más amó, más perseveró, más lloró y más solícitamente le buscó; para que así tengas por cierto que hallarás a Dios, si con estas mismas lágrimas y diligencias le buscares.

Después desto, considera también, por una parte, la flaqueza de los discípulos, que tan presto desfallecieron y perdieron la fe con el escándalo de la Pasión; y entiende por aquí cuán grande sea nuestra miseria y cuán pocas cosas bastan para hacernos perder el esfuerzo y la confianza, por mayores prendas y firmezas que tengamos. Y considera, por otra, la bondad y providencia paternal del Señor, que no desampara a los suyos por mucho tiempo, sino luego los consuela y socorre con el regalo de su visitación. Conoce muy bien nuestra flaqueza, sabe la masa de que somos compuestos, y por esto no permite que seamos tentados más de lo que podemos. Cinco veces les apareció el mismo día que resucitó; y los tres días del sepulcro abrevió en cuarenta horas —contando dende que expiró en la cruz; que aún no hacen dos días naturales—, y en lugar destas cuarenta horas de tristeza, les dio cuarenta días de alegría; para que veas cuán piadoso es este Señor para con los suyos, y cuánto más largo en darles consolaciones, que trabajos.

Considera también de la manera que apareció a los discípulos que iban a Emaús, en hábito de peregrino, y mira cuán afable se les mostró, cuán familiarmente los acompañó, cuán dulcemente se les disimuló, y, en cabo, cuán amorosamente se les descubrió, dejándolos con toda la miel y suavidad en los labios. Sean, pues, tales tus pláticas, cuales eran las destos, y trata con dolor y sentimiento lo que trataban estos —que eran los dolores y trabajos de la pasión de Cristo—, y ten por cierto que no te faltará su presencia y compañía, así como a estos no faltó.

XV. La subida a los cielos

Acabados estos cuarenta días, sacó el Señor a sus discípulos fuera de la ciudad, al monte Olivete, y, despidiéndose allí dulcemente de ellos y de su benditísima Madre, levantadas las manos en alto, viéndolo ellos, subió al cielo en una nube resplandeciente, llevando consigo sus prisioneros a su reino, y haciéndolos ciudadanos del cielo y moradores de la casa de Dios.

Mas ¿qué lengua podrá aquí explicar con cuánta gloria, con qué alegría y con qué voces y alabanzas sería recibido aquel noble triunfador en la ciudad soberana? ¿Cuál sería la fiesta y el recibimiento que le harían? ¿Qué sería ver allí ayuntados en uno hombres y ángeles, y todos a una caminar a aquella ciudad, poblar aquellas sillas desiertas de tantos años, y subir sobre todos aquella sacratísima humanidad y asentarse a la diestra del Padre? Todo esto es mucho de considerar; para que se vea cuán bien empleados son los trabajos padecidos por Dios, y cómo el que se humilló y padeció más que todas las criaturas es aquí engrandecido y levantado sobre todas ellas.

Pues en este misterio tan glorioso puedes primeramente considerar cómo dilató el Señor esta subida por espacio de cuarenta días; lo uno, para confirmar los discípulos en la fe y esperanza de la resurrección; y lo otro, para irlos poco a poco acostumbrando a vivir sin él, y sufrir la ausencia de su dulcísima compañía. La cual, si súbitamente les quitara, no pudieran dejar de recibir grandísima desconsolación y tormento. Y por esto, así como una madre va quitando poco a poco la leche al niño que cría, y no se la quita luego del todo la primera vez (porque la naturaleza no sufre estas súbitas mudanzas), así tampoco era razón que súbitamente se quitase del todo a los discípulos la leche suavísima de la conversación y compañía de Cristo, sino que poco a poco los fuese entreteniéndolos hasta la venida del Espíritu Santo, el cual los había del todo de destetar y hacer andar por su pie y comer pan con corteza. En lo cual maravillosamente resplandece la providencia deste Señor, y la manera que tiene en tratar a los suyos en diversos tiempos: cómo regala a los flacos, y ejercita a los fuertes; da leche a los pequeñuelos, y desteta los grandes; consuela a los unos, y prueba los otros; y así trata a cada uno según su necesidad. Por donde ni el regalado tiene por qué presumir, pues el regalo es argumento de flaqueza, ni el desconsolado por qué desmayar, pues esto es muchas veces indicio de fortaleza.

▲ Acabados, pues, estos cuarenta días, en presencia de los discípulos, y viéndolo ellos, subió al cielo; porque ellos habían de ser testigos destes misterios, y **ninguno es mejor testigo de las o- [627] bras de Dios, que el que las sabe por experiencia**. Si quieres saber de veras cuán bueno es Dios, cuán dulce y cuán suave para los suyos, cuánta sea la virtud y eficacia de su gracia, de su amor, y de sus consolaciones y deleites, preguntalo a los que lo han probado, que esos tendrán dello suficiente testimonio.

Quiso también que le vieses subir al cielo, porque le siguiesen con los ojos y con el espíritu, para que sintiesen su partida y les hiciese soledad su ausencia; porque este era el más conveniente aparejo que había para recibir su gracia. Pidió Eliseo a Elías su espíritu, y respondióle el buen maestro: *Si vieres cuando me aparto de ti, será lo que pediste* (2 Re 2,10). Pues, según esto, aquellos serán herederos del Espíritu de Cristo: a quien el amor hiciere sentir la partida de Cristo, los que sintieren su ausencia y quedaren en este destierro suspirando siempre por su presencia. Porque el Espíritu Santo ama a los amadores de Cristo; y de tal manera los ama, que el más conveniente aparejo que pide para comunicarles su gracia es este amor. Así lo hizo con aquella santa pecadora, de quien se dijo: *Fuéronle perdonados muchos pecados, porque amó mucho* (Lc 7,47).

Pues ¿cuál sería la soledad, el sentimiento y las lágrimas de la sacratísima Virgen, del amado discípulo, y de la santa Magdalena, y de todos los apóstoles, cuando vieses irseles y desaparecer de sus ojos aquel que tan robados tenía sus corazones? No se puede esto explicar con palabras. Mas, con todo esto, se dice que volvieron a Jerusalén con grande gozo (cf. Lc 24,52), por lo mucho que le amaban, porque el mismo amor que les hacía sentir tanto su partida, por otra parte les hacía gozarse mucho más de su gloria; porque el verdadero amor no busca a sí, sino al que ama.

Mas no pienses que, porque este Señor se ausentó de los hombres y está reinando en el cielo, se olvida de los hijos que dejó en este mundo; porque, así como aquí nos ayudó con sus trabajos, así allí nos ayuda con su intercesión, haciendo en la tierra oficio de Redentor y en el cielo oficio de Abogado. *Porque tal convenía que fuese nuestro Pontífice: santo, inocente, limpio, apartado de los pecadores y más alto que los cielos* (Heb 7,26); el cual, asentado a la diestra de la Majestad, está allí presentando las señales de sus llagas al Padre por nosotros, gobernando desde aquella silla el cuerpo místico de su Iglesia, y repartiendo diversos dones a los hombres para incorporarlos consigo y hacerlos semejantes a sí. Por donde, así como él, que es nuestra cabeza, fue en este mundo afligido y martirizado con diversos trabajos, así también quiere él que lo sea su cuerpo, porque no haya deformidad ni desproporción entre la cabeza y los miembros. Porque grande fealdad y disonancia sería, si, estando la cabeza atormentada, los miembros fuesen regalados; y si estando ella tan humillada, ellos quisiesen ser adorados; y no teniendo ella sobre qué inclinarse, ellos quisiesen ser señores de todo. Pues por esta causa ordenó la divina Sabiduría que todos cuantos santos ha habido en la Iglesia, desde el principio del mundo, fuesen con diversas maneras de trabajos probados y ejercitados: los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, los confesores, las vírgenes y los monjes; los cuales todos fueron en diversos tiempos examinados y purgados con muchos y muy grandes trabajos. Y por esa misma fragua han de pasar todos los otros miembros vivos de Cristo, hasta el día del juicio, ordenándolo él

así dende lo alto, para que después vengan a cantar con el Profeta, diciendo: *Pasamos por fuego y por agua, y trajístenos, Señor, a refrigerio* (Sal 65,12).

Destá manera, asentado nuestro Pontífice en aquella silla, gobierna todo este cuerpo místico de su Iglesia. Gracias, pues, te dé, oh eterno Padre, toda lengua por esta tan grande dádiva, en la cual nos diste tu unigénito Hijo, para que fuese, por una parte, nuestro Gobernador, y por otra, nuestro Abogado; porque tales y tantas eran nuestras culpas, tales y tantas nuestras miserias, que otro que él no era bastante para remediarlas.

XVI. La venida a juicio

Después desta subida al cielo, testificaron los ángeles en aquella hora: que de la misma manera volvería otra vez este Señor a juzgar el mundo, que había subido al cielo; queriéndonos advertir en esto que de tal manera pensásemos en la misericordia de la primera venida, que nos acordásemos del rigor y justicia de la segunda, para que esta memoria fuese freno y correctivo de nuestra vida. Pues, cuán terrible haya de ser este juicio, no se puede explicar con palabras. Porque muchos otros particulares juicios ha mostrado Dios en el mundo, como cuando anegó todo el género humano con las aguas del diluvio, cuando abrasó a Sodoma y las ciudades comarcanas, cuando hirió a Egipto con mucha diversidad de plagas, cuando abrió la tierra en el desierto para tragar a los pecadores; mas todos estos, a respecto del que se hará en el último día, son como sombras, comparadas con la verdad.

Pues, para entender algo de la terribleza deste día, considera primeramente las espantosas señales que le precederán, las cuales habrá en el sol y en la luna y en las estrellas, y en el mar y en la tierra. Y así dice el Evangelio que andarán los hombres atónitos y ahilados [*desmayados*] de muerte con el temor de los males que han de sobrevenir al mundo (cf. Lc 21,26).

Mira el sonido de aquella terrible trompeta que se oirá por todas las regiones del mundo, y aquella espantosa voz del arcángel, que dirá: [628] «Levantaos, muertos, y venid a juicio». Mira el espanto que será resucitar todos los muertos, unos de la mar y otros de la tierra, con aquellos mismos cuerpos con que en este mundo vivieron, para recibir en ellos según el mal o bien que hicieron. Y mira qué maravilla tan grande será que, estando los cuerpos de los muertos, unos hechos tierra, otros ceniza, otros comidos de peces, y otros de los mismos hombres, de allí sabrá Dios entresacar a cabo de tantos años lo que es propio de cada uno, sin que se confunda uno con otro.

Pues ¿qué tan grande espanto será ver arder el mundo, caer los edificios, tremer la tierra, alterarse los elementos, escurecerse el sol y la luna y las estrellas, morir todas las criaturas, abrirse los sepulcros, oír la voz de la trompeta, temblar las gentes, descubrirse las conciencias, ver los espantables demonios y el humo del infernal fuego encendido? Mas, sobre todo esto, será cosa temerosa ver en el aire levantado el estandarte real de la Cruz, con todas las otras insignias de la Pasión, y ver al Señor hacer cargo a sus enemigos de tantos dolores como por ellos pasó.

Considera también la venida del Juez y el espanto que los malos recibirán cuando le vean venir con tanta gloria, pues dirán entonces a los montes que caigan sobre ellos, y a los collados que los cubran, por no parecer delante dél. Mira el repartimiento que allí se hará de todos los hombres, poniendo los humildes y mansos a la mano derecha, y los soberbios y desobedientes a la izquierda; y el espanto que los grandes deste mundo recibirán cuando vean allí los humildes y pobrecitos, que ellos despreciaron, tan levantados y sublimados.

Considera el rigor de la cuenta que allí se pedirá, pues nos consta por texto expreso del Evangelio que hasta de una palabra ociosa se ha de pedir cuenta en aquel juicio (cf. Mt 12,36). Y, si quieres entender cuán rigurosa haya de ser esta cuenta, pon primeramente los ojos en la terribilidad del Juez, Cristo, cuyo aspecto no mostrará otra cosa, que venganza, como en su primera venida no mostró otra cosa, que mansedumbre. Del cual, porque es supremo Juez, no podrás apelar; y, porque es poderosísimo, no podrás huir; y, porque es Dios de las ciencias, ninguna cosa le podrás encubrir; y, porque en gran manera le desagrada el pecado, ninguna cosa dejará de castigar. Entonces te convendrá dar razón de tantas cosas, que la menor dellas bastará para ponerte en gran trabajo. ¿Quién podrá satisfacer a tantas deudas, cuantas allí se demandarán? Allí te preguntarán cómo has gastado el tiempo, cómo has tratado tu cuerpo, cómo has recogido los sentidos, cómo has guardado el corazón, cómo has respondido a las inspiraciones divinas, cómo has reconocido y usado de tantos beneficios. En la cual

acusación serán tantos los testigos, cuantas las criaturas de que mal usaste; las cuales en aquella hora así te turbarán, que, si fuese posible, los inmortales morirían en aquel tiempo de temor. Pues, según esto, cuán terrible cosa será verse el malo allí por todas partes cercado de tantas angustias, porque a ningún lugar volverá los ojos, que no halle causas de temor. En lo alto estará el Juez, airado; en lo bajo, el infierno abierto; a la diestra, los pecados que le estarán acusando; a la siniestra, los demonios aparejados para llevarle al tormento; fuera dél, estará el mundo ardiendo; y, dentro dél, la conciencia remordiéndolo. Pues, cercado el malo de tantas angustias, ¿adónde irá? Esconderse es imposible, y parecer, intolerable; porque, *si el justo apenas se salvará, el pecador y malo ¿dónde parecerá?* (1 Pe 4,18).

Últimamente, considera el trueno de aquella irrevocable sentencia, que dirá: *Id, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para Satanás y para todos sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me distes de comer; sed, y no me distes de beber, etc.* (Mt 25,41-42). Donde verás el valor de las obras de misericordia, y la alegría y contentamiento que allí recibirá el que aquí fue piadoso para con sus prójimos, pues allí lo será Dios para con él; y, por el contrario, el tormento que recibirá el que por no querer dar lo que dejó en este siglo, se vea allí para siempre despedido del cielo.

XVII. De las penas del infierno

Después de esta sentencia irán los justos a la vida eterna, y los malos, al fuego eterno. Pues, para entender la condición desta pena, debes imaginar el lugar del infierno por algunas semejanzas que los santos para esto nos dejaron. Imagina, pues, que el infierno es una escuridad horrible, y un lago que está debajo de la tierra, abominable, y un pozo profundísimo lleno de llamas de fuego. Imagina también que es una ciudad espantosa y oscura, cuyos moradores están día y noche despedazándose con alaridos y desesperaciones, por la grandeza y rabia de los dolores que padecen.

Piensa luego también en la acerbidad de las penas que allí se pasan, y en la muchedumbre y duración dellas. Y, cuanto a la acerbidad, mira cuán intolerable tormento será el de aquel fuego abrasador, el cual estará siempre quemando y atormentando, sin acabar de consumir ni atormentar. Y lo mismo has de entender del frío intolerable, y del hedor que hay en aquel detestable lugar. La acerbidad destas penas se declara por el crujir de dientes, y por el gemido y llanto, y por las blasfemias y rabias que allí dice la Escritura que hay (cf. Mt 13,42).

Piensa también en la muchedumbre destas penas. Porque allí hay fuego que no se puede apagar, y frío que no se puede sufrir, hedor horrible, y tinieblas palpables, cuales eran las de Egipto, y mucho más. Allí padecerán y penarán todos los sentidos, cada uno con su propio tormento. Los ojos, con la vista horrible de los demonios. Los oídos, con los gemidos y clamores lamentables de aquella miserable compañía y de aquellos crueles atormentadores, que ni se cansan de atormentar, ni saben qué es piedad; los cuales entonces escarnecerán y darán grita a los malos, diciéndoles: «¿Dónde esta ahora la gloria y el fausto de vuestros estados? ¿Dónde las manadas de criados y lisonjeros que traíades al derredor de vosotros?» Así también padecerá el gusto, y el tacto, con todo lo demás; y no menos padecerán todos los otros miembros que fueron armas e instrumento del pecado; cada uno, conforme a la calidad de su delito¹⁵⁴.

Después de las penas exteriores del cuerpo, piensa en las interiores del ánima, especialmente en aquel gusano que no muere, que es el remordimiento perpetuo de la conciencia, por razón de la mala vida pasada. Mas ¿quién será suficiente para pensar qué tan grande será el despecho y rabia que allí padecerán los malos, cuando consideren con cuán pequeños y cortos trabajos pudieran excusar tan largos y tan intolerables tormentos? Y no menos los atormentará la memoria de las prosperidades y deleites, por donde se vendrán a decir aquellas palabras de la Sabiduría: *¿Qué nos aprovechó nuestra soberbia y el fausto de nuestras riquezas? Pasaron todas estas cosas como sombra que vuela, o como el correo que va por la posta* (Sab 5,8-9).

Gravísimas son todas estas penas; pero no es menos molesta la compañía de los condenados, y la triste y escurísima noche de tinieblas que allí los cubre; y, sobre todo, el dolor de haber perdido a Dios,

¹⁵⁴ «Ut scirent quia per quæ peccat quis, per hæc et torquetur» (Sab 11,17).

sin esperanza de jamás cobrarle. La cual pena sobrepuja tanto las otras penas sensibles, cuanto la hermosura divina es mayor que toda la fealdad del infierno.

Sobre todo esto, considera la duración destas penas, las cuales, demás de ser tan grandes, tan universales y tan continuas, pues en ellas no se da un solo punto ni de entretenimiento, ni de declinación, ni de alivio, por otra parte nunca tendrán fin, ni después de mil años, ni de mil cuentos [*millones*] de millares de años, ni después de tantos años cuantos se pueden contar con todos los números, porque allí ni habrá término, ni fin, ni redención, ni apelación, ni año de jubileo, ni lugar de penitencia, ni remisión de culpa, sino perpetuo dolor y desesperación en todos los siglos. De suerte que, si los malaventurados esperasen que cuando se acabase de agotar toda el agua del mar océano, sacando dél a cabo de mil años, o de cien mil años, una sola gota de agua, esto tendrían por grandísima consolación; porque esto, en cabo, aunque muy tarde, se acabaría. Mas, aun este tan pobre y miserable consuelo y esperanza, no les queda. Pues dime, hombre loco y desatinado: Si tener la mano sola sobre unas brasas de fuego por espacio de un *credo* te parece intolerable tormento, y no habría cosa en el mundo que no hicieses por excusar esta pena, ¿cómo no haces algo por no estar acostado en esta cama de fuego, que durará eternamente en los siglos de los siglos?

XVIII. De la gloria del paraíso

Así como los malos serán condenados a las penas del infierno, así, por el contrario, los buenos serán coronados y llevados a la gloria del paraíso. Pues, para poder mejor contemplar la grandeza desta gloria, debes también imaginar el lugar della según las semejanzas con que los santos lo describen, conformándose en esto con nuestra capacidad. Imagina, pues, una ciudad toda de oro purísimo, maravillosamente labrada de piedras preciosas, y cada una de sus puertas, de una piedra preciosa. Imagina un campo llano espaciosísimo y hermosísimo, lleno de todas las flores y frescuras que se pueden pensar, donde hay perpetuo verano, y florestas siempre verdes, con olor de inestimable suavidad. Imaginando, pues, así el lugar, mira primeramente qué gloria será ver aquella beatísima Trinidad, que es un perfectísimo retablo, en el cual resplandece toda la hermosura, toda la nobleza, toda la bondad y toda la suavidad que se puede hallar, en cuya visión tendrás todo lo que quisieres y sabrás todo lo que desees, según la medida que te cupiere de gloria. Porque este es el libro que llaman de la vida, cuyo origen es eterno, cuya esencia es incorruptible, cuyo conocimiento es vida, cuya doctrina es fácil, cuya ciencia es suave, cuya profundidad no se puede medir, cuya escritura no se puede borrar y cuyas palabras no se pueden explicar. Piensa luego en la segunda gloria que se sigue tras esta, que es la visión clara de aquella sacratísima humanidad de Cristo, que para nuestra salud fue crucificado en un madero y para nuestra gloria reside en el cielo; pues en esto hacemos ventaja a los ángeles: en que el común Señor de los unos y de los otros verdaderamente es hombre, y no ángel, aunque él sea todo en todas las cosas. Mira después el gozo que el ánima recibirá de la compañía de todos los otros santos, que son innumerables, de cuyos gozos gozarás tú también; porque **la grandeza de la caridad que allí reina hace todos los bienes comunes**, y así, lo que no tuvieses tú en ti, tendrás en ellos.

Considera también aquellos singulares dotes que allí recibirán los cuerpos de los santos en premio de haber sido fieles ayudadores de las ánimas a quien sirvieron, que son sutileza, impasibilidad, ligereza, y claridad tan grande, que no se puede explicar. Y no son menores los dotes de las ánimas, que son plenitud de sabiduría en el entendimiento, con destierro de toda ignorancia, y plenitud de alegría en la voluntad, con destierro de toda tristeza; con otros bienes inestimables que allí recibirán.

Aquí, pues, podrá el varón devoto espaciarse cuanto quisiere, y aquí podrá alargar la vista y [630] extender los ojos considerando la grandeza deste tan soberano bien que nos está guardado. Pues ¿qué debes al Señor que para tan gran bien te crió, y te redimió, y te ha esperado hasta ahora, y te ayuda siempre con su gracia para alcanzar esta corona? ¡Oh bienaventurado reino, donde con Cristo reinan todos los santos, cuya ley es la verdad, cuya paz es la caridad, cuya vida es la eternidad, el cual no se divide con la muchedumbre de los que reinan, ni se hace menor con la muchedumbre de los que lo participan, ni se confunde con el número, ni se desordena con la variedad, ni se estrecha con el lugar, ni se varía con el movimiento, ni se altera con el tiempo que altera todas las cosas, sino que eternamente durará en los siglos de los siglos! Amén.

» [636] [...] **Versos del Maestro Marulo** ¹⁵⁵

En que se tocan casi todas las materias del *Vita Christi* deste presente tratado, preguntando el cristiano y respondiéndole Cristo brevemente desde la Cruz

Pregunta el cristiano:

Piadoso y clementísimo Señor, ¿por qué te vestiste de carne humana, y quisiste bajar del cielo a la tierra?

Para que el hombre terreno (a quien su culpa había derribado) pudiese con mi favor y ayuda subir dende la tierra al cielo.

¿Quién a ti (que eres inocente y estabas libre de pecado) forzó a padecer muerte y dolores por los pecadores?

El amor grande que tuve al hombre, para que, lavado él con mi sangre, se hiciese hábil para morar en el cielo.

[637] *¿Por qué tienes los brazos tendidos en ese madero, y los pies juntos y traspasados con un clavo?*

Porque de una parte y de otra llamo las gentes del mundo, y los vengo a juntar en unión de una misma fe.

¿Por qué, estando en esa cruz, tienes inclinada la cabeza, y los ojos humildemente bajos y puestos en tierra?

Porque con esta figura enseñó a los hombres a no levantarse con soberbia, sino abajar humildemente la cerviz y ponerla debajo de mi yugo.

¿Por qué estás en esa cruz desnudo, y por qué está ese rostro y ese divino cuerpo tan consumido y tan flaco?

Porque con esto quise enseñarte a despreciar las riquezas y bienes deste mundo, y a padecer hambre y pobreza conmigo

¿Por qué tienes cubiertos los lomos con un velo de lienzo? ¿Qué es lo que me significa esa cobertura real?

De aquí quiero que aprendas que me agradan los cuerpos limpios y castos, y que aborrezco toda torpeza y fealdad.

¿Qué quieren decir esas bofetadas, salivas, azotes, corona de espinas, y los otros tormentos y cruz?

Que tenga paciencia en las injurias, y no quiera dar mal por mal el que desea sobre las estrellas del cielo vivir en perpetua paz.

La vida es breve, el trabajo pequeño, el galardón grande, y que durará para siempre.

Mas, si alguno hay que no sienta la grandeza del premio, a lo menos muévalo el miedo, y el horrible tormento y horrible compañía de aquella cárcel infernal.

Y aquellos fuegos que nunca se apagan, y aquellas tinieblas que nunca resplandecen, y aquel gusano que siempre muerde, y aquella miseria que nunca cesa.

Porque tales cosas están guardadas para los que ahora tiene cautivos la vana honra y el fugitivo deleite, engañándolos con diversos halagos.

Ofreciendo riquezas a los avarientos, descanso a los perezosos, torpes pasatiempos a los carnales, vino precioso a los amigos del vientre, pompa y fausto a los soberbios, y despojos a los esforzados.

Con este cebo, engañado el pueblo miserable, olvidado de su propia salud, camina derecho y corre a su perdición.

Y ni oye mis amonestaciones, ni hace caso de mis ejemplos, y, finalmente, no tiene cuenta con mi juicio.

Pues cuando venga este horrible juicio, este día será día de ira, día de tinieblas y de torbellinos.

Quando los cielos se estremecerán y sacudirán de sí las estrellas, que caerán del cielo en la tierra.

¹⁵⁵ *Carmen de doctrina Domini Nostri Iesu Christi pendentis in Cruce*. Aunque está un poco más adelante, dada su conexión con la *Vida de Cristo*, lo copio aquí, al igual que las dos piezas siguientes (entre » <«), indicando las páginas en que se hallan. Otras ediciones ponen todo esto al final de las *Adiciones al Memorial de la vida cristiana*.

Entonces espantará al mundo la luna con cara sangrienta, y el sol se oscurecerá y esconderá los rayos de su luz.

Todas las cosas temblarán, y el mundo se acabará, y hasta los coros de los ángeles se estremecerán.

Una llama de fuego abrasador volará por el mundo, y la mar y la tierra quedarán hechas una hoguera.

Entonces vendré yo con gran poder y majestad, asentado en una nube resplandeciente.

Al derredor de mí vendrán millares de santos gloriosos y millares de espíritus bienaventurados.

Luego, una trompeta dará un terrible sonido de lo alto, el cual rasgue las tierras y llegue al profundo de los infiernos.

Y luego, sin tardanza, resucitarán todos aquellos que, perdida la lumbre de la vida, nuestra gran madre la tierra recibió en su grande gremio.

Y estará toda esta compañía resucitada delante de mi justo tribunal, esperando con temeroso corazón la terrible sentencia de mi juicio.

Ninguna cosa secreta ni escondida pasará sin examen, aunque sea lo que el hombre pensó dentro de su corazón.

Y, según los méritos, se dará a cada uno su galardón: a unos, vida perpetua, y a otros, muerte que nunca morirá.

¡Oh, pues, hombres miserables que estáis enredados con tantos engaños!, mientras tenéis poder ahora, sacad vuestros pies de esos lazos.

Abrid los ojos y velad, porque el día obscuro de este tiempo no os tome desapercibidos y cargados de sueño.

Mirad con cuánta ligereza huyen y se pasan los tiempos, y cómo las horas apresuradas no saben sentir tardanza.

Dichoso aquel que emplea bien los días de la vida, y piensa que el fin dél, o será hoy, o será mañana [638].

Habla del crucifijo, que está a la entrada de la iglesia, compuesto en verso por Lactancio Firmiano

Quienquiera que por aquí pasas, y subes por estas gradas del templo, espera un poco y pon los ojos en mí, que, siendo inocente, por tus culpas tan cruel muerte padecí. Yo soy aquel que, habiendo lástima de la caída miserable del género humano, vine a este mundo a ser medianero de paz y perdón copioso de la culpa común. Aquí se dio una clarísima luz a la tierra, aquí está la imagen de la verdadera salud, aquí soy tu descanso, camino derecho, redención verdadera, bandera de Dios y estandarte real, digno de perpetua recordación.

Por tu causa y por amor de tu vida entré en el vientre de una Virgen; por ti fui hecho hombre, y por ti padecí terrible muerte, sin hallar descanso en todos los fines de la tierra, sino en todo lugar amenazas, y en todo lugar trabajos. El establo y las majadas ásperas de Judea fueron la hospedería de mi nacimiento y las compañeras de mi pobre Madre. Aquí entre las bestias brutas tuve una cama de paja en un angosto y humilde pesebre. Los primeros años de mi edad viví en tierra de Egipto, desterrado del reino de Herodes; y vuelto de ahí, gasté los otros en Judea, donde siempre padecí hambre, siempre trabajos y extrema pobreza. Y con esto siempre trabajé por encaminar a los hombres con saludables consejos al estudio de la virtud, acompañando y confirmando mi doctrina con obras maravillosas. Por las cuales cosas la malvada Jerusalén, movida con crueles odios y rabiosa envidia, y ciega con furor, extendió las manos contra mí, y me procuró en una terrible cruz muerte cruel. La cual, si yo quisiera explicar por sus partes, y tu quisieres conmigo acompañarme y sentir todos mis dolores, pon primero ante los ojos los ayuntamientos y consejos de mis enemigos, y las celadas que me armaron, y el precio vil de mi inocente sangre, y los besos fingidos de mi discípulo, y el acometimiento y los clamores de aquella cruel compañía. Piensa también aquellos crueles azotes, y aquellas criminosas lenguas tan aparejadas para mentir, aquellos testigos falsos, y aquel perverso juicio del ciego presidente, y aquella grande y pesada cruz cargada sobre mis enflaquecidos hombros y espaldas cansadas, y aquellos pasos dolorosos con que caminé a la misma cruz. Y, después de puesto en ella, mírame levantado en alto, y desviado de los ojos de la dulce Madre, y rodeádome dende los

pies hasta la cabeza por todas partes. Mira los cabellos cuajados con sangre, y la cerviz ensangrentada debajo de ellos, la cabeza agujereada con crueles espinas, corriendo hilos de sangre viva sobre el divino rostro. Mira también los ojos cerrados y escurecidos, y las mejillas afligidas, y la lengua seca y atosigada con hiel, y el rostro amarillo con la presencia de la muerte. Mira los brazos extendidos, y las manos atravesadas con clavos, y la herida grande en el costado, y el río de sangre que mana della, los pies enclavados, y todos los miembros sangrientos. Hince, pues, las rodillas y adora este venerable madero de la cruz, besando la tierra sangrienta con boca humilde; derrama sobre ella muchas lágrimas, y nunca me pierdas de vista, ni me apartes de tu corazón, siguiendo siempre los pasos de mi vida. Y considerando estos tormentos y esta muerte cruel, con todos los otros innumerables trabajos y dolores míos, aprende de aquí a padecer adversidades y tener perpetuo cuidado de tu salud.

[639] Himno en alabanza de Cristo ¹⁵⁶

A Jesús las vírgenes castas, a Jesús la santa juventud, a Jesús los varones, los viejos y las mujeres ancianas alabemos, en cuya fe vivimos, el cual nos favorece y ama con amor de Padre eterno, Hijo del sumo Dios, Criador de las estrellas, de la tierra y de la mar; ninguna cosa encierra en sí la inmensidad del cielo y la redondez grande de la tierra, que no sea hecha por tu diestra. Tú, asentado en el seno del Padre, sustentas y gobiernas todas las cosas. Tú, con tu inmensa caridad, apiadado de nuestra miseria, te vestiste de cuerpo mortal, y, enclavado en una áspera cruz, con tu muerte nos libraste de los fuegos eternos. Tú, vencida la muerte, volviendo a tu palacio real, colocaste contigo a los tuyos en esa parte del cielo dorado. A ti canta días y noches la compañía de los moradores del cielo. De ti da testimonio aquel eterno Espíritu, diciendo que eres único autor de nuestra salud. Tú eres reposo, lumbre y deleite de las ánimas. Tú eres Pastor y Cordero que quitas los pecados del mundo. Tú eres eterno Pontífice, poderoso para aplacar la ira del Padre soberano. Pues ¿quién no te alabará, Señor?, ¿quién no te amará con todo su corazón? Pues, oh benigno Jesús, enciende, Señor, mi ánima en este amor, muéstrame ese rostro hermoso, y haz bienaventurados mis ojos con los tuyos, y no quieras negar, oh santo Amador, al que te ama, beso de paz. Tú eres Esposo de mi ánima, a ti busca ella, a ti con lágrimas llama. Tú, Santo, habiéndola librado de la muerte con tu muerte, y herídola con tu amor, no la has de aborrecer. Pues ¿por qué la miserable no siente la dulzura de tu presencia? Óyeme, Dios mío y Salvador mío, dame corazón que te ame, pues ninguna cosa hay más dulce que arder siempre en tu amor. «

[630] [...] Capítulo VII. Preámbulo para tratar del conocimiento de sí mismo

Al principio deste sexto tratado dijimos que, según doctrina de santo Tomás, dos géneros de consideraciones servían para despertar la devoción. Las unas eran de las perfecciones y beneficios divinos, y las otras, de las culpas y miserias humanas. De las cuales, las unas pertenecen al conocimiento de Dios, y las otras, al conocimiento de sí mismo; y así las unas sirven para encender la caridad, y las otras, para criar la humildad; con las unas echa el hombre raíces en la virtud, y con las otras crece y se hace más perfecto en ella.

Hasta aquí, pues, hemos tratado del mayor de todos los beneficios divinos, que es de la redención, donde entra toda la vida de nuestro Salvador, que es una excelentísima y suavísima materia de consideración; mas de los otros beneficios y de las perfecciones divinas escribiremos luego en el tratado siguiente, que es del amor de Dios, para el cual señaladamente sirve esta consideración. Resta ahora para conclusión deste tratado decir algo del conocimiento de sí mismo, del cual, como dijimos, procede la virtud de la humildad, que es fundamento de todas las virtudes, y la que hace lugar en

¹⁵⁶ Poema de M. FLAMINIO, *Carmina sacra*, Rostochi, 1578, ff. 12v-13v.

nuestra ánima para Dios —el cual mora en los corazones humildes— y destierra della todos los humos de presunción y de soberbia, que son los principales impedimentos de la devoción.

Pues, para alcanzar esta virtud, debe el hombre considerar dos cosas muy principales que para esto sirven. Una es la muchedumbre de las miserias y males que el hombre tiene por su parte; y otra es cómo ningún bien tiene que sea suyo, que no haya venido por parte de Dios. Con lo uno verá cuán pobre es y cuán desnudo; con lo otro, cuán herido está y cuán llagado. En lo uno verá claro cómo no tiene por qué gloriarse, pues, como dice el Apóstol, *¿qué tienes, que no hayas recibido?* (1 Cor 4,7); y en lo otro verá cuánta razón tiene para humillarse y despreciarse, pues tantas miserias reconoce dentro de sí.

Primera parte deste ejercicio

Pues, cuanto a la primera parte deste ejercicio, que es de las miserias y males propios, hay mucho que decir en esto, por ser como es el hombre muy rico en esta materia de miserias y males. Porque, como él está compuesto de cuerpo y de ánima, así también padece males de cuerpo y males de ánima. Y, entre los del ánima, que son los mayores, unos hay comunes a todos los hombres, que son males de la misma naturaleza, y otros hay particulares, que son propios de cada persona; entre los cuales, unos hay que pertenecen a la vida pasada, en que otro tiempo caímos, y otros, a la presente, en que cada día caemos; y de todos estos trataremos aquí por su orden, aunque brevemente, abriendo camino para el que quisiere filosofar en esta filosofía tan provechosa y tan cristiana.

I. De los males del cuerpo

Comenzando, pues, por los males de el cuerpo, puedes brevemente considerar en él estas tres cosas, conviene saber: lo que fuiste antes que nacieses, y lo que eres después de nacido, y lo que serás después de muerto. Antes que nacieses fuiste una materia sucia y abominable e indigna de ser nombrada; por donde podrás entender qué tal será la obra que de tales materiales es compuesta, pues ningún efecto puede sobrepasar la condición de su causa. Después de nacido —si bien te sabes mirar dentro y fuera— hallarás que eres un muladar cubierto de nieve, y una sepultura por defuera blanqueada y dentro llena de corrupción, y un saco de mil miserias y enfermedades, y, finalmente, una criatura la más flaca del mundo, sujeta a más peligros, desastres, accidentes, enfermedades y miserias, que arenas hay en la mar. Aquí podrás, si quieres, tender los ojos de la consideración por las miserias de la vida humana, la cual es breve, incierta, frágil, variable, engañosa, miserable y más quebradiza que un vaso de vidrio; de las cuales condiciones tratamos más copiosamente en otro lugar. Para cuya confirmación no dejaré de referir aquí que, al tiempo que este se escribía, vino nueva a esta ciudad que a una villa, llamada Azurara, llegó un arca de paños de cierta tierra donde había peste, y sólo esto bastó para inficionar el aire de tal manera, que a esta sazón eran ya muertas ochenta personas, y quedaban treinta heridas; y temíase que por allí se podía inficionar todo el reino, si no hubiese grande guarda y recaudo en todos los lugares. Dime, pues, ahora: ¿Qué vidrio, qué barro, qué tela de araña puede ser más frágil y más quebra- [631] diza, que nuestra vida, pues a tales peligros está sujeta, y tan pequeñas causas bastan para acabarla? ¿Dónde están los que tan grandes castillos de viento fundan sobre tan flaco cimiento, y que tanto extienden sus esperanzas, siendo tan frágiles y dudosas nuestras vidas?

Pues, tornando al propósito, si consideras lo que serás después de muerto, vete a una sepultura y pon los ojos en un cuerpo de dos o tres días sepultado, y mira el color, el olor, el desamparo, el horror, la fealdad y la figura miserable o abominable que allí tiene; y ahí verás lo que es el cuerpo después de muerto, y verás cuán poca diferencia hay dél a un rocín muerto que está tendido en un muladar hirviendo de gusanos, con un hedor y figura tan horrible, que el caminante se tapa los ojos y las narices, y se da prisa por huir de cosa tan pestilencial. En esto paran las mitras y los imperios, y en esto se convierte toda la gloria y hermosura del mundo. Y los cuerpos que poco antes, cuando vivían, eran tratados con tanto regalo, proveídos con tanto cuidado, servidos con tanta reverencia, curados con tanta diligencia, vestidos con tanta curiosidad, perfumados con tantos olores, para cuyo regalo servía la mar y la tierra, con todas las delicias de Oriente y de Occidente, vienen a ser la cosa más fea, y más

horrible, y más deshonrada del mundo, y más indigna de parecer ante los ojos de los hombres. Y, no habiendo en el mundo animal más hermoso ni más poderoso que un hombre vivo, no hay cosa más fea ni más flaca que él mismo después de muerto.

II. De los males del ánimo, y primero, de los que son comunes a todos los hombres

Cuanto a las miserias y males interiores del ánimo, puedes considerar estas tres, conviene saber: los males comunes de la naturaleza humana, que pertenecen a todos; y después, los tuyos propios, así los de la vida pasada, antes que Dios te llamase, como los de la presente, si por ventura has sido por él llamado. Y, cuanto a los primeros, debes saber que no hay lengua humana que baste a declarar la pobreza, la desnudez y el estrago en que la naturaleza humana quedó por el pecado, y cuán inhábil está para todo lo bueno, si no fuere ayudada con especial favor del Espíritu Santo. Mas, entre todos sus males y miserias, puedes considerar estas cuatro, que son como raíces y fuentes de todas las otras. Entre las cuales, la primera es ser • concebido en pecado, que es aquella miseria que en su descargo alegaba David, cuando decía: *Mira, Señor, que fui concebido en maldades, y que en pecados me concibió mi madre* (Sal 50,7). Y llama él aquí *maldades* y *pecados* al pecado original; porque, como dice un doctor, aunque él sea un solo pecado en acto, es todos los pecados en potencia (cf. *Sth.* I-II q.82 a.2 ad 1), porque desta mala raíz, como de un veneno de muerte, nacen todos ellos; y de aquí procede ser tan dificultosa la carrera de la virtud, como lo significó el santo Job, cuando dijo: *¿Quién podrá hacer limpia una criatura concebida de masa sucia, sino tú solo, Señor?* (Job 14,4)¹⁵⁷. Porque, así como el paño tinto en lana es muy malo de desteñir, así la mala inclinación del pecado, que tiene su principio y fundamento en el hombre (esto es, en la materia del hombre) antes aun que sea hombre, ¿quién la vencerá, si no fuere muy particularmente ayudado de Dios? Y, si los resabios que se mamaron en la leche dicen que son tan malos de vencer, ¿qué harán los que son más antiguos que la leche, los que salieron del vientre de la madre, y cuya raíz y principio es más antiguo que el hombre, pues al tiempo de la fundición se fraguaron con la misma fábrica y masa del hombre?

De aquí nace otra miseria muy grande, que es la • corrupción y estrago de todas las fuerzas y potencias del hombre; porque, así como la levadura se extiende por toda la masa, y la avinagra y aceda toda, si la dejan mucho labrar en ella, y así como la ponzoña bebida cunde por todos los miembros del cuerpo, y los hincha y emponzoña a todos, así la levadura y ponzoña de aquel pecado se extendió por todas las fuerzas de nuestra ánima, y en todas ellas labró y comunicó su malicia. Y así el entendimiento, que es la primera y más principal destas potencias, quedó escurecido para entender las cosas de Dios, el libre albedrío enfermo, la voluntad para lo bueno flaca, el apetito para lo malo fuerte y desenfrenado, la memoria derramada, la imaginación inquieta, los sentidos curiosos, y la carne sucia y mal inclinada.

Mas, entre estas fuerzas, mira cuán inquieta y desasosegada quedó la imaginación, y cuán desobediente a la razón, pues apenas podemos rezar un credo con el pensamiento fijo en Dios, sino que luego, casi sin sentirlo, nos hurte el cuerpo, y se salga de casa, y corra por todos esos mundos sin parar. De suerte que apenas hay hoja de árbol que así se mueva a todos vientos, como ella se mueve con cualquier accidente.

Pues ¿qué diré del • estrago de nuestro apetito? ¿Qué muladar hay tan sucio, qué laguna tan cenagosa que tales hedores y vapores eche de sí? Por lo cual con mucha razón dijo el Eclesiástico: *¿Qué cosa más mala que los pensamientos que la carne y sangre producen de sí?* (Eclo 17,31)¹⁵⁸. Porque ¿quién podrá explicar la muchedumbre de torpezas y las invenciones de pasatiempos y deleites que a cada hora se levantan en él? La imaginación parece que le tañe, y él baila al son que ella le hace; porque cuantos objetos y figuras le representa esa imaginación, a tantas se extiende el deseo de su afición, si no acudimos luego a enfrenarle con la razón. Pues, si sales acá fuera a los sen- [632] tidos exteriores y miras los peligros a que está nuestra ánima sujeta por sola la vista, entenderás luego con

¹⁵⁷ «Quis potest facere mundum de inmundo conceptum semine?, nonne tu, qui solus es?»

¹⁵⁸ «Aut quid nequius quam quod excogitabit caro et sanguis?» (17,30).

cuánta razón dijo el Eclesiástico: *¿Qué cosa hay en el mundo peor que los ojos del hombre?* (Eclo 31,13) ¹⁵⁹. Porque ¿qué males hay que no hayan tenido principio dellos?

La causa de todo esto fue perderse la justicia original y la gracia, por el pecado. Porque, así como la carne se conserva con la sal sin la corrupción, mas faltando esta luego se daña y cría gusanos, así la naturaleza humana se conserva con este don celestial, mas perdido él por el pecado todas las potencias del hombre quedaron estragadas y maltratadas. De donde nace estar estas tan prontas para todo lo malo, y tan pesadas para lo bueno, si por la gracia divina no fueren reformadas y reparadas.

Esta misma raíz nace la tiranía del amor propio, hijo primogénito del pecado original, porque el uno vuelve las espaldas a Dios y el otro vuelve los ojos del amor a sí mismo, amándose más que a todas las cosas, y más aún que al mismo Dios. Este, dice santo Tomás que entra en todos los pecados del mundo, y que es el atizador y manantial de todos ellos (cf. *Sth.* I-II q.77 a.4); porque ninguno peca, sino por algún bien que desordenadamente ama, el cual antepone a Dios y a la obediencia de sus santos mandamientos. Esta mala raíz nacen otros mil males, que son causa de nuestra perdición. Porque de aquí nace ser el hombre tan diligente para sus cosas propias, y tan negligente para las divinas; sentir tanto un punto de su honra, y dársele tan poco por la honra de Dios; estar tan ferviente para las cosas de su provecho, y tan tibio para las del servicio divino; pasar tantos trabajos por lo que a él cumple, y ser tan pesado para dar un paso por Dios; hacer tanto por la salud del cuerpo, y dársele tan poco por la del ánima; ser tan sensible por las pérdidas temporales, y tan insensible para las espirituales; ser tan amigo de todo género de deleites, y tan enemigo de todas las virtudes; tener tanta cuenta con los ojos de los hombres, y tan poca con los ojos de Dios; procurar tanto por las cosas desta vida, y dársele tan poco por las de la otra; sentir tanto una pérdida corporal, y no hacer caso de un pecado mortal; y, finalmente, de aquí nace estar el hombre tan pronto para todos los males, y tan pesado para todos los bienes, pues para lo uno le llevarán con hilo de lana, que es con cualquier antojo que se le ofrezca, y para lo otro no bastan todas las voces de la Iglesia, ni todas las promesas y amenazas divinas, ni todos los beneficios y misterios de Cristo, ni todos los tormentos que por esta causa padeció, pues todo esto se enderezó a este fin. Y, si quieres que con un ejemplo te muestre como con el dedo la ligereza que tenemos para el mal y la pesadumbre para el bien, mira cuánto tiempo y trabajo es menester para encender tu corazón en un poco de devoción o fervor de espíritu, y cuán presto se apaga después de encendido, pues a vuelta de cabeza, a veces con una palabra, se pierde y desaparece. Y, por el contrario, si se ofrece a la imaginación un mal pensamiento, aunque sea de corrida, en este punto no sólo el apetito, mas aun hasta el mismo cuerpo se enciende, y tan fuertemente se apega, que a fuerza de brazos lo habéis de despedir de vos. De suerte que el mal pensamiento más parece fuego, que pensamiento, pues en tan breve espacio prende, y labra, y levanta llama en el corazón. En lo cual se ve cuán dispuesta quedó de sí la naturaleza para lo malo, y cuán indispuesta para la bueno, pues para lo uno está como yesca muy seca, y para lo otro, como leña verde y corriendo agua; y así, allí una sola centella basta para encender fuego en un punto, mas aquí, aun con mucho fuego, apenas se enciende en muy grande espacio.

Deste tan grande desorden y estrago de la criatura racional procede otra gran miseria, que es venir el hombre a • bastardear y torcer de la generosidad de su naturaleza, y hacerse bestial; que es aquella miseria que el Profeta lamentaba, cuando decía: *El hombre criado en honra no entendió, y vino a compararse con las bestias y hacerse semejante a ellas* (Sal 48,21) ¹⁶⁰. Porque, dejadas otras muchas semejanzas que hay de parte a parte, vemos que, así como las bestias ninguna otra cosa aman ni procuran ni desean, sino sólo los bienes corporales, por no ser capaces de otros más altos, así la mayor parte de los hombres se han hecho por su culpa lo que las bestias son por naturaleza, pues ninguna otra cosa piensan ni desean ni platican ni tratan ni procuran ni sueñan, sino sólo estos bienes terrenos, sin acordarse ni que son hombres, ni que tienen razón, ni fe, ni ley, ni esperanza de otra vida, sino como unas puras bestias, que todo su mal y bien miden con el provecho del cuerpo. Y desta manera viven, no sólo todas las naciones de infieles y herejes (que son innumerables), sino también la mayor parte de los cristianos; si no es cual, o cual, que vive en temor de Dios.

Y, dado caso que todos estos tengan razón y usen della —lo que no hacen las bestias—, mas dime, ruégote: ¿De qué les sirve esta razón, sino de ser esclava y dispensera y cocinera de su carne, y

¹⁵⁹ «Nequius oculo, quid creatum est» (31,15).

¹⁶⁰ «Homo, cum in honore esset, non intellexit; comparatus est iumentis insipientibus, et similis factus est illis».

descubridora e inventora, no sólo de todas las vanidades y deleites del mundo, sino de todas las maldades y crueldades dél? Por donde viene el hombre miserable a ser bestia, no sólo más culpablemente, sino más perjudicialmente, pues las bestias son una vez bestias, mas él es dobladamente bestia, pues es bestia con el apetito y él también se hace bestia con la razón, obligándola a servir a solo este apetito y apartándola de Dios. Cosa es esta de que un filósofo gentil se avergonzaba, diciendo: «Mayor soy, y para mayores cosas nací, que para ser esclavo de mi car- [633] ne» (Séneca). Pues ¿qué cosa más miserable, ni más para sentir, que ver un hombre bautizado, y que tiene prendas para pasar de vuelo sobre los ángeles, venir por su propia voluntad a hacerse semejante a las bestias? ¿De qué escalón más alto pudiera caer el hombre en más bajo lugar?

Tal, pues, has de entender, hermano mío, que quedó el hombre por el pecado —hecho semejante a las bestias, aunque criado en tanta honra; despojado de todos los bienes de gracia y herido en todos los bienes de naturaleza; echado del paraíso y desterrado en este mundo; enemigo de Dios, hijo de ira y despedido de todos los bienes de la gloria—, y tal sale a este mundo del vientre de su madre; porque esta es la herencia que le cabe por parte de Adán. Finalmente, si quieres entender la disposición y figura que tiene en este estado, mira cuál quedó aquel santo Job después que por dispensación de Dios fue entregado a los azotes del demonio, robada su hacienda, quemados sus ganados, caídas sus casas, muertos sus hijos, cubierto de llagas de pies a cabeza, sin tener más que un muladar en que se asentase y un casco de teja con que rayese la podre de sus llagas; porque tal paró el demonio nuestra ánima por el pecado, cual paró el cuerpo de este santo sobre que le fue dado señorío. Y así quedó el hombre despojado de todos los bienes de gracia y llagado en todos los bienes de naturaleza, echado del paraíso en el muladar deste mundo, sin tener más aparejo para limpiar la podre de estas espirituales llagas (que son todas sus malas inclinaciones), que un casco de teja, que es un pedazo de libre albedrío; que, aunque tiene libertad y señorío para no consentir por algún tiempo en los pecados, no la tiene para no ser tentado y combatido con todo género de malos pensamientos. Pues como tal se debe el hombre presentar delante de Dios; o, si quiere, como aquel pobre Lázaro del Evangelio, cubierto de llagas de pies a cabeza, deseando hartarse siquiera de las migajuelas que caen de la mesa rica de su misericordia divina, para remedio de su miseria.

III. De los males propios de la persona, así de la vida presente, como de la pasada

Después que así hubieres considerado los males comunes de la naturaleza humana, pon luego los ojos en los particulares de tu propia persona, así en los de la vida pasada, como en los de la presente; para que por aquí veas cuánto hayas acrecentado por tu parte tu propia miseria, pues lo que nació estragado por la culpa original estragaste tú con la actual y con la costumbre de pecar. Porque ninguna cosa hay más contraria a la criatura racional, que vivir contra razón; por donde, así como ninguna cosa destruye más un contrario, que otro contrario, así ninguna cosa más destruye la naturaleza humana, que la costumbre de la mala vida.

Vuelve, pues, un poco los ojos a la vida pasada, cuando más alejado anduviste de Dios, y hallarás que por ventura en todo aquel tiempo viviste con tanta rotura de conciencia, como un hombre sin Dios, como una bestia desenfrenada y suelta en todos sus apetitos, como un hijo deste siglo, como un esclavo del pecado y del demonio, y como un gentil que ninguna ley ni conocimiento tiene de Dios. Porque, dado caso que [aunque] tenías fe, pero ninguna cosa menos hacías teniéndola, que si no la tuvieras, pues así blasfemabas, perjurabas, maldecías, robabas y codiciabas todo lo que veías, como si no tuvieras Dios, ni pensaras que había más que nacer y morir; pues vemos que, por la mayor parte, todos aquellos en quien no ha amanecido la luz de la gracia viven así, sin tener otra ley, sino la de sus miembros y apetitos; ni otra cuenta, sino con los ojos de los hombres; ni otro dios, sino su vientre y su vanidad; ni otros bienes y males, sino los que tocan a su cuerpo.

Considerados desta manera los males de la vida pasada, debes poner los ojos en los de la presente, que es en los defectos y males de cada día, los cuales has de tener tan contados y tan decorados [aprendidos de coro], que, así como un doliente señala al médico todas las partes del cuerpo que tiene maltratadas, así también las has tú de señalar a Dios, para que él te sane y te cure. Mira, pues, si eres airado, regalado, vanaglorioso, curioso, inconstante en los buenos propósitos, hablador, envidioso, goloso, malicioso, doblado, apetitoso, presuntuoso, ambicioso, hecho a tu voluntad, flojo, parlero,

inhumano, mal acondicionado, desabrido, inconsiderado, amigo de ti mismo, vivo y yerto [*tieso*] en todos tus afectos y propia voluntad. Porque el conocimiento desto es la llave y fuente de la verdadera humildad y del propio aprovechamiento; porque, sin este conocimiento, ni nadie puede ser verdaderamente humilde, ni saber lo que ha de pedir a Dios, ni cómo ha de curar sus males.

Segunda parte deste ejercicio.

De cómo todos los bienes que tenemos son de Dios

Después que así hayas considerado todas estas miserias y males que tenemos de nuestra parte, resta considerar cómo todos los bienes que tenemos son de Dios; para que más claro veas lo que eres por tu parte, y lo que por la suya; con lo cual, para contigo seas humilde, y para con él agradecido. Y como todos los bienes se reduzcan a tres órdenes, porque o son de naturaleza, o de gracia, o de fortuna (como el mundo los llama), discurre por todos ellos, y verás [634] claramente cómo todos son de Dios, y nada tuyo, sino el pecado y la misma nada ¹⁶¹.

Y, comenzando por los bienes *de naturaleza*, el primero es el ser, que es el fundamento de todos los otros bienes, pues todos ellos pertenecen al ser y lo presuponen. Considera, pues, cómo esta ánima racional que tienes (la cual te da el ser) es beneficio y obra de las manos de Dios, la cual él crió de nada. ¿Qué cosa es nada? La más baja cosa que se puede imaginar: menos que una piedra, menos que una paja, menos que un átomo de los que parecen entre los rayos de el sol; finalmente, nada. Imagina, pues, esta nada como unas tinieblas escurísimas y un abismo profundísimo que está debajo de todas las cosas, en el más ínfimo lugar del mundo, y ahí te debes tú poner, pues eso eres de tu parte, y eso eras antes que Dios te criase, y eso fuiste *ab eterno* hasta de pocos días a esta parte; y haciendo esto cumplirás con aquel mandamiento del Evangelio que nos manda asentar en el más bajo lugar cuando fuéremos llamados al convite (cf. Lc 14,10).

Asentado, pues, en este lugar, par de la nada, imagina que esa eres tú, y ese, el lugar natural que a ti se debe, y, por consiguiente, que ese es el centro donde tu ánima ha de reposar con el conocimiento de esa verdad; porque ninguna cosa es más propia tuya, ni que más te convenga, que esa nada; porque, así como ninguna cosa conviene más a Dios, que el ser, así ninguna conviene más de sí a la criatura, que el no ser. Esa es, pues, la cosa del mundo más vecina y más pariente tuya y más semejante a ti; y donde, como en un espejo, claramente te puedes ver lo que eres. Por donde, así como el santo Job, asentado en aquel muladar, y cercado de llagas y gusanos, decía: *A la podre dije: «Tú eres mi padre»; y a los gusanos dije: «Vosotros sois mi madre y vosotros mis hermanos»* (Job 17,14), así tú, visto cómo realmente —cuanto es de tu parte— eres nada, abrázate con esa nada, y dile: «Tú eres mi madre y tú eres mi hermana»; pues ninguna hermana hay más semejante a otra hermana, que una nada a otra nada. Asíentate, pues, muy despacio en este lugar, porque, si del todo no estuvieras ciego, dende ahí verás y entenderás todo cuanto te conviene saber. Dende ahí verás cómo todo lo que hay en ti después de esa nada, que es cuerpo, alma, vida, salud, fuerzas, razón, discreción, con todas las otras habilidades y facultades naturales, con todo lo demás, es ajeno, porque todo es puramente misericordia y dádiva de Dios. Dende ahí verás cuánto debes amar, alabar, servir, obedecer y agradar a quien todo esto te dio de pura gracia; pues la nada, nada merecía. Dende ahí verás cuán lejos debes de estar de toda presunción, ambición, soberbia, vanagloria y estima de ti mismo; porque, así como el que ve un caballo muy enjaezado y cubierto de oro y seda entiende que nada de aquello es de su propia cosecha, sino que todo es ajeno y postizo, y así no tiene por qué gloriarse dello, así entenderás que, todo lo que tienes más que nada, es ajeno y postizo, y comunicado de Dios, y así no tienes de qué te gloriar. Dende ahí verás el engaño y olvido de los hombres, y la vanidad de sus pensamientos, pues tan olvidados andan de su origen y principio (que es, de quien todo se lo dio), y tan engañados en el conocimiento de sí mismos. Con esta consideración te medirás con tu propia medida, humillarás tus pensamientos, abajarás las alas de la soberbia, sujetarte has a Dios, y hallarás aquí un centro, un lugar de refugio y un puerto seguro adonde acogerte todas las veces que las olas de la vanidad combatieren tu corazón. Y conocerás por experiencia que no hay en el mundo otros dos más convenientes lugares para el corazón del hombre, que Dios y nada, porque en solo estos dos permanece seguro —en todos los demás padece

¹⁶¹ Ver nota 86, página 550.

tormenta—; porque en el uno está en caridad, porque está en Dios, y en el otro está en humildad y en verdad, porque está en el conocimiento verdadero de sí mismo. Cata aquí, pues, hermano, cuyo es el ser que tienes.

Pues todos los otros bienes de naturaleza, ¿quién puede negar que sean del Autor y Señor de la misma naturaleza? Y, si quieres extender aún más los ojos, hallarás que todas cuantas cosas hay en este mundo de los cielos abajo, con los mismos cielos y con todo lo que se comprende debajo dellos, son parte deste beneficio, pues todo esto sirve, cada cosa en su manera, para nuestra conservación.

Pues los bienes que el mundo llama *de fortuna* no los da la fortuna, pues en el mundo no hay fortuna, sino sólo Dios; como claramente lo testifica el Eclesiástico, por estas palabras: *Los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y las riquezas, Dios las da* (Eclo 11,14). Porque, aunque estas cosas parece que vienen por medio de otras causas segundas, mas es cierto que ninguna cosa se hace en esta gran república del mundo, sino por mandamiento y orden de aquel sumo emperador que la gobierna. Y así dice san Basilio que la suma de toda la filosofía cristiana es atribuir las causas de todas las cosas, así grandes como pequeñas, a Dios; pues nos consta por palabras del Evangelio que un pájaro no cae en el lazo sin su dispensación y voluntad (cf. Mt 10,29).

Pues los bienes que llaman *de gracia*, el mismo nombre dice cuyos son y por qué se dan, que es por pura gracia y misericordia de Dios. Porque, como arriba declaramos, el hombre quedó por el pecado tan pobre, tan desnudo y tan inhábil para todo lo bueno, que no puede por sí solo ni dar un paso bueno, ni poner las manos en una buena obra, ni abrir la boca para invocar el nombre de Jesús, de manera que él se agrade, si para esto no le despierta y da la mano el mismo Dios con su gracia. De suerte que todos cuantos buenos deseos, o pensamientos, o propósitos en to- [635] da la vida ha tenido o tiene, todos han sido dádivas y misericordias suyas.

Y, si quieres discurrir por todos los bienes de gracia (los cuales militan y sirven para efectuar nuestra salvación), todos verás clarísimamente que son gracias y misericordias de Dios. Entre las cuales, la **primera** es la gracia de la predestinación, que es la primera de todas las gracias y el fundamento de todas ellas. Pues esta ya se entiende que es pura gracia y misericordia de Dios, pues no presupone merecimientos, antes es ante todo merecimiento, por solo el beneplácito de la voluntad de Dios. La **segunda** es la gracia de la vocación y justificación con que Dios saca a un hombre de pecado y le pone en estado de gracia, y de enemigo le hace amigo; porque éste bien se ve que es también pura gracia y merced de Dios, y que tampoco cae debajo del merecimiento, pues estando un hombre en mal estado, y siendo enemigo de Dios, no puede hacer cosa que sea merecedora de tan grande bien. La **tercera** es gracia que llaman concomitante, que nos acompaña en la buena vida y hace que nuestras obras sean agradables a Dios y merecedoras de la vida eterna; la cual, aunque procede de nuestros merecimientos, todavía no deja de ser gracia, pues el merecer procede de la gracia. La **cuarta** es la gracia o don de la perseverancia, que es perseverar hasta el cabo en la buena vida, sin faltar en la carrera, pues esta también es gracia y misericordia de Dios; y de tal manera es gracia, que no cae debajo de merecimiento, porque nadie puede hacer obra por la cual, de justicia, merezca un tan grande bien. Y sin esta gracia poco vale todo lo pasado, pues, como dice san Jerónimo, no se alaban entre cristianos los principios, sino los fines (*Regul. Monach., De pœnitentia et misericordia*). San Pablo comenzó mal, y acabó bien; Judas, por el contrario, tuvo los principios prósperos, mas el fin fue reprobado. La **quinta** es la gloria, que es gracia consumada; y esta también es gracia, pues, como dice el Apóstol, por la gracia de Dios se da la vida eterna.

De las otras maneras de gracias que llaman *gratis dadas*, si algunas tienes, el mismo nombre se lo dice: que son dadas por la gracia, y por consiguiente que todas se deben al Dador. ¿Ves, luego, cómo todo cuanto hay en ti y fuera de ti es de Dios?

¿Qué se sigue de esto? Que de aquí adelante mires a Dios como a fuente y origen de ti mismo y de todo cuanto hay en ti y fuera de ti, y de todo lo que eres y puedes ser; y, por consiguiente, que ya no sacrifiques a tus redes ni a tu industria ni a tu brazo de carne [cf. *Hab 1,16*], sino a solo él, pues de solo él procede lo que fuiste, lo que eres y lo que esperas ser. Pues, según esto, ¿con qué ojos será razón que mires a tal Señor? Quiérote poner algunas comparaciones para esto, porque mejor sepas cómo le has de mirar; y hágote saber que desta manera de aspecto se derivan todas las influencias del verdadero Sol de justicia en nuestras ánimas.

Mírale, pues, de la manera que miran todos los efectos a sus causas, de las cuales procede todo su ser, a las cuales tienen siempre una grande sujeción y reverencia; y pues él es causa universal de todas las causas, así conviene que sea mirado. Mírale como mira el hijo a su padre, que es principio de su ser, pues él es Padre, y más que padre, y él es origen y principio de nuestro ser. Mírale como la esposa al esposo, de quien dependen todos sus bienes, así presentes como futuros, pues él es el verdadero Esposo que solo da a nuestras ánimas cumplido contentamiento. Mírale como el cuerpo al ánima, de quien recibe toda la vida, honra y hermosura que tiene, pues él es como ánima de nuestra ánima y vida de nuestra vida. Mírale como naturalmente mira la tierra al cielo, de quien recibe toda la fertilidad y hermosura que tiene, pues él es espiritual cielo que nos alumbraba y gobierna, de quien procede toda nuestra vida y hermosura. Mírale como los rayos del sol al mismo sol de do proceden y por quien se conservan, pues él es quien nos dio todo este ser que tenemos, y el que siempre nos está conservando en él. Finalmente, mírale con aquellos ojos con que mira la sacratísima humanidad de Cristo al Verbo divino, con quien está unida y de quien recibe todas las perfecciones que tiene, hasta el mismo ser con que subsiste; la cual vista es la más humilde, la más casta, la más hermosa y más leal de cuantas el entendimiento humano puede comprender. Y así trabaja tú por imitar en algo esta manera de vista, según el espíritu y favor que el Señor te diere.

Pues, según esta cuenta, si todo tu ser y todos tus bienes presentes, pasados y venideros proceden deste Señor, ¿a quién has de mirar, a quién temer, a quién agradar, a quién obedecer, a quién reverenciar, a quién alabar, en quién esperar, en quién guardar fe y lealtad, sino a él o por él? Vayan, pues, fuera de tí todos los otros respetos humanos, vayan todos los otros cumplimientos terrenos; pues ni tú tienes que ver con ellos, ni ellos tienen que ver contigo, sino sólo el Criador y Señor de todo. Vuélvete, pues, de todo corazón a este Señor, y dile así:

«Señor, si vos sois mi principio y mi fin, ¿a quién tengo de amar, sino a vos? Si vos mi Rey y mi Señor, ¿a quién tengo de obedecer, sino a vos? Si en vuestras manos está todo mi bien y mi mal, ¿a quién tengo de temer y reverenciar, sino a vos? Si de sola vuestra misericordiosa mano recibí todo lo que tengo, y della espero recibir todo lo que me falta, ¿en quién ha de estar toda mi esperanza, sino en vos? Si vos solo sois mi Padre, mi Señor, mi Criador y mi Gobernador, ¿a quién tengo de recurrir en todas mis necesidades, sino a vos? Si de vos tengo recibidos, y recibo cada día tantos bienes, ¿a quién tengo de alabar y dar gracias, sino a solo vos? Y si los criados sirven a sus reyes y señores con tanta fidelidad y diligencia, y en negocios de tantos trabajos y peligros, por lo que de [636] ellos han recibido, y por lo que esperan recibir, yo, que tanto más he recibido de vos, y tanto más espero recibir, ¿por qué no os serviré, Dios mío, con mayor fidelidad, con mayor diligencia, con mayor cuidado y en mayores trabajos, pues vos, Señor, merecéis más, y yo os debo más, y sin comparación es mucho más lo que espero yo de vos?»

Hacimiento de gracias

Todo lo susodicho hasta aquí pertenece al conocimiento de sí mismo; después del cual se pueden muy bien seguir aquellas tres partes que arriba pusimos, las cuales deben intervenir en cualquier ejercicio de oración, que son hacimiento de gracias, ofrecimiento y petición. Las cuales, demás de ser tan provechosas y esenciales en este negocio, están por otra parte tan trabadas y encadenadas entre sí, que cada una dellas, con una maravillosa consecuencia, demanda la otra. Porque para el principio del ejercicio ninguna entrada hay más conveniente, que la acusación y conocimiento de sí mismo, entrando por la puerta de la humildad; como ya dijimos. Después deste conocimiento, ninguna cosa hay que mejor se siga, que el hacimiento de gracias por los beneficios de Dios. Porque, después que el hombre ha considerado cómo él de suyo es nada, y esto ha venido casi a palpar con las manos, luego se le abren los ojos y ve claramente cómo todo lo que tiene, sobre nada, es ajeno, dado graciosamente por la mano de Dios. Y, cuanto más claro esto ve, tanto más da de corazón gracias al Señor por ello. De manera que, así como las atalayas se suben a una torre alta para que desde allí puedan descubrir mejor la tierra por todas partes, así, por el contrario, el que quiere ver lo que debe a Dios se ha de poner en el más bajo lugar del mundo, que es en la nada de que fue formado, porque desde esta atalaya verá clarísimamente cómo todo lo que tiene es de Dios, que es todo lo que es más que nada.

Después deste agradecimiento por lo recibido, convenientísimamente se sigue el ofrecimiento, que es dar algo de nuestra parte a quien tanto nos ha dado. Y, porque ninguna cosa podremos mejor dar,

que los merecimientos y trabajos de Cristo, justísima cosa es que por tales merecimientos pidamos grandes mercedes; y así, después del ofrecimiento, convenientísimamente se sigue la petición, que es la última parte deste ejercicio.

Tiene también otra muy grande comodidad este ejercicio: que, así como es muy breve para los muy ocupados, así puede ser muy largo para los devotos; porque en cada parte destas hay mucho que pensar, así en el conocimiento de sí mismo, como en el hacimiento de gracias, y en la consideración de los beneficios divinos (que son tantos y tan grandes), y así también en el ofrecimiento, porque se puede en él discurrir por todos los pasos y misterios de la vida de Cristo, ofreciéndolos todos y cada uno por sí al eterno Padre; y así también en la petición hay mucho que pedir, pues de tantas cosas tenemos necesidad.

Al cabo de todo esto me pareció avisar que los que son más señores del tiempo y desean aprovechar más en el camino de Dios, pueden tomar cada día dos espacios para su recogimiento, uno para pensar en la vida de Cristo y otro para examinar su conciencia y entender en el conocimiento de sí mismos, por la orden que aquí se ha dado, o por cualquiera otra que mejor les pareciere. Mas, si por razón de sus ocupaciones y obligaciones de estado no pudieren recogerse más que una sola vez al día, comiencen por este conocimiento de sí mismos —pues *el justo al principio es acusador de sí mismo* [*Prov 18,17*]—, y después procedan a la consideración de la vida de Cristo, porque esta es más universal y más copiosa materia desta consideración.

[639] [...] TRATADO SÉPTIMO DEL AMOR DE DIOS

EN EL CUAL CONSISTE LA PERFECCIÓN DE LA VIDA CRISTIANA

Capítulo I. Qué cosa sea caridad, y de los frutos y excelencia della

Porque nuestro principal intento en este libro ha sido formar un perfecto cristiano, con todas las virtudes y partes que ha de tener, ya que hasta aquí habemos tratado de todas las otras virtudes que para esto se requieren, resta que tratemos ahora de la más principal, que es la caridad, en la cual consiste la perfección de la vida cristiana, con cuya perfección se alcanza la perfección desta vida. Para lo cual diremos primero de la excelencia desta virtud, y luego de la perfección della, y después de los medios por do esta perfección se alcanza.

Pues, quanto a lo primero, es de saber que, como dice Próspero en el libro *De la vida contemplativa*, «caridad es una voluntad recta, apartada de todas las cosas perecederas y unida con Dios, abrasada con el fuego del Espíritu Santo (de quien ella procede, y a quien se ordena), libre de toda inmundicia, ajena de corrupción, señora de toda mudanza, levantada sobre todas las cosas que carnalmente se aman, la más poderosa de todas las afecciones, amiga de la divina contemplación, vencedora de todas las cosas, sumario de todas las buenas obras, fin de los mandamientos celestiales, muerte de los vicios, vida de las virtudes, virtud de los que pelean, corona de los que vencen, armadura de las ánimas santas, causa de todos los merecimientos, sin la cual nadie agradó a Dios, y con la cual nadie le desagradó, fructuosa en los que comienzan, alegre en los que aprovechan, gloriosa en los que perseveran, vitoriosa en los mártires y trabajadora continua en todos los fieles». Hasta aquí son palabras de Próspero, por las cuales en alguna manera se declara brevemente qué cosa sea caridad y cuán grandes sean los frutos y excelencia della.

Mas la mayor de todas sus excelencias es ser ella la mayor de las virtudes y el fin y sumario de todas ellas. De lo cual tenemos argumento en la dignidad de aquellos supremos espíritus que llaman *serafines*, en los cuales señaladamente resplandece la caridad más que en todos los otros [640] coros de ángeles; y por esta causa tienen el supremo lugar entre todos ellos, porque les exceden en esta virtud, que es la más alta de las virtudes. Y a este orden dice san Gregorio que pertenecen en su manera todos los que en este mundo arden en amor de Dios; por estas palabras: «Hay algunos que, encendidos sus corazones con la contemplación de las cosas celestiales, arden en el deseo de solo su Criador, ninguna otra cosa de este mundo desean, y con solo el amor de la eternidad se sustentan; desprecian todas las cosas terrenas, traspasan con el espíritu las cosas temporales, aman y arden, y en este mismo amor descansan; amando, arden, y hablando, encienden a los otros; y a los que con sus palabras tocan, luego también los hacen arder. Pues ¿cómo llamaré a estos, sino *serafines*, cuyo corazón, convertido ya en fuego, resplandece y abrasa?» (*Hom. 34 in Evang.*). Hasta aquí son palabras de san Gregorio.

Tiene también otra grande excelencia la caridad, que es, como dice san Agustín, llamarse el mismo Dios caridad; de donde nace participar ella una grande semejanza con el mismo Dios. Por donde, así como Dios es todas las cosas, así también la caridad en su manera es todas las cosas, pues para todas aprovecha, y a todas da vida y perfección. Porque la caridad, primeramente, hace los hombres *santos*; pues, como dice san Bernardo, según la medida de la caridad es la de la santidad, porque tanto será uno más santo, quanto fuere más amigo de Dios. La caridad, otrosí hace *sabios*; según aquello del Salmista, que dice: *El mandamiento del Señor es resplandeciente, y así alumbrá los ojos del ánima* (Sal 18,9); por lo cual dijo san Agustín: «Quien quisiere conocer a Dios de manera que le agrade, ámelo, y conocerlo ha». La caridad también es la que principalmente hace prelados dignos de este nombre; por donde, queriendo el Señor hacer a san Pedro príncipe de su Iglesia, en ninguna otra cosa

le examinó, sino en esta virtud, preguntándole tres veces si le amaba más que los otros [cf. *Jn 21,15-17*]. La caridad también hace *mártires*; porque todos los que lo fueron, con la fuerza de esta virtud lo fueron, pues, como dice san Agustín, «no hay cosa más poderosa en el mundo, que el amor». La caridad también hace *virgenes*; pues, como dice san Juan Clímaco, «casto es aquel que con un amor vence otro amor, y con el fuego del espíritu vence el fuego sensual de la carne». La caridad también hace al hombre *vencedor* en todas las tentaciones; y así dice Pedro de Ravena: «Ama, hombre, a Dios, y ámale de todo corazón, porque así puedas sin trabajo vencer todas las tentaciones del enemigo. Y mira bien que es muy delicada batalla, y muy tierna manera de pelear, triunfar de todos los vicios con la dulzura del amor». Finalmente, la caridad es la perfección y cumplimiento de la Ley y de los Profetas, como lo significó el Apóstol, cuando dijo: *El cumplimiento de la ley es amor* (Rom 13,10); porque en esta palabra se encierra todo.

Parécese otrosí el amor de Dios con el mismo Dios en las propiedades y noblezas que tiene, muy conformes a las de Dios. Porque, como dice un doctor, «el amor es noble y generoso, es sabio y hermoso, es obrador de grandes cosas, es dulce, fuerte, fructuoso, sencillo, casto, inexpugnable y vencedor de todas las cosas. El amor es todo alegre, todo gracioso, todo deleitable y todo admirable. El amor penetra y rompe, levanta y humilla, y vence todas las dificultades. El amor es alto y profundo, llaga y sana, da muerte y vida; no se puede encubrir ni pagar, sino con amor, y todo lo da por amor, porque no busca ni quiere otra cosa, sino amor. El corazón del que perfectamente ama siempre piensa en amor, y la lengua siempre habla de amor; él recoge la memoria, esclarece el entendimiento, inflama la voluntad, roba los sentidos, santifica el ánima y transforma todo el hombre en Dios».

Pues, siendo esto así, razón es que todo nuestro estudio y diligencia se emplee en alcanzar esta virtud, pues ella trae en su compañía todas estas tan altas y tan excelentes virtudes. Así leemos haberlo enseñado nuestro Señor a una santa ánima, a la cual, entre otros notables documentos de virtudes, dijo así: «Cuando rezares la oración del *Pater noster*, toma esta palabra: *Hágase tu voluntad*, y trabaja todo lo posible por conformar siempre tu voluntad con la divina en todas las cosas, así prósperas como adversas, que él ordenare acerca de ti. Y cuando rezares el *Ave María*, toma el nombre de *Jesús*, el cual esté siempre fijo en tu corazón, para que él te sea escudo, guía y dulzura en la carrera desta vida, y en todas las necesidades della. Y del texto de toda la Escritura divina toma esta palabra: *Amor*, con el cual andarás siempre derecha, pura, ligera, solícita, diligente; porque él es poderoso para obrar todas las cosas sin fatiga, sin miedo y sin cansancio, de tal manera que hasta el martirio se hace suave por él. No se puede decir una sola centella de la virtud y fuerza del verdadero amor y de las obras que hace. Él te ayudará a consumir todas tus malas inclinaciones, y todos los apetitos y sentimientos desordenados de las cosas desta vida».

Mas, entre todas estas alabanzas, nos convida mucho al amor y deseo desta virtud saber que en ella consiste no solamente la perfección de la vida cristiana, mas también muy gran parte de la felicidad y bienaventuranza que el corazón humano puede alcanzar en esta vida. Porque, como dice Boecio, «toda la vida de los mortales, que en tantas maneras de ejercicios y trabajos se ocupa, ninguna otra cosa pretende por todos estos medios, sino sólo un fin, que es su felicidad y bienaventuranza». Esta bienaventuranza procede de haber llegado el hombre a alcanzar un bien en quien están todos los bienes; por donde, como aquí la voluntad lo halla todo, no tiene por qué buscar más de lo que halló, ni puede padecer [641] hambre de otra cosa, pues aquí tiene cuanto desea.

Este bien no puede ser otro, que Dios, y así ni fuera dél puede hallar cumplido reposo, ni lo puede dejar de haber en él. Y, aunque esto principalmente se guarda para la otra vida, cuando se posee a Dios perfectamente por gloria, pero también en su manera se alcanza en esta, cuando se posee menos perfectamente por gracia. Así muestra san Bernardo que lo gozaba y poseía, cuando en un tratado que escribió *Del amor de Dios* dice así: «Estando yo en la casa de la soledad, como animal solitario que hace su habitación en la tierra yerma y apartada, comenzando a sentir el viento de amor, *abrí mi boca y atraje el espíritu*; y algunas veces, Señor, estando yo como cerrados los ojos suspirando por ti, pones en la boca de mi corazón una cosa que no me conviene a mí saber lo que es. Siento el sabor y siento la dulzura, la cual de tal manera me conforta, que, si cumplidamente se me diese, no me quedaba más que desear». Hasta aquí son palabras de san Bernardo; con las cuales, aunque por diversas semejanzas, concuerdan las del Esposo en los Cantares, que dice: *Yo duermo, y vela mi corazón* (Cant 5,2). Porque ¿qué quiere decir esto, sino que, así como el que duerme tiene por todo aquel tiempo suspensos y en silencio todos sus sentidos (ca ni oye, ni ve, ni habla, ni desea nada), así algunas veces se comunica

Dios al ánima con una tan grandísima suavidad y amor, y derrama sobre ella como un río de paz, con el cual queda tan harta, tan satisfecha y tan contenta, que por entonces duerme a todos los deseos y cuidados desta vida, porque no tiene más cuenta con ellos que el que está durmiendo?

Y no se contenta con llamar éste *sueño*, sino en otra parte del mismo libro lo llama *muerte*, diciendo: *Fuerte es el amor como la muerte* (Cant 8,6). Las cuales palabras declara un santo, diciendo que es tan grande la fuerza del amor de Dios (cuando está en su perfección), que arrebatara con la grandeza de su deleite todas las potencias de nuestra ánima, y las hace por entonces estar como muertas a todos los gustos y apetitos del mundo. Esto es propio de aquella caridad que llaman los santos *violenta*¹⁶². Porque la alegría y suavidad que trae consigo esta manera de caridad es tan grande, que todas las fuerzas de nuestra ánima poderosamente, aunque dulcemente, arrebatara y lleva en pos de sí y las aparta del amor y gusto de las cosas terrenas y las traslada en Dios. Y esta misma se llama por otro nombre caridad *que hiere*, porque de tal manera hiere y traspasa el corazón, que, así como el que está herido no puede dejar de estar pensando en el dolor de la herida, así el que está herido con este amor no puede dejar de pensar ni desapegar el pensamiento de lo que ama, sino con grande dificultad. Porque, si cuando el dolor es agudo no podéis dejar de pensar en él, ¿cómo no hará otro tanto el deleite, cuando es grande, pues no es menor la fuerza de un contrario, que la del otro contrario? Conforme a esto leemos de uno de aquellos Padres del yermo que, yendo otro a pedirle cierta cosa de su celda, como él entrase a buscarla, luego la perdió de la memoria, y como esto le acaeciese por tres o cuatro veces, finalmente vino a decir al otro que entrase él y la buscara, porque de verdad él no podía por aquel tan breve espacio tener en la memoria lo que le pedía; tan grande era la suspensión y embebecimiento que su ánima tenía en Dios. Y no es esto de maravillar, porque sin duda las cosas espirituales son de tanta dignidad y nobleza, que el ánima que ayudada con la lumbre del Espíritu Santo las entiende y gusta, apenas puede arrostrar a otra cosa de esta vida, por excelente que sea. Y así se escribe del abad Silvano, cuando salía de la oración, que le parecían tan bajas y apocadas todas las cosas de la tierra, que cerraba los ojos por no verlas, y hablando consigo mismo decía: «Cerraos, ojos míos, cerraos, y no miréis cosa del mundo, porque no hay en él cosa digna de mirar».

¡Qué ejemplos estos y qué argumentos para entender hasta dónde llega la potencia de este amor y la hartura y suavidad deste afecto celestial! Y, si quieres otro ejemplo, oye lo que el bendito san Jerónimo cuenta de los ejercicios y deleites con que Dios ejercitaba y apacentaba su ánima, estando en aquel desierto, quemado —como él dice— con los rayos del sol. «Si había —dice él— algún risco muy alto, o algún valle muy hondo, este era mi lugar de oración. Y, como el Señor me es testigo, después de muchas lágrimas y de tener los ojos fijos en el cielo, algunas veces me parecía que estaba entre los coros de los ángeles, y con alegría y gozo cantaba: *En pos de ti, Señor, corremos al olor de tus ungüentos* [cf. *Cant 1,2-3*]». Esto escribe a la virgen Eustoquio (*Epist. 22,7*). Mas, escribiendo a otras vírgenes dedicadas a Dios, dice así: «Creed, hijas, a un viejo experimentado. Si una vez gustastes cuán dulce es el Señor, dél podréis haber oído esta palabra: “Venid, y mostraos he todos los bienes”. Y entonces os mostrará tales cosas, cuales nadie puede conocer, sino el que las ha probado. Sé lo que digo, muy amadas hermanas, y, confesándoos mi ignorancia, digo que yo, hombrecillo tan despreciado y tan vil en la casa del Señor, viviendo en este cuerpo, me hallé muchas veces entre los coros de los ángeles, sustentándome por algunos días con la dulzura deste pasto. Después de los cuales, restituido al cuerpo, y sabidas muchas cosas advenideras, lloraba por lo que había dejado. Mas, cuán grande fuese la felicidad de que en este tiempo gozaba, y cuán inestimable la suavidad que allí sentía, testigo es la Santísima Trinidad, y testigos los bienaventurados espíritus que presentes estaban, y testigo mi propia conciencia, la cual gozaba de tales y tan grandes bienes, cuales no podrá explicar la flaqueza de mi lengua». Y luego añade más: «No puede levantarse a la dulzura desta contemplación el corazón lleno de negocios terrenos, si- [642] no conviene que muera al mundo, y que viva y se llegue a solo Dios por santas meditaciones y deseos. Porque, como dice el Salvador, *el grano de trigo que cae en tierra, si no muere, él solo permanece; mas si muere, da mucho fruto* [*Jn 12,24*]». Hasta aquí son palabras de san Jerónimo (*In regula monacharum, 36*). Pues ¿qué diré del bienaventurado santo Tomás de Aquino, el cual muchas veces de tal manera estaba absorto en Dios, que el cuerpo seguía al espíritu y se levantaba a lo alto, y otras veces quedaba sin ningún sentido? Por donde acaeció que, estando una vez de esta manera con una candela encendida en la mano, acabose la candela y quemose

¹⁶² «*Dilectus meus mihi, quæ ex eo quod se diligere, et vehementer diligere, sentit, etiam diligi vehementer non ambigit*» (SAN BERNARDO, *Serm. In Cant., LXIX,7*).

la mano, sin que nada sintiese; de lo cual quedaron por testigos las llagas de la quemazón en la misma mano. Y otra vez, habiendo de recibir un cauterio de fuego, se puso en oración, y de tal manera se arrebató y quedó suspenso en Dios, que ninguna cosa sintió.

Y, si esto nos pone en admiración, no menos la debe poner lo que Aristóteles escribe, el cual, hablando de la alteza de la contemplación del varón sabio y perfecto, dice que la vida del sabio alguna vez llega a ser tal, cual es siempre la vida del primer principio, que es Dios. Dando por aquí a entender que llega a participar algunas veces una semejanza de aquella paz, tranquilidad y felicidad en que siempre vive Dios. Pues, si esto dijo un hombre que no sabía qué cosa era gracia, ni amor sobrenatural de Dios infundido por el Espíritu Santo, ¿qué será razón que digan los que tienen y conocen los efectos y obras admirables del Espíritu Santo? Porque, si los hábitos morales, y la sabiduría y diligencia humana basta para levantar un hombre a tal estado que por entonces se diga que está como Dios, tan quieto, tan contento y tan cerrada la puerta de todos sus deseos, ¿adónde os parece que lo subirán las gracias y dones del Espíritu Santo y la perfección del Evangelio? Pues, siendo esto así, ¿parécete que será razón comprar esta perla preciosa y dar todo cuanto se nos pidiere por ella? Porque, si tanto hacen y padecen los hombres por los bienes imperfectos desta vida (que más atizan, que matan la sed de nuestra ánima), ¿qué será razón hacer por un bien, que así apaga la codicia y llama de todos los otros bienes? «Es rico el que tiene el oro en el arca —dice san Agustín—, ¿y no lo será el que tiene a Dios en su conciencia?»

I. [*De cómo el alma no debe descansar hasta hallar el divino amor en su perfección; y de los efectos que en ella causa*]

Esta es, pues, una de las principales razones (entre otras muchas) que nos había de forzar a nunca tomar descanso, hasta alcanzar este tan precioso tesoro. A lo cual nos convida un religioso doctor con muy dulces y eficaces razones, diciendo así: «Como sea verdad que sólo Dios (que es infinito y sumo bien) pueda quietar los deseos del ánima racional, con mucha razón debe anhelar todo hombre a la perfección de la vida espiritual, porque por medio della venga a juntarse íntimamente con este sumo bien, y así se haga participante dél» (san Agustín). Porque, si aquí llegase, sin duda recibiría a Dios dentro de sí con superabundante gracia; el cual, con su alegre y divina presencia, desterraría de su ánima toda pobreza y miseria, y la enriquecería con verdaderas riquezas, y la hincharía de un gozo inefable. Por donde ya el hombre no andaría derramado, buscando en las criaturas los falsos y contrahechos deleites, porque luego le sería desabrido todo lo que Dios no es. Vemos que el espíritu racional es tan capaz y tan noble, que ningún bien caduco lo puede hartar; porque claro está que lo que es menos no puede hinchar el seno de lo que es más. Y cierto es que el cielo y la tierra y la mar y todas las cosas visibles son mucho menores que el hombre, por lo cual ninguna destas cosas, ni todas juntas, pueden hinchar el seno de su voluntad. Sólo Dios es infinitamente mayor que él; por lo cual, con solo él está lleno y contento, y no con otra cosa menor. Ni aun los ángeles bastan para esto, porque, aunque sean mayores en la naturaleza, no lo son en la capacidad. Por lo cual, mientras el hombre no poseyere este único y sumo bien, y lo abrazare con brazos de amor, siempre andará derramado sin quietud, congojoso sin descanso, y hambriento sin verdadera hartura. Y, aunque esté lleno de todas las riquezas y deleites del mundo, no alcanzará el descanso que desea, sino mediante el tocamiento deste divino amor. Mas, después que hubiere hallado este sumo bien, fácilmente dará de mano a todas las criaturas, y con el Salmista dirá: *Bueno es a mí llegarme a Dios* (Sal 72,28); y con el santo Job: *En mi nido moriré, y como palma multiplicaré los días* (Job 29,18) ¹⁶³. Este tal no busca ya fuera de sí consolaciones terrenas, porque dentro de sí tiene aquel que es piélagos de inestimables consolaciones y de todas las cosas que el corazón humano puede desear. Y de tal manera es tocado con el gusto y conocimiento experimental de Dios, y con tanta claridad penetra la verdad de los misterios de la fe, que, si todos los hombres del mundo le dijeren: «Engañaste, miserable, engañaste, porque no son verdaderas las cosas de la fe que profesas», él confiadamente respondería: «Vosotros sois los miserables y los que os engañáis, porque lo que yo creo es suma verdad». Esto respondería con grandísima firmeza; no sólo por la lumbré y hábito de la fe que a esto le inclina, sino también por la experiencia y gusto que tiene de Dios; el cual es tan grande y tan admirable, que, cuando entra en un

¹⁶³ «In nidulo meo moriar, et sicut palma multiplicabo dies».

ánima con abundancia de sus dones, él trae consigo las señales y muestras de quién es. Y los que desta manera andan unidos con Dios, no pueden dejar de ser muy familiares amigos suyos, y así alcanzan muchas veces con sus oraciones mayores bienes para la Iglesia, en una hora, que muchos otros —que tales no son— en muchos años.

Estos otrosí gozan de una maravillosa tranquilidad y libertad de ánimo. La cual los levanta sobre todos los cuidados y perturbaciones del mundo, y sobre todos los temores de la muerte, del infierno y del purgatorio, y sobre todas las calamidades que se les pueden ofrecer en este mundo; porque, confiados y abrazados con Dios, todas las cosas tienen debajo los pies. Y ni la compañía de los hombres, ni las ocupaciones exteriores los apartan de la presencia interior de Dios; porque ya están habituados y enseñados a conservar la unidad y la simplicidad del espíritu en la muchedumbre de los negocios, como quien ha recibido estabilidad esencial y conversión perpetua del corazón a Dios. Y de aquí nace que, de todas cuantas cosas ven y oyen, toman motivo para levantar el corazón a él; de tal manera que todas las cosas, si decirse puede, se les vuelven en Dios, pues en todas ellas ninguna otra buscan con la intención y con el amor, sino a él. Los cuales, como están dentro de sí tan ocupados con Dios, andan como fuera de sí, viendo las cosas como ciegos, y oyendo como sordos, y hablando como mudos; porque, trasladado todo su espíritu en Dios, andan entre las criaturas como si estuviesen fuera dellas. De esta manera viven una vida angélica y sobrenatural, por lo cual se pueden llamar ángeles de la tierra, pues, conversando con solo el cuerpo en la tierra, todo lo demás está en el cielo. Tal fue el espíritu, la vida y la conversación de todos los santos, a cuya imitación habían de encaminar los fieles todos sus intentos y deseos.

II. [De ocho grados del amor de Dios]

Mas aquí es de notar que no cualquier grado de caridad basta para dar al hombre esta paz y hartura interior de que hablamos, sino sola la perfecta caridad. Para lo cual es de saber que esta virtud, así como va creciendo, va obrando en el ánimo mayores y más excelentes efectos. Porque primeramente ella —cuando Dios la ordena— trae consigo un conocimiento experimental de la bondad, suavidad y nobleza de Dios; del cual conocimiento nace una inflamación de la voluntad, y desta inflamación un maravilloso deleite, y deste deleite un encendidísimo deseo de Dios, y del deseo una nueva hartura, y de la hartura una embriaguez, y desta una seguridad y cumplido reposo en Dios; en el cual nuestra ánima descansa y tiene su sábado espiritual con él.

En lo cual parece que estos ocho grados van de tal manera encadenados, que uno abre camino para el otro, y el que precede abre camino y dispone para el que se sigue. Porque el primer grado, que es aquel ¹ conocimiento experimental de Dios, es una muy principal puerta por donde entran los dones y beneficios de Dios en el ánimo, y la enriquecen grandemente. Porque deste conocimiento que está en el entendimiento —aunque derivado del gusto de la voluntad— procede una ² grande inflamación y fuego en esta misma voluntad; con el cual arde en el amor de aquella inmensa bondad y benignidad que allí se le descubrió. Y deste fuego nace un ³ suavísimo deleite, que es aquel maná escondido que nadie conoce, sino el que lo ha probado; el cual es propiedad natural que anda en compañía del amor y procede dél, así como la lumbré naturalmente procede del sol. Este es uno de los principales instrumentos que toma Dios para sacar los hombres del mundo y desterrarlos de todos los deleites sensuales. Porque es tan grande la ventaja que hace este deleite a todos los otros deleites, que fácilmente renuncia el hombre a todos los otros deleites por él.

Y, porque las cosas espirituales son tan excelentes y tan divinas, que mientras más se gustan más se desean, luego deste gusto nace una ⁴ encendidísimo deseo de gozar y poseer este tesoro, porque ya el ánimo en ninguna otra cosa halla verdadero gusto ni descanso, sino en él. Y, porque sabe que este bien se alcanza con el trabajo de las virtudes y aspereza de la vida, y con la imitación de aquel Señor que dice: *Yo soy camino, verdad y vida: nadie viene al Padre, sino por mí* [Jn 14,5], de aquí nace otro encendidísimo deseo, no sólo de meditar, sino también de imitar la vida deste Señor y andar los pasos que él anduvo. Y los pasos son humildad, paciencia, obediencia, pobreza, aspereza, mansedumbre, misericordia, y otros tales.

A este deseo sucede la ⁵ hartura; tal, cual en esta vida se puede poseer; porque no da Dios deseos a los suyos para atormentarlos, sino para cumplirlos y disponerlos para cosas mayores. Y, así como él es

el que mata y da vida [cf. *1 Sam 2,6*], así también él es el que da a los suyos el deseo y la hartura, con la cual se engendra en el ánimo un tan grande hastío de las cosas del mundo, que las viene a tener como debajo los pies; con lo cual queda ella pacífica, satisfecha y contenta con solo este dulcísimo bocado, en quien halla todos los gustos y deleites juntos, y conoce por experiencia que en ninguna otra cosa puede la criatura racional hallar cumplido reposo, sino en solo él.

A este tan alto grado sucede la ⁶ embriaguez —que sobrepuja a la hartura—, a que nos convida el Esposo en el libro de los Cantares [cf. *Cant 5,1*]; con la cual el ánimo se olvida de todas las cosas percederas, y a veces de sí misma, por estar sumida y anegada en el abismo de la infinita bondad y suavidad de Dios.

Destá celestial embriaguez se sigue el séptimo grado, que es ⁷ seguridad, aunque no perfecta cual es la de la gloria, sino cual se sufre en esta vida, que es mayor de lo que nadie puede imaginar; con la cual canta el hombre alegremente con el Profeta —según traslada san Jerónimo—, diciendo: *Tú, Señor, me hiciste morar seguro en la confianza* [Sal 4,10]. Porque, después de probada por tales medios la inmensidad de la bondad y providencia paternal de Dios, viene a participar una maravillosa seguridad y confianza en esta providencia, la cual hace animosamente decir aquellas palabras del [644] Profeta: *El Señor es nuestro refugio y nuestra fortaleza; por tanto no temeremos, aunque se turbe la tierra y se trastornen los montes y vengan a caer en el corazón del mar* [Sal 45,2-3].

Pues desta tan grande seguridad y confianza nace la tranquilidad del alma, que es un ⁸ cumplido reposo y una holganza espiritual, un silencio interior, un sueño reposado en el pecho del Señor, y es, finalmente, aquella paz que el Apóstol dice que sobrepuja todo sentido [cf. *Flp 4,7*]; porque no hay seso humano que baste a comprender lo que es, sino aquel que lo ha probado. Y la felicidad destes dos postreros grados prometió el Señor a sus escogidos, por Isaías, cuando dijo: *Asentarse ha mi pueblo en la hermosura de la paz y en los tabernáculos de la confianza, y en un descanso cumplido y abastado de todos los bienes* [Is 32,18]. Este es, hermano mío, el reino del Cielo en la tierra, y el paraíso de deleites de que podemos gozar en este destierro; y este es el tesoro escondido a los ojos del mundo en la heredad del Evangelio, por el cual el sabio mercader vende todo cuanto tiene por alcanzarlo [cf. *Mt 13,44*].

III. [De cómo es mucho para sentir que no trabaje el hombre para alcanzar el amor de Dios]

Pues ¿cuál es el hombre que, oídas estas nuevas, y sabiendo que tan aparejada está la divina gracia para él, como para todos los santos, no trabaja por entrar por esta puerta a gozar de tan grandes bienes en esta vida? ¡Oh perdidos y ciegos hijos de Adán!, ¿para qué andáis buscando con tanto trabajo y en tantos lugares lo que con menos trabajo se halla todo junto en solo Dios? Verdaderamente *los caminos de Sión están llorando, porque no hay quien venga a esta solemnidad* [Lam 1,4], a esta fiesta y a este sábado espiritual, en el que el ánimo fiel huelga y reposa en Dios. Porque, si es verdad —como arriba alegamos de Boecio— que todos los cuidados y trabajos de los hombres tiran a un solo blanco, que es alcanzar descanso y hartura de su voluntad, la cual es imposible hallarse fuera de Dios, que es nuestro último fin, ¿qué locura es buscarla fuera de su propio lugar? Caminan los hombres a las Indias, y revuelven la mar y la tierra buscando cosas en que piensan hallar descanso, y no miran cuán grande yerro es buscar con tanto trabajo fuera de sí lo que dentro de sí habían de buscar. ¿No dice el Salvador que el Reino de Dios está en nos? [cf. *Lc 17,21*]. ¿Y qué otra cosa es este Reino, sino, como dice el Apóstol, *justicia y paz y alegría en el Espíritu Santo?* (Rom 14,17). Donde la justicia es como la raíz deste bien; mas la paz y alegría, como los frutos que se siguen desta raíz, en lo cual consiste nuestra quietud y felicidad. Y esto nos significan aquellos dos nombres de Melquisedec, el cual se llamaba *rey de justicia y rey de paz* [Heb 7,2]; las cuales dos cosas andan siempre tan hermanadas, que nunca jamás se hallan ni la paz sin la justicia, ni la justicia sin la paz. Por lo cual, en vano trabaja por hallar paz y alegría verdadera quien la busca sin justicia y sin buena conciencia.

Algunos hay que oyendo esto comienzan luego a disponerse para buscar a Dios, mas no con aquella humildad y simplicidad, ni con aquella determinación que el negocio requiere. Los cuales, como no tienen raíces hondas de propósitos firmes y amor de Dios, luego a los primeros soles se secan; porque, vencidos de un poco de dificultad que hallan a los principios, luego se vuelven de el

camino. Otros hay que muchas veces caen y se levantan, y unas veces desmayan y desconfían, y otras se esfuerzan y cobran ánimo; los cuales, todavía, aunque cayendo y levantando, finalmente, ayudados con la divina gracia, aprovechan en este ejercicio y llegan al cabo. Otros hay que dicen: «Bástanos vivir como los otros viven. ¿Qué necesidad hay ahora de hacer singularidades y extremos, pues sin esto nos podemos salvar?» Desta manera andan batallando los hombres a los principios, porque pelean entre sí la voluntad carnal y espiritual, el amor mundano y el divino. Y, porque el amor mundano a los principios está fuerte, resiste al amor divino, porque no querría perder su nido ni el derecho que dende su niñez en el hombre poseyó. Y no se puede negar, sino que es muy trabajoso este divorcio y como desafío de dos partes tan poderosas; mas la gracia de Dios, y la firme voluntad y perseverancia, todo lo vence, porque poco a poco, continuando los espirituales ejercicios, viene a esforzarse la parte superior del ánima contra la inferior, de tal manera que la parte superior recibe mayores gustos y sentimientos de Dios, y la inferior menores gustos y contentamientos del mundo, y así cae la naturaleza corrupta debajo del poder y virtud de la divina gracia.

▲ Porque **el ejercicio continuado de las devotas lecciones, oraciones y meditaciones santifica y purifica nuestro corazón**, el cual, así purificado, comienza a gustar cuán suave es el Señor; y gustada la espiritual suavidad, luego toda carne pierde su sabor, y luego el hombre corre ligeramente por el camino de Dios al olor de sus unguentos. De esta manera, pues, continuando el hombre sus ejercicios, crecen siempre los buenos deseos, y siempre halla nuevos pastos con que se sustente, porque en ninguna parte hay mayor parte de admiración, ni mayor causa de deleite. Pero esta gracia más se alcanza con íntima compunción, que con profunda especulación; más con suspiros, que con argumentos; más con lágrimas, que con palabras; y, finalmente, más con oración, que con lección; aunque todavía es de mucho fruto la devota lección.

Capítulo II. De cómo la perfección de la vida cristiana consiste en la perfección de la caridad, y cuál sea la perfección de esa caridad

Sentencia es común de todos los santos que «la perfección de la vida cristiana consiste en [645] la perfección de la caridad»; por lo cual, el Apóstol, en un lugar la llama *vínculo de perfección* [Col 3,14], y en otro, *fin de toda la ley* [1 Tim 1,5]. La razón desto es porque, como dice santo Tomás, entonces una cosa está en toda su perfección: cuando ha llegado a su término y al último fin para que fue criada (*super Colos., c.3, lec.3*); porque sobre esto no tiene más adonde subir, pues llegó a lo postrero que podía llegar. Y constanos también que el último fin, y como centro de la criatura racional, es Dios, en quien sólo se halla todo lo que el entendimiento humano puede entender, y todo lo que la voluntad puede amar, como en un bien universal que todo lo comprehende. De donde se infiere que en aquella virtud señaladamente estará toda la perfección desta criatura: que tiene por oficio ayuntar el hombre con este sumo bien, y hacerle una cosa con él; lo cual es propio de la caridad, que ayunta al hombre con Dios por amor y le hace una misma cosa con él; como lo testifica el evangelista san Juan, diciendo: *Dios es caridad, y quien está en caridad está en Dios y Dios en él* (1 Jn 4,16). Por do parece que, pues la caridad entre todas las virtudes es la que junta nuestra ánima con Dios, y la que pone en su centro y hace conseguir su último fin, que en ella consiste la perfección de la vida cristiana; y así, según que ella estuviere más o menos perfecta, así será más o menos perfecta esta vida. De manera que el que fuere perfecto en la caridad será perfecto en esta vida.

Mas preguntará: «¿En qué consiste la perfección desta caridad?» A esto responde el mismo santo doctor, diciendo que tres grados o maneras de perfección hay en esta virtud (cf. *Sth.* II-II q.24 a.9). El primero pertenece a solo Dios; el segundo, a los que claramente ven a Dios; y el tercero, a los que en esta vida por gracia caminan a Dios. Pues la primera y suma perfección de la caridad (que pertenece a solo Dios) es amarle tanto cuanto él merece ser amado; lo cual nadie puede hacer, sino él; porque, así como él solo perfectamente se comprehende, así él solo perfectamente se ama. La segunda perfección es de los que claramente ven a Dios en su hermosura, los cuales le aman con lo último de todas sus

fuerzas, y esto siempre actualmente, sin jamás cesar ni poder cesar; porque, así como el que tiene los ojos abiertos no puede dejar de ver el objeto que tiene delante, así la voluntad, teniendo delante de sí el sumo bien por objeto, no puede dejar de estar amándolo siempre y actualmente con todas sus fuerzas y con lo último de su poder; porque la excelencia de este bien de tal manera le arrebatada y lleva en pos de sí, que no puede dejar de estar siempre amándolo con esta fuerza. La tercera perfección es de los que en esta vida aman a Dios; la cual, aunque no puede llegar a este grado de los bienaventurados, mas esfuerzase cuanto puede por llegar a él; para lo cual trabaja por despedir de sí, no sólo todos los pecados, sino también todos los impedimentos que le apartan de estar actualmente amando a Dios, o que puedan entibiar su afición para con él. Y, como todos estos nazcan de la concupiscencia del amor propio, por eso toda su contienda y guerra es contra él, y conforme a la vitoria desta pasión se determina esta manera de perfección. Y así dice san Agustín que «la ponzoña del amor de Dios es el amor propio, y la perfección del amor de Dios es la mortificación deste amor»; porque este es el efecto que se sigue desta causa; aunque esta mortificación no puede ser del todo perfecta en esta vida, porque, como dice el mismo santo, «la concupiscencia puede en esta vida menoscabarse, mas no acabarse». De aquí, pues, concluye el santo doctor [*ubi supra*] que la perfecta caridad desta vida es aquella que poderosamente resiste y despidde de sí todo lo que entibia y aparta el ánima deste actual amor de Dios; que son todos los pecados, y todos los otros impedimentos que por parte del amor propio le hacen divertir de la continuación y ejercicio de ese amor. De manera que, cuanto la afición de la caridad estuviere más inflamada y más unida con Dios por actual amor, tanto resiste más fuertemente a todos los otros peregrinos amores que le apartan deste amor, y tanto será ella más perfecta, como más semejante a la de aquellos soberanos moradores del cielo, que siempre y actualmente con todas sus fuerzas arden en el amor de Dios.

Este es, pues, el dechado que se nos pone para amar a Dios, y a esto tira aquel precepto que nos manda amarle con todo nuestro corazón y con toda nuestra ánima y con todas nuestras fuerzas; no porque este mandamiento se pueda perfectamente cumplir en esta vida, sino para que por aquí supiésemos a qué blanco habíamos de enderezar todos los pasos e intentos della. Y conforme a esto dice el mismo santo doctor [*ubi supra*] que la perfección posible a la caridad, en esta vida, es que el hombre emplee todo su estudio y diligencia en amar a Dios, renunciando todos los otros cuidados y negocios terrenos, sino es en cuanto la obligación del estado o la necesidad natural puntualmente lo pidiere. Esta es una tan grande verdad, que hasta los mismos filósofos, sin tener lumbre de fe, alcanzaron por sola razón. Porque uno dellos dice así: «El principio y fin de la perfecta y bienaventurada vida es un continuo mirar a Dios, y un abrazo interior y una entrañable afición de nuestra voluntad para con él. Por lo cual, estando el ánima con firmes raíces afijadas en él, conservarse ha y conseguirá aquella perfección para que Dios la crió. Pero, cuando de aquí se aparte, vendrá a secarse y marchitarse, así como el ramo cuando le cortan del árbol, que luego pierde todo su verdor y hermosura». Todo esto supo decir un filósofo gentil; para que veas cuánta sea la fuerza desta verdad.

Pues, según esto, cuando el hombre en esta vida mortal llegare a un tal grado de amor, que, despreciadas todas las cosas percederas, en ningu- [646] na tome gusto ni contentamiento desordenado, sino que todo su gusto, todo su amor, todos sus cuidados, deseos y pensamientos sean en Dios, y esto con tan grande continuación, que siempre, o casi siempre, traiga su corazón puesto en él, por no hallar descanso fuera dél, y hallarlo en solo él; cuando desta manera muriendo a todas las cosas viviere a solo Dios, y con la grandeza de su amor triunfare de todos los otros amores, entonces habrá entrado en la bodega de los vinos preciosos del verdadero Salomón [*cf. Cant 2,4*], donde, embriagado con el vino deste amor, se olvidará de todas las cosas y de sí mismo por él.

Bien veo que pocos pueden llegar a este grado, y que las necesidades de la vida, y las obligaciones de justicia, y la misma caridad nos pide muchas veces, si decir se puede, que dejemos a Dios por Dios; pero todavía se dice esto así, para que veamos el término adonde habemos de caminar en cuanto nos fuere posible; porque, aunque nadie se puede llegar a él, pero más cerca llegarán los que extendieren sus ánimos y propósitos a cosas mayores, que los que pusieren raya a sus deseos en más bajo lugar. Conforme a lo cual dice un sabio: «En todas las cosas buenas habemos de desear lo sumo, porque a lo menos alcancemos siquiera lo mediano». Y con este afecto y deseo decía san Bernardo: «Muera, Señor, mi ánima, no sólo muerte de justos, sino también de ángeles», conviene saber, que esté tan muerta a todas las cosas del mundo, y tan fuera dellas, como lo están no solamente los justos, sino también los ángeles, si esto fuese posible; porque el deseo muy abrasado y encendido no tiene cuenta

con las propias fuerzas, no reconoce términos, no se mide con la razón, no desea solamente lo posible, porque no mira lo que puede, sino lo que quiere (*super Cant.*, 52,4.5).

Este amor llaman los teólogos místicos *unitivo*, porque su naturaleza es unir de tal manera al que ama con la cosa amada, que no halla reposo fuera della; por lo cual tiene siempre el corazón puesto en ella. Tal era el amor que, por figura, atribuyó el santo profeta a Benjamín, cuando dijo: *Benjamín, muy amado del Señor, morará seguramente, todo el día se estará en su tabernáculo, y entre sus brazos dulcemente reposará* (Dt 33,12). Porque propio es del amor grande hacer esta liga; y tanto más apretada, cuanto él es más fuerte, como dice san Dionisio. Tal muestra el profeta David que era su amor en muchos de sus salmos; porque una vez dice que su ánima andaba siempre ligada con Dios [*cf. Sal 72,28*], otras dice que traía siempre al Señor delante de sí [*cf. Sal 15,8*], otras que tenía sus ojos siempre puestos en él [*cf. Sal 24,15*]. Tal era también el del profeta Isaías, cuando decía: *Señor, vuestro nombre y vuestra memoria es todo el deseo de mi ánima. Mi ánima os deseó en la noche, y con todo mi espíritu y entrañas a la mañana velaré a vos* (Is 26,8-9). Tal era el del bienaventurado san Bernardo, de quien se escribe que al principio de su conversión andaba tan absorto en Dios, y tan perdido por esto el uso de los sentidos, que ni sabía lo que comía, ni lo que vestía, ni dónde estaba, ni por dónde caminaba, por andar tan unido y tan elevado su espíritu en Dios. Porque esta es propiedad natural del amor, cuando es perfecto: unir el corazón del que ama con la cosa amada; y el engrudo desta liga es dulzura y suavidad inestimable, que de ese mismo amor —como propiedad suya natural— procede; la cual de tal manera prende el corazón con la fuerza de su deleite, que le es muy penoso de dejar este bocado, porque todo lo demás halla desabrido. Y así se escribe del bienaventurado san Agustín que le eran desabridos todos los negocios del siglo, por la gran dulzura que hallaba en Dios y en la hermosura de su casa, que él amaba. Y no es esto mucho de maravillar, porque quien con lumbre del Espíritu Santo llegare a entender qué tan grande sea la bondad y hermosura de Dios, y la benignidad y blandura de que usa con sus fieles amigos, nada desto tendrá por increíble, porque mucho más se ha de esperar de tal bondad, de tal caridad y de tal nobleza. Ni debe querer nadie medir por su frialdad y flaqueza la perfección de los santos, ni la virtud de la caridad, sino por quien es Dios y por la misma caridad; porque, si los padres que tienen hijos dicen que no puede nadie saber qué cosa sea amor de hijos, sino el que los tiene (siendo esto cosa tan natural y tan común), ¿cómo podrá saber qué cosa es amor sobrenatural de Dios, sino el que arde en este amor?

▲ Entendido, pues, este principio, fácil cosa será ver cuán convenientemente dice un doctor que el principal estudio del siervo de Dios ha de ser trabajar todo lo posible porque la ánima esté siempre unida con Dios por oración, contemplación y actual amor, que es lo que hasta aquí habemos declarado.

Mas, porque para llegar a esto son necesarios medios y escalones, dellos trataremos brevemente en lo que resta deste tratado, el cual se dividirá en dos partes principales. En la primera trataremos de las cosas que nos ayudan a alcanzar el amor de Dios, y de las que nos lo impiden; y en la segunda pondremos algunas oraciones y consideraciones, así de los beneficios de Dios, como de sus perfecciones, para con ellas despertar y atizar nuestros corazones en el amor deste Señor.

PRIMERA PARTE DE ESTE TRATADO
DE LAS COSAS QUE AYUDAN, Y DE LAS QUE IMPIDEN EL AMOR DE DIOS

**Capítulo III. Del principal medio por do se alcanza el amor de Dios,
que es un ardentísimo deseo dél**

Declarado ya cómo el fin de la vida cristiana consiste en el amor de Dios, conviene que [647] declaremos luego por qué medios se alcanza este amor; aunque será mejor decir de qué manera lo suele comunicar Dios a las ánimas, para que por aquí sepa el hombre cómo se haya de ir acomodando y aparejando a recibir este beneficio de Dios, haciendo lo que es de su parte, y obrando juntamente con él.

Para lo cual, primeramente conviene presuponer que ninguna diligencia humana por sí sola es bastante para alcanzar esta virtud, porque ella es obra y dádiva graciosa de Dios, y principalísima entre todas sus dádivas. Y así dice el Apóstol: *La caridad de Dios se ha infundido en nuestros corazones por mano del Espíritu Santo que nos fue dado* (Rom 5,5). De suerte que el Espíritu Santo —el cual entre las personas divinas esencialmente es amor—, ese mismo es el que desciende en el ánima del justo, y el que instituye y cría en ella este hábito celestial, el cual lo inclina y mueve a amar a Dios. Por donde, así como el mismo Espíritu mediante el hábito de la fe inclina nuestro entendimiento a creer todo lo que dice Dios, así este hábito de la caridad inclina nuestra voluntad —que estaba resfriada en su amor— a que le ame sobre todo lo que se puede amar. Buscaron los hombres invenciones y artificios con ciertas maneras de hechizos para criar amor donde no lo había, y esto para destruir las ánimas y enlazarlas en los vicios. Y, pues aquella divina bondad y providencia no es menos ingeniosa y cuidadosa en buscar invenciones para el bien, que los malos para el mal, no es maravilla criar él este hábito sobrenatural en los corazones de los hombres, para encenderlos en el amor de las cosas sobrenaturales e invisibles, para que estaban resfriados.

Es, pues, ahora de saber que la más común y ordinaria manera que nuestro Señor tiene para acrecentar y perfeccionar esta virtud en sus escogidos es darles primero un nuevo gusto y conocimiento experimental de la dignidad, suavidad y hermosura desta virtud, para encender en el ánima un grandísimo deseo della, y de trabajar todo lo posible por ella. De manera que sea en esta parte como un mercader que quiere vender un vino muy precioso, el cual primero da a probar al que lo ha de comprar, para que, aficionado a la bondad de la mercadería, se apareje a dar todo cuanto le pidieren por ella. Esto en figura nos representa el casamiento del patriarca Jacob con Raquel, el cual primero vio la hermosura de esta doncella, y de esta vista se siguió en él una muy entrañable afición de casar con ella; y esta le hizo decir a su padre: *Servirte he siete años por tu hija Raquel* (Gén 29,18), y parecerle poco todo esto por la grandeza del amor. Pues ¿qué es esto, sino aquello mismo que leemos en el libro de los Cantares: *Si diere el hombre todo cuanto tiene por la caridad, como nada lo despreciará?* [Cant 8,7] ¹⁶⁴. Oye, pues, ahora, hermano: este vino y esta Raquel, todo es una misma cosa. Porque este vino es la caridad, y esta Raquel es la figura de la divina contemplación, que se ordena a la misma caridad. Este es el vino que el Señor hizo de agua, en las bodas; el vino a que nos convida la esposa, cuando dice: *Bebed, amigos, y embriagaos los muy amados* [Cant 5,1]; el vino, finalmente, que decía David: *El cáliz que me embriaga, ¡cuán esclarecido es!* [Sal 22,5] ¹⁶⁵; la cual palabra no se halla en los ejemplares hebreos, adonde solamente dice el Salmista: *El cáliz que me embriaga*; y quedose allí como suspenso, sin querer pasar adelante, porque no halló palabras que bastasen para henchar la medida de lo que sentía su corazón; y por esto quiso encubrir como con una sombra lo que con colores no podía declarar.

Pues la primera cosa que hace el Señor con los suyos, cuando los quiere hacer crecer en esta virtud, es darles a probar un poco de la inestimable suavidad deste vino, que es darles un conocimiento, no

¹⁶⁴ «Si dederit homo omnem substantiam domus suæ pro dilectione, quasi nihil despiciet eam».

¹⁶⁵ «Et calix meus inebrians, quam præclarus est!».

humano, sino divino, no natural, sino sobrenatural, no especulativo, sino experimental, con el cual da a sentir al hombre la inestimable suavidad y hermosura desta virtud; y juntamente él enseña cómo ella es reina de todas las virtudes y muerte de todos los vicios, cómo ella es la que levanta el hombre sobre los cielos y le junta con Dios y hace participante de la suavidad celestial; para que prevenido con bendiciones de dulcedumbre, y cebado con este pasto, y visto el precio desta mercadería, trabaje todo lo posible por alcanzarla. De manera que esto da nuestro Señor como de antemano, y sin trabajo; pero todo lo demás quiere que se compre con él. Y así leemos que primero recibió Jacob a Raquel por esposa, mas después se siguieron los siete años de servicio por ella. Y así también el mercader da primero a probar el vino, de gracia, pero todo lo demás da por su justo precio.

I. [Del deseo del divino amor, y cuál deba ser para alcanzarle]

Pues desta manera de conocimiento susodicho se sigue en el ánima un encendidísimo deseo de esta virtud; el cual deseo es también un muy especial don de Dios, así como también lo es el conocimiento de donde nace. Mas qué tan grande sea este deseo en algunas personas, apenas hay comparaciones con que se pueda explicar. Grande es el deseo que el avariento tiene de su dinero, y el ambicioso de su honra, pues por esto el uno y el otro beben los vientos y trastornan el mundo; mas todo esto es poco en comparación deste deseo, el cual, así como procede de más noble principio y pretende más alto fin, así es sin comparación mayor. Este deseo tenía el Sabio, cuando, hablando desta virtud, decía: *Esta amé y busqué desde el principio, y procuré tomarla por esposa, por andar grandemente enamorado de su hermosura* [Sab 8,2]. En las cuales palabras da a entender que, así como un hombre que anda perdido por amor de una doncella (como se escribe andaba Amón por Tamar, hija de David), ni come ni bebe ni duerme ni reposa, ocupado en este pensamiento (porque la llaga de la afición entrañable no le deja sosegar, y no hay trabajo ni peligro a que no se ponga por esta causa, ni está hábil para entender en otro algún negocio, porque todos los sentidos trae ocupados en este), así también el que desta manera arde con entrañable deseo de aquella esposa celestial, que es la divina Sabiduría y la caridad, ninguna otra cosa piensa, ninguna más precia, ninguna más desea y ninguna otra pide con mayor instancia; ni hay trabajo ni dificultad a que no se ponga por ella.

Pues el ánima que desta manera anda como cierva herida con la saeta deste amor, la que arde e hierve con este deseo, porque ha recibido ya las primicias y arras del Espíritu Santo, y gustado ya con el paladar purgado y limpio una gota de aquella inestimable suavidad y bondad de Dios, esta tal por ninguna vía puede reposar, hasta llegar a la fuente de aquella agua de vida que ya probó. Y, así como el perro del cazador anda flojo y perezoso cuando no ha dado en el rastro de la caza, mas después que la ha sentido hierve con una grande ligereza, buscando en unas y otras partes lo que olió, y no descansa hasta hallarlo, así también lo hace el ánima después que una vez de verdad sintió el olor de aquella infinita suavidad, corriendo al olor deste tan precioso unguento.

De esta manera nos manda el Señor que busquemos, y nos promete que alcanzaremos, en aquellas palabras que dice: *Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y abriros ha* (Lc 11,9). Las cuales palabras declara así Eusebio Emiseno: «Pedid orando, buscad trabajando, y llamad deseando; porque muy grande conviene que sea en nosotros el deseo y ardor de las cosas celestiales, para que con la grandeza de los premios concuerde la grandeza de los deseos. No quiere el Señor que se hagan viles sus dones con la facilidad de alcanzarlos. Un tan precioso tesoro, y tan digno de ser deseado, pide un codicioso amador y un avariento negociador. De suerte que aquel magnífico prometededor de tan grandes cosas no huelga con el tibio, desprecia el fastidioso, no admite el forzado y desecha el indevoto; porque tiene por grande injuria del dador ser el hombre flaco y poco agradecido a sus dones. Deseemos, pues, hermanos, todo cuanto pudiéremos, pues no podemos cuanto debemos». Y más abajo en la misma homilía nos torna a encomendar este mismo ardor y deseo, diciendo: «El deseo encendido de alcanzar, y la costumbre de aprovechar, nos levanta siempre a cosas mayores; y, viendo Dios nuestra devoción, encenderá más nuestro corazón; y cuanto creciere más nuestro deseo, tanto crecerá más su socorro; y cuanto fuere mayor nuestra diligencia, tanto será mayor su gracia, según aquello que está escrito: *Al que tiene, darle han, y abundará* (Mt 13,12); y en otro lugar: *Puse yo —dice Dios— ayuda en el poderoso* [Sal 88,20]; esto es, ayudé al que se ayudaba». De manera que, según esto, la gracia nace de la gracia, y el aprovechamiento del aprovechamiento, y la ganancia de la ganancia; para que, cuanto alguno más adquiere, más se esfuerce y deleite en adquirir, y el fruto de la diligencia

acreciente el deseo de la ganancia. Pues el que de esta manera buscare tenga por cierto que hallará; mas el que careciere de la flor de este deseo, también carecerá deste tan dulce fruto; como lo comprehendió brevemente san Bernardo en una epístola, por estas palabras: «Así como la fe dispone para el perfecto conocimiento, así el deseo para el perfecto amor; y así como el Profeta dijo: *Si no creyéredes, no entenderéis* [Is 7,9] ¹⁶⁶, así también convenientemente se puede decir: “Si no deseáredes, no amaréis perfectamente”».

Pues este deseo tan encendido es la primera simiente deste árbol de vida, como claramente lo testificó el Sabio, cuando dijo: «El principio de donde nace la divina sabiduría es un encendidísimo deseo della» ¹⁶⁷. Porque este deseo mueve al hombre a todos los medios y trabajos que para alcanzarla se requieren. Porque, como dice muy bien un sabio, «no hay trabajo ni dificultad alguna para el que de verdad desea». Tal era el deseo que tenía el profeta David, cuando, con juramento y voto, decía que ni entraría en el tabernáculo de su casa, ni reposaría en el estrado de su cama, ni daría sueño a sus ojos, ni descanso a los días de su vida, hasta hallar lugar para el Señor y morada para el Dios de Jacob [cf. *Sal 131,2-5*]. Pues este noble deseo es la flor hermosísima de donde nace este fruto celestial, y esta es la víspera y vigilia desta fiesta, como claramente lo significó el Sabio, cuando dijo: *Si buscares la sabiduría con aquella misma ansia que los hombres buscan el dinero y cavan para hallar los tesoros, ten por cierto que la hallarás* [Prov 2,4.5] ¹⁶⁸. Todo esto comprehendió san Buenaventura en pocas palabras, diciendo: «Este don celestial no lo tiene, sino quien lo recibe; y no lo recibe, sino quien lo desea; y no lo desea, sino aquel a quien el fuego del Espíritu Santo primero inflama, el cual Cristo vino a poner en la tierra».

Capítulo IV. De otros medios más particulares que sirven para alcanzar el amor de Dios

Pues este deseo, como dijimos, es la raíz de donde nacen todas las ramas de virtud que para alcanzar este bien tan deseado se requieren. Porque la impaciencia del deseo no deja reposar el corazón, sino antes continuamente lo está espoleando a que por todos los medios posibles procure lo que desea.

[649] I. De las oraciones y aspiraciones continuas al amor de Dios

Pues, primeramente, porque sabe el hombre que este bien deseado está en poder de Dios, y que él es *el que en sus manos esconde la luz, y le manda que torne a nacer*, como se escribe en el libro de Job [36,32]; y sabe también que uno de los principales medios que hay para alcanzar mercedes de este Señor es la ferviente oración, según aquello del salmo, que dice: *Cerca está el Señor de los que le llaman, si le llaman de verdad* [Sal 144,18], esto es, con entrañables y verdaderos deseos; entendiendo esto, dase tanta priesa a importunar a Dios, que día y noche, en los tiempos de oración y fuera dellos, y aun en medio de los mismos negocios que trata, nunca cesa de gemir como paloma y solicitar las entrañas de su piadoso Padre, pidiéndole esta merced. Y anda en esto tan embebecido, que ni comiendo, ni bebiendo, ni andando reposa, ni cesa de henchir el cielo y la tierra de clamores, llorando a todas las puertas donde piensa hallar socorro; y especialmente implorando el favor de la Sacratísima Virgen y de todos los santos, para que le ayuden en este requerimiento. No descansa ni reposa, ni piensa que vive, mientras se ve pobre de este tesoro. Y con esta ansia se presenta ante el acatamiento divino, con aquel leproso de el Evangelio, diciendo:

«Señor, si vos quisisédes, bien podríades limpiar mi ánima de todos sus pecados en la fragua de vuestro amor. Si vos quisisédes, bien podríades súbitamente enriquecer al pobre. Si vos quisisédes,

¹⁶⁶ «Si non credideritis, non permanebitis».

¹⁶⁷ Una edición remite a *Prov.4 et Sap. 1 et 8*. No es cita textual. Lo más aproximado Prov 4,7.

¹⁶⁸ «Si quæsieris eam quasi pecuniam, et sicut thesauros effoderis illam; tunc intelleges timorem Domini, et scientiam Dei invenies».

bien me podríades hacer el más alegre y más dichoso del mundo con una sola centella de vuestro amor. Señor, ¿qué os cuesta hacerme tanto bien? ¿Qué ponéis de vuestra casa? ¿Qué perdéis de vuestra hacienda? Pues ¿por qué, Señor, siendo vos un piélagos de infinita liberalidad y riquezas, detenéis en vuestra ira vuestras misericordias para conmigo? ¿Por qué han de poder más mis maldades, que vuestra bondad? ¿Por qué han de ser más parte mis culpas para condenarme, que vuestra misericordia para salvarme? Si por dolor y satisfacción lo habéis, a mí me pesa tanto de haberos ofendido, que quisiera más haber padecido mil muertes, que haber pecado contra vos. Si por satisfacción lo habéis, catad aquí este cuerpo: ejecutad en él, Señor, todos los castigos de vuestra ira, con tanto que no me neguéis vuestro amor. Ámeos, pues, yo, Señor Dios mío, fortaleza mía, firmeza mía, refrigerio mío, librador mío, ayudador mío y esperanza mía. A vos solo quiero, a vos solo deseo, y a vos, Señor mío, llamo, pues vos solo sois mi principio y mi último fin. No me hartan, Señor, las cosas desta vida; no tienen gusto ni ser ni firmeza; todo es pobreza cuanto veo fuera de vos; todo aguas turbias y salobres, que no quitan, sino acrecientan la sed. A vos solo quiero, a vos solo busco; vuestro rostro, Señor, deseo, vuestro rostro buscaré: no apartéis vuestra cara de mí».

Con estos y otros semejantes clamores que el mismo deseo enseña al ánima, después de prevenida con este amor, anda siempre solicitando los oídos de Dios, y con aquella piadosa cananea, y con aquel amigo importuno del Evangelio, nunca cesa de llamar e importunar y pedir esta merced. Y es muy conveniente medio para esto tomar el hombre en sí el corazón y espíritu de los pobres que andan mendigando, como lo tomaba aquel santo rey David, que unas veces se llama *huérfano*, otras *pobre mendigo* y *desamparado*; y con este corazón tan humilde, clamar a Dios y pedirle esta limosna. Y no sólo ha de imitar a estos en la diligencia y continuación de pedir, sino en todas las otras diligencias de que para esto usan. Mira, pues, de la manera que andan estos llagados, perniquebrados y enfermos, sufriendo hambres, fríos y calores, con todas las injurias del día y de la noche, buscando de comer, y con cuánta paciencia están esperando todo el día una pequeña limosna, la cual muchas veces no alcanzan. Pues, si todo esto se hace y padece por un pedazo de pan, ¿qué será razón hacer por aquel Pan de los ángeles que mantiene las ánimas? Mira otrosí cómo estos procuraban saber los lugares más oportunos para pedir, como son las iglesias, y las personas más limosneras, y allí acuden a pedir socorro. Pues así este espiritual mendigo busca el lugar del silencio y de la soledad, que es más conveniente para orar y pedir limosna a Dios, y de ahí se convierte a los santos, que son como casas de ricos piadosos, para pedirles también ayuda. Mira también cómo este encubre el bien que tiene (si algo tiene), y descubre las llagas y los miembros más podridos, para mover a misericordia a los que le pueden ayudar; y así estotro no descubre en la oración las riquezas que tiene, como hacía el soberbio fariseo, sino las llagas y miserias de los pecados, como el humilde publicano, para provocar la misericordia divina con la representación de su miseria. Finalmente, así como este pobre mendigo en ninguna otra cosa gasta todo el día, desde la mañana hasta la noche, sino en andar pidiendo de puerta en puerta, aprovechándose de todas cuantas ocasiones para esto le pueden ayudar, así este espiritual mendigo trabaja cuanto le es posible porque toda su vida sea una perpetua oración, y de todas las cosas toma ocasión para encenderse más en este deseo y perseverar más en esta demanda y levantar su corazón a Dios. Cuando ve la hermosura deste mundo y de todas las criaturas que hay en él, por ellas entiende, como dice el Sabio, cuánto más hermoso será el Criador que las crió, y cuánto mayor admiración y amor causará la vista dél [*cf. Sab 13,3ss*]; y esto le mueve a pedirle con mayor instancia este amor. Si ve alguna cosa fea, entiende por aquí que no hay [650] otra fealdad mayor, que la del ánima que carece de este amor, y así pide al Señor que no permita en ella esta tan grande fealdad. Finalmente, todas cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra entiende que son beneficios de Dios, muestras de su bondad y perfección, y así le parece que todas ellas le están dando voces y pidiéndole el amor de tal Señor.

Para este negocio es bien tener el hombre aparejadas algunas breves y devotas oraciones que traiga siempre en la boca de su ánima, con que pida a nuestro Señor este amor y se encienda más en él. Porque las palabras de Dios son como atizadores deste fuego celestial; de las cuales se pondrán algunas en el fin deste tratado. Aunque para esto suelen ser más convenientes aquellas que el mismo deseo y hambre de esta gracia enseña a decir, mayormente cuando es grande. Porque, como dice muy bien san Bernardo, «la lengua de el ánima es la devoción» (*super Cant.*, 45,7); y por eso, cuando ella está devota, muy bien sabe alegar de su derecho y presentar sus necesidades a Dios. Mas, para cuando no lo está, suele ser este muy conveniente medio, como dice san Agustín, el cual para este efecto dice que escribió el *Manual*, donde están muchas de estas oraciones. Este es, pues, el primer ejercicio que

procede de este santo deseo, el cual es muy encomendado por todos los que de esta materia tratan, por ser uno de los principales medios que sirven para alcanzar la perfección de esta virtud. Porque, dado caso que haya otros muchos medios por donde ella crezca y se haga más perfecta, pero señaladamente crece con sus propios actos, que es con ejercicio de amar a Dios; y tanto más, cuanto ellos son más fervorosos y vehementes. Porque, así como más se hincan un clavo con una martillada grande, que con muchas pequeñas, así crece mucho más la caridad con un acto generoso y vehemente, que con muchos tibios y remisos. Los cuales, aunque siendo multiplicados podrían acrecentar la caridad, mas por otra parte viene con el uso dellos el hombre a hacerse poco a poco tibio y remiso, con lo cual se va disponiendo a perder esta misma caridad; que es mucho para temer y considerar. Mas, porque estos deseos y oraciones de que hablamos o son actos de caridad, o muy propincuos a ellos, de aquí nace ser tanta parte para aprovechar en ella, y ser tan encomendados por todos los maestros de esta mística teología.

II. Del recogimiento de los sentidos, y muchedumbre de los negocios

Sabe también este devoto orador que, para que la oración sea atenta y devota, es menester apartarse de la muchedumbre de los negocios no necesarios, recoger también los sentidos, especialmente los ojos y los oídos; porque lo uno y lo otro ahoga el espíritu con la muchedumbre de los cuidados, y con la diversidad de las cosas que por estos sentidos entran en nuestras ánimas. Por lo cual trabaja todo lo posible por encerrarse dentro de sí mismo, apartándose todo lo que buenamente puede de los negocios no necesarios y recogiendo los sentidos y potencias de su ánima, para que desta manera, unido consigo mismo, esté todo entero sin dividirse, para levantar puramente su corazón a Dios y emplearse todo en él. A lo cual nos convida san Anselmo, diciendo así: «Ea, pues, hombre miserable: huye un poco de tus ocupaciones y escóndete de tus pensamientos inquietos; despide de ti los cuidados cargosos y pon a un cabo los trabajos, distraimientos, y recoge tu corazón para vacar a Dios y reposar en él». Huye las ocupaciones de las obras exteriores, escóndete del desasosiego de tu imaginación, despide los cuidados de la razón, pon aparte los derramamientos de la voluntad y apareja tu espíritu para vacar a Dios. Mas mira que de tal manera hagas esto, que no hagan burla los enemigos de tus sábados [cf. *Lam 1,7*]¹⁶⁹, que es del reposo de tu contemplación. Por tanto, mira que de tal manera te has de dar a Dios, que no sólo le veas con el entendimiento, sino que también le gustes con la voluntad, porque desta manera fácilmente desprecias todas las otras cosas por él. Porque, como dice Ricardo, «no puede ninguno tener hastío de los bienes exteriores, si no ha gustado los interiores; ni tampoco gustar los interiores, sino apartándose poco a poco de los exteriores». Por tanto, el varón devoto recoja su corazón de las cosas exteriores a las interiores, y de las interiores a las superiores, para que todo su trato y conversación sea con Dios; que es propio de los que aspiran a la perfección.

III. De los ayunos, disciplinas y otras asperezas

Sabe también que las oraciones, acompañadas con ayunos, disciplinas y aflicciones corporales, son muy poderosas para alcanzar mucho ante Dios; como fueron las del profeta Daniel por esta causa, según que el mismo ángel se lo reveló [cf. *Dan 9,20ss*]. Porque, como dijo muy bien una persona religiosa, «nada es lo que nada cuesta; y, por tanto, lo que mucho es, mucho nos ha de costar». Ni a la dignidad de los dones de Dios, ni a la seguridad del hombre conviene que se dé por poco precio lo que se ha de conservar con mucho recaudo. Por esto dice Eusebio Emiseno: «No sabe conservar el beneficio el que no sabe desearlo, y peligro corre la gracia cuando no se busca con diligencia». La razón y orden que Dios puso en las cosas es que haya proporción entre la causa y el efecto, entre los medios y el fin, y entre la forma y las disposiciones que le han de preceder. Y, pues [651] el fin y forma que pretendemos es tan excelente, porque por medio del amor de Dios alcanzamos al mismo Dios, ¿qué trabajo, qué diligencia habrá que sea grande, comparada con este fin? Responda, pues, la diligencia a la gracia, y concuerde el trabajo con el galardón. No quiere el Señor que se tengan en poco sus dones, y, por eso, aunque algunas veces los dio a quien no los buscaba, y despertó a quien dormía (como lo hizo con san Pablo y con algunos otros), pero, generalmente hablando, no los da, sino a

¹⁶⁹ «Viderunt eam hostes, et deriserunt sabbata eius».

quien los busca de verdad; y no los busca desta manera, sino quien los busca con aflicción de cuerpo y de alma. Y, pues la gracia que se pide no es para el ánima, sino para todo el hombre, justo es que todo el hombre juntamente la procure: el ánima con deseos y el cuerpo con aflicciones, para que así sean participantes en el trabajo los que lo han de ser en el fruto.

Entendiendo, pues, esto el deseoso del amor de Dios, comienza luego a ofrecerse alegremente a todo género de trabajos, de ayunos, de cilicios, de disciplinas, de vigiliias y de otras semejantes asperezas. Y de tal manera se deleita en esto, que anda en los trabajos, sin trabajo, y en las fatigas, sin fatiga; porque no mira a los trabajos, sino al fruto, ni a las fatigas, sino a la causa dellas, que es el amor de Dios; por lo cual, no menos le parecen pequeños sus trabajos, que a Jacob los suyos por el amor de Raquel.

IV. De las obras de misericordia

Entiende también que la llave de todo este negocio está en agradar a Dios y hacer su santa voluntad. Porque, como dice el profeta, *los ojos deste Señor están sobre los justos, y sus oídos en las oraciones dellos* (Sal 33,16). Porque condición es del Señor amar a quien le ama y oír a quien le oye y hacer la voluntad de quien hace la suya. Considera, pues, que una de las obras que más agradan a este Señor y que él más encarecidamente nos encomienda es socorrer a los necesitados, servir a los afligidos y ayudar a los que poco pueden, diciendo que él mismo es el que recibe este beneficio, y que a él se hace lo que se hace por él. Pues, cuando esto considera, alégrese grandemente con la ocasión que por aquí se le da de poder haber a las manos a su Señor en sus criaturas, y tiene por grandísima merced y providencia suya haber pobres en la tierra, pues en ellos está el Señor dellos, y por ellos se le abre camino para poder servir y acoger en su casa a quien es poderoso para hacerle tanto bien. Y con este presupuesto no sirve al pobre como pobre, ni le mira como a tal, sino mírale como a aquel que representa, y con la misma alegría y devoción le sirve. Porque con los ojos de la fe que tiene no mira la persona del pobre, sino la palabra de aquel que dijo: *Lo que hicistes a uno de estos pequeñuelos hermanos míos a mí lo hicistes* [Mt 25,40]. Por donde, así como los que andan en algún grande requerimiento con los reyes de la tierra tienen por muy buena dicha que algún privado suyo, pasando de camino, venga a posar en su casa, pareciéndoles que con esta ayuda granjearán mejor su negocio, así también lo hacen estos cuando vienen a aportar [*llegar*] a sus casas los pobres de Cristo, por cuyo medio esperan ser favorecidos en sus negocios delante dél.

▲ Y, aunque sean los que esto hacen personas pobres, nunca para hacer bien se hallan pobres, porque el deseo de dar los hace ricos, y así, de aquí o de allí, siempre buscan algo que den. Porque, así como dicen que al tahúr nunca le falta qué jugar, porque la gana que desto tiene le hace sacar el dinero debajo la tierra, así el deseoso de hacer bien, por pobre que sea, nunca le falta con qué lo haga. Y, cuando le falta la hacienda, a lo menos no falta la persona; por donde, si no tiene qué dar, puede servir y trabajar, que a las veces importa más.

V. Del amor de la pobreza, y de las persecuciones y menosprecios por Dios

Oye también decir que la semejanza es causa de amor, y que una de las cosas que más agradan a Dios y que más hace al hombre semejante a él es padecer trabajos, persecuciones, injurias y pobreza por su amor. Por lo cual, considerando él que toda la vida de Cristo fue un piélagos de trabajos, de dolores, de pobreza y persecuciones, viene a veces a tener tan grande deseo de todas estas cosas, que no desean tanto los hombres del mundo las riquezas y el descanso, cuanto este desea el trabajo por amor de Dios. Conforme a lo cual leemos del bienaventurado san Francisco que mucho más deseaba él la pobreza, que ningún avariento las riquezas. Y del beato santo Domingo, que así deseaba el martirio, como el ciervo desea las fuentes de las aguas. Y, como si fuera poco un martirio para su deseo, deseaba para cada uno de sus miembros un martirio, para que así fuese más perfecto imitador de Cristo.

Bien veo que esta perfección no es de todos; pero propónese a todos, para que con los ejemplos de cosas tan grandes nos animemos siquiera a cosas menores. Mayormente considerando que, cuanto más voluntariamente tomáremos los trabajos, tanto nos serán más fáciles de llevar. Dicen del cocodrilo,

animal fiero, que huye si le acometéis, y acomete si le huís. Pues tales son los trabajos y fatigas desta vida: que huyen y dejan de ser trabajos al que por amor de Dios los acomete y los busca; mas persiguen y fatigan al que los huye, porque **la fatiga no está en la carga del trabajo, sino en la repugnancia de la voluntad.**

Pues con ese mismo espíritu viene el siervo de Dios a despreciar lo que el mundo estima, y pisar lo que adora, que son honras, regalos y riquezas; y comienza a desear ser vituperado y despreciado por Cristo, y, hasta que en algo desto se vea, no reposa; ni tiene por fino su amor, hasta que lo vea probado en la fragua de la tribulación. Huelga con la pobreza, aborrece la demasía, desprecia de sí toda superfluidad, cuanto puede, y pésale por lo que no puede. Y, en cualquier estado que viva, halla manera para seguir la pobreza, desechando siempre lo superfluo, y tomando puntualmente lo que a su estado es necesario. Dicen de los perros de Egipto que, cuando beben del río Nilo, beben a tragos, muy apriesa, corriendo por la ribera dél, por temor de las serpientes y animales ponzoñosos que están debajo del agua. Pues de esta manera usan los siervos de Dios de las cosas necesarias para la vida, tomándolas muy escasamente, y muy de prisa, sin beber a boca llena, porque no se prendan sus corazones de la codicia y amor desordenado dellas.

VI. De la paz del corazón y confianza en Dios

Ve también que por el mismo caso que se determina de dar libelo de repudio al mundo y morir a él, y que no quiere adorar dioses ajenos ni esperar socorros dellos, porque no quiere coger donde no siembra, ni recibir donde no da, considerando esto, y viendo por otra parte que la vida humana está sujeta a muchas necesidades y miserias, y que tiene necesidad de muchos cuentos [*puntales*] y apoyos para sostenerse, para esto determina de poner todos sus presidios [*auxilios*] y esperanzas en aquel por cuyo amor lo deja todo, creyendo que él es tan bueno, tan fiel y tan cuidadoso de los suyos (según que todas las Escrituras testifican), que él solo le basta para todo lo que ha menester. Y, haciendo esto, no piensa que está desproveído, ni que queda en el aire; antes se tiene por tanto más seguro, cuanto ve que por este medio ha cobrado mayor valedor. Y no recibe pequeño esfuerzo para esto leyendo los salmos y las otras Escrituras sagradas, en las cuales ve que apenas hay capítulo en que no esté Dios prometiendo favores y mercedes y providencias a todos aquellos que en él esperan; no echándose por eso a dormir, ni dejando de trabajar y hacer lo que es de su parte, porque lo contrario sería tentar a Dios. Y con este arrimo se halla rico en la pobreza, contento en las necesidades, seguro entre los peligros y pacífico en las contradicciones, diciendo con el Apóstol: *Muy bien sé de quién me he fiado, el cual es poderoso para guardar el depósito* que en sus manos tengo puesto [2 Tim 1,12]. Y, cuando se ofrecen trabajos y dificultades, levanta sus ojos a los montes de donde le ha de venir el socorro, porque sabe que no duerme ni se descuida el que es guarda de Israel [*cf. Sal 120,1.4*]; y por eso duerme él seguro, porque sabe que tiene sobre sí un tan solícito velador.

De esta manera, con la virtud de la esperanza consigue la paz del corazón, que es la más propia disposición que hay para la divina unión y contemplación; porque, confiando en Dios en todas las cosas que se ofrecen, y creyendo que él le sacará el pie del lodo, no tiene por qué turbarse ni congojarse, ni derramarse por toda la tierra de Egipto buscando pajas y divertirse de las cosas que pertenecen a su amor. La cual paz no saben qué cosa es los malos, porque como no tienen esta manera de confianza viva en Dios, todas las cosas los desasosiegan y alteran y roban el corazón, porque, como lo tienen puesto en ellas, todas las tormentas que padecen ellas padece su corazón.

Capítulo V. De los principales impedimentos del amor de Dios, y primero, del amor propio

Estas cosas que hasta aquí habemos dicho nos ayudan para llegara a la perfección del amor de Dios. Mas no basta procurar las cosas que para esto nos ayudan, si no trabajamos por despedir también las que esto nos impiden. Entre las cuales, la primera y más principal, de quien todas las otras

proceden, es el amor propio, esto es, el amor sensual y desordenado que tenemos a nuestro cuerpo. Cuya mortificación y vitoria es tan necesaria para alcanzar el divino amor, que, en el grado que venciéremos este amor, en ese alcanzaremos el otro, como al principio de este tratado se declaró; donde dijimos que a la perfección de la caridad en esta vida pertenecía la de la mortificación y vitoria de la concupiscencia (que es este mismo amor), porque esta es, como dice san Agustín, «el veneno de la caridad»; y, por esto, quien quisiere aprovechar en el amor de Dios ha de tener siempre guerra con el amor propio.

Las causas desto son muchas, y es menester entenderlas, para que más claro veamos lo que en esto nos va. Para lo cual es de saber que, como dice muy bien un filósofo, «el que de verdad ama no puede perfectamente amar más que una sola cosa». Porque la capacidad del corazón humano es tan pequeña, que, empleándose del todo en una cosa, apenas le queda caudal para otra. Por donde, así como una misma tierra no puede llevar muchas simientes juntas, así tampoco ni un corazón muchos amores; especialmente, cuando son contrarios. Pues ¿qué cosa más contraria que amor propio y amor de Dios? Porque el amor propio todo lo quiere para sí, y todas las cosas ordena a sí, y a sí hace último fin [653] de todo. Mas, por el contrario, el amor de Dios todo lo ordena para Dios, y a sí mismo niega y crucifica por él. Pues, así como estos fines son contrarios, así todas las otras afecciones y obras que de aquí proceden lo son, y por esto imposible es haber ambos en un corazón. Porque ¿cómo se compadecerán en uno amor de Dios y amor del mundo?, ¿amor de tierra y amor del cielo?, ¿amor de carne y amor espiritual?, ¿amor propio y amor divino? ¿Cómo se juntarán en uno la verdad con la vanidad, las cosas temporales con las eternas, las altas con las bajas, las dulces con las amargas, las quietas con las inquietas y las espirituales con las carnales? Por lo cual dice muy bien san Juan Clímaco que, «así como es imposible con un mismo ojo mirar al cielo y a la tierra, así lo es con un mismo corazón amar las cosas celestiales y las terrenales».

Entendieron muy bien esto algunos grandes filósofos, y, para significarlo, imaginaron que el mundo estaba repartido en dos partes, en la una de las cuales estaban las cosas eternas, y en la otra las temporales, y que en medio de las unas y de las otras estaba el hombre, como en el horizonte de entrambas, que es en medio del tiempo y de la eternidad. Porque, por la parte que tiene cuerpo corruptible, pertenece a las cosas temporales, y por la que tiene ánima incorruptible, pertenece a las eternas. Y, presuponiendo esta consideración, decían que, así como el que está sobre este horizonte, que es sobre este medio mundo, no puede ver las cosas que están en el otro medio contrario a este, ni los que están en el otro pueden ver las de este, así el hombre que está dentro deste horizonte del tiempo no puede ver las cosas de la eternidad, y el que está todo ocupado en las cosas de la eternidad no tiene ojos para ver las cosas del tiempo. De donde nace andar los hombres espirituales tan ocupados en Dios y tan olvidados del mundo, y, por el contrario, los sensuales, tan metidos en el mundo y tan olvidados de Dios; porque los unos están en el medio mundo del tiempo, y los otros en el otro medio de la eternidad.

Pues, como nuestra ánima esté puesta entre estos dos extremos tan diferentes, como son eternidad y tiempo, criaturas y Criador, dice san Agustín que, convirtiéndose al Criador, queda clarificada y edificada en él; mas, convirtiéndose a las criaturas, queda escurecida, descolorida y menguada con ellas. Imaginaba este santo doctor que, así como una cosa que está entre almizcle y cieno, si se junta con el almizcle huele al almizcle, y si con el cieno, huele a cieno, así el ánima que está puesta entre Dios y las criaturas viene a hacerse tal, cual es la parte con que se junta. Lo cual también confirma el Apóstol, cuando dice: *El que se llega a la mala mujer, un mismo cuerpo se hace con ella; mas el que se llega a Dios, un espíritu se hace con él* (1 Cor 6,16.17).

Mas no sólo impide este amor propio al divino por esta vía (que es por tener los fines y los medios tan contrarios), sino también otras muchas vías. Porque, demás de ser este amor causa general de todos los pecados e impedimento de todas las virtudes (que son dos males tan grandes y tan contrarios al amor de Dios), impide también porque ocupa todo el tiempo en buscar todo lo que sirve al provecho y gusto del cuerpo. Porque, así como el pece, y el pájaro, y el animal bruto, en ninguna otra cosa entienden toda la vida, sino en buscar su vida, porque no tienen capacidad para otra cosa mayor, así los amadores de sí mismos, como no tienen cuenta con la otra vida, sino con esta, ni precian otra cosa, sino lo que a ella pertenece, así en ninguna otra se ocupan, sino en esta. Por lo cual siempre les falta tiempo para los ejercicios que pide el amor de Dios, que son leer, orar, meditar, confesar, comulgar y servir a todas las cosas que pide la caridad.

Y no menos impide con los desasosiegos y cuidados que traen consigo estas mismas ocupaciones. Porque nunca se granjean los negocios, ni aun los descansos, sin cuidados, con que el ánimo se despedaza y congoja; y así pierde la paz, la libertad y la pureza del corazón, que es el lecho florido y blando en que reposa el verdadero Salomón. Desta manera impiden las malas plantas a las buenas, ahogándolas para que no crezcan, como lo representó Cristo en aquella parábola del sembrador, donde dice que la buena simiente que cayó entre las espinas, así como salió a luz, las espinas que nacieron la ahogaron; y estas dice él que son los cuidados y congojas temporales (cf. Lc 8,14), las cuales trae consigo este mal amor.

Impide también con su regalo, porque los grandes amadores de sí mismos son muy regalados y amigos de pasatiempos y deleites. Porque, aunque no alaban por palabras la sentencia de Epicuro, que ponía la felicidad en deleites, alábanla con las obras, pues toda la vida gastan en ellos. Y por esto siempre andan buscando algún refresco de placeres y recreaciones, ya en músicas, ya en cazas, ya en fiestas, ya en risas y conversaciones y pláticas alegres, y en otras ferias semejantes; aborrecen la soledad, huyen el recogimiento, son amigos de su vientre y enemigos de la cruz [cf. *Flp* 3,18s]; esles muy pesado el silencio y la lección, y mucho más la oración. Los que tal corazón tienen, ¿qué habilidad les queda para los ejercicios del amor de Dios? Porque no es ésta empresa de corazones regalados y mujeriles, sino de grandes varones y de ánimos esforzados. Aquella mujer fuerte, tan alabada de Salomón, extendió su mano a cosas fuertes, y ciñó sus lomos con fortaleza, y fortaleció también sus brazos para haber de trabajar (cf. Prov 31,10ss). Mas estos, por el contrario, rehúsan vestir las armas y embrazar el escudo y hacer rostro a los trabajos. Finalmente, no hay dos cosas más contrarias que el amor del regalo y el amor del [654] trabajo. Y, pues el amor de Dios se alcanza con trabajos, ¿cómo lo alcanzará aquel cuya vida es todo regalo?

Pues el siervo de Dios, que entiende muy bien la verdad desta filosofía, luego pone haldas en cinta, y comienza a tomar las armas contra sí mismo, y a militar debajo de aquella real bandera y de aquel noble Alférez que dice: *Si alguno quisiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz, y sígame* [Mt 16,24]. Y, si quieres saber cuál sea esta cruz, dígotte que no es otra que aquella que dijo el Apóstol: *Los que son de Cristo crucificaron su propia carne con todos sus vicios y codicias* [Gál 5,24]. Ni es otra cosa negar a sí mismo, sino contradecir a todas sus afecciones y malas inclinaciones y propias voluntades, cuando son contrarias a la de Dios; porque esto es negar a sí y no tener ley consigo, por tenerla con él mismo [o el mismo Dios].

I. De la mortificación de la propia voluntad

El segundo, y muy principal impedimento de la caridad, es la propia voluntad sensual; la cual dice san Bernardo que es fuente de todos los pecados, que son los mayores contrarios que tiene la caridad. Y, demás desto, no se puede perfectamente cumplir la voluntad divina, si no se renuncia la humana, que le suele ser contraria. Pues como esto entienda el amador de Dios, determina de hacerse un espiritual nazareno, que quiere decir *hombre dedicado a Dios*; y esto, no por tiempo limitado de cierto número de días, sino por toda la vida, para que de ahí adelante no viva más para sí, sino para Dios [cf. 2 Cor 5,15], ni tenga más cuenta consigo, sino con Dios; que es aquella muerte espiritual que tantas veces encomienda el Apóstol, diciendo que estemos muertos al mundo y vivamos a solo Dios [cf. Rom 6,4]. Cuya figura eran aquellos sacrificios de la ley que se llamaban *holocaustos*, en los cuales todo el animal entero ardía y se sacrificaba a Dios [cf. Lev 1,9]. Tales son, pues, todos aquellos que de tal manera consagraron a Dios sus cuerpos y ánimas y propias voluntades, que ninguna cosa reservaron para sí, porque todo lo sacrificaron al Criador. De suerte que, así como un cáliz o unos corporales, después de consagrados, no puede servir en usos profanos, así también desea en su manera estar tan dedicado a Dios, que no se divierta a otros negocios extraños que le aparten dél. Y por esto se determina de no ser más suyo ni de nadie, sino de Dios; ni pretender ni buscar más a sí, sino a él; ni tener más ya cuenta ni con su voluntad, ni con sus apetitos, ni con su contentamiento, ni con el decir del mundo, sino con solo el beneplácito y contentamiento de Dios, estimando por un linaje de hurto espiritual ocuparse en algo que no sea para él, pues ya todo se desposeyó de sí y se consagró a él.

Y, si a alguno pareciere que pedimos aquí mucho, y que es muy alta filosofía, acuérdesse que llegamos ya al cabo de la jornada, y que tratamos aquí de la vida perfecta, la cual puede muy bien

llegar a este grado. Y, por tanto, nadie se debe quejar de que enseñemos el camino, pues no le obligamos a andarlo.

II. De evitar todo género de pecado

La causa porque condenamos tanto el amor propio y la propia voluntad es por ser estas las principales raíces y fuentes de todos los pecados; por donde mucho mayor ojeriza habemos de tener con los mismos pecados, que con las causas dellos, las cuales no serían vituperables, sino por razón de estos malos efectos que producen. Pues, según esto, el que anda en busca del amor de Dios acuérdesse que está escrito: *Los que amáis a Dios aborreced el pecado [Sal 96,10]*¹⁷⁰, pues no hay cosa más contraria a este amor, que él. Porque, si es mortal, del todo apaga la caridad; y si venial, apaga el fervor de la caridad y dispone para apagar la misma caridad. El uno es como muerte; el otro, como dolencia que dispone para la muerte. El uno es como llegar al árbol a ponerle fuego; el otro, como quitarle el riego, con lo cual queda triste y marchito, y no tan hábil para fructificar.

Y, allende desto, considere el hombre que el que busca el amor de Dios pretende hacer su ánima casa y silla de Dios; y sabemos que a la casa de Dios conviene santidad [cf. *Sal 92,5*], y que el juicio y la justicia son el aparejo de la silla de Dios [cf. *Sal 88,15*], como dice el Profeta. Pues ¿qué es santidad, sino limpieza de conciencia? ¿Y qué juicio y justicia, sino examinar el hombre diligentemente su vida y velar sobre la guarda de su ánima para no hacer cosa que sea contra las leyes de justicia? Este es, pues, el principal aparejo de la silla y casa de Dios; porque, como dice san Agustín, «tan limpio Señor, en muy limpia casa ha de ser aposentado». Sea, pues, todo nuestro cuidado trabajar para conservar en todo esta pureza. Así leemos de una santa ánima que traía tanta cuenta con esto, que muchas veces repetía esta palabra: «Pureza, pureza». Porque sabía muy bien que estaba escrito: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque esos verán a Dios [Mt 5,8]*. Debe andar el hombre con un perpetuo y diligentísimo cuidado, mirando siempre dónde pone los pies de su ánima, para que no se le ensucien. Y digo *perpetuo*, porque muchos hay que dan una arremetida por un poco de espacio, y luego aflojan; los cuales a tiempos miran por sí, mas no continúan este cuidado. Porque, como en este hay especial dificultad, es menester para ello especial estudio y recaudo.

Para lo cual, aunque generalmente deba el hombre velarse y atalayarse por todas partes, y andar con un santo temor y solicitud en todos sus pasos (como quien anda entre enemigos), mas particularmente debe mirar por su corazón y por su lengua, esto es, por sus pensamientos y palabras, porque estos son los dos principales puertos donde se embarcan todos los pecados; los cuales, quien diligentemente guardare, conservará su ánima en mucha pureza. Porque del uno dice Salomón: *Con toda guarda vela sobre tu corazón, porque dél procede la vida [Prov 4,23]*; mas del otro dice él mismo en otro lugar: *El que guarda su boca y su lengua, de angustias guarda su ánima [Prov 21,23]*.

III. Recapitulación de todo lo dicho

De lo dicho parece claro que las dos principales causas que sirven para alcanzar esta divina unión, que se hace por amor, son la oración y la mortificación; porque la mortificación despide de el hombre todo lo que es contrario a Dios, y la oración junta al hombre con Dios, y así le hace semejante a él. Porque, así como el principal medio que hay para hacer del hierro fuego es juntarlo con el fuego, así uno de los principales medios que sirven para transformar el hombre en Dios por participación de su mismo espíritu es traer siempre el corazón unido con él. Y por esta causa en el libro de los Cantares señaladamente se hace mención destas dos virtudes, porque estas son las que más principalmente levantan el hombre a esta dignidad. De la cual, maravillados hasta los mismos ángeles, preguntan diciendo: *¿Quién es esta que sube del desierto, como una vara de humo que sale de mirra y incienso, y de todos los otros polvos olorosos?* [*Cant 3,6*]. Donde, haciendo en común mención de todos los polvos olorosos, significa toda la universalidad de las virtudes tan grandes que para esta subida se requieren; mas, haciendo especial memoria de la *mirra* y del *incienso*, que son mortificación y oración, da a entender que estas dos virtudes señaladamente ayudan a esta transformación; porque la

¹⁷⁰ «Qui diligitis Dominum, odite malum».

una mortifica todo lo que hay en el hombre contrario a Dios, y la otra, ayuntándolo con él, le hacen un espíritu con él. En las cuales virtudes se debe el hombre ejercitar juntamente, pidiendo siempre al Señor su gracia, y trabajando en esta conquista; porque **ni basta pedir, si no trabajamos, ni podemos durar en el trabajo, si no pedimos.**

Recapitulando, pues, en suma todo lo pasado, digo que podremos en alguna manera comparar todo el discurso desta subida a un árbol perfecto, cuya raíz es aquel primer gusto y conocimiento experimental de la dulzura y hermosura inestimable, así del amor de Dios, como del mismo Dios; porque esta luz es el principio de todo. El tronco que sube desta raíz es aquel ardentísimo y encendidísimo deseo y cuidado de alcanzar este bien tan estimado. Las ramas son todas las otras virtudes y diligencias sobredichas que deste deseo proceden. Mas el fruto es la perfección de la caridad y la divina unión, que es el fin de toda esta jornada. Que esto proceda por esta orden, claramente se muestra en el libro de la Sabiduría; presuponiendo primero que la sabiduría de que en este libro se trata es casi la misma caridad de que aquí tratamos, sino que la caridad dice principalmente acto de voluntad y presupone el del entendimiento, pero esta sabiduría dice acto de entendimiento, mas éste acompañado con el amor y gusto de la voluntad.

Mira, pues, cómo este sabio comienza en el capítulo 6 y 7 a alabar la sabiduría y decir maravillas della, para incitarnos con esta luz e información al deseo de cosa tan excelente. Y así dice luego que con eso se encendió en su corazón un grandísimo deseo della; tanto, que viene a decir estas palabras: *A esta sabiduría amé yo y busqué desde mi juventud, y procuré tomarla por esposa, y quedé enamorado de su hermosura* [Sab 8,2]; y en otro lugar: *Amela —dice él— más que a la salud y que a toda hermosura, y determiné tomarla por luz y por guía de mi vida* [Sab 7,10]. ¿Ves, pues, cuánto encarece aquí la grandeza del deseo con que deseaba este tesoro? Pues deste deseo nació la diligencia que luego puso en buscarlo, usando de todos los medios que para esto se requerían. Y así añade luego, y dice: *Pensando estas cosas en mi corazón, rodeaba por todas partes, buscando manera para poseer este tan grande bien* [Sab 8,17.18]. Mira cómo dice *rodeaba*, para que entiendas la solicitud y diligencia de su inquisición, y la diversidad de los medios por donde lo buscaba, dando a entender que, así como los que tienen puesto cerco sobre una gran fuerza la rodean y cercan por todas partes, para ver por dónde mejor la entrarán, así el ánima deseosa deste bien anda siempre con diligentísima solicitud y cuidado, considerando por qué medios lo alcanzará.

Y, porque, entre todos estos medios, uno de los más principales es la oración (porque como esta sea dádiva de Dios, por este medio señaladamente se ha de negociar), acógese luego a este santo ejercicio, y así comienza luego a decir: *Señor Dios de mis padres, dame aquella sabiduría que asiste a tu silla, pues es cierto que, si alguno fuere perfecto entre los hijos de los hombres, y careciere de tu sabiduría, en nada será tenido* [Sab 9,1.4.6].

Y lo uno y lo otro, esto es, el deseo y la oración ayuntó en uno más claramente, cuando dijo: *Deseé, y fueme dado sentido; hice oración, y vino en mí el espíritu de la sabiduría*, etc. [Sab 7,7]¹⁷¹. ¿Ves, pues, cómo del conocimiento nació el deseo, y del deseo la oración y todos los otros medios por do se alcanza este bien? Estas, pues, son las partes principales deste árbol de vida, y estos los pasos contados por donde se sube a la perfección de la caridad.

[656] Capítulo VI. De algunos avisos necesarios para los que buscan el amor de Dios; y primero, del humilde conocimiento de sí mismo

Demás de lo dicho, será necesario proveer de algunos avisos importantes para los que van por este camino. Entre los cuales, el primero sea que el prudente mercader del Evangelio que anda en busca desta perla preciosísima, con determinación de dar cuanto le pidieren por ella, esté persuadido que no basta para esto todo su caudal e industria, y todo cuanto pueda poner de su casa, si no es muy

¹⁷¹ «Propter hoc optavi, et datus est mihi sensus; et invocavi, et venit in me spiritus sapientiæ».

especialmente ayudado por la gracia y misericordia divina. Porque, como dice el Profeta, *si el Señor no edificare la ciudad, en vano trabaja el que la edifica; y si él no la guardare, en vano vela el que la guarda* [Sal 126,1]¹⁷². Pues, si esto tiene verdad aun en los bienes que llaman de fortuna, ¿qué será en los bienes de gracia, que tanto más penden de la voluntad divina? Entienda, pues, el hombre que sólo este Señor es el distribuidor destes bienes y el repartidor desta hacienda. *Él esconde la luz en sus manos, y la manda tornar a nacer* cuando a él le place [Job 36,32]¹⁷³; y por tanto en él ha de poner toda su esperanza, pues esta dádiva es toda suya. Entienda, luego, que, así como toda la claridad que tiene la luna de tal manera procede del sol, que con su vista la clarifica, y, en dejándola de mirar, la deja de esclarecer, así también toda la claridad y hermosura espiritual de nuestra ánima procede de Dios, de tal modo que en el punto que él la dejare de mirar dejará ella de ser. Si no, díganlo David y Salomón, padre e hijo, santísimos varones, los cuales, en el punto que este Sol de justicia desvió un poco sus ojos dellos, el uno tomó la mujer ajena y el otro adoró los dioses ajenos.

Conozca, pues, el hombre lo que tantas veces nos repiten las Escrituras divinas: que, así como la masa de barro está en las manos del ollero, así nosotros en las manos de Dios [cf. Is 64,7; Jer 18,3-6; Eclo 33,13]. Por tanto conviene que nos humillemos debajo desta mano poderosa, para que él nos levante en el día de la visitación [cf. I Pe 5,6]. Derribémonos humilmente a sus pies, conozcamos nuestra pobreza, entendamos que somos concebidos en pecado, que somos de nuestra parte pesados para todo lo bueno, que somos hijos de padres desnudos, y que este Señor es el que fácilmente puede, si quiere, enriquecer y vestir al pobre. **Este humilde conocimiento de nosotros mismos es el principio y fundamento de la humildad**; y esta lo es de todas las virtudes, y señaladamente de la caridad. Todas las aguas de los montes generalmente corren a los valles, y todas las gracias divinas a los corazones humildes; porque, como dice el Apóstol, *Dios resiste a los soberbios, y a los humildes da su gracia* [Sant 4,6].

Por tanto, desconfiando el hombre de sí mismo, convierta todo su espíritu y todos sus pensamientos y esperanzas a Dios: en él estribe, en él confíe, a él llame, sobre él descansa, a él importune, en él se gloríe, y sobre esta piedra firme asiente la fábrica de su edificio. *¿Quién hay —dice el Profeta— entre vosotros que tema a Dios, y oiga la voz de su siervo? Quien anduvo en tinieblas, y no tiene lumbre para andar*, quienquiera que este sea, si desea remedio, *espere en el nombre del Señor y estribe sobre su Dios* [Is 50,10]. Pues sobre esta firme columna debe el hombre estribar, y no sobre el báculo quebradizo de Faraón, que son el poder y fuerzas de la carne [cf. Is 36,6].

I. Del temor de Dios

Esta humildad y confianza debemos acompañar con un santo religioso temor, el cual nazca deste mismo principio, que es de considerar el hombre cuán desnudo y miserable, cuán pobre, cuán deleznable y cuán resbaladizo es de sí mismo, y cuán colgado debe estar de Dios, si quiere no caer. Por esto dijo el Apóstol: *Con temor y temblor obrad vuestra salud* [Flp 2,12], acordándoos que así el comenzar como el acabar pende de la voluntad de Dios. Como si claramente dijera: «Andad siempre temblando y mirando no ofendáis los ojos de aquel Señor de quien estáis tan colgados, pues la suma de todos vuestros bienes depende dél. Mirad cuál estaría un hombre si viese que otro le tenía colgado de una cuerda en una torre altísima, de donde, si cayese, iría a dar consigo en algún gran despeñadero; este tal, cuán temeroso estaría, cuán cortés y obediente al que así lo tuviese colgado, y cuán lejos de hacer ni decir cosa con que le diese motivo de enojo. Pues desta manera ha de mirar el hombre a Dios, que le tiene colgado como de un hilo, que es de su paternal providencia. Y con este mismo recelo ha de andar siempre temblando, por no ofender los ojos de aquel que tanto mal y bien le puede hacer, si los apartare dél».

Y no sólo debe este temor acompañarle en todas las cosas que hiciere, y en toda la vida, mas también en los mismos ejercicios de devoción que trata, en los cuales, cuanto más devoto se hallare, y más favorecido y más regalado del Señor, tanto ha de estar allí más humilde, más encogido, más vergonzoso y más temeroso, considerando la grandeza de su Majestad ante quien está y con quien

¹⁷² Ya dicho antes, en la nota 144: la cita está trabucada.

¹⁷³ «In manibus abscondit lucem, et præcipit ei, ut rursus adveniat».

trata; imitando la devoción del bienaventurado san Agustín, el cual había aprendido, como él mismo dice, a alegrarse delante de Dios con temblor (*Confes.*, VII,21) ¹⁷⁴.

[657] II. De la pureza de intención en sus ejercicios

Sobre todo esto, conviene mucho que el hombre mire la intención que tiene en estos santos ejercicios. Porque, como algunas veces visite nuestro Señor a los suyos con grandes consolaciones, y les haga sentir la abundancia de su maravillosa suavidad, de aquí nace que el amor propio, que naturalmente es amicísimo de todo género de deleite, cebado con el gusto deste pan celestial, viene a hacer por él todo cuanto sabe que para ello se requiere, no pretendiendo en esto más que su gusto y propia consolación; como lo haría en otra cualquier mercadería que tan bien le supiese. Lo cual, bien mirado, no es buscar a Dios, sino buscar a sí so color de Dios, y trabajar por su descanso, y ayunar para su gusto, y hacer más por los dones, que por el dador; y, finalmente, usar mal de los beneficios divinos, pues de lo que nos dio para servirle tomamos ocasión para nuestro propio gusto. Lo cual, aunque no sea siempre pecado, siempre es imperfección. ¿Qué sentiríades de un hombre a quien diédeses de comer, y dineros para ir un camino, y él, después de almorzado y tomado el dinero, se fuese a pasear y os dejase en blanco? Pues esto mismo hacen en alguna manera los que, recibiendo del Señor estos favores, para que le sirvan de despertadores para la virtud y de incentivos para su amor, se alzan a mayores con ellos, tomándolos para descansar en su manera en ellos, y no para ir puramente por ellos a él. Lo cual muchas veces se hace tan de callada, que el mismo que padece este engaño no lo entiende; porque, viendo la buena obra que hace por defuera, parecele que tal debe ser la intención de dentro. Y no es así, porque la naturaleza del amor propio es muy sutil, y por do quiera se cuela sin que lo sintamos.

Desto, pues, debe tener grandes celos el verdadero amator de Dios, rectificando su intención y procurando buscar puramente a Dios por el mismo Dios, con la mayor sinceridad y pureza que le sea posible; y tenga por cierto que la más cierta señal que tenemos para hallarle es buscarle desta manera. Lo cual confirma san Bernardo por estas palabras: «Si no queremos buscar de balde al Señor, busquémosle de verdad, busquémosle con perseverancia; y no busquemos por él otra cosa, ni con él otra, ni dejemos a él por otra. Y, desta manera, más fácil cosa será caerse el cielo y la tierra, que no hallar el que así busca, no recibir el que así pide y no abrirse las puertas al que así llama».

▲ Y, si quieres saber más en particular los intentos y fin que en estos ejercicios has de tener, el fin es guardar los mandamientos de Dios, cumplir su voluntad, negar la propia, desterrar de casa el amor propio, introducir el amor divino, mortificar los apetitos sensuales, aprovechar en el ejercicio de las virtudes, procurar de trabajar más que todos y ser en su pensamiento el menor de todos; y, finalmente, pues la sospecha toda deste mal nace del amor propio, hacer en todo guerra a este amor, y usar para eso de todos los favores y consolaciones de Dios. Y, desta manera, lícito y santo es desear y procurar estas consolaciones; mas, de otra manera, corre el peligro que habemos declarado.

Pero, sobre todo esto, el que quisiere usar debidamente destas consolaciones ha de estar tan aparejado para carecer dellas, como para gozarlas, resignándose humildemente en las manos del Señor, y tomando dellas con hacimiento de gracias todo lo que él quisiere dar, pues él nos ama más que nosotros nos amamos, y sabe mejor lo que nos cumple, que nosotros lo sabemos, y tiene más ganas de dar, que nosotros de recibir. Este es uno de los más substanciales puntos desta doctrina.

III. De la discreción en estos ejercicios

También conviene tener discreción y templanza, así en el rigor de las asperezas corporales, como en el uso de los ejercicios espirituales. Porque algunos hay a quien comunica el Señor sus dones con mucha largueza, los cuales, después de gustada esta suavidad celestial, de tal manera se entregan a ella y a todos los otros ejercicios y medios por do se alcanza, que muchas veces se olvidan de comer su pan; quiero decir, de acudir a la flaqueza natural, y tomar el mantenimiento y sueño, con lo demás que

¹⁷⁴ «Et apparuit mihi una facies eloquiorum castorum, et exsultare cum tremore didici».

para esto se requiere. Con lo cual vienen poco a poco a estragar la salud y quedar tales, que ni prestan [*son útiles*] para esto mismo, ni para otra cosa de trabajar. Pues los tales deben tener este tiento y discreción, para que de tal manera usen de las mercedes de Dios, que no se pongan a tentar a Dios, queriendo que él miraculosamente conserve lo que ellos por otros medios lícitos pueden conservar. Los que van por la mar muchas veces corren peligro, no sólo con el mal tiempo, sino también con el bueno, cuando es demasiado; y así a muchos puede ser ocasión de caída su misma prosperidad, si no saben usar della con temor y discreción. Muy loable es el fervor del espíritu, y la diligencia, madre de todas las cosas buenas; pero la demasía en cualquier materia es peligrosa. Coma, pues, el hombre este pan por tasa, y beba desta fuente celestial por medida, considerando que también puede haber su manera de gula y demasía en los manjares espirituales, como en los corporales. Esto se dice por aquellos a quien esta gracia se comunica a manos llenas, no para aquellos a quien se da gota a gota, y como destilada.

[658] Y no sólo para esto, mas para otras muchas cosas es necesaria esta discreción, y particularmente para encubrir el hombre —cuanto buenamente pudiere— sus ejercicios y propósitos virtuosos; antes, como dice san Bernardo, con mayor cuidado trabaje por encubrir las virtudes, que los vicios; o por el peligro de la vanagloria, que es muy general, muy dañoso y muy oculto, o por excusar juicios y contradicciones del mundo, que siempre fue enemigo de la virtud, y ahora parece que ha llegado a tal estado, que o no querría que hubiese virtud, o que de tal manera la hubiese, que no se pudiese ver, porque con la vista sola della se ofende.

IV. De la perseverancia y continuación en los buenos ejercicios

El postrer aviso sea acerca de la perseverancia que en estos santos ejercicios se requiere, si queremos llegar al fin deseado. Porque aquí pretendemos dos cosas, las más arduas y sobrenaturales que hay en el mundo: la una es desterrar de nuestra ánima el amor propio con todo su ejército, y la otra, introducir el amor divino, que es destruir el reino del pecado original con que el hombre nace, e introducir el reino de Dios, que viene de fuera. Lo cual es dar batería a la misma naturaleza corrupta, que es la cosa más inexpugnable que hay en el mundo. Porque la fuerza de las inclinaciones naturales es tan grande, que, aunque las despidáis de vos a fuerza de brazos, luego se tornan a vos. Tienen sus raíces en nuestros mismos humores, y, por eso, aunque les cortéis todas las ramas, fácilmente tornan a brotar. Son como el perro hambriento y goloso, que, aunque le echéis a palos de casa, por una parte sale y por otra se vuelve a entrar. Vemos que una piedra dura, la cual —después de gastada con el calor del fuego la frialdad natural— se hizo cal, mudada ya en otra naturaleza diferente, y perdido juntamente con la especie su propio nombre, con todo esto, amasándose con un poco de arena, luego torna a su antigua dureza y a su primer natural; porque veas cuán poderosa es la naturaleza en todas las cosas. Pues no es menos poderosa la naturaleza de el amor propio; antes es la primera y la mayor de nuestras naturales inclinaciones, y, por esto, grande gracia y grande diligencia es menester para vencerla.

Mas, con todo esto, ninguna cosa hay en el mundo tan ardua a que no dé cabo la perseverancia porfiada, con la gracia divina. ¡Qué edificios tan grandes se acaban poco a poco, añadiendo una piedra a otra piedra! ¡Qué caminos tan largos, finalmente, se acaban de andar, midiéndolos a pie! Y el cantero que quiere cavar una gran pila de agua en una piedra de mármol, aunque no saque de cada golpe con la escoda más que una cabeza de alfiler, después de pocos días, perseverando, sale con su obra al cabo. Pues, si tanto puede la perseverancia sin la gracia, ¿cuánto más podrá ayudada con ella?

Por tanto, persevere el hombre en esta jornada tan gloriosa y continúe siempre sus buenos propósitos y ejercicios, ora con devoción, ora sin ella; porque en cabo de pocos días verá el fruto de sus trabajos y cobrará más aliento para perseverar con ellos. Y sepa que, así como es más fácil cosa peinar los cabellos cada día, cuando el peine entra y sale por ellos sin dificultad, que de tarde en tarde, cuando más se repelan, que se peinan, así es más fácil continuar los buenos ejercicios, que interpolarlos; porque, después que el corazón humano se habitúa a andar devoto y ocupado en Dios, la costumbre viene poco a poco a hacerse casi naturaleza, y a tomar deleite en lo que antes tenía dificultad. Y, si los negocios, enfermedades de cuerpo o sequedades de espíritu le molestaren y sacaren deste curso, torne luego, acabada la ocasión, a proseguir su camino; y no desmaye por contradicciones que le vengan, acordándose que lo ha con aquel Señor que es un abismo de piedad y

que conoce muy bien nuestra flaqueza, y que no se puede negar a quien le busca, aunque muchas veces le pierda de vista.

Capítulo VII. De las principales señales de nuestro aprovechamiento

Esto baste por ahora para luz y avisos de los que caminan a la perfección de la caridad; aunque la materia es tan copiosa, que pedía mucho más, si el título y brevedad de el *Memorial* diera licencia para ello. Y, si alguno de los que andan por este camino desea entender si ha aprovechado, las principales señales que aquí le podremos dar, entre otras muchas, son cuatro. La primera es si toma tanto gusto y sabor en las cosas de Dios, mayormente en la comunicación con él, que no sólo en el tiempo y ejercicio de la oración, sino en todo tiempo y ejercicio por la mayor parte trae *el corazón puesto en él*, con una humilde y amorosa atención; de tal manera que no se halla ni anda con gusto cuando está fuera deste recogimiento. Porque esto es propio de este amor, que se llama *unitivo*, como arriba se declaró. Tal era el amor de aquella virgen, de quien canta la Iglesia «que días y noches no cesaba de los coloquios divinos y del ejercicio de la oración»¹⁷⁵.

La segunda señal es un fervor y deseo vivo de *afligir y maltratar su cuerpo* con ayunos, cilicios, vigiliias, disciplinas y otras asperezas corporales, por amor de Dios. Porque este es argumento que prevalece ya el amor divino contra el [659] amor propio; de donde nace este deseo de afligir y maltratar su cuerpo; del cual ordinariamente carecen los grandes amadores de sí mismos, porque no pueden acabar consigo de maltratar a quien mucho aman. Mas, por contrario, vemos que todos los santos generalmente fueron extremados en estos rigores y asperezas, y en el maltratamiento de sus cuerpos (a lo menos los que tuvieron edad y fuerzas para esto), como los que estaban tan lejos del amor propio, que habían pasado ya al odio santo de sí mismos.

La tercera señal es un *gran fervor y caridad para con los prójimos*, y grande estudio y diligencia en ayudarlos y socorrerlos en sus trabajos con entrañas de amor, y con santa y sencilla voluntad, y con palabras y obras extraordinarias, de las que comúnmente suele haber entre los otros hombres; de tal modo que, el que esto viere, pueda muy probablemente decir con los magos de Faraón: *El dedo de Dios está aquí* (Éx 8,15); porque tal manera de ánimo y tratamiento no se halla entre los hombres, ni es propio de carne y de sangre, sino de espíritu de Dios, cuyo olor se comienza ya a sentir aquí. Y que esta sea señal de la perfección de la caridad está claro, porque no puede crecer el amor de Dios sin que también crezca el del prójimo, pues ambos son actos de un mismo hábito, como dos ramas que proceden de una misma raíz; por donde, si por haber crecido la raíz crece la una, necesariamente ha de crecer la otra; y, si desta manera ha crecido, no puede dejar de manifestarse en alguna manera el crecimiento por el fruto.

La cuarta señal es un entrañable *deseo de padecer trabajos*, pobrezas, persecuciones, vituperios y desprecios *por amor de Dios*, y aun de derramar sangre por él. Porque, como en la caridad haya muchos grados, unos mayores y otros menores, aquel parece más alto: que llega a poner vida, honra y hacienda alegremente por amor de Dios; porque como estas tres cosas sean los principales objetos adonde tira el amor propio, cuando el hombre viene, no sólo a sufrir la pérdida de las cosas con paciencia, sino a desearlas con grande ansia, señal es que ya el amor propio está rendido, y que reina poderosamente el amor de Dios, pues así pasa y rompe sin contradicción por los ídolos del amor propio.

Estas cuatro son las principales señales de la perfección y fineza de la caridad. Las cuales experimentan muchos en sí al principio de su noviciado o conversión; aquellos que misericordiosamente son prevenidos del Señor con abundancia de lágrimas y bendiciones de dulcedumbre, la cual les acarrea estos y otros muchos bienes; mas, con todo esto, son muy pocos los que saben poner cobro en este tesoro, perseverando fielmente hasta la fin en lo comenzado. Porque, después destes tan prósperos principios, vienen muchas veces a aflojar en sus buenos ejercicios, o por

¹⁷⁵ Responsorio de la segunda lectura del primer nocturno de Maitines, de Santa Cecilia, virgen y mártir: «Virgo gloriosa semper Evangelium Christi gerebat in pectore, et non diebus neque noctibus vacabat a colloquiis divinis et oratione».

su propia negligencia, o por alguna secreta soberbia, o por entretenerse en demasiadas ocupaciones con que ahogan el espíritu; y otras veces, por enfermedades largas, después de las cuales no vuelven con el fervor acostumbrado a lo que solían; y otras veces, por darse así demasiada e indiscretamente a la ambición del saber, que dejan por otra parte los ejercicios de la devoción, por lo cual no es maravilla secárseles el corazón, pues se olvidaron de comer su pan. Por tanto, el que allí llegare traiga siempre en su ánima aquellas palabras de san Juan, que dicen: *Ten lo que tienes, porque no se dé a otro tu corona* (Ap 3,11).

Los que esto hicieren irán cada día aprovechando de virtud en virtud hasta llegar a la perfección, donde gozarán de aquellos tesoros que *ni ojo vio ni oído oyó ni en corazón humano pueden haber* [1 Cor 2,9]. Mas, los que así no lo hacen, demás de perder lo recibido, vienen a parar en una perpetua sequedad de espíritu, y lloran cuando se acuerdan de lo que perdieron, y cuando quieren volver a ello no aciertan con la puerta; porque este es el pago que por justo juicio de Dios merecen los que no supieron poner cobro en sus mercedes; y muchos hay que después de todos estos favores vienen a parar en mayores males; que es una triste señal de reprobación, según aquello del Eclesiástico, que dice: *Al que se pasa de la justicia a la maldad, Dios lo tiene aparejado para el cuchillo* (Eclo 26,28).

SEGUNDA PARTE DE ESTE TRATADO EN EL CUAL SE PONEN ALGUNAS ORACIONES Y CONSIDERACIONES, QUE SIRVEN PARA ENCENDER EN NUESTROS CORAZONES EL AMOR DE DIOS

Preámbulo desta segunda parte

Después de aparejada la casa y purificada la conciencia con las virtudes y aparejos susodichos, conviene levantar nuestro corazón a Dios con algunas santas oraciones y considera- [660] ciones, las cuales nos provoquen y enciendan en su amor. Porque, como él sea fuego abrasador, es cierto que mientras más nos acercamos a él, más consumirá el orín de nuestros vicios y más nos encenderá en su amor. Porque, si este fuego material tan liberalmente comunica su calor a quienquiera que se allegue a él, por ser el más noble y más activo de los elementos, ¿cuánto más hará esto aquel Señor, que, así como es infinitamente más noble, así es más comunicativo de sí mismo y de sus dones?

Para esto señalan los santos dos vías, la una llamada *escolástica*, que es considerar todas aquellas cosas que pueden encender nuestro corazón en su amor, como son señaladamente sus beneficios y perfecciones, porque cada cosa destas nos convida que amemos un Señor tan digno de ser amado, y de quien tantos bienes hemos recibido; y la otra llaman *mística*, que es pedir al mismo Señor con ardentísimas oraciones y deseos inflamados este don celestial, como arriba dijimos, pues verdaderamente este es don suyo, y aun el mayor de sus dones, el cual él solo puede dar; y dalo de muy buena voluntad a quien lo pide con la instancia y perseverancia que él merece ser pedido; porque es cierto que nunca de su parte faltará, si no faltare quien pida como es razón. Pues por estas dos vías debe el hombre insistir en esta demanda; y más por la segunda, que por la primera, porque es más breve y más eficaz.

Y, porque no es de todos ni saber considerar estas cosas, ni pedir como conviene este don, por esto se ponen aquí algunas consideraciones, así de los beneficios de Dios, como de sus perfecciones divinas, con algunas inflamadas y devotas oraciones, en que se pueden ejercitar —a lo menos a los principios— los que desean aprovechar en esta virtud. Porque, después deste ejercicio, el tiempo, y la experiencia, y el Espíritu Santo, que es el verdadero Maestro desta filosofía, les enseñará mejor lo que deben hacer. Porque, aunque estas oraciones y consideraciones escritas sean para muchos tiempos y propósitos necesarias, pero muchas veces se hace esto con mayor fervor y devoción cuando sale de solo el corazón con las palabras que la misma devoción administra. Y, como este sea el fundamento de todo, debe el hombre usar principalmente de aquellos medios que más para esto le puedan servir. Y suele ser muy buena orden comenzar el ejercicio por estas oraciones y consideraciones escritas, y, después que sintiere un poco movido su corazón, proseguir lo demás con solo él, como mejor se

hallare; con tal que las oraciones sean como unas centellas vivas que salgan de aquel tan inflamado deseo, que arriba declaramos.

Síguese una devota consideración de los beneficios divinos

Una de las cosas que más suele mover los corazones a amor es la consideración de los beneficios recibidos. Porque, como el hombre naturalmente ama a sí mismo, así también ama a quienquiera que le hizo bien. Y es tan natural esta ley de amor, que hasta los brutos animales, y aun los tigres, leones y serpientes reconocen y aman sus bienhechores, y les hacen todo el bien que pueden. Pues, si esto hacen las bestias, ¿qué deben hacer los hombres, que tienen uso de razón para saber estimar lo que reciben? Y, si este agradecimiento y amor se debe a los comunes beneficios, ¿qué se deberá a los beneficios divinos, que son tantos y tan grandes, pues no hay en nosotros, ni fuera de nosotros, cosa buena —ni en ser de naturaleza, ni en ser de gracia— que no sea suya?

Y, aunque estos beneficios sean innumerables, mas para ayuda de la memoria podrémoslos reducir aquí a diez órdenes de beneficios, los cuales componen aquel salterio de diez cuerdas en el cual cantaba el rey David las alabanzas divinas [cf. *Sal* 32,2], con las cuales le daba gracias por los beneficios recibidos. Entre los cuales, el primero es de la creación; el segundo, de la conservación; el tercero, de la redención; el cuarto, del bautismo; el quinto, del llamamiento; el sexto, de las inspiraciones divinas; el séptimo, de las preservaciones de males; el octavo, de los sacramentos; el noveno, de los beneficios particulares; el décimo, de la bienaventuranza de la gloria que nos está prometida. En cada uno destos beneficios había mucho que encarecer y que decir; mas yo no haré por ahora más que correr sumariamente por cada uno dellos, para que se entienda la importancia del beneficio, y el agradecimiento y amor que se debe por él.

I. [*Del beneficio de la creación*]

Pues, entre estos beneficios, el primero y el fundamento de todos es habernos Dios hecho a su imagen y semejanza. De manera que, hoy, ha tantos años que eras nada, y fuiste *ab eterno* nada (que es menos que una hormiga, menos que una piedra; finalmente, nada), y así pudieras ser eternalmente nada; y tan honrado se quedara el mundo que fueras tú en él, como que dejaras de ser. Y, siendo esto así, plugo a aquella divina bondad, ante todo merecimiento tuyo, por sola misericordia y nobleza suya, sacarte de aquel abismo y de aquellas profundísimas tinieblas en que *ab eterno* morabas, y darte ser y hacerte algo; y no cualquier *algo*, esto es, no piedra ni ave ni serpiente, sino hombre, que es una de las más nobles criaturas del mundo; en el cual beneficio nos dio este cuerpo con todos sus miembros y senti- [661] dos (los cuales, cuánto valga cada uno, la falta dél lo muestra cuando la hay), y esta ánima racional con todas sus potencias, hecha a su imagen y semejanza, conviene saber, inmortal, incorruptible, intelectual, y capaz del mismo Dios y de su misma bienaventuranza. Por donde verás que, si tanto debes a los padres porque fueron instrumentos de Dios para formar tu cuerpo, cuánto más deberás al que, con ellos, formó tu cuerpo y, sin ellos, crió tu ánima, sin la cual el cuerpo no fuera más que una bestia muda o un pedazo de carne podrida.

II. [*De beneficio de la conservación*]

El segundo beneficio es de la conservación; porque no sólo te sacó de no ser a ser, mediante el beneficio de la creación, sino también te conserva en este ser que te dio, de tal manera que, si un solo punto desviase sus ojos de ti, luego desfallecerías y te volverías en aquella misma nada de que fuiste criado. De suerte que, así como el sol produce de sí los rayos de la luz en este aire, y él mismo, que los produce, los conserva en el ser que les dio, así también lo hace este mismo Señor con nosotros, sacándonos de no ser a ser, y después, conservándonos en este mismo ser; de manera que lo que una

vez nos dio, siempre nos lo está dando y conservando, que es como si de nuevo siempre nos estuviese criando.

Para esto crió todas cuantas cosas hay en el mundo, pues todas vemos que sirven a la conservación del hombre, cada cual en su manera. Porque unas son para mantenerle, otras para vestirle, otras para curarle, otras para recrearle, otras para enseñarle, y otras también para castigarle; porque de todo es razón que haya en la casa del buen padre. Y es cosa muy para considerar ver la largueza y abundancia con que este Señor nos proveyó de todo esto: ¡qué de manjares crió para sustentarnos, qué de cosas para vestirnos, qué de yerbas para curarnos, y, sobre todo esto, qué de diferencias de cosas para recrearnos! Porque unas sirven para recrear los ojos, que son todas las flores y diferencias de colores; otras para los oídos, que son todas las músicas y cantos de aves; otras para las narices, que son todos los olores de especies aromáticas; otras para el gusto, que son casi infinitas maneras de frutas, de peces, de aves y de animales. Porque todas estas cosas son más para el hombre, que para sí mismas, pues más goza el hombre del servicio y usufructo dellas, que ellas mismas.

Mira, pues, cuán largamente y cuán regaladamente se hubo el Señor contigo en esta parte, y cuántas maneras de beneficios te hizo en este beneficio. Porque en él se comprehenden todas las criaturas del mundo, que fueron criadas para tu servicio, pues él para el suyo no tenía dellas necesidad. Y no sólo las de la tierra, sino también las del cielo, como son el sol, la luna, las estrellas y los planetas; y aun las que están sobre los cielos, como son los ángeles que ven su cara, los cuales, aunque fueron criados para su gloria, diputó él para nuestra guarda.

III. *[Del beneficio de la redención]*

El tercer beneficio es de la redención, el cual excede todo lo que la lengua mortal puede encarecer y decir. Porque, si consideras en él estas cinco cosas, conviene saber: lo que el Señor por este beneficio nos dio, el medio por donde lo dio, el amor con que lo dio, la persona que lo dio, y la que lo recibió, cada cosa destas te pondrá nuevo espanto y admiración, y entenderás que ni la dádiva pudo ser mayor, ni el remedio más excelente, ni el amor más subido, ni la persona que lo dio más digna, ni la que lo recibió (quitando aparte los demonios) más indigna.

En cada cosa destas hay mucho que considerar, y particularmente en la grandeza del amor con que el Señor obró todo esto, que bastara para padecer mil veces más de lo que padeció, si nos fuera necesario; y, asimismo, en el medio que escogió para hacer esta obra, que fue tomar sobre sí nuestros males, para hacernos gracia de sus bienes.

Aquí entran todos los pasos y misterios de su muerte y de su vida santísima, los cuales todos son parte deste beneficio; y cada uno dellos por sí, grandísimo beneficio. Aquí entran la humildad de la encarnación, la pobreza del nacimiento, la sangre de la circuncisión, el destierro de Egipto, el ayuno del desierto, los caminos, las vigilias, los trabajos y persecuciones grandes de la vida, los dolores y afrentas de la muerte (que fueron tantas, cuantas nunca jamás se vieron); por las cuales todas, y por cada una en particular, debemos dar infinitas gracias a nuestro Señor, que por tan ásperos caminos nos buscó, y por tan caro precio nos compró, para darnos más claro testimonio de lo mucho que nos amaba e incitarnos por este medio a que así le amásemos como él nos amó.

IV. *[Del beneficio del bautismo]*

El cuarto beneficio es del bautismo, por el cual aquel Señor de infinita piedad y misericordia, sin preceder algún merecimiento de nuestra parte, por sola bondad y misericordia suya tuvo por bien lavarnos con aquella agua que salió de su precioso costado y desterrar con ella la fealdad de nuestras ánimas y librarnos de la tiranía de nuestros enemigos, que son pecado, infierno, demonio y muerte; y hacernos templo vivo y morada suya; y darnos allí espíritu de adopción, que es ser recibidos por hijos de Dios; y proveernos de todos los atavíos que para esta dignidad se requerían, que son la gracia y las virtudes infusas y dones del Espíritu Santo, con las cuales parezcamos hermosos en los ojos de Dios y cobremos nuevas fuerzas con que triunfar del demonio, para que así podamos conse- [662] guir el fin para que fuimos criados, que es el Reino de los cielos. Pues ¿con qué pagarás al Señor este beneficio?

¿Qué le darás porque entre tanta muchedumbre de naciones bárbaras de infieles, de turcos, de moros, de gentiles que adoran piedras y palos y serpientes, quiso el Señor que fueses cristiano y que te cupiese la suerte en el gremio de la Iglesia, y en la heredad y casa del Señor, y en la arca del verdadero Noé, para que no percieses con todo el otro restante del mundo en el diluvio de la infidelidad, donde tantos millones de ánimas cada día perecen? Mira cuántas ánimas crió Dios el día que crió la tuya, de las cuales unas cayeron en Turquía, otras en Guinea, otras en Berbería, etc., y así pudiera caer la tuya; y no quiso este Señor que cayese, sino en el paraíso y gremio de su santa Iglesia, que es la casa de los hijos de Dios y de sus predestinados. Pues ¿qué le darás a este Señor por este beneficio?

V. [Del beneficio del llamamiento]

El quinto beneficio es del llamamiento; y entiendo aquí por llamamiento, si algún tiempo viviste rotamente sin ningún temor de Dios, y ahora vives de otra manera, trabajando con todas tus fuerzas por evitar todo pecado mortal; a este pongo nombre de llamamiento, porque es grandísima conjetura para creer que eres llamado a la gracia, pues esa mudanza no parece de carne ni de sangre, sino de la diestra del muy alto.

Pues, si habiendo vivido algún tiempo en aquel estado miserable te sacó Dios de allí con su piadosa y poderosa mano, y te puso en este, ¿qué gracias será razón le des por este beneficio? Porque no entra aquí un solo beneficio, sino otros muchos que andan en compañía de este. Porque un beneficio fue esperarte tanto tiempo a penitencia, sin cortarte el hilo de la mala vida; el cual por ventura se cortó a otros, que quizá por esta causa estarán ahora penando en los infiernos. Otro fue sufrir tantos pecados, tantos atrevimientos, tantas torpezas, tantas desobediencias y tantas desvergüenzas, como en aquel estado te sufrió con larga paciencia. Otro fue, en lugar de castigos, enviarte tantos avisos y maestros y despertadores, y tantas buenas inspiraciones, para despertarte y sacarte de aquel peligro. Otro fue llamarte con tan poderoso llamamiento, que bastase para romper las cadenas con que estabas preso, que eran el deleite del vicio y el poder del demonio y la fuerza de la mala costumbre; que es la soga de los tres ramales con que el demonio tiene presos a los suyos, la cual dificultosísimamente rompe [*cf. Ecl 4,12*]. Otro fue recibirte, finalmente, como al hijo pródigo en su casa y perdonarte tantos pecados (si por venturas estás ya perdonado), y hacerte llano el camino del cielo, y darte otro corazón, con el cual te fuese dulce lo que antes era amargo, y te amargase lo que antes era dulce, para que así pudieses perseverar en el bien.

Y, sobre todo esto, es mucho más de notar haber hecho el Señor esto por pura gracia y misericordia, que es ante todo merecimiento tuyo; porque en aquel estado no se puede hacer cosa que tenga —de condigno— mérito ni precio delante dél. Pues ¿cuántos millares de ánimas piensas que estarán ahora por ventura penando en el infierno, por no haber usado el Señor con ellas de tan grande beneficio, esto es, o porque no las esperó tanto tiempo, o porque no las sufrió con tanta paciencia, o porque no las llamó con tan poderoso llamamiento, o porque no las confirmó con tan abundante gracia? ¿Pues qué hiciste tú más que ellas?, ¿qué más mereciste que ellas, para que fueses tanto más dichoso que ellas? Si eres tú uno de los dos que estaban moliendo en una misma atahona, o durmiendo en una cama, esto es, en el mismo deleite o en la misma culpa, ¿por qué habías de ser tú más el que tomaron para la gloria, que el que dejaron para la pena, estando ambos en una misma culpa? ¿Por qué habías de ser tú escogido para vaso precioso de la mesa de Dios, y el otro dejado por vaso sucio de que se sirve el demonio?

Corre por todas las edades pasadas, y acuérdate de los niños y de los mozos que tuviste o por vecinos, o por amigos, o por compañeros de tus vicios, los cuales permanecieron o acabaron por ventura en aquel mismo estado de donde Dios sacó a ti, y mira cuán gran misericordia fue que, permaneciendo ellos en aquel mismo estado, sacase Dios a ti de tal peligro, habiendo navegado con ellos en el mismo navío. Vuélvete, pues, a Dios, y dile: «Señor, ¿qué viste en mí?; ¿qué necesidad teníades vos de mí?, ¿qué servicio os hice yo?, ¿de dónde a mí tanto bien, que, dejando aquellos en sus tinieblas, enviásedes a mí este rayo de luz? ¿Qué gracias os daré por este beneficio?, ¿con qué palabras os alabaré por esta misericordia? Alábeos, Señor, mi lengua, mi corazón, y *todos mis huesos* digan: *Señor, ¿quién como vos?* [*Sal 34,10*]. ¿Quién pudiera hacer esta mudanza, sino vos? ¿Quién pudiera librarne de las gargantas de aquel dragón infernal, sino vos? ¿Quién me pudiera hacer amargo lo dulce, y dulce lo amargo, sino vos?» *Alabad* —dice el Profeta— *al Señor, porque es bueno y porque*

su misericordia permanece en todos los siglos [Sal 117,1]. ¿Quién quieres, Profeta, que le alabe? ¿Quién tendrá lengua para saber pronunciar sus alabanzas? Alábenlo —dice él— los que han sido redimidos del Señor, los que él libró de la mano del enemigo [Sal 106,2]; porque esos señaladamente tendrán lengua para alabarle, los cuales tienen experiencia de ese tan grande beneficio.

VI. [Del beneficio de las inspiraciones divinas]

El sexto beneficio es de las inspiraciones y buenos propósitos que el Señor nos envía, con que nos despierta siempre y nos llama a todo bien. Porque, así como el corazón está siempre enviando espíritus y calor a todos los miembros del cuerpo, así el Espíritu Santo, que según [663] santo Tomás es como corazón de la Iglesia (cf. *Sth.* III q.8 a.1 ad 3), está inspirando buenas inspiraciones y propósitos en el ánimo donde mora. Pues, según esto, todas cuantas buenas obras has hecho, cuantos buenos deseos y propósitos has tenido, cuantas lágrimas has derramado, cuantas consolaciones del Espíritu Santo has recibido, cuantos pasos buenos has dado, cuantas lumbres y sentimientos de Dios has tenido, cuantos buenos pensamientos has pensado, en cuantos negocios has acertado, todos son beneficios de Dios. Porque, así como todas cuantas gotas de agua caen en la tierra vienen de la mar (que es fuente de todas las aguas), así cuantas maneras de bienes suceden a los hombres todas nacen del piélago de todos los bienes, que es Dios.

De donde, así como cuando un hombre enfermo de modorra está muy cargado de sueño le ponen otro al lado que, de rato en rato, le está avisando que no se duerma, así habemos de imaginar que está el Espíritu Santo a nuestro lado, ejercitando con nosotros este mismo oficio; y, esto, por tantas vías y maneras, y tan a la continua, que parece que, desocupado de todas las otras cosas, no tiene otro oficio en que entender, sino este. Por donde cada vez que el hombre sintiese que interiormente le mueven acá dentro a que despierte y se acuerde de Dios, o que ponga las manos en alguna buena obra, luego había de reconocer la visitación y beneficio de la presencia divina, y hacerle una profunda reverencia en su ánimo, y darle gracias por esta gracia, y acudir luego a poner por obra lo que se le manda.

VII. [Del beneficio de la preservación de males]

El séptimo beneficio es de las preservaciones de males; el cual comprende todos los males del mundo de que el Señor, por su misericordia, nos ha librado. Entre los cuales hay males de naturaleza y males de fortuna y males de culpa; que son todas las maneras de males que hay en el mundo.

Pues has de tener por cierto que ningún mal hay que tenga un hombre, que no le pueda tener otro hombre, pues es hombre como él, y hijo de Adán como él, y concebido en pecado como él, y, finalmente, compañero de la misma naturaleza y de la misma culpa, y, así, sujeto a la misma miseria.

Pues según esta cuenta hallarás por cierto que todos cuantos males hay en el mundo son beneficios tuyos, pues en todos ellos pudieras haber caído, si Dios, por su misericordia, no te hubiera preservado. Ves uno ciego, otro cojo, otro manco, otro loco, otro con dolores de gota, otro de la piedra, otro preso tantos años, otro cautivo, otro condenado a galeras, otro al cuchillo, con otros millones de males que ves a cada paso y a cada hora por este mundo. Cada vez que esto vieses, habías de hincar las rodillas del corazón a Dios y levantar las manos al cielo, diciendo: «Señor, esto os debo yo a vos. Sea para siempre bendito vuestro santo nombre; que yo pudiera ser como este, y como aquel, y, si así me viera, quizá perdiera la paciencia y deseara acabar la vida, y diera todos los tesoros del mundo por no verme así, y besara los pies a quien desto me librara, y ofreciéramele por esclavo toda la vida. Pues beso, Señor mío, vuestros pies y vuestras manos millares de veces, y ofrézcome por vuestro perpetuo esclavo, y os doy infinitas gracias, porque, por sola vuestra misericordia, enderezastes mi vida de tal manera, que careciese yo de todos estos males».

VIII. [Del beneficio de los sacramentos]

El octavo beneficio es de los sacramentos, y señaladamente de la Confesión y Comunión de que gozamos a menudo. Pues ¿cuánto debes al Señor por haberte dejado una fuente abierta en su precioso

costado, para que en ella te bañases y lavases todas cuantas veces sintieses tu ánima amancillada con algún pecado? ¿Qué es el sacramento de la Confesión, sino una fuente limpísima para lavar nuestras máculas, y una medicina perfectísima para sanar nuestras enfermedades, y un medio efficacísimo para reconciliarnos con Dios, a costa de la sangre de Cristo? Dime: Si estuvieses sentenciado a una muerte afrentosa, o a cien azotes por las calles públicas, y un amigo tuyo, por pura nobleza y misericordia, se pusiese a pasar aquella vergüenza y a recibir aquellos azotes por ti, y tú le vieses desta manera ir azotando por las calles, con una soga a la garganta, ¿con qué ojos le mirarías?, ¿con qué corazón le agradecerías aquel tan grande beneficio? Pues esto mismo has de pensar que es el sacramento de la Confesión. Porque tú estabas sentenciado a azotes y a muerte perpetua por tus pecados, y el Hijo de Dios, movido de pura lástima y compasión, se atravesó de por medio y se puso a esperar los azotes y sentencias que tú merecías, y, en virtud desta satisfacción, manda Dios al sacerdote que te dé por libre de la pena eterna, porque ya se entregó [*la satisfacción*] de la deuda que le debías, en las espaldas de su Hijo. Pues ¿con qué corazón, con qué amor, con qué ojos será razón que mires a quien tal hizo por ti, y qué será razón que tú hagas por él?

Pues, del sacramento de la Comunión, ¿qué diré? Este es el Sacramento de sacramentos, el misterio de misterios, el beneficio de beneficios, y el memorial de todas las maravillas de Dios. Este es el sacramento de la gracia, sacramento de amor, sacramento de unidad, sacramento de devoción, y de remisión, y de todos los bienes. Aquí es el hombre visitado de Dios, aquí es honrado con la presencia divina, aquí es hecho templo vivo del cuerpo de Cristo, aquí se da la gracia en mayor abundancia, aquí se gusta la divina suavidad en su misma fuente, aquí se enciende el fuego del amor de Dios, aquí se abraza el ánima con su verdadero y legítimo Esposo, de donde re- [664] sultan en ella maravillosos deleites. Este es el viático con que se ha de andar el camino del cielo, y este es el pan de trabajadores con que se esfuerzan los que trabajan y cavan en la viña de el Señor. Aquí se renuevan los buenos propósitos, aquí se reverdecen los buenos deseos, aquí se acrecienta la devoción, aquí se abren las fuentes de las lágrimas, aquí se refresca la juventud del ánima, y aquí, finalmente, se mantiene y come de Cristo, que es su propio pasto y el mayor bien que en esta vida puede recibir. Porque no es otra cosa comer a Cristo, sino hacernos participantes de su espíritu, de su sangre, de su gracia, de sus merecimientos y de sus trabajos. Porque, así como el que come hace suyo lo que come, así el que come a Cristo aplica a sí el espíritu y la gracia de Cristo, para que, transformado ya en él, sea en su manera mirado del Padre eterno con aquellos ojos que es mirado él, no ya como extraño y peregrino, sino como hijo suyo. Pues ¿con qué pagaremos al Señor tan grande beneficio?

IX. [*De los beneficios particulares*]

Todos estos beneficios de que hasta aquí hemos tratado, por la mayor parte son comunes a todos los fieles. Quedan, después destes, los particulares y ocultos que cada uno por su parte habrá recibido; de los cuales, así como nadie puede hacer suma, así el que los ha recibido tendrá dellos mayor noticia. Discurre, pues, por todas aquellas tres maneras de bienes que se hallan en los hombres, que son bienes de *naturaleza*, de *fortuna* y de *gracia*, y mira en lo que te ha aventajado el Señor sobre otros muchos hombres, y reconoce que de todo eso le eres deudor. Mira, cuanto a los bienes de *naturaleza*, las habilidades naturales que te ha dado, el ingenio, la condición, la discreción natural, los padres, la patria, el linaje, las fuerzas, la salud y la vida, y otras cosas semejantes. Quanto a los bienes de *fortuna*, mira la hacienda que te dio, la honra, el lugar, el oficio, y otras cosas semejantes, que no nacen con nosotros, sino que después nos vinieron por la providencia de Dios, aunque el mundo los llama bienes de fortuna. Quanto a los bienes de *gracia*, mira si por ventura has recibido algunos particulares del Señor, como son lágrimas, devoción, castidad, caridad, menosprecio de hacienda, de oficios y dignidades, y contentamiento con lo que Dios te dio; mira si ha mucho tiempo que te preservó de pecado mortal —que es una grande y señalada prenda de la divina gracia—; mira los peligros y tentaciones que por su misericordia y providencia has vencido; y otras cosas semejantes.

Mira también con los bienes de gracia los aparejos que el Señor te ha dado para bien vivir: los maestros, los confesores, los predicadores, los compañeros, la doctrina, el oficio y el estado en que te puso. Si eres sacerdote, si bien casado, o por ventura libre de las cargas del matrimonio, y con esto

vives contento y seguro, que es mayor bien que el primero ¹⁷⁶. Y, sobre todo esto, mira si eres religioso; mayormente en Provincia o Monasterio donde florece la observancia regular, porque, si hay cosa en el mundo que tenga imagen y semejanza del cielo, es la Congregación observante de la vida religiosa.

Otros beneficios hay más ocultos que estos, los cuales aun el mismo que los tiene no conoce. Porque muchas veces infunde el Señor algunos dones y virtudes en el ánimo tan secretamente, que el mismo que los recibe no lo sabe; como lo significó el santo Job, cuando dijo: *Si viniere a mí, no le veré; y si se fuere, también esto ignorará mi ánimo [Job 9,11]* ¹⁷⁷. Y así también leemos de Moisés que, bajando del monte, la cara llena de resplandor, no veía él la luz que traía consigo, hasta que por los otros fue avisado [cf. *Éx 34,29*]. Y hacer el Señor esto así es doblada misericordia, porque esto es asegurarnos del peligro de la soberbia, para que así esté en nosotros más segura la gracia; que es como quien da el tesoro y da también la llave para guardarlo.

Y, así como hay dones ocultos, así también hay preservaciones de males ocultos, que el mismo hombre preservado no los entiende. ¿Qué sabes tú sí, estando alguna vez para pasar por una calle, donde por ventura se te ofrecería alguna ocasión como a David, te estorbó Dios este camino, o te puso en corazón que fueses por otra parte, para excusarte ese peligro? ¿Cuántas veces habrá hecho el Señor con nosotros aquello que hizo con san Pedro, cuando le dijo: *Pedro, Satanás andaba muy solícito para acribaros y aventaros como a trigo, mas yo hice oración por ti, porque no desfalleciese tu fe?* [Lc 22,31-32]. ¿Cuántas veces, pues, habrá el Señor prevenido con su providencia paternal nuestros peligros, y atajado los pasos al demonio, y enflaquecido las fuerzas de nuestro adversario, para que no prevaleciese contra nosotros? Pues, por estos beneficios ocultos, no menos le debemos dar gracias que por los manifiestos, sino mucho más. Porque, como dice muy bien un doctor, «así como por los pecados ocultos le debemos pedir perdón, así por los beneficios ocultos le debemos agradecer».

X. [Del beneficio de la bienaventuranza de la gloria]

El décimo beneficio es de la glorificación, que adelante se nos promete por corona y ahora se posee por la esperanza. Aquí puede el hombre espaciarse cuanto quisiere en la consideración deste soberano galardón; aquí puede alargar la vista y extender los ojos y considerar la grandeza deste bien que nos está aguardado. Sube, pues, hermano, con el espíritu a esta noble región, y mira atentamente. ¿Qué será ver la hermosura de aquella ciudad soberana, aquellos muros y puertas de piedras preciosas, aquellas plazas de oro [665] purísimo, y aquellas fuentes de agua de vida? ¿Qué será ver aquellos nueve coros de ángeles, repartidos en sus jerarquías, tan hermosos, tan gloriosos, tan bien ordenados y tan resplandecientes? ¿Qué será ver aquellas órdenes y sillas de vírgenes, de confesores, de mártires, de apóstoles, de patriarcas y de profetas? ¿Qué será ver la sacratísima Virgen, Señora y Abogada nuestra, sobre todos los coros de los ángeles ensalzada? ¿Qué será ver aquella sacratísima humanidad de Cristo, Señor nuestro y hermano nuestro, asentado a la diestra del Padre, abogando por nosotros y haciendo nuestros negocios? ¿Qué será, sobre todo esto, ver aquel a quien ver es verlo todo, gozarlo todo y poseerlo todo y saberlo todo de una vez? ¿Qué será ver aquella luz inmensa, aquella hermosura infinita, aquel piélagos de riquezas, aquel abismo de deleites y aquella fuente de todos los bienes? ¿Qué será oír aquella música, asentarse a aquella mesa, pasear por aquellas plazas y conversar con aquellos ciudadanos tan nobles, tan santos, y tan hermosos, y tan discretos? Pues ¿qué debes al Señor que para tan grande bien te crió, y te redimió, y te ha esperado hasta ahora, y te ayuda siempre a alcanzar esta corona?

XI. [Del modo como se han de dar gracias a Dios por sus beneficios]

Pues por todos estos beneficios debes dar infinitas gracias a este Señor; y, para que con mayor atención puedas hacer esto, es muy buen consejo proceder en este hacimiento de gracias hablando con el mismo Señor y enderezando las palabras a él.

¹⁷⁶ La comparación es entre la contentura y la seguridad. En la soltería, esta última es un bien mayor que la alegría.

¹⁷⁷ «Si venerit ad me, non videbo eum; si abierit, non intellegam».

▲ Porque, como arriba tocamos, **más atento está el corazón, y más levantado el espíritu y más religioso, cuando considera estas cosas hablándolas con Dios, que cuando las piensa consigo mismo**; porque el hablar con aquella soberana Majestad es una cosa que levanta y empina el espíritu del hombre, y así no está tan descuidado, ni tan flojo, ni tan fácil para ser llevado de cualquier imaginación; porque el temor y reverencia de aquel con quien está hablando tiene más atento y fijo su corazón.

Después de dadas las gracias por esta manera, podrá el hombre convocar todas las criaturas de el cielo y de la tierra, para que todas le ayuden a bendecir y alabar a este Señor, que tan magníficamente lo ha hecho con él. Para lo cual podrá servir el *Cántico* siguiente, si lo dijere con un ardentísimo y dulcísimo deseo de la gloria de Dios.

Cántico

Benedicid todas las obras del Señor al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.
 Ángeles y arcángeles bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.
 Virtudes y dominaciones bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.
 Principados y potestades bendecid al Señor, alabadlo &c.
 Bienaventurados tronos en que se asienta y juzga el Señor bendecid al Señor, alabadlo &c.
 Patriarcas y profetas bendecid al Señor, alabadlo &c.
 Apóstoles y evangelistas, fundadores de la iglesia cristiana, bendecid al Señor, alabadlo &c.
 Ejército gloriosísimo de los mártires bendecid al Señor, alabadlo &c.
 Santos pontífices y confesores bendecid al Señor, alabadlo &c.
 Todos los santos monjes y ermitaños moradores de los desiertos y lugares solitarios bendecid al Señor, alabadlo &c.
 Vírgenes gloriosas y continentes bendecid al Señor, alabadlo &c.
 Cielos bendecid al Señor, alabadlo &c.
 Estrellas que resplandecéis en el cielo bendecid al Señor, alabadlo &c.
 Sol y luna que alumbráis al mundo bendecid al Señor, alabadlo &c.
 Días y noches bendecid al Señor, alabadlo &c.
 Invierno y verano, vestido de sus flores y arboledas, bendecid al Señor, alabadlo &c.
 Aguas y nieves bendecid al Señor, alabadlo &c.
 Rocíos y heladas bendecid al Señor, alabadlo &c.
 Truenos y relámpagos bendecid al Señor, alabadlo &c.
 Aves del aire bendecid al Señor, alabadlo &c.
 Todos los peces de la mar bendecid al Señor, alabadlo &c.
 Montes y valles bendecid al Señor, alabadlo &c.
 Bosques y florestas bendecid al Señor, alabadlo &c.
 Ríos y fuentes de la tierra bendecid al Señor, alabadlo &c.
 Animales y ganados bendecid al Señor, alabadlo &c.
 Espíritus y ánimas de los justos bendecid al Señor, alabadlo &c.
 Todas las obras de el Señor bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos [cf. *Dan* 3,57ss].
Bendición, claridad, sabiduría y hacimiento de gracias, honra, virtud y fortaleza sea a nuestro Dios, en los siglos de los siglos. Amén [Ap 7,12].

Síguense unas siete oraciones muy devotas para pedir y procurar el amor de Dios

Después desta consideración de los beneficios de Dios síguense otras consideraciones, así de las perfecciones divinas, como del amor que nuestro Señor tiene a los hombres, porque una de las cosas que más provocan a amar es ser amado. Y, porque este amor que nuestro Señor nos tiene,

señaladamente resplandece en la oración del *Pater noster*, donde se declara cómo Dios es nuestro Padre y nosotros sus hijos adoptivos, por esto, después de las tres primeras oraciones que tratan de las perfecciones divinas, se ponen otras tres sobre la oración del *Pater noster*, con otra que se pone al cabo, en la cual con ardientes deseos pide el hombre a Dios su amor; para que con este número de siete pueda el hombre cumplir, si quiere, con los siete días de la semana, teniendo para cada día su oración, por no enfadarse rezando una misma oración cada día. Y al cabo de cada una destas oraciones puede añadir este *Cántico* [666] precedente, convocando todas las criaturas, para que todas le ayuden a alabar al común Señor. Esto es cosa que ayuda mucho a encender nuestro amor para con él. Porque, como amar sea querer bien (a lo menos un efecto principalísimo del amor), no tenemos cosa más que querer a este Señor, de que él sea de todas sus criaturas alabado y glorificado. Porque, como él está lleno de todos los bienes, esto sólo —si decirse puede— le falta; aunque esto en él no hace falta, pues no lo ha menester, sino en nosotros, que somos dellos deudores.

Para hacer esto más fácil y más devotamente, hay sus salmos en el salterio de David. Porque, como hay siete salmos notables de la penitencia, así hay otros siete muy principales de las alabanzas divinas, que son: *Benedic anima mea Domino, & omnia, quæ intra &c.* [102]; *Benedic anima mea Domino. Domine Deus meus &c.* [103]; *Exaltabo te, Deus meus, Rex, & benedicam &c.* [144]; *Lauda anima mea Dominum &c.* [145]; *Laudate Dominum, quoniam bonus est psalmus &c.* [146]; *Laudate Dominum de cælis, laudate eum &c.* [148]¹⁷⁸.

Destos salmos, los dos primeros están en los Maitines del sábado, y los demás, al cabo del salterio. Podrá, pues, el devoto amador de Dios despertar su corazón con estas palabras divinas cada vez que quisiere; o rezar un salmo destes al fin de cada una de estas siete oraciones; o si esto no sabe hacer, puede, como dije, acabar cada oración con el *Cántico* arriba puesto, o con el *Te Deum laudamus*; según que mejor se hallare.

[I.] Primera oración de las perfecciones divinas

Ámeos yo, Señor —dice el Profeta—, *fortaleza mía. El Señor es mi firmeza, y mi refugio, y mi librador; Dios mío, ayudador mío, esperaré en él* (Sal 17,2-3). Si nuestra voluntad estuviere, Señor, en aquella pureza que vos la criastes y enriquecistes con los dones de vuestra gracia, no tuviera necesidad de tantas consideraciones y motivos para inclinarse a vuestro amor. Porque el manjar precioso, ante el paladar sano, él por sí mismo se convidara a comer. Mas, después que por el pecado se estragó, son menester muchas salsas de consideraciones para hacer comer el Pan de los ángeles a quien tiene puesto su gusto en deleites y manjares de bestias. Y, pues la condición de nuestra voluntad es amar todas las cosas excelentes y perfectas, querría yo ahora, Señor mío, levantar un poco estos ojos de murciélago a considerar la luz de vuestras perfecciones y de vuestro admirable ser, para encender con esto la tibieza de mi corazón en vuestro amor. Corre, pues, ¡oh ánima mía!, corre como abeja solícita por todas las flores de las perfecciones deste hermosísimo jardín cerrado, y asiéntate en cada una dellas, y coge de ahí el rocío de la suavidad eterna, con que te sustentas e hinchas todos tus senos de la dulzura deste licor celestial.

Ámeos, pues, yo, Señor, con todo mi corazón, con toda mi ánima y con todas mis fuerzas, así como vos lo mandáis, pues vos sois infinitamente perfecto, y así merecís ser infinitamente amado. En vos solo se hallan las perfecciones y hermosuras de todas las criaturas; y todo cuanto está esparcido por este mundo tan hermoso que vos criastes, todo ello con infinita ventaja está en vos. Porque, si vos distes a las criaturas todas las perfecciones que tienen, y nadie puede dar lo que no tiene, necesariamente ha de estar en vos lo que distes a todo lo que criastes fuera de vos. Si hubiese un solo emperador en el mundo debajo de cuya jurisdicción estuviesen innumerables oficiales y gobernadores puestos por su mano, claro está que todas las jurisdicciones y principados destes estaban por más alta manera en aquel sumo y único principado, de quien todos los otros procedieron. Y, pues vos, Señor, sois el sumo emperador y monarca deste mundo, y el criador de todas las perfecciones que hay en él, necesario es que todo esto se halle en vos, pues todo lo criastes vos.

¹⁷⁸ Falta uno. Por lógica, y por estar *al cabo del salterio*, el 150: *Laudate Dominum in sanctis eius, laudate eum &c.*

Vemos otrosí que el maestro que tiene por oficio enseñar al discípulo y hacerle sabio, necesariamente ha de ser él sabio, si tal ha de hacer a su discípulo. Pues que vos, Dios mío, encaminas todas las cosas a su última perfección, necesariamente ha de estar aventajado en vos lo que a todas vuestras criaturas comunicáis. Y esta es la causa porque la Escritura divina os pone tantos nombres, para significar por esta vía la muchedumbre de vuestras infinitas perfecciones. Porque unas veces os llama sol, otras luz, otras mar, y otras águila real, otras león, otras cordero, y otras pan del cielo, otras agua de vida, otras estrella de la mañana, otras flor del campo y azucena de los valles, y otras cosas semejantes; porque, como vos, Señor, seáis un mar de todas las perfecciones, y las criaturas sean tan pobres en vuestra comparación, usa de muchas y diversas comparaciones, para que por muchas se declare lo que no podía por una. Por lo cual dijeron muy bien algunos filósofos que con ninguna cosa podíades ser mejor comparado, que con el mismo mundo que vos criastes; con tal condición: que quitásemos todo lo material e imperfecto que en él hubiese, y todo lo perfecto pusiésemos en vos. Porque, así como cuando decimos que una estatua es imagen de un hombre, no queremos decir que la piedra de que es hecha sea imagen suya, sino sola la figura, así también cuando decimos que este mundo es imagen vuestra, habemos de apartar dél todo lo material o imperfecto, y todo lo perfecto aplicar a vos. Pues desta manera con razón decimos que el mundo [667] entre todas sus cosas se parece más con vos, porque, así como en este mundo visible están todas las cosas, así también por una más excelente manera lo están en vos. Y así vos sois un mundo de perfecciones y hermosuras, un mundo de sabiduría, de omnipotencia, un mundo de bondad, de suavidad, de justicia, de misericordia y de todas las riquezas. Y, así como todas las cosas que hay en el mundo están presentes al mundo, de tal modo que ninguna puede estar tan escondida, que no esté presente a él, así nadie hay que no lo esté a vuestros ojos divinos, porque ninguna cosa puede huir del seno de vuestra grandeza y de vuestra infinita sabiduría. Por lo cual dijo el Profeta: *¿Adónde, Señor, me desviaré de vuestro espíritu? ¿O dónde huiré de vuestra cara? Si subiere al cielo, ahí estáis presente, y si descendiere al infierno, ahí también os hallaré. Y si tomare las alas de la mañana y fuere a parar a los últimos términos de la mar, de allí me sacará vuestra mano y allí me tendrá vuestra diestra* (Sal 138,7-10). Porque, si el mundo abraza y tiene en sí todas las cosas, mucho más las abraza vuestra omnipotencia, y por eso nadie podrá hallar camino para huir de vuestro divino poder; y el que no os tuviere aplacado, sepa cierto que os hallará airado, como dice el salmo: *Ni basta huir a oriente, ni a occidente, ni a los montes más desiertos, porque Dios es juez de todo, y todo lo ve* [Sal 74,7-8].

Por lo cual, así como al hombre llamamos *mundo pequeño*¹⁷⁹, en comparación deste grande, porque en él se halla abreviado este mayor, así a vos, Señor, llamamos *mundo grandísimo*, porque de vos salió este pequeño, como efecto de su causa y como hechura de su hacedor. Y, por esto, todo lo que hay en él hay en vos; sino que en él está imperfectamente, como en criatura, mas en vos perfectísimamente, como en su omnipotente Criador; en él están las cosas corporal y temporalmente, como cosas corruptibles, mas en vos están espiritual, y eternal, y divinamente, porque en Dios todas las cosas son Dios.

Pues deste mundo grande salió este pequeño, hermoso de hermoso, rico de rico y perfecto de perfecto; aunque visible de invisible, y de eterno, temporal. Porque, aunque fue hecho de nada, cuanto a la materia, mas no fue hecho de nada, cuanto a la forma ejemplar, pues fue trazado por las formas y figuras y por el modelo que estaba dentro de vos. Porque, así como en la simiente del árbol, por una maravillosa y secreta manera está todo el árbol, así en vos, que sois principio y hacedor del mundo, está todo el mundo que de vos salió; sino que así el árbol está en su simiente como en causa material, y por esto está confusa e imperfectamente, como la letra en la tinta, y la casa en los materiales de que se hace; mas en vos está el mundo como en causa suficiente y formal, y por eso está en vos muy más distinta y perfectamente que en sí mismo.

Y —si es lícito comparar las cosas altas con las bajas—, así como en la oficina de un famoso impresor, demás del maestro mayor que rige la stampa, hay muchas formas y diferencias de letras: unas grandes y otras pequeñas, unas quebradas y otras iluminadas, y de otras muchas maneras, así, Dios mío, contemplo yo vuestro divino entendimiento como una grande y real oficina de donde salió toda la stampa deste mundo, en el cual no solamente está la virtud eficiente y obradora de todas las cosas, mas también infinitas diferencias de formas y de hermosísimas figuras, conforme a las cuales salieron las especies y formas de todas las cosas criadas que vemos y que no vemos; aunque estas

¹⁷⁹ «En ti mismo, como en un “microcosmos”, advertirás la gran sabiduría del Criador» (SAN BASILIO, *Atiende a ti mismo*).

formas en vos no son muchas, sino una sola, que es vuestra simplicísima esencia, la cual, de diversas maneras, por diversas criaturas es participada. De suerte que no hay criatura, fuera de vos, que no tenga su forma y modelo dentro de vos, conforme a cuya traza fue sacada. Estas son aquellas ideas que los filósofos ponían en vuestro divino entendimiento, que son como formas de letras que están en la oficina del impresor, de las cuales salió a luz este mundo hermosísimo; y pudieran salir con la misma facilidad otros mil mundos, porque para todos había dechados y perfecciones en vos.

Pues, si vos, Dios mío, distes su ser y sus perfecciones a todas las cosas, síguese que todas ellas, por muy alta manera, están en vos. En vos están las perfecciones de todos los ángeles, la grandeza de los cielos, el resplandor del sol, de la luna y de las estrellas, la virtud de los planetas, la hermosura de los campos, la gracia de las flores, la frescura de los valles, la claridad de las fuentes, la dulzura de los sabores, la suavidad de los olores, la sabiduría de los sabios, la fortaleza de los fuertes y la santidad de todos los santos. Y así de todas estas cosas gozará quien gozare de vos, y todas estas cosas verá en vos más perfectamente que si las viese en sí mismas; por donde este se llama conocimiento de la tarde, y el que es en vos, de la mañana. Pues, si tan amable es la perfección de todas las cosas, ¿cuánto más los seréis vos, Dios mío, en quien están todas las perfecciones infinitamente aventajadas? Ámeos, pues, yo, Señor; si no tanto cuanto vos merecéis, a lo menos tanto cuanto en esta vida me sea posible. Ámeos con todo mi corazón, con toda mi ánima y con lo último de todas mis fuerzas. ¡Oh dulcísimo, benignísimo, amantísimo, carísimo, suavísimo, amabilísimo, hermosísimo, piadosísimo, clementísimo, altísimo, admirable, inefable, incomparable, poderoso, magnífico, grande, incomprehensible, infinito, inmenso, todo poderoso, todo piadoso, todo amoroso, más dulce que la miel, más blanco que la nieve, más deleitables que todos los deleites, más suave que todo licor suave, más precioso que el oro y piedras preciosas! Y ¿qué digo cuando esto digo? Dios mío, vida mía, única esperanza mía, [668] muy grande misericordia mía y dulcedumbre bienaventurada mía. ¡Oh todo amable!, ¡oh todo dulce!, ¡oh todo deleitable! Dadme, Señor mío, gracia que en vos solo me alegre, en vos solo descanse, a vos siempre ame, a vos sirva, en vos piense velando de día y en vos sueñe durmiendo de noche, para que así todo yo sea siempre vuestro, y vos seáis siempre mío, en los siglos de los siglos. Amén.

[II.] Segunda oración de las mismas perfecciones divinas

Ámeos yo, Señor Dios mío y Criador mío, por razón de vuestro nobilísimo y perfectísimo ser, el cual es en vos tan esencial y tan propio, que no es posible haber en entendimiento de quien sabe qué cosa es Dios, que vos no seáis. Porque, si vos no fuédes, ninguna cosa sería, pues todo lo que tiene ser pende de vos. Mas vuestro ser no pende de nadie, sino de vos mismo, porque no es ser participado, sino propio; y por eso no es limitado ni medido, sino universal e infinito, pues él solo comprende todo ser.

Ámeos también yo, Señor mío, pues vos sois regla y dechado de todas las cosas, y, como un filósofo dijo, la medida de todas las substancias, porque cada una dellas, cuanto más se llega a vos y más participa de vos, tanto es más noble y más perfecta en su ser. Entre las cuales están, como en el más bajo lugar, las cosas que no tienen más que ser, como son los elementos; y un poco más adelante, las que tienen vida, como son las plantas; y tras destas, las que tienen sentido, como son los animales; y luego, las que tienen entendimiento y sabiduría, como son los hombres; y sobre todos estos, los que están en caridad y gracia, porque están más cerca de vos y participan más de vuestra bondad; pues, como dijo vuestro evangelista, *Dios es caridad, y el que está en caridad está en Dios, y Dios en él* [1 Jn 4,16].

Ámeos también yo, Señor, pues vos sois causa universalísima de todas las cosas; la cual, por natural razón, alcanzaron los filósofos, viendo que no era posible proceder en infinito en las causas esencialmente ordenadas, sino que todas ellas finalmente habían de tener su paradero y venir a rematarse en una primera causa de quien procediesen todas y por quien fuesen movidas; que es como la primera rueda de un reloj que mueve todas las otras; o como la primera cabeza de una república de quien se derivan las otras, la cual, en esta gran república del mundo, sois vos.

Ámeos también yo, Señor, pues vos sois vida, y felicísima vida, y autor de todo lo que tiene vida. Porque, si es mejor tener vida, que carecer della, y vos sois el mejor de todas las cosas, síguese necesariamente que habéis de tener vida; si es mejor la vida racional, que la irracional, síguese que

vuestra vida es racional e intelectual sobre todo entendimiento; y si es mejor vida feliz, que infeliz, síguese que vuestra vida es feliz, Y, porque vos sois el mayor y mejor de todas las cosas, síguese que vuestra vida ha de ser felicísima sobre todas las vidas. Ámeos, pues, yo, Señor Dios mío, fuente de felicidad y de vida, de quien recibieron vida todas las cosas que viven, *en quien vivimos y nos movemos y somos* [Hch 17,28], y de quien y por quien viven todas las cosas que dichosamente viven.

Ámeos también yo, Señor, pues vos sois poderosísimo mantenedor y sustentador de todas las criaturas; las cuales, como no pudieron salir de no ser a ser sin vos, así tampoco se podrían conservar en ese mismo ser sin vos. Vos sois el que estáis asentado sobre los tronos de los cielos, y dende ahí llega vuestra vista hasta los abismos. Vos tenéis, como dice el Profeta, *con tres dedos colgada la redondez de la tierra* (Is 40,12), es a saber, con la grandeza de vuestra omnipotencia, de vuestra sabiduría y de vuestra bondad; con los cuales cargastes sobre ella los montes y los collados por su justo peso y medida. Vos pusistes sus puertas y cerraduras a la mar, y la señalastes sus leyes, y dijistes: *Hasta aquí llegarás y no pasarás adelante, y aquí quebrantarás el furor de tus olas* (Job 38,11). De vos canta con mucha razón aquel gran filósofo cristiano en sus versos, diciendo: «Oh sumo Dios, Criador de tierra y cielos, que con perpetuas leyes gobernáis al mundo; que mandastes a los tiempos dende el principio correr por su orden, y estando siempre en un mismo ser, variáis y movéis todas las cosas. Vos sois el principio y sustentador dellas; vos la guía y la senda y el término de todas ellas; vos sois puerto y descanso quieto de los buenos, y ver vuestra cara es el fin de todos nuestros deseos» (Boecio).

Ámeos también yo, Señor, porque vos sois fuente de sabiduría, de quien proceden todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia. Porque, así como este sol visible es principio y causa de toda la luz del mundo, y por él vemos todo lo que vemos, así vos sois una luz invisible y sol de nuestros entendimientos, de quien se derivó la luz de todos ellos, por cuya claridad y beneficio entienden todo lo que entienden. Vos sois la razón y orden de las cosas, y el que según la regla de vuestra rectísima voluntad las pusistes en aquellos grados y lugares que quisistes. Vos hicistes unas criaturas corporales, y otras espirituales, y otras medias, participantes de entrambas; unas hicistes corruptibles, y otras incorruptibles; unas simples, y otras compuestas; unas para regir, y otras para ser regidas; unas para causar, otras para ser causadas; unas altísimas y nobilísimas, otras bajas y pequeñas, otras medianas entre las unas y las otras; así como convenía para la perfección deste universo. Vos también señalastes sus lugares a todas las cosas, según la condición de sus naturalezas; y, así, unas pusistes en lo [669] alto, otras en lo bajo, y otras en el medio, para que así no hubiese lugar en el mundo que no estuviese poblado de las obras de vuestras manos, y cada cosa tuviese el puesto que más convenía para su naturaleza. De esta manera ordenastes casi infinitas cosas muy diversas a un mismo fin, y de todas ellas hicistes una música tan concertada, un mundo tan hermoso, y una república tan perfecta, que no hay cosa con que se pueda comparar.

Pues, si tan grande bien es la sabiduría y tan digna de ser preciada, y la vuestra, Señor, es tan grande cuanto la universidad de todas vuestras obras testifican, ¿por qué no os preciaré yo?, ¿por qué no os amaré con todas mis fuerzas y con todo mi corazón?, ¿por qué no me serán todas vuestras obras testigos de vuestra gloria, espejos de vuestra hermosura, predicadores de vuestra sabiduría y despertadores de vuestro amor, pues todas ellas, a una voz, dicen que os amemos? Ámeos también yo, Señor, porque vos sois bondad esencial e infinita; porque no sois por calidad bueno, sino por esencia, de tal manera que vuestra misma naturaleza es la misma bondad. Lo cual se parece bien por vuestras obras, porque tanto una cosa es más buena, cuanto es más comunicativa de sí misma, como lo es el sol entre las criaturas corporales, que tan liberalmente comunica su luz y su calor a todo el mundo. Pues ¿quién, Señor, hay en los cielos y en la tierra tan liberal y tan comunicativo como vos? ¿Qué criatura hay tan pequeña que no participe algo de vos, que no esté llena de vuestras riquezas, pues ninguna tiene otro patrimonio ni otro ser más del que vos le distes? De manera que vos sois el tesoro de todo el mundo, vos el sumo bien y universalísimo bien. De aquí nace que, como todas las cosas naturalmente desean su perfección y su propio bien, así todas desean llegarse a vos y ser participantes de vos, que sois su perfección y su bien; por donde hasta la misma materia primera, que es la más baja cosa que vos criastes y más sin ser, esa, como tan pobre de ser, desea el ser, con el cual participe algo de vos y tenga alguna manera de semejanza con vos.

Pues, si esta criatura tan baja, que ni tiene ojos para veros, ni voluntad para amaros, ni aun ser entero por el cual sea algo, estando tan vacía y pobre de todo, no lo está de vuestro amor y natural

deseo, ¿qué será razón que haga, Dios mío, quien tiene ojos de razón para conoceros, y corazón hecho para amaros, y a quien solo tenéis hechas todas las mercedes que hicistes a todas las criaturas del mundo, por lo cual se llama *menor mundo*? Quien tanto ha recibido, y tanto debe, y tanto ve, y tanto con vuestra ayuda puede amaros, ¿cómo se deja vencer de la materia primera en la recuesta [búsqueda] de vuestro amor? Ámeos, pues, yo, Señor mío, por esta infinita bondad que hay en vos, que es la más fuerte causa de amor, y de la cual nos viene todo el bien. Porque, así como es propia condición del sol alumbrar, y del fuego calentar, y de la nieve enfriar, así, y mucho más, es propio a vuestra suma bondad hacer a todos bien y comunicarse. Pues ¿quién será tan enemigo de sí mismo, que no ame tal bondad, de la cual le viene tanto bien? Ciertamente, «Señor, todos corremos a vos — dice san Bernardo— por la mansedumbre grande que se nos predica de vos; porque no desprecias al pobre, no huyes del pecador, no desechastes al ladrón que os confesaba, ni a la mujer pecadora que lloraba, ni a la cananea que os llamaba, ni a la que fue tomada en adulterio, ni al evangelista que estaba en el cambio, ni al publicano que oraba en el Templo, ni al discípulo que os negaba, ni al perseguidor de vuestros discípulos, ni a los mismos que os crucificaban» (*super Cantic.*, 22,8). Pues por esto, Señor, corremos en pos de vos al olor destos tan preciosos ungüentos; porque ninguna cosa hay en el mundo más suave, ni más amable, ni más dulce de aplacar, que vos. Pues, siendo vos, Dios mío, un tan grande piélago, y no solamente piélago, sino un mundo de tantas perfecciones y virtudes, ¿cómo no os amaré yo con todo mi corazón y con todas mis fuerzas? Y, si cada una de vuestras perfecciones, por ser infinita, merece ser amada con amor infinito, ¿con qué amor amaré al que en sí encierra perfecciones infinitas? ¿Con qué lengua os alabaré?, ¿con qué palabras predicaré vuestras grandezas?, ¿y con qué entrañas amaré vuestra bondad?

▲ La deuda está, Señor, conocida; y también la pobreza del deudor. Vos, Señor, suplid esta falta; y, pues tanto merecéis ser amado, y tan encarecidamente me mandáis que os ame, dadme un corazón nuevo, con el cual os ame yo de la manera que vos mandáis; a quien solo se debe infinito amor, perpetua alabanza, eterna gloria, sumo poder, reino perpetuo e imperio sin fin, en los siglos de los siglos. Amén.

[III.] Tercera oración de las mismas perfecciones divinas

Si entre todas las cosas que provocan a amor, una de las principales es la hermosura, ¿por qué no os amaré yo, Señor, pues vos sois fuente de todas las hermosuras? Vos sois hermosura del universo, pues todas las cosas criastes cada cual en su manera hermosas; de cuya hermosura, el sol y la luna se maravillan, en cuya cara desean mirar los ángeles, con cuya vista tienen su última felicidad y gloria todos los espíritus soberanos. De vos recibieron su hermosura las aves, las flores, las fuentes, los campos, los ríos, los mares, los bosques, los árboles, la tierra, los montes, los valles y todas las cosas. Vos hermoseastes el cielo con estrellas, el aire con aves, el agua con peces, los prados con flores y la tierra con infinita diversidad de plantas y de animales. En todos los lugares del mundo sois hermoso, porque en [670] todos ellos se hallan rastros y señales de vuestra hermosura. En el cielo sois hermosura de gloria, en el infierno de justicia, en los buenos de gracia, y en los malos de paciencia.

Ámeos también yo, Señor mío, pues vos sois perfección de todas las cosas. Vos sois alabanza de los ángeles, galardón de los santos, esperanza de los patriarcas, lumbre de los profetas, alegría de los apóstoles, corona de los mártires, gloria de los confesores, pureza de las vírgenes y salud de todos los escogidos. A vos alaban todos los espíritus bienaventurados, de vos tiemblan las columnas del cielo, y a vos acatan y reverencian todas las criaturas del mundo.

▲ Vos henchís todas las cosas sin extenderos, y pasáis por todas ellas sin moveros, y estáis dentro de todas ellas sin estrecharos. Vos las criastes sin necesidad, y las gobernáis sin trabajo, y las mudáis sin mudaros. Vos solo juzgáis sin error, y castigáis sin pasión, y hacéis mercedes sin perder nada de vuestros tesoros. Porque, si la mar, dando tantas aguas a la tierra, no se menoscaba, no siendo infinita, ¿cómo se menoscabarán vuestros tesoros, dándolos vos, pues son infinitos? Vos solo sois a vos y a todas las cosas sufficientísimo. Y por eso quien a vos solo tiene, todo lo tiene, y quien a vos no tiene, aunque todo lo demás tenga, es pobre, miserable y mendigo.

Todas estas perfecciones y alabanzas, con otras infinitas, caben, Dios mío, en vos; las cuales, ni el entendimiento puede comprehender, ni la lengua mortal explicar; por donde la mayor alabanza que de vos puede predicar nuestra bajeza es decir que del todo sois incomprehensible, y que, como dijo un filósofo, «con silencio habéis de ser venerado», dando esta soberana gloria a vuestra substancia, que sola ella es infinita en la esencia, en la omnipotencia, en la sabiduría, en la bondad, en la hermosura y en todo lo demás; y como es infinita en todo, así no puede ser comprendida con nuestro entendimiento, y mucho menos explicada con nuestra lengua mortal. Por donde, así como si se hallase algún mar sin suelo, después que hubiésemos descendido por él cien mil cuentos de leguas, quedarían otras infinitas por bajar, así, después que el entendimiento criado hubiere ahondado mucho en la profundidad de vuestras excelencias, aún le quedará infinito campo por descubrir. Porque vos sois aquel gran Dios de quien está escrito: *Más alto es que el cielo, más profundo que los abismos, más largo que la tierra y más ancho que la mar* (Job 11,8-9).

Este es el Dios grande en su fortaleza, y no hay entre los sabios y hacedores de leyes quien se compare con él. ¿Quién podrá escudriñar sus caminos, o quién se atreverá a decirle que hizo algo mal? Mira que ni aun las obras dél puedes perfectamente comprender, de las cuales han escrito grandes varones. Todos los hombres le ven, mas cada uno mira de lejos. Este es el Dios grande que vence nuestra sabiduría, y el número de sus años es inestimable (Job 36,22-26)¹⁸⁰. De las cuales palabras manifiestamente se colige cómo por todas partes sois, Señor, inestimable e incomprehensible. Más alto sois que todo lo que se puede imaginar y figurar, y aún más alto que todo lo que se puede entender y contemplar; y aún, sobre todo esto, más alto que todo lo que se puede amar y gozar y desear, porque a todo esto sobrepuja la inmensidad de vuestra grandeza. De manera que, como dice san Dionisio, «a todas las criaturas sois incomprehensible», porque ni el sentido os alcanza, ni la imaginación, ni la opinión, ni la razón, ni la sabiduría, ni otra virtud alguna criada. Y, pues vuestra inmensidad sobrepuja todos nuestros entendimientos, esta será, Señor, la mejor de nuestras confesiones y la mayor de vuestras alabanzas: confesaros por *incomprehensible*. Así lo confesaron hasta los mismos filósofos, así lo testifica uno dellos, por estas palabras: «Si mirares —dice él— las palabras de Platón, hallarás que Dios es una tan alta y tan noble substancia, que no hay palabra ni pensamiento que la pueda comprender. Y, si algo dijeres dél, de sus cosas podrás decir, mas a él nunca lo dirás. Podrás decir que es causa de todas las cosas, mas quién sea él y de qué manera sea, no hay entendimiento que lo alcance. Porque nuestros entendimientos luego nos inclinan a nuestras mismas cosas, y, todo lo que entendemos, entendemos a nuestro modo, pensando que es de la manera que nosotros somos; y, lo que no es como nosotros, no lo conocemos, ni podemos atinar cómo será. Sea, pues, esta la primera verdad y confesión del primer principio: conocer que es incomprehensible; y, por tanto, cuando le hayas adorado, llamándole incomprehensible e inefable, la segunda honra que le ofrecerás será confesar que él es deseo común de todas las cosas; y la tercera, que es principio y causa de todas ellas».

Pues, si esto supo decir un filósofo, sin lumbre de fe, ¿qué será razón que diga, Señor, de vos quien por el testimonio de vuestras palabras tiene conocimiento de vos? Si vos sois el deseo de todas las cosas, porque todas hallan en vos cuanto han menester, pues vos sois el fin universal de todas, ¿cómo entre todas ellas seré yo solo el que no os desearé? ¡Oh bien universal del mundo!, último fin para quien mi ánima fue criada, ¿consentiréis vos, Señor, tal monstruosidad en la tierra, que yo solo sea el que en ella no os ame y os desee? ¡Oh Dios mío, y todas las cosas!¹⁸¹, ¿por qué no os amaré yo con todos los amores? Vos sois Dios mío verdadero, Padre mío santo, Señor mío piadoso, Rey mío grande, amador mío hermoso, pan mío vivo, sacerdote mío eterno, sacrificio mío limpio, lumbre mía verdadera, dulcedumbre mía santa, sabiduría mía cierta, simplicidad mía pura, heredad mía rica, misericordia mía grande, redención mía cumplida, esperanza mía segura, caridad mía perfecta, vida mía eterna, alegría y bienaventuranza mía perdurable. Pues, si vos, Dios mío, me [671] sois todas estas cosas, ¿por qué no os amaré yo con todas mis entrañas y con todo mi corazón? ¡Oh alegría y descanso mío!, ¡oh gozo y deleite mío!, ensanchad, Señor, mi corazón en vuestro amor, porque sepan todas mis fuerzas y sentidos cuán dulce cosa sea resolverse todo y nadar hasta sumirse debajo de las olas de

¹⁸⁰ «Ecce, Deus excelsus in fortitudine sua, et nullus ei similis in legislatoribus. Quis poterit scrutari vias eius?, aut quis potest ei dicere: “Operatus es iniquitatem”? Memento, quod ignores opus eius, de quo cecinerunt viri. Omnes homines vident eum, unusquisque intuetur procul. Ecce, Deus magnus vincens scientiam nostram; numerus annorum eius inestimabilis».

¹⁸¹ «Deus meus, et omnia» (San Agustín).

vuestro amor. Un río de fuego arrebatado y encendido dice el Profeta que vio salir de la cara de Dios (cf. Dan 7,10). Hacedme, Señor, nadar en ese río, ponedme en medio de esa corriente, para que me arrebate y lleve en pos de sí, donde nunca más parezca y donde sea todo consumido y transformado en ese fuego de amor. Esta sea, Señor, mi demanda, este mi estudio perpetuo, en esto gaste los días, en esto piense las noches, ni vea cosa de los ojos que no sea despertador y estímulo de vuestro amor. Con este cuidado viva, y esta sea la postrera palabra con que muera, pues son bienaventurados los que en vos mueren [cf. Ap 14,13]; y en vos muere quien, a vos, viviendo ama.

[IV.] Oración primera sobre la oración del *Pater noster*

Dijo, Señor, uno de los sabios deste mundo que la elocuencia que no ponía en admiración a los oyentes no merecía nombre de elocuencia (Cicerón). Dando en esto a entender que a la facultad e ingenio de un hombre mortal pertenecía hacer sus oraciones y razonamientos con tan extraño primor y artificio, que bastasen a poner admiración a todos cuantos las oyesen. Pues, si a esta manera de perfección llega el ingenio de los hombres, ¿cuál será, Señor Dios mío, la perfección de vuestras obras? Porque cierto es que lo que va de causas a causas, eso va de efectos a efectos, y de obras a obras. Pues, si tanta ventaja hace vuestro poder, vuestra bondad y vuestra sabiduría a todo el poder y saber de los hombres, ¿cuánto serán, Señor, mayores y más admirables todas vuestras obras, que las de los hombres? Por aquí, pues, Dios mío, entiendo que vuestra natural condición es hacer tales vuestras obras, que ni haya lengua que las pueda explicar, ni entendimiento que las pueda comprender, ni alabanzas que basten para las engrandecer. Porque tales conviene que sean vuestras obras, que se parezcan con vos; y, así como vos sois infinitamente sabio, poderoso y bueno, y por consiguiente incomprehensible, así es razón que en su manera lo sean vuestras obras, mayormente las de vuestra bondad y misericordia, de que vos más os preciáis; de tal modo que todos los entendimientos que atentamente las miraren queden como atónitos y fuera de sí. Porque, si esto mismo acaeció a la reina Sabá cuando miraba las obras de Salomón (cf. 1 Re 10,4-5), que al cabo era hombre mortal como nosotros, ¿cuánto más para pasmar serán las obras de esa infinita sabiduría y bondad que reina en todos los siglos? En esta cuenta entra principalmente el misterio de la sacratísima Encarnación de vuestro unigénito Hijo; y asimismo el de la sacratísima Pasión, y la institución del Santísimo Sacramento que nos dejó en este mundo; y en esta misma entra querer vos, Dios y Señor de inmensa majestad y grandeza, adoptarnos por hijos y ofreceros a ser nuestro Padre. Porque desta manera nos manda vuestro unigénito Hijo que os llamemos, y este nombre os pone en toda la escritura de su Evangelio. En una parte dice: *Sabe vuestro Padre las cosas de que tenéis necesidad* (Mt 6,8). En otra dice: *Mirad las aves del aire, que no siembran ni cogen, &c., y vuestro Padre les da de comer* (Mt 6,26). En otra dice: *No es la voluntad de vuestro Padre que perezca uno destos pequeñuelos* (Mt 18,14). En otra manda decir a sus discípulos: *Mira que subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios* (Jn 20,17). Por la cual causa dice el Apóstol que no se afrenta él de llamarnos hermanos, diciendo: *Predicaré, Señor, vuestro nombre a mis hermanos* (Heb 2,10).

Esta tan grande dignidad nos alcanzó y mereció el mismo Hijo vuestro por el misterio de su Encarnación y Pasión, como el mismo Apóstol lo significó, diciendo: *Envió Dios a su Hijo al mundo, nacido de mujer, y hecho obediente a la ley, para redimir a los que vivían debajo de la ley, para que así recibiésemos la adopción de hijos de Dios. E, porque ya sois hijos, infundió Dios el espíritu de su Hijo en vuestros corazones, el cual con un entrañable afecto os inclina a llamarle de todo corazón: Padre, Padre* (Gál 4,4-6). De suerte que no sólo nos dio nombre de hijos, sino también espíritu y corazón de hijos, infundiendo en nuestras ánimas el mismo espíritu que por excelencia moró en la suya; para que, morando también en las nuestras, nos hiciese participantes deste tan glorioso título y dignidad. Lo mismo confirma san Juan, diciendo: *A todos los que recibieron a Cristo, dio el mismo Cristo poder para que fuesen hijos de Dios* (Jn 1,12); los cuales, recibida esta dignidad, no viven ya conforme a los apetitos y deseos de carne y de la sangre, sino con la pureza y santidad que pertenece a hijos de Dios. Y, porque no pensemos que la dignidad de Padre era de solo nombre, y no de obras y amor, añadió vuestro mismo Hijo, diciendo: *No llaméis a nadie «padre» sobre la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, que está en los cielos* (Mt 23,9). Dando a entender que, en comparación del amor y providencia paternal vuestra para con los hombres, todos los otros amores y providencias de padres no venían a cuenta, pues está claro que ningún padre nos diputó para tan grande bien como vos,

ni hizo tanto por esa causa como vos, pues nos diputastes para vuestra gloria, y entregastes a la muerte a vuestro Hijo para dárnosla. Por esto, con mucha razón dijo David: *Mi padre y mi madre me desampararon; pero el Señor me recibió* (Sal 26,10)¹⁸². Y el profeta Isaías: *Vos —dice él—, Señor, sois nuestro Padre, y Abrahán no nos conoció, e Israel no supo de nosotros* (Is 63,16). Y vos mismo, Señor, por el mismo profeta decís: *¿Qué madre hay que se olvide de su hijo, y que no tenga compasión de [672] lo que salió de sus entrañas? Mas, si ella se olvidare, yo no me olvidaré de ti, porque en mis manos te traigo escrito, y tus muros están siempre delante de mí* (Is 49,15-16).

PADRE NUESTRO

Pues, conforme a esta tan grande e inefable misericordia, nos da licencia y nos manda, Señor, vuestro unigénito Hijo que os hagamos oración, diciendo: *Padre nuestro, que estáis en los cielos*. ¡Oh palabra real!, ¡oh palabra dulce!, ¡oh palabra de inefable consolación y devoción! ¿Quién osara, Señor, hablaros desta manera, si vuestro unigénito Hijo no nos diera esta licencia? ¿Quién sois vos, Señor, y quién soy yo, para que os ose llamar Padre? Vos sois el que sois, yo soy el que no soy; mas antes todo este tan grande mundo que vos criastes, delante de vos no es. Pues ¿qué mayor maravilla, qué mayor misericordia, que vos, Dios de infinita majestad, Rey de los reyes, Señor de los señores, Santo de los santos, Dios de los dioses, gloria de los ángeles y alegría de los bienaventurados, queráis ser mi Padre y me adoptéis por hijo, siendo yo un vilísimo lodo, un pobre gusano y una perversísima criatura? ¡Oh maravillosa piedad!, ¡oh longura, oh largueza, oh alteza y profundidad de caridad y bondad de Dios! [cf. Ef 3,18].

¡Padre nuestro! ¡Oh palabra de consolación, oh palabra de amor, oh palabra de confianza! ¿Qué os daremos, Señor, por esta gracia? ¿Con qué palabras engrandeceremos esta misericordia? ¿Qué entendimiento no quedará atónito, considerando esta tan admirable largueza? *Padre nuestro*. ¿Qué miel hay tan dulce, qué leche tan suave, qué bálsamo tan deleitable, como esta palabra? ¡Oh alegría inestimable, oh dulzura inefable: tener osadía para llamaros Padre! ¿Qué más pudiéades vos, Señor, hacer, y qué más pudiera yo desear, que tener a vos por Padre? ¡Oh, cómo sentía esto aquel amado evangelista, cuando dijo: *Mirad cuál fue el amor que Dios nos tuvo, pues nos dio que fuésemos llamados hijos de Dios, y que lo fuésemos!* (1 Jn 3,1); esto es, no se contentó con darnos el título de hijos, sino también el ser de hijos, para que asíuviésemos por cierto ser él nuestro Padre; pues ni hay padre sin hijo, ni hijo sin padre. De suerte que el Padre nos tomó por hijos, y el Hijo por hermanos, y el Espíritu Santo por templos vivos y sagrarios suyos. Pues ¿qué mayor gloria, qué mayor dignidad, que esta? Dijo un filósofo que la cosa más dulce del mundo era la ganancia, pues todos los trabajos de los hombres se hacen dulces con ella. Pues, si la mayor ganancia de las ganancias es tener a Dios por Padre, no sólo de nombre, sino también de obra, ¿qué cosa puede ser en el mundo más dulce, ni más suave, que esta? Esta palabra hiere los corazones, resuelve las entrañas, regala el espíritu, conforta el corazón, alegra el ánima y hace correr las fuentes de lágrimas.

¡Padre nuestro! ¡Oh palabra compendiosa, oh palabra abreviada que hizo Dios sobre la tierra! Decía el Apóstol que no sabía más que a Cristo, y éste crucificado [cf. 1 Cor 2,2]; y tenía mucha razón, porque en solo este misterio se encierra todo cuanto se puede saber. Yo, Señor, después desta ciencia, no quiero saber más que esta palabra: *Padre nuestro*. En esta quiero leer, en esta estudiar, en esta día y noche meditar, porque esta me basta. Dicen que el hombre es *mundo menor*, porque en él está abreviado todo cuanto hay en este mayor. Así también se puede llamar esta palabra sabiduría abreviada, [por]que en ella está encerrado todo lo que enseña la Escritura divina. Porque toda ella se resume en dos partes principales: la una es prometer, y la otra pedir; porque la una se emplea en pedir al hombre lo que debe a Dios, y la otra en prometer al hombre obediente favores y mercedes de Dios; y así la una nos enseña lo que debemos hacer, y la otra lo que debemos esperar. Pues ¿qué promesas hay que no se comprendan debajo deste nombre de *Padre*? ¿Y qué obligaciones hay que no se encierren en esta palabra: *hijo*? Porque ¿qué bienes, qué mercedes, qué providencias no esperaré yo de quien verdaderamente se llama Padre? Porque muy bien se sigue: si es mi Padre, amarme ha, proveerme ha, enderezarme ha, ayudarme ha, defenderme ha, aconsejarme ha, curarme ha, enseñarme

¹⁸² «Quoniam pater meus, et mater mea dereliquerunt me; Dominus autem assumpsit me».

ha, honrarme ha, heredarme ha, y, cuando fuere menester, así como Padre castigarme ha; porque ¿qué hijo hay a quien no castigue su padre? [cf. Heb 12,7].

▲ Vivir, pues, debajo de la tutela y providencia de tal Padre es dulce estado, servidumbre libre, guarda perfecta, temor alegre, castigo blando, pobreza rica y posesión segura; porque del Padre es tomar sobre sí los cuidados, y partir el fruto con los hijos.

Ítem más, si este Padre es Dios todopoderoso y Señor de todo lo criado, ¿qué me puede faltar, teniendo tal Padre, pues en todos los bienes del padre tienen su parte los hijos? ¿Qué tribulación, qué tempestad habrá que sea parte para turbarme, teniendo tal Padre? Si me persiguieren mis enemigos, él me defenderá; si me quitaren los bienes temporales, él me proveerá; si tuviere dudas y perplejidades, él me enseñará; si anduviere *en medio de las tinieblas y sombra de muerte* [cf. Lc 1,79], él me acompañará; si me levataren falsos testimonios, él responderá por mí; si se juntaren batallas contra mí, no las temeré, porque vos, Señor, estáis conmigo. Pues ¿qué mayor gloria, qué mayor honra, qué mayor misericordia, que esta? La primera dignidad que hay en el mundo es ser Hijo de Dios por naturaleza, y la segunda es ser hijo por gracia; Y, porque no era posible que fuese más que un solo Hijo por naturaleza, pusístesnos, Señor, en el segundo lugar, que es ser hijos por gracia; sobre la cual dignidad no se puede imaginar otra mayor. Por do parece que todas vuestras promesas juntas se comprehenden en esta palabra; mas antes esta sola dice más que todas ellas, pues mucho más es haceros vos, Señor, nuestro Padre, que todo lo que fuera desto nos pudiéades dar, pues, siendo vos Padre y nosotros hijos, somos herederos de vuestros bienes y particioneros en vuestra hacienda con vuestro único Hijo.

[673] Y no menos me enseña esta palabra lo que debo hacer, que lo que debo esperar; porque, como vos sois mi Padre, así también yo soy vuestro hijo, no sólo de palabra, sino de obra; de donde se sigue que yo estoy obligado a hacer obras de hijo, como vos las hacéis de Padre. Y, siendo esto así, síguese que estoy obligado a amaros como a Padre, serviros como a Padre, honraros como a Padre, obedeceros como a Padre, poner toda mi esperanza en vos como en verdadero Padre, recurrir en todas mis necesidades a vos como a piadoso Padre, celar y procurar vuestra honra como honra de mi Padre, serviros con purísima intención, por puro amor, como sirve el Hijo al Padre, ponerme todo en vuestras manos como en manos de Padre, sufrir alegremente todos vuestros castigos como castigos de Padre, y, finalmente, arrojar todos mis cuidados y pensamientos en vos como en verdadero Padre. Todo esto, Señor, me pide por justicia el nombre de *hijo*, y todo esto debo yo a vos como a verdadero Padre. Y, pues en esto se comprehende la suma de todo lo que vos en vuestras Escrituras me enseñáis, síguese que en esta palabra tengo yo abreviada toda esta doctrina, y así en ella tengo que estudiar toda la vida.

Y aun esto se verá más claramente juntando la segunda palabra con la primera, y diciendo: Padre *nuestro*. Porque no quiso vuestro unigénito Hijo que dijésemos *mío*; ni en toda esta oración se haya *mío* ni *tuyo*, sino *vuestro*¹⁸³; porque a todos quiso él extender y comunicar la gloria desta dignidad, para que todos fuesen por gracia lo que sólo él era por naturaleza. Pues, diciendo Padre *nuestro*, claramente confesamos que todos somos hermanos, como hijos de un mismo Padre; y así a ellos debemos amar como a hermanos, y a vos como a nuestro común Padre. Donde parece que en estas dos palabras se nos encomienda el amor de Dios y del prójimo; en los cuales dos mandamientos está la ley y los profetas. Pues ¿qué doctrina pudo ser más alta, ni más compendiosa, que esta, la cual en solas dos palabras tan claramente enseña todo lo que nos conviene saber?

Y, demás desto, no sólo me enseñan aquí lo que debo esperar y lo que debo hacer, mas también me abren el camino de la penitencia y las puertas de la esperanza cuando me las cerrare la culpa; porque no por eso desmayaré ni desconfiaré, sino antes imitando el ejemplo de aquel hijo desperdiciado volveré a vos, mi Padre, con las palabras y confesión que aquel volvió, diciendo: *Padre, pecado he contra el cielo y contra vos* (Lc 15,21). Aquel hijo, recibida la parte de la hacienda que le cabía, en apartándose de vos, luego la desperdició; porque en esto para [acaba] la hacienda poseída sin la providencia de tal Padre. De manera que la hacienda, sin vos, desnudó al hijo, sacolo del gremio de su Padre, echole de su casa, desterrole de su patria, despojole de su fama, desnudole de la castidad, e hízolo guardador de puercos; para que su miseria le enseñase cuán mal había hecho en apartarse de tal Padre, y por el mal que padecía conociese el bien que había perdido. Pues, volviendo este miserable en

¹⁸³ *Sic*; no *nuestro*. Fr. Luis traduce los posesivos de «nomen tuum», «regnum tuum», «voluntas tua», no usando el adjetivo común *tuyo*, sino el adjetivo de cortesía *vuestro*.

sí, comenzó a decir: *Cuántos mozos de soldada viven hartos en casa de mi padre, y yo aquí perezco de hambre* (Lc 15,17). Volvió sobre sí para volver a su padre, porque de sí se apartó cuando se apartó de su padre; y sin duda muy mucho se apartó y alejó de sí, pues, perdida la dignidad de hijo, y aun la de hombre, vino a hacerse semejante a las bestias, y tener su trato y mantenimiento común con ellas. Volviendo, pues, el miserable en sí, que de sí andaba tan alejado, determinó de volver a ver su padre. Mas ¿con qué cara, con qué prendas, con qué esperanza vuelves a él? No con otra más que con saber que es mi padre; porque, aunque yo perdí la dignidad de hijo, él no ha perdido la piedad y condición de padre. Pues el padre, como vio el hijo, cubrió su pecado y disimuló la persona de juez, por hacer oficio de padre; y la indignación mudó en perdón, deseando que su hijo volviese, y no perezcase. Y, llegándose a él, echole los brazos encima y dióle beso de paz, y mandó luego que, muy apriesa, traigan la primera vestidura y le vistan. No dijo: «¿De dónde vienes?, ¿dónde estuviste?, ¿dónde está lo que te llevaste?, ¿por qué trocaste tan grande honra por tan grande ignominia?» No ve los delitos la fuerza del amor; no sabe el padre qué cosa es tardía misericordia; luego le mandó poner un anillo en el dedo, porque, no contento con restituirle a su inocencia, quierele también ennoblecer con esta señal de honra. Manda que le den calzado, para que torne a andar por la carrera de la justicia que había desamparado; y para que se vea la pobreza a la que había venido cuando se fue de su padre, pues aun no traía zapatos en los pies. Manda otrosí matar un becerro gordo, porque, no contento con cualquiera otro, quiere honrar la fiesta deste recibimiento, y declarar en esto la grosura y abundancia de su caridad para con él. Pues, movido yo ahora, Señor, con este ejemplo, y atraído con tan grande muestra de caridad, después de todos mis descarriamientos y destierros, con toda la humildad y vergüenza que me es posible, vengo, Señor, a vos, diciendo con este hijo desperdiciado: *Padre, pecado he contra el cielo y contra vos; ya no merezco llamarme hijo vuestro: hacedme como uno de los mozos jornaleros de vuestra casa* [Lc 15,18-19]. Estas palabras, Señor, diré; y, si las dijere con el corazón que aquel las dijo, espero yo que, aun antes que las acabe de pronunciar, me saldréis al camino, me echaréis los brazos encima y me daréis besos de paz; porque eso se espera de las entrañas de padre: procurar de traer a sí el hijo perdido. Muy bien dice un doctor que, así como cuando una ave ve a su hijuelo caído del nido donde estaba seguro, trabaja por volverlo a él, y, si ve alguna víbora o serpiente acercarse a él para comérselo, vuela ella con toda solicitud y providencia al derredor dél, piando y dando voces por librarlo, así aquel Padre eterno procura la salud de sus hijos y cura sus enfermedades, y persigue a [674] la bestia fiera (que es el demonio), y vuelve su polluelo al nido, y olvídase de la injuria pasada, y procura traerle a penitencia. Y, sobre todo esto, nunca cesa como verdadero Padre de amonestarnos, aconsejarnos, encaminarnos y darnos salud; porque, así como cuando uno quiere ver de día no busca la luz, porque ella misma se ofrece al que mira, así al que quiere levantar sus ojos al cielo y mirar al Padre nunca le falta esta soberana y resplandeciente luz que a todos se comunica.

[V.] Segunda meditación, en la cual se prosigue la declaración del *Pater noster*

QUE ESTÁS EN LOS CIELOS

Después de la primera palabra, que es *Padre nuestro*, se sigue la segunda, no menos dulce, ni menos rica, ni menos compendiosa que la pasada. Porque, si vos, Señor, que sois mi Dios, y mi Padre, y mi heredad, estáis en el cielo, ¿qué tengo que ver en la tierra, teniendo todo mi tesoro en el cielo? [cf. Sal 72,25]. Y, si vos, mi Padre, estáis en el cielo, síguese que soy extranjero y peregrino en este mundo, y que no tengo aquí ciudad permanente, sino que busco la venidera [cf. Heb 13,14]. Y, pues el peregrino que camina a su patria el cuerpo solo tiene en el camino, mas el corazón y pensamiento en la patria donde tiene su casa, siendo yo, Señor, peregrino, mientras estoy apartado de vos, ¿dónde ha de estar mi corazón y mi deseo, sino en vos?

Esta misma palabra fortalece también mi confianza y asegura mi partido, porque, si vos, Padre mío, estáis en los cielos, ya yo tengo derecho a los cielos, ya yo tengo un pie dentro de esa morada, estando vos en ella y siendo el mismo Señor de ella. ¿Dónde han de estar los hijos, sino donde está su padre? ¿Dónde los miembros, sino donde está la cabeza? ¿Dónde las águilas, sino donde estuviere el cuerpo?

[cf. Lc 17,37] ¹⁸⁴. No excluye el Padre de su casa al que hizo participante del título de hijo y de su herencia.

Esta misma palabra engrandece y levanta mi ánimo sobre todas las cosas del mundo; porque ¿qué mayor ufanía, qué mayor gloria que, morando en la tierra, tener el Padre en el cielo, y ser por él rey del cielo? ¡Oh, los que deseáis honra y gloria!, ¿en qué andáis buscando glorias de humo, que se lleva el viento, y dejáis una tan grande gloria, como es ser hijos del Rey del cielo? Si esto no creéis, ¿cómo sois cristianos?; y, si de verdad lo creéis, ¿cómo andáis con tan grandes ansias buscando las vanas honras que huyen de vos, y dejando esta verdadera que se ofrece de gracia? *Alegraos en el Señor y gozaos los justos, y gloriaos todos los limpios de corazón [Sal 31,11]*, pues tenéis tal prenda en el cielo, pues tenéis a Dios por Padre. Quiero, pues, Señor, tomar alas de águila, y, dejadas las bajezas de la tierra, volar a vos a lo alto, porque ¿cómo podré yo estimar nada en la tierra, viéndome heredero del cielo?; ¿cómo podré yo arrostrar o a los deleites bestiales del mundo, o a las riquezas perecederas de la tierra, estando ya hecho en vos, mi Padre, poseedor de los cielos? Mayor deshonra sería esto para mí, que andar un hijo de algún grande rey alimpiando muladares o almohazando caballos. Y, si un príncipe, aunque no haya heredado, por el derecho que tiene al reino de su padre es tan estimado en todo su reino, teniendo yo este mismo derecho, por palabra de Dios vivo, no al reino perecedero y mal seguro de la tierra, sino al del cielo, ¿cómo dende luego no me tendré por rico y dichoso con tal derecho y esperanza?

SANTIFICADO SEA VUESTRO NOMBRE

¡Oh, cuán convenientemente se sigue esta petición con todas las demás! Porque, si yo, Señor, estoy ya recibido por hijo vuestro, ¿qué cosa me está mejor, que procurar la gloria de vuestro santo nombre, la vitoria de vuestro reino y el cumplimiento de vuestra santa voluntad? Pues ¿qué es pedir os yo estas cosas, sino, recibida esta nueva dignidad de hijo, tomar luego la posesión de ella y ejecutar las cosas que derechamente pertenecen a los hijos? Porque, así como acabando un hombre de ser electo por rey o por prelado luego toma la posesión de esta dignidad y comienza a entender en las cosas que son de su oficio, así yo, Señor, recibida por vuestra gracia esta nueva dignidad, comienzo luego a tomar la posesión y ejecución della, diciendo y pidiendo lo que es propio del hijo de tal Padre, que es desear y procurar la santificación de su nombre, y la gloria de su reino, esto es, que él sea en todo el mundo conocido, adorado y glorificado; pues esto mismo es hacer el hombre su propio negocio, siendo cierto que la gloria del padre es también del hijo, así como la del buen hijo, de su padre, según dijo el Sabio [cf. Prov 17,6; Eclo 3,11].

Y, si es tan propio y natural del buen hijo amar a su padre, y el amor transforma al que ama en la cosa amada, de tal manera que, olvidado de sí mismo, todo su estudio es desear y procurar lo que el amado para sí desea, como si fuese otro él, ¿qué tengo yo, Señor, de desear para vos, después de transformado por amor en vos, sino lo que vos mismo deseáis? Y, pues ninguna cosa más deseáis que la gloria de vuestro santo nombre, porque ninguna hay más digna de ser deseada, ¿qué tengo yo de hacer, sino desear y procurar esta misma gloria? Bien veo, Señor, que no tenéis vos necesidad desto, porque, aunque la lengua mortal calle, todas las criaturas —como el salmista dice— dan voces y predicán vuestra gloria (cf. Sal 18,2), y nos convidan a hacer lo mismo. Porque, si miramos los espíritus angélicos, todos os celebran perpetuamente fiestas de gloria y de perpetuo loor. Y, si miramos la composición espantable de los cielos, y con ojos claros consideramos sus maravillas, la concordia de tan diferentes elementos, las crecientes y menguantes de la mar tan ordinarias, los mineros perpetuos de las fuentes, los continuos cursos de los ríos, tantas diferencias de árboles, tantas diversi- [675] dades de yerbas, tantas especies de animales y de otras innumerables cosas, y cada una con su virtud natural, como vos, Señor, le quisistes dar; todas estas cosas que cada día vemos, ¿qué otra cosa dicen y predicán, sino la gloria y magnificencia de vuestro nombre? A vos, Señor, pregonan por verdadero y solo Dios, solo eterno, solo inmortal, solo omnipotente, solo sabio, solo bueno, solo misericordioso, solo justo, solo verdadero, solo admirable y solo merecedor de ser infinitamente amado. Mas, entre todas estas criaturas, el hombre, más que todas ellas, está obligado a santificar y celebrar vuestro santo nombre; porque, como él haya recibido de vos en sí solo las habilidades y

¹⁸⁴ «Ubi cumque fuerit corpus, illuc congregabuntur aquilæ».

perfecciones de todas ellas (por lo cual se llama *mundo menor*), si cada una es obligada a santificarnos por la parte que le cupo, ¿qué obligación tendrá el que todo lo recibió, y para quien todo cuanto hay en este mundo visible se crió? Por tanto deseo yo, Señor, con todo mi corazón, que vuestro nombre sea santificado en todo el mundo, de tal manera que todas las naciones y lenguas, todas las edades y calidades de personas, en todo lugar se conformen para alabar y glorificar vuestro santo nombre. No os pido, Señor, riquezas de la tierra, ni honras del mundo, no deleites de carne; solamente os pido que vuestro nombre sea santificado y glorificado en el mundo. Esta sea la primera y la mayor de mis peticiones, este el primero de mis cuidados y el mayor de todos mis deseos, pues el amor que a vos se debe ha de ser el mayor de todos los amores. Y, si para después desta vida os pidiere vuestra gloria, no la pida yo para solo mi provecho, sino para vuestra misma gloria; y por esto tengo por bienaventurados a los moradores de vuestro reino: porque en los siglos de los siglos os alabarán.

VENGA A NOS VUESTRO REINO

Señor, otros muchos reyes, o por mejor decir, tiranos, se han apoderado de nosotros: el demonio con su potencia, el mundo con sus pompas, la carne con sus deleites y halagos, y nuestra propia voluntad con sus apetitos. Todos estos crueles señores nos han tiranizado y eximido de vuestra jurisdicción y reino, incitándonos siempre a hacer su voluntad y vivir conforme a sus leyes, desamparadas las vuestras. Pues, oh Rey del cielo, volved, Señor, por vuestra honra, y no permitáis más esta tiranía en vuestro reino. Vayan fuera estos tiranos; levantaos, Señor, y sean disipados vuestros enemigos, y huyan los que os aborrecen de vuestra presencia [cf. *Sal 67,2*]. Reinad vos, Señor, en nosotros; vos solo nos regid y gobernad, y sólo vuestro cetro y reino sea de nosotros reconocido. Vuestra voluntad sea nuestra ley, vuestra palabra nuestra luz, vuestros mandamientos nuestra alegría, ser vuestros nuestra riqueza, y padecer por vos nuestra gloria. Regidnos, Señor, con vuestra providencia, defendednos con vuestra diestra, guiadnos con vuestro Espíritu, enseñadnos con vuestra palabra, gobernadnos con vuestras leyes, enriquecednos con vuestros dones, y castigadnos, cuando fuere menester, con vuestra mano misericordiosa. No tenga que ver más con nosotros el mundo, no la carne, no la propia voluntad, no el demonio. Vaya fuera el príncipe deste mundo, y vos solo reinad en mí, vos solo me regid, vos solo morad dentro de mi ánima, y todo mi corazón ocupe vuestro reino; vos solo seáis lumbre de mi entendimiento y vos solo refección de mi voluntad; a vos solo busque, a vos solo quiera y a vos solo desee. ¿Para qué ando yo discurriendo y distrayéndome por diversas cosas, pues para mí basta sólo vuestro reino? Dadme, pues, Señor, que de aquí adelante ninguna otra cosa piense, ninguna otra desee, ni procure, sino solo él: él sea mi ocupación y en él sea toda mi conversación. Vos solo sois bueno, vos solo hermoso, vos solo amable y amador de nuestras ánimas; por tanto, vos solo, Señor, me regid, poseed y enderezad; en vos solo se regale mi pecho, en vos repose mi corazón; corra yo a vos, último fin mío, centro y reino mío, donde las ánimas puras descansan.

Venga también, Señor, a nos vuestro reino celestial, que es el fin de todas nuestras esperanzas y el común puerto de nuestros deseos, donde veamos a vos, nuestro Rey y Padre, en vuestra hermosura, y gocemos eternamente de vuestra presencia; porque ¿qué más natural, ni más propio deseo de los hijos, que ver a su Padre en su reino? ¡Oh!, ¿cuándo llegará esta hora?, ¿cuándo vendrá este día?, ¿cuándo veré esta luz?, ¿cuándo vendré y pareceré ante la cara de mi Dios? [*Sal 41,3*]¹⁸⁵. ¿Cuándo veré aquellos palacios de oro, aquellos jardines de flores eternas, aquellas fuentes de vida, aquellos muros y puertas de piedras preciosas, aquellos millares de ángeles, aquellos coros de vírgenes que siguen al Cordero por doquiera que va, aquellos cantores y cantoras que con perpetuos himnos celebran y alaban aquel soberano y común Padre de todos? ¡Oh Jerusalén, madre nuestra!, ¿cuándo te veré?, ¿cuándo será el día que llamaré a tus puertas de oro, y veré tus muros labrados de jaspe, y oiré la música y las voces de alabanza que allí resuenan? ¡Oh, cuán amables son vuestros tabernáculos, Señor, Dios de las virtudes! Codicia y desfallece mi ánima, deseando las moradas del Señor (*Sal 83,2-3*). Así como el ciervo acosado de los cazadores desea las fuentes de las aguas, así desea mi ánima a vos, mi Dios [cf. *Sal 41,2*]. Este es deseo natural de hijos, y propiedad de aquella agua que da saltos hacia la vida eterna [cf. *Jn 4,14*], levantando el corazón del hombre de la tierra al cielo. Esta hacía al

¹⁸⁵ «Quando veniam et apparebo ante faciem Dei?».

bienaventurado mártir Ignacio, cuando iba a padecer, decir estas palabras: «*Amor meus crucifixus est, & non est in me. Aqua autem quædam in me manet, dicens mihi: Vade ad Patrem*». Quiere decir: «Mi amor fue crucificado, y no está conmigo. Mas una agua quedó dentro de mí, que me está diciendo: Ve a tu Padre». [676] Este es, pues, el común Padre que deseamos y por quien suspiramos en este destierro, dando voces y diciendo: *Venga, Señor, a nos vuestro reino*.

HÁGASE VUESTRA VOLUNTAD, COMO EN EL CIELO, ASÍ EN LA TIERRA

Esta voluntad, dice Cipriano que es la que vuestro unigénito Hijo hizo y nos enseñó. «Esta voluntad es humildad en la conversación, estabilidad en la fe, vergüenza en las palabras, justicia en las obras, en las necesidades ajenas misericordia, y en las costumbres disciplina; no hacer a nadie injuria, y sufrirla después de hecha; tener paz con los hermanos, querer a Dios de todo corazón, amarlo como a Padre, temerlo como a Dios, no anteponer nada al amor de Cristo, pues él ninguna cosa antepuso al nuestro». Hasta aquí son palabras de Cipriano. Pues esto, Señor, quiero; esto con todas mis entrañas deseo: que en mí y por mí se haga vuestra voluntad, y que yo todo sea vuestro y todo me emplee en vuestro servicio. Ya no me lleve más tras sí mi apetito, ni tenga ya más respeto a mis intereses; no a la afición sensual de los parientes y amigos; no a las voces del mundo; no a los afectos de carne y de sangre; no piense cuál cosa sea amarga o dulce, honrosa o deshonorada, fácil o dificultosa, mas solamente pretenda hacer en todo vuestra santa voluntad. Esto solo me sea alegre, esto suave, esta sea toda la alegría y gozo de mi corazón: estar en todo tiempo y lugar haciendo vuestra voluntad. ¡Oh, si yo sólo pudiese cumplir con todos los servicios que se os deben! Ciertamente, Señor, si yo fuese por vuestra honra despedazado, esto debería querer más que gozar de todos los deleites que pudiese haber; salvo si estos deleites no redundasen más en vuestra gloria, porque ya entonces no desearía los deleites por los deleites, sino por solo vuestro servicio; porque ya no tengo que ver con mi voluntad, sino con la vuestra. ¿Qué cosa puede ser a mí mayor, más dulce y más amable, que resolverme todo en vuestra honra? ¡Oh, qué alegría será a mí poder tragar alguna cosa que fuese áspera y dificultosa, por vuestra honra! Este es el gozo de los ángeles, el deseo de los santos, la alegría de los justos: servir a vos perfectamente y conformarse en todo con vuestra santa voluntad y traer siempre los ojos puestos en vuestra honra. Y no dudo, Señor, que más se alegran los ángeles y las ánimas santas de la magnificencia de vuestra honra, que de la grandeza de su gloria. Y, por tanto, así como vuestra voluntad perfectamente se cumple en el cielo, así se cumpla en la tierra, de tal manera que todos, con grandísimo fervor de corazón, la sigamos por honras y por deshonoras, por infamias y por buena fama, por adversidades y prosperidades, renunciando todas las otras voluntades y respetos que no sean según vos y por vos, pues vos solo sois nuestro Dios, vos solo por excelencia nuestro Padre, vos solo Rey de los reyes y Señor de los señores; y así a vos se debe suma obediencia, perfecta reverencia, eterna gloria y alabanza, en los siglos de los siglos. Amén.

[VI.] Tercera meditación sobre la oración del *Pater noster*

NUESTRO PAN DE CADA DÍA DÁNOSLO HOY

Cuán a propósito vienen, Señor, todas estas peticiones. ¿Qué cosas más propiamente deben desear los hijos, que la honra de sus padres, la prosperidad de su reino y el cumplimiento de su voluntad? Pues no es menos propio de los hijos, mayormente cuando son chiquitos, pedir a sus padres pan. Esta palabra repiten muchas veces cuando padecen hambre, con una dolorosa voz, con la cual solicitan las entrañas de sus padres y les hacen partir el pan. Pues yo, Padre mío, como uno de vuestros hijuelos, grande en los años, mas pequeño en los merecimientos, acosado de mi hambre y necesidad, con el derecho que tienen los hijos, pido a vos, Padre mío, pan, que es mantenimiento para esta vida que vos me dáis. Y, porque en mí hay dos substancias, una corporal y otra espiritual, para la una y para la otra os pido pan; y para la corporal pido pan de la tierra, mas para la espiritual el Pan del cielo, que es el Pan de ángeles, los cuales, como criaturas espirituales, no viven de otro mantenimiento que de vos, que sois pasto de las substancias espirituales. Así que, Padre mío, yo que un tiempo estuve asentado en

la tierra de Egipto, par de las ollas podridas de los deleites mundanos, despreciado ya este manjar de bestias, suspiro por el Pan de los ángeles que del cielo descendió. Este busco, este quiero, este humildemente os demando. ¡Oh gracia inestimable!, ¡oh misericordia nunca oída!: el Dios de los dioses, el Señor de los señores, el galardón de los santos, el gozo de los ángeles, el Verbo del Padre, la Sabiduría eternal, la luz del mundo, el Sol del cielo es hecho mantenimiento mío. Pues ¿qué cosa debo yo más desear, ni más preciar? Sea, pues, lejos, Señor, de mí, deleitarme en cosas del mundo después de haber hallado un tan precioso y deleitable pasto; el cual, aunque no pueda yo recibir siempre sacramentalmente, a lo menos siempre lo debería recibir espiritualmente, morando mi espíritu por amor y continua recordación con él. Verdaderamente gran maravilla es cómo el corazón humano no se deshace todo con la dulzura deste manjar. Y, pues vos, oh buen Jesús, os habéis hecho mi mantenimiento y mi refección, a vos solo quiero comer, y de vos solo con un insaciable deseo quiero tener hambre. Porque, si vuestro olor solo basta para mantener a todo el mundo, ¿cuánto más vuestra refección? Si con la palabra de vuestra boca vivimos todos y somos alimentados, ¿cuánto más vivirán las ánimas con la refección sacramental de vuestro cuerpo? Pues ¿cómo, Señor, no se resuelven en vuestra presencia todos nuestros corazones? ¿Cómo no se alegra tanto mi ánima en vos, que se olvide de sí y de todas las cosas por amor de vos? Si las cosas de la tierra, y aun las imágenes y figuras solas dellas [677] ocupan algunas veces tanto mi corazón, que me hacen olvidar de vos, ¿cómo vuestra verdadera y real presencia no me arrebatara de tal manera, que me haga olvidar de todo el mundo por vos?

Pues, ¡oh Padre celestial!, dadnos hoy este pan, para que ahora y en todo tiempo lo poseamos. Acordaos, Señor, que vuestro Hijo llama este pan *cotidiano*, y nos manda que lo pidamos *hoy*. Decidnos, pues, ¡oh buen Jesús!: ¿Por qué tanto os apresuráis a estar con nosotros, que nos mandáis pedir para hoy, y no esperáis para mañana? Si así os constriñe el amor que nos tenéis, que no queráis alargar el plazo de vuestra venida, sino que luego queráis estar con nosotros, no ganando vos en esto nada, ¿cuánto más nosotros, que somos vilísimos gusanos, y tanto ganamos con vos, deberíamos apresurarnos a estar con vos, sumo bien nuestro, espejo sin mancilla y alegría de los ángeles? Y, pues vos, ¡oh buen Jesús!, según lo que aquí mostráis, no queréis dilatar este negocio, ni nosotros tampoco lo queremos dilatar; y, pues vos nos mandáis que os pidamos, no para otro día, sino para hoy, para hoy, Señor, pedimos esta gracia, y hoy esperamos alcanzarla; porque de otra manera no tendría consecuencia vuestra doctrina, si nosotros pidiésemos para hoy y no pudiésemos alcanzar para hoy. Por tanto, pues nosotros os deseamos de presente y os queremos luego poseer, y este mismo deseo tenéis vos, venid luego, Señor, a nuestro corazón, que está suspirando por vos. Vos, Señor, estáis embriagado de nuestro amor, y nuestro corazón lo está del vuestro. Y, pues el peso del amor, a vos lleva a nosotros y a nosotros lleva a vos, haced, Señor, que quitados todos los impedimentos de mi ánima, os abrace con tan grande amor, que entre vuestros brazos desfallezca con el gusto de vuestra inefable suavidad. Y, pues vos, Señor, cada día queréis que os pidamos, porque siempre queréis estar con nosotros, nosotros también queremos estar con vos y nunca apartarnos de vos, manjar suavísimo y Esposo dulcísimo de las ánimas limpias.

Y PERDÓNANOS NUESTRAS DEUDAS, ASÍ COMO NOSOTROS PERDONAMOS A NUESTROS DEUDORES

¡Oh buen Jesús!, aunque vos, Señor, benignísima e instantísimamente os ofrecéis en este pan de cada día a nosotros, mas todavía temo yo llegarme a vos. Temo, Señor, el convite de la reina Ester, porque no me acaezca lo que acaeció a Amán, que, siendo por ella convidado a su mesa, fue luego después della ahorcado por sus delitos; y, aunque no sea, Señor, ésta vuestra intención, pero yo temo mi disposición, por la muchedumbre de mis pecados, que se han multiplicado sobre las arenas de la mar. Porque ¿quién contará la muchedumbre de mis vanos pensamientos, de mis malas obras y de mis desordenadas palabras, pues apenas los justos saben de el todo refrenar su lengua? Pues los pecados de omisiones y negligencias, ¿quién los contará? ¿Qué haré, Señor, en este conflicto, donde, por una parte, vos me convidáis a vuestra mesa, y los ángeles me llaman a ella, y el hambre me constriñe a desearla, y por otra, la muchedumbre de mis pecados me retiran y desmayan? Ya sé lo que haré. Pues vos me dais licencia para que os llame *Padre*, irme he a vos con arrepentimiento y corazón de hijo, y pidiros he perdón de mis pecados, los cuales justamente llamo *deudas*. Porque deudor es de otro quien

le hurta lo que es suyo; y, pues nosotros con todas nuestras cosas somos vuestros, las habíamos de emplear en vuestro servicio (lo cual no habemos cumplido así; antes con todas ellas os habemos ofendido), claro está que os somos deudores del servicio y honra que os negamos. Perdonadnos, pues, Señor, estas deudas, pues vos mandáis que os pidamos este perdón. ¡Oh maravillosa clemencia de nuestro Dios! Habiéndole nosotros despreciado, y trocado por tan bajas cosas, con todo esto él mismo nos manda que le pidamos perdón; y, siendo él ofendido, nos convida con la paz. No usó él desta misericordia con los ángeles que pecaron, por lo cual están siempre, y estarán, en su maldad. Y, pues vos, Señor, recibistes ya tan grande satisfacción de nuestras deudas con la sangre de vuestro Hijo, y nos mandáis pedir este perdón, perdonadnos todas nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a nuestros ofensores. ¡Oh dichosa ofensa!, ¡oh bienaventurada deuda!, la cual, después de perdonada, merece ser alegada en el juicio de Dios para nuestro perdón. Por lo cual no nos debíamos entristecer cuando los hombres nos ofenden, persiguen y hacen todo mal; antes nos debíamos alegrar y desear las tales cosas, porque, perdonando estas ofensas, más fácilmente podemos alcanzar perdón. Y no hay que dudar, sino que esta alegación que aquí nos enseña nuestro mismo juez y abogado debe de ser de gran precio delante dél. Por lo cual, de buena gana sufría el rey David los denuestos e injurias de Semeí, que le maldecía, porque entendía cuánto esto le valía para reconciliarse con Dios [cf. 2 Sam 16,10].

Y NO NOS TRAIGAS EN TENTACIÓN, MAS LÍBRANOS DE MAL. AMÉN

¿Qué me aprovecha, Señor, salir de las deudas viejas, si torno a entrar en otras nuevas? ¿Qué monta lavarme por haber tocado un muerto [cf. Lev 11,28], si acabándome de lavar lo torno a tocar? Por tanto, Señor, si vos permitiéredes que nosotros seamos tentados para nuestra humildad, y para nuestro ejercicio, y para nuestra paciencia, y para nuestra corona, y, finalmente, para que viéndonos afligidos recurramos a vos como a nuestro Padre, no permitáis que seamos vencidos en la tentación. Nuestra flaqueza es tan grande, que no podemos [678] dejar de caer sin vuestra gracia; y, después de recibida la gracia, no podemos perseverar en ella sin vuestra especial ayuda, pues a muchos se da la gracia, y no la perseverancia. Las contradicciones y enemigos que tenemos, vos los veis. La carne es enemigo familiar, continuo y blando; el mundo es engañoso, mentiroso y traidor; el demonio es cruel, fuerte, astuto y muy ejercitado en pelear. Pues, estando, Señor, entre tantos escuadrones de enemigos, entre tantos favores [socorros] de nuestra carne, y entre tantos ahogadores y perseguidores del espíritu, ¿qué será de mí, Señor, si vos os apartáis de mí? ¿Qué será de una oveja entre tantos lobos, y de una criatura tan flaca entre tantas espadas de enemigos? Pues ¿qué debo yo, Señor, aquí hacer, sino clamar a vos, mi Padre, como hace el hijo de la golondrina, y gemir como paloma? [cf. Is 38,14]. ¿Qué tengo de hacer, sino levantar mis ojos a los montes de donde me ha de venir el socorro? [cf. Sal 120,1]. A vos, pues, levanto mis ojos, que moráis en los cielos [Sal 122,1]. A vos levanto mi ánima, Dios mío; en vos espero, no sea yo confundido [Sal 24,1-2]. Señor Dios, entended en mi ayuda; Señor, no tardéis en me ayudar [Sal 69,2]. ¿Hasta cuándo, Señor, me habéis de olvidar? ¿Hasta cuándo apartaréis vuestro rostro de mí? ¿Hasta cuándo triunfarán mis enemigos de mí? [Sal 12,1.3]. ¿Cuántos son los días de vida que quedan a vuestro siervo? Pues ¿cuándo habéis de hacer justicia de los que me persiguen? [Sal 118,84]. ¿Cuándo me veré del todo libre de ellos para volar a vos? ¿Cuándo nadie será parte para desviarme de vos? ¿Cuándo moriré a todas las cosas y a mí mismo para huir a vos? ¿Cuándo echaré todas las cosas en olvido, por tener fijos todos mis sentidos y pensamientos en vos? ¿Cuándo todas las cosas me serán viles y desabridas, sino solo vos? ¿Cuándo seré yo todo vuestro por mi voluntad, pues, así como así, lo soy por justicia? ¡Oh Padre de misericordias y Dios de toda consolación! [2 Cor 1,3], usad conmigo desta misericordia: ¡que muera yo a todos mis apetitos, y muera también a mí y a todos mis enemigos, y viva ya solo a vos! ¡Oh Padre, oh Rey, oh Señor, oh sumo bien mío, oh centro de mi ánima!: more yo en vos, descanse en vos, y no tenga otra gloria ni otro tesoro, ¡sino a solo vos!

Todas estas mercedes os pedimos, Señor, por vuestro unigénito Hijo, que es nuestro abogado, nuestro sacerdote, nuestro sacrificio y nuestro medianero delante de vos. *Porque no osamos* —como dijo vuestro Profeta— *presentar nuestras peticiones confiados en nuestra justicia, sino en la grandeza de vuestras misericordias* [Dan 9,18] y en los méritos de vuestro Hijo; pues todo lo que él en este mundo hizo y padeció, por nuestra causa lo padeció. Pues por él, Señor, os pedimos que seamos misericordiosamente librados y remediados. Por él criastes todas las cosas, y por él mismo, después de

perdidas, las reparastes; por el criastes el hombre a vuestra imagen y semejanza, y por él restituistes esa misma imagen y semejanza. Él es el fundamento de nuestra justicia, la causa de nuestros merecimientos, el intercesor de nuestras oraciones, el abogado de nuestra causa y el estribo principal de nuestras esperanzas. Por él, pues, os pedimos, Señor, todas estas mercedes; pues, lo que no se debe a nuestra justicia, es debido a su gracia. Si no tenéis qué mirar en nosotros, en él tenéis mucho que mirar. Si de nuestra parte faltan merecimientos, sobran de la suya. Por él, pues, os pedimos, os suplicamos: a él honrad en nosotros; porque lo que a nosotros dais, a él lo dais, pues todo lo que se da a los miembros, se da a la cabeza cuyos son los miembros. Si no tenemos por nuestra parte qué ofrecer, para no parecer vacíos en vuestra presencia, a él os ofrecemos con todos los trabajos y servicios que él os hizo desde el pesebre hasta la cruz, pues en todos ellos somos participantes. Pues con estos títulos y prendas venimos, Señor, a pedir os misericordia, por justicia: justicia, si miráis a vuestro Hijo, y misericordia, si miráis a nos.

Y, sobre todo esto, mirad, Padre eterno, que venimos enviados por vuestro mismo Hijo, el cual nos mandó pedir en su nombre, y nos dio palabras conocidas, que son estas que aquí habemos pronunciado. Reconocedlas, Señor, porque palabras son de vuestro mismo Hijo, que por ellas trata de nuestro remedio. Acordaos que cuando aquella buena mujer de Técoa pidió al rey David perdón para Absalón, hijo del mismo David, así como el buen rey entendió que aquella petición venía ordenada por Joab, capitán general de su ejército, luego se rindió y otorgó lo que se le pedía; por lo cual el mismo Joab le dio las gracias, confesando que aquella merced se hacía a él, y no a la mujer que la pedía (cf. 2 Sam 14,1-22). Y pues yo, Señor, soy aquí enviado por vuestro unigénito Hijo, y él es el que me puso estas palabras en la boca para que os las dijese, él es el que por mí os pide, y a él dais lo que a mí me dais, y él es el que os dará eternas gracias y alabanzas por ello.

Acordaos también, Señor, que no condenastes, antes alabastes al mal dispensador de vuestra hacienda, por haber granjeado amigos que le valiesen y acogiesen en sus casas cuando le viesen en necesidad (cf. Lc 16,1-8); pues yo, el más pobre de las criaturas y que más mal he gastado vuestra hacienda, trabajo por allegarme a vuestro Hijo y valerme dél, para que, pues soy tan pobre de merecimientos, sea socorrido y ayudado con los suyos. Y, pues tanto nos importa no parecer ante vuestra cara sin traer con nosotros a nuestro espiritual hermano Benjamín [*cf. Gén 44,34*], que es vuestro unigénito Hijo, aquí le traemos y presentamos delante de vos, para que por él seamos benignamente recibidos y mirados. Y vos, unigénito Hijo de Dios, que también sois Hijo del hombre, extended, Señor, sobre nosotros vuestro palio, pues sois nuestro deudo, para cubrir nuestra desnudez y pobreza (cf. Rut 3,9), y no despedáis de vuestra gracia a los que hicistes hermanos y consortes de vuestra misma naturaleza.

[VII.] Séptima oración para pedir el amor de N. Señor

Si tanta obligación tenemos, Señor... (Busca esta oración atrás, en el Tratado quinto.)

FIN

— *Libro transcrito prácticamente en su totalidad* —

Santiago de Compostela 2009